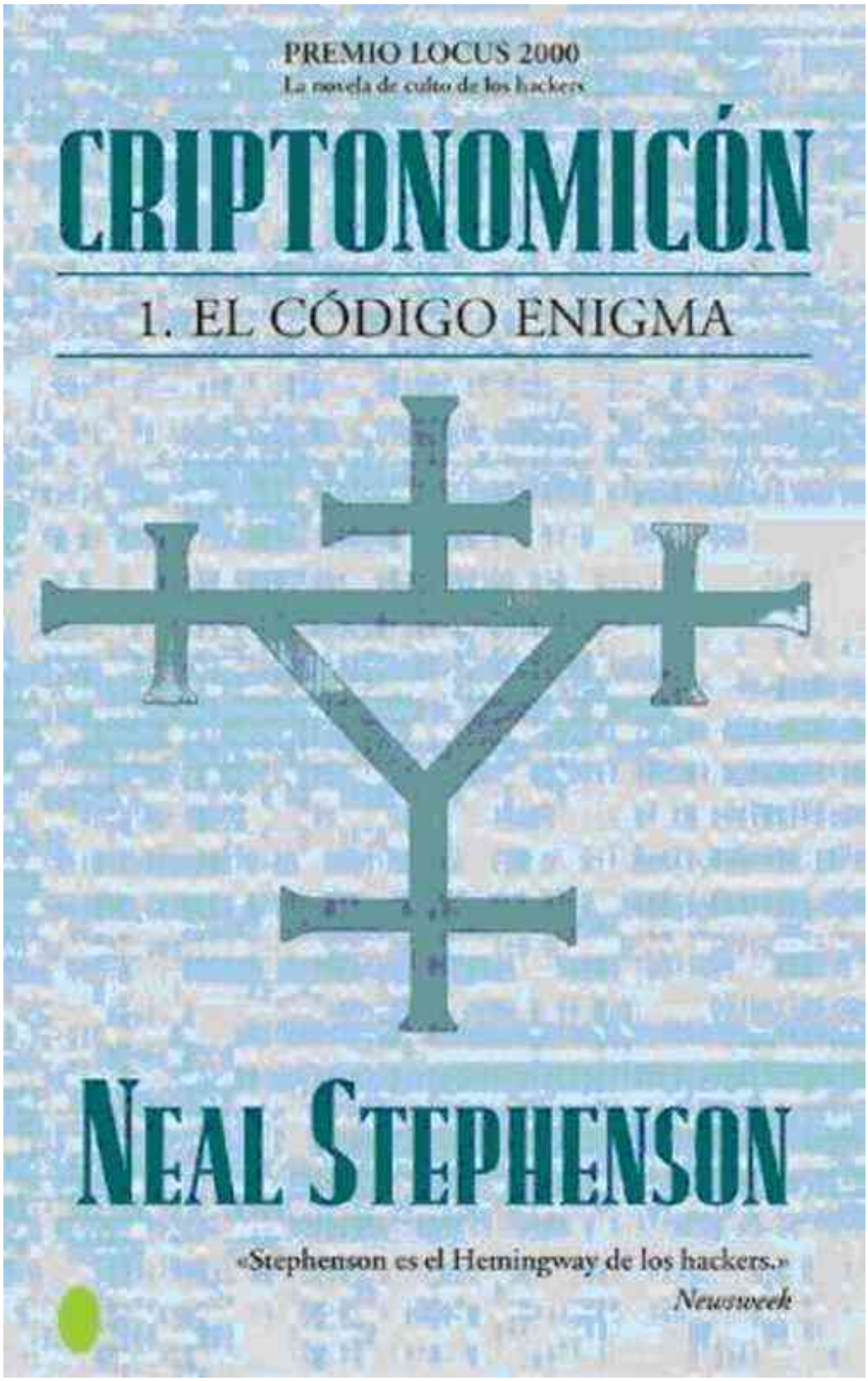


OceanofPDF.com

El Código Enigma

(Criptonomicon - 1)

Neal Stephenson

Locus (2000)

OceanofPDF.com

Título: El Código Enigma
© 2002, Neal Stephenson
Título original: *Cryptonomicon*
Traducción de Pedro Jorge Romero
Ilustración de cubierta: Gemma Pellicer / Raúl García
Serie: Criptonomicon 1
Editorial: Ediciones B. Colección Nova, nº 148
Premios: Locus (2000)
Revisado por: teref

Reseña:

En 1942, Lawrence Pritchard Waterhouse, genio matemático y capitán de la marina estadounidense, colabora con Alan Mathison Turing y los especialistas británicos de Bletchley Park en el trabajo de descifrar los códigos secretos de las potencias del Eje. Sesenta años más tarde, la empresa de su nieto y también brillante cripto-hacker, Randy Lawrence Waterhouse, proyecta crear un nuevo paraíso de datos y el mayor exponente de la libertad informática: la Cripta. Si la matemática de los primeros criptoanalistas tuvo que someterse a las necesidades y exigencias de la Segunda Guerra Mundial, el revolucionario proyecto de la Cripta se ve condicionado por las normas y las leyes tácitas de las altas finanzas internacionales y por el nuevo juego de poder que permiten las infotecnologías. La aventura, intelectual y humana, está servida.

Con una amena prosa cargada del humor más irónico, el Criptonomicón de Stephenson es a la criptografía y la narrativa cyberpunk lo que El Señor de los Anillos de Tolkien a la magia y la fantasía.

Un verdadero tour de force narrativo, el ciber-thriller que se está convirtiendo ya en el nuevo libro de culto de los hackers.

NOVELA FINALISTA DEL PREMIO HUGO 2000

"[Stephenson] es el Hemingway de los hackers" NEWSWEEK

"Al contrario que muchos de los ciberpunk originales de los años ochenta, [Stephenson] creció en el seno de la nueva tecnocultura y dispone de la experiencia de un hacker: sabe cómo funcionan realmente las cosas" Bruce STERLING

"Neal Stephenson es el Quentin Tarantino de la ciencia ficción post-ciberpunk" THE VILLAGE VOICE

OceanofPDF.com

Presentación

Resulta del todo imposible hacer una presentación cabal y completa de CRIPTONOMICÓN, *la novela de Neal Stephenson que se está convirtiendo ya en el nuevo libro de culto de los* hackers *y cuya primera parte presentamos ahora en España.*

Como la anterior novela de Neal Stephenson, LA ERA DEL DIAMANTE: MANUAL ILUSTRADO PARA JOVENCITAS *(1995, NOVA ciencia ficción, número 101)*, CRIPTONOMICÓN *es un inusual* tour de force *narrativo, esta vez con su ameno y ágil ir y venir de la Segunda Guerra Mundial a nuestro presente, tomando como hilo conductor un tema que puede parecer tan árido e inhóspito como la matemática y sus aplicaciones criptográficas. Afortunadamente, Stephenson, conocedor como pocos del complejo y rico mundo de los* hackers *informáticos de hoy, es capaz de transmitirnos la riqueza y la peripecia intelectual del empeño de sus protagonistas sin dificultad alguna y con un abundante lujo de detalles humorísticos en brillantes guiños irónicos al lector.*

La trama de esta apasionante novela se centra en tres peripecias humanas claramente interrelacionadas. En 1942, Lawrence Pritchard Waterhouse, un genio matemático y capitán de la Marina estadounidense, colabora con Alan Mathison Turing y los especialistas británicos de Bletchley Park en el trabajo de descifrar los códigos de las potencias del Eje. Sesenta años más tarde, la empresa de su nieto y también brillante criptohacker, *Randy Lawrence Waterhouse, proyecta crear, en una isla del sureste asiático, la Cripta: un nuevo paraíso de datos y el mayor exponente de la libertad informática. Y, como un complementario lazo de unión entre los dos Waterhouse,* CRIPTONOMICÓN *se detiene también en la peripecia del eficiente marine Bobby Shaftoe, compañero del capitán*

Lawrence en la Segunda Guerra Mundial y abuelo de una colaboradora de Randy en el presente.

Evidentemente, si la matemática de los primeros criptoanalistas tuvo que someterse a las necesidades de la Segunda Guerra Mundial, el proyecto de la Cripta de datos de nuestro presente ha de verse condicionado por las normas y leyes no escritas de las altas finanzas internacionales y por el nuevo juego de poder que permiten las infotecnologías. La aventura, intelectual y humana, está servida.

Resulta imposible resumir las complejas intrigas que llevan al Waterhouse del presente a la caza de un tesoro submarino perdido en el Pacífico al tiempo que, con honestidad de hacker, *defiende los intereses de su empresa, Epiphyte Corporation. Por su parte, el otro Waterhouse se enfrenta a la complejidad de los códigos de las potencias del Eje y, lo más importante, intenta lograr que el enemigo no descubra que han sido descifrados incluso los códigos obtenidos gracias a la ayuda de máquinas como la alemana Enigma.*

Con la presencia de una figura histórica como Alan Turing, Stephenson escribe en CRIPTONOMICÓN *la novela de la gran aventura intelectual que supone la creación de la informática europea (máquina universal de Turing, ordenador Colosus, etc.), al mismo tiempo que, en las peripecias de Randy, se nos descubre el mundo de los* hackers, *sus preocupaciones y, también, los negocios y las complejas relaciones de poder en que llegan a verse envueltos incluso a su pesar.*

Hay en CRIPTONOMICÓN *un tono que exige la atención del lector inteligente (y no me refiero a la presencia esporádica de algunas fórmulas matemáticas que, según se dice, habrían molestado y mucho al editor de Stephen Hawking). Se trata de una complicidad muy especial a la que se presta el personal estilo narrativo de Stephenson, un cuidadoso respeto hacia la capacidad e inteligencia del lector. Me gustaría creer que se trata precisamente de la esencia de la mejor ciencia ficción ya que, aunque NOVA es una colección editorial habitualmente dedicada a la ciencia ficción, no se me oculta que muchos lectores podrían preguntarse qué hay de ciencia ficción en una novela como* CRIPTONOMICÓN.

La mejor respuesta la ofrece el mismo autor. En una entrevista de LOCUS (agosto 1999) Stephenson decía: «Existe una particular forma de abordar el mundo típica de la ciencia ficción que no tiene nada que ver con el futuro. Ni siquiera ha de estar en el futuro. De niño, yo leía antologías de

relatos de ciencia ficción: podían tener diez relatos sobre cohetes espaciales y pistolas de rayos y, después, encontraba algún extraño relato de Robert Bloch que ocurría en alguna ciudad durante los años cincuenta, sin elementos de ciencia ni el contenido tradicional de la ciencia ficción pero que, en la mente del lector, era claramente ciencia ficción. Partía de ese enfoque de la ciencia ficción: el convencimiento de que las cosas podrían haber sido diferentes; que éste es uno de los muchos mundos posibles; que, si vienes a este mundo desde otro planeta, éste sería un mundo de ciencia ficción.»

Ésa es la idea. Incluso hoy, la informática y la matemática subyacente son, para muchos, un mundo de ciencia ficción. Un mundo del que tal vez se extraen resultados pero del que no se conocen las reglas ni los funcionamientos internos. El saber popular (sea eso lo que sea) quiere que los matemáticos, al igual que los hackers, *sean personas extrañas, preocupadas por temas que al común de los mortales resultan un tanto esotéricos y más bien misteriosos pese a los resultados tangibles que de ellos se obtienen.*

Describirnos ese mundo y su intrínseca humanidad es uño de los mayores logros de Stephenson en una novela de gran amenidad, larga y repleta de anécdotas que, al mismo tiempo, puede recordar a algunos ese ingenuo «instruir deleitando» que el doctor Miguel Masriera consideraba casi como definitorio de la ciencia ficción que él elegía para la colección Nebulae allá por los años cincuenta y sesenta. A través de los ejercicios mentales de Lawrence y Randy, el lector penetra en los arcanos de la criptografía y del comportamiento de los hackers *y, ¡milagro!, todo resulta comprensible: cómo cifrar un mensaje, cómo «romper» los códigos enemigos, cómo usar el software moderno, y un largo, larguísimo etcétera.*

En realidad, por si alguien lo dudaba, además de esa forma «ciencia ficcionística» de abordar el mundo de que habla Stephenson, hay más elementos de ciencia ficción en CRIPTONOMICÓN: *una especie de mundo paralelo en el que se llama «nipones» a los japoneses, en el que existe un curioso sultanato en Kinakuta, en el que un sistema operativo como Linux se llama Finux (recordando tal vez el origen finlandés de su creador), o en el que Gran Bretaña cuenta con una isla llamada Qwghlm impregnada de curioso tipismo. Y ésos son sólo algunos de los elementos que podrían caracterizar ese «mundo paralelo» que, a fuerza de paralelismos, se confunde fácilmente con el nuestro gracias a que en*

ambos existieron tanto Turing, como la máquina Enigma, el Colosus o el general MacArthur…

Debo comentar brevemente algunos aspectos de nuestra edición. El original estadounidense se publicó en 1999 en un solo volumen, algo que en Europa no parece resultar conveniente cuando se obtienen libros de más de mil páginas. El editor francés, por ejemplo, decidió cortar el libro en tres partes (precisamente en las páginas 320 y 620 del original) e inventar títulos parciales: «El código Enigma», «La red Kinakuta» y «Gólgota» que se ofrecieron con varios meses de diferencia al público lector (octubre 2000, abril 2001 y septiembre 2001).

Ante la escasa conveniencia de que nuestra edición se presentara en un único volumen, hemos decidido seguir el ejemplo francés y repetir lo que ya hiciéramos en el lejano 1990 con CYTEEN *de C. J. Cherryh, publicada en tres volúmenes (números 30, 31 y 32 de NOVA). Para «cortar»* CRIPTONOMICÓN *hemos utilizado el mismo criterio que el editor francés (páginas 320 y 620 de las 918 del original estadounidense), pero hemos elegido otros subtítulos para cada parte. Creo que nuestra solución refleja mucho más claramente el tema criptográfico que anuncia el mismo original* CRIPTONOMICÓN. *Por eso, de acuerdo con el esforzado y brillante traductor, el físico e informático Pedro Jorge Romero, hemos utilizado como subtítulos diversos códigos de los varios que aparecen en la novela. Así, en España, los títulos completos serán*: CRIPTONOMICÓN I: EL CÓDIGO ENIGMA *(NOVA ciencia ficción, número 148, previsto para marzo de 2002)*, CRIPTONOMICÓN II: EL CÓDIGO PONTIFEX *(NOVA ciencia ficción, número 151, previsto para mayo de 2002)*, CRIPTONOMICÓN III: EL CÓDIGO ARETUSA *(NOVA ciencia ficción, número 153, previsto para julio de 2002).*

Finalizaré recordando una vez más que, en los escasos años transcurridos desde su aparición en Estados Unidos, CRIPTONOMICÓN *parece haberse convertido en un libro de culto sobre el mundo* hacker. Es *algo parecido a lo que, en su campo, le ocurrió a* EL SEÑOR DE LOS ANILLOS *de Tolkien. Y la comparación no es inútil ni ociosa: con una amena prosa cargada del humor más irónico, el* CRIPTONOMICÓN *de Stephenson resulta ser a la criptografía y la narrativa ciberpunk lo que* El SEÑOR DE LOS ANILLOS *de Tolkien a la magia y la fantasía.*

¿Exageración? Sinceramente, no creo que lo sea. En cualquier caso, son ustedes quienes han de juzgar.

Pisen y vean.
La satisfacción está garantizada.

MlQUEL BARCELÓ

Para S. Town Stephenson,
que hacia volar cometas
desde los buques de guerra

OceanofPDF.com

Agradecimientos

Bruce Schneir inventó *Solitario*, me permitió amablemente emplearlo en esta novela y redactó el apéndice. Ian Goldberg escribió la versión en Perl que aparece en el segundo volumen.

Exceptuando la cita ocasional, el resto del libro, para bien o para mal, es obra mía. Pero he contraído deudas con muchas personas. Reconocer las deudas de esta forma puede remontarte con facilidad hasta Adán y Eva, por lo que he elegido la Segunda Guerra Mundial como mi fecha tope, y he dividido al personal en tres grupos generacionales.

Primero, las grandes figuras de la titanomaquia de 1937—1945. Casi todas las familias tienen su pequeño panteón de figuras de la guerra, como el caso de mi tío Keith Wells, que sirvió como marine en Florida y las islas de Guadalcanal, y que es posible que fuese el primer marine americano en llegar a una playa, en una operación ofensiva, durante esa guerra. Pero esta novela trata básicamente sobre gente con inclinaciones técnicas a las que se les pidió que hicieran cosas increíblemente extrañas durante los años de la guerra. Entre todos esos grandes *hackers* de la guerra, un reconocimiento especial debe dirigirse a William Friedman, quien sacrificó su salud para romper el cifrado mecánico japonés llamado Púrpura antes del inicio de la guerra.

Pero he dedicado esta novela a mi abuelo S. Town Stephenson. Al hacerlo, corro el riesgo de que la gente realice todo tipo de suposiciones infundadas sobre las similitudes entre su familia —o lo que es lo mismo, la mía— y los personajes de este libro. Por tanto, para que quede claro, garantizo que me lo he inventado todo — ¡en serio!— y que no es un *román a clef*; este libro no es más que una novela, y no una forma solapada de apabullar al lector con oscuros y profundos secretos familiares sin aviso previo.

Segundo: conocidos míos que (en su mayor parte sin saberlo) ejercieron una gran influencia en la dirección de este proyecto. Esos amigos incluyen, en orden alfabético, a Douglas Barnes, Geoff Bishop, George Dyson, Marc y Krist Geriene de Nova Marine Exploration, Jim Gibbons, Bob Grant, David Handley, Kevin Kelly, Bruce Sterling y Walter Wriston, que anduvo con una máquina criptográfica por Filipinas durante la guerra, y que sobrevivió para contarme, cincuenta años después, historias sobre el sistema bancario prebélico de Shanghai.

Tercero: personas cuyos esfuerzos hicieron posible, o al menos mucho más fácil, que escribiese este libro. En ocasiones su contribución fue enormes cantidades de amor y apoyo, como en el caso de mi esposa, mis hijos y los abuelos de mis hijos. Otros me apoyaron con el procedimiento engañosamente simple de realizar sus trabajos respectivos con tenacidad y rigor: mi editora, Jennifer Hershey, y mis agentes, Liz Darhansoff y Tal Gregory. Y muchas personas realizaron contribuciones inconscientes a este libro simplemente manteniendo conversaciones interesantes conmigo que probablemente ya hace mucho que han olvidado: Wayne Barker, Christian Borgs, Jeremy Bornstein, Al Butler, Jennifer Chayes, Evelyn Corbett, Hugh Davis, Dune, John Gilmore, Ben y Zenaida Gonda, Mike Etawley, Eric Hughes, Cooper Moo, Dan Simón y Linda Stone.

Neal Town Stephenson

OceanofPDF.com

Hay un paralelismo asombroso entre los problemas de un físico y los de un criptógrafo. El sistema con el que se cifra un mensaje se corresponde con las leyes del universo, el mensaje interceptado con los datos disponibles, las claves para un día o un mensaje con las constantes importantes a determinar. La correspondencia es muy estrecha, pero es muy fácil tratar con el material criptográfico por medio de máquinas discretas. No es tan sencillo en el caso de la física.

ALAN TURING

Esta mañana [Imelda Marcos] ofreció la última de una serie de explicaciones para los miles de millones de dólares que se cree que ella y su marido, que falleció en 1989, robaron durante su presidencia.

«Fue una coincidencia asombrosa que Marcos tuviese dinero —declaró—. Después de la conferencia de Bretton Woods, comenzó a comprar oro de Fort Knox. Tres mil toneladas, luego cuatro mil toneladas. Tengo documentos: siete mil toneladas. Marcos era muy inteligente. Lo tenía todo. Es curioso; América no le comprendía.»

***The New York Times*,lunes, 4 de marzo, 1996**

OceanofPDF.com

Prólogo

Dos ruedas vuelan
Boscaje de bambú
Cantos de guerra

… Es lo mejor que se le ocurre al cabo Bobby Shaftoe dadas las circunstancias… está de pie sobre el estribo del camión, agarrando su Springfield con una mano y el espejo retrovisor con la otra, así que no tiene sentido plantearse contar las sílabas con los dedos. ¿«Rueda» tiene dos sílabas o tres? ¿Qué hay de «vuelan»? El camión finalmente decide no volcar y vuelve a apoyarse sobre las cuatro ruedas. El chirrido y la inspiración desaparecen. Bobby todavía puede oír como cantan los *cooíies*, a lo que ahora hay que añadir el tijeretazo de la transmisión del camión cuando el soldado Wiley reduce la marcha. ¿Podría ser que Wiley estuviese perdiendo los nervios? Y, en la parte de atrás, bajo las lonas, tonelada y media de archivadores que chocan entre sí, libros de códigos que saltan al suelo, el combustible agitándose en los tanques de los generadores eléctricos de la Estación Alfa. El mundo moderno es un infierno para el autor de *haikus*: «Generadores eléctricos» tiene, ¿cuántas?, ¿nueve sílabas? ¡Ni siquiera podría encajarlo en la segunda línea!

—¿Nos está permitido atropellar a la gente? —pregunta el soldado raso Wiley, y machaca el botón de la bocina antes de que Bobby Shaftoe pueda responder. Un policía sij les cierra el paso con una carretilla de fertilizante compuesto de excrementos humanos. La reacción instintiva de Shaftoe es decir: «Claro, ¿qué iban a hacer, declararnos la guerra?», pero

como hombre de mayor graduación del camión probablemente se supone que debe usar la cabeza o similar, así que no contesta inmediatamente. Examina la situación:

Shanghai, 16.45 horas, viernes, 28 de noviembre de 1941. Bobby Shaftoe, y la otra media docena de marines del camión, miran a todo lo largo de Kiukiang Road, a la que acaban de acceder doblando una esquina a gran velocidad. La catedral está a la derecha, lo que significa que está a, ¿cuánto?, dos calles del Bund. Allí aguarda amarrada una cañonera de la Patrulla Fluvial del Yangtzé, esperando el material que llevan en el camión. El único problema serio es que esas dos calles en particular están habitadas como por cinco millones de chinos.

Y bien, esos chinos son sofisticados urbanitas, no rústicos quemados por el sol que no han visto nunca un coche… se apartan si vas lo suficientemente deprisa y le das a la bocina. Y de hecho, muchos de ellos huyen hacia uno u otro lado de la calle, creando la ilusión de que el camión se mueve más rápido que las cuarenta y tres millas que marca el velocímetro.

Pero el bosquecillo de bambú del *haiku* de Bobby Shaftoe no ha sido incluido simplemente para añadir un poco de sabor oriental al poema y entusiasmar a los parientes allá en Oconomowoc. Hay «mucho» bambú frente al camión, docenas de autopistas improvisadas que bloquean el camino hasta el río, porque los oficiales de la Flota Asiática de la Marina de Estados Unidos, y el Cuarto de Marines, que concibieron esta pequeña operación olvidaron tener en cuenta el factor Tarde del Viernes en sus cálculos. Como Bobby Shaftoe podría haberles explicado, si se hubiesen molestado en preguntarle a un pobre tonto como él, la ruta asignada les llevaba justo por el corazón del distrito bancario. Ahí tienes, claro está, el Banco de Hong Kong y Shanghai, el City Bank, el Chase Manhattan, el Banco de América, el BBME y el Banco Agrícola de China y un montón de pequeños bancos provinciales de mierda, y muchos de esos bancos tienen contratos con lo que queda del gobierno chino para imprimir moneda. Debe ser un negocio muy competitivo porque reducen costes imprimiéndola sobre viejos periódicos, y si sabes chino puedes leer las últimas noticias del año pasado y los resultados de polo por entre los números y las imágenes de colores que transforman esos trozos de papel en moneda de curso legal.

Como sabe todo vendedor de pollos y operador de *rickshaw* en Shanghai, el contrato de impresión de dinero estipula que todos los billetes que esos bancos imprimen deben estar respaldados por cierta cantidad de plata; por ejemplo: cualquiera debería poder entrar en uno de los bancos situados al final de Kiukiang Road, soltar un fajo de billetes y (si están impresos por ese mismo banco) recibir a cambio plata de verdad.

Si China no estuviese siendo sistemáticamente destrozada por el imperio de Nipón, probablemente enviaría contables oficiales para controlar la cantidad de plata presente en las cámaras acorazadas de los bancos, y todo se realizaría con tranquilidad y de forma ordenada. Pero tal y como están las cosas, lo único que mantiene la honradez de un banco son los otros bancos.

Así es como lo hacen: durante el curso normal de su actividad, mucho papel moneda pasará por las ventanillas de (digamos) el banco Chase Manhattan. Lo llevarán a una habitación trasera y lo ordenarán, arrojando en grandes cajas de dinero (de como medio metro de área y un metro de profundidad, con cuerdas en las cuatro esquinas) todos los billetes impresos por (digamos) el Banco de América, en una de ellas, todos los de City Bank, en otra. Después, el viernes por la tarde, aparecerán los *coolies*. Cada *coolie*, o pareja de *coolies*, tendrá su gigantescamente larga caña de bambú —un *coolie* sin su bambú sería como un marine chino sin su bayoneta brillante— e introducirán sus cañas entre las cuerdas de las esquinas de las cajas. Luego un *coolie* se colocará bajo cada uno de los extremos de la caña, elevando la caja en el aire. Tienen que moverse al unísono, porque si no la caja empezaría a agitarse y las cosas se irían al carajo. Así que mientras se dirigen a su destino —el banco cuyo nombre esté impreso en los billetes de la caja— cantan y plantan los pies en el suelo siguiendo la música. La caña es muy larga, así que están muy separados, y tienen que cantar muy alto para oírse, y por supuesto, cada par de *coolies* en la calle está cantando su canción particular, intentado ahogar a todos los demás para no perder el paso.

Por tanto, diez minutos antes de la hora del cierre el viernes por la tarde, las puertas de muchos bancos se abren de par en par y varias parejas de *coolies* entran desfilando y cantando, como si fuesen los teloneros de un jodido musical de Broadway, dejan caer sus enormes cajas de gastado papel moneda y exigen plata a cambio. Todos los bancos se lo hacen los unos a los otros. En ocasiones, todos lo hacen el mismo viernes, especialmente en

un momento como el 28 de noviembre de 1941, cuando incluso un soldado común como Bobby puede entender que es mejor tener plata que un montón de recortes de periódico. Y es por eso que, una vez que los peatones normales, los carritos de comida y los furiosos policías sij se han apartado y pegado a los clubes, tiendas y burdeles de Kiukiang Road, Bobby Shaftoe y los otros marines del camión no pueden ver todavía la cañonera que es su destino, debido al bosque horizontal de poderosos bastones de bambú. Ni siquiera pueden oír la bocina de su propio camión debido a la salvaje y vibrante cacofonía pentatónica de los *coolies* cantando. No es la típica carrera monetaria del distrito bancario de Shanghai un viernes después del mediodía. Es el ajuste de cuentas definitivo antes de que todo el hemisferio oriental arda en llamas. Todos los millones de promesas impresas en esos trozos de papel higiénico se mantendrán o romperán en los próximos diez minutos; se moverá plata u oro de verdad, o no se hará. Era una especie de Día del Juicio fiduciario.

—Dios mío, no puedo… —ruge el soldado Wiley.

—El capitán dijo que no debíamos detenernos por ninguna puñetera razón —le recuerda Shaftoe. No le ha dicho a Wiley que atropelle a los *coolies*, simplemente le ha recordado que si no los atropella tendrá que explicar muchas cosas… asunto que se complica por el hecho de que el capitán está justo detrás de ellos en un coche abarrotado de marines chinos cargados de sub. fusiles. Y juzgando por la forma de comportarse del capitán con respecto al asunto de la Estación Alfa, está claro que ya ha recibido algunos azotes en el culo por adelantado, cortesía de algún almirante en Pearl Harbor o incluso (redoble de tambores) Marine Barracks, Eight and Eye Streets Southeast, Washington, D.C.

Shaftoe y los otros marines siempre habían visto Estación Alfa como un misterioso conciliábulo de escobillones de cuellos delgados como lápices que trabajaban sobre el tejado de un edificio en el Asentamiento Internacional en un barracón construido con tablones de paletas de carga llenos de nudos, con antenas sobresaliendo en todas direcciones. Si lo mirabas durante el tiempo suficiente, podías ver cómo las antenas se movían, apuntando hacia algo en el mar. Shaftoe incluso le escribió un *haiku*:

Antenas buscan

Perros olfateando
Secretos de éter

Aquél había sido el segundo *haiku* de su vida —claramente muy por debajo de los niveles de noviembre 1941—y le duele recordarlo.

Pero hasta el día de hoy los marines no habían comprendido la importancia de la Estación Alfa. Su trabajo había consistido en envolver en lona una tonelada de equipo y varias toneladas de papel y sacarlo todo por las puertas. Luego habían pasado el jueves desmontando el barracón, haciendo una hoguera con él y quemando ciertos libros y papeles.

—Eiiih —gruñe el soldado Wiley.

Pocos *coolies* se han apartado, o incluso les han visto. Pero entonces se produce una extraordinaria explosión desde el río, como el sonido de una caña de bambú de un kilómetro de ancho que Dios rompiese sobre su rodilla. Medio segundo después ya no hay *coolies* en las calles… sólo quedan las cajas, con solitarias cañas de bambú colgando de ellas, golpeando el suelo como carillones. En el aire se alza un champiñón de humo gris desde la cañonera. Wiley cambia de marcha y pisa el acelerador. Shaftoe se aprieta contra la puerta del camión y baja la cabeza, con la esperanza de que el viejo casco de la Gran Guerra sirva para algo. Las cajas de dinero se rompen y explotan cuando el camión les pasa por encima. Shaftoe mira con ojos entrecerrados a través de la ventisca de billetes y ve gigantescas cañas de bambú elevándose y girando en el aire hacia la costa.

Hojas de Shanghai
Contra el cielo acerado
Llegó el invierno

OceanofPDF.com

Barrens

Dejando de lado el asunto de la existencia de Dios para un futuro volumen, nos limitaremos a estipular que de «alguna» forma los organismos auto-replicadores aparecieron en este planeta e inmediatamente intentaron eliminarse los unos a los otros, ya fuese ocupando todo el espacio disponible con copias aproximadas de ellos mismos o por medios más directos que no precisan mayores explicaciones. La mayoría falló, y su legado genético desapareció para siempre del universo, pero algunos encontraron la forma de sobrevivir y propagarse. Después de unos tres mil millones de años de una fuga estrafalaria y a menudo tediosa de carnalidad y carnicería, nació Godfrey Waterhouse IV, en Murdo, Dakota del Sur, hijo de Blanche, esposa de un predicador congregacionalista llamado Bunyan Waterhouse. Como cualquier otra criatura sobre la faz de la Tierra, Godfrey era, por derecho de nacimiento, un magnífico cabrón, aunque en el sentido técnico y restringido de que podía remontar su ascendencia a través de una larga línea de magníficos cabrones ligeramente menos evolucionados hasta el primer artefacto auto replicador… el cual, dado el número y variedad de sus descendientes, podría justificadamente describirse como el mayor de los magníficos cabrones de todos los tiempos. Todos y todo lo que no fuese un magnífico cabrón estaba muerto.

En lo que se refería a máquinas de matar aterradoramente letales y programadas meméticamenté, los Waterhouse eran de las más agradables que podrías llegar a encontrarte. En la tradición de su homónimo (el escritor puritano John Bunyan, que se pasó casi toda la vida en la cárcel o evitándola), el reverendo Waterhouse no predicaba durante demasiado

tiempo en ningún sitio concreto. La iglesia lo trasladaba de una pequeña ciudad a otra de las dos Dakotas cada uno o dos años. Es posible que para Godfrey aquel estilo de vida fuese algo más que alienante porque, en algún momento de sus estudios en el Colegio Universitario Congregacionalista de' Fargo, abandonó el rebaño y, para eterna agonía de sus padres, se dedicó a actividades mundanas y acabó, de algún modo, obteniendo un doctorado en clásicas en una pequeña universidad privada de Ohio. Al ser los académicos no menos nómadas que los predicadores, aceptó trabajar allí donde encontró trabajo. Se convirtió en profesor de griego y latín en el Colegio Universitario Cristiano de Bolger (322 estudiantes) en West Point, Virginia, donde se unían los ríos Mattaponi y Pamunkey para formar el estuario del James, y donde los repelentes vapores de la gran industria papelera impregnaban cada cajón, cada armario, incluso las páginas interiores de los libros. La joven prometida de Godfrey, de soltera Alice Pritchard, quien había crecido siguiendo a su propio padre predicador itinerante por entre las inmensidades del este de Montana —donde el aire olía a nieve y salvia—, vomitó durante tres meses. Seis meses más tarde dio a luz a Lawrence Pritchard Waterhouse.

El niño mantenía una peculiar relación con los sonidos. Cuando pasaba un camión de bomberos, el aullido de la sirena o el sonido de la campana no le producían ningún problema. Pero si un avispón entraba en la casa y volaba cerca del techo ejecutando una curva de Lissa-jous, zumbando de forma casi inaudible, lloraba de dolor por el ruido. Y si veía u olía algo que le asustaba, se tapaba las orejas con las manos.

Un sonido que no le molestaba en absoluto era el del órgano de la capilla del Colegio Universitario Cristiano de Bolger. La capilla en sí no era nada del otro mundo, pero el órgano había sido donado por la familia de la fábrica de papel y hubiese sido más que suficiente para una iglesia cuatro veces mayor. Era un adecuado complemento para el organista, un profesor de matemáticas de instituto ya retirado que creía que ciertos rasgos de la divinidad (la violencia y el capricho en el Antiguo Testamento, la majestad y el triunfo en el Nuevo) podían ser transmitidos directamente a las almas de los pecadores sentados en los bancos por medio de una especie de impregnación sónica frontal. Que corriese el nesgo de hacer estallar las vidrieras no tenía la menor importancia porque no gustaban a nadie y las emisiones de la fábrica de papel corroían el plomo. Pero después de que una viejecita, la última de muchas, recorriese a trompicones el pasillo,

tambaleándose por el zumbido en los oídos, y se quejase de muy malos modos al sacerdote sobre la música excesivamente «dramática», se sustituyó al organista.

Sin embargo, siguió dando clases de ese instrumento. A los estudiantes no se les permitía tocar el órgano a menos que tocasen bien el piano, y cuando se lo explicaron a Lawrence Pritchard Waterhouse, aprendió por su cuenta, en tres semanas, a tocar una fuga de Bach, y se apuntó a las lecciones de órgano. Como en aquel momento sólo tenía cinco años, no podía alcanzar simultáneamente los controles manuales y los pedales, y tenía que tocar de pie… o más bien, paseándose de pedal en pedal.

Cuando Lawrence tenía doce años, el órgano se estropeó. La familia de la industria papelera no había dejado fondos para su reparación, así que el profesor de matemáticas se decidió a probar suerte él mismo. Sufría de mala salud y necesitaba un ayudante ágil: Lawrence, quien le ayudó a abrir la cubierta del artefacto. Por primera vez en todos aquellos años, el muchacho contempló lo que sucedía cuando pulsaba aquellas teclas.

Para cada registro —cada timbre, o tipo de sonido, que el órgano podía producir (por ejemplo, flauta dulce, trompeta, piccolo)— había una fila separada de tubos, dispuestos en línea de mayor a menor. Los tubos largos producían notas bajas, y los cortos altas. La parte superior de los tubos describía una gráfica: no se trataba de una línea recta sino de una curva que tendía a subir. El profesor de matemáticas y organista se sentó con algunos tubos sueltos, un lápiz y papel, y ayudó a Lawrence a deducir el motivo. Una vez que Lawrence lo comprendió, fue como si el profesor de matemáticas hubiese tocado de pronto las partes buenas de la *Fantasía y fuga en sol menor* de Bach en un órgano del tamaño de la galaxia espiral de Andrómeda; aquella parte en la que el Tío Johann disecciona la arquitectura del universo en un inflexible acorde descendente y siempre cambiante, como si hundiese el pie en capas cada vez más profundas de tierra hasta dar con la capa rocosa. En particular, los pasos finales en la explicación del organista fueron como si un halcón descendiese atravesando capa tras capa de fingimientos e ilusiones, pasos apasionantes, repugnantes o desconcertantes, dependiendo de tu carácter. Los cielos se habían abierto de golpe. Lawrence entrevió coros angelicales ordenándose en una infinitud geométrica.

Los tubos surgían en formaciones paralelas de una amplia caja plana de aire comprimido. Todos los tubos para una nota en particular —pero pertenecientes a juegos diferentes— se alineaban juntos sobre un eje. Todos los tubos de un juego —pero afinados a distintos timbres— se alineaban sobre el otro eje perpendicular. Por tanto, en la caja de aire plana había un mecanismo que llevaba aire al tubo correcto en el momento correcto. Cuando se pulsaba una tecla o pedal, todos los tubos capaces de hacer sonar la nota correspondiente hablaban, siempre que los registros estuviesen retirados.

Mecánicamente, se resolvía de una forma perfectamente clara, simple y lógica. Lawrence había supuesto que la máquina debía ser al menos tan complicada como la fuga más compleja que pudiese tocarse. Pero había descubierto que una máquina de diseño simple podía producir resultados de infinita complejidad.

Los registros rara vez se usaban solos. Solían estar situados unos encima de otros, formando combinaciones diseñadas para aprovechar los armónicos disponibles (¡otro delicioso detalle matemático!). Algunas combinaciones específicas se empleaban una y otra vez. Muchas flautas dulces, de longitudes variables, para el ofertorio, por ejemplo. El órgano incluía un ingenioso dispositivo llamado ajuste que permitía al organista seleccionar una combinación concreta de registros —registros que él había escogido previamente— de forma instantánea. Se limitaba a apretar un botón y varios registros saltaban de la consola, movidos por la presión neumática y, en un instante, el órgano se transformaba en un instrumento diferente con timbres completamente nuevos.

El verano siguiente Lawrence y Alice, su madre, fueron colonizados por un primo lejano, un virus que era un magnífico cabrón. Lawrence escapó de él con una casi imperceptible tendencia a arrastrar uno de los pies. Alice acabó en un pulmón de acero. Más tarde, incapaz de toser bien, pilló la neumonía y murió.

Godfrey, el padre de Lawrence, confesó con total sinceridad que no estaba capacitado para soportar el peso que había caído sobre sus hombros. Dimitió de su puesto en la pequeña universidad de Virginia y se trasladó, junto a su hijo, a una casita en Moorhead, Minnesota, justo al lado del hogar de Bunyan y Blanche. Más tarde consiguió trabajo de profesor en una escuela cercana.

En ese punto, todos los adultos responsables de la vida de Lawrence parecieron llegar al acuerdo tácito de que la mejor forma de educarle —y ciertamente, la más fácil— era dejarle en paz. En los raros momentos en que Lawrence solicitaba la intervención de un adulto en su vida era normalmente para plantear una pregunta que nadie podía responder. Al cumplir los dieciséis años, sin haber encontrado en el sistema educativo local nada que pudiese plantearle un desafío, Lawrence Pritchard Waterhouse fue a la universidad. Se matriculó en la Escuela Universitaria Estatal de Iowa, que entre otras cosas era la sede de un Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de la Reserva Naval en el que fue alistado a la fuerza.

El CEORN de la Escuela Universitaria Estatal de Iowa tenía una banda, a la que le encantó descubrir que a Lawrence le interesaba la música. Como era extremadamente difícil entrenarse sobre la cubierta de un acorazado mientras se tocaba el órgano, le entregaron un xilófono y un par de pequeñas baquetas.

Cuando no marchaba de un lado a otro sobre la llanura del río Skunk emitiendo sonoros tintineos, Lawrence estudiaba ingeniería mecánica. Acabó teniendo malas notas en esa especialidad porque había conocido a un profesor búlgaro llamado John Vincent Atanasoff y a su estudiante graduado, Clifford Berry, que construían una máquina destinada a automatizar la resolución de algunas ecuaciones diferenciales extremadamente tediosas.

El problema principal de Lawrence era su vagancia. Había llegado a la conclusión de que todo era más simple si, como en el caso de la visión de rayos X de Superman, se limitaba a mirar más allá de las distracciones cosméticas y apreciaba el esqueleto matemático subyacente. Una vez que habías conseguido descubrir la matemática de una situación, ya lo sabías todo y la podías manejar para alegría de tu corazón simplemente con un lápiz y una servilleta. Había visto la matemática en la curva de barras plateadas del xilófono, en el arco catenario de un puente y en el tambor lleno de condensadores de la máquina computadora de Atanasoff y Berry.

Es más, darle al xilófono, construir el puente o intentar descubrir por qué la máquina computadora no funciona no le resultaban tareas interesantes.

Por tanto, recibió malas notas. Pero de vez en cuando, realizaba una proeza en la pizarra que dejaba a los profesores con las rodillas temblando

y al resto de los estudiantes asombrados y hostiles. Pronto fue de dominio público.

Simultáneamente, su abuela Blanche hacía uso de sus amplias conexiones en el Congreso para beneficio de Lawrence, sin que éste lo supiese. Sus esfuerzos acabaron en triunfo cuando a Lawrence se le concedió un beca desconocida, dotada por un heredero del manipulado de avena en St. Paul, que tenía como propósito enviar a un congregaciónalista del Medio Oeste a una de las ocho universidades privadas de mayor prestigio de Nueva Inglaterra, la Ivy League, durante un año, lo que (evidentemente) se consideraba tiempo suficiente para elevar el CI esos pocos puntos totalmente imprescindibles pero no tanto como para corromperle. Así fue como Lawrence acabó en Princeton.

Princeton era una institución augusta y asistir a ella un gran honor, pero nadie le había mencionado ninguna de esas dos características a Lawrence, quien no tenía forma de saberlo. Eso tuvo sus buenas y sus malas consecuencias. Aceptó la beca con una falta de gratitud que enfureció al magnate de la avena. Por otra parte, se ajustó a Princeton con toda facilidad porque «no era más que otro lugar». Le recordaba los aspectos más bonitos de Virginia, y la ciudad tenía algunos espléndidos órganos, aunque no se sentía demasiado contento con los deberes sobre problemas del cálculo y diseño de puentes y recorte de ruedas dentadas. Como siempre, en su mayoría se reducían a matemáticas, que podía tratar con facilidad. Pero de vez en cuando se veía en un callejón sin salida, lo que le llevaba a Fine Hall: el cuartel general del Departamento de Matemáticas.

Había un colorido grupo de personajes vagando por Fine Hall, muchos de ellos con acento británico o europeo. Hablando administrativamente, muchos de esos personajes no pertenecían ni de lejos al Departamento de Matemáticas sino a algo llamado IEA, que significaba Instituto de Estudios Avanzados de una u otra cosa. Pero todos se encontraban en el mismo edificio y todos sabían bastante de matemáticas, así que para Lawrence no existía la distinción.

Muchos de aquellos tipos fingían timidez cuando Lawrence les pedía consejo, pero otros estaban más que dispuestos a ayudarle. Por ejemplo: había descubierto un método para resolver un difícil problema sobre la forma de las ruedas dentadas que, tal y como lo resolvían habitualmente los ingenieros, hubiese exigido una serie de aproximaciones razonables pero

estéticamente desagradables. La solución de Lawrence ofrecía resultados exactos. La única pega se encontraba en que un quintillón de operadores con reglas de cálculo precisarían de un quintillón de años para encontrar dicha solución. Lawrence trabajaba en una aproximación completamente diferente que, si daba frutos, reduciría esas cifras a un trillón y un trillón, respectivamente. Por desgracia, Lawrence fue incapaz de interesar a nadie de Fine Hall en algo tan prosaico como las ruedas dentadas, hasta forjar una súbita amistad con un británico lleno de energía, cuyo nombre olvidó con rapidez, pero que recientemente se había dedicado mucho a la fabricación literal de engranajes. Ese tipo intentaba construir, de entre todas las cosas de este mundo, una máquina calculadora mecánica… para ser exactos, una máquina para calcular ciertos valores de la Función Zeta de Riemann

$$\zeta(s) = \sum_{n=1}^{\infty} \frac{1}{n^s} = 1 + \frac{1}{2^s} + \frac{1}{3^s} + \ldots$$

donde 5 es un número complejo.

Lawrence no encontró esa función zeta ni más ni menos interesante que cualquier otro problema matemático hasta que su nuevo amigo le aseguró que era terriblemente importante, y que algunos de los mejores matemáticos del mundo la habían estado atacando durante décadas. Los dos acabaron despiertos hasta las tres de la mañana enfrascados en el problema de engranajes de Lawrence. Lawrence presentó con orgullo sus resultados al profesor de ingeniería, quien los rechazó con desprecio argumentado cuestiones de índole práctica, y le puso una mala nota para compensar el trabajo que se había tomado.

Al final Lawrence recordó, después de varios contactos más, que el nombre de ese británico amistoso era Al no sequé. Como Al era un ciclista apasionado, él y Al dieron bastantes paseos en bicicleta por la campiña del Estado Jardín. Mientras pedaleaban por New Jersey hablaban de matemáticas, y especialmente de máquinas destinadas a eliminar los aspectos aburridos de las matemáticas.

Pero Al llevaba pensando en esas cosas mucho más tiempo que Lawrence, y había llegado a la conclusión de que las máquinas calculadoras eran mucho más que dispositivos para ahorrarse trabajo. Había estado trabajando en un tipo radicalmente diferente de mecanismo computacional que resolvería cualquier problema aritmético siempre que supieses como expresarlo. Desde un punto de vista puramente lógico ya había descubierto todo lo que era posible saber sobre esa (todavía hipotética) máquina, aunque aún le falta construir una. Lawrence comprendió que construir máquinas se consideraba poco digno en Cambridge (es decir, Inglaterra, donde ese Al tenía su base) o, ya puestos, en Fine Hall. Al estaba encantado de haber encontrado, en Lawrence, a alguien que no compartía ese punto de vista.

Con delicadeza, Al le preguntó un día si no le importaría demasiado llamarle por su nombre completo y correcto, que era Alan, y no Al. Lawrence pidió disculpas y dijo que intentaría recordarlo con todas sus fuerzas.

Un día, un par de semanas después, mientras estaban sentados junto a un riachuelo en los bosques del Delaware Water Gap, Alan le hizo a Lawrence una especie de propuesta descabellada que implicaba a los penes. La situación requirió gran cantidad de explicaciones metódicas, que Alan ofreció sonrojándose y tartamudeando. Fue siempre extremadamente correcto, y en varias ocasiones dejó bien claro que era enormemente consciente de que no todo el mundo estaba interesado en ese tipo de cosas.

Lawrence decidió que muy probablemente él era una de esas personas.

Alan pareció sentirse enormemente impresionado porque Lawrence se hubiese detenido siquiera a considerarlo y se disculpó por haber sacado el tema. Volvieron directamente a una discusión sobre máquinas calculadoras, y su amistad siguió sin variación. Pero en su siguiente paseo en bicicleta —una acampada nocturna en los Pine Barrens— se les unió otro tipo, un alemán llamado Rudy von algo.

Alan y Rudy parecían muy íntimos, o al menos parecían tener una relación con más niveles que la de Alan y Lawrence. Éste llegó a la conclusión de que la idea de los penes de Alan había encontrado al fin un receptor.

Lawrence lo pensó un poco. Desde un punto de vista evolutivo, ¿Cuál era el sentido de que hubiese gente sin inclinación hacia la reproducción? Debía haber alguna buena razón, y muy sutil.

Lo único que se le ocurría era que en ese momento eran los grupos de personas —sociedades— en lugar de las criaturas individuales los que intentaban reproducirse más que los demás y/o matar a los otros, y que, en una sociedad, había espacio de sobra para alguien que no tuviese hijos siempre que realizase una labor útil.

En todo caso, Alan, Rudy y Lawrence pedalearon hacia el sur en busca de los Pine Barrens. Después de un rato, las poblaciones se fueron espaciando mucho, y las granjas de caballos dieron paso a una espesura baja de árboles débiles y puntiagudos, que parecían extenderse hasta la mismísima Florida, bloqueando la vista, pero no el viento de cara.

—Me pregunto dónde estarán los Pine Barrens —dijo Lawrence un par de veces. Incluso se detuvo en una gasolinera para hacer esa misma pregunta. Sus acompañantes empezaron a burlarse de él.

—¿Dónde están los Pine Barrenss? —preguntó Rudy. mirando burlonamente a su alrededor.

—Deberías buscar algo con aspecto árido y numerosos pinos —comentó Alan.

No había más tráfico, por lo que se habían extendido sobre la carretera para pedalear con libertad, con Alan situado en medio.

—Un bosque, imaginado por Kafka —murmuró Rudy.

Para entonces, Lawrence ya había deducido que se encontraban, efectivamente, en los Pine Barrens. Pero no sabía quién era Kafka.

—¿Un matemático? —fue su suposición.

—Esa idea da verdadero miedo —dijo Rudy.

—Es un escritor —dijo Alan—. Lawrence, no te ofendas por lo que voy a preguntarte, pero: ¿reconoces los nombres de otras personas? Me refiero a gente aparte de la familia y amigos cercanos.

Lawrence debió adoptar una expresión de asombro.

—Estoy intentando descubrir si todo sale de aquí —dijo Alan mientras alargaba la mano para golpear con los nudillos la cabeza de Lawrence— o en ocasiones tomas ideas de otros seres humanos.

—Cuando era un niño, vi ángeles en una iglesia de Virginia —dijo Lawrence—, pero creo que estaban en el interior de mi cabeza.

—Muy bien —dijo Alan.

Pero, más tarde. Alan lo intentó de nuevo. Habían llegado hasta la torre de vigilancia contra incendios y había sido una tremenda decepción:

únicamente una escalera alienada que no llevaba a ninguna parte, y una pequeña explanada debajo que brillaba cubierta de fragmentos de botellas de bebidas alcohólicas. Montaron la tienda a un lado de un estanque que resultó estar lleno de algas de color óxido y que se pegaban al vello del cuerpo. No había nada más que hacer salvo beber Schnapps y hablar de matemáticas.

Alan dijo:

—Mira, es así: Bertrand Russell y otro tipo llamado Whitehead escribieron *Principia Mathematica.*…

—Ahora sé que te burlas de mí —dijo Waterhouse—. Incluso yo sé que sir Isaac Newton escribió ese libro.

—Newton escribió un libro «diferente», también llamado *Principia Mathematica*, que realmente no es sobre matemática, sino sobre lo que «hoy» llamaríamos física.

—Entonces, ¿por qué lo tituló *Principia Mathematica}*

—Porque en la época de Newton la distinción entre física y matemática no era extremadamente clara…

—O quizá incluso hoy en día —dijo Rudy.

—… lo que está directamente relacionado con lo que iba a decir —siguió Alan—. Hablo del *P.M.* de Russell, en el que él y Whitehead empezaron absolutamente de la nada, y quiero decir desde la nada, y la edificaron, toda la matemática, a partir de un número reducido de primeros principios. Y si te lo estoy contando, Lawrence, es porque… ¡Lawrence! ¡Presta atención!

—¿Hmm?

—Rudy, coge ese palo, sí, ése, y vigila atentamente a Lawrence, y cuando ponga esa mirada perdida, ¡dale un golpe!

—No estamos en un colegio inglés, no podemos hacer esas cosas.

—Estoy prestando atención —dijo Lawrence.

—Lo que surgió de *P.M.*, lo extremadamente radical, fue la posibilidad de afirmar que, en realidad, toda la matemática puede expresarse como cierta ordenación de símbolos.

—¡Leibniz lo dijo mucho tiempo antes que ellos! —protestó Rudy.

—Eh, Leibniz inventó la notación que usamos para el cálculo, pero…

—¡No me refiero a eso!

—E inventó las matrices, pero…

—¡Tampoco me refiero a eso!

—Y realizó algunos trabajos sobre aritmética binaria, pero…

—¡Eso ess completamente diferente!

—Entonces, ¿a qué demonios te refieres, Rudy?

—Leibniz inventó el alfabeto básico… escribió una serie de símbolos para expresar afirmaciones lógicas.

—Bien, no era consciente de que Herr Leibniz tenía la lógica formal entre sus intereses, pero…

—¡Claro que ssí! ¡Quería hacer lo que hicieron Russssell y Whitehead, pero no sólo con la matemática si no con todo lo que hay en el mundo!

—Bien, teniendo en cuenta que tú pareces ser el único hombre en el planeta, Rudy, que conoce esa empresa de Leibniz, podemos asumir que fracasó?

—Puedes asumir lo que te dé la real gana. Alan —respondió Rudy—, pero yo soy matemático y no asumo nada.

Alan suspiró ofendido y le dirigió a Rudy una mirada que Water-house asumió que indicaba que más tarde habría problemas.

—Si puedo en ese caso continuar —dijo—, sólo intento que estés de acuerdo en que la matemática puede expresarse como una serie de símbolos —cogió el palo que apuntaba a Lawrence y empezó a escribir sobre el suelo cosas como + = 3) V —1 *TI*—, y sinceramente no podría importarme menos si resultan ser símbolos de Leibniz, de Russell o los hexagramas del / *Cbing.*…

—¡A Leibniz le fascinaba el / *Chingl* —dijo Rudy.

—Deja de hablar de Leibniz por un momento, Rudy, porque mira: tú, Rudy, y yo vamos en un tren en el que, sentados en el vagón comedor, mantenemos una agradable conversación, y ese tren corre a gran velocidad tirado por ciertas locomotoras llamadas *La Bertrand Russell, La Riemann, La Eider y* otras. Y nuestro amigo Lawrence corre junto al tren, intentando mantenerse junto a nosotros. No es que necesariamente seamos más inteligentes que él sino simplemente que él es un «granjero» que no pudo comprar un billete. Y yo, Rudy, estoy simplemente sacando los brazos por la ventanilla con la intención de tirar de él y hacerle subir al puto tren, junto a nosotros, para que podamos mantener una deliciosa charla sobre

matemáticas sin tener que oír cómo se queda sin aire y pierde fuelle a mitad de camino.

—Vale, Alan.

—No me llevará más de un minuto si dejas de interrumpirme.

—Pero también hay una locomotora llamada *La Leibniz.*

—¿Lo dices porque crees que no doy crédito suficiente a los alemanes? Porque estaba a punto de nombrar a un tipo con diéresis.

—Oh, ¿no se tratará de Herr Türing? —dijo Rudy sardónico.

—Herr Türing viene después. Realmente pensaba en Gódel.

—¡Pero no ess alemán! ¡Es ausstriaco!

—Me temo que ahora es lo mismo, ¿no?

—El *Anschíuss* no fue idea mía, y no tienes que mirarme assí. Hitler me resulta penoso.

—He oído hablar de Gódel —dijo Waterhouse intentado ser de ayuda —. Pero ¿podríamos volver atrás un segundo?

—Claro, Lawrence.

—Por qué molestarse? ¿Por qué lo hizo Russell? ¿Había algo malo en las matemáticas? Es decir, dos y dos son cuatro, ¿no?

Alan cogió dos tapones de botella y los colocó en el suelo.

—Dos. Uno-dos. Más… —Puso dos más—. Otros dos. Uno-dos. Igual a cuatro. Uno-dos-tres-cuatro.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó Lawrence.

—Pero Lawrence… cuando haces matemática de verdad no cuentas chapas, ¿verdad?

—No cuento «nada».

Rudy le ofreció la siguiente noticia:

—Essa es una posición muy moderna para ti.

—¿Lo es?

Alan dijo:

—Durante mucho tiempo se tuvo la creencia implícita de que la matemática era una especie de física de las chapas. Que cualquier operación matemática que pudieses realizar sobre el papel, sin que importase lo complicada que fuese, podía reducirse, al menos en principio, a mover contadores físicos, como las chapas, en el mundo real.

—Pero no se puede tener dos coma una chapas.

—Vale, vale, digamos que usamos las chapas para los enteros, y para números reales, como dos coma uno, usamos medidas físicas, como la longitud de este palo.

Alan lo arrojó junto a las chapas.

—Entonces, ¿qué hay de pi? No puedes tener un palo de longitud pi centímetros.

—Pi viene de la geometría… es el mismo cuento —añadió Rudy.

—Sí, se creía que la geometría euclidea era realmente un tipo de física, que sus líneas y demás representaban propiedades del mundo físico. Pero… ¿conoces a Einstein?

—No soy muy bueno con los nombres.

—¿El tipo de pelo blanco y grandes bigotes?

—Oh, sí-dijo Lawrence sombrío—. Intenté plantearle mi problema de engranajes. Dijo llegar tarde a una cita o algo así.

—Ese tipo inventó una teoría general de la relatividad, que es una especie de aplicación práctica no de la geometría de Euclides sino de la de Riemann…

—¿El mismo Riemann de tu función zeta?

—Mismo Riemann, tema diferente. Ahora, no nos perdamos, Lawrence…

—Riemann mostró que podía haber muchas geometrías diferentes, que no eran la geometría de Euclidess pero que mantenían la coherencia interna.

—Vale, volvamos entonces al *P.M.* —dijo Lawrence.

—¡Sí! Russell y Whitehead. La cosa es así: cuando los matemáticos empezaron a enredarse con cosas como la raíz cuadrada de menos uno y cuaterniones, ya no estaban tratando con cosas que podían traducirse a palos y chapas. Pero seguían obteniendo resultados razonables.

—O al menos, resultados internamente consistentes —dijo Rudy.

—Vale. Lo que significaba que la matemática era algo más que una física de las chapas.

—Así parecía, Lawrence, pero eso planteaba la pregunta de si la matemática era realmente «verdad» o no era más que un juego con símbolos. En otras palabras: ¿descubrimos la verdad o nos masturbamos?

—¡Debe ser verdad porque si la usas para hacer física todo sale bien! He oído hablar de la relatividad general, y sé que hicieron experimentos y

salió que era cierta.

—La mayor parte de la matemática no se pressta a la comproba-sión experimental —dijo Rudy.

—La idea central del proyecto era cortar los lazos con la física —dijo Alan.

—Pero no masturbarnos.

—¿Eso era lo que intentaban hacer con KM.?

—Russell y Whitehead desmenuzaron todos los conceptos matemáticos en cosas brutalmente simples como los conjuntos. De ahí llegaron los enteros y demás.

—Pero $_{tp}$cómo puedes descomponer algo como pi en un conjunto?

—No puedes —dijo Alan—, pero puedes expresarlo en una larga cadena de dígitos. Tres coma uno cuatro uno cinco nueve, y demás.

—Y los dígitos son enteros —dijo Rudy.

—¡Pero no es justo! ¡Pi en sí mismo no es un entero!

—Pero puedes calcular los dígitos de pi, uno cada vez, usando ciertas fórmulas. ¡Y la formula se puede escribir! —Alan lo hizo en el suelo:

$$\pi = 4\sum_{n=0}^{\infty}\frac{(-1)^n}{2n+1}$$

—He empleado la serie de Leibniz para aplacar a nuestro amigo. ¿Ves, Lawrence? Una cadena de símbolos.

—Vale. Veo la cadena de símbolos —dijo Lawrence renuente.

—¿Podemos seguir? Hace unos años, Gódel dijo: «¡Veamos! Si aceptas lo de que la matemática es sólo cadenas de símbolos, ¿sabes qué?» Y señaló que cualquier cadena de símbolos, como esta fórmula de aquí, puede traducirse en enteros.

—¿Cómo?

—No es un método complicado, Lawrence… un cifrado simple. Arbitrario. Se puede escribir el número 538 en lugar de esa enorme y fea 2, y con los demás igual.

—Ahora sí que me parece que estamos muy cerca de la masturbación.

—No, no. ¡Porque a continuación Gódel hizo saltar la trampa! Las fórmulas se pueden aplicar a los números, ¿no?

—Claro. Como *2x*.

—Sí. Puedes sustituir *x* por un número y la fórmula *2x* lo doblará. Pero si otra fórmula matemática, como la que tenemos aquí mismo para calcular pi, se puede codificar en un número, puedes hacer que otra fórmula opere sobre ella. ¡Fórmulas operando sobre fórmulas!

—¿Eso es todo?

—No. A continuación demostró, por medio de un argumento muy simple, que si las fórmulas se pueden referir a sí mismas, es posible escribir una que diga «esta afirmación no puede demostrarse». Lo que fue una tremenda sorpresa para Hilbert y todos los demás, que esperaban el resultado opuesto.

—¿Ya habías mencionado a ese Hilbert?

—No, lo acabo de introducir en la discusión, Lawrence.

—¿Quién es?

—Un hombre que hace preguntas difíciles. En una ocasión hizo toda una lista entera. Gódel contestó a una de ellas.

—Y Türing respondió a otra —dijo Rudy.

—Quién es ése?

—Soy yo —dijo Alan—. Pero Rudy bromea. «Turing» no lleva diéresis.

—Essta noche ssí que va a tener diéresis —dijo Rudy mirando a Alan de una forma que, años más tarde, Lawrence comprendería que era pasión.

—Bien, no me tengas en vilo. Qué pregunta respondiste?

—El *Entscheidungsproblem* —dijo Rudy.

—¿Qué es?

Alan lo explicó.

—Hilbert quería saber si una afirmación dada podía, en principio, demostrarse verdadera o falsa.

—Pero después de Gódel, la cosa cambió —comentó Rudy.

—Es cierto… después de Gódel se convirtió en «¿Podemos determinar si una afirmación dada es demostrable o no?». En otras palabras, ¿hay algún tipo de proceso mecánico que podamos usar para separar las afirmaciones demostrables de las indemostrables?

—Se supone que «proceso mecánico» es una metáfora. Alan…

—¡Oh, cállate, Rudy! Lawrence y yo nos sentimos bien cómodos con las máquinas.

—Lo comprendo —dijo Lawrence.

—¿Qué quieres decir con que lo comprendes? —preguntó Alan.

—Tú máquina… no la calculadora de la función zeta, sino la otra. Esa que dices que vas a construir…

—Sse la llama Máquina Universal de Turing —dijo Rudy.

—El propósito de ese dispositivo sería distinguir lo que se puede probar de lo que no se puede probar, ¿no?

—Por eso se me ocurrió el concepto básico —dijo Alan—. Por tanto, la pregunta de Hilbert ha quedado contestada. Ahora sólo quiero construir una máquina que pueda derrotar a Rudy al ajedrez.

—¡Todavía no le has revelado la respuesta al pobre Lawrense! —protestó Rudy.

—Lawrence puede descubrirla por sí mismo —les respondió Alan—. Así tendrá algo que hacer.

Pronto quedó claro lo que Alan había pretendido decir: «así tendrá algo que hacer mientras nosotros follamos». Lawrence se metió una libreta de notas en los pantalones y recorrió en la bicicleta el centenar de yardas hasta la torre de vigilancia de incendios, subió los escalones hasta la plataforma que había en lo alto y se sentó, de espaldas al sol de la tarde, con el libro sobre las rodillas para que le diese la luz.

No podía concentrarse y al final se distrajo por una falsa salida del sol que iluminó las nubes del noroeste. Al principio pensó que algunas nubes bajas reflejaban en su dirección la luz de la puesta de sol, pero se trataba de una luz demasiado concentrada y parpadeante para ser eso. A continuación se le ocurrió que podía ser un rayo. Pero la luz no era lo suficientemente azulada. Fluctuaba muchísimo, modulada (era de suponer) por los asombrosos y grandes sucesos que se ocultaban tras el horizonte. A medida que el sol se ocultaba al otro lado del mundo, la luz en el horizonte de New Jersey se convirtió en un resplandor continuo y apacible del color de una linterna cuando iluminas con ella la palma de tu mano bajo las sábanas.

Lawrence descendió, fue hasta la bicicleta y marchó hacia los Pine Barrens. No tardó mucho en llegar a una carretera que iba más o menos en dirección hacia la luz. La mayor parte del tiempo no podía ver nada, ni

siquiera la carretera, pero después de un par de horas el resplandor que se reflejaba en la capa de nubes bajas iluminó las piedras planas de la carretera, y convirtió los sinuosos riachuelos de los Barrens en brillantes hendiduras.

La carretera comenzaba a desviarse en dirección opuesta, así que Lawrence atajó directamente por medio del bosque, ya que ahora estaba muy cerca y la luz del cielo era lo bastante fuerte como para que pudiese verla a través del escasamente poblado tapiz de pinos maltrechos, troncos negros que parecían haber sido pasto del fuego, aunque no era así. El terreno se había convertido en arena, pero estaba húmeda y compacta, y la bicicleta tenía neumáticos gruesos que rodaban bastante bien sobre esa superficie. Llegado a un punto tuvo que detenerse y alzar la bicicleta sobre una valla alambrada. A continuación salió de entre los troncos a una extensión perfectamente llana de arena blanca, salpicada de penachos de hierba de playa y al momento quedó deslumbrado por una barrera baja de llamas silenciosas y estables que atravesaba parte del horizonte, aproximadamente del ancho de la luna llena del equinoccio de otoño cuando se hunde en el mar. La intensidad de su brillo hacía difícil que pudiese ver ninguna otra cosa. Lawrence seguía pedaleando, tropezando con las pequeñas zanjas y riachuelos que serpenteaban por el llano. Aprendió a no mirar directamente las llamas. En cualquier caso, mirar hacia ambos lados era más interesante: la meseta estaba delimitada a intervalos amplios por los edificios más grandes que había visto nunca, estructuras de caja de galletas construidas por faraones, y en las plazas de una milla de ancho que había entre ellos, gnómones de acero triangulado se asentaban sobre bases amplias: los esqueletos internos de pirámides. El mayor de ellos perforaba el centro de una línea férrea perfectamente circular de varios centenares de pies de diámetro: dos curvas plateadas marcadas sobre el monótono suelo, interrumpidas en el punto donde la sombra de la torre, un reloj de sol parado, marcaba el tiempo. Se acercó a un edificio más pequeño que el resto, con tanques de forma ovalada junto a él. Salían murmullos de vapor desde las válvulas que estaban en la parte superior de los tanques, pero en lugar de elevarse en el aire goteaba por los laterales, golpeaba el suelo y se extendía, recubriendo la hierba con un manto plateado.

Mil marinos de blanco formaban un anillo en torno a las llamas. Uno de ellos alzó la mano y le hizo una señal para que se detuviera. Lawrence

se paró junto al marino y puso un pie en la arena para estabilizarse. Ambos se contemplaron mutuamente durante unos segundos y a continuación, Lawrence, al que no se le ocurría nada más, dijo:

—Yo también estoy en la Marina.

Entonces el marino pareció tomar una decisión respecto a algo. Saludó a Lawrence y le indicó que se dirigiera a un pequeño edificio apartado del fuego.

El edificio parecía tan sólo un muro brillante a la luz del fuego, pero cada cierto tiempo una salva de luz azul magnesio hacía que los marcos de las ventanas resaltasen en la oscuridad, un relámpago rectangular que se repetía muchas veces a lo largo de la noche. Lawrence comenzó a pedalear de nuevo y avanzó hasta superar el edificio: una bandada de periodistas en alerta daba vueltas punteando sobre finos cuadernos con imponentes lápices marca Ticonderoga, fotógrafos moviéndose como cangrejos haciendo girar sus enormes margaritas cromadas, filas retorcidas de gente durmiendo con mantas sobre sus cabezas, un hombre sudoroso con el pelo engominado trazando nombres con diéresis sobre una pizarra. Finalmente, al dar la vuelta al edificio, percibió el olor a combustible caliente, sintió el calor de las llamas en el rostro y vio arena cristalizada curvada sobre sí misma y desecada.

Contempló el globo del mundo, no el globo recubierto de continentes y océanos sino tan sólo su esqueleto: un puñado de meridianos, curvándose hacia atrás para encerrar una bóveda interior de llamas color naranja. Contra la luz del aceite ardiendo esas longitudes se veían finas y retorcidas, como los trazos de tinta de un dibujante. Pero al acercarse las vio convertirse en inteligentes composiciones de anillos y travesaños, huecos como los huesos de un pájaro. Al alejarse del polo antes o después empezaban a desviarse, a torcerse o simplemente se rompían y colgaban entre el fuego, oscilando como tallos secos. La perfecta geometría también se veía manchada, aquí y allá, por redes de cable y arneses de tendido eléctrico. Lawrence estuvo a punto de pisar una botella de vino rota y decidió que sería mejor caminar, para preservar los neumáticos de la bicicleta, así que apoyó la bici en el suelo, con la rueda delantera tapando un jarrón de aluminio al que parecían haber hecho girar en un torno, con unas cuantas rosas carbonizadas colgando de él. Varios marinos habían juntado sus manos para formar una especie de trono y transportaban un trozo de carbón con forma humana, cubierto con una manta de asbesto

inmaculado. Mientras caminaban, las puntas de sus zapatos tropezaban en las extensas marañas ramificadas de sogas, cuerdas de piano, cables y alambres, creativos movimientos furtivos sobre la hierba y la arena, docenas de yardas en cada dirección. Lawrence comenzó a pisar cuidadosamente, un pie delante del otro, intentando estimar la enormidad de lo que estaba viendo. Una vaina en forma de cohete estaba clavada torcida en la arena, sosteniendo un paraguas de hélices dobladas. Los travesaños y pasarelas de duraluminio se extendían sobre él a lo largo de millas. Había una maleta abierta, mostrando un par de zapatos de mujer como si se tratase del escaparate de una tienda del centro, y un menú que se había carbonizado hasta convertirse en un óvalo blanco, y a continuación varias láminas de pared arrugadas, como si una habitación completa se hubiese caído del cielo. Estaban decoradas, una con un mapa gigante del mundo, enormes círculos formando un arco desde Berlín hasta ciudades aquí y allá, y otra con una fotografía de un alemán gordo y famoso vestido de uniforme, sonriendo sobre una plataforma llena de flores, con el enorme horizonte de un zeppelín nuevo a su espalda.

Pasado un rato dejó de ver cosas nuevas. Se subió a la bicicleta y regresó a través de los Pine Barrens. Se perdió en la oscuridad y no encontró el camino de vuelta a la torre de vigilancia de incendios hasta el amanecer. Pero no le importó perderse porque mientras pedaleaba en la oscuridad estuvo pensando en la máquina de Turing. Finalmente llegó a la orilla del estanque donde habían acampado. La luz del amanecer brillando sobre el platillo de agua rojiza y tranquila hacía que pareciese una piscina de sangre. Alan Mathison Turing y Rudolf von Hacklheber estaban tendidos uno junto a otro, como cucharillas sobre la orilla, todavía algo manchados por el baño del día anterior. Lawrence encendió una pequeña hoguera, preparó té y finalmente se despertaron.

—¿Resolviste el problema —le preguntó Alan.

—Bueno, puedes convertir esa máquina universal de Turing tuya en cualquier otra máquina cambiando los ajustes…

—¿Ajustes?

—Perdona, Alan, me imagino tu M.U.T. como si fuese una especie de órgano.

—Oh.

—Una vez que hayas hecho eso, en cualquier caso, puedes hacer cualquier cálculo que desees, si la cinta es lo bastante larga. Pero caray. Alan, hacer una cinta que sea lo bastante larga, y sobre la que puedas escribir símbolos y borrarlos va a ser bastante complicado… el tambor de condensadores de Atanasoff sólo funcionaría hasta un cierto tamaño… tendrías que…

—Te estás desviando —dijo Alan con amabilidad.

—Sí, está bien, bueno… si tuvieses una máquina como ésa, entonces cualquier ajuste dado podría representarse por un número… una serie de símbolos. Y la cinta que introducirías para comenzar los cálculos contendría otra serie de símbolos. Así que volvemos a empezar con la prueba de Gódel… Si cualquier posible combinación de máquina y datos pueden representarse como una serie de símbolos, entonces puedes colocar todas las series posibles de números en una gran tabla, y entonces se convierte en un argumento del estilo de la diagonal de Cantor, y la respuesta es que deben existir algunos números que no pueden ser computados.

—¿Y el *Entscheidungsproblem?* —le recordó Rudy.

—Probar o refutar una fórmula, una vez que has cifrado la fórmula en números, quiero decir, es simplemente un cálculo sobre ese número. Por lo tanto eso significa que la respuesta a la pregunta es ¡no! ¡Ciertas fórmulas no pueden probarse o refutarse por ningún proceso mecánico! ¡Así que supongo que ser humano tiene algún sentido después de todo!

Alan parecía satisfecho hasta que Lawrence hizo este último comentario, y entonces su expresión se derrumbó.

—Eso es una suposición injustificada.

—¡No le escuches, Lawrense! —dijo Rudy—. Va a decirte que nuestros cerebros son máquinas de Turing.

—Gracias, Rudy —dijo Alan pacientemente. Lawrence, yo planteo que nuestros cerebros son máquinas de Turing.

—¡Pero has demostrado que existe un montón de fórmulas que una máquina de Turing no puede procesar!

—Y tú también lo has demostrado, Lawrence.

—¿Pero no crees que podemos hacer algunas cosas que una máquina de Turing no podría

—Gódel está de acuerdo contigo, Lawrence —intervino Rudy—, y también Hardy.

—Dame un ejemplo —dijo Alan.

—De una función no computable que un humano puede hacer y una máquina de Turing no?

—Sí. Y no me cuentes ninguna tontería sentimental sobre creatividad. Yo creo que una máquina universal de Turing podría mostrar comportamientos que interpretaríamos como creativos.

—Bueno, entonces no sé… Intentaré mantenerme alerta sobre ese tipo de cosas en el futuro.

Pero después, mientras pedaleaban de vuelta a Princeton, dijo:

—¿Y qué hay de los sueños?

—¿Cómo esos ángeles de Virginia?

—Supongo.

—Se trata simplemente de ruido en las neuronas, Lawrence.

—También soñé ayer por la noche que había un zeppelín ardiendo.

Al poco tiempo, Alan obtuvo su doctorado y volvió a Inglaterra. Le escribió un par de cartas a Lawrence. La última señalaba, simplemente, que no podría escribirle más cartas con «sustancia» y que Lawrence no debía tomárselo como algo personal. Este comprendió de inmediato que la sociedad de Alan le había puesto a trabajar en algo útil, probablemente resolviendo cómo evitar que se los comiese vivos uno de sus vecinos. Lawrence se preguntó qué uso le encontraría a él América. Regresó a la Escuela Universitaria Estatal Iowa, se planteó cambiar su especialidad a matemáticas pero no lo hizo. Todos aquellos a los que consultó coincidían en que las matemáticas, al igual que la restauración de órganos, estaban bien, pero que uno necesitaba algo con lo que llevar pan a la mesa. Se quedó en ingeniería y fue obteniendo peores y peores resultados hasta mediados de su último año, cuando la universidad le sugirió que comenzase una línea provechosa de trabajo, como arreglar tejados. Salió directamente de la universidad a los brazos expectantes de la Marina.

Le hicieron una prueba de inteligencia. La primera pregunta de la parte de matemáticas tenía que ver con botes en un río: Port Smith está a cien millas corriente arriba de Port Jones. El río fluye a cinco millas por hora. El bote surca el agua a diez millas por hora. ¿Cuánto tiempo lleva ir desde Port Smith hasta Port Jones? ¿Cuánto tiempo lleva regresar?

Lawrence vio inmediatamente que se trataba de una pregunta con trampa. Tendrías que ser un idiota para hacer la fácil suposición de que la corriente añadiría o sustraería cinco millas por hora a la velocidad del bote. Claramente, cinco millas por hora no era nada más que la velocidad media. La corriente sería más rápida en el medio del río y más lenta en los laterales. Se podrían esperar variaciones más complicadas en las curvas del río. Básicamente, era una cuestión de hidrodinámica que podría abordarse utilizando ciertos sistemas de ecuaciones diferenciales muy conocidos. Lawrence se sumergió en el problema cubriendo rápidamente (o eso le pareció) ambos lados de diez hojas de papel con sus cálculos. A medio camino se dio cuenta de que una de sus suposiciones, en combinación con las ecuaciones Navier-Stokes simplificadas, le había conducido a la exploración de una familia particularmente interesante de ecuaciones diferenciales parciales. Antes de darse cuenta había demostrado un nuevo teorema. Si eso no demostraba su inteligencia, ¿qué lo haría?

Entonces sonó el timbre y se recogieron los exámenes. Lawrence se las arregló para quedarse con su hoja borrador. Se la llevó de vuelta a su dormitorio, la reescribió y se la envió por correo a uno de los profesores de matemáticas más accesibles de Princeton, quien enseguida consiguió que fuese publicada en una revista de matemáticas de París.

Lawrence recibió dos ejemplares gratis y recién impresos de la revista unos cuantos meses más tarde, en San Diego, California, durante la entrega del correo a bordo de un gran barco llamado *U.S.S. Nevada.* El barco tenía una banda, y la Marina le había asignado a Lawrence el puesto de xilofonista, ya que su examen había demostrado que no era lo bastante inteligente para hacer alguna otra cosa.

El saco con el correo que llevaba la contribución de Lawrence a la literatura de las matemáticas llegó justo a tiempo. El barco de Lawrence, y unos cuantos de sus hermanos, habían tenido hasta ese momento su base en California. Pero justo entonces, todos fueron transferidos a un lugar llamado Pearl Harbor, Hawai, para enseñarles a los nipones quién era el jefe.

Lawrence nunca había sabido realmente qué quería hacer con su vida, pero enseguida decidió que ser un xilofonista en un barco de guerra en Hawai en tiempos de paz estaba a mucha distancia de ser la peor vida que uno podría tener. La parte más dura del trabajo era tener que sentarse o desfilar en ocasiones en condiciones muy calurosas, y soportar ocasionales

notas falsas por parte de otros miembros de la banda. Tenía abundante tiempo libre, que pasaba trabajando en una serie de nuevos teoremas en el campo de la teoría de la información. El campo había sido inventado y abarcado en su mayor parte por su amigo Alan, pero había mucho trabajo de detalle por hacer. Él, Alan y Rudy habían bosquejado un plan general de lo que era necesario probar o refutar. Lawrence abordó la lista. Se preguntaba qué estarían haciendo Alan y Rudy en Inglaterra y Alemania, pero no podía escribirles y descubrirlo, así que guardó su trabajo para sí. Cuando no estaba tocando el xilófono o resolviendo teoremas había bares y bailes a los que acudir. Waterhouse llevó a cabo algunas labores de pene por su cuenta, pilló una enfermedad venérea, se curó [1] y compró condones. Todos los marinos hacían lo mismo. Eran como niños de tres años que se clavan lápices en las orejas, descubren que duele y dejan de hacerlo. El primer año de Lawrence pasó casi instantáneamente. El tiempo se desvaneció sin más. Ningún lugar podía ser más soleado y relajante que Hawai.

OceanofPDF.com

Novus Ordo Sedoritm

—Los filipinos son personas afectuosas, amables, cariñosas y desprendidas —dice Avi—, de lo cual hay que alegrarse, teniendo en cuenta que muchos de ellos llevan armas ocultas.

Randy se encuentra en el aeropuerto de Tokio, recorriendo el vestíbulo con una lentitud que enfurece a los otros viajeros. Todos ellos han pasado el último medio día sujetos a asientos malos y apretujados en un tubo de aluminio cargado de combustible de reactor. Sobre las protuberancias de seguridad del suelo a la salida del avión, las maletas con redecillas resuenan como aviones de combate. Las maletas le rozan las rodillas mientras esquivan su largo y fornido cuerpo en forma de columna. Randy sostiene su nuevo teléfono GSM a un lado de la cabeza. Se supone que funciona en cualquier parte del mundo, menos en Estados Unidos. Se trata de su primera oportunidad para ponerlo a prueba.

—Se te oye claro como una campana —dice Avi—. ¿Cómo ha sido el vuelo?

—Bien —dice Randy—. En la pantalla de vídeo tenían uno de esos mapas animados.

Avi lanza un suspiro.

—Ahora los tienen en todas las compañías aéreas —señala con voz monótona.

—Lo único que había entre San Francisco y Tokio era la isla Midway.

—¿Y?

—Permaneció en medio de la pantalla durante horas. MIDWAY. Con un vacío embarazoso a su alrededor.

Randy llega a la puerta de salida para Manila y se detiene para admirar un aparato de televisión de metro y medio de ancho y alta definición que muestra el logotipo de una importante compañía de electrónica de consumo nipona. Emite un vídeo en el que un alocado profesor de dibujos animados y su adorable ayudante canino señalan las tres rutas de transmisión del virus del sida.

—Tengo una huella para ti —dice Randy.

—Dispara.

Randy se mira la palma de la mano, sobre la que ha escrito una serie de números y letras con bolígrafo.

—AF 10 06E9 99BA 11 07 64 Cl 89 E3 40 8C 72 55.

—La tengo —dice Avi—. Es de Ordo, ¿no? —Exacto. Te envié por *e-mail* la clave desde SFO.

—Lo del apartamento sigue sin resolverse —dice Avi—. Así que te he reservado una *suite* en el hotel Manila.

—Qué quieres decir con que sigue sin resolverse?

—Filipinas es uno de esos países pos españoles que carecen de una clara distinción entre los asuntos de negocios y las relaciones persona— les —dice Avi—. No creo que puedas encontrar un alojamiento seguro sin casarte con una familia que tenga como apellido el nombre de una calle importante.

Randy se sienta en la sala de espera. El desenvuelto personal de tierra, ataviado con sombreritos chillones e inverosímiles, se centra en los filipinos que llevan demasiado equipaje de mano y los someten al ritual público de rellenar pequeñas etiquetas y entregar sus posesiones. Los filipinos alzan la vista y miran con ansia por los ventanales. Pero la mayor parte de los pasajeros que aguardan son nipones: algunos hombres de negocios, pero en su mayoría turistas. Miran un vídeo educativo que enseña cómo dejar que te roben en un país extranjero.

—Vaya —dice Randy, mirando por el ventanal—, tienen otro 747 para Manila.

—En Asia, ninguna compañía aérea decente se molesta en mover nada más pequeño que un 747 —responde Avi—. Si alguien intenta meterte en un 737 o, Dios no lo quiera, un Airbus, corre, no te molestes en caminar, aléjate de la puerta de embarque, llámame al Sky Pager y enviaré un helicóptero a evacuarte.

Randy ríe.

Avi sigue hablando.

—Ahora escúchame bien. El hotel al que vas es muy antiguo e impresionante, pero está en medio de ninguna parte.

—¿Cómo se les ocurrió construir un hotel en medio de ninguna parte?

—Hace tiempo fue una zona concurrida… está en el paseo marítimo, justo en el límite de Intramuros.

Randy recuerda el suficiente español de instituto para comprender el nombre.

—Pero Intramuros fue arrasado por los nipones en 1945 —siguió diciendo Avi—. De forma sistemática. Todos los hoteles de negocios y los edificios de oficinas están en un nuevo distrito llamado Makati, mucho más cerca del aeropuerto.

—Así que quieres que nuestra oficina esté en Intramuros.

—¿Cómo lo has adivinado? —dice Avi, con voz de ligero asombro. Se enorgullece de ser impredecible.

—Normalmente no soy un tipo demasiado intuitivo —dice Randy—, pero he pasado trece horas en un avión y a mi cerebro le han dado la vuelta y lo han colgado para que se seque.

Avi lanza las justificaciones tradicionales: el espacio para oficinas es mucho más barato en Intramuros. Los ministerios del gobierno están mucho más cerca. Makati, el reluciente y nuevo distrito comercial, está demasiado aislado de los verdaderos filipinos. Randy no presta atención.

—Quieres actuar desde Intramuros porque fue sistemáticamente arrasado y porque te obsesiona el Holocausto —dice Randy al fin, con tranquilidad y sin rencor.

—Sí. ¿Y? —responde Avi.

Randy mira por la ventanilla del 747 en dirección a Manila, bebiendo un refresco nipón de color verde fosforescente fabricado con extractos de abeja (o, al menos, tiene el dibujo de una abeja) y mascando algo que la azafata denominó tentempié japonés. El cielo y el océano muestran el mismo color, un tono de azul que hace que se le congelen los dientes. El avión vuela tan alto que, ya mire arriba o abajo, ve imágenes escorzadas de pilas de hirvientes cúmulos. Las nubes surgen del cálido Pacífico como si inmensos barcos de guerra estuviesen explotando por toda la zona. Crecen y se mueven a una velocidad alarmante, las formas que adoptan son tan

variadas y grotescas como las de los organismos de las profundidades, y todas ellas, supone Randy, son tan peligrosas para un avión como las estacas de bambú para un peatón descalzo. Se sobresalta al descubrir la albóndiga de color rojo anaranjado pintada en el ala. Se siente como si le hubiesen transportado a una vieja película bélica.

Enciende el portátil. Los correos electrónicos de Avi, cifrados en lo que externamente son mensajes de que-te-vaya-bien, se han ido acumulando en la bandeja de entrada. Es una acumulación gradual de diminutos archivos, enviados por Avi cada vez que le venía una idea a la cabeza durante los últimos tres días; sería evidente, incluso si Randy no lo supiese, que Avi posee una máquina portátil de correo electrónico que puede conectarse a Internet por radio. Randy arranca un programa que técnicamente se llama Novus Ordo Seclorum pero que todo el mundo abrevia como Ordo. Es un chiste muy forzado que se fundamenta en que la tarea de Ordo, como programa criptográfico, consiste en colocar los bits de un mensaje en un Nuevo Orden y le llevaría siglos al gobierno descifrarlo. En medio de la pantalla aparece la imagen de la Gran Pirámide, y un solitario ojo se materializa gradualmente en su ápice.

Ordo puede realizar su trabajo de dos formas. La más evidente es descifrar todos los mensajes y convertirlos en archivos de texto en el disco duro, que Randy podría leer en cualquier momento. El problema (si eres un paranoico) es que cualquiera podría apropiarse del disco duro y leer los archivos. Quién sabe, a los agentes de aduanas de Manila podría ocurrírseles requisar el ordenador por pornografía infantil. O, atontado por el desajuste horario, podría dejarse el portátil en un taxi. Por tanto, en lugar de eso, activa Ordo en modo de flujo, que descifrará los mensajes lo justo para que él pueda leerlos y luego, cuando cierre las ventanas, borrará los archivos descifrados de la memoria y del disco duro.

El asunto del primer mensaje de Avi es: «Directriz 1.»

Buscamos sitios donde las matemáticas sean favorables. ¿Qué significa eso? Significa que buscamos lugares en los que la población esté a punto de explotar —podemos predecirlo simplemente echando un vistazo al histograma de edades— y la renta per cápita esté a punto de dispararse como sucedió en Nipón, Taiwán, Singapur. Multiplica esos

dos factores y obtendrás el crecimiento exponencial que nos hará asquerosamente ricos antes de cumplir los cuarenta.

Se trata de una alusión a una conversación entre Randy y Avi de hacía dos años, durante la cual Avi calculó el valor numérico específico de ser asquerosamente ricos. Sin embargo, no se trataba de una constante fija sino de una celda en una hoja de cálculo enlazada con varios indicadores económicos que variaban continuamente. En ocasiones, cuando Avi trabaja frente al ordenador deja la hoja de cálculo corriendo en una pequeña ventana para poder echar un vistazo al valor actual de «ser asquerosamente rico».

El segundo mensaje, enviado un par de horas más tarde, se llama «Directriz 2».

Dos: elegir un campo tecnológico en el que nadie pueda competir con nosotros. Ahora mismo, el único es redes. Damos mil vueltas a cualquier otro en todo el mundo cuando se trata de redes. Ni siquiera es divertido.

Al día siguiente, Avi había enviado un mensaje llamado, simplemente, «Más». Quizá ya no se acordaba de cuántas directrices había establecido hasta ese momento.

Otro principio: esta vez mantenemos el control de la corporación. Eso significa que conservamos al menos un cincuenta por ciento de las acciones… lo que implica poca o ninguna inversión externa hasta que hayamos ganado algo de valor.

—No tienes que convencerme de eso —murmura Randy para sí, al leer lo siguiente.

Ese principio limita el tipo de negocio en el que podemos meternos. Olvida cualquier cosa que exija una gran inversión inicial

Luzón es un conjunto de montañas de exuberante jungla verde oscuro surcadas por ríos que podrían pasar por avalanchas de cieno. A medida que el océano azul oscuro se encuentra con sus playas caqui, el agua adopta el tono chocante de una piscina suburbana. Más al sur, las montañas están quemadas para dejar paso a la agricultura. La tierra es de un color rojo brillante, por lo que esas partes tienen el aspecto de heridas recientes, pero en su mayor parte está cubierta de follaje que se parece al material verde que los fanáticos de los trenes en miniatura ponen en sus colinas de papel maché, y en amplias zonas de las montañas no hay señales de que los seres humanos hayan existido alguna vez. Más cerca de Manila, algunas de las vertientes están deforestadas, salpicadas de estructuras, tejidas con líneas de alta tensión. Campos de arroz bordean las cuencas. Los pueblos son aglutinaciones de chabolas dispuestas alrededor de enormes iglesias con forma de cruz y buenos tejados.

La visión se vuelve nebulosa a medida que penetran en la cortina de contaminación que cubre la ciudad. El avión comienza a sudar como un enorme vaso de té helado. El agua fluye y cae como una cortina, se acumula en los huecos, y salta con fuerza desde los bordes de los alerones.

De pronto descienden sobre la bahía de Manila, que está marcada por interminables vetas de rojo brillante, algún tipo de explosión de algas. Los superpetroleros dejan a su paso largos arco iris. Todas las calas están abarrotadas de botes delgados y alargados, con doble estabilizador, con aspecto de chinches acuáticas de brillantes colores.

Y al final se encuentran sobre la pista del AÍNA, Aeropuerto Internacional Nino y Aquino. Guardias y policías de todo pelaje se pasean portando M—16 o escopetas, cubiertos por túnicas hechas con pañuelos sujetos a la cabeza por medio de gorras de béisbol americanas. Un hombre ataviado con un radiante uniforme blanco se encuentra bajo la boca del túnel de salida de pasajeros, sosteniendo en las manos barras naranjas fosforescentes, como un Cristo que dispensase perdón a un mundo de pecadores. Un aire sulfuroso y tropical comienza a meterse por el sistema de ventilación del jumbo. Todo se empapa y languidece.

Está en Manila. Saca el pasaporte del bolsillo de la camisa. El nombre es RANDALL LAWRENCE WATERHOUSE.

Así es como nació la corporación Epiphyte:

—¡Estoy canalizando mierda! —dijo Avi.

El número llegó al busca de Randy mientras estaba sentado a la mesa en un restaurante de la costa con los amigos de su novia. Un sitio en el que, cada día, imprimían un menú nuevo con láser sobre una imitación de pergamino cien por cien reciclado, en el que los platos estaban recubiertos de trazos osciloscópicos con salsas color neón, y los entrantes eran altas pilas arquitectónicas de extraños ingredientes tallados como prismas relucientes. Randy había pasado toda la comida resistiéndose a la tentación de invitar a uno de los amigos de Charlene (a uno cualquiera, no importaba) a salir a la calle y darse de puñetazos.

Miró el busca esperando ver el número del Centro de Computación de las Tres Hermanas, donde trabajaba (técnicamente, sigue trabajando allí). Los dígitos del número de teléfono de Avi penetraron en su ser como lo hubiese hecho el 666 en un fundamentalista.

Quince segundos más tarde, Randy estaba en la acera, pasando la tarjeta por un teléfono público como un asesino pasaría la hoja afilada por la garganta de un político rechoncho.

—El poder está llegando desde Lo Alto —siguió diciendo Avi—. Esta noche, simplemente, llega a través de mí… atiende, pobre cabrón.

—Qué quieres que haga? —preguntó Randy. adoptando un tono frío y casi hostil para enmascarar la enfermiza emoción que sentía.

—Compra un billete para Manila —dijo Avi.

—Primero tengo que hablarlo con Charlene —respondió Randy.

—Ni tú mismo te lo crees —dijo Avi.

—Charlene y yo tenemos una relación muy sólida…

—Han pasado diez años. Todavía no te has casado con ella. Saca tú mismo las conclusiones.

(Setenta y dos horas más tarde estaría en Manila, contemplando la Flauta de Un Solo Tono.)

—Todo el mundo en Asia se pregunta cuándo van los filipinos a tomarse las cosas en serio —dijo Avi—; es la gran pregunta de los noventa.

(La Flauta de Un Solo Tono es lo primero que ves cuando atraviesas el control de pasaportes.)

—Medité sobre esa pregunta cuando estaba en la cola del Control de Pasaportes del Aeropuerto Internacional Nino y Aquino —dijo Avi, comprimiendo el nombre completo en un único sonido articulado—. ¿Sabes que tienen diferentes filas?

—Supongo que sí-dijo Randy. Un paralelepípedo de atún rehogado dio un salto mortal en su gaznate. Sentía el perverso deseo de tomar un helado de dos bolas. No viajaba tanto como Avi, y apenas tenía una vaga idea de a qué se refería con las «filas».

—Ya sabes. Una para nacionales. Una para extranjeros. Puede que una para diplomáticos.

(Ahora, esperando para que le sellen el pasaporte, Randy puede verlo con claridad. Por una vez no le importa esperar. Se sitúa en la cola junto a la fila de los TCE y los examina. Ellos conforman el mercado de Epiphyte Corp. En su mayoría mujeres jóvenes, muchas de ellas vestidas a la moda, pero aún conservando una especie de recatamiento de escuela católica. Agotadas por los largos viajes, cansadas de la espera, se encorvan, y luego de pronto se colocan rectas y levantan las finas barbillas, como si una monja invisible estuviese recorriendo la fila golpeándoles los nudillos con una regla.)

Pero setenta y dos horas antes no había entendido de verdad lo que Avi había querido decir con filas, así que se limitó a decir:

—Sí, ya he visto la cosa de las filas.

—¡En Manila, tienen toda una fila para los TCE que regresan!

—¿TCE?

—Trabajadores Contratados en el Extranjero. Los filipinos que trabajan fuera… ya que la economía filipina está tan deteriorada. Como sirvientas y niñeras en Arabia Saudita. Enfermeras y anestesistas en Estados Unidos. Cantantes en Hong Kong, putas en Bangkok.

—¿Putas en Bangkok? —Randy al menos sí había estado allí, y su mente retrocedía ante el concepto de exportar prostitutas a Tailandia.

—Las filipinas son más hermosas —dijo Avi con calma—, y poseen una ferocidad que las hace más interesantes para el viajero de negocios inherentemente masoquista, que todas las titis tailandesas.

Ambos sabían que todo aquello eran chorradas; Avi era un hombre de familia y no tenía experiencia de primera mano en esos asuntos. Pero Randy no lo comentó. Siempre que Avi conservase su habilidad para las

chorradas improvisadas, tenían muy buenas posibilidades de hacerse asquerosamente ricos.

(Ahora que está aquí, es tentador preguntarse cuáles de las chicas en la cola TCE son putas. Pero no le parece que llegue a ninguna parte, así que cuadra los hombros y se acerca a la línea amarilla.

El gobierno filipino ha dispuesto expositores de vidrio en el vestíbulo que lleva desde el control de pasaportes a la inspección de seguridad. Los expositores contienen artefactos que muestran las glorias de la cultura filipina anterior a Magallanes. El primero de ellos contiene *hpiéce de resístame*: un instrumento musical rústico tallado a mano, de largo y complicado nombre en tagalo. Debajo de él, en letras más pequeñas, se encuentra la traducción al inglés: FLAUTA DE UN SOLO TONO.)

—¿Comprendes? Filipinas está cercada de forma natural —dijo Avi —. ¿Sabes lo raro que es encontrar una situación así? Cuando encuentras un ambiente aislado de forma natural, Randy, embistes contra él como un hurón furioso metido en una tubería llena de carne cruda.

Un comentario sobre Avi: los antepasados de su padre apenas habían salido de Praga. En lo que se refería a judíos centroeuropeos, eran bastante típicos. Lo único realmente anómalo es que siguiesen con vida. Pero los antepasados de su madre eran unos cripto judíos mexicanos increíblemente peculiares que habían estado viviendo en las mesetas, esquivando a los jesuitas, disparando a las serpientes de cascabel y comiendo hojas de estramonio durante trescientos años; tenían el aspecto de indios y hablaban como *cowboys*. Por tanto, cuando se relacionaba con otras personas, Avi vacilaba. En la mayor parte de las ocasiones se mostraba correcto y cortés de una forma que impresionaba profundamente a los empresarios —especialmente a los nipones—, pero de vez en cuando tenía arrebatos, como si hubiese estado probando la hierba loca. Randy había aprendido a manejar esas situaciones, razón por la que Avi lo llamaba en momentos como aquél.

—¡Oh, cálmate! —dijo Randy. Observó cómo una chica bronceada pasaba a su lado, de regreso de la playa—. ¿Aislada innata?

—Mientras Filipinas no se lo tome en serio, tendrá muchos TCE. Querrán comunicarse con sus familias… los filipinos están muy centrados en sus familias. Comparados con ellos, los judíos no son más que un grupo de solitarios alienados.

—Vale. Sabes más de esos dos grupos que yo.

—Son sentimentales y afectuosos, tanto que es fácil que nosotros les despreciemos.

—No tienes que ponerte a la defensiva —dijo Randy—. No les estoy despreciando.

—Cuando oigas en la radio las canciones que dedican, les despreciarás —dijo Avi—. Pero, francamente, en esos asuntos podríamos aprender de los Pinoys.

—Ahora mismo estás muy cerca de sonar a beato…

—Me disculpo —dijo Avi, con total sinceridad. La esposa de Avi había estado embarazada casi de forma continua en los cuatro años que llevaban casados. Cada día que pasaba él se volvía más diligente en los asuntos religiosos y no podía mantener una conversación sin mencionar el Holocausto. Randy era un soltero que estaba a punto de romper con la chica con la que había estado viviendo.

—Te creo, Avi —dijo Randy—. ¿Tienes algún problema con que coja un billete en *businessl*

Avi no le escuchó, así que Randy asumió que era un sí.

—Siempre que la situación se mantenga, habrá un gran mercado para Pinoy-gramas.

—¿Pinoy-gramas?

—¡Por Dios santo, no lo digas a gritos! Estoy rellenando los formularios para registrar la marca mientras hablamos —dijo Avi. Randy podía oír de fondo un sonido de ametralladora, teclas de ordenador moviéndose tan rápido que parecía que Avi se limitaba a sostener el teclado entre sus manos pálidas y huesudas y lo agitaba violentamente de arriba abajo—. Pero si los filipinos se lo toman en serio, veremos un crecimiento explosivo en las telecomunicaciones, como en cualquier otra Earde.

—¿Earde?

—E-A—R-D. Economía Asiática en Rápido Desarrollo. En cualquier caso, nosotros salimos ganando.

—Asumo que quieres meterte en un negocio relacionado con las telecomunicaciones.

—Bingo. —De fondo comenzó a oírse el llanto de un niño—. Tengo que irme —dijo Avi—. El asma de Shlomo ha vuelto a dispararse. Apunta esta huella.

—¿Huella?

—Para mi clave de descifrado. Para el correo electrónico.

—¿Ordo?

—Sí.

Randy sacó un bolígrafo y, al no encontrar papel en el bolsillo, lo colocó sobre la palma de la mano.

—Dispara.

—67 81 A4 AE FF 40 25 9B 43 0E 29 SD *56* 60 E3 2F. —Y a continuación, Avi colgó el teléfono.

Randy volvió al restaurante. De camino a la mesa, le pidió al camarero que le trajese media botella de un buen vino tinto. Charlene le oyó y lo miró con el ceño fruncido. Randy seguía pensando sobre la ferocidad innata, y no vio el gesto; sólo el aspecto mojigato común a todos los amigos de Charlene. ¡Dios mío! Tengo que irme de California, comprendió de inmediato.

OceanofPDF.com

Alga marina

Mujer e hijo
Ojos descoloridos
Llanto helado

El Cuarto de Marines marcha colina abajo al ritmo de John Philip Sousa, lo que debería ser natural para un marine. Pero el Cuarto de Marines lleva en Shanghai (que no es ni los salones de Montezuma ni las costas de Trípoli) demasiado tiempo, más de lo que cualquier marine debería estar en ningún sitio, y Bobby ya había visto como su sargento, un tal Frick, vomitaba por el mono del opio.

Una banda de marines se encuentra a varias manzanas de Shanghai, por delante. El pelotón de Bobby puede escuchar el retumbar de los grandes tambores y el sonido penetrante emitido por los flautines y los xilófonos, pero él es incapaz de seguir la melodía. El cabo Shaftoe es a todos los efectos su líder, porque el sargento Frick está para el arrastre.

Shaftoe marcha junto a la formación, supuestamente para vigilar a sus hombres, pero en realidad para admirar Shanghai.

Shanghai le devuelve la mirada y, en general, les regala una ovación entusiasta. Evidentemente, siempre hay algún alborotador callejero que considera una cuestión de honor dejar bien claro que no teme a los marines, y los abuchea desde una distancia segura, y también disparan petardos, lo que no ayuda a mantener la calma. Los europeos aplauden, todo un grupo de coristas rusas de Delmonte enseña los muslos y lanza besos. Pero la

mayoría de los chinos se muestran hieráticos, lo que significa —sospecha Bobby— que están muertos de miedo.

Lo peor son las mujeres que llevan niños medio blancos. Algunas de ellas se comportan con furia, con histeria, arrojándose entre las formaciones de marines sin que les importen las culatas de los rifles. Pero la mayoría se muestran estoicas: permanecen de pie sosteniendo a los niños de ojos claros y miran fijamente, buscando al culpable entre las filas. Todo el mundo ha oído lo que sucedió río arriba, en Nanjing, cuando llegaron los nipos, y saben que cuando todo acabe el único rastro que podría quedar de que ellas y sus bebes existieron sería el horrible recuerdo en la mente de algún marine americano.

Las miradas funcionan en el caso de Shaftoe: ha cazado ciervos en Wisconsin y les ha visto cojear por la nieve mientras se desangraban hasta morir. Vio a un hombre morir durante la instrucción en isla de Parris. Ha visto marañas de cuerpos en el Yangtzé, corriente abajo del lugar donde los nipones juzgaban el Incidente de China, y había visto a refugiados de lugares como Nanjing morirse de hambre en los callejones de Shanghai.

Él mismo ha matado a gente que intentaba tomar por asalto los barcos fluviales que les habían ordenado proteger. Piensa que nunca ha visto, y nunca verá, nada tan terrible como esas mujeres chinas de rostro duro sosteniendo a sus bebés blancos, sin siquiera parpadear mientras los petardos estallan a su alrededor.

Es decir, hasta que mira los rostros de ciertos marines que a su vez miran la multitud y ven sus propios rostros devolviéndoles la mirada, regordetes por la grasa infantil y llenos de lágrimas. Algunos parecen tomárselo a broma. Pero muchos de los marines que salieron esa mañana de los barracones vacíos como hombres cuerdos y responsables, para cuando llegan a las cañoneras que les esperan en el Bund se han vuelto completamente locos. No lo demuestran todavía. Pero Shaftoe puede ver en sus ojos que finalmente algo en su interior se ha derrumbado.

Los mejores hombres del regimiento están muy mal de ánimos. Los que como Shaftoe no se involucraron con las mujeres chinas dejan, aun así, muchas cosas detrás: casas con sirvientas y chicos para abrillantar los zapatos y *coolies*… con mujeres y opio casi por nada. No saben a dónde les envían, pero está claro que veintiún dólares al mes no les llevarán muy lejos. Volverán a ir a los barracones y tendrán que abrillantarse sus propias botas. Una vez retiradas las pasarelas del Bund, quedan aislados de un

mundo que no volverán a ver, un mundo en el que eran reyes. Ahora vuelven a ser marines. A Shaftoe no le importa, porque él quiere ser marine. Pero muchos de los hombres han llegado a la mediana edad, y no quieren serlo.

Los hombres culpables se ocultan en el interior. Shaftoe permanece en la cubierta de la cañonera, que se separa del Bund, en dirección al crucero *Augusta*, que les espera en medio del canal.

El Bund está atestado de curiosos en una confusión de ropas de diferentes colores, así que un grupo de uniforme le llama la atención: un grupo de soldados nipos que han venido a ofrecer a sus colegas yanquis una despedida sarcástica. Shaftoe busca en el grupo a alguien alto y voluminoso, y lo encuentra con facilidad. Goto Dengo le dice adiós con la mano.

Shaftoe se quita el casco y le devuelve la despedida. Luego, en un impulso, sólo porque le da la gana, se prepara y lanza el casco directamente hacia la cabeza de Goto Dengo. No le sale bien y Goto Dengo debe derribar como a una docena de sus compatriotas para atraparlo. Todos ellos parecen pensar que se trata de un gran honor, además de extremadamente divertido, el ser derribado por Goto Dengo.

Veinte segundos más tarde, un cometa sale volando del cosmos de carne del Bund y cae sobre la cubierta de madera de la cañonera, un gran lanzamiento. Goto Dengo está demostrando su puntería. El proyectil es una piedra envuelta en una serpentina blanca. Shaftoe corre a recogerlo. La serpentina es uno de esos pañuelos de mil puntadas (se supone; ha quitado algunos a nipos inconscientes, pero nunca se ha molestado en contar las puntadas) que se ponen alrededor de la cabeza como amuleto de buena suerte; tiene una albóndiga en el centro y escritura nipona a ambos lados. La desata de la piedra. Al hacerlo ve, de pronto, que no se trata de una piedra; ¡es una granada de mano! Pero el bueno de Goto Dengo estaba bromeando; no ha sacado el seguro. Un bonito *souvenir* para Bobby Shaftoe.

El primer *haiku* (diciembre, 1940) de Shaftoe fue una adaptación apresurada del credo de los marines:

El rifle es mío
Hay muchos iguales a él

Este es el mío

Lo escribió en las siguientes circunstancias: Shaftoe y el resto del Cuarto de Marines se encontraban estacionados en Shanghai para proteger el Asentamiento Internacional y trabajar como músculos en las cañoneras de la Patrulla Fluvial del Yangtzé. Su pelotón acababa de volver de la Ultima Patrulla: un reconocimiento de mil millas, río arriba, pasando por lo que quedaba de Nanjing, hasta Hankow, y de vuelta. Los marines lo hacían desde la rebelión de los Boxers, la guerra civil y todo lo demás. Pero, hacia finales de 1940, con los nipos [2] controlando ahora el noreste de China, los políticos en D.C. habían tirado finalmente la toalla y habían comunicado a los marines de China que ya no debían remontar el Yangtzé.

Ahora, los marines de la vieja guardia como Frick afirmaban que podían distinguir entre bandidos organizados, muchedumbres armadas de campesinos hambrientos, bribones nacionalistas, guerrillas comunistas y las fuerzas irregulares pagadas por los señores de la guerra. Pero para Bobby Shaftoe todos eran una panda de asiáticos enloquecidos y armados que querían su parte de la Patrulla Fluvial del Yang-tzé. La Ultima Patrulla había sido un viaje desesperado. Pero ya había terminado y estaban de regreso en Shanghai, el lugar más seguro de China, y como cien veces más peligroso que el lugar más peligroso de América. Habían descendido de la cañonera seis horas antes, se habían metido en un bar, y acaban de salir ahora mismo, cuando habían decidido que ya era hora de irse a un prostíbulo. De camino, dio la casualidad de que pasaron frente a aquel restaurante ñipo.

En otras ocasiones, Bobby Shaftoe ya había mirado por la ventana del local y había observado al hombre del cuchillo intentado comprender qué hacía. Demonios, parecía como si estuviese cortando el pescado sin cocinarlo y poniendo la carne cruda sobre montoncillos de arroz para pasárselos a continuación a los clientes nipos del otro lado del mostrador, que los engullían.

Tenía que ser una ilusión óptica. El pescado debía haber sido cocinado de antemano en la parte trasera del local.

Esa situación llevaba un año incomodando a Shaftoe. Cuando él y los otros marines borrachos y calientes pasaron frente al local, redujo el paso para echar un vistazo, intentando reunir más pruebas. Podría jurar que parte

de aquel pez tenía un color rojo rubí, lo que no podía ser si estaba cocinado.

Uno de sus compañeros, Rhodes, de Shreveport, le vio mirar. Desafió a Shaftoe a entrar allí y sentarse. Luego otro soldado, Gowicki, de Pittsburg, ¡dobló el desafío!

Shaftoe apretó los dientes y consideró la cuestión. Ya se había decidido a hacerlo. Era un explorador encubierto, y formaba parte de su personalidad hacer locuras de aquel tipo; pero examinar el territorio antes de aventurarse en él también era parte de su entrenamiento.

El restaurante estaba tres cuartas partes lleno, y todos los clientes eran miembros uniformados del ejército nipón. En el bar donde el hombre cortaba pescado aparentemente crudo había una gran concentración de oficiales; si tuviese una granada, la tiraría allí. El local estaba ocupado en su mayoría por mesas alargadas en las que se sentaban los soldados, tomando sopa de tallarines. Shaftoe les prestó una atención especial, porque eran ellos los que iban a darle, en sesenta segundos, una paliza. Algunos estaban a solas, leyendo. Un grupo, en una esquina, prestaban atención a un tipo que aparentemente contaba una historia o un chiste.

Cuanto más tiempo pasaba Shaftoe reconociendo el local, más se convencían Rhodes y Gowicki de que de verdad iba a hacerlo. Se entusiasmaron y llamaron a más marines, quienes se habían adelantado en dirección al prostíbulo.

Shaftoe vio que regresaban los otros. Eran su reserva táctica.

—¡Qué coño! —dijo y entró en el restaurante.

A su espalda, podía oír a los otros gritar entusiasmados; no podían creer que lo estuviese haciendo. Cuando Shaftoe atravesó el portal de aquel restaurante nipo pasó a formar parte de la leyenda.

Todos los nipos le miraron al atravesar la puerta. Si estaban sorprendidos no lo manifestaron. El chef tras el mostrador comenzó a entonar una especie de saludo ritual, que fue desvaneciéndose hasta apagarse cuando vio lo que había entrado. El tipo al fondo del local —un nipo de mejillas coloradas, de voz ronca— siguió contando su historia o su chiste o lo que fuese.

Shaftoe saludó sin dirigirse a nadie en particular, luego se acercó a la silla libre más próxima y se sentó.

Otros marines hubiesen esperado a tener reunido a todo el pelotón. A continuación, hubiesen invadido el restaurante en masa, tirando algunas sillas y derramando algo de sopa. Pero Shaftoe había tomado la iniciativa antes de que los otros pudiesen hacer algo así y había entrado solo, como se suponía que hacía un explorador encubierto. Pero no se trataba sólo de que fuese un explorador encubierto. También se debía a que era Bobby Shaftoe, y sentía sincera curiosidad por aquel sitio y, si podía, quería pasar allí unos minutos de calma y aprender algunas cosas antes de que empezase la diversión.

Ayudó, claro, que Shaftoe fuera un borracho tranquilo y contemplativo, no un borracho peligrosamente explosivo. Debía apestar a cerveza (los teutones de Tsingtao producían un brebaje cuyo sabor le devolvía a Wisconsin, y sentía añoranza). Pero no aullaba ni tiraba cosas.

El chef estaba ocupado montando uno de los bocaditos y fingía ignorar a Shaftoe. Los otros hombres lo miraron con frialdad durante un momento y luego volvieron a centrar su atención en la comida. Shaftoe examinó los peces crudos dispuestos sobre el hielo picado y a continuación dirigió la mirada al resto del local. El tipo al fondo hablaba a ráfagas cortas leyendo de un libro de notas. Decía como diez o veinte palabras y a continuación los miembros de su reducida audiencia se miraban entre sí y sonreían, o hacían una mueca, y en ocasiones incluso aplaudían. No recitaba como si fuesen chistes verdes. Hablaba con precisión y expresividad.

¡Coño! ¡Leía poesía! Shaftoe no entendía lo que decía, pero sí sabía, por los sonidos, que debía ser poesía. Pero no rimaba. Aunque los nipos lo hacían todo al revés.

Observó que el chef lo miraba con hostilidad. Se aclaró la garganta, lo que no tenía demasiado sentido puesto que no sabía hablar ñipo. Miró en dirección al pescado rojo rubí que había tras la barra, lo señaló y levantó dos dedos.

Todos se quedaron asombrados de que el americano hubiese realmente pedido algo. La tensión se rompió, aunque sólo un poquito. El chef se puso a trabajar y preparó dos porciones, que procedió a servirle en un pedestal de madera.

A Shaftoe le habían enseñado a comer insectos y a arrancarle la cabeza a un pollo a mordiscos, así que se imaginó que podía tragarse aquello. Cogió las porciones con los dedos, como hacían los nipos, y se las

comió. Sabían bien. Pidió dos más, de otra clase. El tipo de la esquina seguía leyendo poesía. Shaftoe se comió sus porciones y pidió algunas más. Durante unos diez segundos, por el sabor del pescado y el sonido de la poesía, se sintió realmente cómodo en aquel lugar, y se olvidó de que simplemente estaba preparando una virulenta pelea racial.

Lo tercero que le sirvieron tenía un aspecto diferente: sobre el pescado crudo había una hojas delgadas y traslúcidas de un material húmedo y reluciente. Parecía papel empapado de aceite. Shaftoe lo contempló boquiabierto durante un rato, intentado identificarlo, pero no se parecía a ningún alimento que conociese. Miró a derecha y a izquierda, con la esperanza de que uno de los nipos hubiese pedido lo mismo, para echar un vistazo y descubrir cómo se comía. No hubo suerte.

Demonios, eran oficiales. Quizás alguno de ellos hablase un poco de inglés.

—Perdóneme. ¿Qué es esto? —dijo Shaftoe, levantando una esquina de la extraña membrana.

El chef lo miró nervioso, miró hacia la barra, sondeando a los clientes. Se produjo una discusión. Al fin, un oficial nipo sentado al otro extremo de la barra, un teniente naval, se puso en pie y le habló a Bobby Shaftoe.

—Algas marinas.

A Shaftoe no le gustó especialmente el tono de voz del teniente: hostil y arisco. En combinación con la expresión de su cara, el mensaje parecía ser: «Nunca lo comprenderías, granjero, así que por qué no lo consideras algas marinas.»

Shaftoe cruzo con formalidad las manos sobre el regazo, miró las algas marinas durante unos segundos, y luego levantó la vista en dirección al teniente, quien todavía le miraba sin mostrar ninguna expresión.

—¿Qué tipo de «alga marina», señor? —preguntó.

Miradas elocuentes empezaron a volar por todo el local, como los semáforos antes de un encuentro naval. La lectura de poesía parecía haber terminado, y desde el fondo del local se había iniciado una emigración de soldados. Mientras tanto, el teniente tradujo la pregunta de Shaftoe a los otros, que la discutieron con todo detalle, como si fuese una importante propuesta política de Franklin Delano Roosevelt.

El teniente y el chef intercambiaron algunas palabras. A continuación, el teniente miró a Shaftoe.

—Dice que pague ahora.

El chef levantó la mano y frotó los dedos con el pulgar.

Un año de trabajo en la Patrulla Fluvial del Yangtzé había dotado a Bobby Shaftoe de nervios de titanio, además de una fe ilimitada en sus compañeros, por lo que resistió el impulso de volver la cabeza y mirar por la ventana. Ya sabía con exactitud lo que vería: marines, hombro contra hombro, dispuestos a morir por él. Se rascó el nuevo tatuaje del brazo: un dragón. Las uñas sucias al pasar sobre las costras recientes produjeron un sonido áspero en el total silencio del restaurante.

—No ha contestado a mi pregunta —dijo Shaftoe, pronunciando las palabras con precisión etílica.

El teniente lo tradujo al nipón. Más discusiones. Pero en esta ocasión fueron cortantes y firmes. Shaftoe sabía que estaban a punto de ir a por él. Cuadró los hombros.

Los nipos eran buenos: montaron una carga organizada fuera de la puerta, hacia la acera, y se enfrentaron con los marines, antes de que cualquiera le pusiese la mano encima. El ataque de anulación impidió a los marines invadir el restaurante, lo que hubiese estropeado la comida de los oficiales y, con suerte, hubiese producido imprevisibles daños a la propiedad. A continuación, Shaftoe sintió como al menos tres personas lo agarraban por detrás y lo elevaban en el aire. Mientras sucedía todo aquello, miró a los ojos al teniente y gritó:

—¿Me está tomando el pelo con lo de las algas marinas?

En lo que se refiere a la bronca, lo único a destacar de la presente fue la forma en que lo llevaron a la calle antes de que pudiese empezar a pegar. Aparte de eso, fue como cualquier otra pelea callejera con soldados nipos en la que se hubiese metido en Shanghai. Al final todas se reducían al músculo americano (no te elegían para el Cuarto Regimiento a menos que fueses como un armario de metro ochenta) contra los hachazos-tortazos nipones.

Shaftoe no era un boxeador. Era un luchador. Se trataba de su punto de ventaja. Los otros marines adoptaban sus posturas e intentaban luchar —al estilo del marqués de Queenberry— lo que no era mucho frente a los hachazos-tortazos. Shaftoe no se hacía ilusiones sobre su estilo de boxeo, así que bajaba la cabeza y cargaba como un toro, de camino recibía un par de golpes en la cara, pero normalmente conseguía agarrar con fuerza a su

oponente y lo llevaba al suelo. Por lo general, eso sacudía tanto al nipo que Shaftoe podía atraparlo en un *a full-nel-son* o una *hammeríock* y hacerle gritar de dolor.

Los tipos que le llevaban al exterior fueron atacados por marines en cuanto salieron por la puerta. Shaftoe se encontró enfrentándose a un oponente que era al menos tan alto como él, lo que era raro. Además, también tenía buena constitución. No era para nada como un luchador de sumo, sino más bien como un jugador de rugby… un delantero con algo de barriga. Era un hijo de puta fuerte, y Shaftoe supo de inmediato que le esperaba una buena paliza. El tipo tenía un estilo de lucha diferente al americano, que (como Shaftoe descubrió por las malas) incluía algunos movimientos ilegales: estrangulamiento parcial y potentes golpes cortos a los centros nerviosos más importantes. La separación entre la mente y el cuerpo de Shaftoe, ya ampliada por el alcohol, se abrió definitivamente hasta convertirse en un abismo ante esas técnicas. Acabó tendido en la acera, indefenso y paralizado, mirando el rostro regordete de su oponente. Se trataba (vio) del mismo tipo que había estado leyendo poesía al fondo del local. Para ser un poeta, era muy buen luchador. O quizá viceversa.

—No es «alga marina» —dijo el enorme nipo. En la cara tenía la expresión de un escolar travieso al que la travesura le estuviese saliendo bien—. ¿Quizá la palabra en tu idioma sea «calabaza»? —Y a continuación se dio la vuelta y volvió a entrar en el restaurante.

¡Vaya una leyenda! Lo que ninguno de los otros marines sabía era que aquel no iba a ser el último encuentro entre Bobby Shaftoe y Goto Dengo. El incidente dejó a Shaftoe con un montón de insistentes preguntas sobre temas tan diversos como las algas marinas, la poesía y los hachazos-tortazos. Después del incidente buscó a Goto Dengo, lo que no fue difícil; se limitó a pagarle a un chico chino para que siguiese al llamativo nipo por toda la ciudad y le diese informes diarios. Por ellos supo que Goto Dengo y algunos de sus camaradas se reunían todas las mañanas en cierto parque para practicar sus hachazos-tortazos. Después de asegurarse de tener en orden el testamento y escribir una última carta a sus padres y hermanos en Oconomowoc, Shaftoe fue al parque cierta mañana, volvió a presentarse al sorprendido Goto Dengo y llegó a un acuerdo para servir de saco de arena humano. Sus habilidades para la defensa personal les parecieron hilarantemente primitivas pero admiraron su resistencia, y por tanto, por el módico precio de algunos dedos y costillas rotos, Bobby Shaftoe recibió un

curso preliminar en el estilo particular de hachazo-tortazo preferido de Goto Dengo, que se llama judo. Con el tiempo, la cosa incluso llevó a un par de encuentros sociales en bares y restaurantes, en los que Shaftoe aprendió a reconocer cuatro tipos de algas marinas, tres tipos de huevas y varios estilos de poesía nipona. Claro está, no tenía ni idea de qué coño decían, pero sabía contar sílabas, lo que, por lo que podía comprender, era todo lo necesario para apreciar la poesía nipona.

Aunque no es que esos conocimientos —o cualquier otra cosa que pudiese aprender sobre su cultura— vayan a serle de utilidad ahora, cuando muy pronto su trabajo consistirá en matarlos.

A cambio, Shaftoe enseñó a Goto Dengo a no lanzar como una chica. Muchos nipos son buenos jugadores de béisbol por lo que era gracioso, incluso para ellos, ver como su enorme amigo lanzaba con tan poca eficacia contra un bate. Pero fue Shaftoe el que enseñó a Goto Dengo a ponerse de lado, girar los hombros y lanzar. Ha prestado mucha atención durante el pasado año a los progresos del ñipo, y quizá por eso la imagen de Goto Dengo plantando los pies en los bloques de piedra del Bund, retirando el brazo, lanzando la granada envuelta en una cinta, acertando mientras permanece sobre un solo pie metido en una bota militar, permanece en la mente de Shaftoe de camino a Manila y más lejos.

A un par de días de viaje se hace evidente que el sargento Fnck se ha olvidado de cómo se limpian las botas. Cada noche las deja junto a la litera, como si esperase que un *coolie* viniese por la noche a limpiarlas. Cada mañana se despierta para encontrárselas todavía peor que antes. Después de unos días, comienza a recibir reprimendas de lo Más Alto, y empieza a tener muchos turnos de pelar patatas.

Ahora bien, esto por sí sólo sería perdonable. Por amor de Dios, Frick comenzó su carrera manteniendo alejados a los bandoleros de los trenes correo en High Chaparral. En 1927 lo enviaron a Shanghai sin previo aviso, y sin duda tuvo que demostrar algo de capacidad de adaptación. Vale. Y ahora se encuentra en este deprimente crucero anterior a la Gran Guerra, y es un poco duro para él. Pero no lo acepta con la dignidad que los marines exigen a los marines. Se queja. Se deja humillar. Se enfada. Muchos otros de los marines de China ven las cosas de esa forma.

Un día, Bobby Shaftoe se encuentra en la cubierta del destructor lanzando la siempre fiable pelota de béisbol con dos de los chicos cuando ve a algunos de los veteranos reuniéndose como una masa viscosa humana

en la cubierta. Por las expresiones y los gestos comprende que se están quejando.

Shaftoe oye como dos miembros de la tripulación hablan:

—¿Qué demonios pasa con estos marines? —dice uno de ellos.

El otro mueve la cabeza con tristeza, como un médico que acabase de ver que los globos oculares de un paciente dan vueltas en sus cuencas.

—Esos pobres cabrones se han vuelto asiáticos —dice.

Y se vuelven para mirar a Shaftoe.

Esa noche, en el comedor, Bobby Shaftoe traga la comida a toda prisa, y a continuación se pone en pie y se dirige a donde están reunidos los marines veteranos.

—¡Le pido perdón, sargento! —grita—. ¡Le pido permiso para limpiarle las botas, sargento!

Frick se queda boquiabierto, dejando al descubierto un trozo de carne medio masticado.

—¿Qué ha dicho, cabo?

Todo el comedor está en silencio.

—¡Con todos los respetos le pido permiso para limpiarle las botas, sargento!

Frick no es, ni siquiera cuando está sobrio, el tipo más rápido del mundo, y es más que evidente, basta con mirarle a las pupilas, que tanto él como sus compañeros han subido algo de opio a bordo.

—Bien, yo, supongo que sí —dice.

Mira a su grupo de quejicas, que se muestran confundidos y divertidos. Se quita las botas. Bobby Shaftoe coge aquel vergonzoso calzado y vuelve un poco más tarde trayéndolo resplandeciente. Para entonces, Frick se ha animado.

—Bien, esas botas tienen muy buen aspecto, cabo Shaftoe —dice con voz ostentosa—. Que me aspen si no eres tan bueno abrillantando zapatos como lo era mi *coolie*.

Al apagarse las luces, Frick y su camarilla descubren que les han «hecho la cama». Durante la noche se producen otras bromas bastante más brutas. Uno de ellos sufre un ataque en su litera y le dan una paliza; los atacantes no se identifican. A la mañana siguiente suena el aviso de inspección sorpresa y les sacan de la cama maldiciendo. La camarilla del

«se han vuelto asiáticos» pasa la mayor parte del día formando un grupo, vigilándose mutuamente las espaldas.

Como a mediodía, finalmente entra en la cabeza de Frick la idea de que todo aquello ha sido iniciado por el gesto de Shaftoe, y que Shaftoe sabía, desde el primer momento, lo que iba a suceder. Así que llama a Bobby Shaftoe a cubierta e intenta arrojarlo por la borda.

A Shaftoe lo avisa en el último momento uno de sus camaradas y gira lo justo para evitar el ataque de Frick. Frick rebota en la baranda, vira e intenta agarrar los cojones de Shaftoe. Shaftoe le mete un dedo en un ojo, lo que inmediatamente le pone firme. Se separan. Habiéndose terminado las formalidades iniciales; adoptan las posturas de boxeo.

Frick y Shaftoe boxean durante unos asaltos. Se reúne una larga multitud de marines. Para la mayoría de ellos, Frick va ganando. Frick siempre ha tenido muy pocas luces, y ahora está enloquecido, pero sabe cómo moverse por el cuadrilátero, y supera a Shaftoe en veinte kilos.

Shaftoe lo aguanta hasta que Frick le da un buen golpe en la boca y le deja un labio sangrando.

—¿A cuánto estamos de Manila? —aúlla Shaftoe. La pregunta, como es habitual, confunde y desconcierta al sargento Frick, e incluso le hace ponerse recto durante un momento.

—Dos días —le contesta uno de los oficiales del buque.

—Maldita sea —dice Bobby Shaftoe—. ¿Cómo voy a besar a mi chica con un labio hinchado?

Frick le responde:

—Tendrá que buscar una más barata.

Con eso le basta. Shaftoe agacha la cabeza y carga contra Frick, aullando como un ñipo. Antes de que Frick tenga tiempo de pensar, Bobby Shaftoe lo tiene atrapado en una de esas llaves nipo que Goto Dengo le ha enseñado en Shanghai. Va subiendo por el cuerpo de Frick hasta golpearle la nuez y luego aprieta hasta que los labios del sargento Frick se vuelven del color de una concha de ostra. A continuación cuelga a Frick de la baranda, sosteniéndole cabeza abajo por los talones, hasta que Frick se recupera lo suficiente para gritar:

—¡Me rindo!

Se organiza con rapidez un acto disciplinario. A Shaftoe se le encuentra culpable de mostrarse cortés (al limpiarle las botas a Frick) y

defender la vida de un marine (la suya propia) de un atacante enloquecido. El atacante enloquecido va directamente a la jaula. A las pocas horas, los ruidos de Frick hacen que todos los marines sepan cómo es el síndrome de abstinencia del opio.

Por lo tanto, el sargento Frick no llega a ver la entrada en la bahía de Manila. Shaftoe casi siente pena por el pobre cabrón.

Durante todo el día la isla de Luzón permanece a babor, una masa negra apenas visible entre la neblina, con vislumbres fugaces de palmeras y playas en la parte baja. Todos los marines ya han estado allí por lo que pueden distinguir la Cordillera Central al norte, y más tarde las montañas Zamabales, que acaban descendiendo para unirse al mar en la bahía de Subic. Subic da pie a un aluvión de anécdotas picantes. El barco no se detiene ahí, sino que continua en dirección sur bordeando Batan, virando para entrar en la bahía de Manila. El barco apesta a betún, polvos de talco y loción para después del afeitado; puede que el Cuarto Regimiento de Marines se halle especializado en ir de apuestas y abusar del opio, pero siempre se les ha conocido como los marines de mejor aspecto de todo el cuerpo.

Pasan frente a Corregidor. Una isla con la forma de una gota de agua sobre una bota encerada, de suave redondez en medio pero deslizándose en pendiente hacia el agua. Tiene una cola larga, delgada y seca que se extiende a un extremo. Los marines saben que la isla está acribillada de túneles y erizada de temibles cañones, pero la única señal de esas fortificaciones es el conjunto de barracones de cemento en lo alto de las colinas, que sirven de hogar a los hombres que se ocupan de las armas. Una maraña de antenas se eleva por encima de Topside. Para Shaftoe tienen una forma familiar, porque muchas de esas mismas antenas se elevaban sobre la Estación Alfa en Shanghai, y él mismo tuvo que desmontarlas y subirlas a un camión.

Hay un enorme acantilado de piedra caliza que desciende casi hasta el mar, y en la base está la entrada al túnel donde se esconden los espías y tienen su guarida los hombres de la radio. Cerca hay un puerto, en esos momentos muy atareado, porque están descargando suministros de transportes civiles y acumulándolos en la misma playa. Es un detalle que todos los marines registran como un signo evidente de la guerra que se aproxima. El *Augusta* ancla en la ensenada, y todo el equipo de radio

envuelto en lonas se descarga en botes y se lleva al muelle, junto con los extraños tipos de la Marina que se ocupaban de esas cosas en Shanghai.

El oleaje muere al pasar Corregidor y entrar en la bahía. Cerca de la superficie flotan algas marrón verdoso formando remolinos y arabescos. Los barcos de la Marina dejan largas cuerdas marrones de humo sobre el mar en calma. Al no ser alteradas por el viento, se difumi-nan en formas desiguales como cordilleras montañosas traslúcidas. Pasan frente a la gran base militar de Cavite, una zona de terreno tan baja y plana que su límite con el agua sería invisible si no fuese por la valla formada por las palmeras. En ella se elevan unos hangares y torres de agua, y un oscuro conjunto de barracones más al interior. Manila está justo frente a ellos, todavía oculta por la neblina. Va anocheciendo.

De pronto la neblina se disuelve, la atmósfera se torna súbitamente tan clara como los ojos de un niño, y durante una hora más o menos pueden ver el infinito. Están adentrándose en un área de inmensos frentes de tormenta, con relámpagos cayendo en torno a ellos por todas partes. Nubes grises y planas, como fragmentos rotos de pizarra, se vislumbran entre nubes de yunque. Tras ellas hay nubes más altas, que llegan casi hasta la luna, reluciendo de un tono rosa y salmón a la luz del sol poniente. Detrás, más nubes anidadas entre bancos de humedad como adornos navideños envueltos en tisú, extensiones de cielo azul, más frentes tormentosos intercambiando rayos de veinte millas de largo. Cielos dentro de cielos dentro de cielos.

En Shanghai hacía frío, y desde entonces la temperatura ha ido aumentando cada día. Algunos días incluso hace calor y bochorno. Pero para cuando Manila se deja ver, una brisa cálida se levanta sobre la cubierta y todos los marines suspiran, como si todos ellos hubiesen eyaculado simultáneamente.

Manila aroma Batid
o por palmeras Muslos
de Glory

Los tejados enlosados de Manila tienen cierto aspecto mestizo, medio español y medio chino. La ciudad tiene un rompeolas cóncavo con un paseo plano en lo alto. Los paseantes se vuelven y saludan a los marines;

algunos les lanzan besos. Los invitados de una boda descienden la escalinata de una iglesia y atraviesan el bulevar hasta el rompeolas, donde se harán las fotos bajo la luz color melocotón de la puesta de sol. Los hombres visten ligeras camisas filipinas de fantasía, o uniformes del ejército de los Estados Unidos. Las mujeres llevan espectaculares vestidos largos. Los marines les gritan y les silban y las mujeres se giran, recogiéndose ligeramente las faldas para no caerse, y saludan con entusiasmo. Los marines se marean y prácticamente se caen por la borda.

A medida que el barco entra en el puerto, un banco de peces en forma de media luna surge del mar. Se aleja como una duna golpeada por el viento. Los peces son plateados y tienen forma de hojas. Cada uno de ellos golpea el agua con un sonido metálico, y los ruidos se entremezclan y resuenan como un desgarro. El creciente se desliza bajo un embarcadero, fluye en torno a los postes y desaparece entre las sombras.

Manila, la Perla de Oriente, primeras horas de un domingo por la noche, el 7 de diciembre de 1941. En Hawai, al otro lado del meridiano, apenas ha pasado la medianoche. Bobby Shaftoe y sus camaradas tienen unas pocas horas de libertad. La ciudad es moderna, próspera, habla inglés y es cristiana, de lejos la ciudad más rica y avanzada de Asia, prácticamente como estar de vuelta en Estados Unidos. A pesar de todo su catolicismo, tiene zonas que parecen haber sido diseñadas, desde sus mismos cimientos, siguiendo las especificaciones de marineros cachondos. Llegas a esas partes de la ciudad girando a la derecha justo cuando tus pies tocan la tierra firme.

Bobby Shaftoe gira a la izquierda, se excusa amablemente ante una legión de prostitutas excitadas que pasan junto a él, y fija su curso entre las altas paredes de Intramuros. Se detiene sólo para comprar un ramo de rosas a un vendedor ambulante en el parque. El parque y los muros que se alzan sobre él están atestados de amantes que pasean, los hombres vistiendo en su mayoría uniformes y las mujeres con vestidos recatados pero impresionantes, haciendo girar los parasoles que llevan apoyados en los hombros.

Un par de tipos que conducen taxis tirados por caballos insisten en hacer negocios con Bobby Shaftoe, pero éste los rechaza. Un taxi no haría más que llevarle a su destino más aprisa, y se siente demasiado nervioso para darse prisa. Atraviesa una puerta en un muro y llega a la antigua ciudad española.

Intramuros es un laberinto de paredes de piedra dorada que se elevan bruscamente entre calles estrechas. Las ventanas de los primeros pisos a lo largo de las aceras están protegidas por enrejados negros. Los barrotes se ondulan, giran y finalizan en elegantes brotes con forma de hojas. Las segundas plantas sobresalen, exhibiendo lámparas de gas que ahora mismo están siendo encendidas por sirvientes con largos palos humeantes. De las ventanas surgen sonidos de risas y música, y cuando pasa junto a los arcos que se abren a los patios interiores, puede oler las flores de los jardines.

Ni de coña es capaz de distinguir una calle de otra. Recuerda que el nombre de la calle es Magallanes, porque Glory le explicó en una ocasión la referencia. Y recuerda la vista de la catedral desde la ventana de los Pascual. Vagabundea por la manzana un par de veces, convencido de que está cerca. Entonces oye una exaltación de risas de muchachas que vienen de una ventana del segundo piso, y se dirige hacia ella como una medusa absorbida por una tubería de entrada. Lo recuerda. Aquél es el sitio. Las chicas intercambian cotilleos, en inglés, sobre una de sus profesoras. No distingue la voz de Glory, pero cree oír su risa.

—¡Glory! —dice. Más fuerte a continuación. Si le han escuchado, no le han prestado atención. Al fin, toma fuerza y lanza el ramo como si fuese una granada sobre la baranda de madera, atravesando el hueco entre los postigos de madreperla, que entra en la habitación.

Un milagroso silencio desde el interior, y luego un vendaval de risas. Los postigos de nácar se abren con lenta y angustiosa timidez. Una muchacha de diecinueve años sale al balcón. Viste el uniforme de una estudiante de enfermería. Tan blanco como la luz de las estrellas sobre el Polo norte. Se ha soltado el largo pelo negro para cepillárselo, y se agita lánguido con la brisa nocturna. Los restos de luz rosada de la puesta de sol hacen que su rostro resplandezca como carbón ardiendo. Durante un segundo se esconde tras el ramo, hunde la nariz en él, aspira profundamente, mirándole sobre las flores con los ojos negros. A continuación, hace descender el ramo lentamente para mostrar sus altos pómulos, su menuda y perfecta nariz, la fantástica escultura de sus labios, y los dientes, blancos pero atractivamente torcidos, apenas visibles. Sonríe.

—Jesús H. Cristo —dice Bobby Shaftoe—, tus mejillas son como un puñetero quitanieves.

Ella se lleva un dedo a los labios. El gesto de algo tocando los labios de Glory atraviesa el pecho de Shaftoe con una lanza invisible. Glory lo

mira durante un rato, hasta que su mente tiene la certeza de que posee la atención del muchacho y que no va a irse a ningún sitio.

A continuación se da la vuelta. La luz roza su trasero, sin mostrar nada, pero sugiriendo una hendidura. Entra de nuevo y los postigos se cierran tras ella.

De pronto, la habitación llena de chicas se queda en silencio, exceptuando el murmullo ocasional de la risa contenida. Shaftoe se muerde la lengua. Lo están jodiendo todo. El señor y la señora Pascual notarán el silencio y sospecharán.

Resuena el hierro y se abre una gran puerta. El mozo le indica que pase. Shaftoe sigue al anciano por el oscuro y arqueado túnel de la cochera. Las duras suelas de sus relucientes zapatos negros resbalan sobre el empedrado. Un caballo del establo relincha al oler su loción para después del afeitado. Desde el rincón del mozo se propaga una suave melodía norteamericana, música de baile emitida por la estación de las Fuerzas Armadas.

Parras en flor crecen sobre las paredes del patio. Es un mundo ordenado, tranquilo y cerrado, casi como estar en el interior. El mozo le señala en dirección a una de las escaleras que llevan al segundo piso. Glory lo llama el entresuelo y dice que en realidad es un piso encajado entre uno y otro, pero a Bobby Shaftoe le parece normal y corriente. Sube los escalones y levanta la vista para descubrir al señor Pascual, un pequeño hombre calvo con gafas y un diminuto bigote bien recortado. Viste una camisa de mangas cortas, de estilo americano, pantalones caqui, zapatillas, y sostiene una copa de San Miguel en una mano y un cigarrillo en la otra.

—¡Soldado Shaftoe! Bienvenido-dice.

Vaya. Glory ha decidido que en esta ocasión es mejor seguir las reglas. Se ha informado a los Pascual. Ahora, entre Bobby Shaftoe y la chica se interponen varias horas de charla social. Pero un marine nunca se desconcierta ante los reveses.

—Le pido perdón, señor Pascual, pero ahora soy cabo.

El señor Pascual se mete el cigarrillo en la boca y da la mano a Shaftoe.

—¡Bien, felicidades! La semana pasada vi a tu tío Jack. Creo que no tenía ni idea de que ibas a volver.

—Ha sido una sorpresa para todos, señor —dice Bobby Shaftoe.

Ahora se encuentran en un pasillo elevado que da la vuelta al patio. En el primer piso sólo habitan los animales y los sirvientes. El señor Pascual lo lleva hasta la puerta que da entrada al entresuelo. Allí las paredes son de piedra basta y los techos simples tablas pintadas. Atraviesan una oscura y sombría oficina donde el padre y el abuelo del señor Pascual solían recibir a los capataces de las haciendas y plantaciones familiares. Durante un momento, Bobby Shaftoe siente renacer la esperanza. Ese piso tiene algunas habitaciones que en los viejos días eran apartamentos para los sirvientes de alto nivel, tíos solteros y tías solteronas. Ahora que el negocio de la hacienda ya no es lo que era, los Pascual los alquilan a las estudiantes. Quizás el señor Pascual lo esté llevando directamente a Glory.

Pero acaba igual que todas las ilusiones estúpidas y calentonas cuando Shaftoe se encuentra al pie de una gran escalera de madera de nara pulida. En lo alto puede ver un techo de estaño prensado, candelabros y la imponente superestructura de la señora Pascual, contenida en el interior de un impresionante corpino que parece concebido por un ingeniero naval. Suben por la escalera hasta la antesala, que según Glory es estrictamente para visitantes fortuitos e inesperados, pero es más elegante que cualquier otra habitación que Bobby Shaftoe haya visto. Por todas partes hay grandes jarrones y vasijas, supuestamente antiguas y supuestamente de Japón y China. Corre una brisa fresca; mira por la ventana y ve, cuidadosamente enmarcada, la cúpula verde de la catedral y la cruz celta en lo alto, justo como la recordaba. La señora Pascual tiende la mano y Shaftoe la agarra.

—Señora Pascual —dice—, gracias por recibirme en su casa.

—Por favor, siéntese —dice ella—, queremos oírlo todo.

Shaftoe se sienta en una silla elegante cerca del piano, se ajusta un poco los pantalones para no atrapar su pene en erección, y comprueba su afeitado. Probablemente todavía valdrá durante unas horas. Se oye pasar un escuadrón. La señora Pascual da instrucciones a la sirvienta en tagalo. Shaftoe examina los cortes secos de sus nudillos y se pregunta si la señora Pascual tiene la más mínima idea de lo que pasaría si realmente se lo contase todo. Quizás una pequeña anécdota sobre el combate mano a mano con los piratas fluviales chinos en las orillas del Yangtzé serviría para romper el hielo. Por entre una puerta y al final de un pasillo puede ver una esquina de la capilla familiar, todo arcos góticos, un altar dorado y frente a él un reclinatorio gastado por las rótulas de la señora Pascual.

Se sacan cigarrillos, amontonados en un gran caja lacada como obuses de artillería en un cajón. Beben té y charlan sobre banalidades durante lo que parecen unos treinta y seis minutos. La señora Pascual quiere que le garanticen una y otra vez que todo va bien y que no habrá guerra. Es evidente que el señor Pascual cree que la guerra está a la vuelta de la esquina, y se limita a preocuparse. Los negocios han ido bien últimamente. Él y Jack Shaftoe, el tío de Bobby, han estado pasando muchas cosas entre Manila y Singapur. Pero opina que los negocios pronto irán mal.

Aparece Glory. Se ha quitado el uniforme de estudiante y se ha puesto un vestido. Bobby Shaftoe casi se cae por la ventana. La señora Pascual vuelve a presentarlos formalmente. Bobby Shaftoe besa la mano de Glory en lo que considera que probablemente sea un gesto muy galante. Se alegra de haberlo hecho, porque Glory lleva en la palma de la mano una nota que acaba en la suya.

Glory se sienta y como es debido se le asigna su propia taza de té. Otra eternidad de charla insustancial. El señor Pascual le pregunta por octogésima séptima vez si ya ha hablado con el Tío Jack, y Shaftoe reitera que literalmente acaba de bajar del barco y que ciertamente verá al Tío Jack mañana por la mañana. Se excusa para ir al baño, que es un viejo sistema de dos agujeros montado sobre unos pozos profundos que deben descender hasta el mismísimo infierno. Desdobla y lee la nota de Glory, memoriza las instrucciones, la rompe y arroja los trochos por el hueco.

La señora Pascual concede a los dos jóvenes amantes toda una media hora de «intimidad», lo que significa que los Pascual abandonan la habitación y regresan cada cinco minutos para ver cómo están. Se produce una ceremonia de despedida dolorosamente elaborada y larga que termina con Shaftoe de vuelta en la calle y Glory diciéndole adiós desde el balcón.

Media hora más tarde, hacen judo con las lenguas en el interior de un taxi tirado por caballos que galopa sobre el empedrado en dirección hacia los clubes nocturnos de Malate. La extracción de Glory de la residencia Pascual era algo sencillo para un marine de China totalmente decidido y un escuadrón de descaradas estudiantes de enfermería.

Pero Glory debe estar besándole con los ojos abiertos, porque de pronto se aparta de él con agilidad y le dice al taxista:

—¡Deténgase! ¡Por favor, deténgase, señor!

—¿Qué pasa? —dice Shaftoe desconcertado.

Mira a su alrededor y no ve nada excepto una inmensa y vieja iglesia de piedra que se alza muy por encima de ellos. La imagen le produce un incipiente ataque de pánico. Pero la iglesia está a oscuras, no hay filipinas vestidas de largo, ni marines en uniforme de gala, no puede ser su boda.

—Quiero mostrarte algo —dice Glory, mientras baja del taxi.

Shaftoe se ve obligado a perseguirla hasta el lugar en cuestión; la iglesia de San Agustín. Ha pasado frente a ese montón de piedras en muchas ocasiones, pero nunca se le había ocurrido que entraría en ella algún día… durante una «cita».

Ella se encuentra al pie de una enorme escalera y dice:

—¿Ves?

Shaftoe levanta la vista y mira a la oscuridad, pensando que debe haber una vidriera o dos allá en lo alto, quizás una Laceración de Cristo o un Empalamiento del Bendito Tórax, pero…

—Abajo —dice Glory, y golpea un pie en miniatura contra el primer escalón. Se trata de un único, grande, inmenso y enorme bloque de granito.

—Parece, en mi estimación, que ahí hay diez o veinte toneladas de roca —dice con autoridad.

—Vino de México.

—¡Ah, vaya!

Glory le sonríe.

—Llévame escaleras arriba.

Y por si Shaftoe estuviese considerando negarse, se arroja en sus brazos, y él no tiene más remedio que sostenerla. Le agarra el cogote con los brazos, para acercar mejor su cara a la de él, pero lo que Shaftoe recuerda es la sensación de la manga de seda sobre la piel del cuello recién afeitada. Comienza el ascenso. Glory no pesa mucho, pero después de cuatro escalones Shaftoe ha empezado a sudar ligeramente. Ella lo observa a diez centímetros de distancia, buscando signos de fatiga, y Shaftoe nota que se ruboriza. Es una suerte que toda la escalera esté iluminada simplemente por unas dos velas. Hay un encantador busto de Jesús coronado de espinas con largas gotas de sangre paralelas que descienden por su rostro, y a la derecha…

—Estas gigantescas piedras fueron extraídas de México, hace muchos, muchos siglos, antes de que los americanos tuviesen un país. Fueron traídas

en las bodegas de los galeones de Manila, como lastre. —Al pronunciarlo destaca las eses y la erres.

—Vaya por Dios.

—Cuando los galeones llegaban, sacaban las piedras, una a una, de su interior y las traían aquí, a la iglesia de San Agustín, para apilarlas. Cada piedra sobre la piedra del año anterior. Hasta que, al fin, después de muchos, muchos años, la escalera quedó terminada.

Después de un rato, a Shaftoe le parece que va a necesitar al menos el mismo número de años para llegar a lo alto de aquella maldita cosa. La parte superior está adornada con un Jesús de tamaño natural cargando con una cruz que parece al menos tan pesada como los escalones. Por tanto, ¿quién puede quejarse? Luego Glory dice:

—Ahora bájame, para que recuerdes la historia.

—¿Crees que soy un borracho cachondo incapaz de recordar una historia a menos que haya una chica bonita de por medio?

—Sí —dice Glory, y se ríe en su cara.

El la lleva de vuelta abajo. A continuación, antes de que ella se salga por cualquier otra tangente, la lleva directamente a la puerta y la sube al taxi.

Bobby Shaftoe no es de los que pierden la calma en el calor de la acción, pero para él el resto de la velada es un confuso sueño febril. Sólo unas pocas impresiones penetran en la neblina: apearse del taxi frente a un hotel del paseo marítimo; todos los otros tíos mirando boquiabiertos a Glory; Bobby Shaftoe mirándoles a ellos, amenazando con enseñarles buenos modales. Bailes lentos con Glory en el salón de baile, el muslo cubierto de seda de Glory deslizándose gradualmente entre sus piernas, su cuerpo firme presionando el suyo cada vez con mayor fuerza. Caminar por el rompeolas, cogidos de la mano, bajo las estrellas. Notar que la marea está baja. Intercambiar miradas. Llevarla en brazos hasta la delgada franja de playa rocosa.

Para cuando empiezan a follar de verdad, ya ha perdido la conciencia, y se encuentra en un sueño fantástico y libidinoso. Él y Glory follan sin la menor vacilación, sin ninguna duda, sin la más mínima inquietud en la mente. Sus cuerpos se han fundido espontáneamente, como un par de gotas que corren juntas por una ventana. Si él piensa en algo, es que toda su vida ha culminado en ese momento. Su infancia en Oconomowoc, la noche de

graduación del instituto, la caza del ciervo en la Península superior, el campo de entrenamiento de la isla de Paris, todas las peleas y reyertas en China, su duelo con el sargento Frick, son la madera tras la punta de la lanza.

Se oyen sirenas en algún sitio. Del susto recupera la conciencia. ¿Lleva allí toda la noche, sosteniendo a Glory contra el rompeolas, con los muslos de ella alrededor de su cintura? No puede ser posible. La marea no ha subido nada.

—¿Qué pasa? —pregunta Glory.

Tiene las manos alrededor del cuello de Bobby. Las suelta y las baja hasta el pecho.

Todavía sosteniéndola, con las manos formando un cabestrillo bajo su culo cálido y perfecto, Shaftoe se separa del rompeolas y se vuelve hacia la playa, mirando al cielo.

Ve reflectores que comienzan a encenderse. Y no se trata de un estreno de Hollywood.

—Es la guerra, cariño.

OceanofPDF.com

Excursiones

El vestíbulo del Hotel Manila tiene aproximadamente las dimensiones de un campo de fútbol. Huele a perfume del año pasado, raras orquídeas tropicales y *spray* para bichos. Hay un detector de metales en la entrada principal, porque resulta que el Primer Ministro de Zimbabwe se hospeda aquí durante unos días. Enormes africanos ataviados con buenos trajes están repartidos por todas partes en grupos de dos o tres. Una pequeña multitud de turistas nipones, en bermudas, sandalias y calcetines blancos, se ha acomodado en los profundos, gruesos y anchos sofás, esperando con tranquilidad una señal preestablecida. Niños filipinos de clase alta exhiben paquetes cilíndricos de patatas fritas como si fuesen jefes tribales cargando con mazas ceremoniales. Un botones solemne, ya mayor, circula alrededor del perímetro defensivo portando un tanque con bomba manual y rociando en silencio el insecticida contra el zócalo. Entra Randall Lawrence Waterhouse con un polo turquesa bordado con el logotipo de una de las compañías de alta tecnología en quiebra que él y Avi han fundado, vaqueros flojos sujetos por tirantes y enormes zapatos deportivos que en su día fueron blancos.

En cuanto terminó con las formalidades del aeropuerto, se dio cuenta de que Filipinas, como México, es uno de esos países en los que los Zapatos Importan. Se acerca con rapidez a recepción para que la hermosa joven ataviada con un uniforme azul marino no pueda verle los pies. Un par de botones se enzarzan en una lucha patética y digna de Sísifo con su equipaje, que aproximadamente tiene las dimensiones y la masa de un archivador de dos cajones.

—Allí no encontrarás libros técnicos —le había dicho Avi—, llévate todo lo que podrías llegar a necesitar.

La *suite* de Randy tiene un dormitorio y sala de estar, los dos con techos de más de cuatro metros de alto, y un pasillo a un lado con varios armarios y tecnologías relacionadas con la fontanería. Toda la habitación está recubierta de una madera tropical teñida de un encantador tono castaño reluciente que sería deprimente en latitudes del norte pero que, allí, ofrece una sensación acogedora y serena. Los dos cuartos principales tienen inmensas ventanas con pequeñas indicaciones junto a los cierres que advierten sobre los insectos tropicales. Cada habitación está defendida de su ventana por un sistema multicapa de barreras entrelazadas: contraventanas de madera increíblemente sólidas que resuenan sobre sus guías como si fuesen un tren de carga maniobrando en un cruce de vías; una segunda capa de contraventanas consistente en cuadrados de cinco centímetros de nácar engarzados en una rejilla de madera barnizada y que se mueven sobre sus propias guías, visillos, y finalmente, cortinas de gran calibre que no dejan pasar la luz, cada una de ellas suspendida de su propio juego de estruendosos rieles industriales.

Pide una enorme cafetera llena, que apenas sirve para mantenerlo despierto el tiempo justo para deshacer el equipaje. La tarde está terminando. Nubes púrpura caen de las montañas cercanas con el evidente impulso de la lava volcánica y convierten la mitad del cielo en una pared desnuda iluminada por las franjas verticales de luz de los relámpagos; las paredes de la habitación del hotel centellean como si un ejército de *paparazzi* estuviese actuando al otro lado de la ventana. En la calle, los vendedores de comida del parque Rizal recorren las aceras de arriba abajo intentando evitar la lluvia, que cae, como lleva haciéndolo desde hace medio milenio, sobre los inclinados paredones de Intramuros. Si esos muros no corriesen en línea recta podrían confundirse por un accidente natural de la geología: crestas desnudas de oscura roca volcánica que surgen de la hierba como los dientes de las encías. Los muros tienen muescas en forma de cola de paloma que convergen en antiguos emplazamientos de cañones, proporcionando campos de fuego superpuestos al otro lado de un foso desecado.

Viviendo en Estados Unidos nunca llegas a ver nada de mayor antigüedad que unos dos siglos y medio, y tienes que visitar la costa este del país para eso. El mundo de los viajeros de negocios, compuesto por

aeropuertos y taxis, tiene el mismo aspecto en todas partes. Randy nunca se cree que está en un país diferente hasta que ve algo como Intramuros y, a continuación, debe quedarse allí mirando como un idiota durante un buen rato, cavilando.

Ahora mismo, al otro lado del océano Pacífico, en una pequeña y elegante ciudad victoriana situada a un tercio del camino de San Francisco a Los Angeles, hay ordenadores paralizándose, archivos cruciales están desapareciendo y los *e-mail* se pierden en el espacio intergaláctico, porque Randy Waterhouse no está allí para vigilar cómo van las cosas. La ciudad en cuestión presume de tres pequeñas universidades: una fundada por el Estado de California y dos fundadas por confesiones protestantes ahora activamente vilipendiadas por todo el cuerpo de profesores. Consideradas en conjunto, esas universidades —las Tres Hermanas— conforman un centro académico de mediana importancia. Los sistemas de ordenadores están conectados entre sí. Intercambian profesores y estudiantes. De vez en cuando organizan congresos académicos. Esa parte de California ofrece playas, montañas, bosques de secuoyas, viñedos, campos de golf y por todas partes instalaciones penitenciarias en crecimiento. Hay muchos hoteles de tres o cuatro estrellas, y las Tres Hermanas, consideradas en conjunto, poseen auditorios y salas de reuniones suficientes para organizar un congreso para miles de asistentes.

La llamada de teléfono de Avi, unas ochenta horas antes, llegó en medio de un importante congreso interdisciplinario llamado «La Fase Intermedia (1939—1945) del Esfuerzo por la Supremacía Global en el Siglo XX (Era Común)». Como es un poco trabalenguas, le han dado el conciso mote de «La Guerra como Texto».

Viene gente de sitios como Amsterdam y Milán. El comité organizador de la conferencia —que incluye a la novia de Randy, Charlene. que en realidad ahora mismo está dando muestras de ser su ex novia— contrató a un artista de San Francisco para el póster. Empezó con una fotografía de media tinta en blanco y negro de un macilento soldado de infantería de la Segunda Guerra Mundial con un cigarrillo colgándole del labio inferior. Trabajó sobre ella una y otra vez usando una fotocopiadora, ampliando los puntos del medio tono hasta convertirlos en grumos bastos, como bolas de goma mascadas por un perro, y sometiéndola a otras muchas distorsiones hasta tener una figura desolada, impresionante e irregular; los ojos pálidos del soldado se volvieron de un blanco fantasmagórico. Luego

añadió algunos elementos en color: carmín rojo, sombra de ojos azul, y parte de un sujetador rojo sobresaliendo de la camisa desabrochada del soldado.

El póster ganó un premio casi en el momento de salir al público. Eso llevó a un comunicado de prensa, lo que a su vez llevó a que el póster fuese consagrado por los medios de comunicación como Objeto Oficial de Controversia. Un periodista decidido consiguió localizar al soldado de la fotografía original, un veterano de guerra condecorado y fabricante retirado de herramientas que, casualidades, no sólo estaba vivo sino que gozaba de excelente salud, y que, desde la muerte de su esposa de cáncer de pulmón, pasaba su jubilación vagando por el Sur Profundo en su camioneta ayudando a reconstruir iglesias negras que habían sido quemadas por salvajes borrachos.

El artista que diseñó el póster confesó luego que se había limitado a copiar la fotografía de un libro y no había realizado ningún esfuerzo en absoluto por obtener permiso: el mismo concepto de pedir permiso para hacer uso de la obra de otra persona era defectuoso, ya que toda obra de arte derivaba de otra obra de arte. Poderosos abogados de alto nivel convergieron, como bombarderos, sobre el pequeño pueblecito de Kentucky donde el agraviado veterano se encontraba en el techo de una iglesia negra con la boca llena de clavos, clavando planchas de contrachapado y murmurando «sin comentarios» a una horda de periodistas plantados en el césped. Después de una serie de conferencias en una sala del Holiday Inn del pueblo, el veterano surgió, acompañado por uno de los cinco abogados más famosos sobre la faz de la Tierra, y anunció que iba a presentar una demanda civil contra las Tres Hermanas, que si prosperaba las convertiría a ellas y a toda su comunidad en abrasión humeante sobre la superficie del planeta. Prometió compartir la indemnización con las iglesias negras, varios grupos de veteranos minusválidos y equipos para la investigación sobre el cáncer de pecho.

El comité organizador retiró el póster de la circulación, lo que dio lugar a que un millar de copias piratas apareciesen en la web y llamó la atención de millones de personas que no lo hubiesen visto en caso contrario. También presentaron una demanda contra el artista, cuyos recursos económicos podrían detallarse en el reverso de un billete de metro: poseía unos miles de dólares y deudas (en su mayoría préstamos para estudios) por unos sesenta y cinco mil dólares.

Todo aquello sucedió incluso antes de que comenzase el congreso. Randy estaba al corriente sólo porque Charlene le había puesto contra las cuerdas para que ofreciese infraestructura informática para el congreso, lo que significaba montar una sede web y acceso de correo electrónico para los asistentes. Cuando todo aquello se supo, los correos empezaron a llegar en torrente, y pronto bloquearon todas las líneas y llenaron toda la capacidad de disco que Randy había tardado meses en montar.

Los conferenciantes empezaron a llegar. Y muchos de ellos parecía que habían decidido acomodarse en la casa donde Randy y Charlene habían estado viviendo juntos durante siete años. Se trataba de una vieja casa victoriana con mucho espacio. Llegaron desde Heidelberg, París, Berkeley y Boston, y se sentaron a la mesa de la cocina de Randy y Charlene, bebiendo café y hablando durante horas sobre el Espectáculo. Randy infería que el Espectáculo se refería al escándalo del pós-ter, pero a medida que lo discutían, comenzó a sentir que no empleaban la palabra en su sentido convencional sino como parte de la jerga académica; que conllevaba gran cantidad de grises y connotaciones, ninguna de las cuales Randy llegaría a comprender a menos que se convirtiese en uno de ellos.

Para Charlene, y para todos los asistentes a «La Guerra como Texto», era una verdad evidente que el veterano que había presentado la demanda pertenecía a la peor especie de ser humano: justo el tipo de ser humano por el que se habían reunido, para desmitificarlo, quemar su efigie y tirar las cenizas al contenedor del discurso poshistórico. Randy había pasado mucho tiempo cerca de esa gente, y creía haberse acostumbrado a ellos, pero durante esos días tenía un dolor de *cabeza* constante de tanto mantener los dientes apretados, y continuamente se ponía en pie de un salto en medio de las comidas o las conversaciones y salía a dar paseos solitarios. En parte era para evitar decir algo poco diplomático, y en parte una táctica infantil e infructuosa para llamar la atención que deseaba de Charlene.

Sabía desde el principio que toda la saga del póster iba a ser un desastre. Continuamente prevenía a Charlene y a los otros. Le escuchaban con frialdad, con atención clínica, como si Randy fuese un sujeto de investigación situado en el lado incorrecto de un cristal de observación.

Randy se obliga a permanecer despierto el tiempo suficiente para que se haga de noche. Luego se tiende en la cama durante unas horas intentando dormir. El puerto de contenedores está justo al norte del hotel, y durante toda la noche, el Boulevard Rizal, a lo largo de la base de la

antigua muralla española, resulta abarrotado de un lado a otro por vehículos de transporte de contenedores. Toda la ciudad es un caldero de combustión interna. Manila parece tener más émbolos y tubos de escape que todo el resto del mundo junto. Incluso a las dos de la mañana la masa aparentemente firme del hotel ronronea y vibra por efecto de la energía sísmica que surge de todos esos motores. El ruido hace saltar las alarmas de coches en el aparcamiento del hotel. El ruido de una alarma hace saltar otra, y así en cadena. No es tanto el ruido como la insensata estupidez de la reacción en cadena lo que mantiene a Randy despierto. Es una lección perfecta: el tipo de jodienda efecto bola de nieve tecnológica que mantiene a los *hackers* despiertos incluso cuando no pueden oír los resultados.

Abre una Heineken del minibar y se sitúa frente a la ventana, observando. Muchos de los camiones están adornados con brillantes despliegues de luces multicolores, no tan ostentosas como las de los típicos *jeepneys* filipinos que corretean y compiten entre ellos. Ver a tanta gente despierta y trabajando hace que resulte imposible dormir.

Sufre demasiado desajuste horario para hacer nada que exija pensar, pero hay una tarea importante que sí puede hacer, que no requiere pensar para nada. Vuelve a encender el portátil. Parece levitar en el centro de la habitación oscura, la pantalla convertida en un rectángulo perfecto de luz del color de la leche diluida, de un amanecer nórdico. La luz tiene su origen en pequeños tubos fluorescentes aprisionados en el ataúd de policarbonato de la pantalla del ordenador. Sólo puede escapar a través de una superficie de vidrio, frente a Randy, completamente cubierta de pequeños transistores dispuestos en una rejilla que permite el paso de los fotones, o no, o sólo permite el paso de aquellos con cierta longitud de onda, convirtiendo la pálida luz en colores. Activando y desactivando esos transistores según un plan sistemático, Randy Waterhouse recibe información. Un buen director de cine podría presentar toda una historia a Randy, tomando el control de esos transistores durante un par de horas.

Por desgracia, hay más portátiles flotando por ahí que directores a los que valga la pena prestar atención. Los transistores casi nunca caen en manos de seres humanos. En lugar de eso, los controla el software. Antes Randy estaba fascinado por el software, pero ya no. Ya es bastante difícil encontrar seres humanos interesantes.

Aparecen la pirámide y el ojo. Randy pasa tanto tiempo usando Ordo que ha hecho que la máquina lo arranque al empezar.

Hoy en día el portátil sólo tiene un propósito para Randy: lo usa para comunicarse con otra gente por medio del correo electrónico. Cuando se comunica con Avi debe emplear Ordo, que es una herramienta para recoger sus ideas y convertirlas en bits que son casi indistinguibles del ruido blanco, para poder enviárselos a Avi en privado. A cambio, recibe ruido de Avi que convierte en los pensamientos de Avi.

En estos momentos, Epiphyte no tiene más recursos que la información; no es más que una idea con algunos hechos y datos para sustentarla. Eso la convierte en fácilmente hurtable. Por tanto, lo del cifrado es una buena idea. La pregunta es: ¿qué nivel de paranoia es realmente el apropiado?

Avi le envió un mensaje de correo cifrado:

Cuando llegues a Manila me gustarla que generases un par clave de 4096 bits y lo guardes en un disco floppy que lleves encima todo el tiempo. No la conserves en tu disco duro. Cualquiera podría entrar en tu habitación cuando no estés y robar la clave.

Ahora Randy despliega un menú y elige el elemento etiquetado como «Nueva clave…».

Se le ofrecen varias opciones para LONGITUD DE LA CLAVE: 768 bits, 1024,1536, 2048, 3072, u Opcional. Randy elige la última opción y luego, con cansancio, teclea 4096.

Incluso romper una clave de 768 bits requiere vastos recursos. Si se añade un bit, para hacerla de 769 bits, el número de claves posibles se duplica, y el problema se vuelve mucho más difícil. Una clave de 770 es aún más difícil, y así sucesivamente. Usando claves de 768 bits, Randy y Avi podrían mantener sus conversaciones en secreto para casi todas las entidades del mundo durante los próximos años. Una clave de 1024 bits sería astronómicamente más difícil de romper.

Algunas personas llegan al punto de usar claves de 2048 e incluso 3072 bits de longitud. Eso detendría a los mejores descifradores del mundo durante periodos de tiempo astronómicos, excluyendo la invención de alguna tecnología fantástica como los ordenadores cuánticos. La mayor

parte del software de cifrado —incluso el escrito por expertos criptográficos extremadamente preocupados por la seguridad— no puede siquiera manejar claves más largas. Pero Avi insiste en usar Ordo, que por lo general se considera el mejor software de cifrado del mundo, porque puede manejar claves de longitud ilimitada… siempre que no te importe esperar a que calcule todos los números.

Randy empieza a teclear. No se molesta en mirar a la pantalla; mira por la ventana los focos de los *jeepneys* y los camiones. Está empleando una única mano, limitándose a golpear ligeramente en el teclado.

En el interior del ordenador de Randy hay un reloj preciso. Cuando pulsa una tecla, Ordo usa ese reloj para anotar el momento exacto, con precisión de microsegundos. Pulsa una tecla a las 03:05:56,935788 y otra a las 03:05:57,290664, o 0,354876 segundos más tarde. Pulsa otra 0,372307 segundos más tarde. Ordo registra todos esos intervalos y elimina los dígitos más significativos (en este ejemplo, el 0,35 y el 0,37) porque esas partes tenderán a ser similares en una pulsación y la siguiente.

Ordo quiere azar. Sólo quiere los dígitos menos significativos, digamos, el 76 y el 07 justo al final de los números. Quiere un buen montón de números al azar, y quiere que haya mucho, mucho azar. Está tomando números más o menos al azar y pasándolos por una función *hash* que añade todavía más azar. Ejecuta rutinas estadísticas sobre los resultados para asegurarse de que no contienen estructuras ocultas. Su ansia de azar es asombrosamente alta, y no dejará de pedirle a Randy que pulse el teclado hasta que no esté satisfecho.

Cuanto más larga es la clave que quieres generar, más largo es el proceso. Randy intenta generar una ridículamente larga. Le ha comentado a Avi, por medio de un mensaje cifrado, que si cada una de las partículas de materia del universo pudiese emplearse para construir un único superordenador cósmico, y ese ordenador trabajase en intentar romper la clave de cifrado de 4096 bits, le llevaría más tiempo que toda la vida estimada del universo.

—Empleando la tecnología actual —le respondió Avi—, eso es cierto. Pero ¿qué hay de los ordenadores cuánticos? ¿Y si se desarrollan nuevas técnicas matemáticas que simplifiquen la factorización de grandes números?

—¿Cuánto tiempo quieres que sean secretos esos mensajes? —le preguntó Randy en el último mensaje antes de abandonar San Francisco—.

¿Cinco años? ¿Diez años? ¿Veinticinco años?

Después de llegar al hotel esa tarde, Randy descifró y leyó la respuesta de Avi. Todavía la tiene colgada frente a los ojos, como la imagen remanente de *un flash.*

Quiero que sigan siendo secretos mientras los hombres sean capaces del mal.

El ordenador lanza un pitido al fin. Randy deja descansar la mano cansada. Ordo le informa amablemente que puede que esté ocupado durante un rato, y luego se pone a trabajar. Está buscando en el cosmos de los números puros, buscando dos grandes primos que puedan multiplicarse entre sí para producir un número de 4096 bits de longitud.

Si quieres que tus secretos sigan siéndolo más allá del fin de tu vida, debes ser un futurista. Debes anticipar qué velocidad alcanzarán los ordenadores durante ese periodo. También debes estudiar la política. Porque si el planeta entero se convirtiese en un estado policial obsesionado con recuperar viejos secretos, puede que se dediquen vastos recursos al problema de factorizar grandes números compuestos.

Por tanto, en esencia, la longitud de la clave que empleas es por sí misma una especie de código. Un espía del gobierno que supiese de qué va el asunto, al darse cuenta de que Randy y Avi emplean una clave de 4096 bits, podría llegar a alguna de las siguientes conclusiones:

Avi no sabe lo que está haciendo. Esta conclusión puede desestimarse, investigando algunos de sus logros pasados. O,

Avi sufre paranoia clínica. También puede desestimarse con un poco de investigación. O,

Avi es extremadamente optimista en lo que respecta al desarrollo futuro de la tecnología de ordenadores, o pesimista en lo que respecta a la situación política, o ambas cosas. O,

Avi planifica con un horizonte que se extiende durante periodos de tiempo superiores al siglo.

Randy da vueltas por la habitación mientras el ordenador navega por el espacio numérico. Los contenedores que llevan los camiones exhiben los mismos logotipos que los que solían llenar las calles de South Seattle

cuando descargaba un barco. Para Randy es extrañamente satisfactorio, como si, dando aquel alocado salto sobre el Pacífico, hubiese dotado a su vida de una especie de simetría antipodal. Había ido del lugar donde las cosas se consumen a donde son producidas, de la tierra donde el onanismo se venera en los más altos niveles de la sociedad a una donde los coches llevan en las ventanillas pegatinas que dicen «¡NO a los anticonceptivos!». Parece grotescamente adecuado. No se sentía de la misma forma desde que Avi y él iniciaron su primera aventura empresarial, malograda, doce años atrás.

Randy creció en una ciudad universitaria del este del estado de Washington, se graduó en la Universidad de Washington en Seattle, y acabó con un puesto de oficinista II en la biblioteca de la ciudad —para ser específicos, el Departamento de Préstamos Interbibliotecarios— donde su trabajo consistía en procesar las peticiones de préstamos que llegaban por correo desde bibliotecas más pequeñas de toda la región y, a la inversa, enviar peticiones a otras bibliotecas. Si el Randy Waterhouse de nueve años hubiese tenido la oportunidad de echar un vistazo al futuro para verse en aquel puesto, se habría sentido encantado más allá de lo posible: la principal herramienta del Departamento de Préstamos Interbibliotecarios era el saca grapas. El joven Randy había visto uno de esos dispositivos en las manos de su profesor de cuarto curso y había quedado cautivado por el ingenio que manifestaba y por el aspecto terrible que tenía, como si fuesen las mandíbulas de un dragón robot del futuro. Es más, deliberadamente había grapado mal para poder pedirle a su profesor que las desgrapase, para poder ver así esas terribles mandíbulas en acción. Había llegado hasta el extremo de robar un sacagrapas de un escritorio en la iglesia y lo había incorporado a un robot de mecano, un dispositivo asesino, con el que había aterrorizado a la mayor parte del vecindario; sus mandíbulas de víbora separaron muchas piezas de juguetes de plásticos y accesorios antes de que se descubriese el robo y Randy se convirtiese en un ejemplo ante Dios y ante los hombres. Ahora, en la oficina de Préstamos Interbibliotecarios, Randy no sólo tenía uno, sino varios saca grapas en su escritorio y se veía obligado a usarlos durante una o dos horas al día.

Como la biblioteca de la Universidad de Washington estaba bien dotada, normalmente no pedían libros a otras bibliotecas a menos que alguien los hubiese robado o se tratase de volúmenes, en algún sentido, peculiares. La oficina de PIB (como la llamaban con afecto Randy y sus

colegas) tenía sus clientes regulares, gente con una larga lista de libros extraños entre sus preferencias. Esas personas tendían a ser tediosas o terroríficas, o ambas cosas a la vez. Randy siempre acababa tratando con el subgrupo de «ambas cosas», porque Randy era el único oficinista que no estaba allí de por vida. Parecía claro que él, con su licenciatura en astronomía y sus amplios conocimientos de ordenadores, se iría algún día, mientras que sus compañeros de trabajo no atesoraban tales ambiciones. Su más amplia esfera de intereses, su, en cierta forma, más amplio concepto de la normalidad, era útil cuando ciertas personas entraban en la oficina.

Desde el punto de vista de muchas personas, el propio Randy era un personaje tedioso, terrorífico y obsesivo. No sólo le obsesionaba la ciencia, sino también los juegos de rol de fantasía. La única forma en que podía soportar trabajar en un puesto tan estúpido durante un par de años era porque su tiempo libre estaba dedicado completamente a erigir escenarios de fantasía de tal profundidad y complejidad que ejercitaba todos los circuitos craneales que tan evidentemente se malgastaban en la oficina de PIB. Pertenecía a un grupo que se reunía cada viernes por la noche para jugar hasta bien entrado el domingo. Los otros incondicionales del grupo eran un doble licenciado en informática y música llamado Chester, y un estudiante de posgrado en historia llamado Avi.

Cuando un estudiante de máster llamado Andrew Loeb entró en la oficina PIB un día, con un cierto brillo en los ojos, y sacó de una sucia mochila un fajo de papeles de tres pulgadas de ancho consistente en formularios de petición cuidadosamente mecanografiados, fue reconocido inmediatamente como miembro de la especie «peculiar» y enviado en dirección a Randy Waterhouse. Era evidente que se trataba de espíritus afines, aunque Randy no lo comprendió por completo hasta que los libros solicitados por Loeb empezaron a llegar en el carrito desde la sala de correo.

El proyecto de Andy Loeb consistía en calcular el presupuesto energético de las tribus indias locales. Un cuerpo humano debe gastar una cierta cantidad de energía sólo para seguir respirando y mantener la temperatura corporal. La cifra aumenta cuando hace frío o el cuerpo en cuestión está realizando un trabajo. La única forma de obtener esa energía es comiendo alimentos. Algunos alimentos tienen un contenido energético más alto que otros. Por ejemplo, la trucha es muy nutritiva pero con un contenido de grasa y carbohidratos tan bajo que puedes morirte de hambre

comiéndola tres veces al día. Otros alimentos pueden contener mucha energía, pero se requiere tanto trabajo para obtenerlos y prepararlos que comerlos produciría una pérdida, desde el punto de vista de la eficacia energética. Andy Loeb intentaba descubrir qué comían históricamente ciertas tribus indias del noroeste, cuánta energía gastaban para conseguir esos alimentos y cuánta obtenían comiéndolos. Quería hacer los cálculos para indios costeros como los Salish (que tenían acceso fácil al marisco) y para indios del interior como los Cayuse (que no lo tenían) como parte de un plan extremadamente complejo para demostrar una idea sobre los niveles de vida relativos de esas tribus y como eso afectaba a su desarrollo cultural (las tribus costeras realizaban un arte fantásticamente detallado y las de interior se limitaban a grabar ocasionalmente figuritas en las piedras).

Para Andrew Loeb era un ejercicio de erudición metahistórica. Para Randy Waterhouse sonaba como el inicio de un juego genial. Estrangula a una musaraña y ganas 136 Puntos de Energía. Pierde la musaraña y tu temperatura corporal baja otro grado.

Si algo caracterizaba a Andy era el ser metódico, y por tanto había buscado todos los libros escritos sobre el tema, y cada uno de los libros mencionados en las bibliografías de esos libros, incluso retrocediendo cuatro o cinco generaciones; sacó todos los disponibles localmente y pidió el resto al PIB. Estos últimos pasaron por el escritorio de Randy. Leyó algunos y ojeó otros. Aprendió cuánta grasa de ballena tenían que comer los exploradores árticos para evitar morir de hambre. Leyó detenidamente las especificaciones de las raciones del ejército. Pasado un tiempo, empezó a ir a la fotocopiadora para copiar algunos datos clave.

Para realizar un juego de rol de fantasía que fuese realista, debes llevar la cuenta de la comida que obtienen los personajes imaginarios y lo que les cuesta obtenerla. Los personajes que atravesasen el desierto de Gobi en noviembre del 5000 antes de Cristo tendrían que pasar mucho más tiempo preocupándose por la comida que, digamos, unos que viajasen por Illinois en 1950.

Randy no era el primer diseñador de juegos en darse cuenta de ese detalle. Había algunos juegos increíblemente estúpidos en los que no tenías que preocuparte por la comida, pero Randy y sus amigos los tenían en muy poca consideración. En todos los juegos en los que participaba, o que diseñaba él mismo, debía dedicar una cantidad de tiempo realista a

conseguir comida para los personajes. Pero no era fácil determinar lo que era realista. Como la mayoría de los diseñadores, Randy superó el problema reuniendo algunas ecuaciones rudimentarias que básicamente se inventó. Pero en los libros, artículos y tesis que Andrew Loeb pedía a través del PIB, descubrió precisamente los datos en bruto que una persona con inclinación matemática podría usar para crear un sistema complejo de reglas basado en hechos científicos.

Quedaba descartado simular todos los procesos físicos que se producían en el cuerpo de los personajes, sobre todo si en el juego disponías de un ejército de cientos de miles. Incluso una simulación rudimentaria, que siguiese unas pocas variables y usase ecuaciones simples, requeriría una cantidad increíble de papel si lo hacías todo a mano. Pero todo eso sucedía a mediados de los ochenta, cuando los ordenadores personales se habían vuelto baratos y ubicuos. Un ordenador podría controlar automáticamente una gran base de datos y especificarte si cada personaje estaba bien alimentado o se moría de hambre. No había ninguna razón para no hacerlo con un ordenador.

A menos que, como en el caso de Randy Waterhouse, tuvieses un trabajo tan mierdoso que no pudieses permitirte un ordenador.

Evidentemente, había una forma de evitar el problema. La universidad poseía muchos ordenadores. Si Randy podía conseguirse acceso a uno de ellos, podría escribir el programa y ejecutarlo gratis.

Por desgracia, los accesos sólo estaban disponibles para los estudiantes o profesores, y Randy no era ninguna de esas cosas.

Por suerte, por esa época había empezado a salir con una estudiante de posgrado llamada Charlene.

¿Cómo demonios acabó un tipo con forma de barril, estudiante de ciencias, que trabajaba en un empleo sin futuro como administrativo, y que dedicaba todo su tiempo libre a un pasatiempo tan consumadamente *friki* como los juegos de rol de fantasía, embarcado en una relación con una esbelta y guapa estudiante de arte que pasaba su tiempo libre navegando en kayak y viendo películas extranjeras? Debía ser una de esas situaciones en las que los opuestos se atraen, una relación complementaria. Se conocieron, como es natural, en la oficina del PIB, donde el muy inteligente pero seguro y tranquilizador Randy ayudó a la muy inteligente pero dispersa y frivola Charlene a organizar un montón desordenado de peticiones de préstamo. Le hubiese pedido salir allí mismo, pero era tímido. La segunda

y tercera oportunidad se presentaron cuando los libros que había pedido empezaron a salir del cuarto del correo, y al final le pidió salir y fueron a ver una película juntos. Los dos resultaron no sólo estar deseosos sino ansiosos, y posiblemente desesperados. Antes de que se diesen cuenta, Randy le había dado a Charlene una llave de su apartamento, y Charlene le había dado a Randy la clave de su cuenta gratuita en el ordenador de la universidad, y todo iba de maravilla.

El sistema informático de la universidad era mejor que no tener ordenador. Pero Randy se sentía humillado. Como toda otra red informática académica de alta potencia, aquélla estaba basada en un potente sistema operativo llamado UNIX, que tenía una curva de aprendizaje tan empinada como el Matterhorn, y carecía de las encantadoras y elegantes características de los ordenadores personales que se estaban poniendo de moda. Randy lo había usado mucho como estudiante y sabía cómo manejarse con él. Aun así, aprender a escribir un buen código en aquella cosa requería mucho tiempo. Su vida había cambiado con la aparición de Charlene, y ahora cambió aún más: dejó por completo el circuito de juegos de rol, dejó de asistir a las reuniones de la Sociedad para el Anacronismo Creativo y empezó a pasar todo su tiempo libre con Charlene o frente a la Terminal del ordenador. Teniéndolo todo en cuenta, probablemente fue un cambio para mejor. Con Charlene hacía cosas que no hubiese hecho de otra forma, como hacer ejercicio, o ir a escuchar música en directo. Y frente al ordenador, aprendía habilidades nuevas, y creaba algo. Puede que fuese algo completamente inútil, pero al menos creaba.

Pasaba mucho tiempo hablando con Andrew Loeb, que era quien realmente iba por ahí y ponía en práctica las cosas sobre las que él escribía un programa; desaparecía durante unos días y regresaba cojeando y macilento, con escamas de pez en el pelo de la barba y sangre animal seca bajo las uñas. Se tragaba un par de hamburguesas, dormía veinticuatro horas y luego iba al encuentro de Randy en un bar (a Charlene no le gustaba la idea de tenerlo por la casa) y hablaba con conocimiento de causa sobre las dificultades de la vida diaria, al estilo aborigen. Discutían sobre si los aborígenes llegarían a comerse las partes más desagradables de los animales o las desecharían. Andrew votaba que sí. Randy estaba en desacuerdo; el hecho de que fuesen primitivos no quería decir que no tuviesen gusto. Andrew lo acusaba de ser un romántico. Al final, para acabar con la discusión, fueron juntos a las montañas, armados sólo con

cuchillos y la colección de trampas para alimañas que Andrew había construido con suma exquisitez. A la tercera noche, Randy se descubrió considerando seriamente la posibilidad de comerse algunos insectos.

—Q.E.D —dijo Andrew.

En todo caso, Randy terminó el programa al cabo de un año y medio. Fue un éxito; Chester y Avi lo adoraban. Randy se sentía moderadamente alegre por haber construido algo tan complicado que realmente funcionase, pero no se hacía ilusiones sobre su utilidad práctica. Se sentía ligeramente avergonzado por haber malgastado tanto tiempo y energías mentales en el proyecto. Pero sabía que si no hubiese estado escribiendo un código, habría empleado la misma cantidad de tiempo jugando a algún juego o yendo a las reuniones de la Sociedad para el Anacronismo Creativo vestido como en la Edad Media, así que al final la cosa se compensaba. Además, podría argumentarse que pasar el tiempo delante de la pantalla era mejor porque así mejoraba sus conocimientos de programación, que ya eran buenos al empezar. Por otra parte, había realizado todo el trabajo en el sistema UNIX, que era para científicos e ingenieros; no parecía un movimiento muy inteligente en una época en la que todo el dinero estaba en los ordenadores personales.

Chester y Randy le habían puesto a Avi el mote de «Ávido», porque realmente, de verdad, le gustaban los juegos de fantasía. Avi siempre había dicho que los jugaba cómo una forma de comprender como era en realidad vivir en los tiempos antiguos, y era un fanático de la precisión histórica. No estaba mal; todos tenían sus ridiculas excusas, y la perspicacia histórica de Avi venía bien a menudo.

No mucho después, Avi terminó la carrera, desapareció, y reapareció meses más tarde en Minneapolis, donde había conseguido un trabajo en una importante editorial de juegos de rol de fantasía. Se ofreció a comprar el programa de Randy por la asombrosa cifra de mil dólares más un porcentaje sobre los beneficios futuros. Randy aceptó la oferta en líneas generales, le pidió a Avi que le enviase un contrato. y luego salió y se encontró con Andrew hirviendo entrañas de pescado en un hervidor sobre una parrilla en el tejado del edificio de apartamentos en el que vivía. Quería darle a Andrew la buena noticia, y ofrecerle una parte de las ganancias. Lo que vino a continuación fue una conversación realmente desagradable, de pie allí arriba bajo una lluvia violenta y torrencial.

Para empezar, Andrew se tomó el asunto bastante más en serio que Randy. Randy lo veía como una suerte inesperada, una lotería. Andrew, que era hijo de un abogado, lo trataba como si fuese una importante fusión comercial, e hizo muchas preguntas tediosas e insistentes sobre el contrato, que todavía no existía y que cuando existiese probablemente ocuparía una única hoja. Randy no lo comprendió en ese momento, pero al hacer tantas preguntas para las que Randy no tenía respuesta, Andrew estaba, a todos los efectos, asignándose el papel de Administrador General. Implícitamente estaba formando con Randy una sociedad mercantil que, de hecho, no existía.

Además, Andrew no tenía ni idea del tiempo y el esfuerzo que Randy había dedicado a escribir el código. O (como comprendió Randy más tarde) quizá sí. En cualquier caso, Andrew asumía desde el inicio que la participación con Randy sería al cincuenta por ciento, lo que era extremadamente desproporcionado con respecto al trabajo que había realizado en el proyecto. Básicamente, Andrew actuaba como si todo el trabajo que hubiese realizado sobre los hábitos alimenticios de los aborígenes fuese parte de la empresa, y que eso le daba derecho a una parte igual.

Para cuando Randy pudo librarse de esa conversación, la cabeza le daba vueltas. Había llegado con una visión de la realidad y había sufrido el desafío radical por parte de otra claramente absurda; pero al cabo de una hora de intimidación por parte de Andrew empezaba a dudar de sí mismo. Después de dos o tres noches sin dormir, decidió cancelar todo el asunto. Unos pocos cientos de dólares no valían toda aquella agonía.

Pero Andrew (que para entonces estaba representado por un asociado del bufete de su padre en Santa Bárbara) se opuso con vehemencia. Él y Randy habían, según el abogado, creado conjuntamente algo con valor económico, y la incapacidad de Randy para venderlo al valor de mercado equivalía a robarle el dinero del bolsillo a Andrew. Se había convertido en una pesadilla increíble digna de Kafka, y Randy sólo podía retirarse a una mesa en la esquina de *su pub* favorito, beber jarras de cerveza negra (normalmente en compañía de Chester) y observar cómo se desarrollaba aquel fantástico psicodrama. Ahora comprendía que había tropezado con la peligrosa extravagancia de la familia de Andrew. Resultaba que los padres de Andrew se habían divorciado hacía mucho tiempo, y habían luchado ferozmente por su custodia, su único hijo. Mamá se había vuelto hippie y

se había unido a un culto religioso en Oregón, llevándose a Andrew con ella. Se rumoreaba que esa secta se dedicaba a abusar sexualmente de los niños. Papá había contratado a detectives privados para secuestrar a Andrew y traerlo de vuelta. A continuación, lo había obsequiado con posesiones materiales para demostrarle que él lo quería más. Luego se había producido una interminable batalla legal en la que papá había contratado a algunos psicoterapeutas marginales para hipnotizar a Andrew y recuperar recuerdos reprimidos de horrores inexpresables e improbables.

Ése era sólo el sumario ejecutivo de una extraña vida que Randy fue descubriendo poco a poco a lo largo de los años siguientes. Más tarde, llegó a la conclusión de que la vida de Andrew era fractalmente extraña. Es decir, se podía tomar una parte pequeña de ella, y al examinarla en detalle resultaría ser tan complicada y extraña como el todo. En todo caso, Randy se había metido en esa vida y estaba rodeado de su peculiaridad. Uno de los jóvenes ansiosos del bufete del padre de Andrew decidió, como movimiento preventivo, obtener copias de todos los archivos informáticos de Randy, que seguían almacenados en el sistema informático de la UW. No hace falta decir que lo hizo de la forma más torpe posible, y cuando el departamento legal de la universidad comenzó a recibir sus ariscas cartas, respondió informando al abogado de Andrew y a Randy de que cualquiera que usase el sistema informático de la universidad para crear un producto comercial debía compartir los beneficios con la universidad. De esa forma, Randy recibía cartas amenazadoras no de uno sino de dos grupos de temibles abogados. A continuación Andrew amenazó con demandarle por haber cometido ese error, ¡que había reducido a la mitad el valor de la parte de Andrew!

Al final, sólo para poder salir con bien de todo aquello, Randy tuvo que contratar a su propio abogado. El coste final para él estuvo ligeramente por encima de los cinco mil dólares. El programa nunca llegó a venderse, y tampoco hubiese sido posible venderlo: para entonces estaba tan legalmente enmarañado que hubiese sido como intentar vender a alguien un Volkswagen corroído que hubiese sido desmontado y sus partes escondidas en el interior de jaulas de perros de ataque en diferentes zonas del planeta.

Fue la única ocasión en su vida en la que consideró el suicidio. No lo pensó demasiado en serio, o durante mucho tiempo, pero sí que lo pensó.

Cuando todo pasó, Avi le envió una carta escrita a mano que decía: «Disfruté mucho haciendo negocios contigo y espero tener la oportunidad

de continuar con nuestra relación, tanto como amigos y, si se presenta la oportunidad, como socios creativos.»

OceanofPDF.com

Índigo

Lawrence Pritchard Waterhouse y el resto de la banda se encuentran una mañana sobre la cubierta del *Nevada*, tocando el himno nacional y contemplando cómo las Barras y Estrellas suben por el asta, cuando se sobresaltan al encontrarse en medio de ciento noventa aeroplanos de diseño no demasiado familiar. Algunos de ellos vuelan bajo, moviéndose rasantes, y otros están en lo alto, descendiendo casi en línea recta. Estos últimos van tan rápido que parecen estar deshaciéndose: caen pequeños trozos. Se trata de una escena atroz, algún ejercicio de entrenamiento está saliendo deprimentemente mal. Pero salen de las trayectorias suicidas con tiempo de sobra. Los trozos que se han caído descienden con suavidad y determinación, sin dar volteretas o revolotear como harían los restos. Están por todas partes. De forma perversa, todos parecen dirigirse a los buques amarrados. Es increíblemente peligroso, ¡podrían darle a alguien! Lawrence se siente indignado.

En uno de los barcos situados al fondo se produce un fenómeno de corta vida. Lawrence se da la vuelta para mirar. Es la primera explosión de verdad que ha visto en su vida, así que le lleva algo de tiempo reconocerla como tal. Puede tocar los movimientos más difíciles de xilófono con los ojos cerrados, y *The Star Spangled Banner* es mucho más fácil de tocar que de cantar.

Sus ojos se centran, no en la fuente de la explosión, sino en un par de aeroplanos que se dirigen directamente hacia ellos, casi rozando el agua. Cada uno de ellos deja caer un largo huevo delgaducho y a continuación sus colas se mueven apreciablemente, viran hacia arriba y pasan por

encima de sus cabezas. El sol naciente ilumina directamente el interior de las carlingas. Lawrence puede mirar de frente a los ojos de uno de los pilotos. Percibe que parece ser algún tipo de caballero asiático.

Se trata de un ejercicio de entrenamiento increíblemente realista, incluso hasta el punto de emplear pilotos étnicamente correctos, y hacer detonar explosiones falsas en los buques. Lawrence lo aprueba de todo corazón. Las cosas se habían relajado un poco últimamente.

Se siente una tremenda conmoción en la cubierta de la nave, que hace que sus pies y piernas parezcan haber saltado un precipicio de tres metros para caer sobre cemento sólido. Pero no ha sido así, sigue de pie. No tiene el más mínimo sentido.

La banda ha terminado de tocar el himno nacional y presta atención al espectáculo. Las sirenas y las bocinas se dejan oír por todas partes, en el *Nevada*, en el *Arizona* situado en el amarradero contiguo, en los edificios de tierra. Lawrence no aprecia fuego antiaéreo, no ve en el cielo ningún avión que pueda reconocer. Las explosiones se suceden. Lawrence se acerca a la baranda y atraviesa con la mirada los pocos metros de agua que les separan del *Arizona.*

Otro más de esos aeroplanos en picado lanza un proyectil que cae directamente sobre la cubierta del *Arizona* para a continuación, aunque parezca extraño, desaparecer. Lawrence parpadea y ve que ha dejado sobre la cubierta un perfecto agujero en forma de bomba, justo como si fuese un personaje de dibujos animados histéricos de la Warner Brothers atravesando a gran velocidad alguna estructura plana, como una pared o un techo. Durante unos microsegundos sale fuego de ese agujero antes de que toda la cubierta se hinche, desintegrándose, y se convierta en un floreciente globo de fuego y oscuridad. Waterhouse es vagamente consciente de que un montón de material se dirige hacia él a toda velocidad. Es tan enorme que más bien le da la impresión de que es él quien vuela hacia allí. Se queda congelado. Pasa a su lado, por encima, a través de él. Un sonido terrible le perfora el cráneo, una nota golpeada al azar, discordante pero no sin alguna especie de armonía. Calidades musicales a un lado, es tan jodidamente fuerte que casi le mata. Se pone las manos sobre los oídos.

Pero el sonido sigue ahí, como agujas al rojo vivo que le atravesasen los oídos. Las campanas del infierno. Gira para evitarlo, pero le sigue. Siente una correa enorme y gruesa alrededor del cuello, anudada a la altura de la entrepierna, donde lleva una base. Metido en la base está el soporte

central del xilófono, que permanece frente a él como un peto en forma de lira, con enormes y esponjosas borlas colgando de los extremos superiores. Curiosamente, una de las borlas está ardiendo. No es lo único que está mal en el xilófono, pero no puede apreciarlo del todo porque se le oscurece la visión periódicamente por algo que pasa frente a él cada pocos momentos. Lo único que sabe es que el xilófono se ha tragado un enorme cuanto de pura energía y ha sido propulsado a un estado increíblemente superior nunca antes alcanzado por un instrumento similar; es un monstruo ardiente, brillante, gimiente, campaneante, radiactivo, un cometa, un arcángel, un árbol de magnesio en llamas, atado a su cuerpo, de pie en su entrepierna. La energía se transmite por su eje central zumbante, a la base y a sus genitales, lo que en otras circunstancias le hubiese producido una erección.

Lawrence pasa algo de tiempo vagando sin rumbo sobre la cubierta. A final tiene que ayudar a abrir una escotilla para algunos hombres. y se da cuenta de que todavía lleva las manos sobre las orejas, y así ha sido durante mucho tiempo excepto cuando se limpiaba los ojos. Cuando las retira el ruido ha desaparecido, y ya no oye a los aviones. Pensaba que quería descender, porque el peligro venía del aire y le gustaría tener algo de aspecto permanente entre él y el peligro, pero muchos de los marineros mantienen la opinión contraria. Oye que han sido alcanzados por uno, o dos, de algo que rima con «torpedo», y que intentan ganar velocidad. Oficiales y suboficiales, teñidos de negro y rojo por el humo y la sangre, le ordenan continuamente que se encargue de tareas diferentes, y extremadamente urgentes, que no entiende del todo, porque continuamente se lleva las manos a los oídos.

Probablemente pasa otra media hora antes de que se le ocurra la idea de dejar el xilófono, que es, después todo, más un estorbo que otra cosa. Le fue entregado por la Marina con gran cantidad de advertencias sobre las consecuencias de un mal uso. Lawrence es muy consciente de ese tipo de cosas, desde la época en que le dieron por primera vez privilegios de órgano en West Point, Virginia. Pero en esta ocasión, por primera vez en su vida, mientras permanece de pie observando cómo *el Arizona* arde y se hunde, se limita a decirse a sí mismo: ¡Bien, a la mierda! Saca el xilófono del soporte y lo mira por última vez, será la última vez en su vida que toque un xilófono. De todas formas, comprende, ya no tiene sentido salvarlo; varias barras están dobladas. Le da la vuelta y descubre que trozos de metal ennegrecido y distorsionado han chocado con varias de las barras.

Lanzando literalmente su precaución al viento, lo arroja por la borda, más o menos en la dirección del *Arizona*, una lira militar de acero bruñido que acompaña con su canto a un millar de hombres hasta su lugar de descanso en el fondo del puerto.

Mientras se desvanece en medio de una mancha de combustible ardiente, llega la segunda ola de aviones de ataque. La artillería antiaérea de la Marina finalmente abre fuego y comienzan a llover bombas sobre la zona circundante y a volar edificios ocupados. Puede ver llamas con forma humana corriendo por las calles seguidas de gente con mantas.

El resto del día se invierte, en el caso de Lawrence Pritchard Waterhouse y el resto de la Marina, aceptando el hecho de que muchas estructuras bidimensionales en aquel u otros barcos, que se colocaron para evitar la mezcla de diversos fluidos (por ejemplo, combustible y aire) tienen agujeros, y no sólo eso, sino que otras muchas cosas están ardiendo y que todo está algo más que un poco ahumado. Ciertos objetos que se supone deben (a) permanecer horizontales y (b) sostener cosas pesadas, han dejado de cumplir ambas tareas.

La sala de máquinas del *Nevada* consigue ganar velocidad con un par de calderas y el capitán intenta sacar la nave del puerto. Tan pronto como se mueve, sufre un ataque concertado, en su mayoría de bombarderos deseosos de hundirlo en el canal y bloquear el puerto por completo. Al final, el capitán da la vuelta antes de que suceda tal cosa. Por desgracia, lo que el *Nevada* tiene en común con otros buques de la Marina es que no está realmente diseñado para actuar a partir de una posición estacionaría y, en consecuencia, recibe tres impactos más. En conjunto, es una mañana muy emocionante. Como miembro de la banda que ya no tiene su instrumento, los deberes de Lawrence no están muy bien definidos, y pasa más tiempo del debido mirando los aviones y las explosiones. Ha retomado sus reflexiones anteriores con respecto a las sociedades y sus esfuerzos por superarse las unas a las otras.

Tiene muy claro, a medida que ola tras ola de bombarderos nipones se lanzan con precisión caligráfica contra la nave sobre la que está de pie, y a medida que la flor y nata de la Marina de su país arde, estalla y se hunde, sin ofrecer prácticamente resistencia, que su sociedad va a tener que replantearse un par de cosas.

En algún momento se quema la mano con algo. Es la mano derecha, lo que es preferible: es zurdo. Además, le queda claro que una porción *del*

Arizona ha intentado arrancarle el cuello cabelludo. Son heridas leves para los niveles de Pearl Harbor y no pasa mucho tiempo en el hospital. El doctor le advierte que la piel de la mano puede contraerse y limitarle los movimientos de los dedos. Tan pronto como puede soportar el dolor, Lawrence comienza a tocar el *Arte de la fuga* de Bach sobre el regazo si no tiene alguna otra ocupación. La mayoría de esas composiciones se inician con simplicidad; se puede imaginar con facilidad al viejo Johann Sebastian sentado en su banco una fría mañana de Leipzig, retirados uno o dos registros de flauta dulce, la mano izquierda en el regazo, un gordo niño del coro, o dos, en la esquina esforzándose en el doble fuelle, mientras apagados sonidos ansiosos surgen de todos los agujeros del mecanismo, y la mano derecha de Johann vagando sin rumbo sobre la prohibida simplicidad del Gran manual, acariciando los amarillentos y rotos colmillos de elefante, buscando alguna melodía que no haya inventado todavía. Ahora mismo es bueno para Lawrence, así que obliga a su mano derecha a realizar los mismos movimientos que Johann, aunque esté cubierta de vendas y emplee una bandeja virada como sustituto del teclado, y tenga que tararear la música. Cuando le coge el gusto, su pie se mueve y presiona bajo las sábanas, tocando sobre pedales imaginarios, y los vecinos se quejan.

Sale del hospital en unos días, justo a tiempo para que él y el resto de la banda de música del *Nevada* inicien su nueva tarea bélica. Esto debía ser, evidentemente, todo un problema para los expertos en personal de la Marina. Esos músicos eran (desde el punto de vista de matar nipos) completamente inútiles. Desde el 7 de diciembre no tienen ni siquiera un buque en funcionamiento y la mayoría de ellos han perdido los clarinetes.

Aun así, no todo es cargar obuses y darle a los gatillos. Ninguna gran organización puede matar nipos de forma sistemática sin realizar una cantidad casi increíble de labores de mecanografía y archivo. Es lógico suponer que hombres que pueden tocar el clarinete no realizarán ese trabajo peor que cualquier otro. Y por tanto Waterhouse y sus compañeros de banda reciben órdenes transfiriéndolos a lo que parece ser una de las ramas de me cano grafía-y—archivo de la Marina.

Es un edificio, no un barco. Hay mucho personal en la Marina que desprecia la misma idea de trabajar en un edificio, y Lawrence y otros reclutas recientes, deseosos de encajar, han adoptado el hábito de imitar la misma actitud. Pero ahora que han visto lo que le sucede a un barco cuando

detonas cientos de kilos de explosivos sobre, dentro, o alrededor de él, Waterhouse y muchos otros están reconsiderando esos prejuicios con respecto a trabajar en edificios. Se presentan en sus nuevos puestos con la moral muy alta.

Su nuevo oficial al mando no se siente tan feliz, y sus sentimientos parecen ser compartidos por toda la sección. A los músicos se les recibe sin darles la bienvenida y se les saluda sin honores. La gente que ha estado trabajando en este edificio —lejos de sentirse intimidados por tipos que no sólo han trabajado hasta hace poco en un barco de verdad sino que además han estado muy cerca de cosas que explotaban, ardían, etc., y no por fallos rutinarios sino porque los hombres malos lo causaron deliberadamente— no parecen considerar que Lawrence y los otros músicos merezcan que se les confíe aquel nuevo trabajo, lo que demonios sea.

Abatidos, casi con desesperación, el oficial al mando y sus subordinados instalan a los músicos. Incluso si no tienen escritorios suficientes para todos, cada hombre tendrá al menos una silla en una mesa o barra. Se demuestra bastante ingenio a la hora de encontrar sitio para todos los nuevos. Está claro que esa gente intenta hacer lo mejor posible lo que consideran una tarea inútil.

A continuación les dan una pequeña charla sobre discreción. Una larga charla, en realidad. Realizan ejercicios para comprobar su habilidad para deshacerse de cosas de la forma correcta. Siguen así mucho tiempo, y cuanto más tiempo dedican a ello, sin explicaciones, más misterioso se vuelve. Los músicos, que al principio se sintieron un poco molestos por la frialdad de la recepción, comienzan a hacer cabalas entre ellos sobre en qué tipo de operación se han metido.

Por fin, una mañana, se les reúne en una clase frente a la pizarra más limpia que Waterhouse haya visto nunca. Los días pasados le han imbuido tal nivel de paranoia que sospecha que está limpia por una razón: borrar la tiza no se toma a la ligera en tiempo de guerra.

Están sentados en sillas pequeñas con pupitres unidos a ellas, pupitres diseñados para diestros. Lawrence se pone el cuaderno de notas sobre el regazo, luego apoya la mano derecha vendada sobre el pupitre y comienza a tocar una melodía del *Arte de la fuga*, haciendo muecas e incluso gimiendo de dolor a medida que la piel quemada se estira y se desliza sobre los nudillos.

Alguien le toca el hombro. Abre los ojos para ver que es la única persona en toda la habitación que está sentada; hay un oficial en la tarima. Se pone en pie y casi le falla la pierna débil. Cuando al final consigue ponerse por completo en pie, ve que el oficial (si «es» realmente un oficial) no lleva uniforme. No hay nada más diferente de un uniforme. Viste una bata y fuma en pipa. La bata está extraordinariamente gastada, pero no en el sentido, digamos, de una bata de hospital u hotel, que se lava mucho. Hace tiempo que no lavan aquella prenda, pero chico, vaya si le han dado uso. Los hombros están gastados casi por completo, y el extremo de la manga derecha es de color gris grafito, de arrastrarse de izquierda a derecha, decenas de miles de veces, sobre hojas de papel cubiertas de números escritos a lápiz. La felpa parece cubierta de caspa, pero no tiene nada que ver con la exfoliación del cuero cabelludo; esos copos son demasiado grandes y demasiado geométricos: restos rectangulares y circulares de cartulina, producto de perforar tarjetas y cinta respectivamente. La pipa se consumió hace mucho tiempo y el oficial (o lo que sea) ni siquiera finge preocuparse de encenderla de nuevo. Su única función es proporcionarle algo que morder, lo que hace vigorosamente como si fuese un soldado de la guerra civil al que le están cortando una pierna.

Otro tipo —uno que sí se ha molestado en afeitarse, ducharse y ponerse un uniforme— presenta al hombre de la bata como el capitán de fragata Shane, deletreado-s—c-h—o-e—n, pero a Schoen eso no le interesa; les da la espalda, mostrándoles la parte de atrás de la bata, que alrededor del trasero es tan transparente como un salto de cama. Copiando de un bloc de notas, escribe lo siguiente:

19 17 17 19 14 20 23 18 19 8 12 16 19 8 3 21
8 25 18 14 18 6 3 18 8 15 18 22 18 11

Cuando aparece el cuarto o quinto número en la pizarra, Waterhouse siente cómo se le eriza el pelo de la nuca. Antes de que termine de escribir el tercer grupo de cinco números, ya ha percibido que ninguno de ellos es mayor que 26, el número de letras del alfabeto. Su corazón late con mayor fuerza que cuando las bombas niponas realizaban trayectorias parabólicas sobre la cubierta del Nevada. Se saca un lápiz del bolsillo. Como no tiene

papel a mano, escribe los números del 1 al 26 sobre la superficie de la mesilla.

Para cuando el hombre de la bata ha terminado de escribir el último grupo de números, Waterhouse está inmerso en un recuento de frecuencia. Lo completa cuando el Hombre de la Bata está diciendo algo como: «Para ustedes esto podría parecer una secuencia sin sentido de números, pero para los oficiales navales nipos es algo completamente diferente.»

A continuación el hombre ríe nervioso, agita la cabeza con tristeza, cuadra la mandíbula con resolución y lanza una letanía de expresiones extremadamente emotivas ninguna de las cuales es apropiado reproducir aquí.

El recuento de frecuencia de Waterhouse se limita simplemente a anotar el número de veces que cada cifra aparece en la pizarra. Tiene esté aspecto:

1
2
3 ll
4
5
6
7
8 llll
9
10
11 l
12 l
13
14 ll
15 l
16 l
17 ll
18 lllll l

19 llll
20 l
21 l
22 l
23 l
24
25 i
26

Lo más interesante del asunto es que diez de los posibles símbolos (es decir, 1, 2, 4, 5, 7, 9, 10, 13, 24 y 26) ni siquiera se usan. En el mensaje sólo aparecen dieciséis números diferentes. Dando por supuesto que cada uno de esos dieciséis representa una, y sólo una, letra del alfabeto, ese mensaje tiene (Lawrence lo calcula de cabeza) 111136315345735680000 posibles significados.

Es un número curioso porque empieza con cuatro unos y termina con cuatro ceros; Lawrence deja escapar una risita, se limpia la nariz y sigue con el asunto.

El número más repetido es 18. Probablemente representa la letra E. Si sustituye E en el mensaje cada vez que aparece un 18, entonces…

Bien, para ser sinceros, tendría que escribir otra vez todo el mensaje, cambiando los 18 por E, y le llevaría mucho tiempo, que podría ser tiempo perdido porque la suposición podría estar equivocada. Por otra parte, si «obliga» a su mente a interpretar los 18 como E —una operación que considera libremente análoga a cambiar los ajustes del cuadro de un órgano — entonces lo que ve en su ojo mental cuando mira a la pizarra es:

19 17 17 19 14 20 23 E 19 8 12 16 19 8 3 21
8 25 E 14 E 6 3 E 8 15 E 22 E 11

que sólo tiene 101033013950668800000 posibles significados. También se trata de un número curioso, por todos esos unos y ceros, pero se trata de una coincidencia sin la más mínima importancia.

—La ciencia de crear códigos secretos se llama criptografía —dice el capitán de fragata Schoen—. y la ciencia de romperlos criptoanálisis.

A continuación suspira, forcejea visiblemente con varios estados emocionales extremadamente divergentes y con resignación se entrega al inevitable ejercicio de dividir esas palabras en sus raíces, que son latinas o griegas (Lawrence no presta atención, ni le importa, sólo observa fijamente la pureza de la palabra CRIPTO escrita en enormes mayúsculas).

La secuencia inicial «19 17 17 19» es interesante. Junto con 8,19 es el segundo número más común de la lista. El 17 es sólo la mitad de común. No pueden tener cuatro vocales o cuatro consonantes en fila (a menos que las palabras sean alemanas), por tanto o el 17 es una vocal y el 19 una consonante o viceversa. Como el 19 aparece con mayor frecuencia (cuatro veces) en el mensaje, es más probable que sea una vocal en lugar del 17 (que sólo aparece dos veces). A es la vocal más común después de la E, así que si asume que el 19 es una A, obtiene:

A 17 17 A 14 20 23 E A 8 12 16 A 8 3 21
8 25 E 14 E 6 3 E 8 15 E 22 E 11

La cosa se reduce mucho, a unas meras 8419417829222400000 posibles respuestas. ¡Ya ha conseguido reducir el margen de soluciones m varios órdenes de magnitud!

Schoen está sudando profusamente, y está casi físicamente lanzándose a un repaso histórico de la ciencia de la CRIPTOLOGIA, como se llama la unión de la criptografía y el criptoanálisis. Habla un poco de un tipo inglés llamado Wilkins, y de un libro llamado *Criptonomicón* que se escribió hace unos cientos de años, pero (quizá porque no tiene en demasiada estima la inteligencia de su público) pasa con rapidez por las cuestiones históricas y salta de Wilkins al código «uno es tierra, dos es mar» de Paul Reveré. Incluso hace el chiste matemático de que ésa es una de las primeras aplicaciones prácticas de la notación binaria. Lawrence resopla y bufa respetuosamente, recibiendo una mirada horrorizada del saxofonista sentado frente a él.

Al principio de la charla, Schoen mencionó que aquel mensaje estaba (en lo que evidentemente era un escenario ficticio creado para hacer interesante el ejercicio matemático a un conjunto de músicos para el que se suponía que la matemática les importaba una mierda) dirigido a un oficial naval ñipo. Dado ese contexto, Lawrence no puede sino asumir que la primera palabra del mensaje es ATTACK. Eso significa que el 17 representa la T, el 14 la C y el 20 la K. Sustituyendo, obtiene:

A T T A C K 2 3 E A 8 12 16 A 8 3
21 8 25 E C E 6 3 E 8 15 E 22 E 11

y el resto es tan evidente que ni se molesta en escribirlo. No puede evitar ponerse en pie. Está tan emocionado que se olvida de la pierna herida y tropieza con varias mesillas de sus compañeros, lo que causa mucho ruido.

—¿Tiene algún problema, marinero? —dice uno de los oficiales de la esquina, uno que se ha molestado en vestir el uniforme.

—¡Señor! El mensaje es: «Attack Pearl Harbor December Seven.» ¡Señor! —grita Lawrence y vuelve a sentarse. Todo su cuerpo se estremece de emoción. La adrenalina ha tomado el control de su cuerpo y mente. Podría estrangular allí mismo a veinte luchadores de sumo.

El capitán de fragata Schoen se muestra completamente impasible, excepto por un único parpadeo, muy lento. Se vuelve hacia uno de sus subordinados, que está de pie frente a la pared con las manos a la espalda, y dice:

—Déle a ése una copia del *Criptonomicón.* Y un escritorio… tan cerca como sea posible de la cafetera. Y ya que está en ello, por qué no asciende al hijo de puta.

Lo del ascenso resultó ser o una muestra de humor militar o una prueba más de la inestabilidad mental del capitán de fragata Schoen. Exceptuando ese pequeño detalle gracioso, la historia de Waterhouse a partir de ese punto, durante los siguientes diez meses, no es mucho más complicada que la historia de una bomba que acaba de ser lanzada desde un avión. Las barreras puestas en su camino (leer el *Criptonomicón*, romper el código meteorológico de las Fuerzas Aéreas Niponas, romper el Coral, el

cifrado mecánico agregado naval, romper el código innominado 3A del transporte acuático del ejército nipón, romper el código del Ministerio de la Gran Asia Oriental) presentan tanta resistencia como sucesivas cubiertas de fragata fabricadas con madera comidas por los gusanos. En un par de meses está escribiendo nuevos capítulos para el *Criptonomicón.* La gente habla de él como si fuese un libro, pero no lo es. Básicamente es una recopilación de todos los artículos y notas que han pasado por una esquina en particular de la oficina del capitán de fragata Schoen en el periodo de más o menos dos años que lleva destinado en la Estación Hypo, como llaman a ese sitio [3]. Es todo lo que el capitán de fragata Schoen sabe sobre romper códigos que, a todos los efectos, es todo lo que saben los Estados Unidos de América. Podría resultar aniquilado en cualquier momento si a un conserje se le ocurriese entrar en la habitación durante unos minutos y hacer limpieza. Como comprendían esa posibilidad, los colegas del capitán de fragata Schoen entre los oficiales de la Estación Hypo habían diseñado enérgicas medidas para evitar cualquier limpieza u operación higiénica en todo el ala del edificio que contiene la oficina del capitán de fragata Schoen. En otras palabras, saben lo suficiente para comprender que el *Criptonomicón* es extremadamente importante, y tienen la inteligencia suficiente para adoptar las medidas necesarias con el propósito de mantenerlo seguro. Algunos de ellos incluso lo consultan de vez en cuando, y hacen uso de su sabiduría para romper los mensajes nipones, e incluso resolver criptosistemas enteros. Pero Waterhouse es el primero que aparece que es lo suficientemente bueno como para (al principio) señalar los errores en lo escrito por Schoen, y (pronto) reunir el contenido de la pila en algo que se parece a una obra ordenada, y (con el tiempo) añadirle material original.

Llegado un punto, Schoen lo lleva escaleras abajo, lo guía por un largo pasillo sin ventanas hasta una puerta imponente protegida por gruesos mirmidones y le permite ver lo segundo mejor que poseen en Pearl Harbor, una habitación llena de maquinaria de la Electrical Till Corporation que emplean especialmente para realizar recuentos de frecuencias en los mensajes interceptados a los nipos.

Sin embargo, la máquina más extraordinaria de la estación Hypo [4] y lo más genial de Pearl Harbor— se encuentra en un nivel todavía más profundo de la cloaca del edificio. Está contenida en algo que podría ser considerado una cámara acorazada de banco si no fuese porque está llena

de explosivos de forma que su contenido pueda vaporizarse en caso de una invasión total de los nipos.

Es la máquina que el capitán de fragata Schoen fabricó, más de un año antes, para romper el código nipón llamado índigo. Aparentemente, ya que eso sucedió a principios de 1940, Schoen era un joven equilibrado y de buena salud mental en cuyo regazo dejaron caer una larga lista de números compilados por las estaciones de interceptación del Pacífico (quizá, piensa Waterhouse, Alfa, Bravo, etc.). Aquellos números eran mensajes nipones que habían sido cifrados de alguna forma; las pruebas circunstanciales sugerían que se había hecho con alguna máquina. Pero no se sabía absolutamente nada sobre la máquina: si usaba engranajes, discos rotatorios o tableros de conexiones, o alguna combinación de esos elementos, o cualquier otro mecanismo que no se le hubiese ocurrido todavía a los blancos; «cuántos» de esos mecanismos usaba o no usaba; detalles específicos de cómo los usaba. Lo único claro era que esos números, que parecían completamente caóticos, habían sido transmitidos, quizás incluso de forma incorrecta. Aparte de eso, Schoen no tenía nada —nada— con lo que trabajar.

Y a continuación, a mediados de 1941, aquella máquina existía en aquella cámara, en la Estación Hypo. Existía porque Schoen la había fabricado. La máquina descifraba perfectamente todos los mensajes índigo que recibían las estaciones de intercepción y era, por tanto, por necesidad, una copia funcional exacta de la máquina de código índigo de los nipones, aunque ni Schoen ni ningún otro americano la hubiese visto jamás. Schoen la había construido simplemente mirando esa larga lista de números esencialmente caóticos, y empleando algunos procesos de inducción para deducir el sentido. En algún momento del camino se había quedado totalmente debilitado psicológicamente, y había empezado a sufrir crisis nerviosas a un ritmo de una cada semana o dos.

Cuando estalla realmente la guerra con Nipón, Schoen está discapacitado y toma mucha medicación. Waterhouse pasa todo el tiempo que le dejan con Schoen, porque está bastante seguro de que lo que sucedió en la cabeza de Schoen, fuese lo que fuese, entre el momento en que le pusieron entre las manos la lista de números aparentemente aleatorios y cuando terminó de construir la máquina, es un ejemplo de un proceso no computable.

La autorización de seguridad de Waterhouse sube de categoría al ritmo de una vez al mes, hasta que alcanza el nivel más alto concebible (o eso cree) que es Ultra/Magic. Ultra es como llaman los británicos a la información de inteligencia que obtienen por haber roto el código de la máquina alemana Enigma. Magic es como los yanquis llaman a la información de inteligencia que obtienen de índigo. En cualquier caso, a Lawrence le permiten ahora ver los resúmenes de Ultra y Magic. documentos encuadernados, con párrafos resaltados en rojo y negro impresos en la portada. El párrafo número tres dice:

NO SE EJECUTARÁ NINGUNA ACCIÓN SEGÚN LA INFORMACIÓN CONTENIDA EN ESTE DOCUMENTO, NO IMPORTA CUAL SEA SU VENTAJA TEMPORAL, SI TAL ACCIÓN PUDIESE TENER EL EFECTO DE REBLAR LA EXISTENCIA DE LA FUENTE AL ENEMIGO.

Bastante claro, ¿no? Pero Lawrence Pritchard Waterhouse no está tan jodidamente seguro.

… SI TAL ACCIÓN PUDIESE TENER EL EFECTO DE REVELAR…

Más o menos por la misma época, Lawrence ha comprendido algo sobre sí mismo. Ha descubierto que trabaja mejor si no está caliente, es decir, un día o dos tras la eyaculación. Por lo tanto, como parte de sus obligaciones con Estados Unidos, comienza a pasar mucho tiempo en burdeles. Pero no puede conseguir mucho sexo con lo que sigue siendo un sueldo de xilofonista, así que se limita a lo que eufemística-mente se llaman masajes.

… ACCIÓN… EFECTO… REVELAR…

Las palabras se fijan a él como la gonorrea. Se tiende de espaldas durante esos masajes, con los brazos cruzados sobre los ojos, murmurando las palabras entre dientes. Algo le preocupa. Con el tiempo ha aprendido que cuando algo le preocupa de esa forma en particular normalmente termina escribiendo un nuevo artículo. Pero primero tiene que realizar una dura labor intelectual de zapa.

Le viene a la cabeza, como una explosión, durante la batalla de Midway, mientras él y sus camaradas pasan veinticuatro horas al día entre las máquinas ETC, descifrando los mensajes de Yamamoto, di-ciéndole a Nimitz donde encontrarse con la flota nipona.

¿Cuáles son las probabilidades de que Nimitz localice la flota por accidente? Eso es lo que Yamamoto debe estar preguntándose.

Todo es cuestión (¡curiosamente!) de teoría de la información.

…ACCIÓN…

¿Qué es acción? Puede ser cualquier cosa. Puede ser algo evidente, como bombardear una instalación militar nipona. Todos estarían de acuerdo en que eso constituiría una acción. Pero también podría ser algo como cambiar el rumbo de un portaaviones en cinco grados… o no hacerlo. O tener exactamente el conjunto adecuado de fuerzas en Mid-way para aplastar a la flota nipona. Podría ser algo mucho menos dramático, como cancelar los planes de acción. Una acción, en cierto sentido, podría ser incluso la total ausencia de actividad. Cualquiera de ellas podría ser la respuesta racional por parte de algún comandante a LA INFORMACIÓN CONTENIDA EN ESTE DOCIJMENTO. Pero cualquiera de ellas podría ser observable para los nipones… y por tanto, cualquiera de ellas podría dar información a los nipones. ¿Qué tal será la habilidad de esos nipos para extraer información de un canal ruidoso? ¿Tienen algún Schoen?

…EFECTO…

¿Y qué pasaría si los nipos lo observasen? ¿Cuál sería exactamente el «efecto»? ¿Y bajo qué circunstancias el efecto REVELARÍA LA EXISTENCIA DE LA FUENTE AL ENEMIGO?

Si la acción fuese tal que nunca se hubiese producido a menos que los americanos pudiesen romper índigo, eso constituiría una prueba para los nipones de que los americanos lo habían roto. La existencia de la fuente —la máquina construida por el capitán de fragata Schoen— quedaría revelada.

Waterhouse confía en que ningún americano sea tan estúpido. Pero ¿y si no está tan claro? ¿Y si la acción fuese simplemente «muy improbable» a menos que los americanos conociesen el código? ¿Qué pasa si los americanos, a la larga, simplemente tienen una suerte de cojones? ¿Y hasta dónde puedes jugar ese juego? Un par de dados cargados que muestran siete cada vez que los lanzas serán detectados en unas pocas tiradas. Un par que sólo muestra siete un uno por ciento más de lo normal es más difícil de detectar; tendrías que arrojar el dado muchas veces para que tu oponente pudiese demostrarlo.

Si los nipos caen continuamente en emboscadas —si sus propias emboscadas no funcionan—, si sus barcos mercantes se cruzan con los submarinos americanos más de lo que la pura probabilidad sugeriría, ¿cuánto tiempo pasará antes de que se den cuenta?

Waterhouse escribe artículos sobre ese tema, los usa para dar la lata. Entonces, un día, recibe nuevas órdenes.

Las órdenes llegan codificadas en un grupo de cinco cartas aparentemente aleatorias, impresas en el papel azul que se usa para los cablegramas de alto secreto. El mensaje ha sido cifrado en Washington empleando un cuaderno de uso único, lo que es lento e incómodo pero, en teoría, ofrece un cifrado perfectamente inviolable, utilizado para los mensajes más importantes. Waterhouse lo sabe porque es una de las dos únicas personas en Pearl Harbor con permiso para descifrarlos. El otro es el capitán de fragata Schoen, y él está sedado. El oficial de guardia abre la caja fuerte adecuada y le entrega el cuaderno de uso único del día, que es básicamente un trozo de papel cuadriculado cubierto de números impresos en grupos de a cinco. Los números han sido escogidos por secretarias en un sótano de Washington revolviendo cartas o sacando notas de un sombrero. Son ruido puro. Una copia del ruido puro está en manos de Waterhouse, y la otra copia es usada por la persona que ha cifrado el mensaje en Washington.

Waterhouse se sienta y se pone a trabajar, sustrayendo el ruido del texto cifrado para obtener el texto llano.

Lo primero que ve es que la clasificación del mensaje no es simplemente alto secreto, o siquiera Ultra, sino algo completamente nuevo: ULTRA MECÍA

El mensaje afirma que después de destruir en su totalidad el mensaje, él —Lawrence Pritchard Waterhouse— se dirigirá a Londres, Inglaterra, por el método más rápido posible. A su disposición estarán todos los barcos, trenes, aviones e incluso submarinos. Por medio de un miembro de la Marina de los Estados Unidos, se le hará entrega de un uniforme extra —un uniforme del Ejército de Tierra de los Estados Unidos— en caso de que eso le simplifique la operación.

Lo único que no debe hacer, nunca jamás, es encontrarse en una posición en la que pueda ser capturado por el enemigo. En ese sentido, la guerra ha terminado repentinamente para Lawrence Pritchard Waterhouse.

OceanofPDF.com

Hijos de Ondn

Una red de conductos de aire, del tamaño de túneles, tan vasta e inabarcable como la Internet global se ramifica por entre las gruesas paredes y los techos del hotel y produce ruidos apagados y atenuados que sugieren que en las profundidades ocultas del sistema hay zonas de pruebas de aviones a reacción, herreros de la edad de hierro, miserables prisioneros cargados de cadenas resonantes y montones de serpientes contorsionándose. Randy es consciente de que el sistema no es un bucle cerrado —que de alguna forma está conectado a la atmósfera de la Tierra— porque del exterior se cuelan ligeros olores callejeros. Por lo que sabe, podría llevarles una hora colarse en la habitación.

Después de vivir allí durante un par de semanas, los olores terminan sirviéndole como un despertador olfativo. Duerme al olor de las emisiones diesel, porque las condiciones de tráfico en Manila exigen que los barcos carguen y descarguen sólo por la noche. Manila se extiende a lo largo de una cálida y tranquila bahía que es una reserva infinita de bochorno, y la atmósfera es tan espesa, opaca y caliente como un vaso de leche extraída directamente de la ubre de una vaca, por lo que comienza a relucir con la salida del sol. Ante esa señal, los regimientos y divisiones de gallos de pelea de Manila, aprisionados en jaulas improvisadas en cada tejado, balcón y patio, empiezan a cantar. La gente empieza a despertar y a quemar carbón. El humo del carbón produce el olor que despierta a Randy.

La condición física de Randy es meramente decente. De forma rutinaria su médico le aconseja que pierda diez kilos, pero no es nada evidente de dónde van a salir esos diez kilos: no tiene ni barriga cervecera

ni michelines. Los controvertidos kilos parecen estar distribuidos por igual sobre su torso de barril. O al menos, eso se dice cada mañana, de pie frente al enorme espejo de su suite. La casa de Randy y Char-lene en California está prácticamente libre de espejos y ya no recordaba su aspecto. Ahora comprueba que se ha vuelto atávicamente peludo, y su barba destella, porque está salpicada de pelo gris.

Cada día se desafía a afeitarse la barba. En los trópicos es conveniente tener la mayor cantidad de piel expuesta al aire, para así eliminar el sudor.

Una noche en que Avi y su familia habían venido a cenar, Randy había dicho:

—Yo soy la barba, Avi es el traje.

Era una forma de explicar su relación empresarial y, desde ese momento, Charlene se había disparado. Recientemente Charlene ha terminado un artículo académico de construyendo las barbas. En particular, su objetivo era la cultura de las barbas en la comunidad de alta tecnología del norte de California: el grupo de Randy. Su artículo comenzaba echando por tierra, en cierta forma, la idea de que las barbas son más «naturales» o más fáciles de mantener que el afeitado; llega a publicar estadísticas del departamento de investigación de Gillette que comparan la cantidad de tiempo que pasan los hombres con barba y sin barba en el baño cada día, que demuestran que la diferencia no es estadísticamente significativa. Randy tenía muchas objeciones a la forma en que se habían compilado esas estadísticas, pero Charlene no las aceptaba.

—Es contra intuitivo —dijo.

Charlene estaba deseosa de llegar al fondo de su argumento. Fue a San Francisco y compró varios cientos de dólares en pornografía en una *boite* dirigida a fetichistas del afeitado. Durante un par de semanas, Randy no podía llegar a casa por la noche sin encontrarse a Charlene tumbada frente al televisor con un enorme cuenco de palomitas y un dictáfono en la mano, mirando un vídeo que mostraba una hoja de afeitar recorriendo carne húmeda y jabonosa. Grabó algunas largas entrevistas con verdaderos fetichistas del afeitado que describieron con lujo de detalles la sensación de desnudez y vulnerabilidad que les ofrecía el afeitado, y lo erótico que era, especialmente cuando se golpeaba o zurraba en la parte recién afeitada.

Construyó una detallada comparación entre la iconografía de la pornografía dirigida a los fetichistas del afeitado y los anuncios de

productos para el afeitado que aparecían en la televisión nacional durante los partidos de fútbol americano, y demostró que eran básicamente indistinguibles (en realidad, podías comprar cintas de vídeo piratas con los anuncios de cremas y maquinillas en los mismos lugares que vendían la pornografía directa).

Consiguió estadísticas sobre las variaciones raciales en el crecimiento de la barba. Los indios americanos no tenían barba, y los asiáticos apenas. Los africanos eran un caso especial porque afeitarse todos los días les provocaba dolorosos problemas en la piel. «La capacidad de dejarse crecer una barba poblada como elección parece ser un privilegio concedido por la naturaleza sólo a los hombres blancos», escribió.

Las señales de alarma, las luces rojas y los cláxones se dispararon al unísono en la cabeza de Randy cuando llegó a esa frase.

«Pero esa afirmación asume una categorización engañosa. "Naturaleza" es un discurso construido socialmente, no una realidad objetiva [*aquí aparecían muchas notas a pie de página*]. Eso es aún más cierto en el caso de una "naturaleza" que concede barbas pobladas a la población específicamente minoritaria de los hombres europeos del norte. El *Homo sapiens* evolucionó en zonas climáticas en las que el pelo facial tenía poca utilidad práctica. El desarrollo de una rama de la especie caracterizada por machos de barbas muy pobladas es una respuesta adaptativa a los climas muy fríos. Esos climas no invadieron de forma "natural" los hábitats de los primeros humanos; más bien, los humanos invadieron las regiones geográficas donde prevalecían tales climas. Esa trasgresión geográfica fue estrictamente un acontecimiento sociocultural y por tanto todas las adaptaciones físicas a ese acontecimiento deben situarse en la misma categoría; incluyendo el desarrollo de un pelaje facial abundante.»

Charlene publicó los resultados de un sondeo que había organizado en el que se pedía su opinión a unos centenares de mujeres. En esencia, todas ellas decían que preferían a los hombres bien afeitados por encima de los que llevaban barba. Inmediatamente, demostró que llevar barba no era más que un elemento de un síndrome muy relacionado con el racismo y las actitudes sexistas, y con el patrón de incapacidad emocional tan a menudo lamentada por las compañeras femeninas de los machos blancos, especialmente de aquellos orientados hacia la tecnología.

«El límite entre el Yo y el Ambiente es un constructo social. En las culturas occidentales se supone que tal límite es claro y definido. La barba es un signo externo de ese límite, una técnica de distanciamiento. Afeitarse la barba (o cualquier otra vellosidad corporal) es aniquilar simbólicamente el límite (esencialmente falso) que separa el Yo de lo Otro…»

Y así seguía. El artículo fue recibido con entusiasmo por los críticos y fue aceptado inmediatamente para su publicación en una importante revista internacional. Charlene va a presentar un trabajo relacionado en el congreso La Guerra como Texto: «El no afeitado como significante en las películas de la Segunda Guerra Mundial.» Sólo por la calidad de su trabajo sobre las barbas, tres diferentes universidades de la Ivy League luchan por el privilegio de contratarla.

Randy no quiere trasladarse a la Costa Este. Peor aún, lleva una barba tupida, lo que le hace sentirse sumamente incorrecto cuando sale con ella. Le propuso a Charlene que quizá debería enviar una nota de prensa declarando que se afeita el resto del cuerpo cada día. Ella no lo consideró muy gracioso. Randy comprendió, a mitad de camino sobre el océano Pacífico, que todo el trabajo de ella era básicamente una elaborada profecía sobre el fatídico futuro de su relación.

Ahora está considerando afeitarse la barba. Ya puestos, es posible que siga con la cabeza y la parte superior del cuerpo.

Tiene el hábito de caminar mucho y de forma enérgica. Para los niveles de los nazis del ejercicio físico que infestan California y Seattle, no es más que una mejora marginal con respecto a (digamos) sentarse frente a la tele fumando sin parar cigarrillos sin filtro mientras se come grasa de un tarro. Pero él ha continuado caminando con obstinación mientras sus amigos han seguido las modas del ejercicio y las han dejado. Para él se ha convertido en una cuestión de orgullo, y la verdad, no va a dejar de hacerlo sólo por vivir en Manila.

Pero cono, hace calor. Aquí estaría muy bien no tener nada de pelo.

De la desafortunada Primera Aventura Empresarial de Randy con el software de recolección de alimentos sólo salieron dos cosas buenas. Primero, le metió en el cuerpo el miedo a cualquier tipo de negocio, al menos hasta que tuviese como mínimo una vaga idea de dónde se metía. Segundo, desarrolló una amistad duradera con Avi, su antiguo compañero de juegos, ahora establecido en Minneapolis, que había demostrado integridad y un gran sentido del humor.

Como sugerencia de su abogado (que para entonces era uno de sus acreedores más importantes), Randy se declaró en bancarrota personal y se trasladó a la California central con Charlene. Ella había obtenido su doctorado y había conseguido un trabajo de profesora asistente en una de las Tres Hermanas. Randy se matriculó en otra de las Hermanas con la idea de conseguir un máster en astronomía. Ese hecho lo metamorfoseó en estudiante de postgrado, y los estudiantes de postgrado no existen para aprender cosas sino para aliviar a los profesores numerarios de la pesada carga de educar a la gente y realizar investigaciones.

Un mes después de su llegada, Randy resolvió algunos problemas triviales de informática para otros estudiantes de postgrado. Una semana más tarde, el jefe del departamento de astronomía lo llamó y le dijo:

—Bien, tú eres el gurú del UNIX.

Por aquella época, Randy todavía era lo suficientemente estúpido como para sentirse halagado por aquella atención, cuando en realidad esas palabras deberían haberle congelado la sangre en las venas.

Tres años más tarde abandonó el Departamento de Astronomía sin el diploma, y sin nada que mostrar por su trabajo excepto seiscientos dólares en la cuenta corriente y conocimientos asombrosamente amplios del UNIX. Más tarde calcularía que, según las tarifas habituales de los programadores, el departamento había extraído de él como un cuarto de millón de dólares en trabajo a cambio de un desembolso de menos de veinte mil. La única compensación era que sus conocimientos ya no parecían tan inútiles. La astronomía se había convertido en una disciplina extremadamente interconectada informáticamente, y ahora se podía controlar un telescopio desde otro continente, o en órbita, entrando comandos en un teclado, observando en tu monitor la imagen que producía.

Randy tenía ahora conocimientos soberbios en lo que se refería a redes. Años antes, la utilidad de esos conocimientos hubiese sido limitada. Pero aquélla era la época de las aplicaciones en red, el amanecer de la World Wide Web, y la oportunidad no podría haber sido mejor.

Mientras tanto, Avi se había trasladado a San Francisco y había puesto en marcha una nueva compañía que iba a sacar a los juegos de rol del gueto de los *frikis* y a convertirlos en algo popular. Randy aceptó el puesto de jefe de tecnología. Intentó reclutar a Chester, pero éste ya había aceptado un trabajo con una compañía de software en Seattle. Así que se decidieron por un tipo que había trabajado para un par de compañías de videojuegos, y

más tarde contrataron a otros tipos para la parte de hardware y comunicaciones, y consiguieron fondos suficientes para construir un prototipo utilizable. Usándolo como muestra, fueron a Hollywood y encontraron a alguien dispuesto a financiarles por valor de diez millones de dólares. Alquilaron unas instalaciones industriales en Gilroy, las llenaron de estaciones de trabajo gráficas, contrataron algunos excelentes programadores y unos cuantos artistas y empezaron a trabajar.

Seis meses más tarde, se les mencionaba a menudo entre las estrellas en ascenso de Silicon Valley, y Randy salió en una pequeña fotografía en la revista *Time* en un artículo sobre Siliwood, la cada vez más amplia colaboración entre Silicon Valley y Hollywood. Un año después, la empresa se había estrellado y quemado por completo.

Fue una historia épica que no vale la pena relatar. La idea habitual a principios de los noventa era que los magos técnicos del norte de California se encontrarían a mitad de camino con las mentes creativas del sur de California y surgiría una nueva y brillante colaboración. Pero se fundamentaba en una creencia ingenua sobre la naturaleza de Hollywood. Hollywood no era más que un banco especializado, un consorcio de grandes entidades financieras que contrataba talento, casi siempre por un precio fijo, ordenaba al talento crear un producto y luego promocionaba ese producto hasta la muerte, por todo el mundo, por todos los medios concebibles. La meta era encontrar productos que siguiesen generando dinero eternamente, mucho después de que el talento hubiese recibido su paga y hubiese sido enviado de vuelta a casa. *Casablanca*, por ejemplo, seguía sentando a la gente en las butacas décadas después de que Bogart hubiese recibido su parte y se ganase una tumba temprana a base de fumar.

Desde el punto de vista de Hollywood, los técnicos de Silicon Valley no eran más que una forma especialmente ingenua de talento. Por tanto, cuando la tecnología alcanzó cierto punto —el punto en que podía ser vendida con buenos beneficios a cierta compañía electrónica nipona— los inversores de la compañía de Avi ejecutaron un veloz golpe de estado que evidentemente había sido planeado con todo cuidado. A Randy y a los otros se les dio a elegir: podían abandonar la empresa ahora y conservar parte de sus acciones, que todavía valían una cantidad de dinero bastante decente. O podían quedarse; en cuyo caso se verían saboteados desde dentro por quintacolumnistas infiltrados en posiciones clave. Mientras

tanto, se les acosaría con abogados que reclamarían sus cabezas por las cosas que de pronto iban mal.

Algunos de los fundadores se quedaron como eunucos de la corte. La mayoría abandonó la compañía y, de ese grupo, la mayoría vendió inmediatamente sus acciones porque no les parecía que fuesen en ninguna dirección más que hacia abajo. La compañía fue destripada, transfiriendo su tecnología a Japón, y la carcasa acabó secándose y se convirtió en polvo.

Incluso hoy en día, fragmentos de aquella tecnología siguen apareciendo en los lugares más insospechados, como anuncios de nuevas plataformas de videojuegos. Verlos siempre le produce a Randy un escalofrío. Cuando todo empezó a ir mal, los nipones intentaron contratarle directamente, y llegó a ganar algo de dinero volando allí para trabajar, durante una semana o un mes, como asesor. Pero no podían mantener la tecnología en funcionamiento con los programadores que tenían, por lo que no ha llegado a alcanzar sus potencialidades.

Así terminó la Segunda Aventura Empresarial de Randy. Salió de ella con un par de cientos de miles de dólares, que en su mayoría invirtió en la casa victoriana que compartía con Charlene. No se fiaba de sí mismo con tanto dinero líquido, e inmovilizarlo en la casa le ofrecía una sensación de segundad, como alcanzar la zona de seguridad en un encuentro frenético de *kabaddi.*

Había pasado los años posteriores administrando el sistema informático de las Tres Hermanas. No había ganado mucho dinero, pero tampoco había sufrido demasiado estrés.

Randy siempre estaba diciéndole a la gente, sin rencor, que eran unos imbéciles. Era la única manera en que se podía hacer algo en programación. Nadie se lo tomaba de forma personal.

El grupo de Charlene se lo tomaba definitivamente de forma personal. No les ofendía que les dijesen que se equivocaban; lo que les ofendía era la suposición subyacente de que una persona podía equivocarse o tener razón sobre cualquier cosa. Por tanto, la Noche en Cuestión —la noche de la fatídica llamada de Avi— Randy había hecho lo que hacía habitualmente, que era mantenerse apartado de la conversación. En el sentido de Tolkien, no en el sentido endocrinológico o de Blancanieves, Randy era un enano. Los enanos de Tolkien eran personajes robustos, taciturnos y vagamente mágicos que pasaban mucho tiempo en la oscuridad creando a martillazos objetos hermosos, por ejemplo. Anillos de Poder. Considerarse a sí mismo

un enano que había colgado el hacha de guerra durante un tiempo para ir de viaje por la Comarca, donde estaba rodeado por peleones hobbits (es decir, los amigos de Charlene), había sido muy beneficioso para la tranquilidad mental de Randy en los últimos años. Sabía perfectamente que, si estuviese implicado en el mundo académico, esa gente y lo que decían le parecería trascendental. Pero de donde él venía, hacía años que nadie les tomaba en serio. Así que se limitaba a retirarse de la conversación, beber vino, contemplar las olas del Pacífico e intentar no hacer nada demasiado obvio, como negar con la cabeza o poner los ojos en blanco.

Entonces surgió el tema de la Superautopista de la Información, y Randy pudo sentir que los rostros se volvían hacia él cuales cañones de luz, haciendo que su piel se sintiese casi palpablemente caliente.

El doctor G. E. B. Kivistik tenía algunas cosas que decir sobre la Superautopista de la Información. Era un profesor de Yale cincuentón, que acababa de llegar desde algún lugar cuyo nombre había sonado realmente genial e impresionante cuando se aseguró de citarlo varias veces. Su nombre era fines, pero era británico como sólo un anglófilo no británico puede serlo. Supuestamente estaba allí para asistir a La Guerra como Texto. Realmente estaba allí para reclutar a Charlene, y realmente «realmente» (sospechaba Randy) para follársela. Eso último probablemente no era cierto en absoluto, sino un simple síntoma de hasta que punto se sentía agotado en ese momento. El doctor G. E. B. Kivistik había estado apareciendo en la tele con bastante frecuencia. El doctor G. E. B. Kivistik había publicado un par de libros. El doctor G. E. B. Kivistik estaba, en resumen, explotando su opinión fuertemente contraria a la Superautopista de la Información durante más tiempo en antena de lo que merecería cualquiera que no hubiese sido acusado de volar una guardería.

Un enano de paso por la Comarca probablemente asistiría a muchas cenas en las que pomposos y aburridos hobbits dirían cosas así. Ese enano lo consideraría en general un entretenimiento. Sabría que siempre podría regresar al mundo real, mucho más vasto y complejo de lo que imaginaban esos hobbits, matar unos trolls y recordarse a sí mismo qué cosas eran realmente importantes.

Al menos, eso era lo que Randy siempre se había repetido a sí mismo. Pero en la Noche en Cuestión, no surtió efecto. En parte porque Kivistik

era demasiado grande y real para ser un hobbit; probablemente tenía más influencia en el mundo real de la que Randy tendría jamás. En parte porque otro cónyuge de académica sentado a la mesa —un tipo agradable, inofensivo y aficionado a los ordenadores llamado.Ton— decidió disentir de alguna de las afirmaciones de Kivistik y fue alegremente tiroteado por su atrevimiento. La sangre flotaba en el agua.

Randy había destrozado su relación con Charlene por el deseo de tener niños. Los niños plantean cuestiones. Charlene, como todos sus amigos, no sabía manejar las cuestiones. Las cuestiones implican desacuerdos. Los desacuerdos expresados eran una forma de conflicto. El conflicto, en abierto y en público, era una forma masculina de interacción social; el cimiento de la sociedad patriarcal que producía la habitual letanía de cosas terribles. En cualquier caso, Randy decidió mostrarse patriarcal con el doctor G. E. B. Kivistik.

—¿Cuántos barrios bajos se derribarán para construir la Superautopista de la Información? —preguntó Kivistik. Esa pregunta tan profunda fue recibida con meditabundos asentimientos en toda la mesa.

Jon se agitó en la silla como si Kivistik le hubiese metido un cubito de hielo por el cuello de la camisa.

—Qué significa tal cosa? —preguntó.

Jon sonreía, intentado no ser un hegemonista patriarcal amante del conflicto. Kivistik, en respuesta, levantó las cejas y miró a todos los demás, como diciendo «¿Quién ha invitado a este pobre don nadie intelectual?»..Ton intentó rectificar ese error táctico, mientras Randy cerraba los ojos e intentaba no hacer una mueca. Kivistik había pasado más años peleándose con gente realmente lista en Oxford alrededor de una mesa de lo quejón llevaba vivo.

—No hay que derribar nada. No hay nada que derribar —alegó Jon.

—Muy bien, en ese caso, lo expresaré de esta forma —dijo Kivistik magnánimo; no le importaba reducir el alcance intelectual de lo que decía en beneficio de gente como Jon—. ¿Cuántas salidas conectarán los guetos del mundo con la Superautopista de la Información?

Oh, mucho más claro, parecieron pensar todos. ¡Punto aclarado, Geb! Nadie miró a Jon, el paria discutidor. Jon miró indefenso a Randy, pidiéndole ayuda.

Jon era un hobbit que hacía poco había estado fuera de la Comarca, por lo que sabía que Randy era un enano. Ahora jodia la vida de Randy pidiéndole que saltase sobre la mesa, se quitase la capa y agarrase el hacha de dos hojas.

Las palabras salieron de la boca de Randy antes de que tuviese tiempo de pensárselo mejor.

—¡La Superautopista de la Información no es más que una puta metáfora! ¡Cono! —dijo.

Se produjo el silencio en toda la mesa mientras todos ponían un rictus al unísono. Oficialmente la cena se había estrellado. Ahora lo único que podían hacer era sujetarse los tobillos, poner las cabezas entre las rodillas y esperar a que los restos de la colisión se detuviesen.

—Eso no dice demasiado —dijo Kivistik—. Todo es una metáfora. La palabra «tenedor» es una metáfora para este objeto —sostuvo un tenedor —. Todo discurso se construye sobre metáforas.

—Eso no es excusa para usar malas metáforas —dijo Randy.

—¿Mala? ¿Mala? ¿Quién decide qué es malo? —dijo Kivistik, imitando a un estudiante de párpados caídos respirando por la boca. Se produjeron algunas risitas dispersas por parte de aquellos desesperados por aliviar la tensión.

Randy sabía a dónde se dirigía. Kivistik había ido por el habitual as en la manga académico: todo es relativo, es sólo cuestión de perspectivas diferentes. La gente había empezado a recuperar sus pequeñas conversaciones privadas, pensando que el conflicto había pasado, cuando Randy sorprendió a todos diciendo:

—¿Quién decide qué es malo? Yo lo decido.

Incluso el doctor G. E. B. Kivistik se quedó perplejo. No estaba seguro de si Randy no estaría bromeando.

—¿Perdóneme?

Randy no tenía demasiada prisa en continuar. Aprovechó la oportunidad para reclinarse con comodidad, estirarse y tomar un sorbo de vino. Se sentía bien.

—Más o menos es así-dijo—. He leído su libro. Le he visto en televisión. Le he escuchado esta noche. Yo personalmente tecleé la lista de sus credenciales cuando preparaba el material de prensa de la conferencia.

Por tanto, sé que no está cualificado para sostener una opinión sobre asuntos técnicos.

—Oh —Kivistik fingió confusión—, no me había dado cuenta de que era preciso estar cualificado.

—Creo que está claro —dijo Randy—, que si se es un ignorante en un área en particular, su opinión no tiene el más mínimo valor. Si estoy enfermo, no le pido consejo a un fontanero. Voy a un médico. De igual forma, si tengo una pregunta sobre Internet, buscaré la opinión de gente que conozca el tema.

—Es curioso como todos los tecnócratas parecen estar a favor de Internet-dijo Kivistik con alegría, obteniendo algunas risas más de la multitud.

—Acaba de hacer una afirmación que se puede demostrar que no es cierta —dijo Randy con total amabilidad—. Muchos expertos en Internet han escrito libros bien razonados criticándola duramente.

Kivistik se estaba, por fin, empezando a cabrear. Había desaparecido toda alegría.

—Por tanto —siguió diciendo Randy—, para volver al principio, Superautopista de la Información es una metáfora para Internet, porque lo digo yo. Debe haber un millar de personas en todo el mundo que sepan tanto de Internet como yo. Conozco a muchas de esas personas, y ninguna de ellas se toma esa metáfora en serio. Q.E.D.

—Oh, comprendo —dijo Kivistik, algo acalorado. Había visto una vía de escape—. Deberíamos depender de los tecnócratas para que nos digan lo que debemos pensar, y cómo debemos pensar, sobre esta tecnología.

La expresión de los otros parecía decir que aquel había sido un golpe contundente, justificadamente lanzado.

—No estoy seguro de qué es un tecnócrata —dijo Randy—. ¿Soy yo un tecnócrata? Simplemente soy un tipo que fue a la librería y se compró un par de libros de texto sobre TCP/IP, que es el protocolo subyacente en Internet, y los leyó. Y luego conseguí una cuenta en un ordenador, lo que hoy puede hacer cualquiera, y me peleé con él durante unos años, y ahora lo sé todo sobre la red. ¿Eso me convierte en un tecnócrata?

—Usted pertenecía a la élite tecnocrática incluso antes de coger ese libro —dijo Kivistik—. La habilidad de leer un texto técnico, y entenderlo, es un privilegio. Es un privilegio concedido por una educación que sólo

está disponible para los miembros de una clase social de élite. A eso me refiero cuando hablo de tecnócrata.

—Fui a una escuela pública —dijo Randy—. Y luego a una universidad estatal. A partir de ese momento, me eduqué a mí mismo.

Charlene intervino. Le había estado dirigiendo a Randy miradas de furia desde que había empezado a hablar y él la había estado ignorando.

—¿Y tu familia? —fue la gélida pregunta de Charlene.

Randy respiró hondo y reprimió las ganas de suspirar.

—Mi padre es ingeniero. Da clases en una universidad estatal.

—¿Y el padre de tu padre?

—Matemático.

Charlene levantó las cejas. Al igual que todos los demás en aquella mesa. Caso cerrado.

—Me opongo enérgicamente a que me clasifiquen, me etiqueten y me incluyan en el estereotipo del tecnócrata —dijo Randy, empleando deliberadamente el lenguaje de personas oprimidas, quizás en un intento de volver sus armas contra ellos, aunque probablemente sólo sea (eso cree, tendido en la cama a las tres de la mañana en el Hotel Manila) la incontrolable necesidad que siente de pincharlos. Algunos de ellos, por hábito, lo miran con seriedad; la etiqueta dicta que debes ofrecer todas tus simpatías a los oprimidos. Otros quedaron boquiabiertos al oír esas palabras saliendo de los labios de un conocido y convicto tecnócrata masculino blanco—. Nadie de mi familia ha tenido jamás demasiado poder-dice.

—Creo que lo que Charlene quiere decir es lo siguiente —dijo Lomas, uno de los invitados en la casa que ha venido desde Praga con su mujer. Nina. Acaba de nombrarse a sí mismo conciliador. Se detiene lo justo para intercambiar una mirada cálida con Charlene—. Sólo en virtud de venir de una familia de científicos, eres miembro de una élite privilegiada. No eres consciente de ello; pero los miembros de las élites privilegiadas rara vez son conscientes de sus privilegios.

Randy completó el argumento:

—Hasta que llegan personas como usted a explicarnos lo estúpidos que somos, por no comentar la falta de moral.

—La falsa conciencia de la que habla Tomas es exactamente lo que hace que las élites de poder enraizadas estén tan enraizadas —dijo

Charlene.

—Bien, no me siento enraizado —dijo Randy—. Me he partido el culo trabajando para llegar a donde estoy.

—Mucha gente trabaja duro toda la vida y no llega a ninguna parte —dijo alguien en tono acusador. ¡Cuidado! La veda está abierta.

—Bien, lamento no haber tenido la honra de no llegar a ninguna parte —dijo Randy, sintiéndose por primera vez algo malhumorado—, pero he descubierto que si trabajas duro, te educas y conservas la inteligencia, puedes abrirte camino en esta sociedad.

—Pero ésa es una idea sacada directamente de algún libro del si—*:\\o* XIX de Horatio Alger —escupió Tomas.

—¿Y? Sólo porque sea una idea antigua no quiere decir que este equivocada —respondió Randy.

Una pequeña fuerza de ataque de camareros se había estado formando en las inmediaciones de la mesa, con los brazos cargados de platos, mirándose los unos a los otros intentando decidir cuándo sería el momento correcto para interrumpir la lucha y servir la cena. Uno de ellos recompensó a Randy con un plato que contenía un tipi compuesto de lonchas de atún casi crudo. Los elementos proconsenso y ante confrontación aprovecharon la oportunidad para tomar el control de la conversación y la dividieron en múltiples conjuntos de personas vigorosamente de acuerdo entre sí. Jon le digirió una mirada lacrimosa a Randy, como diciendo: ¿también fue agradable para ti? Charlene le ignoraba intensamente; estaba atrapada en un grupo de consenso con Tomas. Nina intentaba mirar a Randy a los ojos, pero él lo evitaba estudiadamente porque temía que ella quisiese ofrecerle una mirada ardiente de aproximación, y lo único que Randy quería en ese momento era alejarse. Diez minutos después, su busca se activó, y posó la mirada sobre el número de Avi.

OceanofPDF.com

Incendio

La base americana de Cavite, a lo largo de la costa de la bahía de Manila, arde bastante bien una vez que la incendian los nipones. Bobby Shaftoe y el resto del Cuarto Regimiento de Marines le echan un buen vistazo al pasar junto a ella, huyendo de Manila como ladrones en la noche. Nunca en su vida se ha sentido más personalmente humillado, y lo mismo sienten los otros marines. Los nipos ya han desembarcado en Malaya y se dirigen a Singapur como un tren sin control, están asediando Guam, Wake, Hong Kong y Dios sabe qué más, y debería ser evidente para cualquiera que a continuación atacarán Filipinas. Da la impresión de que un veterano regimiento de marines de China podría ser de utilidad en Manila.

Pero MacArthur parece opinar que puede defender Luzón por sí mismo, de pie sobre las murallas de Intramuros con su Colt 45. Por tanto, les envían a otro sitio. No tienen ni idea de a dónde. La mayoría de ellos preferiría dirigirse a las playas de Nipón que permanecer en territorio de la Marina.

La noche del comienzo de la guerra, Bobby Shaftoe se había asegurado en primer lugar de devolver a Glory al seno de su familia.

Los Altamira viven en el vecindario de Malate, a un par de millas al sur de Intramuros, y no demasiado lejos del lugar donde Shaftoe acaba de tener su media hora de Glory junto al rompeolas. La ciudad es una locura, y es imposible conseguir un coche. Marineros, marines y soldados salen disparados de bares, clubes nocturnos y salas de baile y piden taxis en grupos de cuatro o seis; una locura igual que Shanghai una noche de sábado; como si la guerra ya estuviese aquí. Shaftoe acaba llevando a

Glory en brazos medio camino a casa, porque los zapatos de ella no están hechos para caminar.

La familia Altamira es tan amplia que casi constituye un grupo étnico por sí sola, y todos ellos viven en el mismo edificio; prácticamente en la misma habitación. En una o dos ocasiones Glory ha empezado a explicarle a Bobby Shaftoe cómo se relacionan. Actualmente hay bastantes Shaftoe —en su mayoría en Tennessee— pero el árbol familiar de los Shaftoe todavía cabe en un cuadro decorativo de punto de cruz. La familia Shaftoe es al clan Altamira lo que una única y alienada planta es a una selva. Las familias filipinas, además de ser gigantescas y católicas, están extremadamente interconectadas por relaciones de padrinos y ahijados, como lianas extendidas de rama en rama y de árbol en árbol. Si le preguntan, Glory está encantada, incluso deseosa, de hablar sin parar durante seis horas sobre cómo los Altamira están emparentados unos con otros, y eso sólo para dar una visión general. El cerebro de Shaftoe siempre se desconecta después de los primeros treinta segundos.

La lleva al apartamento, que siempre se encuentra en estado de tumulto histérico incluso cuando la nación no está sufriendo el ataque del Imperio de Nipón. A pesar de ello, la aparición de Glory, poco después del estallido de la guerra, transportada en brazos de un marine de los Estados Unidos, es recibida por los Altamira como si Cristo se hubiese materializado en medio del salón con la Virgen María cargada a la espalda. A su alrededor, mujeres de mediana edad caen de rodillas. como si aquel lugar estuviese lleno de gas mostaza. ¡Pero lo hacen para gritar aleluya! Glory se apea con agilidad sobre los tacones altos, mientras las lágrimas exploran la excepcional geometría de sus mejillas, y besa a todos los miembros del clan. Los niños están todos despiertos, aunque son las tres de la mañana. Shaftoe ve un escuadrón de niños, de entre tres y diez años, armados todos con rifles y espadas de madera. Miran a Bobby Shaftoe, resplandeciente en su uniforme, y parecen completamente atónitos; podría meter una pelota de béisbol en la boca de cada uno de ellos desde el otro extremo de la habitación. Por el rabillo del ojo ve a una mujer de mediana edad, emparentada con Glory por una cadena de parentesco increíblemente compleja, y que ya tiene las marcas de los labios de Glory en la mejilla, en curso de colisión con él, completamente decidida a darle un beso. Sabe que debe abandonar el lugar inmediatamente o no saldrá nunca. Por tanto,

ignora a la mujer, y sosteniendo la mirada de los niños pasmados, se pone firme y les dirige un saludo perfecto.

Los niños se lo devuelven, desigual, pero con un descaro fantástico. Bobby Shaftoe gira sobre los talones y sale de la habitación, moviéndose como si atacase con bayoneta. Cuenta con regresar al día siguiente a Malate, cuando las cosas se calmen un poco, para comprobar cómo está Glory y el resto de los Altamira.

No vuelve a verla más.

Se presenta en el barco y no se le conceden más permisos de tierra. Se las arregla para mantener una conversación con el Tío Jack, que se sitúa al lado en una pequeña motora el tiempo suficiente para gritarse algunas frases. El Tío Jack es el último de los Shaftoe de Manila, una rama de la familia iniciada por Nimrod Shaftoe de los Voluntarios de Tennessee. Nimrod recibió una bala en el brazo derecho cerca de Quingua, cortesía de un rebelde filipino. Recuperándose en un hospital de Manila, el viejo Nimrod, o «Zurdo» como ya empezaban a llamarle, decidió que le gustaba el coraje de los filipinos; para matar a esa gente fue necesario inventar un nuevo tipo de arma personal ridiculamente potente (el Colt 45). No sólo eso, le gustaba la belleza de sus mujeres. Rápidamente licenciado del servicio, descubrió que la paga por invalidez daba para mucho en la economía local. Montó un negocio de exportación en el río Pasig, se casó con una mujer medio española y tuvo un hijo (Jack) y dos hijas. Las hijas acabaron en Estados Unidos, de regreso a las montañas de Tennessee que habían sido el hogar ancestral de todos los Shaftoe desde que se habían liberado del abuso de los contratos de servidumbre en el siglo XVIII. Jack se quedó en Manila y heredó el negocio de Nimrod, pero no se casó nunca. Para los niveles de Manila, gana una cantidad de dinero bastante apreciable. Siempre ha sido una extraña combinación de comerciante marino y dandy perfumado. Él y el señor Pascual llevan toda la vida haciendo negocios juntos, que es el motivo por el que Bobby Shaftoe conoce al señor Pascual, y llegó á conocer a Glory.

Cuando Bobby Shaftoe repite los últimos rumores, el rostro del Tío Jack se viene abajo. Nadie está dispuesto a enfrentarse al hecho de que pronto estarán siendo asediados por los nipos. Sus siguientes palabras deberían haber sido: «Mierda, salgo pitando de aquí, te enviaré una postal desde Australia.» Pero en lugar de eso, dice algo como:

—Volveré en un par de días para ver cómo estás.

Bobby Shaftoe se muerde la lengua y no dice lo que piensa, que es que él es un marine y está en un barco, que se trata de una guerra, y que los marines en barcos durante una guerra no suelen permanecer en el mismo sitio. Se limita a quedarse allí y ver cómo el Tío Jack se aleja en el barquito, volviéndose de vez en cuando para decirle adiós con el sombrero. Los marineros que rodean a Bobby Shaftoe observan la escena divertidos y con algo de admiración. El puerto es una locura de actividad, porque todo equipo militar que no está fijado al suelo con cemento se lleva a un barco y se envía a Batan o Corregidor, y Tío Jack, de pie en su bote, vestido con un buen traje color crema y sombrero, vadea el tráfico con aplomo. Bobby Shaftoe mira hasta que desaparece hacia el río Pasig, sabiendo que probablemente es el último miembro de su familia que verá al Tío Jack con vida.

A pesar de todas esas premoniciones, se sorprende cuando el barco parte sólo después de unos días de guerra, dejando el amarre en medio de la noche sin la tradicional ceremonia de despedida. Se supone que Manila está repleta de espías nipos, y no habría nada que les gustase más a los nipos que hundir un transporte lleno de marines veteranos.

Manila queda atrás en la oscuridad. La conciencia de que no ha visto a Glory desde aquella noche es como el lento torno de un dentista. Se pregunta cómo le irá. Quizá, cuando la guerra se aclare un poco, y se reafirmen las líneas de batalla, pueda encontrar una forma de que le destinen a esa parte del mundo. MacArthur es un viejo cabrón que se lo pondrá duro a los nipos cuando lleguen. E incluso si Filipinas cae, FDR no permitirá que permanezca durante demasiado tiempo en manos enemigas. Con suerte, en seis meses, Bobby Shaftoe estará marchando por la Avenida Taft de Manila, en uniforme de gala, tras una banda de marines, quizá adornado con una o dos heridas de guerra no muy graves. El desfile llegará a una sección de la avenida que estará ocupada, a lo largo de toda una milla, por los Altamira. Como a medio camino, la multitud se separará y de ella saldrá corriendo Glory, quien se arrojará en sus brazos y le cubrirá de besos. Llevará a la chica directamente a las escalinatas de alguna bonita iglesia donde un sacerdote de sotana blanca les estará esperando con una gran sonrisa en la cara…

El ensueño se disuelve en la nube de humo naranja que se eleva desde la base norteamericana de Cavite. Lleva ardiendo todo el día, y otro depósito de combustible ha estallado. A millas de distancia se puede sentir

el calor en la cara. Bobby Shaftoe está en la cubierta del barco, enfundado en un chaleco salvavidas por si les dan con un torpedo. Se aprovecha de la llamarada para observar a una larga fila de marines con chalecos salvavidas, mirando las llamas con expresiones atónitas en los rostros cansados y sudorosos.

Manila está a sólo media hora tras ellos, pero bien podría estar a un millón de kilómetros.

Recuerda Nanjing y lo que los nipos hicieron allí. Lo que le sucedió a las mujeres.

Érase una vez, hace mucho tiempo, una ciudad llamada Manila. Allí vivía una chica. Es mejor olvidar su nombre y su rostro. Bobby Shaftoe empieza a olvidar tan rápido como puede.

OceanofPDF.com

Peatón

Respete a los peatones, dicen las señales de tráfico en la zona metropolitana de Manila. Tan pronto como las vio, Randy supo que iba a tener problemas.

Durante las primeras dos semanas que pasó en Manila su trabajo consistía en pasear. Recorría la ciudad llevando un receptor GPS de mano, apuntando latitudes y longitudes. Cifraba los datos en su habitación de hotel y los enviaba por *e-mail* a Avi. Se convirtieron en parte de la propiedad intelectual de Epiphyte. Se habían convertido en activos. Ahora había conseguido unas oficinas. Randy se dirige hacia allí caminando, con obstinación. Sabe que la primera vez que coja un taxi, no volverá a caminar.

RESPETE A LOS PEATONES, decían las señales, pero los conductores, el espacio físico, las costumbres locales relativas al uso de terreno y la disposición misma del lugar conspiraban para tratar al peatón con el desprecio que tanto merece. Randy recibiría más respeto si fuese a trabajar subido en un saltador con una hélice en la cabeza. Todas las mañanas el botones le pregunta si quiere un taxi, y prácticamente se desmaya cuando dice que no. Todas las mañanas los taxistas dispuestos en fila frente al hotel, apoyados en los vehículos y filmando, le gritan: — ‹; Taxi? ¿Taxi?

Al rechazarlos, hacen entre ellos ingeniosos comentarios en tagalo y ríen descontroladamente.

Por si Randy todavía no ha captado el mensaje, un helicóptero nuevo rojo y blanco llega volando bajo sobre el Parque Rizal, gira un par de veces

como un perro preparándose para echarse, no lejos de unas palmeras, justo frente al hotel.

Randy ha adquirido el hábito de llegar a Intramuros cortando por el Parque Rizal. No es una ruta directa. La ruta directa pasa sobre tierra de nadie, una intersección vasta y peligrosa llena de chozas y ocupas (es peligrosa por los coches, no los ocupas). Si atraviesas el parque, sólo tienes que deshacerte de un montón de putas. Pero a estas alturas Randy es un experto en esa tarea. La putas no pueden concebir la idea de un hombre tan rico como para hospedarse en el Hotel Manila que voluntariamente camine por la ciudad cada día, y lo han dejado por loco. Se ha desplazado a la región de las cosas irracionales que simplemente es preciso aceptar, y en las Filipinas se trata de una región casi infinita.

Randy no conseguía comprender por qué todo olía siempre tan mal hasta que se tropezó con un enorme hueco rectangular en la acera y miró para ver el fluir de la masa maloliente de las aguas residuales. Las aceras no son más que las tapas de las alcantarillas. El acceso a las profundidades viene dado por losas de cemento con asas circulares que sobresalen. Los ocupas fabrican arneses de alambre que se introducen en las asas para facilitar el retirarlas y crear así letrinas públicas instantáneas. Frecuentemente las losas llevan grabadas las iniciales, el nombre del equipo o el grafito de los caballeros que las fabricaron, y aunque su competencia y atención a los detalles varía, su *esprit de corps* está ajustado al nivel más alto.

Hay un número limitado de puertas que llevan a Intramuros. Randy debe esquivar un asedio diario de taxis tirados por caballos, algunos de los cuales no tienen nada mejor que hacer que seguirle por la calle durante un cuarto de hora diciéndole:

—¿Señor? ¿Señor? ¿Taxi? ¿Taxi?

Uno de ellos en particular es el capitalista más tenaz que Randy haya visto nunca. Cada vez que se coloca junto a Randy, una cuerda de orina surge del vientre de su caballo y choca contra el pavimento, silbando y formando espuma. Diminutos cometas de pis chocan contra los pantalones de Randy. Él siempre viste pantalones largos, independientemente de la temperatura.

Intramuros es un vecindario extrañamente tranquilo y perezoso. Se debe especialmente a que fue destruido durante la guerra, y todavía no lo

han destruido. En su mayoría siguen siendo granjas de malas hierbas, lo que es muy extraño en medio de una vasta y abarrotada metrópoli.

Varios kilómetros hacia el sur, en dirección al aeropuerto, entre hermosas construcciones suburbanas, se encuentra Makati. Sería el lugar lógico para la central de Epiphyte Corp. Tiene un par de gigantescos hoteles de cinco estrellas en cada calle, torres de oficinas de aspecto limpio y genial, y modernos bloques de apartamentos. Pero Avi, haciendo gala de su perverso sentido de la propiedad inmobiliaria, ha decidido rechazar todas esas ventajas a favor de lo que ha descrito por teléfono como textura.

—No me gusta comprar o alquilar propiedades cuando los precios están llegando al máximo —dijo.

Comprender las motivaciones de Avi es como pelar una cebolla con un palillo. Randy sabe que hay más de lo que parece: quizá se gane un favor, o esté correspondiendo a un favor, de su casero. Quizás ha estado leyendo a algún gurú de la administración que aconseja a los jóvenes empresarios que se sumerjan en la cultura local. No es que Avi haya tenido jamás demasiado aprecio por los gurús. La última hipótesis de Randy es que todo está relacionado con las líneas de visión; las latitudes y las longitudes.

En ocasiones Randy. camina por lo alto de la muralla española. Alrededor de la calle Victoria, donde MacArthur tuvo el cuartel general antes de la guerra. Es tan ancha como una calle de cuatro carriles. Los amantes se acurrucan en los huecos trapezoidales para los cañones y abren los paraguas para conseguir intimidad. Bajo él, hacia la izquierda, está el foso, tan ancho como un par de calles, prácticamente seco. Los ocupas han construido chozas en su interior. En las partes que siguen sumergidas, cavan buscando cangrejos en el lodo o lanzan redes improvisadas entre los lotos púrpuras y magenta.

A la derecha está Intramuros. Unos pocos edificios sobresalen sobre un revoltijo confuso de piedras desparramadas. Hay antiguos cañones españoles, medio enterrados, salpicados por el lugar. Los tendederos y las antenas de televisión se mezclan con las enredaderas y el cableado eléctrico improvisado. Los postes eléctricos sobresalen en ángulos extraños, como las ramas altas que pueden caer en cualquier momento en un bosque quemado, algunos casi completamente ocultos por las burbujas de vidrio de los contadores eléctricos. Cada doce metros aproximadamente, sin causa aparente, humea un montón de basura.

Al pasar frente a la catedral, los niños le siguen, gimoteando y pidiendo lastimeros hasta que pone algunos pesos en sus manos. Entonces sonríen y a continuación lanzan un alegre:

—¡Gracias! —en un inglés con perfecto acento de centro comercial americano.

Los mendigos de Manila no parecen tomarse su trabajo demasiado en serio, porque incluso ellos han sido infectados por el hongo cultural de la ironía y parece que siempre están reteniendo una sonrisa, como si no pudiesen creerse que estén haciendo algo tan trillado.

No comprenden que él está trabajando. No importa.

Randy siempre ha tenido ideas más rápido de lo que puede usarlas. Pasó los primeros treinta años de su vida dejándose llevar por cualquier idea que le resultase atractiva en ese momento, descartándola en cuanto aparecía otra mejor.

Ahora vuelve a trabajar para una compañía, y siente la responsabilidad de usar su tiempo de forma productiva. Las buenas ideas le vienen tan rápido como siempre, pero debe mantener la vista fija en la pelota. Si la idea no es pertinente para Epiphyte, debe apuntarla y olvidarse de ella de momento. Si es pertinente, debe resistirse a la idea de sumergirse en ella y pensar: «¿Se le habrá ocurrido esa idea a alguien antes?, ¿es posible simplemente comprar la tecnología?, ¿puede delegar el trabajo a un programador contratado en Estados Unidos?»

Camina despacio, en parte porque en caso contrario sufriría una insolación y caería muerto en el arroyo. Peor aún, podría caerse por una abertura a un torrente de basura, o rozar los cables eléctricos de los ocupas, que cuelgan sobre su cabeza como áspides pacientes. Los peligros constantes de electrocución total por arriba y de ahogarse en mierda líquida por abajo le obligan a mirar continuamente de arriba abajo además de un lado a otro. Randy nunca se ha sentido más atrapado entre un cielo caprichoso y peligroso y un submundo infernal. El país está tan macerado en religión como la India, pero aquí es catolicismo.

En el extremo norte de Intramuros hay un pequeño distrito comercial. Está encajado entre la catedral de Manila y el Fuerte Santiago, que los españoles construyeron para controlar la desembocadura del río Pasig. Está claro que es un distrito comercial porque hay servicio telefónico. Como en otras Economías Asiáticas en Rápida Expansión, no es fácil decidir si se

trata de un cableado pirata o de una instalación oficial increíblemente mal realizada. Son el ejemplo perfecto de por qué el diseño incremental es malo. En algunos sitios el conjunto de cables es tan grueso que Randy probablemente no podría abarcarlos con ambos brazos. El peso y la tensión han empezado a tirar de los postes, especialmente en las curvas de las calles, donde los cables dan la vuelta a las esquinas y ejercen una fuerza neta lateral sobre el poste.

Todos los edificios han sido construidos de la forma más barata posible: cemento vertido en moldes de madera sobre rejillas formadas por barras de metal atadas a mano. Son mazacotes, grises y por completo indistinguibles unos de otros. Un par de edificios más altos, veinte o treinta pisos, se alzan sobre el distrito desde una intersección cercana, con el viento y los pájaros circulando por entre las ventanas rotas. Fueron gravemente dañados en un terremoto durante los años ochenta y todavía no los han arreglado.

Pasa junto a un restaurante con una rechoncha fortaleza de cemento enfrente, con las salidas recubiertas de rejas de acero ennegrecido y las tuberías oxidadas, que sirven de ventilación al generador diesel oculto en su interior, sobresaliendo de la parte superior.

En el exterior han pintado un orgulloso NADA DE APAGONES PARCIALES. Detrás hay un edificio de oficinas posterior a la guerra, de cuatro pisos de altura, con un fajo especialmente grueso de cables telefónicos surgiendo de él. La parte baja de la fachada tiene atornillado el logo de un banco. Hay un aparcamiento enfrente. Las dos plazas que quedan frente a la entrada principal están bloqueadas por carteles pintados a mano: RESERVADO PARA VEHÍCULO BLINDADO Y RESERVADO PARA EL DIRECTOR DEL BANCO. Un par de guardas están apostados frente a la entrada sujetando los mangos de madera de rifles antidisturbios, armas con aspecto de armatoste y la apariencia caricaturesca de accesorios de figuras de acción. Uno de los guardas se encuentra detrás de una plataforma blindada que ostenta un cartel: POR FAVOR ENTREGUE LAS PISTOLAS/ARMAS AL GUARDA

Randy intercambia un saludo con el guarda y entra en el vestíbulo del edificio, donde hace tanto calor como fuera. Rodea el banco e ignora el poco fiable ascensor, atraviesa una puerta de acero que le conduce hasta una escalera estrecha. Hoy está a oscuras. El sistema eléctrico del edificio es un conjunto de remiendos: varios sistemas diferentes que coexisten en el

mismo espacio, controlados por paneles diferentes, algunos con generador y otros sin él. Por tanto, los apagones se inician y concluyen en fases. En algún punto de lo alto de la escalera se oye el canto de los pájaros, que compite con las alarmas de coches que se disparan en el exterior.

Epiphyte Corp. tiene alquilado el piso más alto del edificio, aunque por el momento él es la única persona que trabaja allí. Gracias a Dios; el aire acondicionado sí ha estado funcionando. El dinero que pagaron por su propio generador ha valido la pena. Desactiva el sistema de alarma, va a la nevera y saca dos botellas de agua de un litro. Su regla de oro, después de caminar, es beber agua hasta que empieza a orinar de nuevo. Sólo después de eso puede pensar en otras actividades.

Ha sudado demasiado para sentarse. Debe seguir moviéndose para que el aire frío y seco fluya alrededor de su cuerpo. Se sacude el sudor de la barba mientras realiza una órbita por el suelo, mirando por la ventanas y comprobando las líneas de visión. Se saca una espantosa cartera de nylon del bolsillo y la deja colgar del cinturón para que la piel que había debajo se seque. Contiene su pasaporte, una tarjeta de crédito sin usar, diez billetes de cien dólares nuevos y un disco con la clave de cifrado de 4096 bits.

Al norte puede examinar las zonas verdes y murallas del Fuerte Santiago, donde se afana una falange de turistas nipones, preservando su diversión con precisión forense. Al otro lado del río está Quiapo, una zona urbanizada: altos edificios de apartamentos y oficinas con nombres corporativos grabados en los pisos más altos y con antenas de satélite en los tejados.

Todavía reacio a quedarse quieto, Randy pasea por la oficina en el sentido de las agujas del reloj. Intramuros está rodeado de un anillo de verde, su antiguo foso. Él mismo acaba de atravesar su borde oeste. El este está tachonado de imponentes edificios neoclásicos que albergan a varios ministerios gubernamentales. El edificio de Correos y Telecomunicaciones se encuentra en la orilla del Pasig, en un vértice del río del que irradian hacia Quiapo tres puentes muy próximos entre sí. Más allá de las inmensas estructuras recientes situadas sobre el río, Quiapo y el vecindario cercano de San Miguel son un conjunto de gigantescos establecimientos: una estación de tren, una vieja prisión, muchas universidades y Malacanang Palace, que está subiendo río arriba por el Pasig.

De vuelta a este lado del río. Intramuros está al frente (iglesias y catedrales rodeadas de tierra dormida), instituciones gubernamentales y

edificios universitarios más o menos en el centro, y, más allá, una extensión aparentemente infinita de una ciudad de edificios bajos y mucho humo. A varios kilómetros al sur se encuentra la reluciente ciudad de negocios de Makati, construida alrededor de un cuadrado en el que se cruzan dos enormes carreteras en ángulo agudo, un eco de la intersección de pistas de aterrizaje del AÍNA un poco más al sur. A partir de Makati se extiende una ciudad esmeralda de grandes casas situadas sobre grandes jardines: allí viven los embajadores y los presidentes de las corporaciones. Siguiendo con el paseo en el sentido de las agujas del reloj puede recorrer el Boulevard Roxas, subiendo hacia él desde el rompeolas, definido por una línea de altas palmeras. La bahía de Manila está abarrotada de barcos pesados, grandes buques de carga que llenan el agua como troncos en una explotación forestal. El puerto de contenedores está debajo de él hacia el oeste: una malla de almacenes sobre terreno expropiado que es tan plana, y tan natural, como una lámina de tablero aglomerado.

Al mirar más allá de las grúas y los contenedores, en dirección oeste sobre la bahía, apenas puede distinguir la silueta montañosa de la península de Batan, a unos 65 kilómetros de distancia. Siguiendo esa silueta negra hacia el sur —siguiendo la ruta tomada por los nipones en 1942— casi puede distinguir un bulto en el extremo sur. Debe ser la ísla de Corregidor. Es la primera vez que consigue verla; hoy la atmósfera está desacostumbradamente limpia.

Un fragmento trivial de historia flota hasta la superficie de su cerebro fundido. El galeón de Acapulco. La señal de fuego en Corregidor.

Marca el número GSM de Avi. Avi, en algún lugar del mundo, contesta. Por lo que se oye, parece que está en un taxi, en uno de esos países en los que dar bocinazos todavía es un derecho inalienable.

—¿Qué tienes en mente, Randy?

—Líneas de visión-dice Randy.

—¡Caramba! —espeta Avi, como si una pelota de goma le hubiese golpeado en el estómago—. Te has dado cuenta.

OceanofPDF.com

Guadalcanal

Los cuerpos de los marine raiders ya no están presurizados, no logran contener la sangre y el aliento. El peso del equipo los aplasta contra la arena. Las olas ya han comenzado a cubrirlos de limo; rastros cometarios de sangre se pierden en el océano, alfombras rojas para cualquier tiburón que pueda estar vigilando la costa. Sólo uno de ellos es un lagarto gigante, pero todos tienen la misma forma general: gruesos en el medio y delgados al extremo, efecto de vivir en el mar.

Un pequeño convoy de barcos nipos está cruzando su horizonte, remolcando barcazas cargadas con suministros metidos en bidones de acero. Shaftoe y su pelotón deberían estar lanzándoles mortero ahora mismo. Cuando aparezcan los aviones americanos y empiecen a darles caña, los nipos tiraran los bidones por la borda y saldrán corriendo, con la esperanza de que algunos de ellos lleguen arrastrados por las olas hasta Guadalcanal.

La guerra ha terminado para Bobby Shaftoe, y no es que sea la primera o última vez. Se mueve con dificultad por entre el pelotón. Las olas le golpean en las rodillas para extenderse a continuación en alfombras mágicas de espuma y sustancias vegetales que se mueven sobre la superficie, por lo que parece que sus huellas se desplazan cuando él camina. Se gira continuamente sin razón y se cae de culo.

Al fin llega al cadáver del auxiliar sanitario y le despoja de todo lo que lleve pintado una cruz roja. Da la espalda al convoy nipo y levanta la mirada hacia la empinada pendiente que cae sobre la costa. Igual podría ser el monte Everest visto desde un campamento base. Shaftoe decide afrontar

el desafio con sus manos y rodillas. De vez en cuando, una ola grande le golpea en el culo, se escurre orgiásticamente entre sus piernas y le baña la cara. Le sienta bien y le impide caer hacia delante y quedarse dormido por debajo de la línea de la marea alta.

El siguiente par de días consiste en un puñado de fotografías sucias y desvaídas en blanco y negro, barajadas y repartidas una y otra vez: la playa bajo el agua, la posición de los cadáveres marcada por olas estacionarias. La playa vacía. La playa sumergida de nuevo. La playa salpicada de montones oscuros, como una rebanada del pan de pasas de la abuela Shaftoe. Una cápsula de morfina medio hundida en la arena. Personas menudas y oscuras, en su mayoría desnudas, moviéndose por la playa durante la marea baja y saqueando los cadáveres.

¡Eh, un segundo! Por alguna razón Shaftoe vuelve a estar de pie, agarrado a su Springfield. La jungla no quiere dejarle marchar; en el tiempo que llevaba allí tendido han empezado a crecerle enredaderas sobre los brazos y piernas. Cuando sale, arrastrando follaje a su paso como una carroza en un desfile, el sol se derrama sobre su cuerpo como el sirope caliente sobre un helado. Puede ver que la tierra viene hacia él. Da una vuelta al caer —apreciando momentáneamente a un hombre grande con un rifle— y luego tiene la cara hundida en la arena fría. Las olas rugen en el interior de su cráneo: una agradable ovación en pie por parte de un público de ángeles que, habiendo muerto todos ellos, saben reconocer una buena muerte cuando la ven.

Manos pequeñas le dan la vuelta. Tiene uno de los ojos cerrado por la arena. Mirando por el otro ve un tipo grande con un rifle colgado al hombro. El tipo lleva una buena barba de color rojizo, lo que hace un poco menos probable que se trate de un soldado nipón. Pero ¿qué es?

Le da golpecitos como un médico y reza como un cura; incluso en latín. Pelo plateado ensortijándose junto a un cráneo bronceado. Shaftoe busca alguna insignia en las ropas del tipo. Espera ver *unSemper Fidelis* pero en su lugar lee: *Societas Eruditorum* e *Ignoti et quasi occulti.*

—*Ignoti et.*… ¿qué coño significa eso? —pregunta.

—Oculto y desconocido… más o menos —dice el hombre. Habla con un acento extraño, como australiano o alemán. El a su vez examina la insignia de Shaftoe—. ¿Qué es un marine raider? ¿Un equipo nuevo?

—Como un marine, pero más —dice Shaftoe. Lo que puede sonar a bravuconada. Y en realidad, lo es a medias. Pero el comentario está tan cubierto de ironía como su uniforme de arena, porque en ese momento en particular de la historia un marine no es sólo un hijo de puta peligroso. Es un HIJO DE PUTA peligroso atrapado en medio de ninguna parte (Guadalcanal), sin comida ni armas (cosa debida, como te dirá cualquier marine, a una siniestra conspiración entre el general Mac-Arthur y los nipos) inventando a cada paso, improvisando armas con los objetos que encuentra, confundido, la mitad del tiempo, por las enfermedades y los medicamentos que le han dado para mantener a raya a las enfermedades. Y en cada uno de esos sentidos, un marine raider es (como dice Shaftoe) como un marine, pero más.

—¿Es usted una especie de comando o algo así? —pregunta Shaftoe, interrumpiendo el farfulleo de Rojo.

—No. Vivo en la montaña.

—Oh, ¿sí? ¿Qué haces allá arriba, Rojo?

—Observo. Y hablo por la radio, en código —y vuelve a farfullar.

—¿Con quién hablas, Rojo?

—¿Te refieres a ahora, en latín, o en código por la radio?

—Ambos, supongo.

—En código por la radio hablo con los buenos.

—¿Quiénes son los buenos?

—Es una larga historia. Si sobrevives, quizá te los presente —contesta Rojo.

—¿Y ahora mismo en latín?

—Hablo con Dios —dice Rojo—. Extremaunción, en caso de que no sobrevivas.

Eso le hace pensar en los otros. Recuerda por qué tomó la alocada decisión de ponerse en pie.

—¡Eh! ¡Eh! —intenta sentarse, y como descubre que es imposible, se da la vuelta—. ¡Esos cabrones están saqueando los cuerpos!

No consigue enfocar la mirada y debe limpiarse la arena de uno de los ojos.

En realidad, enfoca perfectamente. Lo que parecen bidones de acero salpicados por la playa resultan ser… bidones de acero salpicados por la

playa. Los nativos los sacan de la arena, usando las manos para cavar como los perros, haciéndolos rodar sobre la arena hasta la jungla.

Shaftoe se desmaya.

Cuando despierta hay una hilera de cruces en la playa… palos unidos con lianas, cubiertos con flores salvajes. Rojo las clava con la culata del rifle. La mayoría de los bidones de acero, y la mayoría de los nativos, han desaparecido. Shaftoe necesita morfina. Se lo dice a Rojo.

—Si crees que la necesitas ahora —dice Rojo—, espera. —Le lanza el rifle a un nativo, se acerca a Shaftoe y lo carga sobre el hombro. Shaftoe lanza un grito. Un par de Zeros les sobrevuelan mientras ellos penetran en la selva—. Mi nombre es Enoch Root —dice Rojo—, pero puedes llamarme Hermano.

OceanofPDF.com

Galeón

Una mañana, Randy Waterhouse se levanta temprano, se da una larga ducha caliente, se planta frente al espejo de la *suite, y* se afeita la cara dejándosela hecha un cristo. Estuvo considerando encomendarle el trabajo a un especialista: el barbero del hotel. Pero es la primera vez en diez años que su rostro estará visible, y quiere ser la primera persona que lo vea. Su corazón se acelera, en parte por el miedo primario a la navaja y en parte por pura expectación. Es como una escena de una de esas películas malas de antaño, cuando por fin retiran las vendas de la cara del paciente y le colocan un espejo delante.

La sensación, antes de nada, es de intenso *deja vu*, como si los últimos diez años de su vida no hubiesen sido más que un sueño, y ahora los hubiese recuperado para vivirlos de nuevo.

A continuación, comienza a apreciar los pequeños detalles en que ha cambiado su rostro desde la última vez que estuvo expuesto a la luz y el aire. Se sorprende ligeramente al descubrir que alguno de esos cambios no han sido del todo malos. Randy nunca se ha considerado especialmente atractivo, y tampoco le ha preocupado nunca. Pero el semblante salpicado de sangre del espejo es, sin duda, más atractivo que el que se hundió entre el pelo una década atrás. Parece el rostro de un adulto.

Ha pasado una semana desde que Avi y él decidieron todo el plan para los altos representantes de la APL: la Autoridad Postal y de Telecomunicaciones. APL es el nombre genérico que los empresarios de telecomunicaciones asignan, como si fuera un post-it, a cualquier departamento gubernamental que administre esos asuntos en el país en el

que estén de visita esa semana. De hecho, en Filipinas se llama de otra forma.

Los americanos llevaron, o al menos acompañaron, a Filipinas al siglo XX y erigieron el aparato de su gobierno central. Intramuros, el corazón muerto de Manila, está rodeado por un anillo inconexo de enormes edificios neoclásicos, muy al estilo del Distrito de Columbia. que dan cabida a diferentes partes del aparato de gobierno. La APL tiene su central en uno de esos edificios, justo al sur del Pasig.

Randy y Avi llegan pronto, porque Randy, acostumbrado al tráfico de Manila, insiste en que reserven una hora para cubrir el trayecto en taxi de unos tres kilómetros que les separa desde el hotel. Pero el tráfico se muestra perversamente ligero y acaban con veinte minutos extra. Pasean por un lateral del edificio y llegan al dique verde. Avi mira directamente al edificio de Epiphyte Corp., simplemente para asegurarse de que la línea de visión está libre. Randy ya lo ha comprobado a su satisfacción, y se limita a quedarse de pie con los brazos cruzados, mirando el río. Está lleno, de orilla a orilla, de basura flotante: algo de materia vegetal, pero en su mayoría viejos colchones, cojines, piezas de plástico, pedazos de espuma, y, sobre todo, bolsas de plástico de diversos colores brillantes. El río tiene la consistencia del vómito.

Avi arruga la nariz.

—¿Qué es eso?

Randy olisquea el aire y huele, entre otras cosas, a plástico quemado. Hace un gesto corriente abajo.

—Campamentos de ocupas al otro lado del Fuerte Santiago —explica —. Toman el plástico del río y lo queman como combustible.

—Hace un par de semanas estuve en México —dice Avi—. ¡Tienen bosques de plástico!

—¿Qué significa eso?

—Fuera de la ciudad, en dirección al viento, los árboles cogen del aire las bolsas de plástico y quedan totalmente cubiertos. Se mueren porque la luz y el aire no pueden llegar a las hojas. Pero siguen en pie, totalmente envueltos en bolsas de plástico, de diferentes colores, rotas, que se agitan.

Randy se quita la chaqueta, se sube las mangas; Avi no parece percibir el calor.

—Así que eso es el Fuerte Santiago —dice Avi, empezando a caminar en esa dirección.

—¿Has oído hablar de él? —pregunta Randy, siguiéndole mientras lanza un suspiro. El aire está tan caliente que cuando sale de los pulmones se ha enfriado varios grados.

—Se lo menciona en el vídeo —dice Avi mientras levanta una cinta de vídeo y la agita.

—Oh, sí.

No tardan en encontrarse frente a la entrada del fuerte, que está flanqueada por las esculturas de un par de guardias realizadas con la espumosa roca volcánica: españoles blandiendo alabardas con pantalones anchos y cascos de conquistadores. Llevan allí de pie casi medio milenio y un centenar de miles de tormentas tropicales han caído sobre sus cuerpos suavizándolos.

Avi se encuentra en un horizonte temporal mucho más corto: sólo tiene ojos para los agujeros de bala que han desfigurado los rostros de los soldados más que el agua y el tiempo. Les pone la mano encima, como un Tomás escéptico. Luego se echa atrás y empieza a farfullar en hebreo. Dos turistas alemanes, con colas de caballo y sandalias rústicas, cruzan la puerta.

—Nos quedan cinco minutos —dice Randy.

—Vale, volveremos más tarde.

Charlene no estaba del todo equivocada. La sangre sale de pequeños, invisibles e indoloros cortes en la cara de Randy, y sigue así durante diez o quince minutos después de que se haya afeitado. Momentos antes, esa sangre se veía acelerada por los ventrículos, o fluía por las partes de su cerebro que lo convierten en un ente consciente. Ahora, esa misma materia está expuesta al aire; puede alzar la mano y limpiársela. La separación entre Randy y el ambiente ha sido aniquilada.

Coge un tubo de una potente crema solar resistente al agua y se cubre la cara, cuello y la pequeña zona en lo alto de la cabeza donde empieza a perder el pelo. Se pone los pantalones caqui, los náuticos, una camisa de algodón suelta y una riñonera que contiene el receptor GPS y un par de otros elementos esenciales como un poco de papel higiénico y una cámara desechable. Deja la llave en recepción, y los empleados reaccionan con sorpresa y le sonríen. Los botones parecen especialmente encantados por su

cambio. O quizá sea que por primera vez lleva zapatos de piel: náuticos, que siempre ha considerado como elemento distintivo del pijo total, pero que hoy son un elemento más que razonable de su vestuario. Los botones se preparan para abrirle la puerta principal, pero Randy cruza el vestíbulo hacia la salida trasera del hotel, esquiva la piscina y atraviesa una hilera de palmeras hasta llegar i una baranda de piedra en la parte alta del rompeolas. Debajo de él se encuentra el muelle del hotel, que sobresale hacia una pequeña cala que i su vez se abre hacia la bahía de Manila.

Su transporte todavía no está, así que se queda en la baranda durante un minuto. Un lado de la cala es accesible desde el Parque Rizal, algunos ocupas filipinos de mal aspecto están ganduleando en los bancos y le miran fijamente. En el rompeolas hay un hombre de mediana:dad, vestido sólo con unos pantalones cortos, mirando con intensidad felina el agua. Un helicóptero negro ejecuta giros lentos y ladéalos sobre un cielo de color blanco azúcar. Es un Huey de la era del "Vietnam, un helicóptero que además produce un silbido reptiliano y feroz al desplazarse en el aire.

Un barco se materializa entre el vapor que se eleva en la bahía. Detiene los motores y se acerca a la cala, provocando una ola frente a él, como una arruga en una alfombra gruesa. Una mujer alta y esbelta va en la proa, como un mascaron vivo, sosteniendo un pesado rollo de cuerda.

Las grandes antenas parabólicas del tejado del edificio de la APT apuntan casi directamente hacia arriba, como bebederos para pájaros, debido a que Manila está muy próxima al ecuador. En las paredes de piedra se está soltando la masilla de los agujeros de balas y metralla rellenados tras la guerra. Los acondicionadores de aire de las ventanas, centrados en los arcos romanos del edificio, gotean agua sobre las balaustradas de piedra caliza que hay debajo, disolviéndolas lentamente. La piedra caliza está ennegrecida por una especie de limo orgánico, y está marcada por las raíces de las minúsculas plantas que han construido su hogar allí; probablemente han crecido a partir de las semillas de la mierda de los pájaros que se reúnen allí para bañarse y beber, ocupas del reino aéreo.

Una docena de personas, mitad peces gordos sentados a la mesa y mitad lacayos de pared, esperan en una sala de conferencias con artesonado. Al entrar Randy y Avi se produce una ráfaga de apretones de mano y lluvia de tarjetas, aunque la mayor parte de los nombres pasan por la memoria a corto plazo de Randy como un caza supersónico que atravesase las tristes defensas aéreas de un país del Tercer Mundo. Sólo le quedan un

montón de tarjetas de visita. Las maneja en su zona de la mesa como un vejete senil jugando al Klondike sobre una bandeja de metal. Avi, evidentemente, ya conoce a todas esas personas; parece que está autorizado a llamarles por el nombre de pila, se sabe las edades y nombres de sus hijos, sus hobbies, sus grupos sanguíneos, enfermedades crónicas, los libros que están leyendo, a qué fiestas han asistido. Todos ellos parecen encantados por esos conocimientos, y todos ellos, gracias a Dios, ignoran a Randy por completo.

De la media docena de personas importantes de la sala, tres de ellos son filipinos de mediana edad. Uno es el funcionario más importante de la APT. El segundo es el presidente de una compañía de telecomunicaciones emergente llamada FiliTel, que intenta competir contra el monopolio tradicional. El tercero es el vicepresidente de una compañía llamada 24 Jam que posee la mitad de los supermercados de Filipinas, así como bastantes de Malasia. Randy tiene problemas para distinguir entre esos hombres, pero les observa conversar con Avi, y aplicando lógica inductiva pronto es capaz de relacionar la tarjeta de visita con el rostro correspondiente.

Los otros tres son fáciles: dos americanos y un nipón, y uno de los americanos es mujer. La mujer viste zapatillas color lavanda a juego con un pequeño traje con falda, y coordinado con las uñas. Tiene aspecto de haber salido directamente del plato de uno de esos anuncios de uñas falsas y permanentes caseras. La tarjeta la identifica como Mary Ann Carson, y afirma ser la vicepresidenta de AVCLA, Asia Ventare Capital Los Angeles, que Randy vagamente recuerda como una firma de Los Angeles que invierte en Economías Asiáticas en Rápida Expansión. El hombre americano es rubio, y tiene cierto aspecto duro y cuasi militar. Parece alerta, disciplinado, impasible, rasgos que los amigos de Charlene interpretarían como hostilidad producto de la represión de un profundo desorden mental. Representa al Subic Bay Free Port. El hombre nipón es el vicepresidente ejecutivo de una compañía de electrónica de consumo ridículamente colosal. Mide como metro ochenta. Tiene un cuerpo pequeño y una cabeza grande con forma de pera vuelta del revés, pelo fuerte de color gris en las sienes y gafas de alambre. Sonríe con frecuencia, y proyecta la serena confianza de un hombre que ha memorizado una enciclopedia de dos mil páginas sobre etiqueta empresarial.

Avi no pierde tiempo en poner la cinta, que en estos momentos representa un setenta y cinco por ciento de los activos de Epiphyte Corp.

Ha hecho que la produzca una nueva empresa multimedia muy buena, y el contrato de producción representa el cien por cien de los ingresos de esa empresa durante este año.

«Los pasteles se deshacen cuando los trozos son demasiado pequeños», le gusta decir a Avi.

Comienza con una secuencia —hurtada de un telefilme ya olvidado— de un galeón español atravesando un mar picado. El título superpuesto dice: MAR DE CHINA MERIDIONAL, 1699. La banda sonora ha sido manipulada y convertida a *dolby* a partir de la versión mono. Es bastante impresionante.

(—La mitad de los inversores de AVCLA tienen yate —le había explicado Avi.)

Cambio a un plano (producido por la compañía multimedia, y editado sin que se notase) de un vigía andrajoso, agotado, metido en su cofa, mirando a través de un catalejo de latón, aullando:

—¡Tierra a la vista!

Cambio a un plano del capitán español, un personaje duro y barbudo, emergiendo de su camarote para contemplar con mirada especulativa y keatsiana el horizonte.

—¡Corregidor! —exclama.

Cambio a una torre de piedra en lo alto de una isla tropical, desde la que un vigía observa al galeón en el horizonte (insertado digital-mente). El vigía se pone las manos alrededor de la boca y aulla, en español:

—¡Es el galeón! ¡Encended el fuego!

(—La familia del tipo que dirige la APT está muy interesada en la historia local —dijo Avi—, dirigen el Museo de Filipinas.)

Con fuertes vítores, los españoles (en realidad, actores méxico-americanos) con cascos de conquistadores plantan fuego a una inmensa pila de madera seca que evoluciona hacia una pirámide de llamas tan potentes como para asar a un buey en un segundo.

Corte a las almenas del Fuerte Santiago (el fondo: poliuretano esculpido: al frente: un paisaje generado digitalmente), donde otro conquistador observa una luz que llamea en el horizonte:

—¡Mira! ¡El galeón! —grita.

Sigue una serie de planos de gente de Manila corriendo hacia el rompeolas para adorar la señal, incluyendo a un monje agustino que une las

manos sobre el rosario y se lanza allí mismo a una letanía en latín (—La familia que controla FiliTel dotó una capilla en la catedral de Manila.), así como una familia de mercaderes chinos descargando fardos de seda de un junco (—24 Jam, la cadena de tiendas, está dirigida por mestizos chinos).

Se inicia una narración, una voz profunda y sincera, en inglés con acento filipino (—El actor es hermano del padrino del nieto del hombre que dirige la APT). Al pie de la pantalla aparecen los subtítulos en tagalo (—La gente de la APT está muy comprometida con la lengua nativa).

—Durante el apogeo del Imperio Español, el acontecimiento más importante del año era la llegada del galeón de Acapulco, cargado de plata procedente de las ricas minas de América; plata para comprar sedas y especias de Asia, plata que convertía a Filipinas en la fuente económica de Asia. La aproximación del galeón venía precedida por una señal luminosa en la isla de Corregidor, en la entrada de la bahía de Manila.

Cambio (¡al fin!) desde las caras relucientes de avaricia de las gentes de Filipinas a una reproducción gráfica en 3—D de la bahía de Manila, la península de Batan y las pequeñas islas en la punta de Batan, incluyendo Corregidor. El punto de vista desciende y se acerca a Corregidor, donde arde un fuego falso y no muy bien recreado. Un rayo de luz amarillo, como un disparo *defáser* en *Star Trek*, atraviesa la bahía. El punto de vista lo sigue. Choca contra los muros del Fuerte Santiago.

—La señal de fuego era una tecnología antigua y simple. Con el lenguaje de la ciencia moderna, su luz era una forma de «radiación electromagnética», propagándose en línea recta sobre la bahía de Manila, portando un único bit de información. Pero, en una época hambrienta de información, ese único bit lo era todo para la gente de Manila.

Entra música funky. Cambio a plano de la Manila moderna. Centros comerciales y hoteles de lujo en Makati. Fábricas de electrónica, escolares sentados frente a pantallas de ordenador. Antenas parabólicas. Barcos descargando en el inmenso puerto libre de la bahía de Su-bic. Muchas, muchas sonrisas, y gestos con el pulgar.

—Filipinas hoy es una dínamo económica en desarrollo. A medida que crece su economía, también crece su sed de información… no bits individuales, sino cientos de miles de millones. Pero la tecnología para transmitir esa información no ha cambiado tanto como podría suponerse.

De vuelta a la imagen en 3—D de la bahía de Manila. Pero en esta ocasión, en lugar de una hoguera en Corregidor, hay una antena de microondas en una torre situada en el punto alto de la isla, disparando ondas sinusoidales azul eléctrico a toda la extensión del área metropolitana de Manila.

—La radiación electromagnética, en este caso microondas, que se propaga en línea recta, puede transmitir vastas cantidades de información con rapidez. La tecnología moderna de la criptografía permite que esa señal sea segura frente a posibles fisgones.

De vuelta al plano del galeón y el vigía.

—En los viejos días, la posición de Corregidor a la entrada de la bahía de Manila la convertía en un lugar de vigilancia natural; un lugar en el que podía reunirse información sobre los barcos que se acercaban.

Cambio al plano de una barcaza en algún sitio, arrojando al mar un grueso conjunto de cables, submarinistas trabajando con ristras de balizas color naranja.

—Hoy, la situación geográfica de Corregidor la convierte en el lugar ideal para cables de fibra óptica a gran profundidad. La información que viene por esos cables, desde Taiwán, Hong Kong, Malasia, Nipón y Estados Unidos, puede transmitirse directamente al corazón de Manila. ¡A la velocidad de la luz!

Más gráficos 3—D. En esta ocasión, una representación detallada del perfil urbano de Manila. Randy se lo sabe de memoria, porque ha reunido los datos para aquella maldita presentación recorriendo la ciudad con el maldito receptor GPS. El rayo de bits de Corregidor viene directamente de la bahía y da en la diana de la antena en lo alto de un edificio de cuatro pisos sin especificar, entre el Fuerte Santiago y la catedral de Manila. Es el edificio de Epiphyte Corp. A continuación, otras antenas retransmiten la información al edificio de la APT y otros lugares cercanos: rascacielos en Makati, edificios de oficinas del gobierno en Ciudad Quezón y una base de las fuerzas aéreas al sur de la ciudad.

El personal del hotel tiende una pasarela enmoquetada entre el rompeolas y el bote. Mientras Randy la recorre, la mujer le ofrece la mano. El la toma y la agita.

—Randy Waterhouse —dice.

Ella tira de su mano y lo sube a bordo; no tanto como recibimiento sino para impedir que se caiga por la borda.

—Hola, Amy Shaftoe —dice—. Bienvenido al *Glory.*

—¿Perdóneme?

—*Glory.* El nombre de este bote es *Glory* —dice. Habla con franqueza y claridad, como si se comunicase por radio con mucho ruido—. En realidad, se llama *Glory IV*—añade. Su acento es más o menos del Medio Oeste, con cierto deje sureño, y también algo de filipino. Si la viese por la calle en alguna ciudad del Medio Oeste es posible que ni siquiera apreciase alrededor de sus ojos los rastros de antepasados asiáticos. Tiene el cabello castaño, con mechas rubias, lo suficientemente largo para formar una cola de caballo, no más.

—Perdóneme un segundo —dice, mete la cabeza en la cabina del piloto y habla en una mezcla de tagalo e inglés. El piloto asiente, mira a su alrededor y comienza a manipular los controles. El personal del hotel retira la pasarela—. ¡Oigan! —dice Amy con calma, y les lanza a cada uno un paquete de Marlboro.

Ellos los cogen en el aire, sonríen y le dan las gracias. *Gíory IV* empieza a alejarse del muelle.

Amy pasa los siguientes minutos recorriendo la cubierta, repasando una lista mental de cosas que hacer. Randy cuenta cuatro hombres además de Amy y el piloto: dos caucásicos y dos filipinos. Todos ellos trastean con motores y equipos de inmersión en lo que Randy, a través de muchas barreras culturales y tecnológicas, reconoce como análogo a la depuración informática. Amy pasa junto a Randy en un par de ocasiones, pero evita mirarle a los ojos. No es por timidez. Su lenguaje corporal es más que elocuente: «Soy consciente de que los hombres tienen el hábito de mirar a toda mujer que esté cerca, con la esperanza de obtener placer en el disfrute de su belleza física, su pelo, maquillaje, fragancia y ropa. Lo ignoraré, con amabilidad y paciencia, hasta que lo superes.» Amy es una muchacha de largas piernas vestida con unos vaqueros manchados de pintura, una camiseta sin mangas y sandalias de alta tecnología, y se mueve con facilidad por el bote. Finalmente se acerca a él, mirándole a los ojos durante un segundo, para apartar luego la vista como si estuviese aburrida.

—Gracias por llevarme —dice Randy.

—No es nada —dice ella.

—Me siento avergonzado por no haber dado propina a los chicos del muelle. tpPuedo reembolsárselo a usted?

—Puede reembolsarme con información —dice ella sin vacilar. Amy levanta una mano para frotarse la nuca. Su codo se alza en el aire. Randy puede ver el vello de su axila, como de un mes de largo, y luego percibe el borde de un tatuaje que sobresale bajo la camiseta—. Usted está en el negocio de la información, ¿no? —Lo mira a la cara, esperando que él ría, o al menos sonría. Pero Randy está demasiado preocupado para pillar la broma. Amy aparta la vista, ahora con un gesto sardónico y astuto en la cara: «No me comprendes, Randy, lo que es totalmente típico y me parece bien.» A Randy le recuerda a las lesbianas sensatas y trabajadoras que ha conocido, bolleras urbanas que tienen gatos y practican esquí nórdico.

Ella le conduce hasta un camarote con aire acondicionado, un montón de ventanas y una cafetera. El pandado es imitación de madera como un sótano suburbano, y exhibe documentos enmarcados en las paredes: documentos oficiales como licencias y registros, y grandes fotografías en blanco y negro de personas y barcos. Huele a café, jabón y grasa. Hay un equipo sostenido por cuerdas y una caja de zapatos con un par de docenas de compactos, en su mayoría álbumes de cantautoras americanas del tipo poco convencional, incomprendidas, extremadamente inteligentes pero intensamente emocionales, que se hacen ricas vendiendo música a consumidores que comprenden lo que es ser un incomprendido [5]. Amy sirve dos tazas de café y las coloca sobre la mesa, atornillada, del camarote. A continuación, mete la mano en los ajustados bolsillos de los vaqueros, saca una cartera de nylon a prueba de agua, extrae dos tarjetas de visita y las arroja al otro lado de la mesa, una tras otra, en dirección a Randy. Amy parece disfrutar; una sonrisita privada aparece en sus labios y se desvanece justo cuando Randy la ve. Las tarjetas muestran el logotipo de Semper Marine Services y el nombre America Shaftoe.

—¿Se llama America? —pregunta Randy.

Amy mira por la ventana, aburrida, temiendo que él vaya a emocionarse con eso.

—Sí —dice.

—¿Dónde creció?

Ella parece estar fascinada por lo que se ve tras el cristal: grandes buques de carga por toda la bahía de Manila hasta el mismo horizonte,

buques que llegan de Atenas, Shanghai, Vladivostok, Ciudad del Cabo, Monrovia. Randy infiere que contemplar grandes barcos oxidados es más interesante que hablar con él.

—Bien, ¿le importaría decirme de qué va todo esto? —pregunta Amy. Se vuelve, se lleva la taza a los labios y le mira directamente a los ojos.

Randy se encuentra algo perplejo. Viniendo de America Shaftoe la pregunta es básicamente impertinente. Su compañía, Semper Marine Services, es un contratista del nivel más bajo en la corporación virtual de Avi —sólo una de la docena de empresas de botes y submarinistas que podrían haber contratado—, así que es como si el taxista o el portero te estuviesen interrogando.

Pero ella es lista y extraña, y precisamente porque se esfuerza en no serlo, es encantadora.

Como una mujer interesante y compatriota americana, está exigiendo su contrapartida, exigiendo que se le reconozca un status superior. Randy intenta ir con cuidado.

—¿Hay algo que le preocupe? —pregunta él.

Amy aparta la vista. Teme haberle causado una impresión equivocada.

—Nada en particular —dice—. Simplemente soy curiosa. Me gusta oír historias. Los submarinistas siempre están reuniéndose para contar historias.

Randy bebe café. America sigue hablando:

—En este negocio, nunca sabes de dónde va a salir el próximo encargo. Algunas personas tienen motivos increíblemente extraños para hacer cosas bajo el agua, que a mí me gusta escuchar —termina—. ¡Es divertido! —Que claramente es el único motivo que le hace falta.

Randy considera todo lo anterior un montón de chorradas razonablemente profesional. Decide contarle sólo lo que se ha dicho a la prensa.

—Todos los filipinos están en Manila. Ahí es a donde debe ir la información. Resulta bastante incómodo llevar información hasta Manila, porque al fondo tiene montañas y por delante la bahía de Manila. La bahía es un lugar infernal para colocar cables submarinos.

Ella asiente. Evidentemente, ya lo sabía. Randy acelera.

—Corregidor es un lugar bastante bueno. Desde Corregidor puedes lanzar un rayo de microondas con la línea de visión libre hasta el centro de

Manila.

—Así que ustedes van a extender el festón costero del norte de Lu-zón desde la bahía de Subic hasta Corregidor —dice ella.

—Eh… dos cosas sobre lo que acaba de decir —dice Randy, y se detiene un momento para situar la respuesta en el *buffer* de salida—. Una, tiene que ser cuidadosa con los pronombres… ¿a qué se refiere con «ustedes»? Yo trabajo para Epiphyte Corporation, que desde su base está diseñada para actuar no por sí sola, sino como un elemento en una corporación virtual, como una especie…

—Sé qué es una epífita —dice ella—. ¿El número dos?

—Vale, bien —dice Randy, algo desconcertado—. Lo segundo es que la extensión del festón del norte de Luzón será la primera de lo que esperamos sean muchas conexiones. Con el tiempo queremos tender un montón de cables hasta Corregidor.

Alguna maquinaria en la cabeza de Amy se pone en marcha. El mensaje está muy claro. Habrá trabajo más que suficiente para Semper Marine, si desarrollan bien el primer encargo.

—En este caso, la entidad que se encargará del trabajo es una corporación conjunta que nos incluye a nosotros, FiliTel, 24 Jam y una gran compañía de electrónica nipona, entre otras.

—¿Qué tiene que ver 24 Jam con todo esto? Son una cadena de tiendas.

—Son el punto de venta, el sistema de distribución, para el producto de Epiphyte.

—¿Que sería…?

—Pinoy-gramas. —Randy consigue evitar el impulso de decirle que el nombre está registrado.

—¿Pinoy-gramas?

—Funciona así. Usted es una Trabajadora Contratada en el Extranjero. Antes de partir hacia Arabia Saudita, Singapur, Seattle o a donde sea, nos compra o alquila un pequeño dispositivo. Tiene más o menos el tamaño de un libro de bolsillo y contiene una pequeña cámara de vídeo, una pantalla diminuta y muchos chips de memoria. Los componentes vienen de todas partes: se envían al puerto franco de Subic y se ensamblan en una planta nipona. Así que cuestan casi nada. En cualquier caso, te llevas el dispositivo contigo al extranjero. Cuando te entran ganas de comunicarte

con tus familiares, lo enciendes, apuntas la cámara hacia ti y grabas un pequeño saludo en vídeo. Todo va a los chips de memoria. Se comprime mucho. Luego conectas el dispositivo a la línea telefónica y dejas que haga su magia.

—¿Qué magia? ¿Envía el vídeo por la línea telefónica?

—Exacto.

—¿No hace ya mucho tiempo que la gente manda vídeo por teléfono?

—En este caso, la diferencia está en el software. No intentamos enviar el vídeo en tiempo real; es demasiado caro. Almacenamos los datos en un servidor central, y luego nos aprovechamos de los parones, cuando el tráfico se reduce en los cables submarinos, y enviamos los datos por esos mismos cables cuando resulta barato hacerlo. Al final, los datos acaban en las instalaciones de Epiphyte en Intramuros. Desde allí empleamos tecnología inalámbrica para enviar los datos a las tiendas 24 Jam en toda el área metropolitana de Manila. La tienda no necesita más que una pequeña antena en el tejado, un decodificador y un vídeo normal tras el mostrador. El Pinoy-grama se graba en una cinta de vídeo normal. Luego, cuando mamá vaya a comprar huevos o papá vaya a comprar cigarrillos, el empleado dirá: «Eh, tienen un Pinoy-grama», y les entregará la cinta. Se la podrán llevar a casa y tener las últimas noticias de sus niños en el extranjero. Cuando terminen, llevarán la cinta de vuelta a 24 Jam para reutilizarla.

Como a medio camino de la explicación, Amy comprende el concepto básico, mira por la ventana y comienza a intentar sacarse fragmentos del desayuno de entre los dientes usando la punta de la lengua. Lo hace con la boca educadamente cerrada, pero parece ocupar sus pensamientos más que la explicación de los Pinoy-gramas.

Randy se ve atrapado por el inexplicable y alocado deseo de no aburrir a Amy. No es que tenga esperanzas con ella, porque ha calculado que las probabilidades de que sea lesbiana son de un cincuenta por ciento y sabe que es mejor no molestarse. Ella es tan sincera, tan candida, que él se siente como si pudiese confiárselo todo, como a un igual.

Esa es la razón por la que odia los negocios. Siempre quiere contárselo todo a todo el mundo. Siempre quiere hacerse amigo de la gente que conoce.

—Bien, déjeme adivinar —dice ella—, usted es el encargado del software.

—Sí-admite Randy, un poco a la defensiva—, pero el software es el único aspecto interesante de todo el proyecto. El resto no es más que fabricar matrículas.

Eso le llama un poco la atención.

—¿Fabricar matrículas?

—Es una expresión que usamos mi socio y yo —dice Randy—. En cualquier negocio hay una parte creativa que es preciso realizar, desarrollar nueva tecnología o lo que sea. Todo lo demás, el noventa y nueve por ciento, es llegar a acuerdos, recaudar capital, ir a reuniones, mercadotecnia y ventas. A esa parte la llamamos fabricar matrículas.

Ella asiente, mirando por la ventana. Randy está a punto de contarle que los Pinoy-gramas no son más que una forma de conseguir un flujo de capital para poder pasar a la fase dos del plan de negocio. Está seguro de que decírselo elevaría su posición por encima de la de aburrido programador. Pero Amy sopla con fuerza sobre el café, como si apagase una vela, y dice:

—Bien. Gracias. Creo que esto vale por los tres paquetes de cigarrillos.

OceanofPDF.com

Pesadilla

Bobby Shaftoe se ha convertido en todo un experto en pesadillas. Como un piloto de combate que salta de un avión en llamas, ha salido catapultado de una vieja pesadilla, para caer en una todavía mejor y totalmente nueva. Es escalofriante y tranquila; nada de lagartos gigantes.

Comienza con calor en su rostro. Si tienes combustible suficiente para mover un barco de cincuenta mil toneladas por el océano Pacífico a veinticinco nudos, lo metes todo en un tanque y, a continuación, los nipos pasan volando y lo incendian en unos segundos, mientras tú estás lo suficientemente cerca para ver las sonrisas de triunfo de los pilotos, entonces sí que consigues sentir el calor en el rostro.

Bobby Shaftoe abre los ojos, esperando que al hacerlo esté alzando el telón de otra absurda pesadilla, probablemente los momentos finales de *¡Bombarderos a las dos en punto!* (su favorita) o el sorpresivo arranque de *Masacrados por hombres amarillos XVII.*

Pero esta pesadilla no parece tener banda sonora. Todo está tan silencioso como en una emboscada. Está sentado en una cama de hospital rodeado de un pelotón de lámparas de carbono que hacen difícil distinguir ninguna otra cosa.

Shaftoe parpadea y enfoca un remolino de humo de cigarrillo que flota en el aire, como el combustible vertido en una cala tropical. La verdad es que huele bien.

Hay un joven sentado cerca de su cama. Todo lo que Shaftoe puede ver de él es un halo asimétrico donde las luces se reflejan en el acabado oleoso de su tupé. Y el punto rojo del cigarrillo. Y si presta más atención,

puede distinguir la silueta de un uniforme militar. No es un uniforme de marine. En sus hombros relucen barras de teniente, luz brillante entre puertas dobles.

—¿Le gustaría otro cigarrillo? —dice el teniente. Su voz es áspera, pero extrañamente amable.

Shaftoe baja la vista y ve en su mano el centímetro final de un Lucky Strike entre los dedos.

—Hágame una pregunta difícil —consigue decir. Su propia voz suena profunda y lenta, como un gramófono que va deteniéndose.

La colilla se sustituye por un nuevo cigarrillo. Shaftoe se lo lleva a los labios. Tiene un vendaje en el brazo, y bajo la tela puede sentir penosas heridas intentando causarle dolor. Pero algo bloquea las señales.

Ah, la morfina. No puede ser una pesadilla tan mala si es producto de la morfina, ¿no?

—¿Está listo? —dice la voz. Maldición, la voz le suena familiar.

—¡Señor, hágame una pregunta difícil, señor! —dice Shaftoe.

—Eso ya lo ha dicho.

—¡Señor, si le pregunta a un marine si quiere otro cigarrillo, o si está listo, la respuesta es siempre la misma, señor!

—Buen espíritu —dice la voz—. Denle a la película.

Se oyen chasquidos que vienen de la oscuridad que se encuentra más allá del firmamento de lámparas de carbono.

—Listo —responde una voz.

Algo grande desciende hacia Shaftoe. Se agacha sobre la cama, porque se parece exactamente a los huevos siniestros soltados en el aire por los bombarderos nipos. Pero se detiene y flota en el aire.

—Sonido —dice otra voz.

Shaftoe mira con mayor atención y ve que no es una bomba, sino un enorme micrófono en forma de bala al final de un brazo.

El teniente con el tupé se inclina, buscando instintivamente la luz, como un viajero en una fría noche de invierno.

Se trata de ese tipo de las películas. ¿Cuál es su nombre? ¡Oh, sí!

Ronald Reagan tiene sobre el regazo un montón de tarjetas de tres pulgadas por cinco. Coge una nueva:

—¿Qué consejo daría usted, como el americano más joven que ha obtenido la Cruz de la Marina y la Estrella de Plata, a los jóvenes marines que se dirigen a Guadalcanal?

Shaftoe no tiene que pensárselo demasiado. Los recuerdos siguen tan claros como la undécima pesadilla de la noche pasada: ¡diez valientes nipos en *Carga suicida!*

—Mata primero al que lleva la espada.

—Ah —dice Reagan, elevando las cejas bien perfiladas, y moviendo el tupé en dirección a Shaftoe—. Muy inteligente… a por ellos porque son los oficiales, ¿no?

—¡No, gilipollas! —aulló Shaftoe—. ¡Los matas porque tienen putas espadas! ¿Alguna vez ha visto a alguien corriendo en su dirección agitando una puta espada?

Reagan retrocede. Ahora está asustado, el sudor hace que se le corra el maquillaje, aunque por la ventana entra una ligera brisa fresca procedente de la bahía.

Reagan sólo desea dar media vuelta, volver a Hollywood y metérsela a alguna aspirante a estrella. Pero está atrapado aquí, en Oakland, entrevistando al héroe de guerra. Repasa el montón de tarjetas, rechazando como veinte de ellas. Shaftoe no tiene prisa, va a permanecer tendido en esa cama de hospital aproximadamente durante el resto de su vida. Incinera medio cigarrillo con una larga chupada, contiene el humo y expulsa un anillo.

Cuando luchaban de noche, los cañones de los barcos producían anillos de gas incandescente. No como rosquillas gruesas, sino delgados, que se retorcían como lazos. El cuerpo de Shaftoe está saturado de morfina. Los párpados le caen en avalancha sobre los ojos, calmando el ardor y la inflamación causados por las luces y el humo de los cigarrillos. Él y su pelotón corren desafiando la marea que se aproxima, intentando atravesar un cabo. Son marine raiders y han estado persiguiendo a una unidad nipo específica por todo Guadalcanal durante dos semanas, mermándolos. Mientras sigan por allí, se les ha ordenado llegar a cierto punto del cabo, desde donde deberían poder bombardear con los morteros al Expreso de Tokio que se aproxima. Es una táctica algo atolondrada e imprudente, pero no lo llaman Operación Cuatro Cuartos por nada; es una absurda improvisación desde el principio. Van retrasados porque ese pequeño grupo

de nipos se ha mostrado realmente tenaz, poniendo emboscadas tras cada tronco caído, disparándoles cada vez que se acercaban a una ensenada…

Algo pegajoso le golpea en la frente: es el maquillador que le da un repaso. Shaftoe se encuentra de vuelta en la pesadilla que a su vez contenía la pesadilla del lagarto.

—¿Le he hablado del lagarto? —dice Shaftoe.

—Varias veces —responde su interrogador—. No nos llevará más que un minuto. —Ronald Reagan sostiene entre el pulgar y el índice una nueva tarjeta de tres por cinco, con una pregunta algo menos emocional—. ¿Qué hacían usted y sus compañeros por las noches cuando terminaban de luchar?

—Apilar nipos muertos con un *bulldozer* —dice Shaftoe—, y prenderles fuego. Luego íbamos a la playa con una botella de aguardiente y veíamos cómo torpedeaban a nuestros barcos.

Reagan hace una mueca.

—¡Corten! —dice, con tranquilidad pero con voz de mando. El sonido de la cámara se apaga.

—¿Qué tal he estado? —dice Bobby Shaftoe mientras le quitan el maquillaje de la cara y guardan el equipo. Las luces de carbono se han apagado, y la luz clara del norte de California entra por la ventana. Toda la escena parece casi real, como si no fuese una pesadilla.

—Ha estado genial —dice el teniente Reagan, sin mirarle a los ojos—. Un buen estímulo para la moral —enciende un cigarrillo—. Ahora puede volver a dormir.

—¡Ja! —dice Shaftoe—. Hace rato que estoy dormido. ¿No?

Se siente mucho mejor cuando le dejan salir del hospital. Le dan un par de semanas de permiso, va derecho a la estación de Oakland y se mete en un tren con dirección a Chicago. Los otros pasajeros le reconocen por las fotos en los periódicos, le invitan a beber, posan con él para fotografías de recuerdo. Durante horas mira por la ventana, viendo pasar América, y ve que todo es hermoso y está limpio. Puede que haya lugares salvajes, puede que haya bosques profundos, puede que haya osos grizzly y pumas, pero todo está bien separado, y las reglas (no juegues con los oseznos, por la noche cuelga la comida de la rama de un árbol) son bien conocidas, y han sido publicadas en el manual de los boy scouts. En las islas del Pacífico

hay demasiadas cosas con vida, y todo se encuentra en el continuo proceso de comer y ser comido por otra cosa y, en cuanto pones el pie allí, estás metido en el mismo lío. El sólo hecho de estar sentado en un tren durante un par de días, con los pies metidos en calcetines limpios de algodón blanco, sin ser comido por otra cosa, ayuda mucho a aclararle la cabeza. Sólo en una ocasión, o quizás en dos o tres, siente realmente la necesidad de refugiarse en el trono e inyectarse morfina en el brazo.

Pero cuando cierra los ojos se encuentra en Guadalcanal, arrastrándose por esa última franja de tierra, corriendo frente a la marea. Las grandes olas están ya encima, atrapando a los hombres y golpeándolos contra las rocas.

Al final gira y ve la cala: no más que una muesca en la costa de Guadalcanal. Un centenar de metros de marisma frente a un acantilado. Tendrán que atravesar esa marisma y establecer una posición segura en la base del acantilado y si la marea no los arrastra…

Los Shaftoe son gente de las montañas de Tennessee; entre otras cosas, mineros. Cuando Nimrod Shaftoe se trasladó a Filipinas, un par de sus hermanos se fueron al oeste de Wisconsin para trabajar en las minas de plomo. Uno de ellos —el abuelo de Bobby— se convirtió en capataz. En ocasiones iba hasta Oconomowoc para visitar al dueño de la mina, que poseía una casa de verano en uno de los lagos. Salían en el bote y pescaban lucios. A menudo les acompañaban los vecinos —banqueros y dueños de fábricas de cerveza— del propietario. Así fue como los Shaftoe se trasladaron a Oconomowoc, y dejaron las minas para convertirse en guías de caza y pesca. La familia había sido muy escrupulosa en la conservación del ancestral acento sureño y algunas otras tradiciones, como el servicio militar. Una de sus hermanas y dos de sus hermanos siguen viviendo con mamá y papá, y sus dos hermanos mayores están en el ejército. Bobby no es el primero en recibir una Estrella de Plata, aunque sí es el primero en recibir una Cruz Naval.

Bobby da una charla a la tropa de *boy scouts* de Oconomowoc. Va en cabeza en el desfile de la ciudad. Aparte de eso, durante dos semanas apenas sale de casa. En ocasiones va al patio a jugar al «tú la llevas» con sus hermanos más jóvenes. Ayuda a papá a arreglar un muelle podrido. Chicos y chicas de cuando estaba en el instituto vienen continuamente a visitarle, y Bobby pronto descubre el truco que su padre, sus tíos y tíos abuelos ya conocían, que es no hablar jamás sobre los detalles concretos de lo sucedido. Nadie quiere saber cómo tuvo que sacarse de la pierna la mitad

de las muelas de un compañero usando la bayoneta. Ahora esos chicos le parecen idiotas y pesos ligeros. La única persona cuya presencia puede soportar es su bisabuelo Shaftoe, de noventa y cuatro años y tan agudo como una tachuela, que estaba en Petersburg cuando Burnside abrió un buen agujero en las líneas confederadas con explosivos enterrados y envió a sus hombres corriendo al cráter donde fueron masacrados. Evidentemente, nunca habla de esa experiencia, al igual que Bobby Shaftoe nunca habla de su lagarto.

Pronto se le acaba el tiempo, y luego tiene la gran despedida en la estación de tren de Milwaukee, abraza a mamá, abraza a sus hermanas, da la mano a papá y a sus hermanos, vuelve a abrazar a mamá y parte.

Bobby Shaftoe no sabe nada del futuro. Sólo sabe que le han ascendido a sargento, le han separado de su antigua unidad (lo que no es tan raro, ya que es el único superviviente de su pelotón) y le han asignado a una rama del Cuerpo en Washington D.C. de la que nunca había oído hablar.

D.C. es un lugar bullicioso, pero la última vez que Bobby Shaftoe se había molestado en mirar los periódicos, allí no se combatía, así que evidentemente no le iban a dar un puesto de combate. De todas formas, ya ha hecho su parte, ha matado más nipos de los que le tocaban, ha ganado sus medallas, ha sufrido sus heridas. Como carece de conocimientos administrativos, espera que el nuevo puesto consista en viajar por el país siendo un héroe de guerra, elevando la moral y convenciendo a los jóvenes para que se unan al Cuerpo.

Se presenta, como le han ordenado, en Marine Barracks, Washington, D.C. Se trata del destino más antiguo del Cuerpo, una manzana entre el Capitolio y el Navy Yard, un cuadrángulo verde donde la banda de Marines se pavonea y los entrenadores entrenan. Casi espera ver reservas estratégicas de saliva y betún almacenadas en grandes tanques.

En la oficina hay dos marines: un mayor, que es su nuevo oficial al mando, y un coronel, que parece y se comporta como si hubiese nacido aquí. Es asombroso más allá de toda descripción que dos personajes de tal calibre estén allí para recibir a un simple sargento. La Cruz Naval debe haberles llamado la atención. Pero esos marines tienen Cruces Navales propias; dos o tres cada uno.

El mayor presenta al coronel de una forma que realmente a Shaf-toe no le aclara una mierda. El coronel no dice casi nada; está allí para

observar. El mayor pasa algún tiempo hojeando unos documentos mecanografiados.

—Aquí dice que es un *gimg-ko.*

—¡Sí, señor, sí!

—¿Qué coño significa?

—¡Señor, es una palabra china! Allí hay un comunista, de nombre Mao, y tiene un ejército. Nos enfrentamos a ellos en más de una ocasión, señor. *Gung-ho* es su grito de batalla, significa «todos juntos» o algo similar; por tanto, ¡después de darles una buena zurra, señor, se lo robamos, señor!

—¿Quiere decir que se ha vuelto asiático como esos otros marines de China, Shaftoe?

— ¡Señor! ¡Al contrario, señor, como creo que demuestra mi expediente!

—¿Realmente lo cree? —responde el mayor incrédulo—. Tenemos aquí un interesante informe sobre una entrevista cinematográfica que hizo con un soldado [6] llamado teniente Reagan.

—¡Señor! ¡Este marine se disculpa por su vergonzoso comportamiento durante esa entrevista, señor! ¡Este marine se desacreditó a sí mismo y a sus compañeros, señor!

—¿No va a darme ninguna excusa? Estaba herido. Conmociona-do. Drogado. Sufría de malaria.

—¡Señor! ¡No hay excusa, señor!

El mayor y el coronel se miran y asienten aprobadores.

Todo el asunto de «señor, sí señor», que probablemente le sonaría a gilipollez a cualquier civil cuerdo, es perfectamente razonable para Shaftoe y los oficiales de un modo profondo e importante. Como muchos otros, al principio Shaftoe tuvo problemas con la etiqueta militar. La absorbió bastante bien creciendo en una familia militar, pero vivirla era un asunto diferente. Habiendo ahora experimentado todas las fases de la existencia militar excepto las terminales (muerte violenta, corte marcial, retiro), ha acabado comprendiendo la cultura militar por lo que es: un sistema de etiqueta que hace posible que un grupo de hombres vivan juntos durante años, viajen al fin del mundo y hagan todo tipo de cosas increíbles sin matarse los unos a los otros o perder la chaveta en el proceso. La extrema formalidad con la que se dirige a esos oficiales conlleva un subtexto

importante: su problema, señor, es decir qué quiere que yo haga, y mi problema, señor, es hacerlo. Mi postura *gung-ho* indica que en cuanto me dé una orden no voy a molestarle con los detalles… y su parte del trato es que mejor se queda en su lado de la línea, señor, y no me moleste con la mierda de politiqueo con la que usted tiene que tratar para vivir. La responsabilidad implícita colocada sobre los hombros del oficial por la voluntad total del subordinado a seguir las órdenes es una carga fulminante para cualquier oficial con medio cerebro, y Shaftoe en más de una ocasión ha visto cómo suboficiales veteranos convertían a tenientes novatos en montones de gelatina temblorosa simplemente permaneciendo frente a ellos y aceptando, con alegría, ejecutar sus órdenes.

—Ese teniente Reagan se quejó de que intentaba contarle una historia sobre un lagarto —dice el mayor.

—¡Señor! ¡Sí, señor! ¡Un lagarto gigante, señor! ¡Una historia interesante, señor! —dice Shaftoe.

—No me importa —dice el mayor—. La cuestión es si se trataba de una historia apropiada para contarla en esas circunstancias.

—¡Señor! ¡Avanzábamos por la costa de la isla, intentando situarnos entre los nipos y el punto de desembarco del Expreso de Tokio, señor!… —empieza a decir, Shaftoe.

—¡Cállese!

—¡Señor! ¡Sí, señor!

Se produce un silencio bochornoso roto al fin por el coronel.

—Hicimos que los loqueros repasasen su declaración, sargento Shaftoe.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

—Opinan que el asunto del lagarto es un ejemplo clásico de proyección.

—¡Señor! ¡Podría por favor explicarme qué coño significa eso, señor!

El coronel enrojece, se da la vuelta y mira por entre las persianas el ligero tráfico de Eye Street.

—Bien, lo que dicen es que no hubo lagarto gigante. Que mató a ese japo [7] en combate cuerpo a cuerpo. Y que el recuerdo de un lagarto gigante es una manifestación de su ello freudiano.

—¡Ello, señor!

—Que ese ello está en su cerebro, tomó el control y le dio energías para matar a ese japo con las manos desnudas. Luego su imaginación conjuró toda esa mierda sobre un lagarto gigante para poder explicarlo.

—¡Señor! ¡Está diciendo que el lagarto no fue más que una metáfora, señor!

—Sí.

—¡Señor! ¡En ese caso, respetuosamente me gustaría saber cómo el nipo quedó masticado por la mitad, señor!

El coronel hace un gesto desdeñoso con la cara.

—Bien, para cuando fue rescatado por la vigilancia costera, sargento, llevaba tres días en esa cala junto con todos aquellos cadáveres. Y bajo ese calor tropical, y con los bichos y animales carroñeros, no había forma de saber sólo mirándolo si el japo había sido comido por un lagarto gigante o lo habían pasado por una trituradora de madera, si me entiende.

—¡Señor! ¡Le entiendo, señor!

El mayor vuelve al informe.

—Ese tipo Reagan dice que repetía continuos comentarios desdeñosos hacia el general MacArthur.

—¡Señor, sí señor! ¡Es un hijo de puta que odia al Cuerpo de Marines, señor! ¡Intenta matarnos a todos, señor!

El mayor y el coronel se miran. Está claro que, sin hablar, han llegado a la misma decisión.

—Como insiste en alistarse de nuevo, lo normal sería pasearle por el país mostrando sus medallas y reclutando jóvenes para el Cuerpo. Pero esa historia del lagarto no lo permite.

—¡Señor! ¡No comprendo, señor!

—La Oficina de Reclutamiento ha repasado su expediente. Han visto el informe de Reagan. Les pone nerviosos que se encuentre en West Bumfuck, Arkansas, en el desfile del día de los caídos vestido con su reluciente uniforme y que de pronto se ponga a soltar tonterías sobre lagartos y todos se caguen de miedo y eso afecte el esfuerzo bélico.

—¡Señor! ¡Respetuosamente…!

—Denegado el permiso para hablar —dice el mayor—. Ni siquiera comentaré esa obsesión con el general MacArthur.

—¡Señor! ¡El general está asesinando…!

—¡Cállese!

—¡Señor! ¡Sí, señor!

—Tenemos otro trabajo para usted, marine.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

—Va a ser parte de algo especial.

—¡Señor! ¡Los marine raiders ya son una parte muy especial de un Cuerpo muy especial, señor!

—No me refiero a eso. Me refiero a que el puesto es… inusual. —El mayor mira al coronel. No está seguro de cómo seguir.

El coronel mete la mano en el bolsillo, agita las monedas, la levanta y comprueba su afeitado.

—No es exactamente un puesto en el Cuerpo de Marines —dice al fin —. Formará parte de un destacamento internacional especial. Un pelotón de marine raiders americanos y un escuadrón del Servicio Especial de la Aviación Británica, SAS, operando bajo un único mando. Un montón de hombres duros que han demostrado que pueden soportar cualquier misión, bajo cualquier condición. ¿Es una descripción adecuada de usted, marine?

—¡Señor! ¡Sí, señor!

—Se trata de una situación muy especial —reflexiona el coronel—, para nada algo que hubiesen concebido los militares. ¿Sabe a qué me refiero, Shaftoe?

—¡Señor, no señor! ¡Pero ahora detecto un fuerte olor a política en la habitación, señor!

Al coronel le tiembla ligeramente un párpado y mira por la ventana hacia el Capitolio.

—Los políticos pueden ponerse muy tontos con su forma de hacer las cosas. Todo tiene que hacerse de cierta forma. No les gustan las excusas. ¿Me comprende, Shaftoe?

—¡Señor! ¡Sí, señor!

—El Cuerpo tuvo que luchar para conseguir esta oportunidad. Iban a dárselo al Ejército de Tierra. Hicimos uso de algunos contactos con viejas personas de la Marina en puestos importantes. Ahora la operación es nuestra. Algunos dirían que es nuestra para cagarla.

—¡Señor! ¡No cagaremos la operación, señor!

—La razón por la que ese cabrón de MacArthur mata marines como moscas en el Pacífico sur es porque en ocasiones no jugamos demasiado

bien el juego político. Si usted y su nueva unidad no tienen un comportamiento brillante, la situación sólo podrá empeorar.

—¡Señor! ¡Puede confiar en este marine, señor!

—Su oficial al mando será el teniente Ethridge. Un hombre de Annapolis. No tiene demasiada experiencia en combate, pero sabe cómo moverse en los círculos importantes. Puede intervenir por usted a nivel político. Sobre el terreno, la responsabilidad de que las cosas se hagan es totalmente suya, sargento Shaftoe.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

—Trabajará muy de cerca con el Servicio Especial de la Aviación Británica. Hombres muy buenos. Pero queremos que usted y sus hombres los eclipsen.

—¡Señor! ¡Puede contar con ello, señor!

—Bien, entonces, prepárese para embarcar —dice el mayor—. Está de camino al norte de África, sargento Shaftoe.

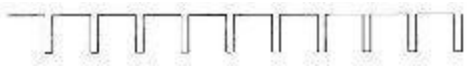
OceanofPDF.com

Londinium

Las pesadas monedas británicas resuenan en su bolsillo como platos de peltre. Lawrence Pritchard Waterhouse recorre la calle vistiendo el uniforme de capitán de fragata de los Estados Unidos. Tal hecho no debe tomarse como si implicase que es capitán de fragata, o que siquiera pertenezca a la Marina, aunque es así. La referencia a Estados Unidos, sin embargo, es una apuesta bastante segura, porque cada vez que llega a un bordillo, o está a punto de ser atropellado por un vehículo que frena en seco o pierde el paso, desvía su tren de pensamientos a un lado, para desagrado de pasajeros y personal, y hace que gran parte de su circuito mental de cálculo se dedique al trabajo de reflejar lo que le rodea sobre un gran espejo. Aquí conducen por la izquierda.

Ya lo sabía antes de llegar. Ha visto fotografías. Y Alan se había quejado en Princeton, corriendo siempre el riesgo de morir atropellado cuando, perdido en sus pensamientos, bajaba de la acerca mirando hacia el lado equivocado.

Los bordillos son afilados y perpendiculares, no como las suaves curvas americanas de sección sigmoide. La transición entre la acera y la calle es una caída en vertical. Si pones una bombilla verde en la cabeza de Waterhouse y le miras de lado durante un apagón, su trayectoria tendría el aspecto de una onda cuadrada sobre un osciloscopio de un solo rayo: arriba, abajo, arriba, abajo. Si estuviese en Estados Unidos, las aceras tendrían un espaciamiento equitativo, como unas doce por milla, porque su ciudad natal está cuidadosamente trazada sobre una rejilla.



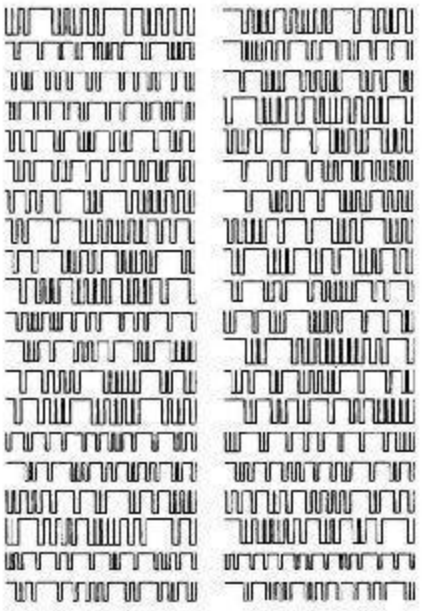
Aquí en Londres, la distribución de calles es irregular y por tanto las transiciones de la onda cuadrada se producen aleatoriamente, en ocasiones muy juntas, a veces muy separadas.

Un científico que examinase esa onda probablemente renunciaría a encontrar ningún patrón; le parecería algo al azar, producto del ruido, efecto quizá de los rayos cósmicos del espacio profundo, o de la desintegración de un isótopo radioactivo.

Pero si tuviese profundidad e ingenio, la cuestión sería muy diferente.

Podría obtenerse profundidad poniendo una bombilla verde en la cabeza de cada una de las personas de Londres y luego grabando el camino durante algunas noches. El resultado sería un grueso conjunto de gráficos, cada uno aparentemente tan caótico como los otros. Cuanto más grueso sea el montón, mayor profundidad.

El ingenio es un asunto completamente distinto. No hay forma sistemática de obtenerlo. Una persona podría observar el montón de ondas cuadradas y no ver más que ruido. Otra podría encontrar en ellas una fuente de fascinación, una sensación irracional imposible de explicar a otra persona que no la compartiese.



Una parte profunda de la mente, experta en el descubrimiento de patrones (o la existencia de un patrón) despertaría de un salto y le indicaría frenética a las partes cotidianas del cerebro que siguiesen mirando el montón de gráficos. La señal es débil y no siempre se escucha, pero indicaría al receptor que repasase, durante días si fuese necesario, el montón de gráficos como un autista, extendiéndolos por el suelo, amontonándolos según algún sistema inescrutable, apuntando números y letras de alfabetos muertos en las esquinas, preparando referencias cruzadas, encontrando patrones, comparando unos con otros.

Un día esa persona saldría de la habitación llevando un mapa extremadamente exacto de Londres, reconstruido a partir de la información contenida en todos esos gráficos cuadrados.

Lawrence Pritchard Waterhouse es una de esas personas.

Por esa razón, las autoridades de su país, los Estados Unidos de América, le han hecho prestar un solemne juramento de secreto, y le suministran continuamente nuevos uniformes de varios tipos y graduaciones y, ahora, le han enviado a Londres.

Baja una acera, mirando por reflejo a la izquierda. Oye en el oído derecho un tintineo, barritan los frenos de una bicicleta. No es más que un marine real (Waterhouse empieza a reconocer los uniformes) haciendo un recado; pero lleva refuerzos a la espalda en la forma de un autobús autocar

pintado de verde olivo y marcado por todas partes con números inescrutables.

—¡Perdóneme, señor! —dice el marine real con una sonrisa, y le esquiva, aparentemente suponiendo que el autocar puede manejar cualquier situación de limpieza. Waterhouse da un salto, directamente frente a un taxi negro que viene en sentido contrarío.

Pero después de atravesar esa calle en particular, llega a su destino en Westminster sin más incidentes que amenacen su vida, a menos que se tenga en cuenta el estar a unos pocos minutos de vuelo en avión de una horda extremadamente organizada de alemanes asesinos con las mejores armas del mundo. Se encuentra en una zona de la ciudad que se parece a ciertas áreas sin luz y cercadas de Manhattan: calles estrechas bordeadas de edificios de unos diez pisos de alto. Ocasionales visiones de antiguos y enormes edificios góticos al fondo de la calle le dan a entender que está metido hasta el cuello en grandeza. Como en Manhattan, la gente camina con rapidez, cada persona con un propósito claro en la cabeza.

Los tacones reparados de los zapatos de época de guerra de los peatones resuenan metálicamente. Cada peatón mantiene una longitud de paso razonablemente consistente y golpea casi con precisión metro-nómica. Un micrófono en la acera le ofrecería a un fisgón una cacofonía de clics, aparentemente caótica como el ruido de un contador Geiger. Pero la persona adecuada abstraería la señal del ruido y contaría los peatones, daría un recuento de hombres y mujeres y un histograma de longitud de las piernas…

Debía dejar de hacerlo. Le gustaría concentrarse en el asunto que tiene entre manos, pero sigue siendo un misterio.

Una escultura moderna enorme y mazacote se asienta sobre la entrada de metro del parque James, vigilando las veinticuatro horas del día los Edificios Broadway, que en realidad es un único edificio. Como cualquier otro cuartel de inteligencia en el que Waterhouse haya estado, es una gran decepción.

No es más, después de todo, que un edificio: piedra anaranjada, más o menos diez pisos, un techo abuhardillado irracionalmente alto ocupando los tres últimos, algunos adornos clásicos sobre las ventanas, que como todas las ventanas de Londres han sido divididas en ocho triángulos rectos por medio de cinta adhesiva. A Waterhouse le parece que ese estilo encaja mejor con la arquitectura clásica que, digamos, el gótico.

Tiene algunos conocimientos de física, y le parece poco creíble que, en caso de que varios cientos de libras de trinitrotolueno estallen en el vecindario y la onda de choque resultante se propague por un enorme panel de vidrio, la gente situada al otro lado obtenga algún beneficio de un asterisco de cinta de papel. Es un gesto supersticioso, como los conjuros en las granjas de Pensilvania. La vista de la cinta adhesiva posiblemente mantenga a la gente centrada en el esfuerzo bélico.

Lo que no parece funcionar en el caso de Waterhouse. Cruza cuidadosamente la calle, concentrándose en la dirección del tráfico, actuando con la suposición de que alguien en el interior le esté observando. Entra, sosteniendo la puerta para una joven temiblemente vigorosa vestida con un traje semimilitar —que deja claro a Waterhouse que será mejor que no espere Llegar a Ningún Sitio sólo porque le sostenga la puerta— y luego para un caballero septuagenario de aspecto cansado con un bigote blanco.

El vestíbulo está bien protegido, y hay mucho ajetreo con las credenciales de Waterhouse y sus órdenes. Y luego comete el error obligatorio de equivocarse de piso porque allí la numeración es diferente. Sería mucho más divertido si no se tratase de un edificio de inteligencia militar en medio de la mayor guerra de la historia del mundo.

Cuando al fin llega al piso correcto, resulta ser un poco más elegante que el equivocado. Claro, la estructura subyacente de todo en Inglaterra es lujosa. No hay punto medio para esa gente. Tienes que recorrer una milla para encontrar una cabina telefónica, pero cuando la has encontrado, ha sido construida como si el que alguien dinamitase sin razón las cabinas telefónicas hubiese sido un serio problema en algún momento del pasado. Y un buzón británico podría detener un tanque alemán. Ninguno de ellos tiene coche, pero si lo tienen, se trata de bestias de tres toneladas fabricadas a mano. La idea de hacer en serie un montón de coches es inconcebible: hay ciertos procedimientos a seguir, señor Ford, como soldar a mano el radiador o el corte tradicional de las ruedas a partir de un bloque sólido de caucho.

Las reuniones son todas iguales. Waterhouse es siempre el Invitado; nunca ha sido el anfitrión de una reunión. El Invitado llega a un edificio desconocido, se sienta en la sala de espera rechazando ofertas de bebidas con cafeína de parte de una mujer bien parecida pero casta y, con el tiempo, se le da paso a la Sala, donde le esperan el Tipo Importante y los Otros Tipos. Hay un sistema de presentaciones que no debe preocupar al Invitado

porque opera en modo pasivo y no necesita más que responder a los estímulos, agitando las manos que le ofrecen, declinando más ofertas de bebidas con cafeína y (ahora) alcohólicas, sentarse donde y cuando se le invite. En este caso, el Tipo Importante y todos los Otros Tipos menos uno resultan ser británicos, la selección de bebidas es ligeramente diferente, la sala, siendo británica, está construida con bloques de piedra como la tumba de un faraón, y las ventanas tienen las cintas de papel. La Predecible Fase Humorística es mucho más corta que en América, la Fase de Charla Intranscendente más larga.

Waterhouse ha olvidado todos los nombres. Siempre olvida de inmediato los nombres. Aunque los recordase, no sabría diferenciar los rangos, ya que no tiene frente a él la estructura organizativa del Ministerio de Exteriores (que se encarga de la Inteligencia) y el Militar. Continuamente dicen «guata jaes», pero justo cuando está a punto de preguntarles qué significa esa expresión, deduce que así es como pronuncian «Waterhouse». Aparte de eso, el único comentario que realmente penetra en su cerebro es cuando uno de los Otros Tipos comenta algo sobre el Primer Ministro que implica mucha familiaridad. Y ni siquiera es el Tipo Importante. El Tipo Importante es mucho mayor y bastante más distinguido. Así que a Waterhouse le parece (aunque ha dejado de prestar atención por completo a lo que esa gente le dice) que al menos la mitad de las personas que están en esa habitación han tenido recientemente una conversación con Winston Churchill.

Entonces, de pronto, ciertas palabras surgen en la conversación. Waterhouse no prestaba atención, pero está bastante seguro de que durante los últimos diez segundos se ha emitido la palabra Ultra. Parpadea y se sienta aún más recto.

El Tipo Importante parece perplejo. Los Otros Tipos parecen sobresaltados.

—¿Alguien comentó algo, hace unos minutos, con respecto a la disponibilidad de café? —dice Waterhouse.

—Señorita Stanhope, café para el capitán Guata Jaes —dice el Tipo Importante por el intercomunicador eléctrico. Es uno de la apenas media docena de intercomunicadores de oficina que existen en todo el Imperio Británico. Sin embargo, ha sido fabricado como una única pieza a partir de cincuenta kilos de hierro y recibe la corriente por medio de cables de 420

voltios tan gruesos como el dedo índice de Waterhouse—. Y si tuviese la amabilidad de traer té.

Bien, ahora Waterhouse conoce el nombre de la secretaria del Tipo Importante. Es un comienzo. A partir de ese dato, con un poco de investigación podría recuperar el recuerdo del nombre del Tipo Importante.

La petición de café y té parece haberles llevado de vuelta a la Fase de Charla Intrascendente, y aunque los tipos importantes americanos se sentirían frustrados y estarían echando humo, los británicos parecen enormemente aliviados. Incluso le piden más bebidas a la señorita Stanhope.

—¿Ha visto recientemente al doctor Shehrrn? —le pregunta el Tipo Importante a Waterhouse. Se aprecia algo de preocupación en la voz.

—¿Quién? —aunque inmediatamente Waterhouse comprende que la persona en cuestión es el capitán de fragata Schoen, y que en Londres es probable que el nombre se pronuncie correctamente, *Shehrrn* en lugar de *Shane.*

—¿Capitán Waterhouse? —dice el Tipo Importante, varios minutos más tarde. En el transcurso, Waterhouse ha estado intentando inventar un nuevo criptosistema basado en modos alternativos de pronunciar las palabras y no ha dicho nada durante un buen rato.

—¡Oh, sí! Bueno, le hice una visita de cortesía y presenté mis respetos a Schoen antes de subir al barco. Claro está, cuando él está…, eh…, acusando el estado del tiempo, todos tienen órdenes estrictas de no hablar de criptología con él.

—Claro está.

—El problema es que cuando toda tu relación con ese hombre está basada en la criptología, no puedes siquiera meter la cabeza por la puerta sin violar esa orden.

—Sí, es extremadamente incómodo.

—Supongo que se encuentra bien. —Waterhouse no lo dice con demasiada convicción, y se produce el silencio apropiado alrededor de la mesa.

—Cuando se encontraba de mejor humor escribió con entusiasmo sobre sus contribuciones, capitán Waterhouse, en el *Criptonomicón* —dice uno de los Otros Tipos, que hasta ahora no había dicho demasiado.

Waterhouse lo etiqueta como algún tipo de promotor dentro del campo de la criptología mecánica.

—Es un gran tipo —comenta Waterhouse.

El Tipo Importante aprovecha la oportunidad.

—Por su trabajo con la máquina índigo del doctor Schoen, se encuentra usted, por definición, en la lista Magia Ahora este país y el suyo han llegado a un acuerdo, al menos en principio, para cooperar en el campo del criptoanalisis, lo que automáticamente le sitúa en la lista Ultra.

—Comprendo, señor-dice Waterhouse.

—Ultra y Magic son extremadamente simétricas. En cada caso, una potencia beligerante ha desarrollado un cifrado mecánico que considera perfectamente irrompible. En cada caso, una potencia aliada ha roto el cifrado. En América, el doctor Schoen y su equipo rompieron índigo y diseñaron la máquina Magic. Aquí, fue el equipo del doctor Knox el que rompió Enigma y desarrolló Bombe. Aquí parece que la luz que sirvió de guía fue el doctor Turing. La luz guía en su caso fue el doctor Schoen, que se encuentra, como ha dicho usted, afectado por la climatología. Pero él le considera a usted comparable a Turing, capitán Waterhouse.

—Una opinión extremadamente generosa-dice Waterhouse.

—Pero estudió con Turing en Princeton, ¿no?

—Nos encontrábamos allí al mismo tiempo, si se refiere a eso. Montábamos en bicicleta. Su trabajo era mucho más avanzado.

—Pero Turing realizaba estudios de posgrado. Usted era un simple estudiante.

—Cierto. Pero incluso teniendo ese detalle en cuenta, él es mucho más inteligente que yo.

—Es usted demasiado modesto, capitán Waterhouse. ¿Cuántos estudiantes no graduados han publicado artículos en revistas internacionales?

—Simplemente montábamos en bicicleta —insiste Waterhouse— Einstein ni siquiera me daba la hora.

—El doctor Turing ha resultado ser muy útil en lo que respecta a la teoría de la información —dice un tipo prematuramente macilento con pelo largo y gris, que Waterhouse etiqueta como algún profesor de Oxford o Cambridge—. Supongo que han discutido sobre el tema.

El profesor se vuelve a los otros tipos y dice, con la pedantería propia de su cargo:

—La teoría de la información daría forma a un calculador mecánico básicamente de la misma forma en que, digamos, la dinámica de fluidos da forma al casco de un barco. —A continuación se vuelve hacia Waterhouse y dice, en tono algo menos formal—: El doctor Turing ha seguido desarrollando su trabajo en ese campo desde que desapareció, desde el punto de vista de su país, en el reino de la Información Secreta. Una preocupación especial ha sido el problema de cuánta información puede extraerse de datos aparentemente caóticos.

De pronto, todas las otras personas en la habitación están intercambiando esas miradas raras.

—Asumo por su reacción —dice el Tipo Importante— que también le ha interesado a usted.

Waterhouse se pregunta cuál ha sido su reacción. ¿Le habrán crecido colmillos? ¿Ha babeado en el café?

—Está bien —dice el Tipo Importante antes de que Waterhouse pueda preguntar—, porque a nosotros también nos interesa mucho. Veamos, ahora que estamos realizando esfuerzos, y debo destacar la situación preliminar e insatisfactoria de esos esfuerzos, por el momento, para coordinar los servicios de inteligencia entre Estados Unidos y Gran Bretaña, nos encontramos en la situación más extraña en que hayan estado nunca un par de aliados en una guerra. Lo sabemos todo, capitán Waterhouse. Recibimos las comunicaciones personales de Hit-ler a sus comandantes de campo, ¡con frecuencia antes que los propios comandantes! Ese conocimiento es evidentemente una herramienta muy potente. Pero es igualmente evidente que no puede ayudarnos a ganar la guerra a menos que nos ayude a cambiar nuestras acciones. Es decir, si por medio de Ultra sabemos de un convoy que navega desde Tarento con suministros para Rommel en el norte de África, ese conocimiento no nos sirve de nada a menos que vayamos allí a hundir el convoy.

—Está claro —dice Waterhouse.

—Ahora bien, si envían diez convoyes y los hundimos todos, incluso los ocultos bajo la niebla y la oscuridad, los alemanes empezarán a preguntarse cómo sabíamos dónde podíamos encontrar esos convoyes. Comprenderán que hemos roto el código Enigma y lo cambiarán, y

perderemos esa herramienta. Es casi seguro que al señor Churchill no le gustaría nada tal resultado. —El Tipo Importante mira a todos los demás, quienes asienten con complicidad. Waterhouse tiene la sensación de que el señor Churchill ha estado presionando sobre ese punto en particular.

—Vamos a expresarlo en términos de teoría de la información —dice el profesor—. La información fluye de Alemania a nosotros por medio del sistema Ultra en Bletchley Park. Esa información nos llega por medio de transmisiones de radio en código Morse aparentemente aleatorias. Pero como disponemos de personas muy brillantes podemos descubrir orden en lo que aparentemente es caótico, podemos extraer información crucial para nuestro empeño. Ahora bien, los alemanes no han roto nuestros cifrados. Pero pueden observar nuestras acciones; la ruta de nuestros convoyes por el Atlántico norte, el despliegue de nuestras fuerzas aéreas. Si los convoyes evitan siempre los submarinos, si las fuerzas aéreas se dirigen siempre directamente a los convoyes alemanes, entonces los alemanes tendrán claro, hablo en este caso de un alemán brillante, un alemán universitario, que no hay azar. Ese alemán encontrará correlaciones. Podrá ver que sabemos más de lo que deberíamos saber. En otras palabras, hay cierto punto a partir del cual la información comienza a fluir de nosotros hacia los alemanes.

—Precisamos saber dónde se encuentra ese punto —dice el Tipo Importante—. Dónde está exactamente. Es preciso que nos quedemos en el lado correcto. Para desarrollar la apariencia de azar.

—Sí —dice Waterhouse—, y debe ser el tipo de azar que convenciese a alguien como Rudolf von Hacklheber.

—Exactamente el tipo en quien pensábamos —dice el profesor—. El doctor von Hacklheber, desde el año pasado.

—¡Oh! —dice Waterhouse—. ¿Rudy obtuvo su doctorado? —Desde que Rudy había sido llamado al seno del Reich de los mil años, Waterhouse había asumido lo peor: lo imaginaba con un abrigo, durmiendo por turnos y asediando Leningrado o algo así. Pero, aparentemente, los nazis, con su buen ojo para el talento (siempre que no fuese talento judío), le habían dado un trabajo de despacho.

Aún así, es bueno saberlo y por un momento Waterhouse muestra placer al saber que Rudy está bien. Uno de los Otros Tipos, intentado romper el hielo, bromea diciendo que si alguien hubiese tenido la previsión de encerrar a Rudy en New Jersey mientras durase la guerra, no sería

necesaria la nueva categoría secreta de Ultra Mega. Nadie parece pensar que sea divertido, por lo que Waterhouse asume que debe ser cierto.

Le muestran el diagrama de organización del Destacamento Especial de la RAF n. 2701, que contiene los nombres de las veinticuatro personas en todo el mundo que son Ultra Mega. La parte superior está ocupaba con nombres como Winston Churchill y Franklin Delano Roosevelt. Luego vienen otros nombres que a Waterhouse le resultan extrañamente familiares; quizá los nombres de los caballeros de esa misma habitación. Por debajo, un tal Chattan, un joven coronel de la RAF que (le aseguran a Waterhouse) consiguió cosas muy buenas durante la Batalla de Inglaterra.

En el siguiente nivel se encuentra el nombre de Lawrence Pritchard Waterhouse. Allí hay dos nombres más: uno pertenece a un capitán de la RAF y el otro es un capitán del cuerpo de marines de los Estados Unidos. También hay una línea de puntos que se desvía a un lado y lleva hasta el nombre de doctor Alan Mathison Turing. Tomado en conjunto, el diagrama podría ser la más irregular y estrafalaria *ad-bocra-cia* jamás injertada en una organización militar.

En la fila inferior del diagrama hay dos grupos de media docena de nombres, apelotonados bajo los nombres del capitán de la RAF y del capitán de marines respectivamente. Se trata de los escuadrones que representan el brazo ejecutivo de la organización: como dice uno de los tipos de los Edificios Broadway, «los hombres que bajan a la mina», y como le traduce el Tipo Americano, «aquí es donde la goma toca el asfalto».

—¿Tiene alguna pregunta? —le dice el Tipo Importante.

—¿Eligió Alan el número?

—¿Se refiere al doctor Turing?

—Sí. ¿Eligió él el número 2701?

Ese nivel de detalle está claramente a varios niveles por debajo de la posición de los hombres en los Edificios Broadway. Parecen asombrados y casi insultados, como si Waterhouse de pronto les hubiese pedido que tomasen un dictado.

—Es posible —dice el Tipo Importante—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque —dice Waterhouse— el número 2701 es el producto de dos primos, y esos números, 37 y 73, cuando se los expresa en notación decimal, son, como se puede ver claramente, el inverso uno del otro.

Todas las cabeza giran hacia el profesor, que parece desconcertado.

—Será mejor que lo cambiemos —dice—, es el tipo de detalle que el doctor von Hacklheber apreciaría. —Se pone en pie, saca una pluma Mont Blanc del bolsillo y corrige el diagrama para que ahora diga 2702 en lugar de 2701. Y mientras lo hace, Waterhouse mira a los otros hombres de la habitación y piensa que parecen satisfechos. Está claro que ése es el tipo de truco de feria que quieren que Waterhouse ejecute.

OceanofPDF.com

Corregidor

No hay límite fijo entre las aguas de la bahía de Manila y el aire húmedo que la cubre, sólo un sudario monótono gris y azul que cuelga a unos kilómetros de distancia. *Glory IV* maniobra con cuidado durante media hora por entre la inmensa extensión de cargueros atracados, luego gana velocidad y se dirige al centro de la bahía. El aire se hace un poco menos denso, lo que permite a Randy apreciar una buena vista de Batan a estribor: montañas negras en su mayoría cubiertas por la niebla y moteadas por nubes en forma de champiñón, producto de corrientes ascendentes. En su mayor parte, carece de playas, únicamente acantilados rojos que caen durante los últimos metros hacia el mar. Pero a medida que recorren el final de la península, el terreno se vuelve más suave y muestra algunos campos verde pálido. En la misma punta de Batan hay un par de peñascos de caliza que Randy reconoce por el vídeo de Avi. Pero en ese momento, casi toda su atención se centra en Corregidor, que se encuentra a unos kilómetros al final de la península.

America Shaftoe, o Amy como le gusta que la llamen, pasa la mayor parte del viaje ajetreada por la cubierta, comunicándose con los submarinistas filipinos y americanos en ráfagas de conversación seria, en ocasiones sentándose con las piernas cruzadas sobre la cubierta para repasar papeles y gráficos. Se ha puesto un sombrero de *cowboy* para protegerse la cabeza de la radiación solar. Randy no tiene prisa por exponerse al sol. Remolonea en el camarote con aire acondicionado, bebiendo café y contemplando las fotografías de las paredes.

Ingenuamente espera ver fotografías de submarinistas arrastrando cables submarinos por las playas. Semper Marine Services realiza muchas

operaciones con cables —y lo hacen bien, había comprobado las referencias antes de contratarlos— pero aparentemente no consideran ese trabajo lo suficientemente interesante para fotografiarlo. En su mayor parte, las fotografías corresponden a operaciones de rescate submarino: submarinistas, con grandes sonrisas en sus rostros correosos, sosteniendo triunfantes un ánfora cubierta de percebes, como jugadores de hockey sosteniendo la Copa Stanley.

Desde la distancia, Corregidor es un arco de jungla sobresaliendo del agua con un saliente plano que se extiende a un lado. Sabe por los mapas que realmente tiene forma de espermatozoide. Lo que desde un ángulo parece un saliente es realmente la cola, que vira al este como si el espermatozoide intentase alejarse nadando de la bahía de Manila para impregnar Asia.

Amy abre la puerta de un golpe.

—Venga al puente —dice—, debería ver esto.

Randy la sigue.

—¿Quién es el tipo que aparece en la mayoría de las fotos? —pregunta.

—¿El de aspecto temible con corte militar?

—Sí.

—Mi padre —dice—. Doug.

—¿Quiere decir Douglas MacArthur Shaftoe? —pregunta Randy. Ha visto el nombre en algunos de los documentos que ha intercambiado con Semper Marines.

—El mismo.

—¿El que fuera SEAL?

—Sí. Pero no le gusta que se refieran a él de esa forma. Es un cliché.

—¿Por qué me resulta familiar?

Amy suspira.

—Tuvo sus quince minutos de fama en 1975.

—Tengo problemas para recordar.

—¿Conoce a Comstock?

—¿El Fiscal General Paul Comstock? ¿El que odia la criptografía?

—Me refiero a su padre. Earl Comstock.

—El tipo de la política de la Guerra Fría, el cerebro tras la guerra del Vietnam, ¿no?

—Nunca he oído que lo describan así, pero sí, hablamos del mismo tipo. Puede que recuerde que en 1975 Earl Comstock se cayó, o lo empujaron, de un telesquí en Colorado, y se rompió los brazos.

—Oh, sí. Empiezo a recordar.

—Resulta que mi pa… —Amy inclina la cabeza hacia una de las fotografías— estaba sentado en ese momento justo a su lado.

—Por accidente, o…

—Puro azar. No estaba planeado.

—Es una forma de verlo —dice Randy—, pero por otra parte, si Earl Comstock esquiaba con frecuencia, la probabilidad de que «tarde» o «temprano» se encontrase sentado, a quince metros del suelo, junto a un veterano del Vietnam es bastante alta.

—Como sea. Lo único que digo es que… en realidad, no quiero hablar de ello.

—¿Llegaré a conocerle? —pregunta Randy, mirando la fotografía.

Amy se muerde el labio y mira el horizonte.

—El noventa por ciento de las veces su presencia es señal de que está sucediendo algo muy siniestro. —Abre la escotilla del puente y la sostiene para Randy, señalando un escalón alto.

—¿Y el diez por ciento restante?

—Está aburrido, o por ahí con su novia.

El piloto del *Glory* está intensamente concentrado y les ignora, lo que Randy considera señal de profesionalidad. El puente tiene muchas mesas fabricadas con puertas o contrachapado grueso, y todo el espacio disponible está cubierto con equipos electrónicos: un fax, una máquina más pequeña que vomita boletines meteorológicos, tres ordenadores, un teléfono por satélite, unos cuantos teléfonos GSM metidos en sus cargadores, aparatos de exploración del fondo. Amy lo guía hasta una máquina de gran pantalla que muestra lo que parece una fotografía en blanco y negro de un terreno accidentado.

—Sidescan sonar —le explica—, una de las mejores herramientas para este tipo de trabajo. Nos muestra lo que hay en el fondo. —Comprueba las pantallas de los ordenadores para obtener sus coordenadas

actuales y realiza unos cálculos rápidos en la cabeza—. Ernesto, cambia el rumbo cinco grados a estribor, por favor.

—Sí, señor —dice Ernesto, y hace que suceda.

—¿Qué está buscando?

—Es gratis… como los cigarrillos en el hotel —le explica Amy—. Simplemente un extra por hacer negocios con nosotros. En ocasiones nos gusta hacer de guías. ¿Ve? Mire eso. —Usa el meñique para señalar algo que comienza a aparecer en la pantalla. Randy se inclina y lo mira con atención. Claramente es de fabricación humana: un conjunto de líneas rectas y ángulos rectos.

—Parece un montón de desechos —dice.

—Ahora lo es —dice Amy—, pero solía ser una buena parte del tesoro filipino.

—¿Qué?

—Durante la guerra —dice Amy—, después de Pearl Harbor, pero antes de que los japoneses ocupasen Manila, el gobierno se deshizo del tesoro. Metieron todo el oro y la plata en cajones y los enviaron a Corregidor para protegerlo… supuestamente.

—¿Qué quiere decir con supuestamente?

Ella se encoge de hombros.

—Estamos en Filipinas —dice—. Tengo la sensación de que buena parte acabó en otro sitio. Pero gran parte de la plata acabó allí. —Se pone recta y mueve la cabeza en dirección a Corregidor—. En aquella época pensábamos que Corregidor era inexpugnable.

—¿Cuándo fue eso, más o menos?

—Diciembre de 1941 o enero de 1942. En todo caso, quedó claro que Corregidor caería. Llegó un submarino y se llevó el oro a principios de febrero. Luego vino otro submarino y se llevó a los hombres cuya captura no podía permitirse, como los rompecódigos. Pero no tenían submarinos suficientes para llevarse toda la plata. MacArthur se fue en marzo. Empezaron a sacar la plata, en cajones, en medio de la noche, y la arrojaban al mar.

—¡Está de coña!

—Siempre podían regresar e intentar recuperarla —dice Amy—. Pero lo perderían todo si dejaban que los japoneses se apoderasen de ella, ¿no?

—Supongo.

—Los japoneses recuperaron mucha plata; capturaron en Batan y Corregidor a un grupo de submarinistas americanos, y les obligaron a bajar, justo por debajo de donde nos encontramos ahora, para recogerla. Pero muchos de esos mismos submarinistas se las arreglaron para ocultar mucha plata y hacérsela llegar a filipinos, quienes la transportaron de contrabando a Manila, donde se volvió tan común que desvalorizó la moneda de ocupación japonesa.

—¿Qué vemos ahora mismo?

—Los restos de viejos cajones que se abrieron al dar con el fondo marino —dice Amy.

—¿Quedó algo de plata al final de la guerra?

—Oh, claro —responde Amy despreocupadamente—. La mayoría fue arrojada aquí, y los submarinistas la recuperaron, pero parte fue arrojada en otras zonas. Mi papá recuperó parte ya en los años setenta.

—Guau. ¡Eso no tiene sentido!

—¿Por qué no?

—No puedo creer que montones de plata permaneciesen en el fondo del océano durante treinta años para que cualquiera los recogiese.

—No conoce demasiado bien a los filipinos —dice Amy.

—Sé que es un país pobre. ¿Por qué no vino nadie a recoger la plata?

—La mayor parte de los cazadores de tesoros de esta parte del mundo van tras premios mayores —dice Amy—, o más fáciles.

Randy está perplejo.

—Un montón de plata en el fondo de la bahía me suena a grande y fácil.

—No lo es. La plata no vale tanto. Un jarrón de la dinastía Sung, limpio, puede superar su peso en oro. Oro. Y es más fácil encontrar el jarrón… sólo hay que examinar el fondo marino buscando algo con forma de junco chino. Un junco hundido produce una imagen característica en el sonar. Mientras que un viejo cajón, roto y cubierto de coral y percebes, tiene el aspecto de una piedra.

Al acercarse a Corregidor, Randy aprecia que la cola de la isla está llena de bultos, con grandes montones de roca sobresaliendo aquí y allá. El color de la tierra se difumina gradualmente del verde profundo de la selva

al verde pálido y luego a un marrón rojizo chamuscado a medida que la cola se extiende desde el centro grueso de la isla hasta el final, y la tierra se vuelve más seca. La mirada de Randy está fija en uno de esos peñascos rocosos, que está coronado por una torre de acero nueva. En lo alto de la torre se encuentra un cuerno de microondas apuntando al este, hacia el edificio de Epiphyte en Intramuros.

—¿Ve esas cuevas a nivel del agua? —dice Amy. Parece lamentar haber mencionado los tesoros, y ahora quiere cambiar de tema.

Randy se obliga a dejar de admirar la antena de microondas, de la que es dueño en parte, y mira en la dirección que le indica Amy. El flanco de piedra caliza de la isla, que cae en vertical en los últimos metros hacia el agua, está lleno de agujeros.

—Sí.

—Fueron construidas por los americanos para contener cañones de defensa, y ampliadas por los japoneses como lugares para el lanzamiento de botes suicidas.

—Guau.

Randy nota un sonido profundo a gárgaras, y vuelve la mirada para ver un bote que se ha puesto a su lado. Tiene forma de canoa de quizás unos doce metros de largo, con largos estabilizadores a cada lado. Un par de banderas andrajosas ondean en lo alto del mástil corto, y la chillona colada flamea con alegría desde las líneas tendidas por aquí y por allá. Un enorme motor diesel descubierto se encuentra en medio del casco, llenando la atmósfera de un humo negro. Frente a él, varios filipinos, incluyendo a mujeres y niños, están reunidos bajo la sombra de una lona azul brillante, comiendo. A popa, un par de hombres manejan equipos de submarinismo. Uno de ellos sostiene algo a la altura de la boca: un micrófono. Una voz ladra desde la radio del *Glory*, en tagalo. Ernesto contiene la risa, coge el micrófono y contesta brevemente. Randy no sabe lo que dicen, pero sospecha que es algo como «hagamos el payaso más tarde, nuestro cliente está ahora mismo en el puente».

—Asociados mercantiles —le explica Amy con sequedad. Su lenguaje corporal dice que desea alejarse de Randy y volver al trabajo.

—Gracias por el tour —dice Randy—. Una pregunta.

Amy arquea las cejas, intentando parecer paciente.

—¿Qué parte de los ingresos de Semper Marine provienen de la búsqueda de tesoros?

—¿Este mes? ¿Este año? ¿En los últimos diez años? ¿Durante toda la vida de la empresa? —dice Amy.

—Lo que sea.

—Ese tipo de ingresos es esporádico —dice Amy—. El *Glory* quedó pagado, e incluso algo más, por la cerámica recuperada de un junco. Pero hay años en que todos nuestros ingresos provienen de trabajos como éste.

—En otras palabras, ¿trabajos aburridos de mierda?—dice Randy. Lo suelta sin más. Normalmente controla la lengua un poco mejor. Pero afeitarse la barba ha distorsionado los límites de su yo, o algo así.

Espera que ella se ría o al menos guiñe un ojo, pero se lo toma con seriedad. Tiene una cara de póquer bastante buena.

—Considérelo como fabricar matrículas —dice.

—Por tanto, básicamente son un grupo de buscadores de tesoros —dice Randy—. Simplemente fabrican matrículas para estabilizar el flujo de capital.

—Llámenos buscadores de tesoros si quiere —dice Amy—. ¿Por qué hace usted negocios, Randy?—Se da la vuelta y sale de allí.

Randy sigue mirando su partida cuando oye a Ernesto jurar por lo bajo, no tanto enfadado como sorprendido. El *Glory* está ahora bordeando la punta de la cola de Corregidor y todo el lado sur de la isla se está haciendo visible por primera vez. El último kilómetro de la cola, más o menos, se curva para formar una bahía semicircular. Anclado en el centro de esa bahía hay un barco blanco que Randy identifica, en principio, como un pequeño trasatlántico de líneas desenfadadas y pícaras. Luego ve el nombre pintado en la popa: RUI FALEIRO — SANTA MONICA, CALIFORNIA.

Randy se acerca a Ernesto y los dos contemplan la nave blanca durante un rato. Randy ha oído hablar de ella, y Ernesto, como todo el mundo en Filipinas, la conoce. Pero verla es algo completamente diferente. Hay un helicóptero posado sobre la cubierta de popa como si se tratase de un juguete. Un bote en forma de daga cuelga de un pescante, listo para ser usado como bote de vela. Un hombre de piel morena vestido con un reluciente uniforme blanco está dando brillo a una baranda de metal.

—Rui Faleiro era el cosmógrafo de Magallanes —dice Randy.

—¿Cosmógrafo?

—El cerebro de la operación —dice Randy dándose un golpecito con el dedo en la cabeza.

—¿Vino aquí con Magallanes'?

En casi todo el mundo, Magallanes se considera el primer tío que dio la vuelta al mundo. Aquí, todo el mundo sabe que no pasó de la isla de Mactán, donde los filipinos lo mataron.

—Cuando Magallanes partió en el barco, Faleiro se quedó en Sevilla —dice Randy—. Se volvió loco.

—Sabes mucho sobre Magallanes, ¿eh? —dice Ernesto.

—No —dice Randy—, sé mucho sobre el Dentista.

—No hables con el Dentista. Nunca. Sobre nada. Ni siquiera asuntos técnicos. Cualquier pregunta técnica que te haga no es más que un cebo para alguna táctica empresarial que está tan lejos de tu comprensión como la demostración del teorema de Gódel para el Pato Lucas —le dijo espontáneamente Avi una noche, mientras cenaban en un restaurante del centro de Makati. Avi se niega a discutir ningún asunto importante a menos de un kilómetro del Hotel Manila porque piensa que cada una de las habitaciones, y cada una de las mesas, está siendo vigilada.

—Gracias por el voto de confianza —respondió Randy.

—Eh —dijo Avi—. Sólo intento defender mi territorio… justificar mi existencia en este proyecto. Yo me encargaré de los asuntos de negocios.

—¿No estás siendo un poco paranoico?

—Escucha. El Dentista posee al menos mil millones de dólares, y controla otros diez mil millones. La mitad de los putos odontólogos del sur de California se retiraron a los cuarenta porque él decuplicó sus fondos de pensiones en dos o tres años. No consigues esos resultados siendo un buen tipo.

—A lo mejor sólo tuvo suerte.

—Tuvo suerte. Pero eso no significa que sea un buen tío. Lo que quiero decir es que metió ese dinero en inversiones extremadamente arriesgadas. Jugó a la ruleta rusa con los ahorros de toda la vida de sus inversores, mientras mantenía en secreto lo que hacía. Vamos, que ese tipo invertiría en una mafia de secuestros de Mindanao si le ofreciesen una buena tasa de ganancias.

—Me pregunto si él mismo comprende que tuvo suerte.

—Eso me pregunto yo también. Mi suposición es que no. Creo que se considera a sí mismo un instrumento de la Providencia Divina, como Douglas MacArthur.

El *Rui Faleiro* es el orgullo de la industria de yates de Seattle, que últimamente está en crecimiento, aunque de forma discreta. Randy cosechó algunos datos repasando folletos que se publicaron antes de que el Dentista comprase el barco. Por tanto, sabe que el helicóptero y la lancha rápida venían incluidos en el precio de compra, que nunca se ha divulgado. La nave contiene, entre otras cosas, diez toneladas de mármol. El dormitorio principal tiene baños para él y para ella completamente equipados y recubiertos de mármol negro para él y mármol rosa para ella, de forma que el Dentista y la Diva no tengan que discutir por el espacio frente al lavabo mientras se acicalan para una de las grandes fiestas celebradas en el impresionante salón de baile del yate.

—¿El Dentista? —dice Ernesto.

—Kepler. Doctor Kepler —dice Randy—. En Estados Unidos, algunas personas le llaman el Dentista. —Personas en la industria de alta tecnología.

Ernesto asiente con complicidad.

—Un hombre así puede tener a cualquier mujer del mundo —dice—. Pero escogió a una filipina.

—Sí —dice Randy con cautela.

—¿En los Estados Unidos conoce la gente la historia de Victoria Vigo?

—Debo decirle que no es tan famosa en los Estados Unidos como aquí.

—Claro.

—Pero algunas de sus canciones fueron muy populares. Mucha gente sabe que salió de la pobreza.

—¿La gente en Estados Unidos conoce Smoky Mountain? ¿El vertedero en Tondo, donde los niños deben cazar para comer?

—Algunos lo saben. Será muy famoso cuando pasen por televisión la película sobre la vida de Victoria Vigo.

Ernesto asiente, aparentemente satisfecho. Todos allí saben que se está preparando una película sobre la vida de la Diva, con ella misma de protagonista.

Lo que normalmente no saben es que es un proyecto vanidoso, financiado por el Dentista, y que sólo se emitirá por televisión por cable en mitad de la noche.

Pero probablemente sí saben que omitirán las partes más interesantes.

—En lo que se refiere al Dentista —dijo Avi—, nuestra ventaja es que, cuando se trata de Filipinas, será predecible. Manso. Incluso dócil. —Le dedicó una sonrisa críptica.

—¿Y eso?

—Victoria Vigo recurrió a la prostitución para salir de Smoky Mountain, ¿no?

—Bueno, cuando sale el tema hay muchos codazos y guiños, pero nadie lo ha dicho claramente —dijo Randy, mirando nervioso a su alrededor.

—Créeme, es la única forma en que pudo salir de allí. Los Bolobo-los se encargaban de hacer de proxenetas. Se trata de un grupo del norte de Luzón que llegaron al poder junto con Marcos. Controlan esa parte de la ciudad: policía, crimen organizado, política local, todo. En consecuencia, son sus dueños: tienen fotografías y vídeos de cuando era una prostituta menor de edad y estrella porno.

Randy niega con la cabeza por el asco y el asombro.

—¿Cómo demonios te las arreglas para conseguir esa información?

—No importa. Créeme, en algunos círculos es un hecho tan conocido como el valor de pi.

—No en mis círculos.

—En cualquier caso, lo importante es que los intereses de ella coinciden con los de los Bolobolos y siempre será así. Y el Dentista hará siempre obedientemente lo que su esposa le diga.

—¿Realmente puedes dar eso por seguro? —dijo Randy—. Es untipo duro. Probablemente tiene más dinero y poder que los Bolobolos. Puede hacer lo que quiera.

—Pero no lo hará —dijo Avi, sonriendo de nuevo—. Hará lo que su mujer le diga.

—¿Cómo lo sabes?

—Mira —dijo Avi—. Kepler es un obseso del control; como la mayoría de los hombres ricos y poderosos. ¿Cierto?

—Cierto.

—Si eres un obseso del control, ¿en qué preferencia personal se traduce tal cosa?

—Espero no saberlo nuca. Supongo que querría dominar a una mujer.

—¡Falso! —dijo Avi—. El sexo es más complicado, Randy. El sexo es donde surgen los deseos reprimidos de las personas. Las gente se excita más cuando se revelan sus secretos más íntimos…

—¡Mierda! ¿Kepler es masoquista?

—Es tan jodidamente masoquista que era famoso por ello. Al menos en la industria del sexo del sureste asiático. Los proxenetas y ma-dames de Hong Kong, Bangkok, Shenzhen, Manila, todos tienen informes sobre él; sabían exactamente lo que quería. Y así es como conoció a Victoria Vigo. Se encontraba en Manila negociando con Fi-liTel. Pasaba mucho tiempo aquí, hospedándose en un hotel, lleno de micrófonos ocultos, que es propiedad de los Bolobolos. Estudiaron sus hábitos de apareamiento como entomólogos observando los hábitos reproductivos de las hormigas. Prepararon a Victoria Vigo, su as, su bomba, su Terminator sexual, para que le diese a Kepler exactamente lo que Kepler quería. A continuación la enviaron hacia su vida como un puñetero misil teledirigido, y ¡pum!, amor verdadero.

—¿No crees que él sospecharía algo? Me sorprende que se implicase tanto con una puta.

—¡El no sabía que era una puta! ¡Es la parte bonita del plan! ¡Los Bolobolos la plantaron como conserje en el hotel de Kepler usando una identidad falsa! ¡Una tímida chica de escuela católica! Todo empieza cuando ella le consigue entradas para una representación y, en un año, él está encadenado a su cama en ese puto megayate suyo con las marcas de azotes en el culo, y ella encima de él con un anillo de boda en el dedo del tamaño de un faro, la centesimo trigésimo octava mujer más rica del mundo.

—Centésimo vigésimo quinta —le corrigió Randy—, las acciones de FiliTel han subido últimamente.

Randy pasa todo el día siguiente intentado no cruzarse con el Dentista. Se hospeda en una pequeña posada privada en lo alto de la isla, tomando todas las mañanas un desayuno continental con un grupo variopinto de veteranos de guerra americanos y nipones que han venido con sus esposas para (supone Randy) enfrentarse con cuestiones emocionales un millón de

veces más profundas que cualquiera con las que haya tenido que tratar Randy. El *Rui Faíeiro* es de lo más evidente, y Randy se hace una idea de si el Dentista está a bordo observando los movimientos del helicóptero y la lancha rápida.

Cuando cree que es seguro, baja a la playa bajo la antena de microondas y ve trabajar a los submarinistas de Amy en la instalación de cable. Algunos trabajan en la zona de olas, atornillando piezas de hierro alrededor del cable. Otros trabajan varios kilómetros mar adentro, en coordinación con una gabarra que inyecta el cable directamente sobre el fondo marino con un gigantesco apéndice en forma de cuchilla.

El extremo del cable en la orilla penetra en un nuevo edificio reforzado con cemento situado a un centenar de metros del nivel más alto de la marea. Es básicamente una enorme habitación llena de baterías, generadores, unidades de aire acondicionado y conjuntos de equipos electrónicos. El software que corre en ese equipo es responsabilidad de Randy, por lo que pasa la mayor parte del tiempo en el edificio, mirando una pantalla de ordenador y tecleando. Desde allí, las líneas de transmisión van colina arriba hasta la torre de microondas.

El otro extremo lo están llevando hasta una boya que se agita en el mar de China Meridional, a unos kilómetros de distancia. Unido a esa boya está el extremo del festón costero del norte de Luzón, un cable, propiedad de FiliTel, que llega hasta la costa de la isla, donde llega un enorme cable de Taiwán. Taiwán, a su vez, está fuertemente conectado a la red submarina mundial; es fácil y barato mover datos dentro y fuera de Taiwán.

Sólo hay un hueco en la cadena privada de transmisión que Epi-phyte y FiliTel están intentando establecer desde Taiwán al centro de Manila, y ese hueco es más pequeño cada día, a medida que la gabarra de cable se acerca a la boya.

Cuando finalmente llega allí, el *Rui Faíeiro* leva el ancla y se desliza a su encuentro. El helicóptero y la lancha rápida, así como la flotilla de barcos de alquiler, se ponen en acción para llevar dignatarios y periodistas desde Manila. Avi se presenta con dos esmóquines nuevos de un sastre de Shanghai («Todos esos famosos sastres de Hong Kong eran refugiados de Shanghai»). El y Randy rompen el papel, se los ponen y luego descienden la colina en un jeepney con aire acondicionado hasta el muelle, donde les espera el *Glory*,

Dos horas más tarde, Randy puede ver al Dentista y a la Diva por primera vez… en el gran salón de baile del *Rui Faleiro.* Para Randy esa fiesta es como cualquier otra: da la mano a algunas personas, olvida sus nombres, encuentra un sitio para sentarse y disfruta del vino y de la comida en dichosa soledad.

El aspecto especial de esa fiesta son esos dos cables cubiertos de alquitrán, cada uno del espesor de un bate de béisbol, que llegan hasta el alcázar. Si te diriges a la baranda y miras abajo puedes ver como desaparecen en el agua salada. Los extremos de los cables se encuentran sobre una mesa en medio de la cubierta, a la que hay sentado un técnico, que han traído volando desde Hong Kong y al que le han puesto un esmoquin, intentando unirlos con sus herramientas. También intenta superar una tremenda resaca, pero a Randy no le importa ya que sabe que todo es una farsa; los cables no son más que trozos sueltos y que los extremos se hunden en el agua junto al yate. La verdadera unión se realizó ayer y ya se encuentra en el fondo del océano transmitiendo bits.

Hay otro hombre en el alcázar, la mayor parte del tiempo contemplando Batan y Corregidor pero también vigilando a Randy. En cuando Randy se da cuenta, el hombre asiente, como si marcase algo en una lista de su cabeza, se pone en pie, camina y se acerca a él. Viste un uniforme muy ornamentado, el equivalente de una corbata para la Marina de los Estados Unidos. Está casi calvo, y el poco pelo que le queda es de un gris acorazado; está trasquilado hasta una longitud de cinco milímetros. Al acercarse a Randy, varios filipinos le observan con evidente curiosidad.

—Randy —dice. Al darle la mano resuenan las medallas. Parece tener unos cincuenta años, pero tiene la piel de un beduino de ochenta años. Tiene un montón de cintas en el pecho, y muchas son rojas y amarillas, que son colores que Randy vagamente asocia con Vietnam. Sobre el bolsillo lleva una plaquita que dice SHAFTOE—. No se deje engañar, Randy —dice Douglas MacArthur Shaftoe—, no estoy en el servicio activo. Me retiré hace eones. Pero todavía tengo derecho a llevar el uniforme. Y es mucho más fácil que intentar encontrar un esmoquin que me siente bien.

—Encantado de conocerle.

—El placer es mío. Por cierto, ¿dónde ha conseguido el suyo?

—¿Mi esmoquin?

—Sí.

—Mi compañero hizo que lo confeccionasen.

—¿Su compañero de negocios o su compañero sexual?

—Mi socio de negocios. En este momento no tengo compañera sexual.

Doug Shaftoe asiente impasible.

—Es extraño que no la haya obtenido en Manila. Como, por ejemplo, hizo nuestro anfitrión.

Randy mira el salón de baile donde se encuentra Victoria Vigo, quien, si fuese aún más radiante, haría que la pintura se cayese de las paredes y que el vidrio se curvase como caramelo.

—Supongo que soy tímido o algo así —dice Randy.

—¿Es demasiado tímido para prestar atención a una propuesta de negocios?

—En absoluto.

—Mi hija afirma que usted y nuestro anfitrión podrían tender más cables por aquí en los próximos años.

—Cuando se trata de negocios, la gente rara vez planea hacer las cosas una única vez —dice Randy—. Estropea las hojas de cálculo.

—Ya sabe, a estas alturas, que las aguas de la zona son poco profundas.

—Ya sabe que no se pueden tender cables en aguas poco profundas sin realizar análisis extremadamente detallados con sonar de Si-descan de alta resolución.

—Sí.

—Me gustaría realizar esos análisis para usted, Randy.

—Comprendo.

—No, no creo que comprenda. Pero quiero que comprenda, y por eso voy a explicárselo.

—Muy bien —dice Randy—. ¿Debo llamar a mi socio?

—El concepto que voy a exponerle es muy simple y no requiere de dos mentes de alto nivel para procesarlo —dice Doug Shaftoe.

—Vale. ¿Cuál es el concepto?

—El análisis detallado estará lleno de información nueva sobre lo que hay en el fondo del océano en esta parte del mundo. Parte de esa información podría tener mucho valor. Más valor del que imagina.

—Ah —dice Randy—. Quiere decir que podría ser el tipo de cosa que su empresa sabe cómo convertir en dinero.

—Exacto —dice Doug Shaftoe—. Ahora bien, si contrata a uno de mis competidores para realizar el análisis, y consiguen esa información. no se lo dirán a usted. La explotarán ellos solos. Usted no se enterará de que hayan encontrado nada y no recibirá ningún beneficio. Pero si contrata Semper Marine Services, le diré todo lo que encuentre, y le daré a usted y a su compañía una parte de los beneficios.

—Miran —dice Randy. Intenta decidir cómo poner cara de póquer, pero sabe que para Shaftoe es como un libro abierto.

—Con una condición —dice Doug Shaftoe.

—Sospechaba que habría una condición.

—Todo anzuelo efectivo tiene una púa. Esta es la púa.

—¿Cuál es?

—Que lo mantengamos en secreto frente a ese hijo de puta —dice Doug Shaftoe, señalando con el dedo a Hubert Kepler—. Porque si el Dentista lo descubre, entonces él y los Bolobolos se lo repartirán entre ellos y nosotros nos quedaremos sin nada. Incluso cabría la posibilidad de que acabásemos muertos.

—Bien, ciertamente tendremos que meditar sobre la parte de acabar muertos —dice Randy—, pero le transmitiré su propuesta a mi socio.

OceanofPDF.com

Metro

Waterhouse y varias docenas de extraños van de pie y sentados en una habitación extraordinariamente estrecha y larga que se balancea de un lado a otro. La habitación está llena de ventanas, pero por ellas no entra luz, sólo sonido: muchos retumbos, traqueteos y chirridos. Todos parecen pensativos y silenciosos, como si estuviesen sentados en una iglesia esperando a que empiece la misa.

Waterhouse está de pie agarrado a un protuberancia anclada en el techo que le impide balancearse dentro de la lata. Durante los últimos minutos ha estado prestando atención a un póster que explica cómo ponerse una máscara de gas. Waterhouse, como todos los demás, lleva uno de esos dispositivos dentro de una pequeña bolsa colgada al hombro. La de Waterhouse tiene un aspecto diferente porque es americana y militar. Ha llamado la atención de los demás.

En el póster hay una mujer encantadora y con estilo, de piel blanca y de pelo castaño que parece haber sido moldeado químicamente y recompuesto a su forma actual en un salón de belleza de alta categoría. Está de pie, con la columna como el asta de una bandera, la barbilla al aire, los codos doblados, las manos en postura ritual: los dedos extendidos, los pulgares en el aire justo frente a la cara. Entre sus manos cuelga una masa siniestra, sostenida en la maraña de cintas color caqui. Los pulgares levantados son los ejes de esa diminuta red.

Waterhouse lleva en Londres un par de días y conoce el resto de la historia. Reconocería esa pose en cualquier sitio. Ésa mujer está preparada para ponerse la máscara. Si el gas cae alguna vez sobre la capital, las alarmas de gas sonarán y las partes altas de los pesados buzones, que han

sido tratados con una pintura especial, se volverán negras. Veinte millones de pulgares señalarán el cielo verdoso y ponzoñoso, diez millones de máscaras de gas colgarán de ellos, diez millones de barbillas se levantarán. Puede imaginar el exquisito sonido de la piel suave y blanca de esa mujer ajustándose entre los límites de la goma negra.

Una vez que esté completo el movimiento de barbilla, todo está bien. Tienes que colocar correctamente las cintas sobre la permanente castaña y mantenerte a cubierto, pero lo peor del peligro ya ha pasado. Las máscaras antigás británicas tienen una zona redonda y corta en la parte delantera para permitir la exhalación, que tiene exactamente el aspecto del morro de un cerdo, y ninguna mujer aceptaría ponerse semejante cosa si las modelos de los póster no fuesen tal parangón de belleza.

Algo le llama la atención en la oscuridad más allá de las ventanas. El tren ha llegado a una de esas zonas del metro donde luces tenues se ciernen sobre ellos, traicionando los secretos estigios del metro. Todos los ocupantes del vagón parpadean, miran y toman aliento. Durante un momento el mundo se ha materializado a su alrededor. Fragmentos de una pared, apuntalamientos incrustados, haces de cables, cuelgan en el espacio, girando lentamente, como cuerpos astronómicos, mientras el tren avanza.

Los cables llaman la atención de Waterhouse: cuidadosamente fijados en paralelo a las paredes de piedra. Son como las trepadoras de una hiedra plutónica que se extiende por la oscuridad del metro cuando el personal de mantenimiento no presta atención, buscando un lugar por el que avanzar y llegar a la luz.

Cuando caminas por las calles, en el mundo superior, ves los primeros zarcillos abriéndose camino por las antiguas paredes de los edificios. Parras cubiertas de neopreno que crecen en línea recta subiendo por la piedra para infiltrarse por agujeros en las ventanas, centrándose especialmente en las oficinas. A veces están cubiertas de tubos de metal. En ocasiones sus propietarios las han pintado. Pero todos comparten unas raíces comunes que florecen en las grietas y canales no usados del metro, convergiendo en grandes estaciones de conmutación situadas en profundas bóvedas a prueba de bombas.

El tren invade una catedral de lúgubre luz amarilla y se detiene con un gemido, acaparando el espacio. Chillones iconos de la paranoia nacional brillan en los nichos y grutas. Una mujer angelical con la barbilla levantada sostiene un extremo del continuo moral. En el extremo opuesto tenemos

una súcubo vestida con una falda ceñida, tendida sobre un sofá en medio de una fiesta, sonriendo afectadamente con sus pestañas postizas mientras mira de reojo al joven e ingenuo soldado que charla a su espalda.

Los carteles identifican el lugar como Euston en una elegante tipografía sans-serif que destila credibilidad oficial. Waterhouse y casi todos los demás bajan del tren.

Después de quince minutos más o menos de dar tumbos por la estación pidiendo ayuda y extrañándose ante los horarios, Waterhouse se encuentra a bordo de un tren interurbano en dirección a Birmingham. Por el camino, le han prometido, se detendrán en un lugar llamado Bletchley.

Parte del motivo de la confusión es que hay otro tren a punto de partir en el andén adyacente, que va directo a Bletchley, su destino final, sin paradas intermedias. Parece que todos los ocupantes de ese tren son mujeres con uniformes cuasi militares.

Los hombres de la RAF, con los subfusiles Sten, vigilando cada puerta del tren, comprobando papeles y pases, no le dejan subir a bordo. Waterhouse mira por las ventanas a las muchachas Bletchley del tren, unas frente a otras en grupos de cuatro y cinco, sacando la costura de la bolsa, convirtiendo bolas de lana escocesa en pasamontañas y manoplas para los tripulantes de los convoyes del Atlántico Norte, escribiendo cartas a sus hermanos en servicio y a sus mamas y papas en casa. Los pistoleros de la RAF se quedan junto a las puertas hasta que todas están dentro y el tren ha comenzado a salir de la estación. A medida que gana velocidad, las filas y filas de chicas, tejiendo, escribiendo y charlando, se fusionan en algo que muy probablemente se parece a lo que soldados y marineros de todo el mundo ven en sus sueños. Waterhouse no será nunca uno de esos soldados, en el frente, en contacto directo con el enemigo. Ha probado la manzana del conocimiento prohibido. Tiene prohibido ir a cualquier parte del mundo donde el enemigo pueda capturarle.

El tren sale de la noche por un cauce de ladrillos, en dirección a las afueras del norte de la ciudad. Son como las tres de la tarde; ese tren especial BP debía estar llevando a las chicas del cambio de turno.

Waterhouse tiene la sensación de que no va a trabajar en nada que se parezca, ni remotamente, a turnos regulares. Su mochila —que le prepararon— está preñada de posibilidades: gruesos jerséis de lana,

uniformes de ligereza tropical del Ejército de Tierra y la Marina, pasamontañas negros, condones.

El tren se libera lentamente de la ciudad y penetra en un territorio parcheado de pequeñas ciudades residenciales. Waterhouse se siente pesado, y sospecha que hay una ligera tendencia colina arriba. Pasan a través de una hendidura que han abierto en una sierra, como una muesca en la parte superior de un tronco, y entran en un encantador territorio de campos verde esmeralda sutilmente hinchados, salpicados caóticamente por pequeñas cápsulas blancas que toma por ovejas.

Evidentemente, es probable que la distribución no sea en absoluto caótica… es probable que refleje las variaciones locales de la química del suelo que produce la hierba que las ovejas encuentran más o menos deseable. Por medio de un reconocimiento aéreo, los alemanes podrían dibujar un mapa de la química del suelo de Inglaterra basándose simplemente en la distribución de las ovejas.

Los campos están rodeados por viejas cercas, muros de piedra, o, especialmente en las tierras altas, largas franjas de bosque. Al cabo de más o menos una hora, el bosque aparece por la izquierda del tren, cubriendo un terraplén que se eleva suavemente desde el apartadero. Los frenos del tren resuenan gaseosos y el tren se detiene quejumbroso en la estación. Pero la línea se ha dividido y ramificado bastante, más de lo que daría a entender el tamaño de la estación. Waterhouse se pone en pie, se cuadra, se agacha en una pose de luchador de sumo, y se enfrenta a Petate. Petate parece ser el ganador cuando aparentemente empuja a Waterhouse fuera del tren y hacia la plataforma.

El olor a carbón es más fuerte de lo habitual, y se oye mucho ruido proveniente de algún lugar cercano. Waterhouse mira y descubre grandes obras industriales en los múltiples apartaderos. Se pone en pie y observa durante un par de minutos, mientras el tren se aleja en dirección al norte, y comprueba que en la estación de Bletchley se están encargando de reparar locomotoras de vapor. A Waterhouse le gustan los trenes.

Pero no ha sido por eso por lo que le han dado varios trajes gratis y un billete a Bletchley, por lo que, una vez más, Waterhouse se enfrenta a Petate y sube las escaleras del puente cerrado que vuela sobre las líneas paralelas. Mirando hacia la estación, ve más chicas de Bletchley (miembros de la Fuerza Aérea Auxiliar de Mujeres, WAAF, y Sección Femenina de la Marina Británica, WREN) viniendo en su dirección; el turno de día, que ha

terminado su trabajo, que consiste en procesar letras y dígitos claramente caóticos a escala industrial. Como no quiere tener aspecto ridículo, consigue al fin cargarse a Petate a la espalda, pasa los brazos por las cintas y permite que el peso le impulse por el puente.

Las WAAF y WREN sólo están moderadamente interesadas en ver a un oficial americano recién llegado. O quizá simplemente se muestran tímidas. En cualquier caso, Waterhouse sabe que es uno de los pocos, pero no el primero. Petate lo arrastra por la estación como un policía gordo cargando a un borracho esposado por el vestíbulo de un hotel de dos estrellas. Waterhouse se ve eyectado a una franja de territorio abierto junto a la carretera norte-sur. Justo frente a él se eleva el bosque. Cualquier fantasía de que podría tratarse de un bosque acogedor se disuelve con rapidez con la densa lluvia de luz gélida que brilla en el extremo del bosque a medida que el sol se pone y que indica que aquel lugar está repleto de metal afilado. En el bosque hay un orificio, que escupe WAAF y WREN como el estrecho orificio de salida de un enorme nido de avispas.

Waterhouse sólo tiene la opción de avanzar o dejarse caer de espaldas por el peso de Petate y quedarse agitando los miembros indefensos como un escarabajo patas a arriba, por lo que se tambalea hacia delante, atraviesa la calle y llega al sendero que penetra en el bosque. Queda rodeado por las chicas Bletchley. Celebran el final del turno poniéndose maquillaje. El carmín bélico es forzosamente un remiendo fabricado con los restos de cartílagos una vez que el material bueno se ha utilizado para recubrir los ejes de las hélices. Es necesario un aroma florido y empalagoso para ocultar sus atroces orígenes minerales y animales.

Es el olor de la Guerra.

Waterhouse todavía no ha visitado todo BP, pero conoce lo esencial. Sabe que esas chicas recatadas, tecleando obedientemente hojas y hojas de galimatías en sus máquinas, turno tras turno, día tras día, han matado a más hombres que Napoleón.

Avanza lenta y penosamente enfrentándose a la oleada del turno de día que está saliendo. Llegado un momento se rinde sin más, se hace a un lado, empuja con el cuerpo a Petate hacia la hiedra, enciende un cigarrillo y espera a que pase una ráfaga de un centenar de chicas. Algo le golpea en el tobillo: una vara de frambuesas, llena de espinas. Sobre ella hay una tela de araña extraordinariamente diminuta y precisa cuyas hebras geodésicas relucen bajo un rayo de luz del atardecer. La araña situada en el centro es

del tipo británico imperturbable, perfectamente tranquila frente a las torpes payasadas yanquis de Waterhouse.

Waterhouse alarga la mano y coge una hoja castaño dorada de olmo que cae del aire frente a él. Se agacha, se mete el cigarrillo en la boca y, empleando ambas manos para estabilizarse, pasa el borde dentado de la hoja por uno de los filamentos radiales de la red, que, ya lo sabe, no tendrá ninguna sustancia pegajosa. Como un arco de violín sobre la cuerda, la hoja produce una vibración razonablemente regular en la red. La araña se gira para encararse a ella, rotando instantáneamente, como un personaje en una película mal montada. Waterhouse se sobresalta tanto por la velocidad del movimiento que retrocede un poco, luego vuelve a pasar la hoja por la red. La araña se tensa, atenta a la vibración.

Pasados unos segundos, vuelve a su posición original y sigue con sus asuntos, ignorando por completo a Waterhouse.

Las arañas saben por la vibración qué tipo de insecto han atrapado, y se dirigen hacia él. Hay un motivo para la disposición radial de la web, y para que la araña se sitúe justamente en la convergencia de los radios. Los hilos son extensiones de su sistema nervioso. La información se propaga por la tela hasta la araña, donde es procesada por una máquina de Turing interna. Waterhouse ha probado con muchos trucos diferentes, pero nunca ha sido capaz de engañar a una araña. ¡No es buena señal!

La hora punta parece haber finalizado durante el experimento científico de Waterhouse. Se enfrenta a Petate una vez más. La lucha les lleva otros cien metros, hasta el punto en que el camino se abre a una carretera cerrada por una cancela de hierro colgada entre dos estúpidos obeliscos de ladrillo rojo. Los guardias son, una vez más, hombres de la RAF con subfusiles Sten, y ahora mismo examinan los papeles de un hombre con abrigo de lona y gafas protectoras, que ha llegado en una motocicleta verde del ejército con alforjas sobre la rueda trasera.

Las alforjas no están muy llenas, pero han sido selladas cuidadosamente; contienen la munición que las chicas meten entre los dientes castañeteantes de sus hambrientas armas.

Con un gesto le indican al motociclista que entre, y éste gira inmediatamente a la izquierda por un camino estrecho. La atención se dirige hacia Lawrence Pritchard Waterhouse, quien, después de un adecuado intercambio de saludos, presenta sus credenciales.

Tiene que elegir entre las muchas que tiene, que no consigue ocultar ante los guardias. Pero a éstos no parece preocuparles o siquiera llamarles la. atención, lo que los distingue de los otros con los que Waterhouse ha tenido que tratar. Como es natural, esos hombres no se encuentran en la lista Ultra Mega, por lo que sería un grave fallo de seguridad decirles que está allí por un asunto Ultra Mega. Sin embargo, parece que han recibido a muchos otros hombres que no podían manifestar sus razones reales, y ni siquiera pestañean cuando Lawrence pretende ser uno de los enlaces de inteligencia naval del Barracón 4 o el Barracón 8.

En el Barracón 8 es donde descifran las transmisiones navales de Enigma. El Barracón 4 recibe las decodificaciones del Barracón 8 y las analiza. Si Waterhouse finge ser personal del Barracón 4 el disfraz no durará mucho porque esos tipos tienen que saber algo sobre la Marina. Encaja perfectamente en el perfil de los hombres del Barracón 8, porque éstos no tienen que saber nada más que pura matemática.

Uno de los hombres de la RAF examina sus papeles, a continuación se mete en la garita y le da a la manivela del teléfono. Waterhouse permanece de pie, incómodo, admirando el arma colgada del hombro del soldado. No es, por lo que puede ver, nada más que un tubo de acero con un gatillo en un extremo. Una pequeña ventanita cortada sobre el tubo permite ver el muelle que hay dentro. Algunos mangos y accesorios pegados no hacen que el subfusil Sten deje de parecer un proyecto mal ejecutado de un taller de instituto.

—¿Capitán Waterhouse? Debe dirigirse a la Mansión —dice el guardia que ha hablado por teléfono—. No tiene pérdida.

Waterhouse recorre unos quince metros y descubre que la Mansión, trágicamente, no tiene pérdida. La contempla durante un minuto, intentando imaginar en qué pensaba el arquitecto. Es una construcción abigarrada, con un número excesivo de frontones. Sólo le queda suponer que el diseñador querría construir en realidad una enorme y única morada, pero pretendió camuflarla como una hilera de al menos media docena de chalés urbanos extremadamente diferentes, inexplicablemente unidos, en medio de seiscientos acres de tierra de campo de Buckinghamshire.

Parece que el sitio ha sido bien cuidado, pero a medida que se acerca, puede ver lianas negras trepando por los muros de ladrillo. El sistema de raíces que vislumbró en el metro se ha extendido bajo el bosque y el pasto hasta allí mismo y ha empezado a lanzar hacia arriba sus trepadoras de

neopreno. Pero no se trata de un organismo fototrópico: no crece hacia la luz, siempre en busca del sol. Es infotrópico. Y se ha extendido hasta ese lugar por la misma razón que ha llevado hasta allí a los humanos infotrópicos como Lawrence Pritchard Waterhouse y el doctor Alan Mathison Turing, porque Bletchley Park tiene aproximadamente la misma situación en el mundo de la información que el sol en el sistema solar. Ejércitos, naciones, primeros ministros, presidentes y genios caen hacia él, no en seguras órbitas planetarias sino en las descontroladas órbitas elípticas e hiperbólicas de los cometas y asteroides perdidos.

El doctor Rudolf von Hacklheber no puede ver Bletchley Park, porque es el segundo secreto mejor guardado del mundo, después de Ultra Mega. Pero desde su oficina en Berlín, repasando informes del Beobachtung Dienst, puede observar fragmentos de esas trayectorias, y concebir hipótesis de por qué son así. Si la única hipótesis lógica es que los Aliados han roto Enigma, entonces el Destacamento 2702 habrá fracasado.

Lawrence muestra más credenciales y pasa por entre un par de estatuas de grifos deterioradas. La Mansión es mucho más bonita en cuanto no puedes ver su exterior. El diseño de una falsa red de casas ofrece muchas oportunidades para la disposición de ventanales exteriores que proporcionan una luz muy necesaria. El salón está sostenido por arcos y pilares góticos construidos con un mármol marrón claramente de baja calidad con el aspecto de desechos vitrificados.

El lugar es sobrecogedoramente ruidoso; hay un ruido estrepitoso de triquitraque, como aplausos fanáticos, permeando paredes y puertas, trayendo una corriente de aire caliente con un olor penetrante y aceitoso. Es el peculiar olor de los teletipos eléctricos… o teleimpresores, como los llaman los británicos. El ruido y el calor sugieren que debe haber docenas de ellos en las dependencias inferiores de la Mansión.

Waterhouse sube por una escalera con artesonado hacia lo que los británicos llaman primer piso y descubre que es más tranquilo y frío. El alto mandamás de Bletchley tiene allí su despacho. Si la organización es dirigida con verdadero espíritu burocrático, Waterhouse no volverá a ver esa parte una vez finalizada la entrevista inicial. Encuentra el camino hasta la oficina del coronel Chattan, quien (a la memoria de Waterhouse le ha ayudado ver el nombre en la puerta) es el tipo situado en lo alto del organigrama del Destacamento 2702.

Chattan se pone en pie para darle la mano. Es pelirrojo, de ojos azules y probablemente tendría las mejillas sonrosadas si en ese momento no tuviese un bronceado del desierto tan intenso. Viste un uniforme de gala; los uniformes de los oficiales británicos se confeccionan a mano, la única forma de obtenerlos. Waterhouse no es precisamente un experto en moda, pero aprecia a primera vista que el de Chattan no se lo cosió mamá por la noche frente a la estufa de carbón. No, Chattan tiene su propio sastre como-dios-manda. Sin embargo, al pronunciar el nombre de Waterhouse no dice «guata jaes» como la gente de los Edificios Broadway. La R resulta dura y chisporroteante, y la parte de «house» se alarga en algo que suena como «juus». Ese Chattan tiene un cierto acento asilvestrado.

Con Chattan se encuentra un hombre más menudo vestido con el uniforme de diario británico: estrecho en muñecas y tobillos, pero por lo demás amplio, de una franela gruesa caqui que sería intolerablemente calurosa si esa gente no pudiese confiar en una temperatura ambiente fija, dentro y fuera, de unos cincuenta y cinco grados Fahren-heit. El aspecto general siempre le recuerda a Waterhouse al doctor Dentons. Se lo presentan como teniente Robson, y es el líder de uno de los dos pelotones del 2702, el de la RAF. Tiene un bigote áspero, muy recortado, de cabellos grises y castaños. Es un tipo risueño, al menos en presencia de superiores, y sonríe con frecuencia. Los dientes se le abren radialmente desde la mandíbula, de forma que cada mandíbula tiene la apariencia de una lata de café sobre la que hubiesen detonado una pequeña granada.

—Éste es el hombre que estábamos esperando —le dice Chattan a Robson—. El que podría habernos sido muy útil en Argel.

—¡Sí! —dice Robson—. Bienvenido al Destacamento 2702, capitán Waterhouse.

—2702 —le corrige Waterhouse.

Chattan y Robson parecen ligeramente asombrados.

—No pueden usar 2702 porque es el producto de dos primos.

—¿Perdone? —dice Robson.

Una cosa que a Waterhouse le gusta mucho de los británicos es que cuando no saben de qué demonios estás hablando, al menos admiten la posibilidad de que sean ellos los equivocados. Robson tiene el aspecto de un hombre que ha ascendido en el escalafón. Un yanqui de su misma posición estaría resoplando y mostrándose desdeñoso.

—¿Cuáles? —dice Chattan. Eso le anima; al menos sabe qué es un primo.

—73 y 37 —dice Waterhouse.

La respuesta causa una gran impresión a Chattan.

—Ah, sí, comprendo. —Agita la cabeza—. Tendré que tomarle el pelo al profesor por esto.

Robson ha inclinado tanto la cabeza hacia un lado que casi descansa sobre la gruesa y lanuda boina que lleva metida en la charretera. Tiene los ojos entrecerrados y parece horrorizado. Su hipotético homólogo yanqui muy probablemente exigiría en ese momento una completa explicación de la teoría de los números primos, y cuando hubiese terminado, la acusaría de ser una chorrada. Pero Robson lo deja pasar:

—¿Debo entender que vamos a cambiar el número de nuestro Destacamento?

Waterhouse traga saliva. Por la reacción de Robson parece estar claro que eso implicará mucho trabajo duro por su parte y la de sus hombres; semanas de repintar con plantillas y de intentar propagar el nuevo número por toda la burocracia militar. Será un coñazo.

—Será 2702 —dice Chattan con tranquilidad. Al contrario que Waterhouse, no le causa ningún problema dar órdenes difíciles e impopulares.

—Muy bien, debo ocuparme de algunas cosas. Ha sido un placer conocerle, capitán Waterhouse.

—El placer ha sido mío.

Robson vuelve a dar la mano a Waterhouse y sale.

—Tenemos alojamiento para usted en uno de los barracones situados al sur de la cantina —dice Chattan—. Bletchley Park es nuestro cuartel general nominal, pero predecimos que pasaremos la mayor parte del tiempo en las zonas donde se hace más uso de Ultra.

—Asumo que ha estado en el norte de África —dice Waterhouse.

—Sí. —Chattan alza las cejas, o más bien, las franjas de piel donde presumiblemente están localizadas las cejas; los pelos están decolorados y son transparentes, como hebras de monofilamento de nylon—. Me temo que salimos de allí por los pelos.

—Estuvo cerca, ¿no?

—Eh, no me refiero a eso —dice Chattan—. Hablo de la integridad del secreto Ultra. No estamos todavía seguros de que hayamos escapado. Pero el profe ha realizado algunos cálculos que sugieren que es posible que no haya peligro.

—¿Profe es el nombre que utiliza para referirse al doctor Turing?

—Sí. Ya sabe que le recomendó personalmente.

—Es lo que supuse cuando llegaron las órdenes.

—Turing está en estos momentos ocupado en otros dos frentes de la guerra de la información, y no pudo participar en nuestro alegre encuentro.

—¿Qué sucedió en el norte de África, coronel Chattan?

—Sigue sucediendo —dice Chattan con perplejidad—. Nuestro equipo de marines sigue en la zona, ampliando la curva de campana.

—¿Ampliando la curva de campana?

—Bueno, usted sabe mejor que yo que las cosas que suceden al azar normalmente tienen una distribución en forma de campana. Alturas, por ejemplo. Acerqúese a la ventana, capitán Waterhouse.

Waterhouse se une a Chattan frente al ventanal, desde donde se ven los acres que antes solían ser terreno agrícola. Mirando más allá del cinturón boscoso a las tierras altas situadas a varios kilómetros de distancia, puede ver el aspecto que probablemente tenía Bletchley Park: campos verdes salpicados con grupos de pequeños edificios.

Pero ése no es el aspecto que tiene ahora. Apenas queda un trozo de tierra en un radio de un kilómetro que no haya sido pavimentado y sobre el que no hayan construido. Una vez que dejas atrás la Mansión y sus singulares dependencias, el parque consiste en estructuras de ladrillo de un piso, nada más que largos pasillos con múltiples cruces: +++++++, y se añaden más + tan rápido como los albañiles pueden poner el barro en los ladrillos (Waterhouse se pregunta, divagando, si Rudy no habrá visto fotografías aéreas de ese lugar y habrá deducido a partir de todas esas cruces la naturaleza matemática de sus actividades). Los tortuosos corredores que conectan los edificios son estrechos, y cada uno se reduce a la mitad por medio de un muro de impacto de metro y medio de alto que los atraviesa por el medio, de forma que los germanos tengan que gastar al menos una bomba por edificio.

—En ese edificio de ahí —dice Chattan, señalando una pequeña construcción no muy alejada, un tugurio de ladrillo de aspecto muy feo—,

están las bombes de Turing. Es «bombe», con e al final. Son las máquinas de calcular inventadas por el profe.

—¿Son máquinas universales de Turing de verdad? —suelta Waterhouse. Está dominado por una asombrosa visión sobre la verdadera naturaleza de Bletchley Park: un reino secreto en el que Alan ha encontracto los recursos para dar forma a su gran sueño. Un reino que no está dirigido por hombres sino por la información, donde humildes edificios con forma de signos de sumar contienen Máquinas Universales que pueden configurarse para realizar cualquier operación compu-table.

—No —dice Chattan, con una amable y triste sonrisa.

Waterhouse deja escapar un suspiro prolongado.

—Ah.

—Quizás el año que viene, o el siguiente.

—Quizá.

—Las bombes fueron adaptadas, por Turing, Welchman y otros, a partir de un diseño de criptoanalistas polacos. Consisten en tambores rotatorios que prueban muchas de las posibles claves Enigma a gran velocidad. Estoy seguro de que el profe podrá explicárselo. Pero lo importante es que tienen esos enormes tableros perforados por detrás, como centralitas telefónicas, y algunas de nuestras chicas tienen como trabajo introducir las clavijas correctas en los huecos correctos y reconectarlas cada día. Requiere buena vista, atención cuidadosa y altura.

—¿Altura?—Apreciará que las chicas a las que se les ha asignado ese trabajo son excepcionalmente altas. Si los alemanes llegasen a obtener los registros de personal de Bletchley Park, y dispusiesen las alturas en un histograma, verían una curva de campana normal, representando a la mayor parte de los trabajadores, con una protuberancia anormal, que representa a la población excepcional de chicas altas que hemos traído para operar las clavijas.

—Sí, comprendo —dice Waterhouse—, y alguien como Rudy, el doctor von Hacklheber, notaría la anomalía y se preguntaría la causa.

—Exacto —dice Chattan—. Y entonces sería parte del trabajo del Destacamento 2702, el grupo Ultra Mega, sembrar información falsa que alejase a su amigo Rudy del rastro. —Chattan se aparta de la ventana, camina hasta el escritorio y abre una gran caja de cigarrillos llena de munición fresca. Le ofrece uno a Waterhouse con un gesto diestro de la

mano, y éste lo acepta, sólo por educación. Mientras Chattan se lo enciende, mira por entre la llama a los ojos de Waterhouse y dice—: Se lo pregunto a usted. ¿Qué haría para ocultarle a su amigo Rudy que aquí tenemos a muchas chicas altas?

—¿Dando por supuesto que ya tiene los registros de personal?

—Sí.

—En ese caso, es demasiado tarde para ocultar nada.

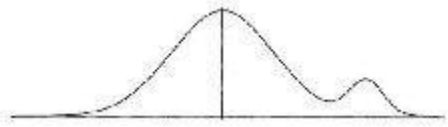
—Concedido. Asumamos en su lugar que tiene algún canal de información que le está pasando esos registros, unos pocos cada vez. Ese canal todavía está abierto y en funcionamiento. No podemos cerrarlo. O quizá decidimos no cerrarlo, porque incluso la ausencia de ese canal podría indicarle a Rudy algo importante.

—Bueno, entonces —dice Waterhouse— creamos algunos registros de personal falsos y los introducimos en el canal.

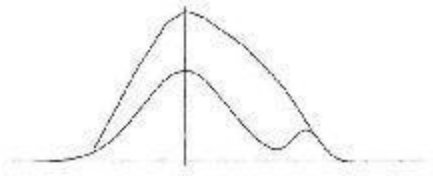
Hay una pequeña pizarra colgada de la pared de la oficina de Chat-tan. Es un palimpsesto no muy bien borrado; el personal de limpieza debe tener órdenes estrictas de no limpiarla nunca para evitar que se pierda algo importante. Mientras se acerca, puede ver restos de cálculos viejos amontonados unos sobre otros, desvaneciéndose en el negro como transmisiones de luz blanca que se propagan en el espacio profondo.

Reconoce la letra de Alan por todas partes. Debe hacer un esfuerzo físico para no detenerse y reconstruir los cálculos de Alan a partir de los fantasmas que quedan sobre la pizarra. Escribe encima con renuencia.

Waterhouse marca una abscisa y una ordenada sobre la pizarra, y luego, con un movimiento amplio, una curva de campana. Sobre la curva, a la derecha del pico, añade una pequeña protuberancia.



—Las chicas altas —explica—. El problema es esta muesca. Señala el valle entre el pico principal y la protuberancia. Luego dibuja un nuevo pico lo suficientemente alto y ancho para cubrirlos a los dos:



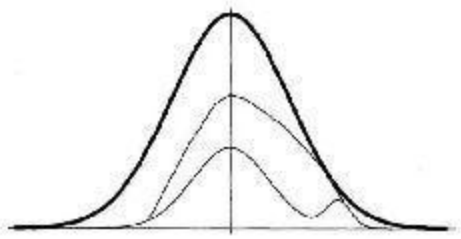
—Podemos hacerlo sembrando registros personales falsos en el canal de Rudy, dando alturas que son mayores que la media total, pero más cortas que las chicas bombe.

—Pero ahora se ha metido en otro atolladero —dice Chattan. Está recostado sobre la silla giratoria, sosteniendo el cigarrillo frente a la cara, mirando a Waterhouse por entre una nube de humo inmóvil.

Waterhouse dice:

—La nueva curva tiene mejor aspecto porque he rellenado el hueco, pero realmente no tiene forma de campana. No termina bien, en los bordes. El doctor von Hacklheber se dará cuenta. Comprenderá que alguien ha estado alterando el canal. Para evitar que eso suceda, tendría que sembrar más datos falsos, dando algunos valores inusualmente grandes y pequeños.

—Inventar chicas falsas que sean excepcionalmente altas o bajas —dice Chattan.



—Sí. Eso haría que la curva de campana terminase correctamente.

Chattan sigue mirándole expectante.

Waterhouse dice:

—Por tanto, añadir un pequeño número de lo que en otras circunstancias serían extrañas anomalías hace que todo parezca perfectamente normal.

—Como le he dicho —dice Chattan—, nuestro equipo se encuentra en el norte de África, incluso mientras hablamos, ensanchando la curva de campana. Haciendo que todo parezca perfectamente normal.

OceanofPDF.com

Carne

Vale, así que el soldado de primera clase Gerald Hott, de Chicago, Illinois, no ascendió lo que se dice volando por el escalafón durante su estancia de quince años en el ejército de los Estados Unidos. Sin embargo, sabía trinchar de cojones un lomo asado. Era tan diestro con un cuchillo de deshuesar como Bobby Shaftoe con la bayoneta. ¿Y quién sabe si un carnicero militar, al conservar los limitados recursos de una res muerta y al seguir escrupulosamente las reglas sanitarias, no está salvando tantas vidas como un guerrero de ojos acerados? Ser militar no es sólo matar nipos, teutones e ítalos. También se trata de matar animales… y comerlos. Gerald Hott era un guerrero del frente que mantenía su congelador tan limpio como una sala de operaciones y por tanto es adecuado que haya terminado dentro de uno.

Bobby Shaftoe compone esa pequeña elegía en su cabeza mientras se estremece en el frío subártico de lo que fue un contenedor de carne francés del tamaño y la temperatura de Groenlandia y que ahora pertenece al ejército de los Estados Unidos, rodeado por los restos terrenales de varias manadas de ganado y un carnicero. Ha asistido a más de un funeral militar durante su breve periodo en el servicio, y siempre ha admirado la habilidad del capellán para inventarse emocionantes elegías sobre el difunto. Circula el rumor de que cuando los militares admiten reclutas que no superan las pruebas físicas pero parecen tener cerebro, les enseñan a mecanografiar, los sientan frente a escritorios y escriben esas cosas, día tras día. No es mal puesto si puedes conseguirlo.

Los cuerpos congelados cuelgan de los ganchos formando largas filas. Bobby Shaftoe se va poniendo más y más tenso mientras sube y baja por

los pasillos, preparándose para ver lo que está a punto de ver. Casi es preferible cuando la cabeza de tu compañero estalla de repente justo cuando está dando vida a un cigarrillo: un montaje como éste puede volverte loco.

Finalmente rodea el final de una fila y descubre a un hombre dormitando en el suelo, abrazado a un cerdo, que aparentemente estaba a punto de desmembrar en el momento de la muerte. Lleva allí unas doce horas y su temperatura corporal ronda los menos diez grados Fahrenheit.

Bobby Shaftoe se cuadra para encararse con el cuerpo y respirar profundamente el aire helado y con olor a carne. Cruza sus manos cianóticas sobre el pecho de una forma que resulta simultáneamente devota y buena para darles calor.

—Buen Dios —dice en voz alta. La voz no resuena; la carne la absorbe—. Perdona a este marine por este acto, su deber, que está a punto de realizar, y ya que estás en ello, perdona al superior de este marine a quien Tú en Tu infinita sabiduría has considerado dar el cargo, y perdona a todos sus superiores por iniciar este asunto.

Considera el continuar así un rato más, pero al final decide que no es peor que clavarle la bayoneta a un nipo y que adelante. Se acerca a los cuerpos abrazados del soldado de primera Gerald Hott y de Hela-dita el Cerdo e intenta separarlos sin éxito. Se agacha a su lado y mira bien al primero de ellos. Hott es rubio. Tiene los ojos medio cerrados, y cuando Shaftoe los ilumina con una linterna, por entre las rendijas se puede ver un destello de azul. Hott es un hombre grande, doscientas veinticinco fáciles en buena forma, ahora seguro que doscientas cincuenta. La vida en una cocina militar no facilita que alguien mantenga su peso, o (por desgracia para Hott) su sistema cardiovascular en algo remotamente similar a unas buenas condiciones.

Hott y su uniforme estaban secos cuando se produjo el ataque al corazón, por lo que, gracias a Dios, la tela no está congelada sobre la piel. Shaftoe puede cortarla en su mayor parte con varios movimientos largos de su exquisitamente afilado cuchillo V—44 «Gung Ho». Pero la hoja de nueve pulgadas y media, casi un machete, del V—44 es completamente impropiada para la lucha realmente cercana —por ejemplo, desnudar las axilas y la ingle— y le han dicho que tenga cuidado y que no produzca rasguños, por lo que ahora debe hacer uso del estilete USMC Marine Raider, cuya esbelta hoja doble de siete pulgadas y cuarto parece haber sido

diseñada expresamente para ese tipo de procedimientos, aunque el mango en forma de pez, fabricado de metal sólido, comienza a congelarse al cabo de un rato pegándose a las sudorosas palmas de Shaftoe.

El teniente Ethridge revolotea frente a la puerta del congelador-tumba. Shaftoe pasa junto a él y se dirige directamente a la salida del edificio, ignorando las preguntas de Ethridge:

—¿Shaftoe? ¿Cómo ha ido?

No se detiene hasta no haber salido de la sombra del edificio. El sol del norte de África recorre su cuerpo como un baño de morfina. Cierra los ojos y orienta el rostro en su dirección, une las manos congeladas para acumular el calor y dejarlo descender por los antebrazos, caer por los codos.

—¿Cómo ha ido? —vuelve a repetir Ethridge.

Shaftoe abre los ojos y mira a su alrededor.

El puerto es una luna creciente de color azul con millas de embarcaderos entremezclados unos con otros como si se tratase de diagramas de pasos de baile. Uno de ellos está cubierto con los muñones desgastados de antiguos baluartes y junto a él yace un acorazado francés medio hundido, todavía exhalando humo y vapor al aire. A su alrededor, los barcos de la Operación Antorcha descargan mierda a un ritmo increíble. Las redes de carga se elevan de los contenedores y caen con un ruido sordo sobre los muelles como escupitajos gigantes. Los estibadores izan, los camiones transportan, las tropas desfilan, las chicas francesas fuman cigarrillos yanquis. Los argelinos proponen empresas conjuntas.

Entre esas naves y la operación cárnica del ejército, en lo alto de la roca, se encuentra lo que Bobby Shaftoe toma por la ciudad de Argel. Para el ojo discriminatorio de ese nativo de Wisconsin no parece haber sido «construida» sino más bien arrastrada hasta la colina por la marea. Se ha dedicado mucho espacio a mantener al sol fuera así que, desde arriba, tiene un aspecto cerrado; muchas baldosas rojas, decoradas con flores y arabescos. Un par de estructuras modernas de cemento (por ejemplo, ese mismo congelador) parecen haber sido abandonadas allí por los franceses en el curso de alguna vigorosa ofensiva de limpieza de los barrios bajos. Aún así, quedan todavía muchas zonas por limpiar: y el objetivo número uno es esa colmena humana u hormiguero justo a la izquierda de Shaftoe, la Casbah, la llaman. Quizá sea un barrio. Quizá sea un único edificio mal

organizado. Hay que verlo para creerlo. Los árabes están apretujados allí como los miembros de una fraternidad en una cabina telefónica.

Shaftoe se da la vuelta y contempla de nuevo el congelador, que allí se encuentra peligrosamente expuesto a los ataques aéreos del enemigo, pero a nadie le importa un cojón, porque ¿qué más da si los teutones vuelan un montón de carne?

El teniente Ethridge, casi tan desesperadamente quemado por el sol como Bobby Shaftoe, entrecierra los ojos.

—Rubio-dice Shaftoe.

—Vale.

—Ojos azules.

—Bien.

—Oso hormiguero… no champiñón.

—¿Eh?

—No está circuncidado, ¡señor!

—¡Excelente! ¿Qué hay de lo otro?

—Un tatuaje, ¡señor!

Shaftoe está disfrutando de la lenta escalada de tensión en la voz de Ethridge:

—¡Describa el tatuaje, sargento!

—¡Señor! Es un diseño militar muy común, ¡señor! Consistente en un corazón inscrito con un nombre de mujer.

—¿Cuál es el nombre, sargento? —Ethridge está a punto de mearse en los pantalones.

—¡Señor! El nombre inscrito en el tatuaje es el siguiente nombre: Griselda. ¡Señor!

—¡Aaaah! —El teniente Ethridge deja salir el aire desde el mismo diafragma. Varias mujeres con velo se dan la vuelta para mirarles. En la Casbah, cabezas con turbante de aspecto famélico y que piden a gritos un afeitado se asoman desde torres larguiruchas desentonando la llamada a la oración.

Ethridge calla y se contenta con apretar los puños hasta que se le ponen blancos. Luego vuelve a hablar, con una voz teñida de emoción.

—¡Hay batallas que han dependido de golpes de suerte menos importantes que éste, sargento!

—¿Me lo cuenta a mí? —dice Shaftoe—. Cuanto estaba en Guadalcanal, señor, quedamos atrapados en una pequeña cala…

—¡No quiero oír la historia del lagarto, sargento!

—¡Señor! ¡Sí, señor!

En una ocasión, cuando Bobby Shaftoe seguía en Oconomowoc, tuvo que ayudar a su hermano a subir un colchón por una escalera y aprendió a respetar la dificultad de manipular objetos pesados pero flexibles. Hott, que Dios tenga piedad de su alma, es un hijo de puta pesado, y por tanto es toda una suerte que esté congelado. Una vez que el sol del Mediterráneo acabe con él, sí que va a estar blando. Y luego incluso algo más.

Todos los hombres de Shaftoe se encuentran en la zona de montaje del destacamento. Se trata de una cueva construida en un acantilado completamente artificial que se eleva sobre el Mediterráneo justo sobre los muelles. La cuevas tienen kilómetros de longitud y hay un bou-levard que discurre sobre todas ellas. Pero incluso los alrededores de esa caverna en particular han sido cubiertos con tiendas y lonas para que nadie, ni siquiera las tropas aliadas, puedan ver a qué se dedican: básicamente, buscar todo equipo que tenga un 2701 pintado, pintar sobre el último dígito y cambiarlo a un 2. La primera operación la realizan hombres con pintura verde y la segunda hombres con pintura blanca o negra.

Shaftoe elige a un hombre de cada grupo de color para que la operación total no se vea afectada. Allí el sol es asombrosamente potente, pero en la cueva, con la fresca brisa marina que sopla en su interior, tampoco se está tan mal. Todas las superficies pintadas desprenden un intenso olor a derivados del petróleo. Para Bobby Shaftoe resulta un olor tranquilizador, porque no te dedicas a pintar cosas cuando estás combatiendo. Pero el olor también le produce un ligero estremecimiento, porque a menudo pintas cosas justo antes de entrar en combate.

Shaftoe está a punto de aleccionar a los tres marines elegidos a dedo sobre lo que va a pasar cuando el soldado con la pintura negra en las manos, Daniels, mira tras él y sonríe.

—¿Qué supone que busca ahora el teniente, sargento? —dice.

Shaftoe, el soldado Nathan (pintura verde) y Branph (blanca) miran y ven que Ethridge se ha parado a un lado. Está examinando los cubos de basura, otra vez.

—Todos nos hemos dado cuenta de que el teniente Ethridge parece considerar que su misión en la vida es examinar los cubos de basura —dice el sargento Shaftoe con una voz baja llena de autoridad—. Es un licenciado de Annapolis.

Ethridge se pone recto y, de la forma más acusatoria posible, levanta un montón de láminas de madera de roble perforadas y agujereadas.

—¡Sargento! ¿Podría identificar este material?

—¡Señor! Son plantillas militares normales, ¡señor!

—¡Sargento! ¿Cuántas letras hay en el alfabeto?

—¡Veintiséis, señor! —responde Shaftoe inmediatamente.

Los soldados Daniels, Nathan y Branph se silban los unos a los otros… ese sargento Shaftoe es listo como un demonio.

—Bien, ¿y cuántos números?

—¡Diez, señor!

—Y de los treinta y seis letras y números, ¿cuántos están representados en el cubo de basura por plantillas no utilizadas?

—¡Treinta y cinco, señor! Todos excepto el número 2, que es el único necesario para cumplir la orden, ¡señor!

—¿Ha olvidado la segunda parte de mi orden, sargento?

—¡Señor, sí, señor! —No tiene sentido mentir. En realidad, a los oficiales les gusta cuando te olvidas de las órdenes porque eso les recuerda que son mucho más inteligentes que tú. Les hace sentirse necesarios.

—¡La segunda parte de mi orden era tomar medidas estrictas para no dejar ningún rastro del cambio!

—¡Señor, sí, ahora lo recuerdo, señor!

El teniente Ethridge, que al principio se mostraba algo malhumorado, ya se ha calmado un poco, lo que habla en su favor y por tanto es debidamente anotado en silencio por todos los hombres, que le conocen desde hace menos de seis horas. Ahora habla con calma y en tono de conversación, como un amable profesor de instituto. Lleva las gafas militares negras de grandes monturas que se conocen como GPV, o Gafas para Prevenir Violaciones. Las lleva atadas a las cabeza por un pedazo de elástico negro. Le dan aspecto de retrasado mental.

—Si algún agente enemigo repasase el contenido del contenedor de basura, cosa que sabemos que hacen, ¿qué encontraría?

—¡Plantillas, señor!

—Y si contase los números y letras, ¿encontraría algo raro?

—¡Señor! Todas estarían limpias excepto las del número dos que no estarían o estarían cubiertas de pintura, ¡señor!

El teniente Ethridge no dice nada durante unos minutos, dejando que el mensaje penetre. En realidad, nadie sabe de qué coño habla. La atmósfera se vuelve tensa hasta que finalmente el sargento Shaftoe intenta algo desesperado. Se vuelve, deja a Ethridge a su espalda, y se dirige a los hombres:

—¡Quiero que pintéis todas esas putas plantillas!

Los marines cargan sobre los contenedores de basura como si fuesen fortines nipos, y el teniente Ethridge parece aplacado. Bobby Shaftoe, habiendo ganado un buen montón de puntos, lleva a los soldados Daniels, Nathan y Branph a la calle antes de que el teniente Ethridge se dé cuenta de que no fue más que una conjetura. Se dirigen al contenedor de carne situado en lo alto de la cresta, a paso ligero.

Esos marines son todos letales veteranos del combate o en caso contrario no se habrían metido en un asunto tan feo: atrapados en un continente tan gratuitamente peligroso (África), rodeados por el enemigo (tropas del Ejército de Tierra de los Estados Unidos). Aun así, cuando entran en el congelador y echan su primer vistazo al soldado de primera Hott, quedan todos en silencio.

El soldado Branph junta las manos, rozándolas furtivamente.

—Buen Dios…

—¡Cállese, soldado! —dice Shaftoe—. Ya lo he hecho yo.

—Vale, sargento.

—¡Vaya a buscar una sierra para carne! —dice Shaftoe al soldado Nathan.

Los soldados se quedan boquiabiertos.

—¡Para el puto cerdo! —aclara Shaftoe. A continuación se vuelve hacia el solado Daniels, que lleva un fardo informe, y dice—: ¡Ábralo!

El fardo (que Ethridge le había dado a Shaftoe) resulta que contiene un traje de buceo negro. No es el modelo militar, sino algún tipo de modelo europeo. Shaftoe lo despliega y examina sus distintas partes mientras los soldados Nathan y Branph desmiembran a Heladito el Cerdo con golpes potentes de la enorme sierra.

Trabajan todos en silencio cuando les interrumpe una nueva voz.

—Buen Dios —empieza a decir la voz, y todos levantan la vista para ver a un hombre cerca con las manos unidas en oración.

Sus palabras, sacramentalmente condensadas en una visible y saliente nube de vapor, le velan la cara. El uniforme y rango están oscurecidos por una manta del ejército que lleva sobre los hombros. Tendría el aspecto de un profeta de tierra santa de los que van a camello si no estuviese tan bien afeitado y llevase Gafas de Prevención de Violaciones.

—¡Maldición! —dice Shaftoe—. Ya he dicho una puta oración.

—Pero ¿rezamos por el soldado Hott o por nosotros? —pregunta el hombre.

Pregunta difícil. Todos se callan y la sierra deja de moverse. Shaftoe suelta el traje de buceo y se pone en pie. El Hombre de la Manta tiene el pelo muy corto y gris, o quizá sea que se le está empezando a acumular escarcha. Sus ojos color hielo miran a Shafitoe a través de los cristales de varios kilómetros de espesor de sus GPV, como si realmente esperase una respuesta. Shafitoe se acerca y ve que el hombre lleva un alzacuellos.

—Dígamelo usted, reverendo —dice Shaftoe.

Y entonces reconoce al Hombre de la Manta. Está a punto de soltar un sonoro «¿Qué coño estás haciendo aquí'?», pero algo le hace contenerse. La mirada del capellán se dirige a un lado, en un movimiento tan rápido y ligero que sólo Shaftoe, quien prácticamente lo tiene cara a cara, puede ver. El mensaje es: «Calla, Bobby, hablaremos después.»

—El soldado Hott está ahora con Dios… o adonde vaya la gente cuando muere —dice Enoch—. Podéis llamarme Hermano Root.

—¿Qué actitud es ésa? Claro que está con Dios. ¡Jesús! «Adonde vaya la gente cuando muere.» ¿Qué clase de capellán es usted?

—Supongo que soy un capellán estilo Destacamento 2702 —dice el capellán. Finalmente, el teniente Enoch Root deja de mirar a Shaftoe, y vuelve la vista hacia la acción—. Sigan con lo suyo, amigos —dice—. Parece que esta noche comeremos beicon.

Los hombres ríen nerviosos y vuelven a cortar.

Una vez que consiguen separar el cuerpo del cerdo del de Hott, cada uno de los marines agarra un miembro. Llevan a Hott a la carnicería, que ha sido evacuada temporalmente para poder realizar esa operación, de forma que los antiguos camaradas-en-la-carne de Hott no vayan extendiendo rumores por ahí.

La evacuación apresurada de la carnicería después de que uno de sus operarios fuese hallado muerto en el suelo podría provocar algunos rumores de por sí. Por lo que la versión oficial, recién inventada por el teniente Ethridge, consiste en que el Destacamento 2702 es (al contrario de toda apariencia externa) un equipo médico de élite preocupado de que Hott haya sido infectado por una forma rara de envenenamiento alimenticio del norte de África. Incluso algo que los franceses dejaron deliberadamente, ya que, por lo que se sabe, están un poco enfadados por el hundimiento de su acorazado. En cualquier caso, hay que cerrar la carnicería (dice la historia) durante un día para revisarla detenidamente. El cuerpo de Hott será cremado antes de enviárselo a su familia, simplemente para asegurarse de que la terrible enfermedad no se extienda por Chicago —la capital planetaria de los mataderos— donde sus incalculables consecuencias podrían alterar el resultado de la guerra.

Sobre el suelo hay un ataúd militar, simplemente para preservar la ficción. Shaftoe y sus hombres lo ignoran por completo y comienzan a vestir el cuerpo, primero con un horrendo bañador y a continuación con los diversos elementos del traje de buceo.

—¡Eh! —dice Ethridge—. Pensé que los guantes se ponían al final.

—¡Señor, los pondremos primero, con su permiso, señor! —dice Bobby Shaftoe—. Porque sus dedos se descongelarán primero, y cuando eso suceda estaremos jodidos, ¡señor!

—Bien, colóquenle esto primero —dice Ethridge, y les pasa un reloj. Es una belleza: un cronómetro suizo de uranio sólido, su corazón envuelto enjoyas palpita como el latido de un pequeño mamífero. Lo agita por el extremo de la correa, fabricada con eslabones metálicos unidos con pericia. Es tan pesado que podría aturdir a un lucio.

—Bonito —dice Shaftoe—, pero no da la hora con demasiada precisión.

—Sí que lo hace —dice Ethridge— en la zona horaria a la que vamos.

El escarmentado Shaftoe vuelve a trabajar. Mientras tanto, el teniente Ethridge y Root ayudan. Traen los restos torpemente aserrados de Heladito el Cerdo a la carnicería y los suben a una balanza enorme. Pesa como treinta kilos, lo que coño signifique eso. Enoch Root, mostrando un apetito por el trabajo físico que es debida y silenciosamente anotado por los hombres, trae otro cerdo, tan rígido como un Radio Flyer, y lo pone en la

báscula, por lo que el total es de setenta. Ethridge aparta las moscas y coge los trozos de carne que estaban sobre los bloques cuando se evacuó el lugar. Los arroja a la báscula y la aguja alcanza unos cien kilos. A partir de ese punto, alcanzan los ciento treinta con jamones y trozos de carne para asar que traen uno a uno del congelador. Enoch Root —quien parece un buen conocedor de exóticos sistemas de medida— ha hecho sus cálculos, comprobándolos dos veces, y ha establecido que el peso de Gerald Hott, convertido a kilogramos, es de ciento treinta.

Toda la carne acaba en el ataúd. Ethridge cierra la tapa de un golpe, atrapando en su interior algunas moscas que no tienen ni idea de lo que les espera. Root lo rodea con un martillo en la mano, clavándole doce clavos con golpes seguros y potentes al estilo carpintero-de-Nazaret.

Mientras tanto, Ethridge ha sacado un manual militar de su cartera. Shaftoe está cerca y puede leer el título, impreso en letras mayúsculas sobre una tapa verde oliva:

PROCEDIMIENTOS DE SELLADO DE ATAÚDES

III PARTE: AMBIENTES TROPICALES

VOLUMEN II: SITUACIONES DE ALTO RIESGO DE ENFERMEDADES (PESTE BUBÓNICA. ETC.)

Los dos tenientes dedican una buena hora a seguir las instrucciones del manual. No son complicadas, pero Enoch encuentra continuamente ambigüedades sintácticas y quiere explorar sus ramificaciones. Al principio, eso pone nervioso a Ethridge, luego sus emociones tienden a la impaciencia y, al fin, al pragmatismo extremo. Para hacer que el capellán se calle, Ethridge confisca el manual y hace que Root pinte el nombre de Hott en el ataúd y lo cubra de pegatinas rojas llenas de advertencias sanitarias tan horrorosas que tan sólo los encabezados de los textos inducen una ligera náusea. Para cuando Root termina, la única persona que puede legalmente abrir el ataúd es el general George C. Marshall en persona e incluso él tendría que obtener primero un permiso especial del Director

General de Salud Pública y evacuar a cualquier ser vivo en un radio de cien millas.

—El capellán habla raro —dice en un momento dado el soldado Nathan, escuchando, boquiabierto, uno de los debates Root/Ethridge.

—¡Sí! —exclama el soldado Branph, como si el acento sólo fuese apreciable para un oyente especialmente experto—. ¿Qué acento es ése?

Todos los ojos se vuelven hacia Bobby Shaftoe, que finge escuchar durante un rato y luego dice:

—Bien, amigos, creo que ese Enoch Root es el descendiente de un largo linaje de misioneros holandeses, y posiblemente alemanes, en las islas de los mares del sur, mezclado con australianos. Y además, yo diría, ya que creció en territorio controlado por los británicos, que posee pasaporte británico y fue reclutado cuando empezó la guerra y ahora forma parte de las Fuerzas Armadas de Australia y Nueva Zelanda, ANZAC.

—¡Ja! —ruge el soldado Daniel—, si todo eso es cierto, te doy cinco dólares.

—Hecho —dice Shaftoe.

Ethridge y Root terminan de sellar el ataúd más o menos cuando Shaftoe y sus marines terminan de colocar el último elemento del traje. Necesitan un buen cargamento de polvos de talco, pero lo consiguen. Ethridge le ha proporcionado el talco, que no es militar, sino de algún lugar de Europa. Algunas de las letras en la etiqueta tienen encima parejitas de puntos, que Shaftoe sabe que son una característica de la lengua alemana.

Un camión, que huele a pintura fresca (es un camión del Destacamento 2702) llega hasta la zona de carga. Recibe el ataúd sellado y el carnicero muerto ahora vulcanizado.

—Voy a quedarme por aquí y comprobar los cubos de basura —le dice el teniente Ethridge a Shaftoe—. Nos veremos en el campo de aviación en una hora.

Shaftoe se imagina una hora en la parte de atrás de un camión caliente con esa carga.

—¿Quiere que lo mantenga en hielo, señor? —pregunta.

Ethridge lo medita durante un buen rato. Se chupa los dientes, comprueba la hora, refunfuña. Pero cuando al fin contesta parece bastante seguro:

—Negativo. Es imperativo para los propósitos de esta misión que ahora lo mantengamos en modo de descongelación.

El soldado de primera Hott y el ataúd lleno de carne ocupan el centro de la plataforma del camión. Los marines se sientan a un lado, dispuestos como portadores de féretro. Shaftoe se descubre a sí mismo contemplando el rostro de Enoch Root, que mantiene una expresión de indiferencia forzada.

Shaftoe sabe que debería esperar, pero no puede soportarlo.

—¿Qué hace aquí? —dice al fin.

—El destacamento se traslada —dice el reverendo—. Más cerca del frente.

—Acabamos de bajar del puto barco —dice Shaftoe—. Claro que vamos a acercarnos al frente… no podemos alejarnos a menos que nademos.

—Durante el traslado —dice Root con serenidad—, yo iré también.

—No me refiero a eso —dice Bobby Shaftoe—. Lo que quiero decir es ¿por qué necesita el destacamento un jodido capellán?

—Ya conoces a los militares —dice Root—. Toda unidad debe tenerlo.

—Da mala suerte.

—¿Da mala suerte tener un capellán? ¿Por qué?

—Quiere decir que los de arriba esperan muchos funerales, por eso.

—Por tanto, está asumiendo que lo único que puede hacer un clérigo es oficiar funerales. Interesante.

—Y bodas y bautizos —dice Shaftoe. Y todos los demás marines ríen con ganas.

—¿Podría ser que se siente un poco ansioso por la naturaleza de la primera misión del Destacamento 2702? —pregunta Root, mirando al fallecido Hott y luego directamente a los ojos de Shaftoe.

—¿Ansioso? Escuche, reverendo, he hecho cosas en Guadalcanal que hacen que esto parezca una jodida reunión social.

Los demás marines la consideran una gran respuesta, pero Root no parece sentirse afectado.

—¿Sabía por qué hacía esas cosas en Guadalcanal?

—¡Claro! Para permanecer con vida.

—¿Sabe por qué hace esto?

—Claro que no.

—¿No le irrita ni un poquito? ¿O es demasiado estúpido para que le importe?

—Bien, ha conseguido ponerme contra las cuerdas, reverendo —dice Shaftoe. Después de una pausa sigue hablando—. Admito que siento un poco de curiosidad.

—¿Sería útil que hubiese en el Destacamento 2702 alguien que pudiese contestar a sus preguntas?

—Supongo que sí-refunfuña Shaftoe—. Simplemente, parece raro tener un capellán.

—¿Por qué parece raro?

—Por el tipo de unidad.

—¿De qué tipo es esta unidad? —pregunta Root. Hace la pregunta con cierto placer sádico.

—Se supone que no debemos hablar de ello —dice Shaftoe—. Y en todo caso, no lo sabemos.

Colina abajo, inmensas rampas descienden con pompa en zigzag sobre filas de arcos rayados hasta llegar a la ramificación de líneas ferroviarias que alimentan el puerto desde el sur.

—Es como encontrarse en el punto de salida de una jodida máquina de pinball —dice B. Shaftoe, mirando el camino que acaban de recorrer, pensando en lo que podría salir rodando de la Casbah.

Se dirigen hacia el sur por la línea ferroviaria y llegan a una zona de depósitos de minerales, pilas de carbón y chimeneas, fácilmente identificables para el Scout de los Grandes Lagos Shaftoe, pero aquí son operadas por una especie de dispositivo multicultural de más de un millón de engranajes de profundidad. Paran frente a la *Société Aígérien-ne d'Eclairage et de Forcé*, un monstruo de dos chimeneas con la pila de carbón más grande de todas. Se encuentran en mitad de ninguna parte, pero es más que evidente que les esperan. Se produce —como allí a donde va el Destacamento 2702— un extraño Efecto de Inflación de Rango. Dos tenientes, un capitán y un mayor introducen el ataúd en la SAEF, ¡vigilados por un coronel! No hay ni un solo soldado raso a la vista, y Bobby Shaftoe, un simple sargento, se pregunta por el trabajo que le asignarán a él. También se produce un Efecto de Negación de Papeleo; cuando Shaftoe

espera que le sometan a la media hora habitual de burocracia, un oficial ansioso se acerca corriendo, agita las manos con furia y les permite pasar.

Un árabe, que lleva en la cabeza lo que parece una lata roja de café, abre tirando una puerta de hierro; las llamas le atacan y las derrota con una barra de hierro ennegrecida. Los portadores del féretro lo centran en la abertura y lo meten dentro, como si metiesen un enorme proyectil en un cañón de dieciséis pulgadas, y el hombre con la lata en la cabeza cierra la puerta de un golpe, lo que hace que la borla de la lata se agite como loca. Antes siquiera de haber asegurado la puerta ya está aullando como uno de los tipos de la Casbah. Los oficiales se quedan por los alrededores, poniéndose de acuerdo y firmando con sus nombres en un documento.

De esta forma, con una ausencia de complicaciones que un veterano del combate como Bobby Shaftoe sólo puede considerar extraña, el camión abandona la *Sociéié Algérienne d'Echirage et de Forcé* y enfila por esas condenadas rampas en dirección a Argel. El camino es muy inclinado: una trayectoria continua en primera. Los vendedores con los carritos llenos de aceite hirviendo no sólo se mantienen a su lado, sino que fríen cosas por el camino. Los perros de tres patas corren y luchan justo debajo del camión. El Destacamento 2702 también se ve tercamente seguido por nativos ataviados con latas de café que les amenazan con tocar guitarras fabricadas con latas alemanas, y por vendedores de naranjas, encantadores de serpientes y algunos tipos de ojos azules en albornoz que ofrecen porciones de un material oscuro sin envoltorio ni identificación. Como las piedras, es posible clasificarlos por analogía con las frutas y con elementos deportivos. Generalmente van desde las uvas a las pelotas de béisbol. En cierto momento, el capellán cambia impulsivamente una chocolatina por una pelota de golf de esa sustancia.

—¿Qué es? ¿Chocolate? —pregunta Bobby Shaftoe.

—Si fuese chocolate —dice Root—, ese tipo no me lo hubiese cambiado por una chocolatina.

Shaftoe se encoge de hombros.

—A menos que sea una mierda de chocolate.

—¡O mierda auténtica! —suelta el soldado Nathan provocando carcajadas.

—¿Has oído hablar de la María? —pregunta Root.

Shaftoe —modelo a seguir y líder de hombres— contiene el impulso de soltar: «¿Oír hablar de ella? ¡Me la he follado!»

—Esta es su esencia concentrada —dice Enoch Root.

—¿Cómo lo sabe, reverendo? —pregunta el soldado Daniels.

El reverendo no se muestra afectado.

—Aquí soy el hombre de Dios, ¿no? ¿Conozco el aspecto religioso'.'

—¡Sí, señor!

—Bien, una vez hubo un grupo de musulmanes llamado *hashishin* que se comían esa cosa y luego iban a matar gente. Eran tan buenos que se volvieron famosos por infames. Con el tiempo la pronunciación del nombre ha cambiado: los conocemos como asesinos.

Se produce un silencio adecuadamente respetuoso. Al final, el sargento Shaftoe dice.

—¿A qué coño esperamos?

Comen un poco. Shaftoe, al ser el soldado de mayor rango de los presentes, come más que los demás. No pasa nada.

—Sólo tengo ganas de asesinar al tío que nos la vendió —dice.

El campo de aviación, a once millas de la ciudad, se usa más de lo previsto durante su construcción. Se trata de un buen terreno para las uvas y las aceitunas, pero hacia el interior pueden verse montañas rocosas, y detrás de ellas hay una franja de arena del tamaño de Estados Unidos, que en su mayoría parece estar en el aire y en dirección hacia el campo de aviación. Incontables aeroplanos —en su mayoría cargueros Dakota, también conocidos como Gooney Birds— levantan enormes nubes de polvo que se te meten en la boca y la nariz. Shaftoe tarda un buen rato en pensar que la sequedad de sus ojos y boca podría no ser debida únicamente al polvo en el aire. Su saliva tiene la consistencia del pegamento.

El destacamento es tan secreto que nadie en el campo de aviación conoce su existencia. Allí hay muchos británicos y, en el desierto, los británicos llevan pantalones cortos, lo que hace que Shaftoe desee pegarles un puñetazo en la nariz.

Controla el impulso. Pero su evidente hostilidad hacia los hombres con pantalones cortos combinada con el hecho de que exige que se le indique la dirección de una unidad tan secreta que no puede especificar su nombre o siquiera describirla, produce mucha perplejidad, mucha

incredulidad y en general hace que la alianza anglo-americana empiece con muy mal pie.

Sin embargo, el sargento Shaftoe comprende a estas alturas que cualquier cosa relacionada con su destacamento es muy probable que esté muy apartada, envuelta en lonas y toldos negros. Como cualquier otra unidad militar, el Destacamento 2702 posee mucho de ciertos suministros y muy poco de otros, pero parece controlar como el cincuenta por ciento de la producción total de lona de los Estados Unidos durante el año pasado. En cuando Shaftoe comenta ese hecho y lo describe durante un buen rato, algunos de los hombres le dirigen miradas algo extrañas. Es Enoch Root el que debe decir:

—Entre lagartos gigantes y lonas negras algunas personas podrían opinar que se está volviendo un poco paranoico.

—Déjeme que le cuente algo sobre paranoia —responde Shaftoe, y así lo hace, sin olvidar mencionar al teniente Ethridge y sus contenedores de desechos. Para cuando ha terminado, todo el destacamento se ha acurrucado en el extremo opuesto de esas lonas, y todos se portan bien y están tensos, exceptuando su recluta más reciente que, percibe Shaftoe con aprobación, está empezando a relajarse. Tendido sobre la superficie del camión con su traje de submarinista, se «amolda» más que salta cuando pillan un bache.

Aun así, sigue lo suficientemente rígido como para simplificar el problema de sacarlo del camión y meterlo en el Gooney Bird que tiene asignado: una variante del DC—3, militarizado y (a los ojos escépti-cos de Shaftoe) cuya aerodinámica ha quedado reducida por un par de inmensas puertas de carga a un lado que casi cortan la estructura por la mitad. Ese Dakota en particular lleva tanto tiempo volando por el jo-dido desierto que la arena ha eliminado la pintura de las hélices, de la cubierta del motor y del borde de las alas, dejando a la vista un metal pulido que producirá un incitador destello plateado para cualquier piloto de la Luftwaffe a trescientas millas. Peor aún: varias antenas surgen de la piel del fuselaje, la mayoría sobre la carlinga. No sólo antenas de barra, sino también enormes parrillas de barbacoa que hacen que Shaftoe desee tener una sierra. Se parecen muchísimo a las que Shaftoe bajó por la escalera de la Estación Alfa en Shanghai: un recuerdo que de alguna forma se ha entremezclado con otros en su cabeza. Cuando intenta recuperarlo, todo lo que ve es un Jesucristo ensangrentando portando una dipolo de doble banda y alta

frecuencia por una escalera de piedra en Manila, y sabe que eso no puede ser.

Aunque se encuentran en las instalaciones de un campo de aviación muy activo, Ethridge se niega a proseguir la operación mientras haya un solo avión en el cielo. Al fin dice:

—Vale, ¡AHORA!

En el camión levantan el cuerpo, justo a tiempo para oír cómo Ethridge grita:

—No, ¡ESPERAD! —Y lo vuelven a dejar en el suelo.

Mucho después de que la situación haya dejado de ser ligeramente divertida, cubren a Gerald Hott con una lona y lo llevan a bordo, y muy poco después están en el aire. El Destacamento 2702 va al encuentro de Rommel.

OceanofPDF.com

Ciclos

Estamos a principios de noviembre de 1942, y están sucediendo una cantidad absolutamente increíble de cosas, todas a la vez, en todas partes. Ni el mismísimo Zeus sería capaz de llevar la cuenta, ni siquiera movilizando a las cariátides (decidles que no importa lo que dijimos, que abandonen sus cargas). Con los templos desmoronándose por todas partes, como catalejos, enviaría a esas cariátides, y a cualquier náyade y dríade a la que pudiese presionar (a la escuela de bibliotecarias, les daría visores verdes, las vestiría con el remilgado uniforme asexual del SAAPO, Servicio de Administración y Archivo de la Perspectiva Olímpica, y las pondría a trabajar rellenando fichas de tres por cinco durante todo el día). Emplearían parte de esa firmeza de la que se jactan las cariátides para atender las máquinas de tarjetas Hollerith y los lectores de tarjetas ETC. Incluso así, Zeus seguiría sin poder manejar la situación. Estaría tan cabreado que ni siquiera sabría a que hubrísticos mortales fulminar con el rayo, ni a que chicas de calendario o a que guapos soldaditos molestar.

Lawrence Pritchard Waterhouse es ahora mismo tan olímpico como cualquiera. Roosevelt, Churchill y algunos más en la lista Ultra Mega tienen el mismo acceso, pero tienen otras preocupaciones y distracciones. No pueden vagar por la capital del flujo de datos del planeta, mirando por encima de los hombros de los traductores y leer los textos descifrados a medida que salen, golpe-golpe-golpe, de las máquinas de cifrado Typex. No pueden seguir a voluntad los hilos concretos de la narrativa global, corriendo de un barracón a otro, estableciendo conexiones a base de fragmentos, incluso a medida que las WREN del barracón 11 tienden

cables de una bombe a otra, tejiendo una red para capturar los mensajes de Hitler mientras se mueven por el éter.

Aquí tenemos algunas de las cosas que Waterhouse conoce: se ha ganado la batalla de El-Alamein, y Montgomery persigue a Rommel hacia el oeste por la región Cirenaica a lo que parece una velocidad endemoniada, llevándole de vuelta al distante punto fuerte del Eje en Túnez. Pero no es la derrota total que parece. Si Monty comprendiese la importancia de la información de inteligencia que llega por el canal Ultra, podría ejecutar movimientos decisivos, para rodear y capturar grandes grupos de italianos y alemanes. Pero no es así, y por tanto Rommel ejecuta una retirada ordenada, preparándose para luchar un día más, y el laborioso Monty es debidamente insultado en la sala de control de Bletchley Park por ese fallo en explotar sus preciosas pero perecederas gemas de inteligencia.

El mayor desembarco de la historia se acaba de producir en el noroeste de África. Se llama Operación Antorcha, y va a atacar a Rom-mel por detrás, sirviendo de yunque para el martillo de Montgomery o, si Monty no acelera un poco el paso, puede que sea al revés. Parece estar brillantemente organizada, pero en realidad no es así; es la primera vez que los americanos se aventuran seriamente en el Atlántico y en esos barcos van metidas muchas cosas, incluso un montón de tipos de inteligencia que asaltan teatralmente las playas como si fuesen marines. Incluido también en el desembarco está el contingente americano del Destacamento 2702, un grupo escogido a dedo de duros veteranos del combate.

Algunos de esos marines aprendieron lo que saben en Guadalca-nal, una isla básicamente inútil del suroeste del Pacífico donde el Imperio de Nipón y los Estados Unidos se disputan —con rifle— el derecho mutuo a construir una base aérea. Los informes preliminares parecen indicar que el Ejército Nipón, durante su extenso paseo por el este de Asia, ha perdido su fuerza. Parece que violar a toda la población femenina de Nanjing y matar a bayoneta a los indefensos habitantes de Filipinas no se traduce en verdadera competencia militar. El Ejército de Nipón sigue intentando inventar alguna forma de matar, digamos, a un centenar de marines norteamericanos sin perder, digamos, quinientos de sus propios soldados.

La Marina japonesa es un asunto totalmente diferente: ellos sí que saben lo que hacen. Tienen a Yamamoto. Tienen torpedos que estallan de verdad al chocar con el blanco, en claro contraste con los modelos norteamericanos que se limitan a rascar la pintura de los barcos japoneses y

luego se hunden disculpándose. Yamamoto acaba de realizar otro intento de eliminar la flota norteamericana de las islas de Santa Cruz, hundió el *Hornet* y le abrió un buen agujero al *Enterprise.* Pero perdió un tercio de sus aviones. Observando cómo los japoneses acumulan pérdidas, Waterhouse se pregunta si alguien en Tokio habrá pensado en coger un abaco y calcular las cifras de eso que llaman Segunda Guerra Mundial.

Los Aliados han hecho sus propios cálculos, y se han cagado de miedo. Ahora mismo hay un centenar de submarinos alemanes en el Atlántico, que operan en su mayoría desde Lorient y Burdeos, y aniquilan a los convoyes del Atlántico Norte con tal eficacia que no se trata siquiera de «combate», sino más bien de una carnicería al nivel de la del *Lusitania.* Van camino de hundir como un millón de toneladas sólo este mes, lo que Waterhouse no consigue acabar de comprender. Intenta concebir una tonelada como más o menos el equivalente a un coche, y luego intenta imaginar a Estados Unidos y Canadá yendo al centro del Atlántico y arrojando sin más un millón de coches al océano… sólo en noviembre. ¡Vaya!

El problema es Tiburón.

Los alemanes lo llaman Tritón. Es un nuevo sistema de cifrado usado en exclusiva por la Marina. Es una máquina Enigma, pero no la habitual de tres rotores. Hace unos años los polacos descubrieron cómo descifrar la antigua y Bletchley Park industrializó el proceso. Pero hace más de un año, se capturó un submarino alemán en la costa sur de Islandia y fue examinado a fondo por los hombres de Bletchley. Encontraron una caja Enigma con nichos para cuatro —no tres— rotores.

Cuando la Enigma de cuatro rotores entró en servicio el uno de febrero, todo el Atlántico quedó en la oscuridad. Alan y los demás han estado examinando el problema desde entonces. Lo malo es que no saben cómo se conecta el cuarto rotor.

Pero hace unos días, se capturó otro submarino, más o menos intacto, en el este del Mediterráneo. El coronel Chattan, que casualmente se encontraba por la zona, se trasladó allí con una prisa enfermiza, junto con otros bletchleyitas. Recuperaron una máquina Enigma de cuatro rotores, y aunque eso no rompe el código, les ofrece los datos necesarios para romperlo.

En cualquier caso, Hitler debe sentirse muy seguro, porque está de viaje, preparando unas vacaciones de trabajo en su retiro de los Alpes. Eso

no le impidió adueñarse de lo que quedaba de Francia; aparentemente, algo relacionado con la Operación Antorcha consiguió molestarlo de verdad, así que ocupó la Francia de Vichy por completo, y luego envió un centenar de miles de hombres, y su increíble correspondiente cantidad de suministros, a través del Mediterráneo hasta Túnez. Waterhouse supone que hoy en día debe ser posible ir desde Sicilia hasta Túnez saltando desde la cubierta de un barco alemán a la siguiente.

Claro está, si eso fuese cierto, el trabajo de Waterhouse sería mucho más simple. Los aliados podrían hundir todos los barcos que quisiesen sin levantar las sospechas de ningún teutón rubio en el frente de la guerra de la teoría de información. Pero el hecho es que los convoyes son pocos y están muy separados. Exactamente cuan pocos y con qué separación son parámetros que se introducen en las ecuaciones que él y Alan Mathison Turing escriben en la pizarra durante toda la noche. Después de dedicarse a eso durante ocho o doce horas, cuando por fin el sol ha vuelto a salir, no hay nada como un vigoroso paseo en bicicleta por el campo de Buckinghamshire.

Al remontar una cresta, ven frente a ellos un bosque que ha adoptado todos los colores del fuego. Incluso las copas hemisféricas de los arces contribuyen a ofrecer un efecto realista de humo. Lawrence siente la extraña compulsión de soltar el manillar y taparse los oídos con las manos. Pero al llegar junto a los árboles, el aire sigue estando deliciosamente fresco, el cielo azul no está manchado por pilares de humo negro, y la calma y tranquilidad de ese lugar no podría ser más diferente de lo que Lawrence recuerda.

—¡Hablar, hablar, hablar! —dice Alan Turing, imitando los graznidos de un pollo. El extraño sonido es aún más extraño por el hecho de que lleva una máscara antigás, hasta que se impacienta y se la levanta hasta la frente —. Les encanta oírse —se refiere a Winston Churchill y Franklin Roosevelt—. Y no les importa oírse hablar el uno al otro; al menos, hasta cierto punto. Pero la voz es un canal de información terriblemente redundante, en comparación con el texto impreso. Si tomas un texto y lo pasas por Enigma, lo que no es muy difícil, la estructura familiar del texto, como, por ejemplo, la preponderancia de la letra E, se vuelve indetectable. —A continuación se vuelve a colocar la máscara sobre la cara para dar énfasis a lo siguiente—: Pero puedes deformar y permutar la voz de las formas más diabólicas que puedas concebir y seguirá siendo perfectamente

inteligible para un oyente. —Alan sufre un ataque de estornudos que amenaza con romper las cintas caqui que lleva en la cabeza.

—Los oídos saben cómo descubrir las estructuras familiares —sugiere Lawrence. No lleva máscara antigás porque:

(a) no se está produciendo ningún ataque nazi con gas, y

(b) al contrario que Alan, no padece de fiebre del heno.

—Perdóname. —Alan frena de pronto y baja de la bicicleta. Levanta la rueda trasera del pavimento, la hace girar con la mano libre, luego se agacha y tira de la cadena. Contempla el mecanismo con toda atención, interrumpida por algunos estornudos.

La cadena de la bicicleta de Turing tiene un eslabón débil. La rueda trasera tiene un radio doblado. Cuando el eslabón y el radio entren en contacto, la cadena se romperá y caerá sobre la carretera. No sucede a cada vuelta; en caso contrario la bicicleta sería completamente inútil. Sólo sucede cuando el eslabón y la rueda se encuentran en cierta posición relativa.

Basándose en suposiciones razonables respecto a la velocidad que el doctor Turing puede mantener, un ciclista enérgico (digamos 25km/h) y el radio de la rueda trasera de la bicicleta (un tercio de metro), si el eslabón débil golpease contra el radio doblado a cada vuelta, la cadena se caería cada tercio de segundo.

De hecho, la cadena no cae a menos que el radio doblado y el eslabón débil coincidan. Ahora, supongamos que describimos la posición de la rueda trasera usando la *6* habitual. Por simplificar, digamos que cuando la rueda empieza en la posición donde el radio doblado es capaz de golpear el eslabón débil (aunque sólo si el eslabón débil está ahí para ser golpeado) entonces 0=0. Si usas grados como unidades, durante una revolución completa de la rueda *6* llegará hasta los 359 grados antes de volver a 0, en cuyo punto el radio doblado volverá a estar en posición de golpear la cadena. Y ahora supongamos que describes la posición de la cadena con la variable C de la siguiente forma muy simple: asignas un número a cada eslabón de la cadena. El eslabón débil tiene el número 0, el siguiente el 1, y a continuación, hasta /—I donde. es el número total de eslabones de la cadena. Una vez más, para simplificar, digamos que cuando la cadena se encuentra en la posición donde el eslabón débil es capaz de golpear el radio

doblado (aunque sólo si el radio doblado está ahí para ser golpeado) entonces C=0.

Entonces, para intentar descubrir cuándo caerá la cadena de la bicicleta del doctor Turing, todo lo que precisamos saber sobre la bicicleta está contenido en los valores de *6* y C. Ese par de números define el estado de la bicicleta. La bicicleta tiene muchos estados posibles y puede haber muchos valores diferentes de (0,C) pero sólo uno de esos estados, el (0,0), es el que hará que la bicicleta caiga.

Supongamos que empezamos en ese estado, es decir, con *(6=0*, C=Q), pero la cadena no ha caído porque el doctor Turing (conociendo muy bien el estado de su bicicleta en un momento dado) se ha detenido en medio de la carretera (casi provocando una colisión con su amigo y colega Lawrence Pritchard Waterhouse, porque la máscara antigás le bloquea la visión periférica). El doctor Turing ha tirado de la cadena hacia un lado mientras la adelanta ligeramente, evitando así que golpee el radio doblado. Ahora vuelve a subirse a la bicicleta y sigue pedaleando. La circunferencia de la rueda trasera es de unos dos metros, así que cuando se ha trasladado unos dos metros sobre la carretera, la rueda ha dado una vuelta completa y ha alcanzando de nuevo la posición #=0, siendo ésa la posición, recuerden, en la que el radio doblado está en posición para golpear el eslabón débil.

¿Qué hay de la cadena? Su posición, definida por C, comienza en 0 y llega a 1 cuando el siguiente eslabón se traslada a la posición fatal, luego 2 y así sucesivamente. La cadena debe moverse en sincronía con los dientes del engranaje en el centro de la rueda trasera, y ese engranaje tiene *n* dientes, por lo que después de una revolución completa de la rueda trasera, de nuevo *9=0*, C=n. Después de una segunda vuelta completa de la rueda trasera, de nuevo *9=0* pero ahora C=2n. En la siguiente C=3n y así sucesivamente. Pero hay que recordar que la cadena no es infinita sino un bucle con sólo posiciones; en C=/ vuelve a C=0 y repite el ciclo. Por lo que al calcular el valor de C es necesario realizar aritmética modular, es decir, si la cadena tiene un centenar de eslabones (1=100) y el número total de eslabones que han sido desplazados es 135, entonces el valor de C no es 135 sino 35. Cuando tienes un número superior o igual a.', restas repetidamente / hasta que obtienes un número menor que /. Los matemáticos escriben esa operación como mod /. Por tanto, los valores sucesivos de C, cada vez que la rueda trasera da una vuelta hasta *9=0*, son:

C|=n mod /, 2n mod /, 3n mod /, ..., in mod /

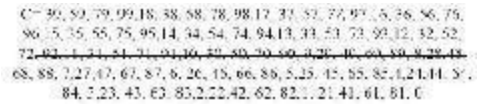
donde 1 = (1,2, 3,… ^{00})

más o menos, dependiendo de cuanto tiempo quiera Turing seguir pedaleando en su bicicleta. Después de un rato, a Waterhouse ya le parece infinitamente largo.

La cadena de la bicicleta de Turing se caerá cuando la bicicleta alcance el estado *{9=0,* C=0) y visto lo escrito anteriormente, eso sucederá cuando i (que no es más que un contador que indica cuantas vueltas ha dado la rueda trasera) alcanza algún valor hipotético tal que in mod /=0, o, para explicarlo claramente, sucederá si hay algún múltiplo de n (como, oh, 2n, 3n, 395n o 109.948.368.443n) que resulte también ser un múltiplo de /. En realidad, puede haber muchos de esos llamados múltiplos comunes, pero desde un punto de vista práctico el único que importa es el primero — el mínimo común múltiplo, o MCM— porque ése será el que se alcance primero y el que hará caer la cadena.

Si, digamos, el engranaje tiene veinte dientes (n=20) y la cadena tiene cien eslabones (1=100), entonces después de un giro de la rueda tenemos C=20, después de dos C=40, luego 60, luego 80 y finalmente 100. Pero como tomamos el módulo aritmético, ese valor debe cambiarse por 0. Por tanto, después de cinco vueltas de la rueda trasera, hemos llegado al estado *(6=0,* C=0) y la cadena de Turing caerá. Cinco revoluciones de la rueda trasera sólo le harán avanzar diez metros, y por tanto, con esos valores de / y n la bicicleta es prácticamente inútil. Claro está, todo eso es cierto si Turing es tan estúpido como para empezar a pedalear con la bicicleta en el estado-que-hace-caer-la-cadena. Si, en el momento de empezar a pedalear, se encuentra en su lugar en el estado *(0=0,* C=l), entonces los valores subsiguientes serán C=21, 41, 61, 81, 1, 21… y así sucesivamente; la cadena nunca se caerá. Pero se trata de un caso degenerado, donde «degenerado» tiene el significado matemático de «enojosamente aburrido». En teoría, siempre que Turing ponga su bicicleta en el estado correcto antes de aparcarla fuera del edificio, nadie podrá robársela; la cadena se caerá apenas después de haber avanzado diez metros.

Pero si la cadena de Turing tiene ciento y un eslabones (1=101) y después de cinco revoluciones tenemos C=100, y después de seis tenemos 0=19, luego



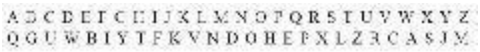
Así que no será hasta la revolución 101 de la rueda trasera que la bicicleta vuelva al estado *(8=0*, C=0) cuando cae la cadena. Durante ese centenar más uno de vueltas, la bicicleta de Turing ha recorrido un quinto de kilómetro, que no está mal. Así que la bicicleta se puede usar. Sin embargo, al contrario que en el caso degenerado, no es posible situar la bicicleta en un estado tal que la cadena nunca caiga. Tal cosa puede demostrarse repasando la lista anterior de valores de C y comprobando que todo posible valor de C, todo posible valor entre 0 y 100, está en la lista. Eso significa que no importa en qué valor esté C cuando Turing empieza a pedalear, tarde o temprano llegará al C=0 fatal y la cadena caerá. Por tanto, Turing puede dejar la bicicleta en cualquier sitio con la confianza de que, si la roban, no recorrerá más de un quinto de kilómetro sin que la cadena se caiga.

La diferencia entre el caso degenerado y el caso no degenerado está relacionada con las propiedades de los números implicados. La combinación de (n=20,1 = 100) tiene propiedades radicalmente diferentes con respecto a (n=20,1=101). La diferencia principal es que 20 y 101 son «primos relativos», lo que significa que no tienen factores comunes. Eso significa que su MCM es un número grande —de hecho, es igual a 1 x n = 20 x 1001 = 2020. Mientras que el MCM de 20 y 100 es sólo 100. La bicicleta 1=101 tiene un periodo largo —pasa por muchos estados diferentes antes de volver al principio—, mientras que la bicicleta 1=100 tiene un periodo de unos pocos estados.

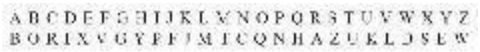
Supongamos que la bicicleta de Turing fuese una máquina de cifrado que actuase por sustitución alfabética, lo que es lo mismo que decir que reemplazaría cada una de las 26 letras del alfabeto por alguna otra letra. Una A en el texto original se podría convertir en una T en el texto cifrado, B podría transformarse en F, C podría convertirse en M, y así hasta llegar a la Z. Por sí mismo, sería un código absurdamente fácil de romper; cosa de niños. Pero supongamos que el esquema de sustitución cambiase de una letra a la siguiente. Es decir, supongamos que la primera letra del texto original fuese cifrada usando cierto alfabeto de sustitución, la segunda letra del texto original fuese cifrada usando un alfabeto de sustitución

completamente diferente, y la tercera con otro diferente, y así sucesivamente. Eso se conoce como un cifrado polialfabético.

Supongamos que la bicicleta de Turing fuese capaz de generar un alfabeto diferente para cada uno de sus diferentes estados. Por tanto el estado *(d=0*, C=0) correspondería, digamos, a este alfabeto de sustitución:



pero el estado (0=180, C=15) correspondería a este otro, diferente:



Dos letras no serían cifradas usando el mismo alfabeto de sustitución, es decir, hasta que la bicicleta no llegase de nuevo al estado inicial *(9=0*, C=0) y empezase a repetir el ciclo. Eso significa que se trata de un sistema polialfabético periódico. Ahora bien, si la máquina tuviese un periodo corto, se repetiría con frecuencia, y por tanto sería útil, como sistema de cifrado, sólo contra los niños. Cuanto más largo sea el periodo (cuanto mayor sea su primidad relativa) con menos frecuencia vuelve al mismo alfabeto de sustitución, y más seguro es.

La Enigma de tres rotores es ese tipo de sistema (es decir, poli alfabético periódico). Sus rotores, como el sistema de la bicicleta de Turing, contienen ciclos dentro de ciclos. Su periodo es 17.576, lo que significa que el alfabeto de sustitución que cifra la primera letra del mensaje no volverá a emplearse hasta que se llegue a la letra 17.577. Pero con Tiburón, los alemanes han añadido un cuarto rotor, elevando el periodo hasta 456.976. Los rotores se sitúan en una posición inicial diferente elegida al azar al comienzo de cada mensaje. Como los mensajes alemanes nunca llegan a los 450.000 caracteres, la Enigma nunca usa dos veces el mismo alfabeto de sustitución en un mismo mensaje, razón por la que los alemanes la consideran un buen sistema.

Un grupo de aviones de transporte pasan por encima de sus cabezas, muy probablemente en dirección al aeródromo de Bedford. Los aviones producen un zumbido diatónico curiosamente musical, como una gaita tocando dos tonos simultáneamente. Eso recuerda a Lawrence otro

fenómeno más relacionado con la rueda de la bicicleta y la máquina Enigma.

—¿Sabes por qué los aviones suenan así? —pregunta.

—No, ahora que lo pienso. —Turing vuelve a quitarse la máscara antigás. Tiene la boca algo abierta y mueve los ojos de un lado a otro. Lawrence lo ha pillado por sorpresa.

—Me di cuenta en Pearl. Los motores de los aviones son rotatorios —dice Lawrence—. Por tanto, deben tener un número impar de cilindros.

—¿Por tanto?

—Si tuviesen un número par, los cilindros estarían directamente en oposición, a ciento ochenta grados, y no funcionarían mecánicamente.

—¿Porqué no?

—Lo he olvidado. Pero no funcionaría.

Alan arquea las cejas. Claramente no está convencido.

—Es algo relativo a los cigüeñales —aventura Waterhouse, poniéndose algo a la defensiva.

—No estoy seguro de estar de acuerdo —dice Alan.

—Vamos a estipularlo… considéralo una condición de contorno —dice Waterhouse. Pero sospecha que Alan ya está concentrado, diseñando mentalmente un motor rotatorio de avión con un número par de cilindros.

—En todo caso, si los miras, todos tienen un número impar de cilindros —sigue diciendo Lawrence—. Por lo que el sonido de la expulsión se combina con el sonido de la hélice para producir ese sonido de dos tonos.

Alan vuelve a subir a la bicicleta y pedalea por el bosque sin hablar. En realidad, no han estado hablando sino más bien mencionando ciertas ideas y dejando que el otro desarrolle las implicaciones. Es una forma extremadamente eficaz de comunicarse; elimina los elementos redundantes de los que se quejaba Alan en el caso de FDR y Churchill.

Waterhouse está pensando en ciclos dentro de ciclos. Ya ha decidido que la sociedad humana es uno de esos supuestos de ciclos dentro de ciclos [8] y ahora intenta decidir si es como la bicicleta de Turing (funciona bien durante un rato, y de pronto la cadena se cae; de ahí la ocasional guerra mundial) o como la máquina Enigma (se mueve incomprensiblemente durante un tiempo, y luego de pronto los rotores se alinean como en un tragaperras y todo queda claro en una especie de epifanía global o, si se

prefiere, Apocalipsis) o como un motor rotatorio de avión (gira, gira y gira; no sucede nada especial, simplemente produce mucho ruido).

—¡Está en algún sitio… por aquí! —dice Alan, y frena violentamente sólo para fastidiar a Lawrence, quien tiene que girar para esquivarle, un truco arriesgado en un camino tan estrecho, y dar la vuelta.

Apoyan las bicicletas contra los árboles y cogen parte del equipo de las canastas: baterías secas, placas de prototipos electrónicos, un palo, una pala, rollos de alambre. Alan mira con incertidumbre y luego camina hacia el bosque.

—Pronto iré a Estados Unidos a trabajar en ese problema de cifrado de voz en Bell Labs —dice Alan.

Lawrence ríe pesaroso.

—Tú y yo somos como barcos que se cruzan en la noche.

—Somos pasajeros en barcos que se cruzan en la noche —le corrige Alan—. No es un accidente. Te necesitan precisamente porque yo me voy. Hasta ahora he estado haciendo todo el trabajo de 2701.

—Ahora es el Destacamento 2702 —dice Lawrence.

—Oh —dice Alan abatido—. Te diste cuenta.

—Fue imprudente por tu parte, Alan.

—¡Al contrario! —dice Alan—. ¿Qué pensará Rudy si se da cuenta de que de todas las unidades, las divisiones y los destacamentos del orden de batalla aliado ni uno de ellos tiene un número que sea el producto de dos primos?

—Bien, eso depende de lo comunes que sean esos números en comparación con todos los otros números, y cuántos números en ese intervalo no se estén utilizando… —dice Lawrence, y empieza a resolver la primera mitad del problema—. De nuevo la función Zeta de Rie-mann. Salta por todas partes.

—¡Ese es el espíritu! —dice Alan—. Simplemente, adopta una actitud racional y de sentido común. Son realmente patéticos.

—¿Quiénes?

—Aquí —dice Alan, reduciendo el paso y mirando entre los árboles, que para Lawrence se parecen a los otros árboles—. Éste me parece conocido.

Se sienta en el tronco de un árbol caído y empieza a sacar material eléctrico de la bolsa.

Lawrence se agacha a su lado y hace lo mismo. No sabe cómo funciona el dispositivo —es un invento de Alan— y por tanto ejecuta el papel de ayudante del cirujano, pasando herramientas y elementos al doctor que lo está montando El doctor habla durante toda la operación, así que pide las herramientas mirándolas fijamente y frunciendo el entrecejo.

—Ellos son… bien, ¿quiénes crees? ¡Los tontos que usan la información que sale de Bletchley Park!

—¡Alan!

—¡Bueno, es una tontería! Como el asunto de Midway. Es el ejemplo perfecto, ¿no?

—Bueno, yo me alegré de que ganásemos la batalla —dice Lawrence en guardia.

—¿No crees que es un poco extraño, un poco sorprendente, un poco evidente, que después de todos los brillantes engaños, fintas y tretas de Yamamoto, ese Nimitz supiese exactamente adonde ir a buscarle? ¿En todo el océano Pacífico?

—Vale —dice Lawrence—. Me quedé anonadado. Escribí un artículo sobre eso. Probablemente el artículo que me metió en este asunto contigo.

—Bien, pues los británicos no lo hacemos mejor —dice Alan.

—¿En serio?

—Te horrorizarías de saber lo que hemos hecho en el Mediterráneo. Es un escándalo. Un crimen.

—¿Qué hemos estado haciendo nosotros? —pregunta Lawrence—. Digo «nosotros» en lugar de «vosotros» porque ahora somos aliados.

—Sí, sí —dice Alan impaciente—. Eso dicen —se detiene un momento, siguiendo un circuito eléctrico con el dedo, calculando inductancias en la cabeza. Finalmente, sigue hablando—: bien, hemos estado hundiendo convoyes, eso es. Convoyes alemanes. Los hemos estado hundiendo por todas partes.

—¿De Rommel?

—Sí, exacto. Los alemanes cargan combustible, tanques y munición en barcos en Nápoles y los envían al sur. Nosotros vamos y los hundimos. Los hundimos casi todos porque hemos roto el código C38m de los italianos y sabemos cuándo abandonan Nápoles. Y últimamente hemos estado hundiendo justo «los más cruciales» para Rommel, porque también hemos roto su código Chaffinch y sabemos de qué ausencias se queja más.

Turing le da a un interruptor de palanca de su invención y de un polvoriento cono de papel negro atado con cuerda a la placa de prototipo sale un chillido extraño y serpenteante. El cono es un altavoz, aparentemente recuperado de una radio. Hay un palo de escoba con un bucle de alambre rígido colgando de un extremo, y un cable que va de ese bucle en el palo hasta la placa de prototipo, como un lazo, frente a la sección central de Lawrence. El altavoz emite un sonido.

—Bien. Está recibiendo la hebilla de tu cinturón —dice Alan.

Deja el aparato sobre las hojas, busca en los bolsillos y finalmente saca un trozo de papel en el que hay escritas varias líneas de texto en letras mayúsculas. Lawrence la reconocería en cualquier parte: es una hoja cifrada.

—¿Qué es eso, Alan?

—Escribí las instrucciones completas y las cifré, luego las oculté baj o un puente en un bote de bencedrina —dice Alan—. La semana pasada recuperé el contenedor y descifré las instrucciones. —Agita el papel en el aire.

—¿Qué esquema de cifrado has usado?

—Uno inventado por mí. Puedes intentar descifrarlo si quieres.

—¿Qué te hizo decidir que era cosa de desenterrarlo?

—No era más que una protección frente a la invasión —dice Alan—. Está claro que ahora no nos van a invadir, con vosotros en la guerra.

—¿Cuánto enterraste?

—Dos lingotes de plata, Lawrence, cada uno vale unas ciento veinticinco libras. Uno de ellos debería estar muy cerca. —Alan se pone en pie, saca una brújula del bolsillo, se enfrenta al norte magnético y cuadra los hombros. Luego se gira unos grados—. No recuerdo si tuve en cuenta la declinación —murmura—. ¡Correcto! En todo caso. Un centenar de pasos al norte. —Y camina hacia el bosque, seguido por Lawrence, que ha heredado el trabajo de llevar el detector de metales.

De la misma forma que el doctor Alan Turing puede ir en bicicleta, mantener una conversación y contar mentalmente las revoluciones de los pedales, también puede contar pasos y hablar al mismo tiempo. A menos que se equivoque por completo, lo que también parece posible.

—Si lo que dices es cierto —dice Lawrence—, el baile debe haber terminado. Rudy debe haber adivinado que hemos roto sus códigos.

—Hay activado un sistema informal, que puede considerarse un precursor del Destacamento 2701, o 2702, o como lo llamen ahora —dice Alan—. Cuando queremos hundir un convoy, primero enviamos un avión de observación. Es claramente un avión de observación. Claro, observar no es realmente su labor principal, ya sabemos exactamente dónde está el convoy. Su labor real es ser observado; es decir, volar lo suficientemente cerca del convoy para que lo vean los vigías de los barcos. A continuación los barcos enviarán un mensaje de radio indicando que han sido vistos por un avión de observación de los aliados. Luego, si llegamos y los hundimos, los alemanes no lo considerarán sospechoso… al menos, no tan monstruosamente sospechoso como si supiésemos adonde ir.

Alan se detiene, consulta la brújula, se gira noventa grados y comienza a caminar hacia el oeste.

—Me parece un arreglo muy ad hoc —dice Lawrence—. ¿Cuál es la probabilidad de que aviones de observación aliados, enviados supuestamente al azar, localicen cada uno de los convoyes del Eje?

—Ya he calculado tal probabilidad, y te apuesto uno de mis lingotes de plata a que Rudy también lo ha hecho —dice Turing—. Es muy pequeña.

—Así que yo tenía razón —dice Lawrence—, tenemos que asumir que el baile ha terminado.

—Quizá todavía no —dice Alan—. Ha sido pura suerte. La semana pasada hundimos un convoy en la niebla.

—¿En la niebla'?

—Niebla por todas partes. Era imposible que se pudiese observar el convoy. Los imbéciles lo hundieron de todas formas. Kesselring sospechó, como lo haría cualquiera. Así que preparamos un mensaje falso, usando un código que sabemos que los nazis han roto, dirigido a un agente ficticio en Nápoles. Lo felicitaba por darnos información sobre el convoy. Desde entonces, la GESTAPO ha estado recorriendo la costa de Nápoles, buscando a ese tipo.

—Yo diría que esquivamos la bala.

—Cierto. —Alan se detiene de pronto, le quita el detector de metales a Lawrence y lo enciende. Comienza a andar lentamente por un claro, pasando el bucle de cable sobre el terreno. Continuamente se enreda con las ramas o se dobla, y por tanto necesita frecuentes reparaciones, pero

sigue tozudamente en silencio, excepto cuando Alan, preocupado de que ya no esté funcionando, lo prueba con la hebilla del cinturón de Lawrence.

—Es un asunto extremadamente delicado —comenta Alan—. Algunas de nuestras UEC están en el norte de África.

—¿UEC?

—Unidades Especiales de Contacto. Los oficiales de inteligencia que reciben la información Ultra de nosotros se la pasan a los oficiales de campo y se aseguran de que es destruida. Algunos de ellos descubrieron, por medio de Ultra, que iba a producirse una incursión aérea durante al almuerzo, así que se llevaron los cascos al comedor. Cuando se produjo la incursión tal y como estaba prevista, todos querían saber cómo esos UEC supieron que debían llevar los cascos.

—Parece que no hay esperanza-dice Lawrence—. ¿Cómo es posible que los alemanes no se den cuenta?

—A nosotros nos lo parece así porque lo sabemos todo y nuestros canales de comunicación están limpios de ruido —dice Alan—. Los alemanes tienen menos canales, y son bastante más ruidosos. A menos que sigamos haciendo cosas asombrosamente idiotas como hundir convoyes en la niebla, nunca tendrán un indicación clara e inconfundible de que hemos roto Enigma.

—Es curioso que menciones Enigma —dice Lawrence—, porque se trata de un canal extremadamente ruidoso del que nos las arreglamos para sacar grandes cantidades de información útil.

—Exactamente. Exactamente por eso estoy preocupado.

—Bien, haré todo lo que pueda para engañar a Rudy —dice Waterhouse.

—Tu lo harás perfectamente. Me preocupan los hombres que ejecutan las operaciones.

—El coronel Chattan parece bastante responsable —dice Waterhouse, aunque probablemente no tenga sentido seguir dando garantías a Alan. Simplemente está preocupado. Una vez cada dos o tres años, Waterhouse hace algo que demuestra habilidad social y ahora ya le toca: cambia de tema.

—Y mientras tanto, ¿estarás trabajando para que Churchill y Roosevelt puedan mantener conversaciones telefónicas secretas?

—En teoría. Dudo mucho que sea práctico. Bell Labs tiene un sistema que actúa dividiendo la onda en varias bandas… —Y a continuación Alan se lanza al tema de las compañías telefónicas. Realiza una disertación completa sobre el tema de la teoría de información aplicado a la voz humana, y de cómo dicta el funcionamiento del sistema telefónico. Está bien que Turing tenga un tema tan extenso del que hablar, porque para Lawrence es cada vez más evidente que su amigo no tiene ni idea de dónde están enterrados los lingotes de plata.

Sin tener que cargar con plata, los dos amigos regresan pedaleando a casa en la oscuridad, que tan al norte llega sorprendentemente rápido. No hablan demasiado, porque Lawrence sigue absorbiendo y digiriendo todo lo que Alan le ha contado con respecto al Destacamento 2702, los convoyes, Bell Labs y la redundancia de la señal de voz. Cada pocos minutos, pasa zumbando una motocicleta cargada con alforjas repletas de mensajes cifrados.

OceanofPDF.com

En el aire

Cualquier medio que sirva para transportar ganado, Bobby Shaftoe lo ha probado: furgones, camiones, marchas forzadas campo a través. Los militares han conseguido inventar el equiváleme aéreo en la forma del Avión del Millar de nombres: DC—3, Sky-train, C—47, Lransporte Dakota, Gooney Bird. Sobrevivirá. Las costillas de aluminio expuestas del fuselaje intentan darle una paliza de muerte, pero siempre que consiga permanecer despierto, puede esquivarlas.

Los soldados están embutidos en el otro avión. El teniente Ethrid-ge y Root están en éste, junto con el soldado de primera Gerald Hott y el sargento Bobby Shaftoe. El teniente Ethridge reclamó su derecho sobre todos los objetos blandos del avión, los dispuso formando un refugio, cerca de la cabina del piloto, y se ató. Durante un rato fingió trabajar con papeles. Luego intentó mirar por la ventana. Ahora se ha quedado dormido y ronca con tal estruendo que, no es broma, ahoga el ruido de los motores.

Enoch Root se ha incrustado en el fondo del fuselaje, donde es más estrecho, y lee dos libros a la vez. A Shaftoe le parece típico: supone que los libros dicen cosas completamente diferentes y el capellán estará obteniendo un gran placer enfrentándolos uno contra el otro, como esos tipos que ponen un tablero de ajedrez sobre una mesa giratoria para jugar contra sí mismos. Supone que cuando vives en una choza en lo alto de una montaña rodeado por un montón de nativos que no hablan ninguna de la aproximadamente media docena de lenguas que tú conoces debes aprender a discutir contigo mismo.

Hay una fila de pequeñas ventanillas cuadradas a cada lado del avión. Shaftoe mira por la derecha y ve montañas cubiertas de nieve y se caga de

miedo durante un momento pensando que se han perdido en los Alpes. Pero por la izquierda, todavía aparece el Mediterráneo, y con el tiempo da paso a protuberancias parecidas a la Torre del Diablo que se elevan desde el terreno de rocas y matorral, y luego no hay más que piedras y arena, o arena sin rocas. Arena amontonada aquí y allá, sin ningún orden en particular, formando dunas. ¡Maldición, siguen en África! ¡Deberías poder ver leones, jirafas y rinocerontes! Shaftoe se adelanta para presentar una queja ante el piloto y el copiloto. Quizá puedan jugar juntos a las cartas. Quizá desde la parte delantera del avión se vea algo que valga la pena.

A todos los efectos, es rechazado en una amarga derrota. Comprueba inmediatamente que el proyecto de encontrar algo mejor que mirar no tiene sentido. Sólo hay tres cosas en todo el universo: arena, mar y cielo. Como marine, sabe lo aburrido que es el mar. Los otros dos son algo mejores. Hay una línea de nubes por delante de ellos: un frente de algún tipo. Eso es todo lo que hay.

Obtiene una idea general del plan de vuelo antes de que retiren la carta de vuelo y la aparten de su vista. Parece que intentan sobrevolar Túnez, lo que no deja de ser curioso, porque la última vez que lo comprobó, Túnez era territorio nazi: de hecho, el sostén de la presencia del Eje en el continente africano. El plan general de hoy parece ser cortar por los estrechos entre Bizerta y Sicilia y luego dirigirse al este hacia Malta.

Todos los suministros y refuerzos de Rommel vienen desde Italia atravesando esos dos mismos estrechos, y llegan hasta Túnez o Bizerta. Desde allí, Rommel puede atacar al este hacia Egipto o al oeste hacia Marruecos. En las semanas que han pasado desde que el Octavo Ejército Británico le dio una paliza en El-Alamein (que está mucho más al este, en Egipto), ha estado retrocediendo en dirección oeste hacia Túnez. Desde que los americanos desembarcaron en el noroeste de África, hace pocas semanas, ha estado luchando contra un segundo frente al oeste. Y Rommel lo ha estado llevando muy bien, por lo que Shaftoe ha podido deducir al escuchar los comentarios estentóreos de los noticiarios cinematográficos, tan cargados de alegría siniestra, mientras se relataban los hechos anteriores.

Todo eso significa que bajo ellos un gran número de fuerzas deberían estar extendiéndose por el Sahara a la espera de entrar en combate. Quizás incluso se esté produciendo una batalla. Pero Shaftoe no ve nada. Sólo la

línea amarilla ocasional lanzada por un convoy, una mecha de dinamita chisporroteando en medio del desierto.

Así que habla con los pilotos. Y hasta que percibe que se cruzan miradas entre sí no comprende que está pasando. Aquellos «Asesinos» debían haber probado a matar a sus víctimas hablándoles hasta la muerte.

Jugar a las cartas está definitivamente descartado. Esos chicos ni siquiera quieren hablar. Prácticamente tiene que meterse allí y apoderarse de los mandos de control para obligarles a decir algo. Y cuando lo hacen, hablan de forma curiosa, y comprende que esos tipos no son tipos ni colegas. Son individuos. Sujetos. Camaradas. Son británicos.

El único otro detalle que aprecia en ellos, antes de rendirse y volverse a la zona de carga, es que van jodidamente armados hasta los dientes. Como si esperasen tener que matar a veinte o treinta personas en el camino del avión a la letrina y de vuelta. Bobby Shaftoe ha conocido a algunos de esos tipos paranoicos durante su servicio, y no le gustan demasiado. Esa forma de pensar le recuerda demasiado a Guadal-canal.

Encuentra un buen sitio en el suelo cerca del cuerpo del soldado de primera Gerald Hott y se tiende. La diminuta pistola que lleva al cinto le impide tenderse de espaldas, así que se la saca y se la mete en el bolsillo. Sólo sirve para trasladar el centro de la incomodidad al estilete de los marine raider que lleva sujeto de forma invisible entre los hombros. Comprende que va a tener que echarse de lado, lo que no va bien porque a un lado tiene un Colt semiautomático, en el que no confía, y en el otro, su propio revólver de seis balas de casa, en el que sí confía. Así que tiene que encontrar dónde guardarlos, junto con la munición, cargadores de repuesto y suministros de mantenimiento que los acompañan. El cuchillo V—44 «Gung Ho», para abrirse paso en la jungla, partir cocos y decapitar nipos, que lleva atado en la pantorrilla izquierda, también desaparece, al igual que la Derringer que lleva en la otra pierna para mantener el equilibrio. Lo único que se queda con él son las granadas de los bolsillos delanteros, ya que no planea tenderse sobre el estómago.

Consiguen atravesar el cabo justo a tiempo para evitar ser arrastrados por la implacable marea. Frente a ellos se ve un llano lleno de barro que forma el suelo de un cala en forma de caja. Las paredes de la caja están formadas por el cabo que acaban de atravesar, otro cabo, deprimentemente similar, a unos cientos de metros, y un acantilado que se levanta en vertical desde el barro. Incluso si no estuviese cubierto por una jungla tropical

implacablemente hostil, el acantilado sellaría el acceso al interior de Guadalcanal simplemente por la caída en vertical. Los marines están atrapados en esa cala hasta que baje la marea.

Lo que da tiempo de sobra a las ametralladoras nipos para matarlos a todos.

Para entonces todos conocen ya el sonido del arma y se arrojan sobre el barro inmediatamente. Shaftoe da un vistazo rápido a su alrededor. Los marines tendidos de espaldas o de lado probablemente estén muertos, los que están apoyados sobre el estómago probablemente estén vivos. La mayoría están tendidos sobre el estómago. El sargento está evidentemente muerto; el tirador le apuntó a él primero.

El nipo o nipos sólo tienen una ametralladora, pero parecen tener toda la munición del mundo: el fruto del Expreso de Tokio, que ha estado llegando impunemente desde que Shaftoe y el resto de los marines desembarcaron en agosto. El tirador se lo toma con calma, apuntando con rapidez a cualquier marine que intente moverse.

Shaftoe se pone en pie y corre hacia la base del acantilado.

Al fin, puede ver los destellos del cañón del ñipo. Así sabe a dónde apunta. Cuando los destellos son alargados es que está apuntado a otros y es seguro ponerse en pie y correr. Cuando se acortan, está girando para apuntar a Bobby Shaftoe…

Se ha arriesgado demasiado. Siente un dolor intenso en la parte baja derecha del abdomen. El grito de dolor es apagado por el barro y cieno cuando el peso de la malla y el casco lo lanzan de cabeza al suelo.

Quizá pierde la conciencia durante un rato. Pero no puede ser demasiado tiempo. El fuego continúa, lo que implica que no todos los marines están muertos. Shaftoe levanta la cabeza con dificultad, luchando contra el peso del casco, y ve un tronco que le separa de la ametralladora; un trozo de madera arrojado a la playa por la tormenta.

Puede correr hacia él o no. Decide correr. Está sólo a unos pasos. Comprende, a medio camino, que va a conseguirlo. Al fin fluye la adrenalina; se lanza con fuerza y cae en el refugio del gran tronco. Media docena de balas se hunden al otro lado, y arrojan sobre su cabeza una ducha de astillas fibrosas y húmedas. El tronco está podrido.

Shaftoe se ha metido en una especie de agujero, y no puede ver ni adelante ni atrás sin exponerse. No puede ver a los otros marines, sólo

oírles gritar.

Se arriesga a echar un vistazo al nido de la ametralladora. Está bien oculto por la vegetación de la jungla, pero evidentemente situado en una cueva a unos veinte pies sobre el llano. Él no está tan lejos de la base del acantilado: podría alcanzarlo con otra carrera. Pero trepar hasta allí sería un suicidio. Probablemente la ametralladora no pudiese apuntarle, pero pueden lanzarle granadas hasta el día del juicio final o, simplemente, acabar con él con armas pequeñas cuando intente sujetarse.

Es, en otras palabras, hora de lanzar las granadas. Shaftoe se pone de rodillas, saca un tubo con rebordes de su bolsa de malla, lo apoya sobre el bozal. Intenta fijarlo, pero no puede girar la tuerca con las manos ensangrentadas. ¿A qué listillo se le ocurrió usar una puta tuerca en ese contexto? No tiene sentido preocuparse de eso ahora. En realidad, hay sangre por todas partes, pero no siente dolor. Pasa los dedos por el suelo, los llena de arena y aprieta la tuerca.

De la bolsa tan práctica sale una granada de fragmentación Mark II, conocida también como la pina, y con algo más de búsqueda, saca el Adaptador de Proyección de Granadas, MI. Mete la anterior en este último, saca el seguro, lo deja caer, y luego desliza el Adaptador de Proyección de Granadas, Mi, armado y preparado, con su carga de fruta, sobre el tubo del lanzagranadas. Al fin: abre una caja de cartuchos especialmente marcada, busca entre Lucky Strikes rotos y doblados, encuentra un cilindro, un cartucho de munición sin carga, doblado en el extremo pero sin una bala de verdad. Carga algunos en la recámara del Springfield.

Se desliza junto al tronco para poder salir y disparar desde un punto inesperado de forma que no le arranquen la cabeza con la ametralladora. Finalmente levanta el dispositivo del profesor Franz de Copenhague en que se ha convertido su Springfield, clava la culata en la arena (en el modo lanzagranadas el retroceso te rompería la clavícula).

Apunta hacia el enemigo y le da al gatillo. El Adaptador de Proyección de Granadas, MI desaparece con un estallido terrible, dejando un rastro de piezas de ferretería ahora inútiles, como un alma que deja atrás su cuerpo. La pina se eleva hacia el cielo, dejando atrás incluso el mecanismo de seguridad, con el detonador químico ardiendo por lo que incluso tiene, cómo lo diría, una luz interior. Shaftoe ha apuntado bien. y la granada se dirige a dónde pretendía. Cree que es muy listo… hasta que la granada rebota, baja dando botes por el acantilado y vuela otro tronco

podrido. Los nipos ya habían anticipado el plan de Bobby Shaftoe, por lo que han tendido una red o tela metálica.

Descansa con la espalda en el barro, mirando al cielo, repitiendo la palabra «joder» una y otra vez. El tronco se agita como un todo, y algo similar a turba le llueve sobre la cara mientras las balas acaban con la madera podrida. Bobby Shaftoe dirige una plegaria al Todopoderoso y se prepara para una carga banzai.

Y entonces, el enloquecedor sonido de la ametralladora se detiene, reemplazado por el grito de un hombre. No reconoce la voz. Shaftoe se apoya en los codos y comprende que el grito viene de la cueva.

Levanta la vista y ve los enormes ojos azules de Enoch Root.

El capellán ha dejado el rincón al fondo del avión y está en cuclillas cerca de una de las ventanillas, sujetándose a lo que puede. Bobby Shaftoe, que se ha movido hasta quedar en una postura incómoda sobre el estómago, mira por la ventana del lado opuesto del avión. Debería poder ver el cielo, pero en lugar de eso ve cómo pasa una duna. La imagen le produce náuseas instantáneas. Ni siquiera considera la idea de sentarse.

Puntos de luz brillante surcan como locos el interior del avión, como rayos, pero —y al principio no es demasiado evidente— proyectados contra la pared del avión, como rayos de linternas. Sigue los rayos, aprovechándose de la ligera neblina de fluido hidráulico vaporizado que ha empezado a acumularse en el aire, y descubre que tienen su origen en una serie de pequeños agujeros circulares que algún cabrón ha perforado en la piel del avión mientras él dormía. El sol penetra por esos agujeros, siempre, claro, en la misma dirección; pero el avión se mueve hacia todos lados.

Comprende que ha estado tendido en el techo del avión desde que se despertó, lo que explica por qué está tendido sobre el estómago. Al comprenderlo, vomita.

Los puntos brillantes desaparecen. Muy, muy renuentemente, Shaftoe se atreve a mirar por la ventana y sólo ve gris.

Ahora cree estar en el suelo. En cualquier caso, está junto al cadáver, y el cadáver estaba atado.

Se queda tendido durante unos minutos, respirando y pensando. El aire silba al entrar por los agujeros del fuselaje, con estruendo suficiente para romperle la cabeza.

Alguien —sin duda, un demente— está de pie y se mueve por el avión. No es Root, que se encuentra en su rincón tratando una serie de laceraciones faciales que recibió durante las acrobacias aéreas. Shaftoe levanta la vista y ve que el hombre en movimiento es uno de los pilotos británicos.

El británico se ha quitado lo que llevaba en la cabeza para dejar al descubierto un pelo negro y ojos verdes. Tiene treinta y tantos años, un viejo. Un rostro huesudo y práctico en el que los diversos bultos, protuberancias y orificios parecen estar allí por alguna razón, una cara diseñada por el mismo tío que diseña lanzagranadas. Un rostro simple y de fiar, ni de lejos guapo. Está arrodillado junto al cadáver de Gerald Hott y lo examina al detalle con una linterna. Es la viva imagen de la preocupación; sus cuidados a los enfermos son intachables.

Finalmente se apoya en la estructura del fuselaje.

—Gracias a Dios —dice—, no le han dado.

—¿*A* quién? —dice Shaftoe.

—A este tipo —dice el piloto, golpeando al cadáver.

—¿Y no va a examinarme a mí?

—No es necesario.

—¿Por qué no? Yo sigo vivo.

—No le dieron —dice el piloto con toda confianza—. Si le hubiesen dado, tendría el aspecto del teniente Ethridge.

Por primera vez, Shaftoe se atreve a moverse. Se apoya sobre un codo y descubre que el suelo del avión está manchado de un fluido rojo.

Había notado una neblina rosa en la cabina, y había supuesto que era producto de un escape de fluido hidráulico. Pero el sistema hidráulico parece estar perfectamente y lo que hay en el suelo no es un derivado del petróleo. Es el mismo fluido rojo que aparecía tan prominentemente en la pesadilla de Shaftoe. Fluye desde el cómodo nido del teniente Ethridge, y el teniente ya no ronca.

Shaftoe contempla lo que queda de Ethridge, que se parece extraordinariamente a lo que estaba tirado por la carnicería esa misma mañana. No desea perder la compostura en presencia de un piloto británico, y en realidad, siente una extraña calma. Quizá sean las nubes; los días nublados siempre le han resultado tranquilizadores.

—Santo Dios —dice al fin—, la veinte milímetros de los teutones es algo increíble.

—Cierto —dice el piloto—, tenemos que dejarnos ver por un convoy y luego proceder con la entrega.

A pesar de lo críptico que suena, es la afirmación más informativa que Bobby haya oído nunca sobre las intenciones del Destacamento 2702. Se pone en pie y sigue al piloto hasta la cabina, ambos esquivando con delicadeza varios menudillos que presumiblemente han salido de Efhridge.

—Se refiere a un convoy aliado, ¿no? —pregunta Shaftoe.

—¿Un convoy aliado? —pregunta el piloto con burla—. ¿Dónde coño vamos a encontrar un convoy aliado? Estamos en Túnez.

—Bien, entonces, ¿qué ha querido decir con eso de dejarnos ver por un convoy? Quiere decir que vamos a ver un convoy, ¿no?

—Lo siento mucho —dice el piloto—, estoy ocupado.

Al darse la vuelta, encuentra al teniente Enoch Root de rodillas junto a un trozo relativamente grande de Ethridge, registrando el maletín de éste. Shaftoe compone un gesto de exagerada indignación moral y le señala con el dedo de la culpa.

—Mire, Shaftoe —grita Root—, me limito a seguir órdenes. Ocupar su puesto.

Saca un paquete pequeño, todo envuelto en un plástico grueso y amarillento. Lo examina, levanta la vista y mira reprobatoriamente a Shaftoe una vez más.

—¡Era un puto chiste! —dice Shaftoe—. ¿Recuerda? ¿Cuando creí que esos tipos saqueaban los cadáveres? ¿En la playa?

Root no se ríe. O está muy cabreado porque Shaftoe consiguiese engañarle, o no le gustan las bromas sobre el saqueo de cadáveres. Root lleva el paquete hasta el otro cuerpo, el que lleva el traje de goma. Mete el paquete en el traje.

A continuación se pone en cuclillas junto al cuerpo y cavila. Cavila durante mucho tiempo. A Shaftoe le parece que le gusta ver a Enoch cavilar, que es como observar a una bailarina exótica agitar las tetas.

La luz vuelve a cambiar al descender de las nubes. El sol se está poniendo, brillando rojizo por entre la neblina del Sahara. Shaftoe mira por una ventana y se sorprende al ver que ahora están sobre el mar. Por debajo hay un convoy de barcos, cada uno de ellos marcando una V perfecta y

blanca sobre las aguas oscuras, cada uno iluminado a un costado por el sol rojo.

El aeroplano vira y da un lento giro alrededor del convoy. Shaftoe oye el sonido distante de los disparos. Flores negras estallan y se disuelven en el cielo a su alrededor. Comprende que los barcos intentan acertarles con fuego antiaéreo. Después el avión se eleva una vez más hacia el refugio de las nubes, y la oscuridad es casi completa.

Mira a Enoch Root por primera vez en un buen rato. Éste vuelve a estar sentado en el rincón, leyendo con ayuda de una linterna. Tiene desplegados sobre el regazo un montón de papeles. Es el montón envuelto en plástico que Root sacó del maletín de Ethridge y metió en el traje de Gerald Hott. Shaftoe supone que el encuentro con el convoy y el fuego antiaéreo ha superado a Root y que volvió a sacar el paquete para echarle un vistazo.

Root levanta la vista y mira a Shaftoe a los ojos. No parece sentirse nervioso, ni culpable. Se muestra llamativamente calmado y tranquilo.

Shaftoe sostiene la vista durante un momento. Si hubiese la más mínima muestra de nerviosismo o culpa, denunciaría al capellán como espía alemán. Pero no la hay; Enoch Root no trabaja para los alemanes. Tampoco trabaja para los aliados. Trabaja para un Poder Superior. Shaftoe asiente imperceptiblemente, y la mirada de Root se suaviza.

—Están todos muertos, Bobby —le grita.

—¿Quiénes?

—Los isleños. Los que viste en la playa de Guadalcanal.

Así que eso explica por qué a Root le molestan tanto las bromas sobre saqueadores de cadáveres.

—Lo lamento —dice Shaftoe, acercándose para no tener que gritarse —. ¿Cómo sucedió?

—Después de que volviésemos a mi cabaña, envié un mensaje a los jefes en Brisbane —dice Root—. Lo cifré usando un código especial. Les conté que había recogido a un marine raider, que parecía que podría sobrevivir, y que si podrían venir por favor a recogerlo.

Shaftoe asiente. Recuerda haber oído muchos puntos y rayas, pero entre la fiebre, la morfina y los remedios caseros que Root le había administrado no se enteraba de mucho.

—Bien, respondieron —siguió contando Root—, diciendo: «No podemos ir hasta allí, pero tple importaría llevarlo a tal y tal sitio y encontrarse allí con otros marines raiders?» Lo que, como recordarás, es lo que hicimos.

—Sí-dijo Shaftoe.

—Hasta aquí bien. Pero cuando regresé a la cabaña después de entregarte, los nipones habían pasado por allí. Habían matado a todos los isleños que pudieron encontrar. Quemaron la cabaña. Lo quemaron todo. Pusieron tantas trampas por todas partes que casi me matan. Apenas salí vivo de allí.

Shaftoe asiente, como sólo puede asentir alguien que ha visto a los nipos en acción.

—Me evacuaron a Brisbane, donde comencé a dar la lata con respecto a los códigos. Ésa era la única forma en que pudieron encontrarme; era evidente que habían roto el código. Y después de dar bastante la lata, aparentemente alguien dijo: «Eres británico, eres un sacerdote, eres médico, puedes manejar un rifle, conoces el código Morse, y lo más importante de todo, eres un jodido incordio… ¡así que fuera!» Y lo siguiente que sé es que me encuentro en Argel dentro de un contenedor de carne.

Shaftoe aparta la vista y asiente. Root parece comprender el mensaje, que es que Shaftoe no sabe nada más de lo que ya sabe él.

Con el tiempo, Enoch Root vuelve a rehacer el paquete, dejándolo tal y como estaba. Pero no lo vuelve a colocar en el maletín. Lo mete en el traje de goma de Gerald Hott.

Más tarde vuelven a salir de entre las nubes, cerca de un puerto iluminado por la luna, y bajan hasta estar muy cerca del océano, yendo tan lento que incluso Shaftoe, quien no sabe nada sobre aviones, siente que están a punto de calar el motor. Abren la puerta lateral del Dakota y, uno-dos-tres-AHORA, lanzan el cuerpo del soldado de primera Gerald Hott al océano. Produce lo que sería una buena rociada en la piscina municipal de Oconomowoc, pero que en el océano no se nota demasiado.

Más o menos una hora más tarde, aterrizan el mismo Gooney Bird en una pista de aterrizaje en medio de un asombroso bombardeo aéreo. Abandonan el Skytrain en medio de la pista, cerca del otro C—47, y corren por entre la oscuridad, siguiendo a los pilotos británicos. Luego bajan por

una escalera y se encuentran bajo tierra; en un refugio, para ser exactos. Ahora pueden sentir las bombas, pero no oírlas.

—Bienvenidos a Malta —dice alguien.

Shaftoe mira a su alrededor y ve que está rodeado por hombres vestidos con uniformes británicos y americanos. Los americanos le resultan conocidos: es el pelotón de marine raiders de Argel, que han venido volando en el otro Dakota. Los británicos le son desconocidos, y Shaftoe supone que son los hombres del SAS de los que le hablaron los tipos en Washington. Lo único que todos tienen en común es que cada hombre, en algún lugar de su uniforme, lleva el número 2702.

OceanofPDF.com

Confidencialidad

Avi se presenta puntual, conduciendo perezosamente su bastante bueno, pero no horriblemente ostentoso, deportivo nipon, que mete de un volantazo en un mosaico irregular de losetas de asfalto. Randy lo observa desde el segundo piso, mirando desde cincuenta pies casi en línea recta a través del techo solar. Avi lleva puestos los pantalones de un buen traje de un tejido apropiado para el trópico, una camisa de algodón hecha a mano, gafas oscuras de esquí y un sombrero de lienzo de alas anchas.

La casa es una estructura alta y aislada que se alza en medio de un prado californiano que se eleva desde el Pacífico, a unos kilómetros de distancia. Desde allí llega un aire frío, a impulsos, como las olas en la playa. Lo primero que hace Avi al salir del coche es ponerse la chaqueta del traje.

Saca dos enormes maletines de ordenadores portátiles del portaequipaje, entra en la casa sin llamar (no ha estado nunca en esa casa en particular, pero ha estado en otras que funcionan por principios similares), se encuentra a Randy y Eb esperándole en una de las muchas habitaciones y saca de las bolsas como quince mil dólares en equipos informáticos portátiles. Los coloca sobre la mesa. Avi le da al botón de encendido de los dos portátiles y, mientras ejecutan lentamente la rutina de arranque, los enchufa a la pared para que no se les agoten las baterías. Un conductor de corriente con enchufes cada dieciocho pulgadas ha sido atornillado implacablemente a lo largo de cada pulgada de pared, atravesando el recubrimiento de paneles, agujeros en el recubrimiento, en el papel de ilusión óptica primitivo, en los paneles de imitación madera, en los viejos carteles de los Grateful Dead e incluso en la puerta torcida.

Uno de los portátiles está conectado a una impresora portátil diminuta, que Avi carga con unas hojas de papel. El otro portátil muestra unas líneas de texto en la pantalla, luego da un pitido y se detiene. Randy se acerca y lo mira con curiosidad. Muestra un indicador de sistema:

FILO

Que Randy sabe que significa Finux Loader, un programa que permite elegir el sistema operativo.

—Finux —murmura Avi, contestando a la pregunta que Randy no había formulado.

Randy teclea «Finux» y le da a la tecla de retorno.

—¿Cuántos sistemas operativos tienes en esta máquina?

—Windows 95 para los juegos, y para cuando necesito que algún idiota use el ordenador durante un rato —dice Avi—. Windows NT para cosas de oficina. BeOS para *hacking* y para manipular imágenes, fotografías y demás multimedia. Finux para composición de textos a gran escala.

—¿Cuál quieres ahora?

—BeOS. Voy a mostrar muchos JPEG. ¿Hay por aquí un retro-proyector?

Randy mira a Eb, la única persona en la habitación que realmente vive allí. Eb parece más voluminoso de lo que es, y quizá sea porque el pelo parece que le vaya a estallar: de dos pies de largo, rubio con ligeros tintes pelirrojos, grueso y ondulado y con tendencia a solidificarse en hebras gruesas. La única forma de contenerlo, cuando se molesta en atarlo, es usar un cordón. Eb está garabateando en uno de esos pequeños ordenadores que usan un lápiz para escribir en la pantalla. Normalmente, los *hackers* no los utilizan, pero Eb (o más bien, una de las difuntas corporaciones de Eb) escribió el software para ese modelo y por tanto tiene muchos por ahí. Parece estar absorto en lo que sea que esté haciendo, pero después de que Randy le mire durante un par de segundos, percibe la mirada y levanta la cabeza. Tiene unos ojos verdes y pálidos, acompañados de una exuberante barba pelirroja, menos cuando se encuentra en una de sus fases de afeitado,

que normalmente suelen coincidir con alguna relación romántica seria. Ahora mismo la barba tiene como media pulgada de largo, lo que indica una ruptura reciente, e implica la voluntad de aceptar nuevos retos.

—¿Retroproyector? —dice Randy.

Eb cierra los ojos, que es lo que hace durante los accesos a memoria, luego se pone en pie y sale de la habitación.

La pequeña impresora comienza a lanzar papel. La primera línea de texto, centrada en lo alto de la página, es: ACUERDO DE CONFIDENCIALIDAD Y NO DIVULGACIÓN. Siguen más líneas. Randy las ha visto, o similares, en tantas ocasiones que sus ojos pasan por encima de ellas y miran a otro lado. Lo único que cambia en cada ocasión es el nombre de la compañía: en este caso: EPIPHYTE(2) CORP.

—Bonitas gafas.

—Si crees que son raras, deberías ver lo que voy a ponerme después de la puesta de sol —dice Avi. Busca en una bolsa y saca un artefacto que es como un par de gafas sin lentes, con lo que parecen unas lámparas de casa de muñecas sobre cada ojo. Un cable corre hasta un juego de baterías con una pinza para sujetar al cinturón. Desliza un pequeño interruptor en las baterías y las lámparas se encienden: halógeno blanco azulado de aspecto muy caro.

Randy arquea las cejas.

—Para evitar el desarreglo horario —explica Avi—. Estoy adaptado a la hora de Asia. Y volveré allí en un par de días. Mientras esté aquí no quiero volver a la hora de la Costa Este.

—Por tanto ese sombrero y las gafas…

—Simulan la noche. Esto otro simula el día. Ya sabes, el cuerpo se guía por la luz y ajusta el reloj según lo que ve. Por cierto, ¿os importaría cerrar las persianas'?

Las ventanas de la habitación miran al oeste, lo que ofrece una vista de la pendiente cubierta de hierba de Half Moon Bay. Es la última hora de la tarde y el sol atraviesa las ventanas. Randy saborea durante un momento la vista y luego deja caer las persianas.

Eb vuelve a entrar en la habitación con un retroproyector colgando de una mano, lo que por un momento le da el aspecto de Beowulf portando el brazo cortado de un monstruo. Lo coloca sobre la mesa y lo dirige hacia la

pared. No es necesaria una pantalla, porque por encima de las ubicuas líneas de corriente, todas las paredes de la casa están cubiertas de pizarras blancas. A su vez, muchas de las pizarras están cubiertas con conjuros crípticos escritos en colores primarios. Algunos de ellos están rodeados por orlas irregulares con anotaciones que dicen ¡NO BORRAR! O simplemente ¡NO BO! o ¡NO! Frente al lugar donde Eb ha puesto el retroproyector hay una lista de la compra, un fragmento medio borrado de un diagrama de flujo, un número de fax de Rusia, un par de números IP —direcciones de Internet— y unas pocas palabras en alemán, que presumiblemente escribió el propio Eb. El doctor Eberhard Fóhr lo examina todo, descubre que nada está rodeado por un borde NO BO y lo borra.

Otros dos hombres entran en la habitación, enfrascados en una conversación sobre alguna irritante compañía en Burlingame. Uno de ellos es moreno y delgado y tiene el aspecto de un pistolero; incluso lleva un sombrero negro de *cowboy.* El otro es rechoncho, rubio y tiene aspecto de acabar de salir de una reunión del Rotary Club. Tienen un detalle en común: cada uno de ellos lleva un brillante brazalete plateado en la muñeca.

Randy coge los NDA de la impresora y los reparte, dos copias para cada uno, cada par preimpreso con un nombre: Randy Waterhouse,Eberhard Fórh, John Cantrell (el chico con el sombrero negro de *cowboy)* y Tom Howard (el americano de pelo claro). Cuando John y Tom alargan la mano para coger las páginas, los brazaletes plateados interceptan rayos de luz perdidos que penetran por las persianas. Cada uno de los brazaletes exhibe un caduceo rojo y varías líneas de texto.

—Parecen nuevos —dice Randy—. ¿Han vuelto a cambiar el texto?

—¡Sí! —dice John Cantrell—. Se trata de la versión 6.0… son de la semana pasada.

En cualquier otro sitio, los brazaletes indicarían que John y Tom sufrían alguna condición mortal, como una alergia a los antibióticos comunes. Un médico que los sacase de un coche destrozado vería el brazalete y seguiría las instrucciones. Pero estamos en Silicon Valley y las reglas son diferentes. Los brazaletes dicen, por uno de los lados:

EN CASO DE MUERTE VEA EL REVERSO PARA EL PROTOCOLO DE BIOÉSTASIS

SIGA LAS INSTRUCCIONES Y RECIBA UNA RECOMPENSA DE $100.000

Y por el otro:

LLAME PARA PEDIR INSTRUCCIONES

1—800—NNN-NNNN

PUSH 50.000 U HEPARINA IV

REALICE RCP Y ENFRIAMIENTO

CON HIELO HASTA 1OC. MANTENGA PH 7.5

NI AUTOPSIA NI EMBALSAMAMIENTO

Se trata de una receta para congelar a una persona muerta o casi muerta. La gente que lleva esos brazaletes cree que, si se sigue la receta, se pueden congelar el cerebro y otros tejidos delicados sin destruirlos. Dentro de unas décadas, cuando la nanotecnología haya hecho posible la inmortalidad, esperan ser descongelados. John Cantrell y Tom Howard creen que hay una probabilidad razonable de que sigan charlando dentro de un millón de años.

La habitación queda en silencio mientras todos los hombres examinan los papeles, buscando con los ojos ciertas cláusulas familiares. Entre todos habrán firmado probablemente un centenar de acuerdos de confidencialidad. Aquí es como ofrecerle a alguien una taza de café.

Una mujer entra en la habitación, cargando con una bolsa de lona, y se disculpa por llegar tarde. Beryl Hagen tiene el aspecto de una tía de los cuadros de Norman Rockwell, de las que visten delantal y sostienen un

pastel. Durante veinte años, ha sido la directora financiera de doce pequeñas compañías diferentes de alta tecnología. Diez de ellas han quebrado. No fue culpa de Beryl, excepto en el caso de la segunda. La sexta fue la Segunda Aventura Empresarial de Randy. Una fue absorbida por Microsoft, otra se convirtió en una compañía independiente y de éxito por derecho propio. Beryl ganó dinero suficiente con las dos últimas para retirarse. Se dedica a asesorar y escribir mientras busca algo lo bastante interesante como para ponerla de nuevo en acción, y su presencia en la habitación sugiere que Epiphyte(2) Corp. no debe ser una absoluta tontería. O *quizá*, simplemente está mostrándose amable con Avi. Randy le da un abrazo de oso, levantándola del suelo, y luego le pasa dos copias del NDA con su nombre.

Avi ha desmontado la pantalla del primer portátil y la ha colocado sobre la superficie del primer retroproyector, que proyecta una imagen en color sobre la pizarra. Es un escritorio típico: un par de ventanas y algunos iconos. Avi se da una vuelta y recoge los acuerdos de confidencialidad firmados, los repasa, devuelve la copia a cada uno y archiva el resto en el bolsillo exterior de una de las bolsas de portátiles. Comienza a teclear en el teclado del portátil y las letras aparecen en una de las ventanas.

—Como ya sabéis —murmura Avi—, Epiphyte Corp., a la que me referiré como Epiphyte(l) para ser más claros, es una corporación de Delaware, de año y medio de antigüedad. Los accionistas somos yo, Randy y Springboard Capital. Nos dedicamos a los negocios de telecomunicaciones en Filipinas. Puedo daros los detalles más tarde. Nuestro trabajo allí nos ha hecho ver algunas nuevas oportunidades en esa parte del mundo. Epiphyte(2) es una corporación de California, de tres semanas de antigüedad. Si las cosas salen como esperamos, Epiphy-te(l) se combinará con ésta por medio de una transferencia de acciones cuyos detalles son demasiado aburridos para discutirlos ahora.

Avi pulsa la tecla de retorno. En el escritorio se abre una nueva ventana. Es un mapa en color escaneado de un atlas, alto y estrecho. En su mayor parte es de un azul oceánico. Una línea costera agreste penetra por el borde superior, con algunas ciudades identificadas por sus nombres: Nagasaki, Tokio. Shanghai se encuentra en la esquina superior izquierda. El archipiélago de Filipinas está justo en el centro. Taiwán está directamente al norte, y al sur hay una cadena de islas que forman una

barrera porosa entre Asia y una gran masa terrestre identificada con palabras inglesas como Darwin y Great Sandy Desert.

—Probablemente para la mayoría de vosotros tenga un aspecto raro —dice Avi—. Normalmente estas presentaciones se inician con el diagrama de una red informática, de flujo, o similar. Normalmente no miramos mapas. Estamos tan acostumbrados al trabajo en un plano totalmente abstracto que casi parece estrafalario ir al mundo real y hacer algo físicamente.

»Pero me gustan los mapas. Tengo mapas por toda la casa. Voy a sugeriros que las habilidades y conocimientos que todos hemos ido desarrollando en nuestro trabajo, especialmente en lo que se refiere a Internet, tienen aplicaciones ahí fuera. —Da un golpecito en la pizarra—. En el mundo real. Ya sabéis, esa enorme bola húmeda donde viven miles de millones de personas.

Se producen unas cuantas risillas educadas mientras Avi pasa la mano sobre la *trackball* del ordenador y pulsa un botón con el pulgar. Aparece una nueva imagen: el mismo mapa, con líneas de colores brillantes atravesando el océano, saltando de una ciudad a la siguiente, siguiendo más o menos la costa.

—Los cables submarinos existentes. Cuanto más gruesa es la línea, mayor es la capacidad —dice Avi—. Ahora bien, ¿qué hay mal en esta imagen?

Hay varias líneas gruesas que corren hacia el este desde lugares como Tokio, Hong Kong y Australia, presumiblemente conectándolos a Estados Unidos. A lo largo del mar de China Meridional, que se encuentra en Filipinas y Vietnam, otra línea gruesa dobla más o menos de norte a sur, pero no conecta ninguno de esos dos países: va directamente a Hong Kong, luego sube por la costa de China hasta Shanghai, Corea y Tokio.

—Como Filipinas está justo en el centro del mapa —dice John Cantrell—, predigo que vas a señalar que casi ninguna línea gruesa llega a Filipinas.

—Casi ninguna línea gruesa llega a Filipinas —anuncia Avi con vigor. Señala una excepción, que va desde el sur de Taiwán al norte de Luzón, luego sigue la costa hasta Corregidor—. Exceptuando ésta, en la que Epiphyte(l) está implicada. Pero no es sólo eso. Hay una escasez general de líneas gruesas en la dirección norte-sur, conectando Australia con Asia.

Muchos paquetes de datos que van de Sydney a Tokio deben pasar por California. Hay una oportunidad de mercado.

Beryl lo interrumpe.

—Avi, antes de que empieces —dice, con voz cautelosa y arrepentida —, debo decir que tender cables submarinos de larga distancia es un negocio en el que es difícil entrar.

—¡Beryl tiene razón! —dice Avi—. La única gente que tiene los recursos para tender esos cables son AT amp;T, Cable *amp*; Wireless y Kokusai Denshin Denwa. Es difícil. Es caro. Se necesita una cantidad ingente de GNR.

La abreviatura significa «gastos no renovables», es decir, el trabajo de ingeniería para completar un estudio de viabilidad que será dinero malgastado si la idea no llega a puerto.

—Entonces, ¿en qué piensas? —dice Beryl.

Avi muestra otro mapa. En esta ocasión es igual al anterior, sólo que se han dibujado nuevas líneas: toda una serie de enlaces cortos de isla a isla. Una desconcertante cadena de numerosos saltos cortos por todo el archipiélago de Filipinas.

—Quieres cablear Filipinas y conectarla a la Red por medio de tu enlace con Taiwán —dice Tom Howard, en un intento heroico de cortocircuitar lo que intuye como una larga presentación por parte de Avi.

—Hablando desde el punto de vista de la información, Filipinas va a ser algo genial —dice Avi—. El gobierno tiene sus fallos, pero básicamente es una democracia, siguiendo el modelo de las instituciones occidentales. Al contrario que la mayor parte de Asia, usan ASCII. La mayoría de ellos hablan inglés. Tienen grandes lazos con Estados Unidos. Tarde o temprano van a ser importantes jugadores en la economía de la información.

Randy le interrumpe:

—Allí ya hemos establecido una posición segura. Conocemos el ambiente económico local. Y tenemos flujo de capital.

Avi muestra otro mapa. En esta ocasión es más difícil de leer. Parece un mapa en relieve de una vasta región de altas montañas interrumpida por mesetas ocasionales. Su aparición en medio de esta presentación sin etiqueta o explicación por parte de Avi lo convierte en un desafío implícito a la perspicacia mental de los allí reunidos. Ninguno de ellos va a rendirse pronto. Randy les ve entrecerrar los ojos y mover la cabeza de lado a lado.

Eberhard Fórh, al que se le dan bien los puzzles raros, es el primero en comprenderlo.

—El sur de Asia con los océanos secos —dice—. Esa cresta alta es Nueva Guinea. Esos bultos son los volcanes de Borneo.

—Genial, ¿no? —dice Avi—. Es un mapa de radar. Los satélites militares americanos reunieron todos los datos. Se puede conseguir por casi nada.

En este mapa las Filipinas se ven no como una cadena de islas separadas sino como las regiones más altas de una inmensa meseta oblonga rodeada de profundos tajos en la corteza terrestre. Para ir de Luzón a Taiwán atravesando el fondo marino tendrías que introducirte en una profunda zanja, flanqueada por cordilleras montañosas paralelas, y seguirla al norte durante unas trescientas millas. Pero al sur de Luzón, en la zona donde Avi propone tender una red de cables entre islas, la región es poco profunda y plana.

Avi pulsa de nuevo, superponiendo un azul transparente sobre las partes que se encuentran por debajo del nivel del mar, verde sobre las islas. Luego amplía un área en el centro del mapa, donde la meseta de Filipinas extiende dos brazos al suroeste hacia el norte de Borneo, abrazando, y casi encerrando, una masa de agua en forma de diamante, de trescientos cincuenta millas de ancho.

—El mar de Sulú —anuncia—. Sin ninguna relación con el asiático simbólico de *Star Trek.*

Nadie se ríe. Realmente no están allí para que les entretengan; están concentrados en el mapa. Todos los archipiélagos y mares son confusos, incluso para gente inteligente con buena imaginación espacial. Las Filipinas forman el límite superior derecho del mar de Sulú, el norte de Borneo (parte de Malasia) el inferior izquierdo, el archipiélago de Sulú (parte de Filipinas) el inferior derecho, y el límite superior izquierdo es una isla de Filipinas extremadamente larga y delgada llamada Palawan.

—Esto me recuerda que las fronteras nacionales son artificiales y tontas —dice Avi—. El mar de Sulú es una cuenca en medio de una meseta inmensa compartida por Filipinas y Borneo. Así que si cableas Filipinas, con igual facilidad puedes cablear Borneo simultáneamente, simplemente contorneando el mar de Sulú con cables cortos poco profundos. Así.

Avi pulsa de nuevo y el ordenador dibuja más líneas de color.

—Avi, ¿por qué estamos aquí? —pregunta Eberhard.

—Es una pregunta muy profunda —dice Avi.

—Conocemos el funcionamiento económico de las empresas emergentes —dice Eb—. Empezamos solamente con la idea. Para eso están los NDA, para proteger la idea. Trabajamos la idea juntos, combinando los cerebros, y obtenemos acciones a cambio. El resultado de este trabajo es software. El software se puede registrar, obtener su *copyright*, e incluso patentarlo. Es propiedad intelectual. Vale algo de dinero. Somos los propietarios en común, por medio de nuestras acciones. Luego vendemos más acciones a un inversor. Usamos el dinero para contratar a más gente y convertirlo en un producto, para sacarlo al mercado y demás. Así funciona el sistema, pero empiezo a pensar que tú no lo comprendes.

—¿Por qué lo dices?

Eb parece confundido.

—¿Cómo podemos contribuir nosotros a esta empresa? ¿Cómo podemos convertir nuestros conocimientos en algo que un inversor quiera comprar?

Todos miran a Beryl. Beryl asiente para mostrar su acuerdo con Eb. Tom Howard dice:

—Avi, mira. Puedo diseñar grandes instalaciones informáticas. John escribió Ordo; lo sabe todo sobre criptografía. Randy trabaja con Internet, Eb hace cosas raras, Beryl se encarga del dinero. Pero por lo que yo sé, ninguno de nosotros sabe una mierda sobre la ingeniería de cables submarinos. ¿De qué servirán nuestros currículos cuando tengas que atraer inversión de capital?

Avi asiente.

—Todo eso que dices es cierto —concede en voz baja—. Tendríamos que estar locos para meternos a tender cables por Filipinas. Eso es trabajo para FiliTel, con la que Epiphyte(l) tiene una colaboración empresarial.

—Incluso si estuviésemos locos —dice Beryl—, nunca tendríamos la oportunidad porque nadie nos daría el dinero.

—Por suerte, no hay que preocuparse de eso —dice Avi—, porque lo están haciendo por nosotros. —Se dirige a la pizarra, coge un rotulador rojo y dibuja una línea gruesa entre Taiwán y Luzón, mientras la mano adopta un tono leproso y moteado por el relieve del fondo que se proyecta sobre su piel—. KDD, que anticipa un gran crecimiento en Filipinas, ya está

tendiendo otro gran cable aquí. —Desciende y comienza a dibujar enlaces más cortos y pequeños entre las islas del archipiélago—. Y FiliTel, que recibe fondos de AVCLA, Asia Ventare Capital Los Angeles, está cableando Filipinas.

—¿Qué relación tiene Epiphyte(l) con eso? —pregunta Tom Howard.

—En la medida en que quieren usar la red para tráfico de protocolo de Internet, necesitan *routers* y personal con los conocimientos adecuados de redes —dice Randy.

—Bien, déjame repetir la pregunta: ¿por qué estamos aquí? —dice Eberhard, con paciencia pero con firmeza.

Avi se enfrasca un poco con el rotulador. Rodea una isla en una esquina del mar de Sulú, centrada en un espacio entre el norte de Borneo y la larga y delgada isla de Filipinas llamada Palawan. Le pone nombre con letras de molde: SULTANATO DE KTNAKUTA.

—Kinakuta tuvo un sultán blanco durante un tiempo. Es una larga historia. Luego fue una colonia alemana —dice Avi—. En aquella época. Borneo era parte de las Indias Holandesas Orientales, y Palawan, como el resto de Filipinas, fue primero española y luego norteamericana. Por tanto, era el territorio de Alemania en la zona.

—Alemania siempre acababa con las colonias más mierdosas —dice Eb pesaroso.

—Después de la Primera Guerra Mundial, se la entregaron a los japoneses, junto con otro buen montón de islas más al este. Todas esas islas, colectivamente, se denominaban las Mandatos porque Japón las controlaba por un Mandato de la Liga de Naciones. Durante la Segunda Guerra Mundial los japoneses usaron Kinakuta como base para atacar las Indias Holandesas Orientales y Filipinas. Tenían una base naval y un campo de aviación. Después de la guerra, Kinakuta se hizo independiente, como lo era antes de los alemanes. La población es musulmana o china en los bordes, y animista en el centro, y siempre han tenido un sultán, incluso bajo la ocupación japonesa y alemana, aunque ambos poderes controlaban realmente mientras mantenían al sultán como figura decorativa. Kinakuta tenía reservas de petróleo, pero eran inalcanzables hasta que la tecnología mejoró y los precios subieron, más o menos cuando se produjo el embargo árabe al petróleo, que también es cuando llegó al poder el actual sultán.

Ahora el sultán es un hombre muy rico, no tan rico como el sultán de Brunei, que resulta ser su primo segundo, pero rico.

—¿El sultán respalda tu compañía? —pregunta Beryl.

—No como tu piensas —dice Avi.

—¿Qué quieres decir? —pregunta con impaciencia Tom Howard.

—Dejadme expresarlo así —dice Avi—. Kinakuta es miembro de las Naciones Unidas.

Es un país tan independiente y miembro de la comunidad de naciones como Francia o Inglaterra. De hecho, es excep-cionalmente independiente por sus reservas de petróleo. Básicamente es una monarquía; el sultán hace las leyes, pero sólo después de extensas consultas con sus ministros, que establecen las políticas y preparan la legislación. Y recientemente he estado pasando mucho tiempo con el ministro de Correos y de Telecomunicaciones. He estado ayudando al ministro a preparar una nueva ley que gobernará todas las telecomunicaciones que pasen por el territorio de Kinakuta.

—¡Oh, Dios mío! —dice John Cantrell, sobrecogido.

—¡Una acción gratis para el joven del sombrero negro! —dice Avi—. John ha descubierto el plan secreto de Avi. John, ¿te gustaría explicárselo a los otros concursantes?

John se quita el sombrero y se pasa la mano por su largo pelo negro. Se vuelve a poner el sombrero y lanza un suspiro.

—Avi propone poner en marcha un refugio de datos —dice.

Por toda la habitación se oye un pequeño murmullo de admiración. Avi espera a que amaine y dice:

—Una pequeña corrección: el sultán va a poner en marcha un refugio de datos. Yo propongo ganar dinero con él.

OceanofPDF.com

Ultra

Lawrence Pritchard Waterhouse entra en combate armado con un tercio de hoja de papel británico sobre el que han escrito algunas palabras que lo identifican como un pase para Bletchley Park. Algún oficial de clase alta ha escrito con su Mont Blanc su nombre y algunas otras cosas, las palabras TODAS LAS SECCIONES están rodeadas con un círculo, y está sellado, convertido en un beso de puta borroso con total despreocupación, lo que indica mayor Autoridad y Poder que la engañosa claridad de un falsificador.

Encuentra el camino alrededor de la Mansión hasta el sendero estrecho situado entre aquella y la hilera de garajes de ladrillo rojo (o establos, como sería probable que los llamasen sus abuelos). Le parece un lugar más que agradable para fumarse un cigarrillo. El camino está bordeado de árboles, toda una barrera. El sol se está poniendo. Todavía está lo suficientemente alto para atravesar cualquier pequeño defecto que pueda encontrar en el perímetro defensivo del horizonte, por lo que rayos rojos le golpean sorprendentemente en los ojos mientras pasea de un lado a otro. Sabe que uno de ellos está atravesando de forma invisible el aire situado a varios pies sobre su cabeza, porque está traicionando una antena: un trozo de cable de cobre extendido desde la pared de la Mansión hasta un ciprés cercano. Refleja la luz exactamente de la misma forma que la fibra de la tela de araña con la que Waterhouse jugueteaba.

El sol se ocultará pronto; ya es de noche en Berlín, así como en la mayoría del imperio infernal que Hitler ha construido desde Calais hasta el Volga. Es hora de que los operadores de radio inicien su trabajo. La radio, en general, no dobla las esquinas. Lo que puede ser un verdadero problema

cuando estás conquistando el mundo, que tiene el inconveniente de ser esférico, lo que sitúa a la mayor parte de tus unidades militares activas más allá del horizonte. Pero si empleas ondas cortas, puedes hacer rebotar la información en la ionosfera. Funciona mucho mejor cuando el sol no está en el cielo, llenando la atmósfera con ruido de banda ancha. Por tanto, los radiotelegrafistas, y la gente que los escucha a escondidas (lo que los británicos llaman el Servicio Y) son, por igual, seres nocturnos.

Como Waterhouse acaba de comprobar, la Mansión tiene un par de antenas. Pero Bletchley Park es una araña enorme y voraz que requiere para su alimentación de una red del tamaño de una nación. Ha visto pruebas suficientes, como los cables negros que trepan por las paredes de la Mansión y el olor y el zumbido de la congregación de teletipos, para saber que la red está al menos parcialmente compuesta de cables de cobre. Otra parte de la red está fabricada con materiales más bastos como asfalto y cemento.

La puerta se abre de par en par y un hombre montado en una motocicleta penetra en el sendero, bombardeando con los dos cilindros de la máquina; el ruido hiere la nariz de Waterhouse al pasar a su lado. Waterhouse lo sigue durante un tiempo, pero le pierde la pista después de unas cien yardas. Es aceptable; pronto llegarán más, a medida que el sistema nervioso de la Wehrmacht se despierte y el Servicio Y reciba sus señales.

El motociclista pasó a través de una pintoresca puerta que une dos edificios viejos. La puerta tiene en la parte alta una cúpula con una veleta y un reloj. Waterhouse la atraviesa y se encuentra en un patio cuadrado que evidentemente se remonta a cuando Bletchley Park era una preciada granja de Buckinghamshire. A la izquierda continua la línea de establos. En el tejado hay frontones, ahora manchados por la mierda de los pájaros. El edificio está repleto de palomas. Justo frente a él se encuentra una encantadora casa de ladrillos Ludor, lo único que ha visto hasta ahora que no es arquitectónicamente ofensivo. A su derecha hay un edificio de una planta. Información extraña sale de ese edificio: el olor a aceite caliente de los teletipos, pero no el sonido del tecleo, sino más bien un zumbido mecánico y agudo.

Se abre una puerta en el establo y sale un hombre llevando una caja enorme, pero que evidentemente pesa poco, con un asa en la parte superior. Del interior surge un sonido de arrullos, y Waterhouse se da cuenta de que

contiene palomas. Los pájaros del hastial no son salvajes, son palomas mensajeras. Portadoras de información, hilos en la red de Bletchley Park.

Se dirige al edificio que huele a aceite caliente y mira por la ventana.

A medida que cae la noche la luz comienza a filtrarse desde allí, lo que ofrece información a los aviones de reconocimiento alemanes, por lo que un conserje recorre el patio cerrando de un golpe las contraventanas oscuras.

Al final llega algo de información a los ojos de Waterhouse: al otro lado de la ventana hay hombres reunidos alrededor de una máquina. La mayoría de ellos lleva ropas de civil, y durante bastante tiempo han estado demasiado ocupados como para preocuparse de peines, navajas de afeitar o betún.

Los hombres están completamente concentrados en su trabajo, que está muy relacionado con la gran máquina. La máquina consiste en una gran estructura de tubos de acero, como el armazón de una cama puesto de pie. En diversas posiciones de la estructura hay tambores de metal del diámetro de un plato, de una pulgada más o menos de espesor. Han enhebrado una cinta de papel en una trayectoria desconcertantemente enrollada de tambor en tambor. Parece que se necesita una docena de yardas de cinta para enhebrar la máquina.

Uno de los hombres ha estado trabajando en una correa que va alrededor de uno de los tambores. Retrocede un poco y hace un gesto con la mano.

Otro hombre le da a un interruptor y los tambores empiezan a girar a la vez. La cinta comienza a volar por el sistema. Los agujeros perforados en la cinta llevan datos; el sistema se convierte en una mancha gris al crear la velocidad la sensación de que la cinta parece disolverse en un penacho de humo.

No, no se trata de una ilusión. De los tambores en movimiento sale humo de verdad. La cinta recorre la máquina a tal velocidad que se prende fuego ante los ojos de Waterhouse y de los hombres del interior, que la contemplan con calma, como si ardiese de una forma novedosa e interesante.

Si hay una máquina en el mundo capaz de leer los datos de una cinta a tal velocidad, Waterhouse nunca ha oído hablar de ella.

Las contraventanas negras se cierran. Justo en ese momento, Waterhouse ve fugazmente otro objeto cerca de la esquina de la habitación: unos estantes de metal en el que se almacenan, en ordenadas filas, un gran número de objetos cilíndricos.

Dos motocicletas atraviesan simultáneamente el patio, corriendo en la oscuridad con los faros apagados. Waterhouse corre tras ellas un poco, dejando atrás el pintoresco y antiguo patio y entrando en el mundo de los barracones, las nuevas estructuras construidas en los últimos dos años. «Barracones» hace que uno piense en lugares pequeños, pero esos barracones, en su conjunto, son más parecidos a ese Pentágono que el Departamento de Guerra ha estado construyendo al otro lado del río en Washington D.C. Encarnan la necesidad básica de espacio, sin pasar por ningún tamiz de consideraciones estéticas o siquiera humanas.

Waterhouse camina hasta una intersección de caminos donde le pareció oír que las motocicletas daban un giro y se detenían, cercadas por muros de impacto. Siguiendo un impulso, trepa a lo alto del muro y se sienta. La vista desde allí no es mejor. Sabe que en los barracones que le rodean hay miles de personas trabajando, pero no ve a ninguna ni tampoco señal alguna.

Todavía sigue intentando descifrar lo que vio a través de la ventana.

La cinta se movía tan rápido que soltaba humo. No tiene sentido hacerla correr tan rápido a menos que la máquina pueda leer la información igual de rápido: transformando la secuencia de agujeros de la cinta en impulsos eléctricos.

Pero ¿por qué molestarse si esos impulsos no pueden llevarse a ningún sitio? Ninguna mente humana podría manejar un flujo de datos a esa velocidad. Ningún teletipo que Waterhouse conozca podría imprimirlos.

Sólo tiene sentido si están construyendo una máquina. Un calculador mecánico de algún tipo que pueda absorber esos datos y luego hacer algo con ellos —realizar algún cálculo— presumiblemente un cálculo relacionado con el desciframiento de códigos.

Luego recuerda la estantería que vio en la esquina, las muchas filas de cilindros grises idénticos. Vistos de frente, parecían munición. Pero eran demasiado lisos y brillantes para serlo. Esos cilindros, comprende Waterhouse, están fabricados de vidrio.

Son tubos de vacío. Cientos de ellos. Más tubos en un mismo sitio de los que Waterhouse haya visto nunca.

¡Esos hombres de la sala están construyendo una máquina de Turing!

No es de extrañar, por tanto, que acepten con tanta calma que se queme la cinta. La tira de papel, una tecnología tan antigua como las pirámides, no es más que un vehículo para un flujo de información. Cuando atraviesa la máquina, la información es abstraída, transfigurada en una estructura de puros datos binarios. Que el mero vehículo arda no tiene mayor importancia. Cenizas a las cenizas, polvo al polvo; los datos han abandonado el plano físico pasando al matemático, un universo más alto y puro donde rigen leyes diferentes. Leyes, algunas de las cuales son imperfecta y oscuramente conocidas para el doctor Alan Mathison Turing, el doctor John von Neumann, el doctor Rudolf von Hacklheber y algunas otras personas con las que Waterhouse solía relacionarse en Princeton. Leyes sobre las que el mismo Waterhouse sabe un par de cosas.

Una vez que has llevado los datos al reino de la información pura, todo lo que hace falta es una herramienta. Los carpinteros trabajan con madera y llevan una caja con tecnología para medirla, cortarla, alisarla y unirla. Los matemáticos trabajan con información y necesitan herramientas propias.

Llevan años construyendo esas herramientas una a una. Hay, por nombrar un ejemplo, una compañía de cajas registradoras y máquinas de escribir llamada Electrical Till Corporation que fabrica una estupenda máquina de tarjetas perforadas para tabular grandes cantidades de datos. El profesor de Waterhouse en Iowa estaba tan cansado de resolver ecuaciones diferenciales una y otra vez que inventó una máquina para resolverlas automáticamente almacenando la información en un tambor cubierto de condensadores y ejecutando cierto algoritmo. Dado suficiente tiempo y suficientes tubos de vacío, puede inventarse una herramienta para sumar una columna de números, y otra para llevar inventarios, y otra para alfabetizar listas de palabras. Un negocio bien equipado podría tener una de cada: monstruos de metal reluciente con el vapor saliendo de las parrillas, marcadas con logotipos como ETC, Siemens y Hollerith, cada una ejecutando su propia labor especializada. De igual forma que un carpintero tiene una tabla de encajonar, una malletadora y un martillo de encofrador.

Turing inventó algo diferente, algo extraño y radical.

Descubrió que los matemáticos, al contrario que los carpinteros, sólo necesitarían una herramienta en su arsenal, si se tratase de la herramienta adecuada. Turing comprendió que sería posible construir una meta máquina que podría ser reconfigurada de tal forma que pudiese realizar cualquier operación que uno concebiblemente pudiese realizar con información. Sería un dispositivo proteico que podría convertirse en cualquier herramienta que pudieses necesitar. De la misma forma que un órgano cambia a un instrumento diferente cada vez que pulsas un botón de ajuste.

Los detalles eran un poco esquemáticos. No había planos para la máquina real, más bien era un experimento mental que Turing había conjurado para resolver un problema abstracto en el mundo completamente impráctico de la lógica pura. Waterhouse lo sabe perfectamente. Pero mientras está ahí sentado en lo alto del muro de impacto en la intersección de Bletchley Park hay algo que no puede sacarse de la cabeza: la máquina de Turing, si existiese de verdad, requeriría una cinta. La cinta pasaría por la máquina. Llevaría la información que la máquina necesitaría para realizar su trabajo.

Waterhouse se queda allí sentado mirando a la oscuridad y reconstruye la máquina de Turing en la cabeza. Recuerda más detalles. La cinta, recuerda ahora, no se movería por el interior de la máquina de Turing en una dirección; cambiaría frecuentemente de dirección. Y la máquina de Turing no se limitaría a leer la cinta; sería capaz de borrar marcas y realizar otras nuevas.

Está claro que no se pueden borrar los agujeros de una cinta de papel. Y está igualmente claro que la cinta sólo puede moverse por el interior de esa máquina de Bletchley Park en una única dirección. Por tanto, por mucho que Waterhouse odie admitir ese hecho ante sí mismo, la estantería de tubos que ha visto no es una máquina de Turing. Es un dispositivo menor; una herramienta de propósito especial como un lector de tarjetas perforadas o el aparato para resolver ecuaciones diferenciales de Atanasoff. Aun así es mayor y más diabólicamente aterrador que cualquier cosa que Waterhouse haya visto.

Pasa el tren nocturno de Birmingham, llevando munición al mar. Mientras el sonido muere hacia el sur, una motocicleta se acerca por la puerta principal del parque. El motor funciona en vacío mientras comprueban los papeles del conductor, luego Waterhouse oye un chasquido cuando avanza y corta por el cruce. Se pone de pie en la intersección de los

muros y observa cuidadosamente cómo la motocicleta pasa a su lado y se dirige hacia un «barracón» a un par de bloques de distancia. De pronto sale luz de una puerta abierta cuando la carga cambia de manos.

A continuación la luz muere y la motocicleta emite un prolongado restallido durante el recorrido hacia la salida del parque.

Waterhouse baja al suelo y se abre camino por la carretera en la noche sin luna. Se detiene frente a la entrada del barracón y escucha el ruido del trajín durante un minuto. A continuación, después de haber reunido coraje, se adelanta y abre la puerta de madera.

El calor es desagradable, y la atmósfera es una nauseabunda síntesis de olores de máquinas y humanos, contenidos y concentrados por las maderas clavadas en todas las ventanas. Aquí hay mucha gente, en su mayoría mujeres operando enormes máquinas de escribir eléctricas. Aunque tiene los ojos entrecerrados, puede ver que el lugar es un filtro en funcionamiento para trozos de papel, de unas cuatro o seis pulgadas cada uno, evidentemente traídos por los motociclistas. Cerca de la puerta, han sido ordenados y apilados en canastos de malla. De allí pasan a las mujeres frente a las gigantescas máquinas.

Uno de los pocos hombres en aquel lugar se ha puesto en pie y se dirige hacia Waterhouse. Tiene más o menos su edad, es decir, veintipocos. Viste un uniforme del ejército británico. Tiene el aire del anfitrión de una boda que desea asegurarse de que incluso el más alejado y olvidado miembro de la familia recibe el adecuado saludo. Evidentemente es tan soldado como el propio Waterhouse. No es de extrañar que todo aquello esté rodeado de tanto alambre de espinos y hombres de la RAF con ametralladoras.

—Buenas noches, señor. ¿Puedo ayudarle?

—Buenas noches. Lawrence Waterhouse.

—Harry Packard. Encantado de conocerle —pero no tiene ni idea de quién es Waterhouse; está al tanto de Ultra, pero no de Ultra Mega.

—El placer es mío. Supongo que querrá echarle un vistazo a esto. —Waterhouse le entrega el pase mágico. Los ojos claros de Packard lo repasan cuidadosamente y luego saltan para centrase en algunos puntos de especial interés: la firma al pie, el sello manchado. La guerra ha convertido a Harry Packard en una máquina de analizar y procesar trozos de papel y en este caso realiza su trabajo con calma y sin alboroto. Se excusa, gira la

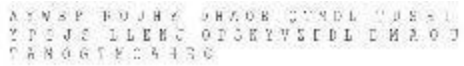
manivela de un teléfono y habla con alguien; su postura y expresión facial sugieren que se trata de alguien importante. Waterhouse no puede oír las palabras por el ruido de los chasquidos y zumbidos de las pesadas máquinas de escribir, pero ve interés y perplejidad en el rostro abierto, joven y sonrosado de Packard. Packard mira de reojo a Waterhouse un par de veces mientras escucha a la persona al otro extremo de la línea. Luego dice algo respetuoso y tranquilizador al teléfono y cuelga.

—Correcto. Bien, ¿qué le gustaría ver?

—Estoy intentado comprender de forma general el flujo de información.

—Bien, aquí estamos al principio; esto es la cabecera del río. Nuestras fuentes son el Servicio Y, operadores de radio amateurs y militares que escuchan las transmisiones de radio de los germanos y nos envían esto. —Packard coge un trozo de papel de la alforja de un motorista y se lo pasa a Waterhouse.

Se trata de un formulario con varios recuadros. En lo alto alguien ha escrito una fecha (la de hoy) y una hora (un par de horas atrás) y algunos datos más, como la frecuencia de radio. El cuerpo del formulario está en su mayoría ocupado por un amplio espacio abierto donde, con apresuradas letras mayúsculas, se ha escrito lo siguiente:



Y todo ello precedido por dos grupos de tres letras cada uno:

YUH ABG

—Este llegó de una de nuestras estaciones en Kent —dice Packard—. Es un mensaje de Chaffinch.

—¿Uno de los de Rommel?

—Sí. Esta intercepción llegó de El Cairo. Chaffinch tiene prioridad absoluta, razón por la que este mensaje está en lo alto de la pila.

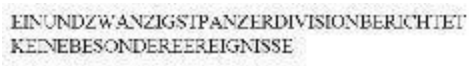
Packard lleva a Waterhouse hasta el pasillo central del barracón, entre las filas de teclistas. Elige a una chica que acaba de terminar con un

mensaje y le pasa el papel. Ella lo coloca junto a la máquina y comienza a teclear.

A primera vista, Waterhouse había pensado que las máquinas representaban la idea británica de cómo construir una máquina de escribir eléctrica: tan grande como una mesa de comedor, envuelta en doscientas libras de hierro forjado, un motor de diez caballos girando en el interior, rodeado de altas vallas y guardias armados… pero ahora que está más cerca ve que se trata de algo mucho más complicado. En lugar de un rodillo, tiene una larga y plana bobina con cinta de papel estrecha. No es el mismo tipo de cinta que vio antes, echando humo a través de la máquina. Es más estrecha, y al salir de la máquina no tiene agujeros perforados para que los lea otra máquina. En lugar de eso, cada vez que la chica pulsa una de las teclas del teclado —copiando el texto impreso en el papel— se imprime una letra en la cinta. Pero no la misma que ella tecleó.

No lleva mucho tiempo teclear todas las teclas. A continuación, arranca la cinta de la máquina. Tiene un reverso pegajoso que usa para pegarla directamente sobre el mensaje original. Se lo pasa a Packard. con una sonrisa recatada. El responde con algo entre un asentimiento y una inclinación elegante, el tipo de gesto que jamás podría realizar un americano. Lo mira y se lo pasa a Waterhouse.

La letras de la cinta dicen:



—Para obtener esas composiciones, deben descifrar el código, ¿y cambia cada noche?

Packard sonríe para mostrar su acuerdo.

—A medianoche. Si se queda por aquí… —comprueba la hora— durante las próximas cuatro horas, verá intercepciones nuevas del Servicio Y que producirán un galimatías total cuando las pasamos por las máquinas Typex, porque los germanos habrán cambiado sus códigos a medianoche. Al igual que el carruaje de Cenicienta que a medianoche se convertía en una cabalaza. Entonces debemos analizar las nuevas intercepciones usando las bombes y descubrir los nuevos códigos del día.

—¿Cuánto tiempo lleva?

—En ocasiones tenemos mucha suerte y hemos roto los códigos del día a las dos o tres de la mañana. Normalmente no sucede hasta mediodía o por la tarde. A veces no lo conseguimos.

—Vale, ésta es una pregunta estúpida, pero quiero tenerlo claro. Estas máquinas Typex, que se limitan a realizar una operación de descifrado mecánico, son completamente diferentes a las bombes, que son las que rompen el código.

—Las bombes, comparadas con éstas, se encuentran en un orden de sofisticación mucho mayor y muy diferente —admite Packard—. Son casi como máquinas de pensar mecánicas.

—¿Dónde están?

—Barracón 11. Pero ahora mismo no estarán en funcionamiento.

—Claro —dice Waterhouse—, no hasta que llegue medianoche y el carruaje vuelva a convertirse en una calabaza y tengamos que romper el código Enigma de mañana.

—Exactamente.

Packard se acerca a una pequeña portezuela de madera situada en una de las paredes exteriores del barracón. Junto a ella hay una bandeja de oficina con un gancho atornillado a cada extremo, y una cuerda atada a cada gancho. Una de las cuerdas cae libre en el suelo. Una portezuela de la pared está cerrada sobre la otra cuerda. Packard pone el papel con el mensaje sobre una pila de mensajes similares que han quedado acumulados en la bandeja, luego desliza la portezuela, y deja al descubierto un túnel estrecho que se aleja del barracón.

—¡Vale, tira! —grita.

—¡Vale, tiro! —responde una voz momentos después. La cuerda se tensa y la bandeja se desliza en el túnel para desaparecer.

—Va de camino al barracón 3 —explica Packard.

—Entonces, yo también —dice Waterhouse.

El barracón 3 está sólo a unas yardas de distancia, y al otro lado del inevitable muro de impacto. SECCIÓN MILITAR ALEMANA dice la puerta en cursiva. Waterhouse presume que es lo opuesto a «NAVAL» que está en el barracón 4. Aquí la proporción de hombres a mujeres parece mayor. En tiempo de guerra, es asombroso ver tantos hombres jóvenes y robustos en una misma habitación. Algunos visten uniformes de Infantería o de la RAF, otros son civiles, e incluso hay un oficial naval.

Una enorme mesa con forma de herradura domina el centro del edificio, con una mesa rectangular situada a un lado. Cada silla en cada mesa está ocupada por trabajadores atentos. Los mensajes interceptados llegan al barracón en la bandeja de madera y luego se trasladan de silla en silla según un esquema extremadamente organizado que en este momento Waterhouse apenas comprende. Alguien le explica que las bombes acaban de romper, como a la puesta de sol, los códigos del día, así que todo el volumen de mensajes interceptados ha llegado por el túnel desde el Barracón 6 durante las últimas dos horas.

Decide considerar por el momento el barracón una caja negra matemática; es decir, se concentrará en las entradas y salidas de información e ignorará los detalles internos. Bletchley Park, considerado en conjunto, es una especie de caja negra: entran letras al azar, y lo que sale es inteligencia estratégica, y los detalles internos no tienen interés para la mayoría de la gente en la lista de distribución Ultra. La pregunta que Waterhouse debe responder es: ¿sale de este lugar algún otro vector de información, oculto subliminalmente en las señales de teletipo y el comportamiento de los comandantes aliados? ¿Y ese vector apunta hacia el doctor Rudolf von Hacklheber?

OceanofPDF.com

Kinakuta

El que estableció las trayectorias de vuelo del nuevo aeropuerto del sultanado debía estar compinchado con la Cámara de Comercio de Kinakuta. Si tienes la suerte de estar sentado junto a una ventanilla en el lado izquierdo del avión, como es el caso de Randy Waterhouse, la vista durante la aproximación final parece un vuelo de propaganda.

Las pendientes color verde mate de Kinakuta surgen de un mar azul en su mayoría en calma, y al final se elevan tan alto como para tener nieve en los picos, aunque la isla se encuentra sólo a siete grados al norte del ecuador. Randy comprende inmediatamente a qué se refería Avi cuando dijo que el país era musulmán en los bordes y animista en el centro. El único lugar en el que podrías construir algo similar a una ciudad moderna es en la costa, donde hay franjas intermitentes de tierra casi plana: una corteza beige ajustada a una esmeralda gigante. El lugar mayor, y también más plano, se encuentra en la esquina noroeste de la isla, donde el río principal, varias millas hacia el interior, toca fondo en una planicie anegada que se amplía para convertirse en un delta aluvial que se extiende hasta el mar de Sulú durante una o dos millas.

Randy deja de contar las instalaciones petrolíferas antes incluso de ver Ciudad Kinakuta. Desde lo alto tienen el aspecto de depósitos ardiendo esparcidos por el mar para detener una invasión de marines. A medida que el avión desciende empiezan a parecer fábricas situadas sobre pilotes, coronadas por altas chimeneas donde arden los problemáticos gases naturales. Se vuelven más alarmantes a medida que el avión se acerca al agua, y da la impresión de que el piloto está esquivando pilares de fuego que podrían asar el *777* como si fuese una paloma en el asador.

Ciudad Kinakuta tiene un aspecto más moderno que cualquier ciudad de los Estados Unidos. Ha intentado leer algo sobre ella, pero ha encontrado muy poco: un par de entradas en las enciclopedias, un par de referencias pasajeras en historias de la Segunda Guerra Mundial, algunos artículos maliciosos pero básicamente entusiastas en *The Economist.* Haciendo uso de sus considerables habilidades con respecto a los préstamos interbibliotecarios, pagó a la Biblioteca del Congreso para que le hiciese una fotocopia del único libro que pudo encontrar sobre Kinakuta: una de las más de un millón de memorias ya descatalogadas sobre la Segunda Guerra Mundial que debieron escribir los soldados a finales de los cuarenta y los cincuenta. Hasta ahora no ha tenido tiempo de leerla, por lo que el fajo de dos pulgadas de páginas no es más que peso muerto en su equipaje.

En cualquier caso, ninguno de los mapas que ha consultado se corresponde con la realidad de Ciudad Kinakuta. Lo que hubiese allí durante la guerra ha sido derribado y reemplazado por algo nuevo. El río discurre sobre un nuevo canal. Una montaña inconveniente llamada Pico Eliza ha sido dinamitada, y los escombros arrojados al mar para fabricar varias millas cuadradas de nuevo terreno, ahora ocupadas en su mayor parte por el nuevo aeropuerto. El proceso de dinamitaje fue tan estruendoso que provocó quejas de los gobiernos de Filipinas y Borneo, a cientos de millas de distancia. También atrajo la ira de Greenpeace, que temía que el sultán estuviese asustando a las ballenas del Pacífico central. Por tanto, Randy espera que la mitad de Ciudad Kinakuta sea un cráter humeante, pero, por supuesto, no lo es. El muñón del Pico Eliza ha sido pavimentando una y otra vez y empleado como base de la nueva Ciudad Tecnológica del sultán. Todos los rascacielos de paredes de vidrio de esa zona, y del resto de la ciudad, acaban en punta, siguiendo una arquitectura tradicional que hace tiempo que fue derribada y empleada para llenar el puerto. El único edifico que Randy puede ver y parece tener más de diez años es el palacio del sultán, que es muy antiguo. Rodeado por millas y millas de rascacielos azules es como una mota beige rojizo congelada en una bandeja de hielo.

Una vez que Randy lo localiza, todo se ajusta a la orientación adecuada. Se inclina, se arriesga a despertar la censura del personal de cabina al sacar la bolsa de viaje de debajo del asiento y saca las memorias del soldado. Una de las primeras páginas contiene un mapa de Ciudad Kinakuta como era en 1945, y justo en el centro está el palacio del sultan.

Randy lo gira frente a su cara como si fuese un conductor aterrorizado dándole vueltas al volante, y lo alinea con la vista. Allí está el río. Allí el Pico Eliza, donde los nipones tenían un destacamento de señales de inteligencia y una estación de radar, todo construido con mano de obra esclava. Allí está lo que era el campo de la Fuerza Aérea Naval Japonesa, que se convirtió en el aeropuerto de Kinakuta hasta que se construyó el nuevo. Ahora es un rebaño de grúas amarillas sobre una nebulosa azul de acero, iluminada desde dentro por una constelación de parpadeantes estrellas blancas: soldadores trabajando.

Muy cerca hay algo que no encaja: una zona de verde esmeralda, quizá un par de manzanas, rodeada de una pared de piedra. En su interior hay un plácido estanque situado en un extremo —el *777* vuela ahora tan bajo que Randy puede contar los nenúfares—, un pequeño templo sintoísta tallado en piedra negra y un pequeño salón de té de bambú. Randy aprieta la cara contra la ventanilla y gira la cabeza para seguirla, hasta que de pronto la vista queda bloqueada por un alto edificio de apartamentos que casi roza la punta del ala. A través de la ventana de una cocina puede ver durante un microsegundo a una dama delgada atacando un coco con un hacha.

El jardín tenía aspecto de pertenecer a un país a mil millas de distancia: Nipón. Cuando Randy comprende finalmente de qué se trataba, se le eriza el vello de la nuca.

Randy subió al avión hace unas horas en el Aeropuerto Internacional Ninoy Aquino. El vuelo iba retrasado, por lo que tuvo tiempo de sobra para observar a los otros pasajeros: tres occidentales, incluyéndose a sí mismo, un par de docenas de individuos con aspecto malayo (o bien de Kinakuta o filipinos), y todos los demás eran nipones. Algunos de estos últimos tenían aspecto de hombres de negocios, viajando solos o en grupos de dos o tres, pero la mayoría pertenecían a una especie de grupo de viaje organizado que entró en la sala de espera justo cuarenta y cinco minutos antes de la salida del vuelo, y se colocaron en fila detrás de una joven vestida con un traje azul marino que sostenía un logotipo con un palo. Jubilados.

Su destino no es la Ciudad Tecnológica, o cualquiera de los curiosamente puntiagudos rascacielos del distrito financiero. Todos se dirigen al jardín nipón amurallado, que está edificado sobre la fosa común

que contiene a los tres mil quinientos soldados nipones que murieron el 23 de agosto de 1945.

Mansión Qwghlm

Waterhouse desfila arriba y abajo por la tranquila calle lateral, echando vistazos a las placas de metal fijadas a sólidas casas blancas:

SOCIEDAD PARA LA UNIFICACIÓN DEL HINDUISMO Y EL ISLAM

SOCIEDAD PARA LA SOLIDARIDAD ANGLO-LAPONA ASOCIACIÓN DE FULMINANTES

SOCIEDAD CHANG TZSE DE LA MUTUA BENEVOLENCIA COMITÉ REAL PARA LA MITIGACIÓN DEL DESGASTE DEL CIGÜEÑAL MARINO FUNDACIÓN PARA LA PROPAGACIÓN DE LA LIBÉLULA BOLGER LIGA ANTIGALES

KOMITÉ DEL KAMBIO ORTOGRÁFIKO

SOCIEDAD PARA LA PREVENCIÓN DE LA CRUELDAD CON LAS ALIMAÑAS

IGLESIA DE LA CONCIENCIA CUÁNTICA ÉTICA VÉDICA COMITÉ DE LA MICA IMPERIAL

Al principio confunde la Mansión Qwghlm con el gran almacén más pequeño y peor situado del mundo. Tiene un escaparate arqueado que se alza sobre la acera como la embestida de un trirreme, engalanado con adornos Victorianos, y que contiene un despliegue bastante humilde: un maniquí descabezado vestido con algo que parece haber sido tejido con estropajo (¿quizás un tributo a la austeridad en tiempos de guerra?), un montón de porquería pálida con una pala clavada, y otro maniquí (una

adición reciente relegada a una esquina) vestido con un uniforme de la Marina Real y que sostiene un rifle de cartón.

Waterhouse encontró un ejemplar comido por los gusanos de la *Encydopedia Qwghlmiana* en una librería cerca del Museo Británico y lo ha estado llevando en el maletín desde entonces, absorbiendo una página o dos de cada sentada como si fuesen dosis de una medicina muy fuerte. Los temas primordiales de la Enciclopedia son tres, y dominan cada párrafo tan totalmente como los Tres Sgrhs dominan el paisaje de Qwghlm Exterior. Dos de esos temas son lana y guano, aunque los qwghlmianos les dan otros nombres, en su lengua antigua y muy *sui géneris.* De hecho, actúa la misma hiper especialización lingüística que supuestamente se da con los esquimales y la nieve y los árabes y la arena, y la *Encycíopedia Qwghltniana* nunca emplea las palabras inglesas «lana» y «guano» excepto para difamar las versiones inferiores de esos productos que se exportan desde lugares como Escocia en un pérfido intento de confundir a los compradores ingenuos que aparentemente dominan los mercados mundiales de materias primas. Waterhouse tuvo que leer la enciclopedia casi de cabo a rabo y usar todas sus habilidades criptoanalíticas para deducir, por inferencia, qué productos eran ésos.

Como ha aprendido tanto sobre ellos, le fascina haberlos encontrado tan orgullosamente exhibidos en el corazón de una ciudad cosmopolita: un montón de guano y una mujer vestida de lana [9]. El traje de la mujer es completamente gris, siguiendo la tradición qwghlmiana que desprecia la pigmentación como una innovación odiosa y chabacana de los escoceses. La parte superior del conjunto es un suéter que parece estar hecho de fieltro. Un examen más de cerca revela que está tejido como cualquier otro suéter. La oveja qwghlmiana es el producto evolutivo de miles de años de muertes sucesivas relacionadas con el clima. Su lana es famosa por su densidad, sus fibras enroscadas y su inmunidad a todos los procesos químicos para alisarla. Crea un efecto enmarañado que la enciclopedia describe como supremamente deseable y para la que hay un extenso vocabulario descriptivo.

El tercer tema de la *Encycíopedia Qwghlmiana* se insinúa con el maniquí del rifle.

Apoyándose contra la pared, cerca de la entrada del edificio, hay un guarda vestido con una antigua variación del uniforme de la Milicia Nacional, con sus pantalones cortos. Las pantorrillas están embutidas en

formidables calcetines fabricados con una variante de la lana qwghlmiana, y sujetos en su sitio, justo bajo la rodilla, con torniquetes hechos con gruesos cordones tejidos en un patrón vagamente celta (en casi cada página, la enciclopedia reafirma que los qwghlmianos no son celtas, pero sí inventaron los mejores aspectos de la cultura celta). Esas ligas son el ornamento tradicional de los verdaderos qwghlmianos: los caballeros las llevan ocultas bajo los pantalones. Tradicionalmente se fabricaban con las largas y delgadas colas de skrrgh, que es el mamífero predominante nativo de las islas, y que la enciclopedia define como: «un pequeño mamífero del orden rodentia y del orden muridae, común en las islas, que subsiste principalmente de huevos de aves marinas, capaz de multiplicarse con gran rapidez cuando se le suministra otra comida, admirado e incluso emulado por los qwghlmianos por su resistencia y adaptabilidad».

Después de que Waterhouse llevase allí unos momentos disfrutando de un cigarrillo y examinando esas ligas, el maniquí se movió ligeramente. Waterhouse cree que está cayéndose por un golpe de viento, pero a continuación comprende que está vivo, y no se cae sino que cambia el peso de un pie a otro.

El guarda nota su presencia, sonríe oscuramente, y emite algunas palabras de saludo en su lengua que, como ya ha quedado claro, es incluso peor que el inglés para transcribirla al alfabeto romano.

—¿Qué tal? —dice Waterhouse.

El guarda dice algo más largo y más complicado. Después de un rato, Waterhouse (ahora en su papel de criptoanalista, buscando sentido entre el azar aparente, con su circuito neuronal explorando las redundancias en la señal) comprende que el hombre le está hablando en un inglés de fuerte acento. Concluye que su interlocutor decía:

—¿De qué parte de los Estados Unidos viene?

—Mi familia se ha trasladado mucho —dice Waterhouse—. Digamos que Dakota del Sur.

—Ahh —dice el guarda con ambigüedad mientras se arroja contra la puerta. Después de un rato la puerta comienza a moverse hacia dentro, las bisagras de hierro fijadas a mano rechinan ominosas al pivotar sobre los agujeros de una pulgada de ancho. Finalmente, la puerta choca contra algún tipo de tope inmenso. El guarda permanece apoyado contra ella, formando con el cuerpo un ángulo de cuarenta y cinco grados, evitando que vuelva a

cerrarse y aplaste a Waterhouse, quien entra corriendo. En su interior, una diminuta antesala se ve dominada por una escultura: dos nínfulas ataviadas con diáfanos velos dando de patadas a una arpía, titulada *Fortaleza y Adaptabilidad Expulsando a la Adversidad.*

La misma operación se repite algunas veces con puertas que son sucesivamente más ligeras pero están más decoradas. La primera sala, queda claro, era realmente la preantepenúltima sala, así que pasa un buen rato antes de que pueda decirse que están definitivamente en la Mansión Qwghlm. Para entonces le parece que está en el centro de la manzana, y Waterhouse medio espera ver pasar el metro. En lugar de eso, se encuentra en una habitación sin ventanas cubierta de madera, con una araña de cristal dolorosamente brillante pero que en realidad no parece iluminar nada. Sus pies se hunden tanto en la alfombra chillona que casi se rompe un ligamento. El otro extremo de la sala está protegido por un Escritorio sólido con una Dama robusta detrás. Por aquí y allá hay grandes sillas Windsor de ébano, con el aspecto larguirucho pero peligroso de los aborígenes.

Hay diversas pinturas colgando de las paredes. A primera vista, Waterhouse las clasifica entre las que son más altas que anchas y las otras. La primera categoría está compuesta por retratos de caballeros, los cuales parecen compartir un penoso defecto genético que informa la geometría de sus cráneos. La última categoría son paisajes o, en la misma proporción, marinas, todos del tipo desolado y agreste. Esos pintores qwghlmianos aprecian tanto la pintura verde azulada de fabricación local [10] que la aplican a paletadas.

Waterhouse lucha con las greñas de la Alfombra hasta que está cerca del Escritorio, donde recibe el saludo de la Dama, quien le da la mano y compone el rostro en una especie de alusión a una sonrisa. Se produce un largo intercambio de charla amable y superficial de la que Waterhouse sólo recuerda «Lord Woadmire le recibirá pronto» y «¿Té?»

Waterhouse dice sí al té porque sospecha que esa dama (ha olvidado su nombre) no se está ganando el sueldo. Claramente contrariada, eyecta de la silla y se pierde en las regiones más estrechas y profundas del edificio. El guarda ya ha vuelto a su puesto en la fachada.

Hay una fotografía del rey colgando de la pared tras el escritorio. Waterhouse no había sabido, hasta que el coronel Chattan se lo recordó discretamente, que el título completo de Su Majestad no era simplemente

Rey de Inglaterra por la Gracia de Dios, sino Rey del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del norte, la Isla de Man, Guernsey. Jersey, Qwghlm Exterior y Qwghlm Interior P.L.G.D.D.

Junto a ella hay una pequeña fotografía del hombre con el que va a encontrarse. Ese tipo y su familia aparecen bastante esquemáticamente en la enciclopedia, que ya tiene varias décadas, por lo que Waterhouse ha tenido que investigar un poco por su cuenta. El hombre está emparentado con los Windsor de una forma tan intrincada que sólo puede expresarse empleando vocabulario genealógico avanzado.

Nació Graf Heinrich Karl Wilhelm Otto Friedrich von Übersetzenseehafenstadt, pero cambió su nombre a Nigel St. John Gloamthorpby, también conocido como Lord Woadmire, en 1914. En la fotografía tiene totalmente el aspecto de un von Übersetzenseehafenstadt, y está completamente libre del problema geométrico craneal tan evidente en los retratos más antiguos. Lord Woadmire no está emparentado con la línea ducal original de Qwghlm, la familia Moore (forma inglesa del nombre de clan qwghlmiano Mnyhrrgh), que terminó en 1888 por una combinación espectacularmente improbable de esquistosomiasis, suicido, antiguas y supurantes heridas de la guerra de Crimea, rayo, cañón fallido, caída de caballo, ostras indebidamente enlatadas y olas traicioneras.

El té tarda un poco en llegar y Lord Woadmire tampoco parece tener mucha prisa en ganar la guerra, así que Waterhouse se da una vuelta por la habitación, fingiendo preocuparse de los cuadros. El mayor de ellos representa a varios romanos magullados y lacerados arrastrando sus tristes culos por una costa rocosa y desagradable mientras los restos de su flota de invasión flotan empujados por las olas. De frente y en el centro hay un romano que no ha perdido la nobleza pese al desgaste y las penalidades. Está sentado con aspecto fatigado sobre una alta roca, porta en la débil mano una espada rota y mira ansiosamente a través de varias millas de mar tumultuoso hacia una isla reluciente y paradisíaca. La isla está ricamente bendecida con altos árboles, prados en flor y pastos verdes, pero incluso así puede ser identificada como Qwghlm Exterior gracias a los Tres Sghrs en lo alto. La isla está protegida por un par de formidables castillos; sus playas pálidas, casi caribeñas, están cubiertas con las coloristas banderas de los defensores que (es preciso asumir) acaban de dar a los romanos una lección que tardarán en olvidar. Waterhouse no se molesta en inclinarse para leer la placa; sabe que el tema de la pintura es el fallido, y probablemente

apócrifo, intento de Julio César de añadir el archipiélago Qwghlm al Imperio Romano, lo más lejos de Roma que llegó nunca y la peor idea que nunca tuvo. Decir que los qwghlmianos no han olvidado el asunto es como decir que los alemanes son un poco irritables.

—Donde César fracasó, ¿qué esperanza tiene Hitler?

Waterhouse se dirige hacia la voz y descubre a Nigel St. John Gloamthorpby, también conocido como Lord Woadmire, también conocido como Duque de Qwghlm. No es un hombre alto. Recorre la alfombra como un ganso para darle la mano. Aunque el coronel Chattan le informó de la forma adecuada de dirigirse a un duque, Waterhouse tiene tantas posibilidades de recordarlo como de dibujar el árbol genealógico de la familia ducal, por lo que decide estructurar todas sus declaraciones de forma que evite referirse al duque mediante nombre o pronombre. Será un juego divertido y hará que el tiempo pase más rápido.

—Es una pintura espléndida —dice Waterhouse—, maravillosa.

—Descubrirá que las islas en sí no son menos extraordinarias, y por las mismas razones —dice el duque tangencialmente.

Para cuando Waterhouse se da cuenta de lo que está pasando, ya está en la oficina del duque. Tiene la impresión de que durante el camino se ha producido cierta conversación rutinaria, pero nunca se ha visto impelido a prestar atención a ese tipo de cosas. Le ofrecen té, y lo acepta, por segunda o tercera vez, pero no se materializa.

—El coronel Chattan está en el Mediterráneo, y me han enviado en su lugar —le explica Waterhouse—, no para malgastar el tiempo tratando detalles logísticos, sino para transmitir nuestra enorme gratitud por la generosa oferta con respecto al castillo. ¡Conseguido! Sin pronombres, sin fallos.

—¡En absoluto! —El duque se lo está tomando como una afrenta a su generosidad. Habla con la cadencia digna y pausada de un hombre que está consultando mentalmente el diccionario alemán-inglés—. Incluso dejando de lado mis… obligaciones patrióticas… aceptadas con alegría, por supuesto… casi está… terriblemente de moda tener a todo… un equipo… de… personas uniformadas y chismes corriendo por la despensa… de uno.

—Muchas de las grandes casas de Inglaterra están realizando su aporte a la guerra —admite Waterhouse.

—Bien… no faltaba más, así que… utilícenlo! —dice el duque—. ¡Nada de… reticencias! ¡Utilícenlo… por completo! ¡Denle un buen… repaso! Ha… sobrevivido… a un millar de inviernos de Qwghlm y sobrevivirá… a lo peor que puedan hacerle.

—Tenemos la esperanza de enviar pronto un pequeño destacamento —dice Waterhouse amablemente.

—¿Podría… saber… para satisfacer… mi propia… curiosidad… qué tipo…? —dice el duque y deja de hablar.

Waterhouse está preparado para esa pregunta. Está tan preparado que debe contenerse durante un momento y fingir discreción.

—Huffduff

—¿Huffduff?

—HFDF. Radiogoniómetro de alta frecuencia. Una técnica para localizar transmisores de radio lejanos triangulando desde varios puntos.

—Yo pensaría… que sabrían… dónde están… todas las emisoras alemanas.

—Lo sabemos, excepto por los transmisores en movimiento.

—¿Movimiento? —El duque frunce el ceño de forma tremenda, imaginándose un gigantesco transmisor de radio, torre y todo, montado sobre cuatro raíles paralelos como el Gran Berta, arrastrándose por la estepa, tirado por ucranianos enganchados.

—Piense en los submarinos —dice Waterhouse con delicadeza.

—¡Ah! —dice el duque explosivamente—. ¡Ah! —Se reclina sobre la chirriante silla de cuero, examinando una imagen totalmente distinta en su mente—. ¿Salen… no, y envían… mensajes de radio?

—Lo hacen.

—Y ustedes… escuchan.

—¡Si pudiésemos! —dice Waterhouse—. No, los alemanes han empleado esa famosa habilidad matemática que les caracteriza para inventar cifrados que son totalmente imposibles de romper. No tenemos ni la más mínima idea de lo que dicen. Pero usando huffduff podemos descubrir desde dónde lo dicen, y establecer la ruta de nuestros convoyes de acuerdo a esa información.

—Ah.

—Así que lo que pretendemos hacer es montar grandes antenas rotatorias en el castillo, y llenar el lugar con expertos en huffduff.

El duque frunce el ceño.

—¿Tendrán las medidas de seguridad… adecuadas contra los rayos?

—Naturalmente.

—¿Y son conscientes de que pueden… esperar… tormentas de hielo… hasta en agosto?

—Los informes de la Real Estación Meteorológica de Qwghlm, en todo su conjunto, no dejan demasiado a la imaginación.

—¡Entonces bien! —suelta el duque, aceptando la idea con entusiasmo—. Entonces, ¡usen el castillo! ¡Y denles… denles un infierno!

OceanofPDF.com

Electrical Till Corporation

Como muestra del plan de los aliados en lento desarrollo para acabar con el Eje, ahogándolo bajo una montaña de productos manufacturados, hay un muelle en el puerto de Sydney que está repleto hasta arriba de cajones de madera y barriles de acero: material desembarcado de las bodegas de barcos norteamericanos, británicos e indios y que se ha quedado ahí amontonado porque Australia no sabe todavía cómo digerirlo. No es el único muelle de Sydney atascado de material. Pero como ese muelle no vale para mucho más, el montículo es mayor y más antiguo, más oxidado, más infestado de ratas, más bordeado de sal, más espesamente recubierto y flagrantemente adornado con mierda de gaviota.

Un hombre va recorriendo la pila, intentando que los pantalones caquis no se le manchen más de mierda de gaviota. Viste el uniforme de mayor del ejército de tierra de los Estados Unidos y lleva un maletín que le estorba mucho. Se llama Comstock.

Dentro del maletín hay varios documentos de identidad, credenciales y una carta impresionante de la oficina de El General en Brisbane. Comstock ha tenido oportunidad de mostrarlos todos a los chochos pero aun así extrañamente formidables guardias australianos que con sus cascos y rifles infestan el puerto. Esos hombres no hablan ningún dialecto del inglés que el mayor pueda reconocer, y viceversa, pero todos pueden leer lo que pone en los papeles.

El sol va poniéndose y las ratas van despertando. El mayor lleva todo el día recorriendo muelles. Ha visto suficiente de la guerra y los militares para comprender que aquello que busca lo encontrará en el último muelle en que busque, que resulta ser éste. Si hubiese empezado a buscar por aquí,

lo que busca estaría en el extremo opuesto, y viceversa. Razón de más para mantenerse espabilado mientras hace el recorrido. Después de echar un vistazo a su alrededor para asegurarse de que no hay cerca ningún barril de combustible de avión, enciende un cigarrillo. La guerra es el infierno, pero fumar un cigarrillo hace que todo valga la pena.

El puerto de Sydney es hermoso a la puesta de sol, pero lleva mirándolo todo el día y realmente ya no lo puede ver. A falta de algo mejor que hacer, abre el maletín. Allí tiene una novela de bolsillo que ya ha leído. Y hay un bloc que contiene, en sus hojas amarillentas y crujientes, un registro fósil que sólo un arqueólogo podría desenmarañar. Es la historia de cómo El General, justo después de salir de Corregidor y llegar a Australia en abril, pidió algo. De cómo la petición fue enviada a América y rebotó como una bola de pinball por entre las infinitudes atestadas de las burocracias americanas, tanto civiles como militares; de cómo la cosa en cuestión fue debidamente fabricada, entregada, trasladada en camión de un sitio a otro y cómo acabó en un barco; finalmente, algunas pruebas indican que el barco paso por Sydney varios meses atrás. No hay pruebas de que el barco llegase a descargar la cosa en cuestión, pero descargar cosas es lo que los barcos hacen siempre cuando llegan a puerto, y por tanto Comstock ha estado trabajando en base a esa suposición.

Una vez que el mayor Comstock termina el cigarrillo, vuelve a la búsqueda. Algunos de los papeles especifican ciertos números mágicos que deberían ir pintados en el exterior de las cajas en cuestión; al menos, eso es lo que ha estado asumiendo desde que inició la búsqueda al alba y, si se equivoca, tendrá que volver al principio y volver a buscar en cada una de las cajas del puerto de Sydney. En realidad, mirar los números de cada caja significa estrujar el cuerpo por los estrechos canales entre las pilas de cajas y frotar con la mano la grasa y la suciedad que oscurecen los datos cruciales. El mayor a estas alturas está tan sucio como cualquier soldado de combate.

Cuando se acerca al final del muelle, le llama la atención un conjunto de cajas que parecen ser todas de la misma cosecha, dado que sus incrustaciones de sal tienen un espesor similar. En la parte baja, donde se acumula la lluvia, la madera se ha podrido. En lo alto, donde la tuesta el sol, la madera está deformada y astillada. En algún lugar de esas cajas deben estar los números, pero es otra cosa lo que le ha llamado la atención, algo que agita su corazón, al igual que ver las Barras y Estrellas agitándose

al sol de la mañana debe tener un efecto similar en un soldado de infantería sitiado. Esas cajas llevan las orgullosas iniciales de la compañía para la que el mayor Comstock (y la mayoría de sus colegas de anuas en Brisbane) trabajaba, antes de que fuesen enviados, en masa, al Servicio de Señales e Inteligencia del Ejército. Las letras están borrosas y sucias, pero las reconocería en cualquier parte del mundo: forman el logotipo, la identidad corporativa, el emblema de ETC, la Electrical Till Corporation.

OceanofPDF.com

Cripta

Se supone que la terminal debe emular el diseño de una hilera de casas de troncos malayas todas juntas pared con pared. Un túnel de pasajeros recién pintado salta como una gigantesca lamprea y pega sus labios de neopreno a un lado del avión. El grupo de nipones mayores no hace ningún esfuerzo por abandonar el avión, dejando los pasillos respetuosamente libres para los hombres de negocios: «Adelante, a los que vamos a visitar no les importa esperar.»

En su marcha por el túnel de pasajeros, la humedad y el combustible de avión se condensan por igual sobre la piel de Randy y comienza a sudar. Luego llega a la Terminal que, dejando a un lado la alusión a las casas de troncos malayas, ha sido diseñada específicamente para tener el aspecto de cualquier otra Terminal de aeropuerto nueva del mundo. El aire acondicionado le atraviesa la cabeza como una lanza. Deja las bolsas en el suelo y se detiene un momento, intentando pensar bajo una pintura de Leroy Neiman, de las dimensiones de un campo de balonvolea, que muestra al sultán en acción sobre un pony de polo. Atrapado en un asiento de ventanilla durante un vuelo corto y agitado, no ha podido ir al baño, así que va ahora y mea con tanta potencia que el urinario emite una especie de sonido tirolés.

Al retroceder, perfectamente satisfecho, es consciente de un hombre que retrocede de un urinario adyacente: uno de los hombres de negocios nipones que acaban de bajar del avión. Un par de meses antes, la presencia de ese hombre le hubiese impedido mear. Hoy, ni siquiera se dio cuenta de que estaba allí. Como alguien que padece desde hace tiempo de un riñón cohibido, Randy está encantando de haber encontrado el remedio mágico:

no se trata de convencerte de que eres un macho alfa dominante, sino más bien de perderte tanto en tus pensamientos como para no percibir a los que te rodean. El riñón cohibido es la forma que tiene el cuerpo de decirte que piensas demasiado, que debes salir del campus y conseguir un puto trabajo.

—¿Busca el emplazamiento del Ministerio de Información? —dice el hombre de negocios. Viste un traje perfecto de color gris antracita, que lleva con tanta facilidad y desahogo como Randy su camiseta de recuerdo de la quinta Conferencia Hacker, bermudas y sandalias deportivas.

—¡Oh! —espeta Randy, enfadado consigo mismo—. Me olvidé completamente de buscarlo. —Los dos hombres ríen. El nipón saca una tarjeta de visita con un diestro juego de manos. Randy tiene que abrir de un tirón su cartera, de nylon y velero, y buscarla. Intercambian tarjetas usando el sistema tradicional asiático a dos manos, que Avi le ha obligado a practicar hasta que le sale casi perfecto. Se inclinan los dos, activando el par más cercano de urinarios controlados por ordenador. La puerta del baño se abre y entra un nipo de edad avanzada, un precursor de la horda anciana.

Nipo es la palabra que emplea el sargento Sean Daniel McGee, retirado del Ejército de los Estados Unidos, para referirse a los nipones en sus memorias de la guerra sobre Kinakuta, cuyas fotocopias Randy lleva en la bolsa. Es un término terriblemente racista. Por otra parte, la gente llama continuamente teutones a los alemanes y a los norteamericanos yanquis. Llamar nipo a una persona nipona es exactamente lo mismo, ¿no? ¿O es equivalente a llamar amarillo a un chino? Durante el centenar de horas de reuniones, y megabytes de mensajes de correo cifrado, que Randy, Avi, John Cantrell, Tom Howard, Eberhard Fórh y Beryl han intercambiando, para poner en pie Epiphyte(2), cada uno de ellos ha empleado ocasionalmente, y sin darse cuenta, la palabra japo como versión corta de japonés; de la misma forma que usaban RAM para Random Access Memory. Pero claro está, japo es también un término terriblemente racista. Randy supone que todo está relacionado con el estado mental en el momento de emitir la palabra. Si estás intentando abreviar, no es un insulto. Pero si estás fomentando el odio racista, como Sean Daniel McGee parece rozar ocasionalmente, es diferente.

Ese individuo nipón en particular está identificado en la tarjeta como Goto Furudenendu («Ferdinand Goto»). Randy, quien recientemente ha invertido mucho tiempo en descifrar la estructura jerárquica de ciertas importantes corporaciones niponas, ya sabe que es el vicepresidente de

proyectos especiales (signifique lo que signifique) de Goto Engineering. También sabe que los títulos en las compañías niponas son caca de vaca y que no significan nada. El hecho de que tenga el mismo apellido que el fundador de la compañía es posible que sea algo que valga la pena tener en consideración.

La tarjeta de Randy dice que es Randall L. Waterhouse («Randy») y que es vicepresidente de desarrollo de tecnologías de red de Epiphyte Corporation.

Goto y Waterhouse salen del baño y comienzan a seguir los iconos de recogida de equipaje que hay colgados por la Terminal como si fuesen mendrugos.

—¿Acusa el desajuste horario? —pregunta Goto con una sonrisa, siguiendo (asume Randy) el guión de algún libro de texto inglés. Es un tipo guapo con sonrisa de triunfador. Probablemente ronda los cuarenta, aunque los nipones parecen tener un algoritmo de envejecimiento totalmente diferente por lo que puede que se equivoque.

—No —contesta Randy. Como genio de la informática que es, responde muy mal a ese tipo de preguntas, de forma sucinta y diciendo la verdad. Sabe que a Goto no le importa realmente si Randy acusa o no el desajuste horario. Es vagamente consciente de que Avi, de estar allí, usaría la pregunta de Goto con el fin al que estaba destinada: como punto de partida de un alegre intercambio social. Hasta que cumplió los treinta, Randy se sentía mal por su falta de habilidades sociales. Ahora le importa una mierda. Es probable que pronto se sienta orgulloso de ese hecho. Mientras tanto, sólo por el bien de la empresa común, intenta hacerlo lo mejor posible—. En realidad, llevo varios días en Manila, así que he tenido tiempo de sobra para ajustarme.

—¡Ah! ¿Fueron bien sus actividades en Manila? —dispara Goto.

—Sí, muy bien, gracias —miente Randy, ahora que sus habilidades sociales, siendo las que son, han tenido un momento para ejercitarse—. ¿Ha venido directamente desde Tokio?

La sonrisa de Goto se congela durante un segundo, y vacila antes de decir:

—Sí.

Se trata, en el fondo, de una respuesta paternalista. Goto Engineering tiene su central en Kobe, y no volarían desde el aeropuerto de Tokio. Goto

dijo sí de todas formas, porque, durante ese momento de vacilación, comprendió que estaba tratando con un yanqui, quien, al decir «Tokio», realmente quería decir «las islas niponas» o «de donde demonios venga».

—Perdóneme —dice Randy—. Quise decir Osaka.

Goto sonríe y parece ejecutar un movimiento que parece insinuar una leve inclinación.

—¡Sí! He venido desde Osaka.

Goto y Waterhouse se apartan en la recogida de equipaje, intercambian sonrisas al pasar por inmigración y se vuelven a encontrar en la sección de transporte terrestre. Hombres de Kinakuta vestidos con brillantes uniformes blancos de aspecto seminaval, con sus galones dorados y guantes blancos, abordan a los pasajeros, ofreciendo transporte para los hoteles locales.

—¿También se hospeda en el Foote Mansión? —dice Goto. Se trata de «el» hotel de lujo en Kinakuta. Pero ya conoce la respuesta; la reunión de mañana ha sido planeada de forma tan exhaustiva como un lanzamiento de trasbordador.

Randy vacila. El mayor Mercedes-Benz del mundo acaba de detenerse junto a la acera, con la humedad condensada no sólo empañando las ventanas sino también corriendo a chorros. Un conductor con la librea del Foote Mansión ha salido disparado de su interior para despojar al señor Goto de su equipaje. Randy sabe que no tiene más que realizar un sutil movimiento hacia el coche y le llevarán rápidamente a un hotel de lujo donde podrá tomar una ducha, ver la televisión desnudo mientras bebe una botella de vino francés de cien dólares, ir a nadar y recibir un masaje.

Lo cual es exactamente el problema. Ya puede sentir cómo comienza a debilitarse bajo el calor ecuatorial. Es demasiado pronto para reblandecerse. Sólo lleva despierto seis o siete horas. Hay trabajo que hacer. Se esfuerza por permanecer firme, y el esfuerzo le hace sudar con tanta intensidad que parece que va a mojarlo todo en un radio de varios metros.

—Me encantaría compartir el coche con usted hasta el hotel —dice—, pero primero tengo que atender un par de recados.

Goto comprende.

—Quizá podamos tomar una copa por la noche.

—Déjeme un mensaje —dice Randy. Luego Goto le saluda a través del vidrio ahumado mientras el Mercedes se aleja a siete g. Randy da un giro de ciento ochenta grados, regresa al Dunkin's Donuts Halal [11], que acepta ocho tipos de moneda, y se sacia. Luego sale y se vuelve imperceptiblemente hacia una fila de taxis. Un conductor se lanza físicamente hacia Randy y le arranca la bolsa del hombro.

—Ministerio de Información.

A la larga, puede que sea bueno, o puede que no, que el sultanado de Kinakuta tenga un gigantesco Ministerio de Información a prueba de terremotos, volcanes, tsunami y armas termonucleares con un sub-sub-sótano cavernoso atestado de ordenadores de alta potencia y conmutadores de datos. Pero el sultán está encantado con la idea. Ha contratado a unos alemanes inquietantes para que lo diseñen, y a Goto Engineering para construirlo. Nadie, evidentemente, conoce mejor los desastres naturales que los nipones, con la posible excepción de algunos pueblos ahora extintos y que por tanto no pueden hacer ofertas para trabajos de ese tipo. También saben un par de cosas sobre soportar bombardeos, al igual que los alemanes.

Hay subcontratistas, claro, y una plétora de asesores. Por alguna milagrosa hazaña de verborrea, Avi ha conseguido uno de los mayores contratos de asesoría: Epiphyte(2) Corporation se encarga de la «integración de sistemas», lo que significa conectar un montón de basura fabricada por otras personas, y supervisar la instalación de todos los ordenadores, conmutadores y líneas de datos.

El trayecto hasta allí es sorprendentemente corto. Ciudad Kinakuta no es demasiado grande, cercada como está por empinadas cordilleras montañosas, y el sultán la ha dotado de múltiples autopistas de ocho carriles. El taxi vuela por la llanura de tierra recuperada al mar sobre la que está construido el aeropuerto, dobla alrededor del muñón del Pico Eliza, ignorando dos salidas a la Ciudad Tecnológica, y luego gira hacia una salida sin señalizar. De pronto quedan atrapados tras una fila de camiones vacíos; monstruos nipones marcados con la palabra GOTO en grandes letras mayúsculas. Hacia ellos viene un torrente de camiones idénticos, excepto que estos están completamente cargados de escombros. El taxista se mete por el arcén derecho y adelanta a los camiones durante media milla. Van subiendo; a Randy se le taponan los oídos. La carreta ha sido construida sobre el lecho de un barranco que sube por una de las

cordilleras. Pronto están rodeados por vertiginosas paredes de vegetación, que actúan como esponjas, atrapando nubes perennes de niebla, a través de la cual se ven en ocasiones destellos de colores brillantes. Randy no sabe si son flores o pájaros. El contraste entre la exuberante vegetación del bosque de las nubes y la carretera de tierra, maltratada por las descomunales ruedas de los camiones, le desorienta.

El taxi se detiene. El taxista se vuelve y le mira expectante. Randy cree por un segundo que el taxista está perdido y le mira en espera de instrucciones. La carretera termina allí, en un aparcamiento misteriosamente situado en medio del bosque de las nubes. Randy ve media docena de grandes caravanas con aire acondicionado que exhiben los logotipos de diversas firmas niponas, alemanas y norteamericanas; un par de docenas de coches y muchos autobuses. Allí están todos los elementos de una importante operación de construcción, más algunos extras, como dos monos con enormes penes en erección peleándose por el botín de un vertedero, pero no se trata de una construcción. No hay más que una pared verde al final del camino, un verde tan oscuro que es casi negro.

Los camiones vacíos desaparecen en esa oscuridad. Salen camiones llenos, apareciendo primero los faros por entre la niebla y la penumbra, seguidos por la vistosa exhibición que los conductores han creado sobre las rejillas de los radiadores, a continuación los reflejos en las piezas cromadas y vidrios, y finalmente los camiones en sí. Los ojos de Randy se ajustan y ahora puede ver que está frente a una caverna, iluminada por lámparas de vapor de mercurio.

—¿Quiere que le espere? —pregunta el taxista.

Randy mira el taxímetro, realiza una conversión rápida y llega a la conclusión de que el trayecto hasta ahora le ha costado diez centavos.

—Sí —dice, y sale del taxi. Satisfecho, el taxista se recuesta y enciende un cigarrillo.

Randy permanece de pie y contempla la caverna durante un minuto, en parte porque es todo un espectáculo y en parte porque de ella sale una corriente de aire frío, lo que resulta agradable. Luego atraviesa el área y se dirige a la caravana identificada como «Epiphyte».

El personal consiste en tres diminutas mujeres kinakutesas que le conocen perfectamente, aunque no le habían visto antes, y que parecen totalmente encantadas de verle. Van vestidas con telas sueltas de brillantes

colores sobre los jerséis de cuello alto Eddie Bauer que les protegen del frío nórdico del aire acondicionado. Todas son temiblemente eficientes y elegantes. Adondequiera que vaya en el sureste asiático, Randy se encuentra constantemente con mujeres que deberían estar dirigiendo General Motors o algo similar. Enseguida han comunicado su llegada por medio de walkie-talkies y teléfonos móviles, y le han entregado un par de gruesas botas altas, un casco y un teléfono móvil, todo cuidadosamente etiquetado con su nombre. Después de un par de minutos, un joven kinakutes con casco y botas embarradas abre la puerta de la caravana, se presenta como «Steve» y lleva a Randy hasta la entrada de la caverna. Siguen una estrecha pasarela para peatones iluminada por una cadena de bombillas enjauladas.

Durante el primer centenar de metros más o menos, la caverna no es más que un pasillo recto apenas lo suficientemente ancho para admitir dos camiones Goto y el camino de peatones. Randy pasa la mano por la pared. La piedra es áspera y polvorienta, no lisa como la superficie en una cueva natural, y puede apreciar laceraciones recientes realizadas por martillos neumáticos y taladros.

Por el eco sabe que algo está a punto de cambiar. Steve le guía a la caverna en sí. Es, bueno, «cavernosa». Lo suficientemente grande como para que media docena de los enormes camiones den la vuelta en círculo para recibir la carga de rocas y escombros. Randy levanta la vista, intentando encontrar el techo, pero lo único que ve es un conjunto de luces blanco azuladas de alta intensidad, como las de un gimnasio, quizá a unos diez metros de altura. Más allá sólo hay oscuridad y niebla.

Steve va en busca de algo y deja a Randy solo durante unos minutos, lo que le resulta útil porque le lleva mucho tiempo recuperar la compostura.

En algunas zonas la pared es lisa y natural; el resto es basto, señalando los agrandamientos concebidos por los ingenieros y ejecutados por los contratistas. De igual forma, parte del suelo es suave, y no del todo llano. Algunos lugares han sido perforados y volados para hacerlos descender, otros han sido rellenados para levantarlos.

La cámara principal parece casi terminada. Aquí estarán las oficinas del Ministerio de Información. Hay otras dos cámaras más pequeñas, más hacia el interior de la montaña, que todavía están siendo agrandadas. Una contendrá la planta de ingeniería (los generadores de energía y demás) y la otra será la unidad de sistemas.

Un tipo rubio y corpulento con un casco blanco sale de un agujero en la pared de la cueva: Tom Howard, el vicepresidente de Epiphyte Corporation para tecnología de sistemas. Se quita el casco y saluda a Randy, luego le indica que se acerque.

El pasillo que lleva a la cámara de sistemas es tan grande que podría meter por él una furgoneta de reparto, pero no es recto y llano como la entrada principal. Casi todo el espacio está ocupado por un sistema de transporte de aterrador poder y velocidad, que lleva toneladas de lodo gris chorreante hacia la cámara principal para ser arrojado en los camiones Goto. En términos de coste y sofisticación aparente, tiene la misma relación con una cinta transportadora normal que un F—15 con un Sopwith Caniel. Es posible hablar, pero es imposible que te escuchen si estás cerca de ella, por lo que Tom, Randy y el kinakutés llamado Steve recorren en silencio el pasillo durante más o menos un centenar de metros hasta llegar a la siguiente caverna.

Esta es lo suficientemente grande para contener una casa modesta de un piso. La cinta pasa justo por el medio y desaparece en otro agujero; el lodo llega desde una zona aún más profunda de la montaña. Sigue habiendo demasiado ruido para hablar. El suelo ha sido nivelado con cemento y hay conductos que se levantan cada pocos metros con cables naranja colgando de las partes abiertas: líneas de fibra óptica.

Tom se dirige hacia otra abertura en la pared. Parece que de ésta parten diversas cavernas subsidiarias. Tom guía a Randy por la abertura, luego se vuelve para colocarle una mano en el brazo y sostenerlo: están en la parte alta de una escalera de madera construida en un pozo casi vertical que desciende sus buenos cinco metros o más.

—Lo que acabas de ver es la sala principal de conmutadores —dice Tom—. Cuando hayamos terminado será el mayor *router* del mundo. Estamos utilizando algunas de las otras cámaras para instalar ordenadores v sistemas de almacenamiento masivo. Básicamente, el CRDB más grande del mundo, con un *buffer* compuesto por una *cache* de RAM realmente grande.

CRDB significa Conjunto Redundante de Discos Baratos; es una forma de almacenar grandes cantidades de información de forma barata y fiable, y exactamente lo que quieres tener en un refugio de datos.

—Por tanto, seguimos limpiando algunas de las otras cámaras —sigue diciendo Tom—. Hemos descubierto algo aquí abajo, y pensé que te

parecería interesante. —Se vuelve y comienza a descender por la escalera —. ¿Sabes que los japoneses usaron estas cuevas como refugios antiaéreos durante la guerra?

Randy ha estado llevando en el bolsillo la página del mapa del libro fotocopiado. La despliega y la sostiene cerca de la bombilla. Exacto, incluye un sitio, en lo alto de la montaña, con el texto:

ENTRADA A REFUGIO ANTIAÉREO Y PUESTO DE MANDO

—¿Y como puesto de mando? —dice Randy.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Préstamo interbibliotecario —dice Randy.

—Nosotros no lo sabíamos hasta que llegamos aquí y encontramos todos esos viejos cables y basura eléctrica dispuesta por todas partes. Tuvimos que arrancarla para poder poner lo nuestro.

Randy comienza a bajar los escalones.

—Este pozo estaba lleno de rocas —dice Tom—, pero vimos cables que bajaban, y supimos que había algo al fondo.

Randy mira nervioso al techo.

—¿Por qué estaba lleno de rocas? ¿Hubo un desprendimiento?

—No —dice Tom—, lo hicieron los soldados japoneses. Arrojaron rocas al pozo hasta que lo llenaron. Una docena de nuestros trabajadores necesitaron dos semanas para sacar, a mano, todas las rocas.

—Bien, ¿de qué eran los cables?

—Bombillas —dice Tom—, no eran más que cables eléctricos, nada de comunicaciones.

—Entonces, ¿qué intentaban ocultar allá abajo? —pregunta Randy. Casi han llegado al pie de la escalera y ve que hay una cavidad del tamaño de una habitación.

—Míralo tú mismo —dice Tom, y le da a un interruptor.

La cavidad tiene más o menos el tamaño de un garaje para un solo coche, con un buen suelo llano. Hay una mesa, una silla y un archivador, todo de madera, cubierto de moho de cincuenta años de antigüedad. Y también hay un baúl de metal, de color verde militar, cubierto de caracteres nipones.

—Forcé el candado —dice Tom. Se acerca al baúl y abre la tapa. Está lleno de libros.

—¿Esperabas encontrar lingotes de oro? —dice Tom, riéndose ante la expresión de la cara de Randy.

Randy se sienta en el suelo y se agarra los tobillos. Mira boquiabierto los libros que hay en el arcón.

—$_{tp}$Estás bien? —pregunta Tom.

—Un *deja vu* muy, muy fuerte —dice Randy.

—¿Por esto?

—Sí —dice Randy—, lo he visto antes.

—¿Dónde?

—En el ático de mi abuela.

Randy encuentra el camino de vuelta por la red de cuevas hasta el aparcamiento. El aire cálido es agradable sobre la piel, pero para cuando ha llegado a la caravana de Epiphyte Corp. para devolver el casco y las botas, ya está sudando de nuevo. Se despide de las tres mujeres que trabajan allí, y una vez más se sorprende por lo atentas y lo solícitas que son. Luego recuerda que él no es un intruso cualquiera. Es un accionista y un directivo importante de la corporación que les da empleo: les paga o las oprime, elige lo que más te guste.

Se mueve por el aparcamiento, muy despacio, intentando no calentar demasiado el horno metabólico. Un segundo taxi se ha colocado junto al que espera por Randy, y los taxistas están asomados por las ventanillas disfrutando de la brisa.

Al acercarse al taxi, echa un vistazo a la entrada de la caverna. Enmarcado entre las oscuras fauces, y empequeñecido por las formas montañosas de los camiones de Goto, hay un hombre solitario, de pelo blanco y encorvado, pero delgado y de aspecto casi atlético, vestido con un chándal y zapatillas de correr. Está de espaldas a él, mirando hacia la caverna, sosteniendo un gran ramo de flores. Parece haber echado raíces en el barro, perfectamente inmóvil.

La puerta principal de Goto Engineering se abre de golpe. Un joven nipón con camisa blanca, corbata a rayas, y casco naranja desciende los escalones y se acerca con rapidez al viejo de las flores. Cuando se encuentra todavía a cierta distancia, se detiene, junta los pies y ejecuta una inclinación. Randy todavía no ha pasado el tiempo suficiente entre los

nipones para comprender los detalles, pero le parece una inclinación extraordinariamente importante. Se acerca al viejo con una amplia sonrisa y le indica la caravana de Goto. El viejo parece desorientado —quizá la cueva no tenga ya el aspecto que solía tener— pero, después de unos momentos, devuelve una inclinación mecánica y permite que el joven ingeniero lo saque del flujo de tráfico.

Randy sube al taxi y le dice al taxista:

—Foote Mansión.

Ha estado atesorando la ilusión de que leerá las memorias lentamente y prestando atención, de principio a fin, pero a estas alturas ha demostrado correr la misma suerte que todas las ilusiones. Saca el montón de fotocopias durante el trayecto al hotel e inicia una criba despiadada. La mayoría no tiene nada que ver con Kinakuta; trata de las experiencias de McGee luchando en Nueva Guinea y Filipinas. McGee no es Churchill, pero tiene un cierto talento narrativo, que convierte en legibles incluso las anécdotas más banales. Sus habilidades como anecdotista deben haberle convertido en un éxito en el bar del club de suboficiales; un centenar de sargentos achispados deben haberle alentado a escribir parte de esa mierda si finalmente volvía al sur de Boston con vida.

Volvió con vida, pero al contrario que la mayoría de los otros soldados que se encontraban en Filipinas el día V-J, no regresó directamente a casa. Dio un pequeño rodeo por el Sultanado de Kinakuta, que todavía era el hogar de más de cuatro mil soldados nipones. Eso explica un aspecto extraño de ese libro. En la mayoría de las memorias de guerra, el día V-E o el día V-J se produce en la última página, o al menos en el último capítulo, y a continuación nuestro narrador regresa a casa y se compra un Buick. Pero el día V-J se produce como a unos dos tercios del libro de Sean Daniel McGee. Cuando Randy deja a un lado el material anterior a agosto de 1945 queda un montón de páginas ominosamente grueso. Está claro que el sargento McGee tenía muchas cosas que contar.

La guerra había dejado atrás a la guarnición nipona de Kinakuta, y como otras guarniciones que se habían quedado atrás, habían dedicado todas las energías que les quedaban al cultivo de verduras y a esperar la llegada de los esporádicos submarinos, que, cerca del final de la guerra, los nipones usaban para trasladar las cargas más extremadamente vitales y para transportar a ciertos especialistas desesperadamente necesarios, como mecánicos de aviación, de un sitio a otro. Cuando reciben la emisión de

Hirohito desde Tokio, ordenándoles que entreguen las armas, lo hacen cumpliendo con su deber pero (sospecha uno) con alivio.

Lo único difícil era encontrar a alguien ante quien rendirse. Los aliados se habían concentrado en planear la invasión de las islas niponas, y les llevó algo de tiempo enviar tropas a guarniciones apartadas como la de Kinakuta. El relato de McGee sobre la confusión en Manila es mordaz. En ese punto del libro, McGee empieza a perder la paciencia, y el encanto. Empieza a despotricar. Veinte páginas más adelante, llega a Ciudad Kinakuta. Permanece firme mientras el capitán de su compañía acepta la rendición de la guarnición nipona. Dispone una guardia frente a la entrada de la caverna, donde algunos nipos intransigentes se han negado a rendirse. Organiza el desarme sistemático de los soldados nipones, que se encuentran terriblemente demacrados, y se asegura de que se arrojan al mar los rifles y municiones mientras traen comida y suministros médicos. Ayuda a un pequeño contingente de ingenieros a tender alambre de espino alrededor del campo aéreo, convirtiéndolo en un campo de internamiento.

Randy pasa todo esto aprisa durante el trayecto al hotel. Luego, le llaman la atención palabras como «empalados», «gritos» y «atroz», así que retrocede algunas páginas y lee con más detenimiento.

El resumen consiste en que los nipones, desde 1940, sacaron por la fuerza a miles de miembros de las tribus del frío y limpio interior de la isla, los llevaron al caliente y pestilente borde, y los obligaron a trabajar. Esos esclavos habían ampliado la gran caverna donde los nipones habían construido su refugio antiaéreo y el puesto de mando; mejoraron la carretera que subía hasta lo alto del Pico Eliza, donde instalaron el radar y la estación de localización; construyeron otra pista en el campo de aviación; rellenaron más partes del puerto; y murieron a miles de malaria, tifus, disentería, hambre y agotamiento. Esos mismos nativos, o sus desconsolados hermanos, los observaban desde sus reductos en lo alto de las montañas, cuando Sean Daniel McGee y sus camaradas llegaron para quitar las armas a los nipones y concentrarlos a todos en el campo de aviación, guardados por unas pocas docenas de soldados que estaban frecuentemente borrachos o dormidos. Esos nativos trabajaron sin pausa, en la jungla, fabricando lanzas, hasta que la siguiente luna llena iluminó a los nipones dormidos como un reflector. Luego surgieron de la selva en lo que Sean Daniel McGee describe como «una horda», «una plaga de avispas», «un ejército rugiente», «una legión oscura desencadenada desde

el infierno», «una masa aullante» y con otras metáforas que no se le consentirían hoy en día. Redujeron y desarmaron a los soldados norteamericanos, pero no les hicieron daño. Lanzaron ramas de árboles sobre los alambres hasta convertir la verja en una autopista, y luego atacaron el campo de aviación con las lanzas listas. El relato de McGee dura como unas veinte páginas y, sobre todo, es la historia de la noche en que un afable sargento del sur de Boston quedó permanentemente trastornado.

—¿Señor?

Randy se asombra al comprobar que la portezuela del taxi está abierta. Mira a su alrededor y comprueba que está bajo el toldo del Hotel Foote Mansión. La portezuela la mantiene abierta un nervudo joven botones con un aspecto diferente al de la mayor parte de los kinakuteses que Randy ha conocido hasta ahora. El muchacho encaja exactamente con la descripción que hace Sean Daniel McGee de los nativos del interior.

—Gracias —dice Randy, y se asegura de darle una buena propina.

La habitación está totalmente decorada con muebles de diseño escandinavo, pero fabricado allí a partir de árboles en vías de extinción. La vista es hacia las montañas del interior, pero cuando sale al balconcito puede ver un poco de agua, un barco que están descargando, y la mayor parte del jardín conmemorativo construido por los nipones sobre el lugar de la masacre.

Le esperan varios mensajes y faxes: en su mayor parte de otros miembros de Epiphyte Corp., notificándole que ya han llegado, y diciéndole en qué habitaciones puede encontrarles. Randy deshace el equipaje, toma una ducha, y manda la camisa a la lavandería para mañana. Luego se pone cómodo frente a la mesa, arranca el portátil, y saca el Plan de Negocios de Epiphyte(2) Corporation.

Lagarto

Bobby Shaftoe y sus colegas están dando un pequeño y agradable paseo matutino por el campo. En Italia.

¡Italia! ¿Cómo coño va a creérselo? ¿De qué va esto? No es asunto suyo saberlo. Le han descrito su trabajo con mucha claridad. Se lo han descrito con mucha claridad porque no tiene sentido.

En los viejos días, en Guadalcanal, su oficial al mando diría algo como: «¡Shaftoe, erradique ese fortín!», y desde ese momento, Bobby

Shaftoe se convertía en agente libre. Podía caminar, correr, nadar o arrastrarse. Podía acercarse sigilosamente y lanzar una carga, o quedarse a distancia y cargarse el objetivo con un lanzallamas. No importaba, siempre que cumpliese el objetivo.

El objetivo de esta pequeña misión se encuentra más allá de la comprensión de Shaftoe. Los despiertan, a él, al teniente Enoch Root, a otros tres marines, incluyendo al encargado de radio, y a varios de los tíos del SAS, en medio de la noche, y los empujan hasta el único puerto de Malta que no ha sido destruido por la Luftwaffe. Les espera un submarino. Suben a bordo y juegan a las cartas durante veinticuatro horas. Pasan la mayor parte del tiempo en la superficie, donde los submarinos pueden ir mucho más rápido, pero de vez en cuando se sumergen, evidentemente por muy buenas razones.

Cuando les vuelven a dejar subir a la cubierta del submarino, vuelven a estar en plena noche. Se encuentran en una pequeña cala en medio de una costa agreste y reseca; eso es todo lo que Shaftoe puede ver a la luz de la luna. Les esperan dos camiones. Abren las escotillas del submarino y sacan material: en uno de los camiones los marines de los Estados Unidos cargan un montón de sacos llenos de lo que parece todo tipo de basura. Mientras tanto, los miembros del SAS se afanan con llaves inglesas, trapos, grasa y muchos insultos en la parte de atrás del otro camión, montando algo que han sacado en cajones de otra parte del submarino. Lo cubren con una lona antes de que Shaftoe pueda echarle un buen vistazo, pero lo reconoce como algo que sería mejor que no te estuviese apuntando.

Hay un par de hombres de piel oscura y bigotes por el muelle, fumando y discutiendo con el capitán del submarino. Después de que se descargue todo el material, el capitán parece pagarles con algunas cajas más sacadas también del submarino. Los hombres abren algunas para examinarlas y parecen satisfechos.

En ese momento, Shaftoe sigue sin saber en qué continente se encuentran. Al ver el paisaje por primera vez se imaginó que era el norte de África. Cuando vio a los hombres, supuso que era Turquía.

No es hasta que el sol se eleva sobre el pequeño convoy y (tendido de espalda sobre los sacos de basura, echando un vistazo desde la lona) puede ver los carteles de la carretera y las iglesias cristianas, cuando comprende que se encuentran en Italia o España. Al final ve una señal que apunta hacia Roma y se imagina que se trata de Italia. La señal apunta en dirección

contraria al sol de mediodía, así que deben encontrarse en algún punto al sur o sureste de Roma. También se encuentran al sur de una ciudad llamada Napoli.

Pero no pasa demasiado tiempo mirando. No les animan a ello. El camión lo conduce un tipo que habla la lengua local, y que se detiene de vez en cuando para conversar con los nativos. En ocasiones parecen conversaciones amigables. En ocasiones parecen discusiones sobre la etiqueta de carretera. En ocasiones son más tranquilas y reservadas. Shaftoe comprende, lentamente, que durante esos intercambios el conductor está sobornando a alguien para que les dejen pasar.

Le resulta sorprendente que en un país activamente implicado en la mayor guerra de la historia —en un país controlado por fascistas beligerantes. Dios mío— dos camiones de soldados enemigos armados hasta los dientes puedan moverse con libertad, protegidos sólo por un par de billetes de cinco dólares. «¡Canastos! ¿Qué tipo de operación lamentable es ésta?» Tiene deseos de ponerse de pie, levantar la lona y darle a esos ítalos un buen rapapolvo. En todo caso, a este país le hace falta una buena limpieza con cepillos de dientes. Es como si a la gente no le importase. En cambio los nipos, piensa de ellos lo que quieras, al menos cuando te declaran la guerra lo dicen en serio.

Resiste la tentación de reprender a los italianos. Opina que va contra las órdenes que ha memorizado tan cuidadosamente antes de que la sorpresa de descubrir que están moviéndose por un país del Eje le aturullase el cerebro. Y si las instrucciones no hubiesen salido de los labios del coronel Chattan en persona —el tipo o individuo que es el oficial al mando del Destacamento 2702— no las habría creído.

Van a estar acampados un tiempo. Durante un tiempo van a jugar mucho a las cartas. Durante ese tiempo, el operador de radio va a estar muy ocupado. Esa fase de la operación puede que dure hasta una semana. En algún momento, es muy probable que los alemanes y, si ese día se sienten impetuosos, también los italianos, realicen esfuerzos enérgicos y concertados para matarles. Cuando eso suceda, deberán enviar un mensaje de radio, quemar el tugurio, llegar hasta cierto punto que pasa por ser una pista de aterrizaje y esperar a ser recogidos por uno de esos dispuestos pilotos británicos.

Al principio Shaftoe no creyó ni una palabra. Lo atribuyó al famoso humor británico, una especie de broma o ritual de confusión. En general no

sabe cómo tomarse a los británicos porque (por su observación personal) son las únicas personas sobre la superficie de la tierra, además de los americanos, que tienen sentido del humor. Ha oído rumores de que algunos europeos del este también lo tienen, pero hasta ahora no ha conocido a ninguno, y no tiene mucho en que basarse por el momento. En cualquier caso, nunca sabe cuándo los británicos están bromeando.

Cualquier ilusión de que pudiese ser una broma se evaporó cuando vio la cantidad de armamento que les habían asignado. Shaftoe ha descubierto que, para tratarse de una organización dedicada a disparar y volar gente a gran escala, los militares son exasperantemente reticentes a dar armas. Y la mayor parte de las armas que entregan son una mierda. Es por esa razón que los marines consideran necesario desde hace tiempo traerse sus propias armas de casa: ¡el Cuerpo quiere que maten gente pero no les da el material necesario!

Pero el Destacamento 2702 es completamente diferente. ¡Incluso los soldados llevan Winchester Trench Brooms! Y por si eso no le llamaba la atención, las cápsulas de cianuro vaya si lo hacían. Y la lección de Chattan sobre la forma correcta de volarte la cabeza («les sorprendería saber cuantos tipos por lo demás competentes estropean un procedimiento aparentemente tan simple»).

Ahora Shaftoe comprende que hay un codicilo implícito en las órdenes de Chattan: «ah, sí, y si alguno de los italianos, que realmente viven en Italia, y que dirigen el país, y que son fascistas y están en guerra con nosotros… si cualquiera de ellos nota vuestra presencia y, por cualquier razón, tiene objeciones a vuestro plan, sea lo que coño sea, entonces matadlos. Y si eso no sale bien, por favor, por lo que más queráis, mataos vosotros, porque probablemente lo hagáis de forma menos dolorosa que los fascistas. ¡No olvidéis la loción solar protectora!»

En realidad, a Shaftoe no le preocupa esta misión. Ciertamente no es peor que Guadalcanal. Lo que le molesta (decide, poniéndose cómodo sobre los sacos de basura misteriosa, mirando por una raja entre las lonas) es no comprender su propósito.

Puede que el resto de la patrulla esté muerto, o puede que no; le parece que puede oír a algunos gritando, pero no es fácil tenerlo claro entre el sonido de las olas y el incansable repiqueteo de la ametralladora. Luego

comprende que algunos deben seguir con vida o los nipos no seguirían disparando.

Shaftoe sabe que está más cerca de la ametralladora que cualquiera de sus compañeros. Es el único que tiene una posibilidad.

Es en ese momento cuando Shaftoe toma su Gran Decisión. Le resulta sorprendentemente fácil… pero claro, las decisiones realmente estúpidas son siempre las más fáciles.

Se arrastra junto al tronco hasta el punto que está más cerca de la ametralladora. Luego respira un par de veces, se pone en cuclillas ¡y salta sobre el tronco! Ahora ve con claridad la entrada de la cueva, el destello en forma de cometa de la ametralladora, teselado por la rejilla metálica de la red que Jian colocado para rechazar las granadas lanzadas en su dirección.

Todo está extraordinariamente claro. Shaftoe mira la playa y ve cadáveres.

De pronto comprende que no están disparando la ametralladora porque queden algunos de sus compañeros con vida, sino para emplear toda la munición sobrante y no tener que llevársela. Shaftoe es un soldado de batalla y lo comprende.

A continuación el cañón se dirige hacia él… le han visto. Está a la vista, totalmente expuesto. Puede entrar en el follaje de la jungla, pero la barrerán con fuego hasta que esté muerto. Bobby Shaftoe planta los pies, dirige el.45 hacia la cueva y comienza a apretar el gatillo. El tambor de la ametralladora le está apuntando.

Pero no dispara.

El.45 hace un clic. Está vacío. El silencio es total, exceptuando las olas, y los gritos. Shaftoe se guarda el.45 y saca el revólver.

No reconoce la voz que grita. No es uno de sus compañeros.

Un marine imperial nipón salta de la boca de la cueva, por encima del nivel de la cabeza de Shaftoe. La pupila del ojo derecho de Shaftoe, la mira del revólver y ese nipo quedan alineados brevemente durante un momento, durante el cual Shaftoe aprieta el gatillo un par de veces y casi con toda seguridad da en el blanco.

El marine imperial queda atrapado en la red y cae al suelo frente a él.

Un segundo nipo sale de la cueva un momento más tarde, gruñendo de forma incoherente, aparentemente estupefacto por el terror. Cae mal y se rompe una de las piernas; Shaftoe oye cómo se parte. En cualquier caso, el

nipo comienza a correr hacia el agua, cojeando grotescamente sobre la pierna mala. Ignora a Shaftoe por completo. Sangra horriblemente por el cuello y el hombro, y algunos trozos de carne se desprenden mientras corre.

Bobby Shaftoe enfunda el revólver. Debería llevarse el rifle al hombro y cargarse al tipo, pero está demasiado confundido para hacer nada por el momento.

Algo rojo parpadea en la entrada de la cueva. Mira en esa dirección y no ve nada lo suficientemente claro como para registrarlo frente al ensordecedor ruido visual de la jungla.

Luego ve cómo el destello de rojo aparece y desaparece de nuevo. Tenía la forma de una Y afilada. Tenía la forma de la lengua bífida de un reptil.

A continuación una porción móvil de jungla viva explota en la entrada de la cueva y cae sobre el follaje. Las partes altas de las plantas se agitan y caen mientras la cosa se mueve.

Está libre por la playa. Se pega mucho al suelo, caminando a cuatro patas. Se detiene un momento y lanza la lengua en dirección al marine imperial que ahora se dirige cojeando hacia el océano Pacífico a unos cincuenta pies de distancia. La arena salta por el aire, como el humo de las ruedas de un coche de carreras, y el lagarto vuela sobre la playa. Cubre la distancia hasta el marine imperial en uno, dos, tres segundos, le da en las rodillas, le hace caer contra las olas. A continuación el lagarto arrastra al nipo muerto hacia la tierra. Lo tiende entre los americanos muertos, camina a su alrededor un par de veces, lanzando la lengua, y al final empieza a comérselo.

—¡Sargento! ¡Ya estamos aquí! —dice el soldado Flanagan. Incluso antes de despertarse, Bobby Shaftoe nota que Flanagan está hablando en un tono de voz normal y que no suena asustado ni alterado. «Aquí» no debe ser un lugar peligroso. Nadie les está atacando.

Shaftoe abre los ojos justo cuando retiran la lona de la parte abierta del camión. Mira directamente el azul cielo italiano enmarcado por las ramas retorcidas de árboles desesperados.

—¡Mierda! —dice.

—¿Qué pasa, sargento?

—Es lo que siempre digo al despertar-dice Shaftoe.

Su nuevo hogar resulta ser un viejo edificio en una granja de olivos, plantación, huerto o como se llame el sitio donde crecen olivos. Si este edificio estuviese en Wisconsin, cualquier idiota que pasase a su lado lo consideraría abandonado. Aquí, Shaftoe no está tan seguro. El tejado se ha derrumbado en parte bajo el peso agotador de las tejas rojas, y las ventanas y puertas están abiertas a los elementos. Se trata de una estructura grande, tan grande que después de varias horas de martillar pueden meter uno de los camiones dentro y ocultarlo de los fisgones aéreos. Descargan los sacos de basura del otro camión. El italiano se lo lleva y desaparece para siempre.

El cabo Benjamín, el operador de radio, se atarea trepando a los olivos y tendiendo cables de cobre por todas partes. Los individuos del SAS van de reconocimiento mientras los del cuerpo de marines abren los sacos de basura y empiezan a esparcirla. Hay varios meses de periódicos italianos. Todos abiertos, recolocados, doblados sin orden ni concierto. Han arrancado artículos, otros artículos están rodeados por círculos o llevan anotaciones a lápiz. Las órdenes de Chattan comienzan a filtrarse en el cerebro de Shaftoe; apila los periódicos en una esquina del granero, primero los más viejos, los más recientes en lo alto.

Hay un saco lleno de colillas, cuidadosamente fumadas hasta dejar lo mínimo. Son de una marca continental que Shaftoe no conoce. Como un granjero esparciendo semillas, lleva ese saco por todas partes tirando colillas al suelo a puñados, concentrándose principalmente en las zonas donde efectivamente trabajará gente: la mesa del cabo Benjamín y otras mesas improvisadas para comer y jugar al póquer. Hace lo mismo con una ensalada de corchos de vino y chapas de cerveza. Un número igual de botellas de vino y cerveza acaba, una a una, en una esquina oscura y sin utilizar del granero. Bobby Shaftoe comprende que ésa será su tarea más satisfactoria, así que se lo toma en serio, lanzando las botellas como un quaterback de Green Bay Packer lanzaría pases en espiral a las seguras manos de los valientes extremos.

Los individuos del SAS regresan del reconocimiento y se produce un cambio de papeles; los marines salen a familiarizarse con el territorio, mientras los del SAS siguen descargando basura. Después de una hora de vagar por ahí, el sargento Shaftoe y los soldados Flanagan y Kuehl llegan a la conclusión de que ese rancho de olivos es una gran plataforma de tierra más o menos en dirección norte-sur. Al oeste, el territorio se eleva marcadamente hacia un pico cónico que se parece sospechosamente a un

volcán. Al este, cae, después de algunas millas, hacia el mar. Al norte, la plataforma termina en una zona de matorral intransitable, al sur se abre a más territorio de labranza.

Chattan quería que encontrase una posición estratégica sobre la bahía, lo más accesible posible desde el granero. Shaftoe la encuentra hacia la puesta de sol: una protuberancia rocosa en la ladera del volcán, a media hora a pie al noreste del granero y quizá a unos quinientos pies por encima de él.

Él y los marines están a punto de no encontrar el camino de vuelta al granero porque para entonces está muy bien oculto. Los SAS han puesto pantallas de luz en cada abertura, incluso sobre las pequeñas grietas del tejado derrumbado. Dentro, se han acomodado confortablemente en las zonas de espacio utilizable. Con toda la basura (ahora aumentada con plumas y huesos de pollo, restos de afeitado y mondas de naranja) parece que llevan viviendo allí desde hace un año, lo que, supone Shaftoe, es la idea.

El cabo Benjamín tiene a su disposición un tercio de todo el espacio. Los del SAS lo llaman un cabrón con suerte. Ya ha montado el transmisor, los tubos reluciendo cálidamente, y tiene una increíble cantidad de papeles. En su mayoría viejos y falsos, como las colillas. Pero después de la cena, cuando el sol se ha puesto no sólo aquí sino también en Londres, comienza a enviarlo en código Morse.

Shaftoe conoce el código Morse, al igual que todos los demás. Mientras los tíos y los individuos se reúnen alrededor de la mesa, comenzando las apuestas de lo que promete ser un maratón nocturno de juego de cartas, mantienen un oído en dirección al tecleo del cabo Benjamín. Lo que oyen es basura. En cierto momento, Shaftoe se acerca y mira por encima del hombro de Benjamín, sólo para verificar que no se ha vuelto loco, simplemente para asegurarse de que tiene razón:

XYHEL ANAOG GFQPL TWPKIAOEUT

Y así sigue, durante páginas y páginas.

A la mañana siguiente cavan letrinas y luego proceden a llenarlas hasta la mitad con un par de barriles de mierda cien por cien pura y certificada según las especificaciones de calidad del Ejército de los Estados

Unidos. Siguiendo las instrucciones de Chattan, arrojan la mierda por partes, tirando un puñado de periódicos italianos arrugados después de cada porción para dar la sensación de que llegó allí de forma natural. Con la posible excepción de ser entrevistado por el teniente Reagan, éste es el peor trabajo no violento que Shaftoe ha tenido que realizar al servicio de su país. Le da a los demás el resto del día libre, excepto al cabo Benjamín, que se queda despierto hasta las dos de la mañana enviando un galimatías caótico.

Al día siguiente hacen que el puesto de observación tenga un aspecto adecuado. Marchan a él y vuelven por turnos, arriba y abajo, arriba y abajo, marcando un camino en el suelo, y esparcen algunas colillas y contenedores de bebida junto con algo de mierda genuina y pis genuino. Flanagan y Kuehl cargan con un baúl metálico hasta allí arriba y lo ocultan al abrigo de la roca volcánica. El baúl contiene libros con siluetas de diversos barcos mercantes y militares italianos y alemanes, y guías similares para aeroplanos, así como binoculares, telescopios, cámaras, libros de notas vacíos y lápices.

Aunque en general el sargento Shaftoe dirige el cotarro, le resulta misteriosamente difícil conseguir un momento a solas con el teniente Enoch Root. Root ha estado evitándole desde aquel agitado vuelo en el Dakota. Al final, como al quinto día, Shaftoe consigue engañarle; él y un pequeño contingente dejan a Root solo en el puesto de observación, y luego Shaftoe regresa para atraparle allí.

Root se asombra al ver regresar a Shaftoe, pero no le molesta especialmente. Enciende un cigarrillo italiano y le ofrece uno. Shaftoe descubre, irritado, que él es quien está nervioso. Root está tan tranquilo como siempre.

—Vale —dice Shaftoe—, ¿qué vio? Cuando miró los papeles que pusimos en el carnicero muerto, ¿qué vio?

—Estaban escritos en alemán —dice Root.

—¡Mierda!

—Por suerte —sigue diciendo Root—, tengo ciertos conocimientos de esa lengua.

—Oh, sí… su madre era una teutona, ¿no?

—Sí, misionera médica —dice Root—, en caso de que eso le ayude a disipar algunas de sus ideas preconcebidas sobre los alemanes.

—Y su padre era holandés.

—Correcto.

—Y los dos acabaron en Guadalcanal, ¿por qué?

—Para ayudar a los necesitados.

—Ah, ya.

—También aprendí algo de italiano por el camino. Se oía mucho en la iglesia.

—Joder —exclama Shaftoe.

—Pero mi italiano tiene una carga excesiva del latín que mi padre insistió en que aprendiese. Así que probablemente sonaría demasiado pasado de moda a los nativos. Es más, probablemente les sonaría como si yo fuese un alquimista del siglo XVII o algo así.

—¿Podría pasar por un sacerdote? Eso se lo tragarían.

—Si al final no queda alternativa —dice Root—, intentaré engañarles hablándoles de Dios y veremos qué pasa.

Los dos aspiran los cigarrillos y miran la gran masa de agua que tienen frente a ellos. Shaftoe ha descubierto que se llama la bahía de Nápoles.

—Bien, en todo caso —dice Shaftoe—, ¿qué decían esos papeles?

—Había un montón de información detallada sobre convoyes militares entre Palermo y Túnez. Evidentemente robada a fuentes secretas alemanas —dice Root.

—Convoyes antiguos o…

—Convoyes todavía en el futuro —dice Root con calma.

Shaftoe se termina el cigarrillo, y no habla durante un rato. Al final dice:

—Jodidamente raro.

Se pone en pie y comienza a caminar de regreso el granero.

OceanofPDF.com

El castillo

En cuanto Lawrence Pritchard Waterhouse baja del tren, algún canalla le golpea de lleno en el rostro con un chorro de agua helada salobre. El aluvión continúa mientras camina y comprende que allí no hay nadie. No es más que una cualidad intrínseca de la atmósfera local, como la niebla en Londres.

La escalera que lleva sobre los carrilles a la terminal de Utter Maurby está protegida por un tejado y paredes, formando un órgano gigantesco que resuena con una vibración infrasónica al ser aporreado por el viento y el agua. Al llegar a la parte baja de la escalera, la tormenta desaparece de pronto de su cara y puede permanecer de pie durante un momento y admirar el fenómeno con la atención que merece.

La tormenta ha combinado el viento y el agua en lo que esencialmente es una espuma caótica. Un micrófono sostenido en el aire registraría únicamente ruido blanco: ausencia total de información. Pero cuando el ruido golpea el tubo largo de la escalera, produce una resonancia física que se manifiesta en el cerebro de Waterhouse como un zumbido grave. ¡La física del tubo extrae una estructura coherente del ruido inútil! ¡Si Alan estuviese aquí!

Waterhouse experimenta cantando los armónicos de ese tono grave fundamental: octava, quinta, cuarta, tercera mayor, y siguiente. Cada uno resuena en la escalera en mayor o menor grado. Es la misma serie de notas producida por un instrumento de metal. Saltando de una nota a otra, Waterhouse consigue tocar en la escalera unas llamadas de corneta bastante pasables. La diana le sale bastante decente.

—¡Qué encantador!

Se da la vuelta. Hay una mujer de pie tras él, sujetando una maleta del tamaño de una bala de heno. Tiene como unos cincuenta años, con aspecto de estufa, y llevaba una bonita permanente nueva de gran ciudad hasta segundos antes de bajar del tren. El agua salada le corre por la cara y cuello y desaparece bajo el férreo vestido de lana gris de Qwghlm.

—Señora —dice Waterhouse.

A continuación Waterhouse sube la maleta hasta lo alto de la escalera. Eso los sitúa a los dos, y a todo el equipaje, en un puente estrecho cubierto que pasa sobre los raíles y llega hasta el edificio terminal. El puente tiene ventanas, y Waterhouse sufre un asqueroso ataque de vértigo al mirar por ellas y a través de la media pulgada de lluvia y agua salada que pasa a cada momento frente a ellos en dirección hacia el océano del Atlántico Norte. Ese gran cuerpo de agua está sólo a un tiro de piedra e intenta con todas sus fuerzas acercase aún más. Debe tratarse de una ilusión óptica, pero las partes altas de las olas parecen estar al mismo nivel que el plano donde se encuentran ellos a pesar del hecho de que está al menos a veinte pies del suelo. Cada una de esas olas debe pesar tanto como todos los trenes de carga de Gran Bretaña juntos, y corren hacia ellos implacablemente, golpeando con furia las rocas. Hace que Waterhouse quiera sufrir un ataque, desplomarse y vomitar. Se tapa los oídos.

—¿Es usted músico? —pregunta la dama.

Waterhouse se vuelve para mirarla. La mujer recorre con la vista el uniforme, comprobando las insignias. A continuación lo mira a la cara y le dedica una sonrisa de abuela.

Waterhouse comprende, en ese preciso instante, que la mujer es una espía alemana. ¡Por todos los santos!

—Sólo en tiempos de paz, señora —dice—. Ahora la Marina tiene otros usos para hombres con buenos oídos.

—¡Oh! —exclama—, escucha cosas, ¿no?

Waterhouse sonríe.

—¡Ping! ¡Ping! —dice, imitando el sonido del sonar.

—¡Ah! —responde ella—. Mi nombre es Harriet Qrtt. —Le ofrece la mano.

—Hugh Hughes —dice Waterhouse aceptándola.

—Es un placer.

—El placer es mío.

—Supongo que necesitará un lugar para alojarse. —La mujer enrojece visiblemente—. Perdóneme. He asumido que se dirige a Exterior. —Ese Exterior es el de Qwghlm Exterior. Ahora mismo están en Qwghlm Interior.

—En realidad, es del todo correcto —dice Waterhouse.

Como cualquier otro topónimo en las Islas Británicas, QwghlmInterior y Exterior son nombres increíblemente inexactos de orígenes antiguos y posiblemente cómicos. Qwghlm Interior ni siquiera es del todo un isla; está conectada por un banco de arena que solía ir y venir con las mareas, pero que ha sido aumentado con un paso elevado que contiene una carretera y una línea de ferrocarril. Qwghlm Exterior está a veinte millas.

—Mi marido y yo gestionamos una pequeña pensión —dice la señora Qrtt—. Sería un honor para nosotros tener en casa a un hombre asdic. —Asdic no es más que el acrónimo británico para lo que los yanquis llamar sonar, pero cada vez que se pronuncia esa palabra en presencia de Alan, adopta una expresión traviesa y comienza a llorar de risa [12].

Así que acaba en la residencia Qrtt. Waterhouse, el señor Qrtt y la señora Qrtt pasan la noche rodeando la única fuente de calor: un calentador de carbón que ocupa el hueco de la chimenea. De vez en cuando el señor Qrtt abre la puerta y arroja más carbón a las cenizas. La señora Qrtt sirve la cena y espía a Waterhouse. Nota su paso ligeramente asimétrico y consigue sonsacarle que en una ocasión tuvo un encuentro con la polio. Él toca el órgano —en el salón hay un armonio a pedales— y ella lo felicita.

Waterhouse ve por primera vez Qwghlm Exterior a través de un imbornal. Ni siquiera sabe para qué sirve realmente un imbornal, aparte de para vomitar. La tripulación del ferry le dio a él y a la otra media docena de pasajeros instrucciones detalladas sobre cómo vomitar antes de que dejasen atrás el rompeolas de Utter Maurby, siendo el detalle más importante que si te inclinas sobre la barandilla casi con toda seguridad te caerás por la borda. Es mucho mejor ponerse a cuatro patas y apuntar a un imbornal. Pero la mitad de las veces que Waterhouse mira por uno de ellos, no ve agua sino algún punto distante en el horizonte, o a las gaviotas persiguiendo el ferry, o la silueta en tres puntas característica de Qwghlm Exterior.

Las puntas son columnas de basalto llamadas sghrs. Como estamos en medio de la Segunda Guerra Mundial, y Qwghlm Exterior es la parte de las Islas Británicas más cercana a la acción de la Batalla del Atlántico, ahora

está moteada de pequeños cobertizos de radio de color blanco y le han crecido muchas antenas. Hay un cuarto sghr, mucho más bajo que los otros y que se confunde con facilidad con un simple altozano, que se eleva sobre el único puerto de Qwghlm Exterior (y, para ser exactos, único asentamiento sin contar la base naval situada al otro extremo). En lo alto del cuarto sghr se encuentra el castillo, hogar nominal de Nigel St. John Gloamthorpby-Woadmire, que va a convertirse en el nuevo cuartel general del Destacamento 2702.

Un paseo de cinco minutos permite recorrer toda la villa. Un gallo furioso persigue a unas tímidas ovejas por la calle principal. Hay nieve en las elevaciones más altas, pero aquí abajo no es más que un aguanieve gris, indistinguible del empedrado gris hasta que la pisas y caes de culo. La *Enciclopedia Qwghlmiana* usa profundamente el artículo definido: la Villa, el Castillo, el Hotel, e *l Pub*, el Muelle. Waterhouse se detiene en el Cagadero para ocuparse de algunas complicaciones posteriores al viaje por mar, y luego sube por la Calle. El Automóvil se sitúa a su lado y le ofrece llevarle; resulta que también es el Taxi. Le lleva dando una vuelta por el Parque donde ve la Estatua (antiguos qwghimianos dando una paliza a desdichados vikingos); el gesto no pasa desapercibido para el Taxista, que se mete en el Parque para que pueda ver mejor.

La Estatua es una de esas que tiene mucho que decir y en consecuencia abarca mucho terreno. El pedestal es una losa de basalto local, cubierto en un lado por lo que Waterhouse reconoce, gracias a la *Enciclopedia Qwghlmiana…* como antiguas runas de Qwghlm. A ojos de un filisteo ignorante, podrían parecer una interminable serie de caóticas equis, ies, uves, guiones, asteriscos y uves invertidas sans-seríf. Pero es una perdurable fuente de orgullo para…

—No nos impresionaban los romanos con Julio César —comenta el taxista—, y tampoco nos impresionaba demasiado el alfabeto.

La *Enciclopedia Qwghlmiana* contiene un largo artículo sobre el sistema local de runas. El autor del artículo estaba tan amargado que leerlo es una empresa casi físicamente dolorosa. *La práctica qwghlmiana de rechazar el uso de curvas y bucles, formando todos los glifos con líneas rectas, lejos de ser tosca —como han afirmado algunos estudiosos ingleses — dota a la escritura de una austeridad límpida. Se trata de un estilo de escritura admirablemente funcional en un lugar en el que (después de que*

los ingleses talasen todos ¡os árboles) la mayor parte de ¡a clase intelectual sufría de congelación bilateral crónica.

Waterhouse ha bajado la ventanilla para ver mejor; aparentemente alguien ha perdido el Limpiaparabrisas. La brisa fría que le golpea la cara comienza a disipar por fin su mareo, hasta el punto que comienza a preguntarse cómo podría entrar en contacto con la Puta.

Luego comprende, con algo de desilusión, que si la Puta tiene medio cerebro en la cabeza, estará al otro lado de la isla, en la base naval.

—¿Quién es el desdichado? —pregunta Waterhouse. Señala una esquina de la estatua, donde un perdedor flacucho y oprimido, portando un collarín de hierro al cuello y una cadena que cuelga, tiembla y se encoge ante la carnicería impuesta por los fornidos machotes de Qwghlmia. Waterhouse ya conoce la respuesta, pero no puede resistirse a hacer la pregunta.

—¡Hakh! —le suelta el taxista, como si estuviese expectorando flema —. Sólo puedo suponer que era de Qwghlm Interior.

—Claro.

El intercambio parece haber provocado al conductor un humor resentido y vengativo que sólo puede calmarse conduciendo muy deprisa. Debe haber como una docena o más de curvas pronuncias en la carretera que lleva al Castillo, cada una de ellas esmaltada de hielo negro y cargada de peligros mortales. Waterhouse se alegra de no ir caminando, pero las curvas y los patinazos del taxi reavivan su mareo.

—¡Hakh! —dice el conductor, cuando ha recorrido tres cuartos del camino y ha habido silencio durante varios minutos—. Prácticamente le pusieron una alfombra roja a los romanos. Se abrieron de patas para los vikingos. ¡Probablemente a estas alturas sean alemanes!

—Hablando de bilis —dice Waterhouse—. Necesito que se haga a un lado de la carretera. Seguiré caminando desde aquí.

El conductor se sorprende y se molesta, pero cede cuando Waterhouse le explica que la alternativa es una larga y profunda limpieza de la tapicería. Él conductor incluso lleva a Petate hasta lo alto del sghr y lo deja allí.

El Destacamento 2702 llega al Castillo como quince minutos más tarde en la persona de Lawrence Pritchard Waterhouse, marine de los Estados Unidos, que ejerce de avanzadilla. El paseo le sirve para perfilar su

historia y meterse en el personaje. Chattan le ha advertido que habrá criados y que éstos ven cosas, y hablan. Sería mucho más conveniente limitarse a enviar a los criados a otra parte, pero sería descortés para con el duque.

—Tendrá —le dijo Chattan— que inventarse un *modus vivendi.* — Una vez que Waterhouse hubo consultado el término, estuvo de acuerdo de todo corazón.

El castillo es un montículo de escombros del tamaño del Pentágono. A sotavento han colocado un tejado funcional, cableado eléctrico y otros adornos como puertas y ventanas. En esa zona, que es todo lo que Waterhouse consigue ver la primera tarde y noche, puedes olvidarte de que estás en Qwghlm Exterior y fingir que te encuentras en un lugar más verde y cálido, como las Tierras Altas de Escocia.

A la mañana siguiente, acompañado por el mayordomo, Ghnxh, se aventura por otras partes del edificio y le encanta descubrir que no puedes llegar hasta ellas sin salir al exterior; los pasillos de conexión internos han sido bloqueados con mortero para frenar la migración estacional de los skrrghs (pronunciado de forma similar a «eskerris»), los mamíferos juguetones de ojos brillantes y larga cola que son las mascotas de las islas. Esa compartimentalización, aunque incómoda, será perfecta para la seguridad.

Tanto Waterhouse como Ghnxh están rodeados de capas y capas de genuina lana de Qwghlm, y éste último carga con la LUCIFER GALVÁNICA. La Lucifer Galvánica tiene un diseño antiguo. Ghnxh, que tiene ya como un centenar de años, no puede más que sonreír con condescendencia ante la linterna de la Marina norteamericana que lleva Waterhouse. Con el tono de voz *sotto voce* que uno emplearía para corregir una inmensa metedura de pata social, le explica que la lucifer galvánica tiene un diseño tan superior que cualquier referencia posterior a la linterna de la Marina sólo serviría para avergonzar a todos los implicados. Guía a Waterhouse a una habitación especial tras la habitación tras la habitación tras la habitación tras la despensa, una habitación que existe únicamente para el mantenimiento de la lucifer galvánica y el almacenamiento de sus piezas y suministros. El corazón del ingenio es una jarra esférica de vidrio soplado comparable en volumen a una jarra de un galón. Ghnxh, quien sufre de un caso bastante avanzado de hipotermia o parkinson, mete un embudo de vidrio por el cuello de la jarra. Luego coge un garrafón de

vidrio de un estante. El garrafón, que lleva la etiqueta de AGUA REGIA, está lleno de un líquido explosivo de color naranja. Quita la tapa de vidrio, lo abraza y lo inclina para que el fluido naranja comience a caer en el embudo y dentro de la jarra. Allí donde salpica sobre la mesa, sale algo muy similar al humo mientras come un agujero como otros miles de agujeros que ya hay en la mesa. Los vapores llegan hasta los pulmones de Waterhouse; son asombrosamente corrosivos. Tiene que salir tambaleándose de la habitación durante un rato.

Cuando se aventura a regresar, se encuentra a Ghnxh tallando un electrodo a partir de un lingote de carbono puro. El jarro de agua regia ya está tapado, y en él hay suspendida una variedad de ánodos, cátodos y otras sustancias, sostenidas por abrazaderas de oro. Cables gruesos, rodeados de una cubierta aislante de amianto tejido a mano, salen del jarro y llegan hasta la parte importante de la lucifer galvánica: una ensaladera de cobre cuya boca está cerrada por una lente Fresnel como las que se emplean en los faros. Cuando Ghnxh consigue que el electrodo de carbono tenga la forma y el tamaño adecuados, lo mete por una pequeña trampilla a un lado de la ensaladera, y despreocupadamente le da a un interruptor frankensteiniano.

Durante un momento, Waterhouse cree que una de las paredes del edificio se ha desmoronado, exponiéndoles a la luz directa del sol. Pero Ghnxh se ha limitado a activar la lucifer galvánica, que pronto se vuelve diez veces más brillante, a medida que Ghnxh ajusta un tornillo de bronce. Aplastado por la vergüenza, Waterhouse vuelve a meter la linterna en la cartuchera del cinturón, y sale de la habitación delante de Ghnxh, con la lucifer galvánica causándole una sensación palpable de calor en la nuca.

—Tenemos como dos horas hasta que se apague —dice Ghnxh como quien no quiere la cosa.

Vaya que si montan un *modus vivendi.* Waterhouse da una patada a una vieja puerta y a continuación Ghnxh entra en la habitación que hay al otro lado y lanza el rayo de luz como si fuese un lanzallamas, haciendo retroceder a una docena, o un centenar, de eskerris chillones. Waterhouse entra con cautela en la habitación, caminando sobre los restos del tejado o habitación que antes la ocupase. Inspecciona con rapidez el lugar, intentado decidir cuánto esfuerzo sería necesario para hacerlo habitable para cualquier organismo más avanzado.

La mitad del castillo, en un momento u otro, ha sido quemada por una combinación de corsarios berébéres, rayos. Napoleón y fumar en la cama. Los cosarios fueron los que hicieron el mejor trabajo (probablemente tan sólo porque querían mantenerse calientes), o quizá porque los elementos han tenido más tiempo para descomponer lo que las llamas dejaron. En cualquier caso, en esa sección del castillo, Waterhouse encuentra un sitio donde no hay demasiados escombros a retirar, y donde puede rodear con rapidez un espacio con maderas y lonas. Está diametralmente opuesto a la zona del castillo todavía habitada, lo que la expone a las tormentas invernales pero la protege de los ojos entrometidos del personal. Waterhouse se mueve para tomar algunas medidas preliminares, luego se dirige a su habitación, dejando que Ghnxh se encargue del apagado de la lucifer galvánica.

Waterhouse bosqueja algunos planos de las obras, dando por fin algo de uso a sus malgastadas habilidades de ingeniería. Redacta una lista de materiales necesarios, lo que naturalmente implica muchos números: 100 8' 2 x 4 es un ejemplo típico. Escribe la lista una segunda vez. usando letras en lugar de números: UN CENTENAR DE DOS POR CUATRO DE OCHO PIES. Esa forma de expresarlo es potencialmente confusa, por lo que lo cambia para que diga TABLEROS DE DOS POR CUATRO ENNÚMERO DE UN CENTENAR Y LONGITUD DE OCHO PIES.

A continuación saca una hoja de lo que parece papel de contabilidad, dividido verticalmente en grupos de cinco columnas. En esas columnas transcribe el mensaje, ignorando los espacios:

TABLE ROS DE DOSPO RCUAT ROENN UMERO

DEUNC ENTEN ARYLO NGITU DDEOC HOPIES

Y así con todo. Cuando se encuentra con una J. él escribe una I en su lugar, por lo que JUNTA sale como IUNTA. Sólo usa una de cada tres líneas de la página.

Desde que dejó Bletchley Park ha estado llevando varias hojas de papel cebolla en el bolsillo de la camisa; cuando se va a dormir, las pone bajo la almohada. Ahora las saca y elige una de ellas, que lleva un número

de serie mecanografiado en la parte alta y por lo demás está llena de letras cuidadosamente escritas como:

ATHWK COGNQ DLTUI CAPRH MULEP

Y demás, hasta la parte de debajo de la página.

Esas hojas fueron mecanografiadas por la señora Tenney, la ya mayor esposa del vicario que trabajó en Bletchley Park. La señora tiene un trabajo peculiar que consiste en lo siguiente: coge dos hojas de papel cebolla, encaja una hoja de papel carbón entre ellas y las mete en la máquina de escribir. Teclea el número de serie en la parte alta. Luego le da a la manivela de un dispositivo empleado en los bmgos. que consiste en una jaula esférica que contiene veinticinco bolas de madera, cada una de ellas con una letra impresa (no se usa la letra J). Después de dar vueltas a la jaula el número de veces especificado en el manual de procedimiento, cierra los ojos, mete la mano por una abertura en la jaula y saca al azar una de las bolas. Lee la letra y la teclea, luego vuelve a meter la bola, cierra la abertura y repite el proceso. De vez en cuando, unos hombres de aspecto serio entran en la habitación, intercambian algunas galanterías con ella y se llevan las páginas que ha producido. Esas hojas acaban en manos de hombres como Waterhouse, y hombres en circunstancias infinitamente más desesperadas y peligrosas, por todo el ancho mundo. Se les llama cuadernos de uso único.

Copia las letras del cuaderno de uso único en las líneas libres bajo el mensaje:

TABLE ROSDE DOSPO RCUAT ROENN

ATHWK COGNQ DLTUI CAPRH M U L E P

Cuando termina, dos de cada tres líneas están ocupadas.

Al final, regresa a lo alto de la página por última vez y comienza a repasar las letras de dos en dos. La primera letra del mensaje es T. La

primera letra del cuaderno de uso único, justo debajo en la misma columna, es A.

A es la primera letra del alfabeto y para Waterhouse, que lleva demasiado tiempo dedicándose al cifrado, es sinónimo del número 1. De la misma forma, L es equivalente a 19 si trabajas en un alfabeto sin J. Añade 1 a 19 y obtienes 20, que es la letra U. Por lo que en la primera columna bajo la T y la A, Waterhouse escribe U.

El par vertical L, W plantea un problema. Es 11 y 22 que en aritmética normal da 33, que no tiene equivalente en letras; es demasiado grande. Pero ha pasado mucho tiempo desde que Waterhouse realizó aritmética normal. Ha conseguido entrenar su mente para trabajar en aritmética modular; específicamente, módulo 25, lo que significa que lo divides todo por 25 y te quedas sólo con el resto. 33 dividido por 25 es 1 con resto 8. Le deshaces del 1 y el 8 se convierte en la letra H, que es lo que Waterhouse escribe en la columna correspondiente. Por tanto, el primer grupo de código tiene este aspecto.

TA B L E

ATHWK

UUKHP

Al añadir la secuencia al azar ATHOP sobre la secuencia con sentido TABLE, Waterhouse ha producido un galimatías indescifrable. Cuando ha terminado de cifrar todo el mensaje con ese procedimiento, coge una hoja nueva y copia sólo el texto cifrado: UUKHP y demás.

El duque tiene un teléfono de hierro forjado que está a disposición de Waterhouse. Waterhouse lo levanta, llama a la operadora, realiza una llamada a la base naval al otro extremo de la isla y habla con un operador de radio. Le lee letra a letra el mensaje cifrado. El operador lo repite y le informa a Waterhouse que lo transmitirá inmediatamente. Muy pronto, el coronel Chattan. en Bletchley Park, recibirá un mensaje que empieza UUKHP y sigue en la misma vena. Chattan posee la otra copia del cuaderno de uso único de la señora Tenney. Primero escribirá el texto

cifrado, usando una línea de cada tres. Debajo del texto cifrado copiará el texto del cuaderno de uso único:

U U KHP

ATHWK

A continuación realizará una resta allí donde Waterhouse realizó una suma. U menos A es 20 menos 1, lo que da 19, es decir, la letra T. Habiendo descifrado el mensaje completo, se pondrá a trabajar y, al final, tableros de dos por cuatro en número de un centenar aparecerán en el Muelle.

OceanofPDF.com

Por qué

El plan de negocio de Epiphyte Corp. tiene una pulgada de grueso, ni delgado ni grueso para lo que suelen ser. Las páginas interiores han sido editadas profesional y dinámicamente en el portátil de Avi. Las cubiertas están hechas con un papel duro fabricado a mano a partir de paja de arroz, fibras de bambú, cáñamo salvaje y agua cristalina de glaciar por míos artesanos arrugados que trabajan en un templo rodeado por la niebla y esculpido en roca volcánica situado en una isla que sólo es conocida por viajeros aburridos de la Costa Oeste enfundados en spandex y con buena capacidad aeróbica. Calígrafos de la dinastía Ming reconstruidos molecularmente han dibujado sobre la portada un mapa impresionista del mar de China Meridional empleando pinceles de crines de unicornio mojados en tinta manufacturada por monjes estilitas ciegos a base de trozos de carbón vegetal producido al quemar a mano fragmentos de la Cruz Verdadera.

El contenido real del plan de negocio se ajusta a una estructura lógica sacada directamente de los *Principia Mathematica.* Empresarios de más bajo nivel adquieren software para escribir sus planes de negocio: paquetes de texto estandarizado y hojas de cálculo, hábilmente interrelacionados de forma que sólo tengas que rellenar algunos huecos. Avi y Beryl han escrito entre los dos tantos planes de negocios que pueden hacerlo de memoria. Los planes de negocios de Avi tienden a seguir esta línea:

MISIÓN: En [nombre de la compañía] creemos firmemente que [hacer lo que sea que queremos hacer] e incrementar el valor de nuestras

acciones no son sólo actividades complementarias: están inextricablemente relacionadas.

PROPOSITO: Incrementar el valor accionarial [haciendo algo].

ADVERTENCIA EXTREMADAMENTE SERIA (impresa en una página distinta en letras rojas sobre fondo amarillo):

A menos que sea tan inteligente como Johann Karl Friedrich Gauss, tan astuto como un limpiabotas ciego de Calcuta, tan duro como el general William Tecum-seh Sherman, tan rico como la Reina de Inglaterra, tan emocionalmente resistente como un tan de los Red Sox y, en general, tan capaz de tomar decisiones por sí mismo como el comandante medio de un submarino cargado con misiles nucleares, no se le debería haber permitido acercarse a este documento. Por favor, deshágase de él empleando los mismos procedimientos recomendados para los desechos radiactivos de alto nivel y luego disponga que un cirujano cualificado le ampute los brazos a la altura de los hombros y le saque los ojos de las cuencas. Esta advertencia es necesaria porque en una ocasión, hace cien años, una viejecita de Kentucky invirtió cien dólares en una compañía de artículos de mercería que quebró y sólo le devolvió noventa y nueve. Desde entonces, el gobierno nos viene pisando los talones. Si ignora esta advertencia, siga leyendo por su cuenta y riesgo; es completamente seguro que perderá todo lo que posee y pasará las últimas décadas de su vida luchando con las hordas de termitas en una colonia de leprosos en el delta del Mississippi.

¿Sigue leyendo? Genial. Ahora que hemos asustado a los debiluchos, sigamos con los negocios.

RESUMEN EJECUTIVO: Reuniremos [una cifra de dinero], luego [haremos algo] e incrementaremos el valo? accionarial. ¿Quiere detalles? Siga leyendo.

INTRODUCCIÓN: [Esta tendencia], que todo el mundo conoce, y [esta tendencia], que es tan increíblemente arcana que probablemente no la conocía hasta ahora, y [esta otra tendencia de aquí] que podría parecer, en primera impresión, no tener absolutamente ninguna reacción, cuando se consideran juntas nos llevan a la idea (privada, extremadamente patentada, secreta, registrada y sujeta a acuerdos de confidencialidad) que podría incrementar el valor accionarial [haciendo algo]. Necesitaremos $ [una cifra muy grande] y después de [no demasiado tiempo] podremos obtener un incremento de valor de $ [una cifra todavía mayor], a menos que [el infierno se congele en pleno verano].

DETALLE:

Fase 1: Después de prestar votos de celibato y abstinencia y desechando todas nuestras posesiones materiales a cambio de túnicas fabricadas a mano, nosotros (ver currículos adjuntos) nos trasladaremos a un modesto complejo improvisado con cajas de refrigerados en medio del desierto de Gobi, donde el terreno es tan barato que en realidad nos pagan por ocuparlo, incrementando de esa forma el valor accionarial incluso antes de haber hecho nada. Alimentándonos con una ración diaria consistente en un puñado de arroz crudo y un cucharón de agua, comenzaremos a [hacer cosas].

Fase 2, 3, 4,…, n—1: Nosotros [haremos más cosas, aumentando en el proceso el valor accionarial a muy buen ritmo] a menos que [la tierra sufra el impacto de un asteroide de miles de millas de diámetro, en cuyo caso se tendrán que reajustar ciertas suposiciones; ver las hojas de cálculo 397—413].

Fase n: Antes de que se seque la tinta en nuestros certificados del Premio Nóbel, confiscaremos las propiedades de nuestros competidores, incluyendo a cualquiera lo suficientemente estúpido para invertir en sus patéticas compañías. Venderemos a esa gente como esclavos. Las ganancias serán redistribuidas entre los accionistas, que apenas lo notarán, porque como demuestra la hoja de cálculo 265, para entonces la compañía será mayor que el Imperio Británico en su cenit.

HOJAS DE CÁLCULOS: [Hojas y hojas de números en letra diminuta, convenientemente resumidos en gráficas que parecen todas

curvas exponenciales en dirección al cielo, aunque se les ha introducido suficiente ruido seudo aleatorio para que parezcan plausibles.]

CURRÍCULOS: Limítese a recordar el primer rollo de *Los siete magníficos* y no tendrá que molestarse con esta parte; tendrá que venir arrastrándose hasta nosotros sobre manos y rodillas y rogar por el privilegio de pagar nuestros salarios.

Para Randy y los demás, el plan de negocio sirve de Torah, calendario maestro, texto motivador y tratado filosófico. Es un documento dinámico y vivo. Las hojas de cálculo son palimpsestos, conectados a las cuentas corrientes y a los registros financieros de la compañía de forma que se ajustan automáticamente al entrar o salir dinero. Beryl se encarga de ese aspecto. Avi se encarga de las palabras —el plan abstracto subyacente, y los detalles concretos que dan forma a esas hojas de cálculo— que interpretan los números. La parte del plan correspondiente a Avi también muta, cada semana, a medida que recibe nuevos datos de artículos *enAsian Wall Street Journal*, conversaciones con miembros del gobierno en mugrientos karaokes de Shenzhen, datos remotos recogidos por satélites y oscuras revistas técnicas que analizan los últimos avances en la tecnología de fibra óptica. El cerebro de Avi también digiere las ideas de Randy y el resto del grupo y las incorpora al plan. Cada tres meses toman una instantánea del plan de negocio en su estado actual, lo maquillan un poco y lo envían a los inversores.

El Plan Número Cinco está a punto de ser enviado junto con el primer aniversario de la compañía. Un borrador preliminar ha sido enviado a cada uno de ellos hace un par de semanas en un mensaje cifrado, que Randy no se ha molestado en leer, dando por supuesto que conocía su contenido. Pero algunas pequeñas señales que ha recibido los últimos días le indican que sería mejor que se enterase de qué dice de verdad.

Arranca el portátil, lo conecta al teléfono, abre el programa de comunicaciones y marca un número en California. Esto último resulta fácil, porque se trata de un hotel moderno y Kinakuta tiene un sistema telefónico moderno. Si no hubiese sido fácil, muy probablemente hubiese sido imposible.

En un pequeño armario de cableado, mal ventilado, perpetuamente a oscuras y que huele a plástico, instalado en una oficina alquilada por Novus Ordo Seclorum Systems Incorporated, encajada entre una compañía de depósitos y una agencia de viajes chárter en el edificio de oficinas más banal imaginable de la era disco en Los Altos, California, un módem despierta y envía ruidos por el cable. El ruido viaja bajo el Pacífico como un conjunto de centelleos por un filamento de vidrio tan transparente que si el océano estuviese hecho del mismo material, podrías ver Hawai desde California. Finalmente, la información llega hasta el ordenador de Randy, que reenvía ruido como respuesta. El módem de Los Altos es uno de una media docena conectados a la parte de atrás de un mismo ordenador, una torre PC típica de marca genérica, que lleva ocho meses funcionando noche y día. Hace siete meses apagaron el monitor porque malgastaba electricidad. Luego John Cantrell (que es miembro del consejo de Novus Ordo Seclorum Systems Inc., e hizo las gestiones para colocarlo en el armario de la compañía) tomó prestado el monitor porque uno délos programadores que trabajaba en la última versión de Ordo necesitaba una segunda pantalla. Más tarde, Randy desconectó el teclado y el ratón porque, sin monitor, sólo podían permitir la entrada de información errónea. Ahora no es más que un obelisco blanco que sisea débilmente sin ningún interfaz humano excepto un ciclópeo LED verde que mira directamente a un paisaje de cajas de pizza vacías.

Pero hay un grueso cable coaxial que lo conecta a Internet. El ordenador de Randy habla con él durante unos momentos, negociando los términos de un Protocolo Punto-a—Punto, conexión PPP, y a continuación el pequeño portátil de Randy también forma parte de Internet; puede enviar datos a Los Altos, y el solitario ordenador de allí, que se llama Tombstone [13], los enviará en la dirección general de cualquiera de las otras varias decenas de millones de máquinas de Internet.

Tombstone, o *tombstone.epiphyte.com* como es conocido en Internet, vive una poco gloriosa existencia como buzón de correo y caché de archivos. No hace nada que un millar de servicios en línea no pudiese hacer de forma más simple y barata. Pero Avi, que es un genio a la hora de imaginar las peores situaciones horriblemente concebibles, exigió que tuviesen su propia máquina, y que Randy y los otros repasasen el código del sistema operativo línea a línea para verificar que no hubiese agujeros de seguridad. En los escaparates de todas las librerías del Área de la Bahía,

apilados en montones, había miles de ejemplares de tres libros diferentes sobre cómo un famoso *cracker* había establecido control total sobre un par de servicios en línea. En consecuencia, Epiphyte Corp., no podía de ninguna forma emplear un servicio en línea para sus archivos secretos mientras afirmaba que se tomaba en serio la protección en nombre de sus accionistas. De ahí tombstone. epiphyte.com.

Randy se conecta y comprueba su correo: cuarenta y siete mensajes, incluyendo uno de hace dos días de Avi (avi@epiphyte.com) con el asunto de: epiphyteBizPlan.5.4.ordo. Plan de Negocio de Epiphyte, quinta edición, cuarto borrador, con el formato de archivo que sólo puede leer [Novus] Ordo [Seclorum], que es propiedad total de la compañía del mismo nombre, pero cuyas partes más difíciles fueron escritas, curiosamente, por John Cantrell.

Le dice al ordenador que comience la descarga del archivo; va a llevar un rato. Mientras tanto, repasa la lista de los otros mensajes, comprobando los nombres de los remitentes, asuntos y tamaños, intentando decidir, antes de nada, cuántos de ellos puede borrar sin leer.

Destacan dos mensajes porque las direcciones terminan en aol.com, el vecindario del ciberespacio de los padres y niños, pero nunca de los estudiantes, *hackers* o personas que trabajan en alta tecnología. Los dos vienen del abogado de Randy, que intenta separar los asuntos financieros de Randy de los de Charlene con el mínimo rencor posible. Randy siente cómo le sube la presión arterial y miles de capilares del cerebro se hinchan ominosamente. Pero se trata de archivos muy pequeños y los asuntos parecen inocuos, así que se calma y decide no ocuparse de ellos por el momento.

Cinco mensajes tienen su origen en ordenadores con nombres extremadamente familiares: sistemas que son parte de la red de ordenadores del campus que él administraba. Los mensajes vienen de administradores de sistema que tomaron las riendas al irse Randy, tipos que ya hace mucho tiempo que le plantearon las preguntas fáciles, como «¿Cuál es el mejor sitio para pedir pizza?» y «¿Dónde has escondido la grapadora?» y ahora han llegado al punto de enviarle trozos de código incomprensible que escribió hace años acompañados de preguntas como: «¿Se trata de un error o de algo increíblemente inteligente que todavía no comprendo?» Randy se niega a contestar esos mensajes por ahora.

Hay como una docena de mensajes de amigos, algunos de ellos enviándole chistes de la red que ya ha visto un centenar de veces. Otra docena de miembros de Epiphyte Corp., en su mayoría referente a los detalles de los itinerarios a medida que todos convergen en Kinakuta para la reunión de mañana.

Eso deja más o menos una docena de mensajes que pertenecen a una categoría especial que no existía hasta una semana antes, cuando se publicó un nuevo número de *TURING Magazine*, con un artículo sobre el proyecto de refugio de datos de Kinakuta y una fotografía en portada de Randy en un bote en Filipinas. Avi había realizado gestiones para colocar ese artículo y tener algo que agitar frente a los otros participantes en la reunión de mañana. *TURING* es una revista tan visual que no puede leerse sin la protección de gafas de soldar, y por tanto insistieron en tener una fotografía. Enviaron un fotógrafo a la Cnpta, que les resultó visualmente carente de interés. Se produjo una situación de nervios. El fotógrafo fue enviado a la bahía de Manila donde capturó a Randy de pie sobre la cubierta de un bote cerca de una gran rueda de cable naranja, y de fondo un volcán elevándose sobre la contaminación. La revista no llegará a los quioscos hasta dentro de un mes, pero el artículo lleva una semana en la web, donde instantáneamente se convirtió en tema de discusión en la lista de discusión de Adeptos al Secreto, que es donde todos los tíos chachis como John Cantrell se reúnen para discutir los ultimísimos algoritmos de hashing y generadores de números seudo aleatorios. Como Randy aparecía en la fotografía, erróneamente se han centrado en él considerándolo más responsable de lo que realmente es. Eso ha producido una nueva categoría de mensajes en el buzón de Randy: consejos no solicitados y críticas de criptofrikis de todo el mundo. Por el momento hay catorce de esos mensajes en su bandeja de entrada, ocho de ellos de una persona, o personas, que se identifica, o identifican, como Almirante Isoroku Yamamoto.

Sería tentador ignorarlos, pero el problema es que una mayoría importante en la lista de Adeptos al Secreto son como diez veces más inteligentes que Randy. Puedes entrar en la lista en cualquier momento y encontrar a un profesor de matemáticas de Rusia liándose a hostias con un profesor de matemáticas de la India, kilobyte a kilobyte, sobre un aspecto pasmosamente retorcido de la teoría de los números primos, mientras un

joven genio matemático de dieciocho años de Cambridge salta cada par de días con una explicación aún más pasmosa de por qué los dos se equivocan.

Por tanto, cuando gente así te manda un correo, Randy intenta al menos mirarlo por encima. Recela un poco de los que se identifican como Almirante Isoroku Yamamoto, o con el número 56 (que es un código que significa Yamamoto). Pero el que tengan opiniones políticas que bordean la excentricidad no quiere decir que no sepan nada de matemáticas.

Para: randy@tombstone.epiphy1e.com

De: 56@laundry.org

Asunto: Refugio de datos

¿Tiene disponible en algún sitio una clave pública? Me gustaria cruzar mensajes con usted pero no quisto que Paul Comstock los lea:) Mi clave pública por si quiere responderme es

—INICIO DE BLOQUE ORDO DE CLAVE PÚBLICA—

[lineas y lineas de galimatías]

—FIN DE BLOQUE ORDO DE CLAVE PUBLICA—

Su concepto de refugio ce ciatos es bueno pero tiene limitaciones importantes. ¿Qué pasarla si el gobierno de Filipinas corta su cable? ¿O si el buen sultán cambia de opinión, decide nacionalizar todos sus ordenadores y leer todos los discos? Lo que se precisa no es UN refugio de datos sino una RED de refugios de datos; es más robusto, de la misma forma que Internet es las robusta que una única máquina.

Firmado

El Almirante Isoroku Yamamoto que firma este mensaje asi:

—INICIO DE BLOQUE ORDO DE FIRMA—

(lineas y líneas de galimatías)

—FINAL DEL BLOQUE ORDO DE FIRMA—

Randy cierra ese mensaje sin leerlo. Avi no quiere que hablen con s Adeptos al Secreto por temor a que más tarde les acusen de haber bado ideas, por lo que contesta a todos esos correos con un modelo — carta

redactada por un abogado de propiedad intelectual al que Avi igó diez mil dólares.

Lee otro mensaje simplemente por la dirección de envío:

De: root@pallas.eruditorum.org

En una máquina UNIX, «root» es el nombre del más divino de todos los usuarios, el que puede leer, borrar o alterar cualquier archivo, elque puede ejecutar cualquier programa, el que puede añadir cual-lier usuario o eliminar a cualquiera de los existentes. Por tanto, reci-r un mensaje de alguien que tiene como nombre de cuenta «root» es imo recibir una carta de alguien que ostenta el título de «Presidente» «General» en el membrete. Randy ha sido root en varios sistemas direntes, algunos de los cuales valían decenas de millones de dólares, y cortesía profesional exige que al menos lea el mensaje:

He leído sobre vuestro proyecto—. ¿Por qué lo hacéis?

Seguido de un bloque de firma Ordo.

Uno debe asumir que se trata de un intento de iniciar una especie de debate filosófico. Discutir con desconocidos anónimos en Internetes un juego de idiotas porque casi siempre resultan ser —o son indistinguibles de — quinceañeros petulantes con cantidades infinitas de tiempo libre. Y, sin embargo, la dirección «root» indica que esa persona está al cargo de una gran instalación informática, o (mucho más probable) dispone de un ordenador Firmx en su escritorio. Incluso un usuario doméstico de Finux debe estar a varios niveles por encima del diletante navegante de Internet medio.

Randy abre una ventana terminal y teclea

whois eruditorum.org y un segundo después recibe un bloque de texto de InterNIC:

eruditorum.org (Societas Eruditorun)

seguido de una dirección de correo: un apartado en Leipzig, Alemania.

A continuación aparecen unos números de contacto. Todos tienen el prefijo del área de Seattle. Pero los tres dígitos a continuación, después del prefijo, le resultan familiares, y los reconoce como una pasarela a un servicio de reenvío, muy popular entre los que se mueven mucho, que rebotará tus llamadas, correos, faxes, etc. a allí donde te encuentres en ese momento. Avi, por ejemplo, lo usa continuamente.

Bajando, Randy encuentra:

Ultima actualización del registro en 1 8—Nov—98.
Registro creado en l-Mar—90.

El «90» destaca. Es una fecha prehistórica en lo que a Internet se refiere. Indica que la Societas Eruditorum iba muy por delante. Especialmente tratándose de un grupo con sede en Leipzig, que hasta más o menos esa fecha era parte de la Alemania Oriental.

Servidores de dominio:
NS.SF.LAUNDRY.ORG

…seguido de la dirección IP de laundry.org, que es un servicio para convertir los paquetes de datos en anónimos y que muchos Adeptos al Secreto emplean para que nadie pueda seguir sus comunicaciones.

El resultado no prueba nada, pero aun así, Randy no puede limitarse a asumir que el mensaje viene de un quinceañero aburrido. Probablemente debería dar alguna respuesta. Pero teme que la tomen como una invitación para alguna oferta empresarial: probablemente alguna empresa sarnosa de alta tecnología que busca capital.

Muy probablemente, en la última versión del plan de negocio habrá alguna explicación de por qué Epiphyte(2) está construyendo la Cripta.

Randy puede limitarse a cortarla y pegarla en respuesta a *root@pallas.eruditorum.org*. Será algo vaporoso para agradar a los accionistas, y por tanto alienante. Con suerte, desanimará a esa persona y no le molestará más. Randy pincha dos veces en el icono ojo/pirámide de Ordo, y éste abre una pequeña ventana de texto en la pantalla donde le invita a teclear comandos. Ordo también dispone de un encantador interfaz gráfico, pero Randy lo desprecia. Nada de menús y botones para él. Escribe

›descifrar e p i p h y t e B i z P 1 a n. 5. 4. o r d o

El ordenador responde con

Verifique su identidad: introduzca la frase de paso o «bio» para optar por la verificación biométrica.

Antes de que Ordo descifre el archivo, debe tener la clave privada: todos sus 4096 bits. La clave está almacenada en el disco duro de Randy. Pero los tipos malos podrían meterse en las habitaciones del hotel y leer el contenido del disco duro, por lo que la clave en sí está cifrada. Para poder descifrarla. Ordo precisa la clave para la clave, que es (en la única concesión de Cantrell a la comodidad del usuario) una frase: una cadena de palabras, más fácil de recordar que 4096 dígitos binarios. Pero debe ser una frase larga o sería demasiado fácil descubrirla.

La última vez que Randy cambió su frase de paso, estaba leyendo otras memorias de la Segunda Guerra Mundial. Teclea:

con gritos roncos de BANZAI, los nipos borrachos surgieron de las trincheras, sus espadas y bayonetas relucian bajo los rayos de nuestros reflectores…

y pulsa «enter». Ordo responde

frase de paso incorrecta

reescriba la frase o «bio» para optar por la verificación biométrica.

Randy maldice y lo intenta unas cuantas veces más, con ligeros cambios de puntuación. No va.

Por la desesperación y la curiosidad, prueba:

bio

Y el software responde:

no ha sido posible localizar el archivo de configuración biométrica. Hable con Cantrell :/—

Lo que no es, por supuesto, parte normal del software. Ordo no viene con verificación biométrica, ni sus mensajes de error identifican a John Cantrell, o a cualquier otro, por su nombre. Aparentemente, Cantrell ha escrito un módulo *plug-in*, un pequeño añadido, y lo ha distribuido entre sus amigos de Epiphyte(2).

—Genial. —Randy coge el teléfono y marca el número de la habitación de John Cantrell. Al tratarse de un hotel nuevo y moderno, le responde un buzón de voz en el que John se ha molestado en grabar algo informativo.

—Le habla John Cantrell de Novus Ordo Seclorum y Epiphyte Corporation. Para aquellos que hayan llamado empleando mi número telefónico universal y por tanto no tienen ni idea de en dónde me encuentro, me alojo en el hotel Foote Mansión en el sultanado de Kinakuta; por favor, consulten un atlas de calidad. Son las cuatro de la tarde, jueves, 21 de marzo. Probablemente me encuentro en el Bomba y Arpeo.

El Bomba y Arpeo es el bar con tema pirata del hotel y no es tan cutre como suena. Está decorado (entre otros recuerdos que bien podrían estar en un museo) con varios cañones que parecen auténticos. John Cantrell está sentado en una esquina, con aspecto de encontrarse tan en casa como puede estarlo un hombre con sombrero de *cowboy.* Frente a él tiene el portátil

abierto sobre la mesa junto a una bebida con ron que le han servido en una sopera. Una pajita de medio metro de largo la conecta con la boca de Cantrell. Sorbe y teclea. Observándole incrédulos hay un grupo de hombres de negocios chinos de aspecto feroz sentados en la barra; cuando ven que Randy entra, arrastrando su portátil, cuchichean. «¡Ahora hay dos!»

Cantrell levanta la vista y sonríe, algo que no puede hacer sin parecer diabólico. El y Randy se dan la mano triunfantes. Aunque en realidad sólo han estado dando vueltas por ahí en aviones 747, se sienten como Stanley y Livingstone.

—Bonito bronceado —dice Cantrell maliciosamente, aunque sin bigote que retorcer. Randy, pillado con la guardia baja, comienza a hablar y se detiene dos veces, y al final agita la cabeza reconociendo la derrota. Los dos hombres ríen.

—El bronceado es de los barcos —dice Randy—, no por disfrutar de la piscina del hotel. Llevo dos semanas apagando fuegos por todas partes.

—Espero que nada que afecte al valor accionarial —dice Cantrell socarrón.

Randy dice:

—Tú pareces alentadoramente pálido.

—Todo está bien en mi parte —dice Cantrell—. Tal y como predije; un montón de Adeptos al Secreto quieren trabajar en un refugio de datos de verdad.

Randy pide una Guinness y dice:

—También predijiste que muchos de ellos resultarían ser escurridizos e indisciplinados.

—A esos no los contraté —responde Cantrell—. Y con Eb encargándose de las cosas raras, hemos podido superar los pocos obstáculos que nos hemos encontrado.

—¿Has visto la Cripta?

Cantrell arquea una ceja y le dedica una imitación perfecta de la mirada paranoica.

—Es como ese bunker de la fuerza aérea de Colorado Springs —dice.

—¡Sí! —Randy ríe—. Cheyenne Mountain.

—Es demasiado grande —anuncia Cantrell. Sabe que Randy está pensando justo lo mismo.

Por tanto, Randy decide jugar a ser el abogado del diablo.

—Pero el sultán lo hace todo a lo grande. Hay grandes retratos suyos en el gran aeropuerto.

Cantrell niega con la cabeza.

—El Ministerio de Información es un proyecto serio. El sultán no lo concibió. Fueron los tecnócratas.

—Por lo que sé, Avi le hizo un poco la pelota…

—Como sea. Pero la gente que está detrás, como Mohammed Pragasu, son todos del estilo de la escuela empresarial de Stanford. Graduados de Oxford y la Sorbona. Los alemanes han diseñado hasta los topes de las puertas. La caverna no es un monumento al sultán.

—No, no es un proyecto vanidoso —admite Randy, pensando en la helada sala de máquinas que Tom Howard está construyendo a un millar de pies por debajo de'ese bosque de las nubes.

—Por tanto, debe haber alguna explicación racional a por qué es tan grande.

—¿Podría estar en el plan de negocio? —aventura Randy.

Cantrell se encoge de hombros; él tampoco lo ha leído.

—El último que leí de principio a fin fue el Plan Uno. Hace un año —admite Randy.

—Era un buen plan de negocio —dice Cantrell [14]

Randy cambia de tema.

—He olvidado mi frase de paso. Necesito hacer esa cosa biométrica.

—Aquí hay demasiado ruido —responde Cantrell—, actúa escuchando tu voz, haciendo un Fourier y recordando unos números clave. Lo haremos más tarde en mi habitación.

Sintiendo la necesidad de explicar por qué no se ha mantenido al día con el correo, Randy dice:

—He estado totalmente obsesionado, relacionándome con los de AVCLA en Manila.

—Cierto. ¿Cómo va eso?

—Mira. Mi trabajo es muy simple —dice Randy—. Tenemos ese enorme cable nipón desde Taiwán hasta Luzón. Un *router* en cada extremo.

Luego está la red de cables cortos entre islas que los de AVCLA están tendiendo en Filipinas. Cada segmento de cable, como ya sabes. Se inicia y termina en un *router.* Mi trabajo consiste en programar los *routers*, asegurándome de que los datos tendrán siempre un camino libre desde Taiwán hasta Kinakuta.

Cantrell aparta la vista, temiendo que vaya a aburrirse. Randy prácticamente se lanza sobre la mesa, porque sabe que no tiene nada de aburrido.

—¡John! ¡Eres una importante compañía de tarjetas de crédito!

—Vale. —Cantrell lo mira a los ojos, ligeramente acobardado.

—Almacenas tus datos en el refusio de datos de Kinakuta. Precisas descargar un terabyte de datos cruciales. Inicias el proceso… tus datos cifrados pasan volando por Filipinas a un ritmo de un gigabyte por segundo, hasta Taiwán y de ahí a Estados Unidos. —Randy se detiene, traga Guinness, aumentando el dramatismo—. Entonces, un ferry zozobra al salir de Cebú.

—¿Y?

—Y en menos de. diez minutos, cien mil filipinos levantan el teléfono simultáneamente.

Cantrell llega al punto de darse un golpe en la frente.

—¡Oh, Dios mío!

—¡Ahora lo comprendes! He estado configurando esta red de forma que pase lo que pase los datos sigan fluyendo a la compañía de tarjetas de crédito. Quizás a velocidad reducida… pero fluyen.

—Bien, comprendo que eso te mantenga ocupado.

—Y por esa razón sólo llevo a buen ritmo lo de esos *routers.* Y por cierto, son buenos *routers*, pero no tienen la capacidad suficiente para alimentar una Cripta de ese tamaño, o justificarla económicamente.

—Lo esencial de la explicación de Avi y Beryl —dice Cantrell— es que Epiphyte ya no es la única compañía portadora hasta la Cripta.

—Pero estamos tendiendo el cable desde aquí a Palawan…

—Los lacayos del sultán han estado haciendo negocios —dice Cantrell—. Avi y Beryl se muestran vagos, pero comparando notas con Tom y leyendo las hojas de té, he llegado a la conclusión de que hay otro cable, quizá dos, viniendo hacia Kinakuta.

—¡Guau! —dice Randy. Es lo único que se le ocurre—. ¡Guau! —Se bebe la mitad de la Guinness—. Tiene sentido. Si van a hacerlo una vez con nosotros, pueden hacerlo de nuevo con otros portadores.

—Nos usaron como palanca para atraer a otros —dice Cantrell.

—Bien… entonces, la pregunta es: ¿sigue siendo necesario el cable desde Filipinas? ¿O deseado?

—Sí —dice Cantrell.

—¿Lo es?

—No. Quiero decir que sí, que ésa es exactamente la pregunta.

Randy lo medita.

—En realidad, podría ser positivo para tu parte de la operación. Más entradas a la Cripta implican más negocios a la larga.

Cantrell arquea las cejas, algo preocupado por los sentimientos de Randy. Randy se recuesta en la silla y dice:

—Ya hemos debatido anteriormente si tenía sentido que Epiphyte estuviese tonteando con cables y *routers* en Filipinas.

Cantrell responde:

—El plan de negocio siempre ha defendido que tendría sentido económico tender un cable hasta Filipinas incluso si la Cripta no existiese.

—El plan de negocio estaba obligado a decir que la red intra-Filipinas podía convertirse en un negocio independiente y sobrevivir —dice Randy —, para justificar que lo hiciésemos.

Ninguno de los dos precisa decir más. Se han estado concentrando intensamente el uno en el otro durante un buen rato, apartándose del resto del bar con sus posturas, y ahora, de forma espontánea, los dos se recuestan, se estiran y empiezan a echar vistazos a su alrededor. Casualmente eligen el mejor momento, porque Goto Furudenendu acaba de entrar con un pelotón de lo que Randy supone son ingenieros civiles: hombres nipones muy cuidados, de aspecto sano y como de treinta y tantos. Randy los invita con una sonrisa, luego llama al camarero y le pide algunas de esas grandes botellas de cerveza nipona.

—Esto me lo ha recordado: los Adeptos al Secreto van tras de mí —dice Randy.

Cantrell sonríe, mostrando algo de admiración por esos locos de los Adeptos al Secreto.

—La gente inteligente y furiosamente paranoica es la columna vertebral de la criptología —dice—, pero no siempre entienden de negocios.

—Quizá los entienden demasiado bien —dice Randy. Siente algo de molestia residual porque vino al Bomba y Arpeo a responder la pregunta planteada por *root@eruditorum.org* («¿Por qué lo hacéis?») y todavía no conoce la respuesta. Es más, sabe menos que antes.

Luego se les unen los hombres de Goto y resulta que justo en ese momento aparecen Eberhard Fóhr y Tom Howard. Se produce una explosión combinatoria de intercambio de tarjetas y presentaciones. Parece que el protocolo exige mucha bebida social. Inadvertidamente. Randy ha desafiado la amabilidad de esos tipos pidiéndoles cerveza, y deben demostrar que no se les puede ganar en semejante juego. Se unen mesas y todo se vuelve increíblemente jovial. Eb también debe pedir cerveza para todos. Muy pronto, las cosas han degenerado en karaoke. Randy se pone en pie y canta *Me and Yon and a Dog Named Boo.* Se trata de una buena elección, porque es una canción relajante y tranquila que no exige demasiada expresividad emocional. Ni, ya puestos, habilidad para la canción.

En cierto momento, Tom Howard pasa un brazo fornido sobre el respaldo de la silla de Cantrell para poder gritarle mejor al oído. Sus brazaletes eutropianos gemelos, grabados con el mensaje «Hola Doctor, por favor, congéleme de la siguiente forma», brillan y son bastante evidentes. Randy se pone nervioso porque cree que los nipones van a darse cuenta y van a empezar a hacer preguntas extremadamente difíciles de contestar. Tom le está recordando algo a Cantrell (por alguna razón, siempre se refieren a Cantrell de esa forma; algunas personas han nacido para que las llamen por su apellido). Cantrell asiente y dedica a Randy una mirada rápida y algo furtiva. Cuando Randy se la devuelve, Cantrell baja la vista disculpándose y se dedica a retorcer nervioso la botella de cerveza entre las manos. Tom sigue dedicando a Randy una mirada de interés. Todas esas miradas hacen que Randy, Tom y Cantrell acaben en el extremo de la barra más alejado de los altavoces del karaoke.

—Así que conoces a Andrew Loeb —dice Cantrell. Queda claro que está consternado por ese hecho pero también algo impresionado, como si acabase de descubrir que Randy en una ocasión había matado a un hombre

a golpes con las manos desnudas y que nunca se hubiese molestado en comentarlo.

—Cierto —dice Randy—. Tan bien como alguien puede conocer a un tipo así.

Cantrell está prestando una diligencia excesiva al proyecto de arrancar la etiqueta de la botella y por tanto es Tom quien recoge el testigo.

—¿Hicisteis negocios juntos?

—En realidad no. ¿Puedo preguntar cómo sabéis esas cosas? Es decir, para empezar, ¿cómo sabéis siquiera que Andrew Loeb existe? ¿Por lo del digibomber?

—Oh, no… fue después. Andy se convirtió en una figura importante en algunos de los círculos que Tom y yo frecuentamos —dice Cantrell.

—Los únicos círculos en los que puedo imaginarme a Andy serían fanáticos de la supervivencia con métodos primitivos y personas que creen haber sufrido abusos en rituales satánicos.

Randy lo dice sin pensar, como si su boca fuese un teletipo mecánico que imprime una predicción meteorológica. El comentario queda como colgando.

—Eso ayuda a rellenar algunas lagunas —dice Tom al fin.

—¿Qué pensaste cuando el FBI registró su cabaña? —pregunta Cantrell, a quien le ha vuelto la sonrisa.

—No sabía qué pensar —dice Randy—. Recuerdo que vi el vídeo en las noticias… los agentes saliendo de esa choza con cajas de pruebas, y pensé que mi nombre debía estar en alguno de esos papeles. Que de alguna forma acabaría implicado en el caso.

—¿El FBI llegó a ponerse en contacto contigo? —pregunta Tom.

—No. Creo que una vez que lo examinaron todo, llegaron con rapidez a la conclusión de que no era el digibomber, y lo tacharon de su lista.

—Bien, no mucho después de que pasase eso, Andy Loeb se presentó en la Red —dice Cantrell.

—Me resulta imposible de creer.

—Para nosotros también lo fue. Es decir, todos habíamos recibido copias de sus manifiestos… impresos sobre papel reciclado gris, que era como las hojas de pelusa que sacas del filtro de la secadora.

—Empleaba una tinta orgánica, con base de agua, que escamaba como si fuese caspa negra —dice Tom.

—Bromeábamos diciendo que teníamos polvo de Andy sobre la mesa —dice Cantrell—. Así que cuando un tipo llamado Andy Loeb se presentó en la lista de correo de Adeptos al Secreto, y el grupo de noticias de Eutropia, enviando todas esas diatribas larguísimas, nos negamos a creer que fuese él.

—Pensamos que alguien había conseguido escribir unas parodias realmente brillantes de su estilo —dice Cantrell.

—Pero cuando siguieron llegando, día tras día, y empezó a meterse en largos diálogos con la gente, se hizo evidente que era él —se queja Tom.

—¿Cómo lo justificó siendo un ludita?

Cantrell:

—Dijo que siempre había considerado los ordenadores una fuerza que alienaba y atomizaba la sociedad.

Tom:

—Pero como resultado de ser por un tiempo el sospechoso digibomber número uno, a la fuerza había sido consciente de Internet, que había cambiado los ordenadores conectándolos.

—¡Oh, Dios mío! —dice Randy.

—Y que había estado reflexionando sobre Internet mientras hacía lo que sea que Andrew Loeb hace —continuó Tom.

Randy:

—Ponerse en cuclillas, desnudo, en ríos de montaña helados mientras estrangula roedores con las manos desnudas.

Tom:

—Y comprendió que los ordenadores podían ser una herramienta para unir la sociedad.

Randy:

—Y apuesto a que él era justo el tío para unirla.

Cantrell:

—Bueno, no está muy lejos de lo que dijo.

Randy:

—Ya, ¿vais a decirme que se ha convertido en un eutropiano?

Cantrell:

—Bueno, no. Más bien descubrió un cisma en el movimiento Eutropia que nosotros no conocíamos, y ha creado su propio grupo separado.

Randy:

—Creía que los eutropianos eran individualistas hasta la médula, libertarios puros.

—¡Bueno, sí! —dice Cantrell—. Pero la premisa básica del eutropianismo es que la tecnología nos ha convertido en poshumanos. El Homo Sapiens más la tecnología es a todos los efectos una especie totalmente nueva: inmortal, omnipresente debido a la RED, y camino de la omnipotencia. Ahora bien, los primeros en decir esas cosas fueron libertarios.

Tom dice:

—Pero la idea ha atraído a todo tipo de personas… incluyendo a Andy Loeb. Se presentó un día y empezó a hablar de mentes colmena.

—Y por supuesto, fue flameado hasta quedar frito por la mayoría de los eutropianos, porque el concepto para ellos es anatema —dice Cantrell.

Tom:

—Pero siguió con el tema, y después de un tiempo, hubo personas que empezaron a estar de acuerdo con él. Resultó que había una facción bastante sustancial entre los eutropianos a los que no les importaba especialmente el libertarismo y a los que la idea de la mente colmena les resultaba atractiva.

—¿Ahora Andy es el líder de esa facción?—pregunta Randy.

—Supongo que sí —dice Cantrell—. Se separaron y formaron su propio grupo de noticias. Hace como seis meses que no sabemos nada de ellos.

—¿Cómo supisteis de la conexión entre Andy y yo?

—De vez en cuando todavía se presenta en el grupo de Adeptos al Secreto —dice Tom—. Y últimamente se ha hablado mucho de la Cripta.

Cantrell dice:

—Cuando se enteró de que tú y Avi estabais metidos en el asunto, envió una enorme diatriba… veinte o treinta K de frases unas tras otras. No demasiado elogiosas.

—Ya, Jesús. ¿Qué coño le pasa? Ganó el caso. Me arruinó por completo. Uno pensaría que tendría cosas mejores que hacer que preocuparse de agua pasada —dice Randy. golpeándose el pecho—. ¿No tiene trabajo?

—Hace algo de derecho —contesta Cantrell.

—¡Ja! Me lo imagino.

—Nos ha estado atacando —dice Tom—. Sucios capitalistas. Atomizamos la sociedad. Hacemos que el mundo sea un lugar más seguro para los traficantes de drogas y los cleptócratas del Tercer Mundo.

—Bien, al menos hay algo en lo que sí tiene razón —dice Randy. Está encantado de tener una respuesta, al fin, a la pregunta de por qué están construyendo la Cripta.

OceanofPDF.com

Maniobra retrógrada

Sio es un cementerio de barro. Aquellos que han dado sus vidas por el emperador compiten por espacio con aquellos dispuestos a darla. Extraños aviones norteamericanos de cola hendida descienden desde el sol cada día para asesinarlos con una terrible lluvia de fuego aéreo y las repugnantes explosiones de las bombas, así que duermen en tumbas abiertas y sólo salen de noche. Pero las fosas rebosan de aguas pestilentes que se agitan con formas de vida hostiles y, al ponerse el sol, la lluvia les golpea, haciendo penetrar en sus huesos el frío de las grandes altitudes. Hasta el último hombre de la 20 División sabe que no saldrá vivo de Nueva Guinea, así que sólo queda elegir la forma de morir: ¿rendirse para ser torturados y luego masacrados por los australianos? ¿Ponerse una granada en la cabeza? ¿Quedarse donde están para ser asesinados por los aviones durante todo el día y durante toda la noche por la malaria, la disentería, el tifus, el hambre y la hipotermia? ¿O recorrer a pie las doscientas millas que atraviesan montañas y ríos desbordados para llegar hasta Madang, lo que es equivalente al suicidio incluso en tiempo de paz y disponiendo de comida y medicinas…?

Pero eso es lo que se les ordena hacer. El general Adachi Miela hasta Sio —en el primer avión amigo que han visto en semanas—, aterriza en el campo ponzoñoso que llaman pista de aterrizaje y ordena la evacuación. Deben trasladarse al interior en cuatro destacamentos. Regimiento a regimiento, entierran a los muertos, guardan lo que queda del equipo, amontonan la poca comida que les queda, esperan la oscuridad y emprenden el camino hacia las montañas. Los segmentos posteriores

pueden seguir el rastro por el olor, siguiendo la peste de la disentería y los cadáveres que los grupos de avance van arrojando como mendrugos de pan.

Los oficiales de mayor graduación se quedan atrás, y el pelotón de radio se queda con ellos; sin un potente emisor de radio, y la parafernalia criptográfica que lo acompaña, un general no es un general, una división no es una división. Por fin, dejan de emitir y comienzan a desmontar el transmisor en piezas lo más pequeñas posible, que por desgracia no son tan pequeñas; un transmisor de división es una bestia potente, construida para enviar rayos a la ionosfera. Tiene un generador eléctrico, transformadores y otros componentes que no pueden fabricarse para que sean ligeros. Los hombres del pelotón de radio, a los que ya les resultaría difícil mover el peso de sus propios esqueletos más allá de las montañas y los ríos tumultuosos, cargarán con el peso adicional de bloques de motor, tanques de combustible y transformadores.

Y el gran arcón de acero con todos los libros de claves. Esos libros pesaban como un muerto cuando estaban secos; ahora están mojados. Cargar con ellos va más allá de lo imaginable. El reglamento indica que hay que quemarlos.

Los hombres del pelotón de radio de la 20 División no se sienten en este momento demasiado inclinados hacia el humor, ni siquiera el ceñudo humor sardónico tan típico de los soldados. Si algo en este mundo es capaz de hacerles reír en esta situación es la idea de intentar montar una hoguera con libros de códigos húmedos, en un pantano y durante una tormenta. Podrían quizá quemarlos si usasen un montón de combustible de avión, más de que realmente tienen. Además, el incendio produciría una altísima torre de humo que atraería a los P—38 como el olor de la carne humana atrae a los mosquitos.

Quemarlos puede no ser necesario. Nueva Guinea es un torbellino aullador de podredumbre y destrucción; lo único que aguanta son las piedras y las avispas. Arrancan las tapas para devolver a casa una prueba de que han sido destruidos, luego meten los libros en el arcón y lo entierran en la orilla de un río especialmente vengativo.

No es una idea demasiado buena. Pero les han estado bombardeando intensamente. Incluso si la metralla no te da, la onda de choque de la bomba es como una pared de piedra que se mueve a seiscientas millas la

hora. Al contrario que un muro de piedra, atraviesa tu cuerpo, como un destello de luz atraviesa una figurita de vidrio. Al recorrer tu carne, lo mueve todo hasta el nivel de las mitocondrias, alterando cada uno de los procesos en cada una de las células, incluyendo lo que sea que permite a tu cerebro llevar la cuenta del tiempo y experimentar el mundo. Unas pocas de esas detonaciones son suficientes para romper el hilo de conciencia en una maraña de filamentos cortos y enrollados. Esos hombres no son tan humanos como cuando salieron de sus casas; no se puede esperar que piensen con claridad o que hagan las cosas por buenas razones. Meten barro en el arcón, no como procedimiento para deshacerse de él sino como una especie de ritual, para mostrar el respeto adecuado a su sedimento de extraña información.

Luego se echan a los hombros la carga de hierro y arroz y comienzan a avanzar hacia la montaña. Sus camaradas han dejado un sendero pisoteado que ya está regresando a la jungla. Las marcas del camino son cuerpos —ahora ya convertidos en campos de batalla apestosos— disputados por muchedumbres frenéticas de microbios, bichos, bestias y pájaros jamás catalogados por los científicos.

OceanofPDF.com

Huffduff

Plantan el mástil de huffduff incluso antes de tener un tejado sobre las nuevas instalaciones del Destacamento 2702, y levantan la antena huffduff incluso antes de tener electricidad para emplearla. Waterhouse hace todo lo que puede por fingir que le importa. Se lo hace saber a los operarios: grandes grupos de tanques enfrentándose en el desierto africano puede que sean gallardos y románticos, pero la verdadera batalla de esta guerra (ignorando, como siempre, el frente asiático) es la Batalla del Atlántico. No podemos ganar la Batalla del Atlántico sin hundir algunos submarinos, y no podemos hundirlos antes de haberlos encontrado, y precisamos de una forma mejor de encontrarlos que el método ya probado y seguro de dejar que nuestros convoyes pasen sobre ellos y se conviertan en pedacitos. Esa forma, caballeros, es poner en marcha esta antena tan pronto como sea humanamente posible.

Waterhouse no es un actor, pero cuando la segunda tormenta de hielo de la semana pasa por encima e inflinge grandes daños a la antena, y debe permanecer despierto toda la noche para repararla a la luz de la lucifer galvánica, está bastante seguro de que los ha convencido. El personal del castillo trabaja hasta bien tarde para mantenerlo provisto de té y brandy, y los operarios le dedican a la mañana siguiente algunos emocionantes hurras cuando la antena reparada regresa a la parte alta del mástil. Todos están seguros de estar salvando vidas en el Atlántico Norte, y si supiesen la verdad probablemente le lincharían.

Esa historia del huffduff es ridículamente plausible. Es tan plausible que si Waterhouse estuviese trabajando para los alemanes tendría sus sospechas. La antena es un modelo extremadamente direccional. Recibe

una señal fuerte cuando se la orienta hacia la fuente y una señal débil en caso contrario. El operador espera a que un submarino empiece a transmitir y luego vira la antena de un lado a otro hasta obtener la lectura mayor; la dirección de la antena da el azimut de la fuente. Dos o más lecturas similares, obtenidas por diferentes estaciones huffduff, pueden combinarse para triangular el origen de la señal.

Para mantener las apariencias, la estación debe estar operativa veinticuatro horas al día lo que casi mata a Waterhouse durante las primeras semanas de 1943. El resto del Destacamento 2702 no se ha presentado como estaba previsto, así que, mientras tanto, es tarea de Waterhouse preservar la ilusión.

Todos a diez millas a la redonda —básicamente, toda la población civil de Qwghlm, o por decirlo de otra forma, toda la raza qwghlmiana— pueden ver la nueva antena huffduff elevándose sobre el mástil del castillo. No son personas estúpidas, y algunos de ellos, al menos, comprenderán que la maldita cosa no hace nada si siempre apunta en la misma dirección. Si no se mueve, no funciona. Y si no funciona, ¿qué coño pasa allá arriba en ese castillo?

Así que Waterhouse debe moverla. Vive en la capilla, durmiendo —cuando duerme— en una hamaca colgada a una altura peligrosa por encima del suelo (ha descubierto que los «eskerries» son excelentes saltadores).

Si duerme durante el día, incluso un observador casual notará si la antena se mueve o no. No es bueno. Pero no puede dormir de noche, cuando los alemanes hacen rebotar en la ionosfera sus transmisiones entre los submarinos del Atlántico norte y las bases en Burdeos y Lorient porque un observador atento —digamos que un empleado insomne del castillo, o un espía alemán situado en las montañas con binoculares— sospechará qué la antena huffduff inmóvil no es más que una tapadera. Por lo tanto, Waterhouse intenta dividir la diferencia durmiendo algunas horas al anochecer y otras pocas al amanecer, un plan que no encaja muy bien con su cuerpo. Y cuando se despierta, no tiene absolutamente nada más que hacer que sentarse frente a la consola huffduff durante ocho o doce horas, viendo cómo el aliento sale de su boca, moviendo la antena, escuchando… ¡nada!

Estipula con total libertad que es un cabrón egoísta por sentirse mal consigo mismo cuando otros hombres vuelan en pedazos.

Habiendo resuelto esa cuestión, ¿qué va a hacer para permanecer cuerdo? Tiene la rutina perfectamente fijada: dejar la antena apuntando más o menos al oeste durante un rato, luego moverla de un lado a otro en arcos cada vez más pequeños, fingiendo centrarse en un submarino, luego dejarla fija durante un rato y hacer gimnasia para calentarse. Ha cambiado el uniforme por una vestimenta tejida con la cálida lana de Qwghlm. De vez en cuando, a intervalos totalmente impredecibles, miembros del personal del castillo caen sobre él con un tazón de sopa, un servicio de té o simplemente para ver qué hace y decirle lo buen hombre que es. Una vez al día, escribe un galimatías —sus supuestos resultados— y lo envía a la base naval.

Divide su tiempo entre pensar en el sexo y pensar en matemáticas. Lo primero se inmiscuye continuamente en lo segundo. Es peor aún cuando la cincuentona regordeta llamada Blanche, que ha estado trayéndole la comida, enferma de hidropesía, fiebres, gota, cólicos o cualquier otro malestar shakespeariano es reemplazada por Margaret, que tiene como unos veinte años y es bastante atractiva.

Margaret realmente le altera el cerebro. Cuando se vuelve realmente intolerable, va a la letrina (para que el personal no le interrumpa en un momento inoportuno) y ejecuta un Cambio Manual. Pero si hay algo que descubrió en Hawai es que un Cambio Manual por desgracia no es igual que la experiencia real. El efecto pasa demasiado pronto.

Mientras espera a que se pase el efecto, consigue realizar mucha matemática de calidad. Alan le dio algunas notas sobre redundancia y entropía, en relación con la investigación de cifrado de voz que está realizando en Nueva York. Waterhouse repasa las notas y descubre algunos temas interesantes que por desgracia no puede enviar a Alan sin violar tanto el sentido común como gran cantidad de procedimientos de seguridad. Terminado eso, presta atención a la criptología pura y dura. Pasó tiempo suficiente en Bletchley Park como para darse cuenta de lo poco que realmente comprende de ese arte.

Los submarinos usan demasiado la radio y toda la Marina Alemana lo sabe. Sus expertos en seguridad han estado dando la lata a sus oficiales para mejorar la seguridad y, al final, lo hicieron introduciendo la versión de cuatro rotores de la máquina Enigma, que ha traído loco a Bletchley Park cerca de un año…

Margaret debe recorrer el castillo por el exterior para traerle la comida a Waterhouse, y para cuando llega aquí, ya tiene las mejillas rosaditas. El vapor que sale de su boca flota a su alrededor como un velo de seda…

¡Deja eso, Lawrence! El tema de la clase de hoy es la Enigma de cuatro rotores de la Marina alemana, conocida por ellos como Tritón y para los aliados como Tiburón. Se comenzó a usar el 2 de febrero del año pasado (1942), y no fue hasta la recuperación del submarino alemán U—559 embarrancado el 30 de octubre que Bletchley Park tuvo material suficiente para romper el código. Hace un par de semanas, el 13 de diciembre, Bletchley Park reventó por fin Tiburón y, una vez más, las comunicaciones internas de la Marina alemana fueron de nuevo un libro abierto para los aliados.

Lo primero que habían descubierto, como resultado, era que los alemanes habían roto completamente nuestros códigos mercantes, y que durante todo el año habían sabido exactamente dónde encontrar los convoyes.

Lawrence Pritchard Waterhouse había recibido toda esa información en los últimos días, vía los totalmente seguros cuadernos de uso único. Bletchley se lo cuenta porque plantea una pregunta de teoría de la información, que es su departamento y su problema. La pregunta es: ¿con qué rapidez podemos reemplazar los códigos mercantes reventados sin hacerle saber a los alemanes que hemos roto Tiburón?

Waterhouse no tiene que pensar demasiado para llegar a la conclusión de que la situación es demasiado importante para andarse con juegos. La única forma de resolverla es montar un incidente de algún tipo que explicase a los alemanes por qué hemos perdido toda nuestra fe en los códigos mercantes y por qué vamos a cambiarlos. Escribe un mensaje a tal efecto, y comienza a cifrarlo con el cuaderno de uso único que comparte con Chattan.

—¿Va todo bien?

Waterhouse se pone en pie y se gira de golpe, con el corazón desbocado.

Es Margaret, de pie tras el velo de su propio aliento, un abrigo de lana gris sobre el uniforme de sirvienta, sosteniendo una bandeja de té y bollos con manoplas también de lana gris. Las únicas partes de su anatomía que no están envueltas en lana son sus tobillos y la cara. Los primeros están

muy bien formados; Margaret lleva tacones altos sin problemas. La cara ha sido expuesta a los rayos directos del sol y recuerda a pétalos de rosa desparramados sobre crema cuajada de Devonshire.

—¡Oh! ¡Deje que lo coja! —suelta Waterhouse, y se lanza hacia delante con un movimiento espasmódico nacido de la pasión mezclada con la hipotermia. Al tomar la bandeja de sus manos, inadvertidamente tira de una de las manoplas, que caen al suelo—. ¡Lo siento! —dice, comprendiendo que jamás ha visto sus manos. Tiene esmalte rojo en las uñas de la mano ofendida, que se lleva a la boca y sobre la que sopla. Sus grandes ojos verdes le miran llenos de expectación plácida.

—Disculpe —dice Waterhouse.

—¿Va todo bien? —repite.

—¡Sí! ¿Por qué no iba a ir?

—La antena —dice Margaret—. Lleva más de una hora sin moverse.

Waterhouse está tan confundido que apenas puede mantenerse en pie.

Margaret sigue respirando a través de sus dedos lacados, por lo que Waterhouse sólo puede verle los ojos verdes, que ahora se mueven y destellan con malicia. Lanza una mirada a la hamaca.

—Dormido en el trabajo, ¿no?

El primer impulso de Waterhouse es negarlo y explicar la verdad, que es que estaba pensando en el sexo y la criptografía y se olvidó de mover la antena. Pero a continuación comprende que Margaret le ha ofrecido una excusa mejor.

—Culpable de los cargos —dice—. Anoche me quedé despierto hasta tarde.

—El té le mantendrá alerta —dice Margaret. A continuación vuelve a mirar a la hamaca. Vuelve a ponerse las manoplas—. ¿Qué tal es?

—¿Qué tal es qué?

—Dormir en una de esas cosas. ¿Es cómodo?

—Mucho.

—¿Puedo probar a ver qué tal es?

—Ah. Bueno, es muy difícil subirse… a esa altura.

—Usted lo consigue, ¿no? —le desafía. Waterhouse se siente enrojecer. Margaret se acerca a la hamaca y de un golpe se quita los tacones. Waterhouse hace un rictus al ver los pies desnudos sobre el suelo de piedra, que no ha estado tibio desde que los corsarios sarracenos

quemaron el castillo. Los dedos de los pies también están pintados de rojo —. No me importa —dice Margaret—, soy hija de un granjero. Venga, ¡ayúdeme!

Waterhouse ha perdido todo control que hubiese podido tener de la situación y de sí mismo. Siente la lengua como si estuviese formada por tejidos eréctiles. Así que se acerca, se agacha y forma un estribo con las manos. Ella planta el pie y se lanza a la hamaca, despareciendo con un gritito y una risita entre la gran masa de mantas de lana gris. La hamaca se agita de un lado a otros en el centro de la capilla, como un incensario dispensando un ligero aroma a lavanda. Se agita una vez, dos. Se agita cinco veces, diez veces, veinte. Margaret permanece en silencio e inmóvil. Waterhouse sigue como si tuviese los pies plantados en cemento. Por primera vez desde hace semanas no sabe exactamente qué va a suceder a continuación, y la pérdida de control le deja aturdido e indefenso.

—Es maravilloso —dice ella. Con voz de ensueño. Luego, al fin, se mueve. Waterhouse ve su carita mirándole por un borde, envuelta en la lana gris de una manta—. ¡Ooh! —grita, y vuelve a tenderse de espaldas. El movimiento súbito produce un balanceo excéntrico al movimiento rítmico de la hamaca.

—¿Qué pasa? —pregunta Waterhouse con desesperación.

—¡Tengo miedo de las alturas! —exclama—. Lo lamento, Lawrence, debí habértelo advertido. ¿Está bien si te llamo Lawrence? —Suena como si fuese a sentirse terriblemente herida si él dijese que no. ¿Y cómo podría Lawrence herir los sentimientos de una muchachita hermosa, descalza y acrofóbica, indefensa en una hamaca?

—Por favor. Claro —dice. Pero sabe perfectamente que la pelota sigue en su campo y le toca hablar—. ¿Puedo ser de ayuda?

—Te lo agradecería tanto —dice Margaret.

—¿Le parecería bien bajar apoyándose en mis hombros o algo así? —intenta Waterhouse.

—Realmente tengo demasiado miedo —responde ella.

Sólo queda una salida.

—Bien. ¿Le molestaría si subiese a ayudarla?

—¡Sería tan heroico por tu parte! —dice ella—. Me sentiría tan inexpresablemente agradecida.

—Bien, entonces…

—¡Pero insisto en que primero complete sus obligaciones!

—¿Perdone'?

—Lawrence —dice Margaret—, cuando baje de esta hamaca iré a la cocina a limpiar el suelo, que la verdad, ya está más que limpio. Tú, por otra parte, tienes un trabajo importante… ¡un trabajo que podría salvar la vida de cientos de hombres en algún convoy del Atlántico norte! Y sé que has sido muy malo durmiéndote en el trabajo. Me niego a permitirte que me ayudes hasta que te hayas corregido.

—Muy bien —dice Waterhouse—, no me deja alternativa. El deber es lo primero. —Cuadra los hombros, gira sobre los talones y marcha de vuelta al escritorio. Los eskerries ya han dado cuenta de los bollos de Margaret, pero se sirve algo de té. Luego sigue cifrando las instrucciones para Chattan: SÓLO LA FUERZA BRUTA SERÁ EFECTIVA PONGA LIBRO DE CÓDIGOS EN BARCO INSERTE BARCO EN MURMANSK CONVOY ESPERE A QUE NIEBLA CUBRA NORUEGA.

Le lleva un rato cifrarla con un cuaderno de uso único. Lawrence puede hacer aritmética mod 25 dormido, pero hacerla con una erección es un asunto completamente diferente.

—¿Lawrence? ¿Qué haces? —pregunta Margaret desde el nido de la hamaca, que, en la imaginación de Lawrence, cada minuto es más cálido y acogedor.

Mira furtivamente a sus zapatos de tacón alto.

—Preparando el informe —responde Lawrence—. No tiene demasiado sentido realizar observaciones si no las envío.

—Cierto —responde Margaret pensativa.

Es un momento excelente para aprovisionar la patética estufa de hierro de la capilla. Mete unas pocas paletas del precioso carbón, sus hojas de trabajo, y la página del cuaderno de uso único que acaba de emplear para realizar el cifrado.

—Esto debería dar un poco de calor —dice.

—Oh, maravilloso —dice Margaret—. Estoy temblando.

Lawrence lo reconoce como una indicación para que inicie una operación de rescate. Unos quince segundos después está en la hamaca junto a Margaret. Para gran sorpresa de ninguno de ellos dos, la hamaca es estrecha e incómoda. Se producen algunos movimientos que terminan con

Lawrence tendido de espaldas y Margaret encima, con sus muslos entre los suyos.

Ella se escandaliza al descubrir la erección. Aparentemente avergonzada al no haber anticipado sus necesidades.

—¡Pobrecito!—exclama—. ¡Claro! ¡Cómo he podido ser tan tonta! Debes haberte sentido muy solo aquí —le besa las mejillas, lo que está bien, porque él está demasiado aturdido para moverse—. Un valiente guerrero merece todo el apoyo que los civiles podamos darle —dice ella, moviendo una mano para abrirle la bragueta.

A continuación, se pone la lana gris sobre la cabeza y se hunde en busca de una nueva posición. Lawrence Pritchard Waterhouse queda aún más aturdido por lo que sucede a continuación. Mira el techo de la capilla con sus ojos entrecerrados y agradece a Dios por haberle enviado lo que evidentemente es una espía alemana y un ángel de misericordia, todo junto en un adorable envoltorio.

Cuando acaba, vuelve a abrir los ojos y respira profundamente el aire frío del Atlántico. Ve todo lo que le rodea con una claridad nueva. Está claro que Margaret va a hacer maravillas con su productividad en el frente criptológico… si consigue que ella continúe viniendo.

OceanofPDF.com

Páginas

Ha pasado mucho tiempo desde que los caballos corrían en las pistas de Ascot en Brisbane. El terreno es un amasijo color caqui. La hierba se ha muerto por falta de sol y por los pisotones de los soldados. El campo ha sido punteado por letrinas y se han montado tiendas comunes. En tres turnos diarios, los residentes caminan por la pista, alrededor de los establos silenciosos y vacíos. En la zona donde los caballos solían estirar las patas, han crecido dos docenas de cobertizos, como champiñones. Los hombres trabajan en esos barracones, sentados durante todo el día frente a radios, máquinas de escribir y archivadores, sin camisa bajo el calor de enero.

Hace mucho que las putas no toman el sol sobre el gran porche de la casa de la calle Henry, y los caballeros de paso, en su camino de ida o vuelta al hipódromo, observaban sus encantos entre las verjas blancas, se quedaban sin aliento, miraban la cartera, olvidaban sus escrúpulos, se daban la vuelta y subían la escalinata frontal de la casa. Ahora está llena de oficiales masculinos y monstruos matemáticos: la mayor parte australianos en la planta baja, la mayor parte americanos en la planta superior, y algunos británicos afortunados que fueron sacados de Singapur antes de que el general Yamashita, el Tigre de Mala ya y conquistador de la ciudad, pudiese capturarlos y sacarles datos cruciales.

Hoy el viejo burdel está patas arriba; todos los que tienen autorización Ultra están en el garaje que se estremece por el sonido de los ventiladores y virtualmente brilla por el calor contenido. En el garaje hay un arcón de metal oxidado, todavía con manchas de fango que ocultan parcialmente los caracteres nipones escritos a un lado. Si un espía nipón hubiese echado un vistazo al baúl durante su recorrido febril desde el puerto al garaje del

burdel, lo hubiese reconocido como perteneciente al pelotón de radio de la 20 División, que en estos momentos anda perdido en la selva de Nueva Guinea.

El rumor, gritado por encima del ruido de los ventiladores, es que un excavador —un soldado australiano— lo encontró. Su unidad peinaba el cuartel abandonado de la 20 División en busca de trampas cuando su detector de metales se volvió loco en la ribera del río.

Los libros de códigos están colocados en su interior como lingotes de oro. Están mojados y mohosos, y faltan todas las portadas, pero para los estándares de la guerra, están en perfecto estado. Desnudos hasta la cintura y sudando a mares, los hombres sacan los libros uno a uno, como enfermeras alzando a un recién nacido de la mini cuna, y los llevan hasta grandes mesas donde cortan las encuademaciones podridas y pelan una a una las páginas húmedas, colgándolas de líneas improvisadas. La fetidez y la humedad de Nueva Guinea saturan la atmósfera a medida que la brisa va haciendo ascender el agua de río atrapada en esas páginas; con el tiempo sale fuera y, a media milla de distancia en la dirección del viento, los peatones arrugan la nariz. Atacan los armarios del burdel —todavía con aroma a perfume francés, polvos, laca para el pelo y semen, pero ahora llenos hasta arriba de material de oficina— en busca de más cuerdas. La red de fibras aumenta, con capas nuevas cruzándose por encima y por debajo de las antiguas, cada pulgada de cuerda reclamada por alguna página húmeda en cuanto se estira. Cada página es una rejilla, una tabla con hiragana, katakana o kanji en uno de los recuadros, un grupo de dígitos o romanji en otro recuadro, y las páginas contienen referencias cruzadas a otras páginas siguiendo un esquema que sólo un criptógrafo disfrutaría.

Llega el fotógrafo, seguido de asistentes cargando con millas de película. Todo lo que sabe es que hay que fotografiar cada página a la perfección. El pestazo a malaria prácticamente lo deja inconsciente en cuanto atraviesa la puerta, pero al recuperarse examina el garaje con la mirada. Todo lo que puede ver, hasta el mismo infinito, son páginas chorreando y rizándose, volviéndose blancas al secarse, destacando claramente sus rejillas de información, como las retículas de otras tantas miras, las mirillas de otros tantos periscopios, atravesando nubes y niebla para enfocarse con claridad en el abdomen de un buque nipón preñado de combustible del norte de Borneo, resoplando de ardiente vapor.

OceanofPDF.com

Cubrir

—¡Señor! ¡Le importaría decirme a dónde vamos, señor! —El teniente Monkberg suelta un jadeo profundo y tembloroso, haciendo que su caja torácica se estremezca como un cobertizo de hojalata en medio de un ciclón. Se incorpora sin demasiada elegancia. Tiene las manos plantadas en el borde y, por tanto, la acción libera su cabeza de la taza del inodoro… o «cabecilla» como se llama en ese contexto: un carguero que corre a velocidad alarmante. Rompe una tira de europapel abrasivo y se limpia la cara antes de mirar al sargento Robert Shaftoe, que se agarra a la escotilla.

Y la verdad es que Shaftoe necesita apoyo, porque está cargando casi con su peso en material. Todo se le entregó cuidadosamente empaquetado.

Podía haberlo dejado así. Pero no es así como actúa un explorador. Bobby Shaftoe se había dedicado a desempaquetarlo todo, esparcirlo por el suelo, examinarlo y empaquetarlo de nuevo.

Eso le permitió sacar algunas conclusiones. Para ser específicos, ha llegado a la conclusión de que se espera que los hombres del Destacamento 2702 pasen las próximas tres semanas intentando no morir congelados. Situación que quedará interrumpida por diversos intentos de matar a un montón de hijos de puta bien armados. Muy probablemente alemanes.

—N-N—N-Noruega —dice el teniente Monkberg, que tiene un aspecto tan patético que Shaftoe considera la posibilidad de ofrecerle algo de m-m—m-morfma, que provoca una ligera náusea por sí misma, pero que refrena la náusea aún mayor del mareo. Luego recupera el sentido y recuerda que el teniente Monkberg es un oficial cuyo deber consiste en enviarle a morir, y decide que se vaya a tomar por culo.

—¡Señor! ¿Cuál es la naturaleza de la misión en Noruega, señor?

Monkberg descarga un sonoro eructo.

—Embestir y correr —dice.

—¡Señor! ¿Embestir qué, señor?

—Noruega.

—¡Señor! ¿Correr a dónde, señor?

—Suecia.

A Shaftoe le gusta como suena. El peligroso viaje por aguas infectadas de submarinos alemanes, la colisión con Noruega, la carrera desesperada por un territorio congelado y ocupado por alemanes… todo parece trivial en comparación con el reluciente fin de hundirse en la mayor y más pura reserva mundial de auténtico sexo sueco.

—¡Shaftoe! ¡Despierte!

—¡Señor! ¡Sí, señor!

—Ya ha notado cómo vamos vestidos. —Monkberg se refiere al hecho de que se han desecho de las chapas de identificación y llevan todos ropas civiles o de la marina mercante.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

—No queremos que los hunos, o cualquiera otros, sepan quiénes somos en realidad.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

—Ahora bien, podría preguntarse por qué cono, si se supone que debemos parecer civiles, vamos cargados de subfusiles, granadas, cargas de demolición, etcétera.

—¡Señor! ¡Esa iba a ser mi siguiente pregunta, señor!

—Bien, tenemos una historia falsa para explicar ese detalle. Venga conmigo.

De pronto Monkberg parece entusiasmado. Se pone en pie y lleva a Shaftoe por entre varios pasillos y escaleras en dirección a la bodega del carguero.

—¿Sabe lo de los otros barcos?

Shaftoe se mantiene inexpresivo.

—¿Los otros barcos que nos rodean? Ya sabe que estamos en medio de un convoy.

—¡Señor! ¡Sí, señor! —dice Shaftoe, con algo menos de certidumbre. Ninguno de los hombres ha subido demasiado a cubierta en las horas que

han pasado desde que les descargaron, por medio de un submarino, en esta chatarra bamboleante. Incluso si hubiesen subido a mirar, no habrían visto más que oscuridad y niebla.

—Un convoy a Murmansk —sigue diciendo Monkberg—. Todos esos barcos van a entregar armas y suministros a la Unión Soviética. ¿Comprende?

Han llegado a una bodega. Monkberg enciende una lámpara colgando, que revela… cajas. Muchas, muchas, muchas cajas.

—Llenas de armas —dice Monkberg—, incluyendo subfusiles, granadas, cargas de demolición, etcétera. ¿Me sigue?

—¡Señor, no señor! ¡No sigo al teniente!

Monkberg se le acerca más. Hasta estar inquietantemente cerca. Ahora habla empleando un tono conspiratorio.

—Ahora somos todos la tripulación de este barco mercante, en dirección a Murmansk. Hay niebla. Nos separamos de nuestro convoy. ¡Luego, bum! Chocamos con la jodida Noruega. Estamos atrapados en territorio controlado por los nazis. ¡Debemos llegar a Suecia! Pero un momento, nos decimos. ¿Qué ocurre con todos esos alemanes que están entre nuestra posición y la frontera sueca? Bien, mejor será armarse hasta los dientes. ¿Y quién está en mejor posición de armarse que la tripulación de un barco mercante que está repleto de armamento? Así que bajamos a la bodega y nos apresuramos a abrir algunas cajas para armarnos.

Shaftoe mira las cajas. Ninguna está abierta.

—Luego —sigue diciendo Monkberg—, abandonamos la nave y nos dirigimos a Suecia.

Se produce un largo silencio. Shaftoe se despierta para decir:

—¡Señor! ¡Sí, señor!

—Así que empiece a abrirlas.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

—¡Y que parezca precipitado! ¡Rápido! ¡Vamos! ¡Mueva las piernas!

—¡Señor! ¡Sí, señor!

Shaftoe intenta meterse en el espíritu de la misión. ¿Qué va a usar para abrir una caja? No hay palancas a la vista. Sale de la bodega y recorre un pasillo. Monkberg lo sigue de cerca, revoloteando, impulsándole a ir más rápido.

—¡Tiene prisa! ¡Los nazis se acercan! ¡Debe armarse! ¡Piense en su esposa y niños allá en Glasgow, Lubbock o de donde demonios sea!

—¡Oconomowoc, Wisconsin, señor! —dice Shaftoe indignado.

—¡No, no! ¡No en la vida real! ¡Es su papel como este hijo de puta de la marina mercante que ha quedado varado! ¡Mire, Shaftoe! ¡La salvación a mano!

Shaftoe se da la vuelta para ver a Monkberg señalando un anuario que dice FUEGO.

Shaftoe abre la puerta y encuentra, entre otros utensilios, una de esas hachas gigantes que los bomberos siempre llevan cuando entran en estructuras ardiendo.

Treinta segundos más tarde, vuelve a estar en la bodega, dándole como si fuese Paul Bunyan a una caja de munición del calibre 45.

—¡Más rápido! ¡Más improvisado! —grita Monkberg—. ¡No se trata de una operación precisa, Shaftoe! ¡Está aterrorizado! —Luego dice—: ¡Maldición! —Corre y le quita el hacha de Shaftoe de las manos.

Monkberg la agita con furia, fallando por completo mientras intenta ajustarse al tremendo peso y longitud del instrumento. Shaftoe se echa a tierra en busca de seguridad. Monkberg al fin consigue coordinar el alcance y el azimut y hace contacto con la caja. Las astillas saltan por todas partes.

—¡Ve! —dice Monkberg, mirando a Shaftoe por encima del hombro —. ¡Quiero astillas! ¡Quiero caos! —Agita el hacha mientras habla y mira a Shaftoe, y también mueve los pies porque el barco se bambolea, y en consecuencia la hoja falla por completo, se pasa y acaba justo en el tobillo de Monkberg.

—¡Caramba! —dice el teniente Monkberg, con tono tranquilo de conversación. Se mira el tobillo fascinado. Shaftoe se acerca a ver qué es tan interesante.

Un buen trozo de la parte baja de la pierna de Monkberg ha quedado bien cortado. Bajo la luz de la linterna es posible ver varios vasos sanguíneos cortados y ligamentos sobresaliendo en lados opuestos de la herida, como puentes saboteados y tuberías colgando a ambos lado de una garganta.

—¡Señor! ¡Está herido, señor! —dice Shaftoe—. ¡Déjeme ir en busca del teniente Root!

—¡No! ¡Quédese aquí a trabajar! —dice Monkberg—. Yo mismo puedo buscar a Root —baja ambas manos y aprieta la herida, haciendo que caiga sangre a borbotones al suelo—. ¡Es perfecto! —dice meditabundo—. Añade mucho realismo.

Después de repetir varias veces la orden, Shaftoe vuelve renuente a abrir cajas. Monkberg se pone en pie como puede y recorre la bodega durante varios minutos, sangrando sobre todo, luego se arrastra en busca de Enoch Root. Lo último que dice es:

—¡Recuerde! ¡Queremos que parezca un saqueo!

Pero lo de la herida en la pierna hace que Shaftoe comprenda mejor la idea que las palabras de Monkberg. La visión de la sangre le trae recuerdos de Guadalcanal y de aventuras más recientes. Su última dosis de morfina está perdiendo efecto, lo que le hace sentirse más atento. Y está empezando a sentirse muy mareado, lo que le hace desear luchar contra el mareo haciendo algún trabajo duro.

Así que más o menos se vuelve loco con el hacha. Pierde el sentido de lo que sucede.

Desea que el Destacamento 2702 se hubiese quedado en tierra seca… preferiblemente una tierra seca y cálida como aquel lugar en el que permanecieron, durante dos soleadas semanas, en Italia.

La primera parte de la misión había sido dura, con eso de cargar con barriles de mierda. Pero el resto (excepto las últimas horas) habían sido igual que un permiso, excepto que no había mujeres. Cada día se turnaban en el puesto de observación, observando la bahía de Nápoles con binoculares y prismáticos. Todas las noches, el cabo Benjamín se sentaba y enviaba más galimatías en código Morse.

Una noche, Benjamín recibió un mensaje que le llevó un buen rato descifrar. Anunció la noticia a Shaftoe:

—Los alemanes saben que estamos aquí.

—¿Qué quiere decir con que saben que estamos aquí?

—Saben que durante al menos seis meses hemos tenido un puesto de observación mirando a la bahía de Nápoles —dice Benjamín.

—Llevamos aquí menos de dos semanas.

—Mañana van a empezar a buscar en esta zona.

—Bien, entonces salgamos de aquí cagando leches —dijo Shaftoe.

—El coronel Chattan le ordena que espere —dijo Benjamín—, hasta que sepa que los alemanes saben que estamos aquí.

—Pero ya sé que los alemanes saben que estamos aquí-dice Shaftoe —, me lo acaba de decir.

—No, no no no —responde Benjamín—, espere hasta el momento en que sabría que los alemanes lo saben incluso aunque el coronel Chattan no se lo hubiese comunicado por radio.

—¿Te estás quedando conmigo?

—Son órdenes —dijo Benjamín, y le pasa a Shaftoe el mensaje descifrado como prueba.

Tan pronto como salió el sol pudieron oír a los aviones de observación cruzando el cielo. Shaftoe estaba listo para ejecutar el plan de huida, y se aseguró de que los hombres también lo estuvieran. Envió a algunos de los individuos del SAS a reconocer los puntos de obstrucción en la ruta de salida. Shaftoe en persona se limitó a tenderse de espaldas y mirar el cielo, observando los aviones.

¿Ya sabía que los alemanes lo sabían?

Desde que se había despertado, tin par de individuos del SAS habían estado siguiéndole a todas partes, observándole con atención. Por fin Shaftoe les devolvió la mirada y asintió. Salieron corriendo. Un momento más tarde oyó las llaves inglesas golpeando el interior de las cajas de herramientas.

Los alemanes tenían aviones de observación por todo el puto cielo. Se trataba de una prueba circunstancial bastante fuerte de que los alemanes lo sabían. Y Shaftoe veía los aviones con bastante claridad, por lo que se podía defender que él sabía que lo sabían. Pero el coronel Chattan le había ordenado quedarse «hasta que los alemanes les observasen con segundad», lo que significase eso.

Uno de los aviones, en particular, se acercaba cada vez más. Buscaba muy cerca del suelo, cortando pequeñas franjas en cada ocasión. Esperando a que pasase sobre su posición, Shaftoe quería gritar. Era demasiado estúpido para ser real. Quería lanzar una bengala y acabar de una vez.

Finalmente, a media tarde, Shaftoe, tendido de espaldas a la sombra de un árbol, miró directamente al aire y contó los remaches en el vientre de ese avión alemán: un Henschel Hs 126 [15] con una única ala en forma de flecha montada sobre el fuselaje, para no bloquear la visión hacia el

terreno, y con escalerillas, riostras y el enorme y tosco dispositivo de aterrizaje desplegado sobresaliendo por todas partes. Un alemán encerrado en la caja de vidrio pilotando el avión, otro en la parte abierta, mirando a través de las gafas y jugueteando con una ametralladora montada sobre una articulación. Ese vio a Shaftoe, tocó al otro piloto en el hombro y señaló hacia abajo.

El Henschel alteró la búsqueda, virando para sobrevolar la posición.

—Ya está —se dijo Shaftoe. Se levantó y se puso en marcha en dirección al desvencijado granero—. ¡Ya está! —gritó—. ¡Ejecutar!

Los individuos del SAS estaban en la parte de atrás del camión, bajo la lona, trabajando con las llaves. Shaftoe los miró y vio partes relucientes de la Vickers esparcidas sobre la tela blanca limpia. ¿De dónde coño habían sacado esos tipos tela blanca y limpia? Probablemente la habían estado guardando durante días. ¿Por qué no habían podido poner en marcha la Vickers antes? Porque tenían órdenes de montarla con rapidez, estrictamente en el último minuto.

El cabo Benjamín vaciló, con la mano apoyada sobre el interruptor de la radio.

—Sargento, ¿está completamente seguro de que saben que estamos aquí?

Todos se volvieron para ver cómo Shaftoe respondería a ese ligero desafío. Lentamente se había estado ganando la reputación de hombre al que era preciso vigilar.

Shaftoe se volvió, salió al medio del claro, unas yardas. Tras él podía oír como el resto de los hombres del Destacamento 2702 se posicionaban en la entrada, intentado verle con claridad.

El Henschel regresaba para otra pasada, ahora tan cerca del suelo que bien podría atravesarle el vidrio con una piedra.

Shaftoe sacó el subfusil, le dio al obturador, lo sujetó bien, lo movió de un lado a otro y abrió fuego.

Bien, algunos podrían quejarse de que el arma carecía de poder de penetración, pero estaba completamente seguro de que pudo ver cómo salían volando trozos del motor del Henschel. El Henschel perdió el control casi de inmediato. Se inclinó hasta tener las alas casi verticales, cambió de dirección, se inclinó más hasta quedarse boca abajo, perdió la poca altitud

que tenía y aterrizó como un pastel boca abajo sobre los olivos a un centenar de yardas. No ardió de inmediato: qué chasco.

Los otros hombres guardaban un silencio perfecto. El único sonido eran los bip bip del cabo Benjamín, ahora que su pregunta ya había recibido respuesta, enviando el mensaje. Por una vez, Shaftoe podía comprender el código Morse… iba sin cifrar:

«HEMOS SIDO DESCUBIERTOS STOP EJECUTAMOS PLANTORUS».

Como su primera contribución al Plan Torus, los otros hombres subieron al camión, que salió del escondrijo en el granero y se acercó a los árboles. Cuando Benjamín hubo terminado, abandonó la radio y se unió a ellos.

Como su primera tarea en el Plan Torus, Shaftoe recorrió las instalaciones en una perfecta trayectoria zigzagueante que imitaba a los aviones de reconocimiento. Llevaba una lata de gasolina del revés y sin tapa.

Dejó la lata con un tercio de su contenido, de pie en medio del granero. Le quitó el seguro a una granada, la tiró sobre la gasolina y salió corriendo del edificio. El camión ya se alejaba cuando llegó hasta él y se lanzó a los brazos ansiosos de su unidad, que tiraron de él para subirlo. Se acomodó en la parte de atrás" justo a tiempo para ver cómo el edificio se convertía en una satisfactoria bola de fuego.

—Vale —le dijo a los hombres—. Tenemos varias horas que matar.

Todos los hombres del camión, menos los individuos del SAS que estaban trabajando en la Vickers, se miraron unos a otros con cara de «¿realmente ha dicho eso?».

—Eh, sargento —dijo al fin uno de ellos—, ¿podría explicarnos la parte de matar el tiempo?

—Los aviones tardarán en llegar. Ordenes.

—Hubo un problema o…

—No. Todo va perfectamente. Ordenes.

Los hombres no deseaban quejarse más, pero se intercambiaron muchas otras miradas.

—Os estaréis preguntando por qué no podíamos matar el tiempo durante algunas horas primero, antes de alertar a los alemanes de nuestra presencia, y encontrarnos con el avión justo en el último momento.

—¡Sí! —dijeron un montón de tipos e individuos, asintiendo vigorosamente.

—Es una buena pregunta —dijo Enoch Root. Lo dijo como si ya conociese la respuesta, lo que hizo que los demás deseasen darle un puñetazo.

Los alemanes habían desplegado tropas de tierra para asegurar los cruces de carretera de la zona. Cuando el Destacamento 2702 llegó al primer cruce, todos los alemanes estaban muertos, y todo lo que tuvieron que hacer fue reducir un poco la velocidad para que algunos marine raiders pudiesen salir de sus escondrijos y subir al camión.

Los alemanes del segundo cruce no tenían ni idea de lo que pasaba. Era evidentemente el resultado de alguna confusión interna de la Wehrmacht, claramente reconocible como tal incluso por encima de las barreras lingüísticas y culturales. El Destacamento 2702 pudo, simplemente, limitarse a abrir fuego por debajo de la lona y hacerlos pedazos, o al menos hacer que se escondiesen.

Los siguientes alemanes no estaban dispuestos a que los pillasen de esa forma; habían bloqueado el paso con un camión y dos coches, y se encontraban al otro lado, apuntándolas. Sus armas parecían ser pequeñas. Pero para entonces ya habían conseguido montar la Vickers, calibrarla, ajustaría, inspeccionarla y cargarla. La lona se abrió. El soldado Mikulski, un hombre polaco-británico miembro del SAS, hosco, pensativo y de doscientas cincuentas libras de peso, comenzó a operar con la Vickers aproximadamente justo cuando los alemanes lo hacían con sus rifles.

Cuando Bobby Shaftoe pasó por el instituto, le habían colocado un currículo vocacional y había acabado dando muchas clases de taller. Por tanto, parte de su tiempo estaba dedicado, naturalmente, a aserrar grandes piezas de madera o metal en piezas más pequeñas. Para ese propósito, había muchas sierras disponibles en el taller, algunas mejores que las otras. Un trabajo de aserrar que sería ridículamente duro y llevaría mucho tiempo con una sierra manual se podía realizar fácilmente con una sierra mecánica. De igual forma, ciertos cortes y materiales harían que las sierras mecánicas más pequeñas se recalentasen o se paralizasen por completo y por tanto exigían una sierra aún mayor. Pero incluso con la sierra más grande y

potente del taller, Bobby Shaftoe siempre tuvo la sensación de que estaba forzando de alguna forma la máquina. La velocidad disminuía cuando la hoja entraba en contacto con el material, vibraba, se calentaba, y si empujabas con demasiada fuerza sobre el material, amenazaba con bloquearse. Pero un verano trabajó en un aserradero donde tenían una sierra de cinta. La sierra de cinta, el suministro de hojas, las piezas de repuesto, los suministros de mantenimiento, las herramientas especiales y los manuales ocupaban toda una habitación. Era la única herramienta que había visto con infraestructura. Tenía el tamaño de un coche. Las dos ruedas que movían la hoja eran gigantescas monstruosidades de ocho radios que parecían ser restos de una locomotora. Las hojas habían sido fabricadas empleando largos rollos de material para hojas, desenrollando como media milla de cinta con dientes, cortándolo, y soldando con cuidado los dos extremos para formar un bucle. Cuando le dabas al interruptor, no sucedía nada durante un rato excepto una vibración subsónica que surgía lentamente de la tierra, como si un tren de carga se estuviese acercando desde muy lejos, y finalmente la hoja comenzaba a moverse, ganando velocidad lenta pero inexorablemente hasta que los dientes desaparecían y se convertían en un rayo de pura energía extendido tenso entre la mesa y la máquina. Las anécdotas sobre accidentes relacionados con las sierras de cinta se contaban entre susurros y normalmente sin relacionarlas con otras anécdotas sobre accidentes industriales. En cualquier caso, lo más destacable de la sierra de cinta es que podías usarla para cortar cualquier cosa y no sólo lo haría con rapidez y calma, sino que aparentemente no notaría que estuviese haciendo nada. Ni siquiera parecería consciente de que un ser humano estaba deslizando un enorme trozo de material contra ella. Nunca perdía velocidad. Nunca se calentaba.

En la experiencia pos instituto de Shaftoe, había descubierto que las armas de fuego tenían mucho en común con las sierras. Disparaban balas, cierto, pero tenían retroceso y se calentaban, se ensuciaban y con el tiempo se atascaban. En otras palabras, podían disparar balas pero para ellas era una agonía, les producía cierto estrés y no lo podían soportar para siempre. Pero la Vickers de la parte posterior del camión era a las otras armas como la sierra de cinta era a otras sierras. La Vickers se enfriaba por agua. Tenía un puto radiador. Tenía infraestructura, al igual que la sierra de cinta, y exigía todo un equipo de hombres para atenderla. Pero una vez que estaba montada y en funcionamiento, podía disparar continuamente durante días

siempre que la mantuviesen provista de munición. Después de que el soldado Mikulski abriese fuego con la Vickers, algunos de los otros miembros del Destacamento 2702, deseosos de entrar en acción y hacer su parte, dispararon a los alemanes con los rifles, pero hacerlo resultó tan ridículo y patético que pronto lo dejaron, se refugiaron en la cuneta, encendieron cigarrillos, y se dedicaron a contemplar el lento recorrido del chorro de balas de la Vickers por el bloqueo. Mikulski se dedicó a los vehículos alemanes durante un rato, moviendo la Vickers de un lado a otro como un hombre usando un extintor contra la base de un fuego. Luego se centró en determinadas zonas del bloqueo donde sospechaba que había gente escondida y se concentró en ellas durante un rato, abriendo túneles por entre los restos de vehículos hasta que pudo ver lo que había al otro lado, cortando los bastidores y partiéndolos por la mitad. Aserró como media docena de árboles tras los que sospechaba que había alemanes escondidos, y luego cortó como medio acre de hierba.

Para entonces se había hecho evidente que algunos alemanes habían retrocedido hasta un ligero promontorio de tierra justo a un lado de la carretera y que disparaban desde allí, así que Mikulski levantó el cañón al aire en un ángulo inclinado y disparó un chorro de balas al cielo de forma que las balas cayesen como fuego de mortero al otro lado de la elevación. Le llevó un rato conseguir ajustar el ángulo, pero a continuación distribuyó pacientemente las balas por todo el campo, como un hombre que regase el césped. Uno de los individuos del SAS hizo algunos cálculos sobre la rodilla, para ver durante cuánto tiempo debería Mikulski seguir haciéndolo para asegurarse de que las balas quedasen distribuidas sobre el terreno en cuestión con la densidad correcta… digamos, una por pie cuadrado. Cuando el territorio quedó adecuadamente sembrado con plomo, Mikulski volvió a centrarse en el bloqueo y se aseguró de que el camión colocado sobre el pavimento estaba en piezas lo suficientemente pequeñas para ser retiradas a mano.

Y luego, por fin, dejó de disparar. Shaftoe se sintió como si debiese anotarlo en un cuaderno de bitácora, como lo hacen los capitanes cuando meten un buque de guerra en puerto. Al pasar junto a los res tos, redujeron la velocidad durante un momento para mirar. El quebradizo hierro gris de los bloques de motor alemanes se había hecho añicos como el vidrio y podías mirar en el interior de los motores bien cortados y ver los

relucientes pistones y cigüeñales expuestos al sol, sangrando aceite y refrigerante.

Pasaron junto a lo que quedaba del bloqueo y se dirigieron hacia una zona del interior escasamente poblada que resultaba un magnífico territorio de bombardeo para la Luftwaffe. Los dos primeros aviones de combate que se acercaron quedaron convertidos en chatarra en el aire cortesía de Mikulski y la Vickers. El siguiente par se las arregló para destruir el camión, el arma y al soldado Mikulski de una pasada. No hubo más heridos; estaban todos en una zanja, mirando cómo Mikulski, sentado plácidamente tras los controles del arma, jugaba a la gallinita con dos Messerschmidts y al final perdía.

Para entonces ya oscurecía. El destacamento empezó a avanzar campo a través, cargando con los restos de Mikulski en una camilla. Se encontraron con una patrulla alemana y lucharon con ella; dos de los hombres SAS resultaron heridos, y tuvieron que cargar con uno durante el resto del camino. Finalmente llegaron al punto de encuentro, un campo de trigo en el que tendieron bengalas de suelo para dibujar una pista de aterrizaje para un DC—3 del ejército norteamericano, que ejecutó un diestro aterrizaje, los subió a todos y los llevó hasta Malta sin mayor incidente.

Y allí fue donde conocieron al teniente Monkberg.

Tan pronto como le hubieron informado, se encontraron en otro submarino, con destino desconocido o al menos sin especificar. Pero cuando cambiaron el equipo para clima cálido por diez libras de suéteres de lana impermeabilizada, empezaron arpillar la idea. Unos pocos y claustrofóbicos días más tarde, fueron transferidos a un carguero.

La nave en sí es un montón tan patético que se habían estado divirtiendo sustituyendo la palabra «mierda» por «barco» [16] en diversas expresiones náuticas, por ejemplo: ¡Hagamos que esto parezca una mierda! ¿A dónde coño cree que nos lleva el capitán del mierda? Y demás.

Ahora, en la bodega del mierda, un desapasionado Bobby Shaftoe hace lo posible por crear un efecto de saqueo. Esparce rifles y subfusiles por el suelo. Abre cajas de munición de 45 y la lanza por todas partes. También encuentra esquís; necesitarán esquís, ¿no? Planta minas por aquí y por allá, más que nada para asustar a cualquier alemán que venga a investigar el naufragio. Abre cajas de granadas. No parecen muy saqueadas allí bien ordenadas, así que las saca a docenas, las lleva a cubierta y las

arroja por la borda. También lanza algunos esquís, que quizá lleguen a la costa donde contribuirán al efecto general de caos que es tan importante para el teniente Monkberg.

Está de camino por cubierta, cargando con un montón de esquís, cuando ve algo entre la niebla. Se estremece, claro. Muchos bombardeos han enseñado a Bobby Shaftoe a estremecerse. Se estremece tanto que deja caer los esquís sobre la cubierta y está muy cerca de arrojarse junto a ellos. Pero se mantiene firme el tiempo justo para fijar la vista en la cosa entre la niebla. Está directamente frente a ellos, y algo más alto que el puente del carguero, y (al contrario que unos Zeros o Messerschmidts al ataque) no se mueve rápido… simplemente cuelga. Como una nube en el cielo. Como si la niebla se hubiese condensado en una masa densa, como el puré de patata de su madre. Mientras lo observa, se vuelve más y más brillante, y los bordes están cada vez más definidos, y empieza a ver más cosas a su alrededor.

Lo demás es verde.

¡Eh, un minuto! Está mirando a una montaña verde con un campo nevado en medio.

—¡Al suelo! —grita, y se lanza a cubierta.

Espera sorprenderse con la colisión gradual y lenta con la corteza terrestre. Tiene en mente la situación en la que chocas con una motora contra una playa de arena, apagas el motor y lo sacas del agua en el último minuto, y te desplazas lentamente sobre la arena.

Resulta ser una analogía muy pobre para lo que pasa a continuación. El carguero va mucho más rápido que el bote pesquero habitual. Y en lugar de deslizarse por la playa, sufren una colisión casi directa con una pared vertical de granito. Se produce un ruido impresionante, la proa del buque se inclina hacia arriba y de pronto, Bobby Shaftoe se encuentra deslizándose sobre el vientre a gran velocidad sobre la cubierta helada.

Durante un momento siente terror, temiendo caerse de la cubierta al agua, pero consigue dirigirse hacia la cadena de un ancla, que resulta ser un freno efectivo. Debajo, puede oír aproximadamente otros diez mil objetos, grandes y pequeños, chocando con obstáculos.

Lo siguiente es un breve y casi sosegado silencio casi total. Luego se produce un grito por parte de la terriblemente escasa tripulación del carguero:

—¡ABANDONEN EL MIERDA! ¡ABANDONEN EL MIERDA!

Los hombres del Destacamento 2702 se dirigen a los botes salvavidas. Shaftoe sabe que pueden ocuparse de sí mismos, así que se dirige al puente, buscando a los bichos raros que siempre encuentran la forma de hacer que las cosas sean interesantes: los tenientes Root y Monkberg, y el cabo Benjamín.

Al primero que ve es al patrón del carguero, sirviéndose una copa y con el aspecto de un tío que acaba de sangrar hasta morir. El pobre lleva toda la vida en la Marina y fue separado de su unidad habitual simplemente con el propósito de hacer lo que acaba de hacer. Está claro que no le sienta muy bien.

—¡Buen trabajo, señor! —dice Shaftoe, sin saber qué más decir. Luego sigue el sonido de una discusión hasta la cabina de señales.

Los personajes son el cabo Benjamín, sosteniendo un gran Libro, en una pose que recuerda a un predicador exasperado familiarizando sarcásticamente a sus feligreses revoltosos con la imagen de la Biblia; el teniente Monkberg, semireclinado en una silla, con su Miembro dañado apoyado en una mesa; y el teniente Root, cosiendo el mismo.

—Es mi deber… —dice Benjamín.

Monkberg lo interrumpe.

—¡Cabo, es su deber cumplir mis órdenes!

Los suministros médicos de Root están esparcidos sobre el suelo por la colisión. Shaftoe comienza a recogerlos y ordenarlos, fijándose especialmente en cualquier botellita que pueda haberse perdido.

Benjamín está muy alterado. Está claro que no consigue llegar hasta Monkberg, así que abre el pesado Libro al azar y lo sostiene sobre la cabeza. Contiene línea tras línea, columna tras columna de letras aleatorias.

—Esto —dice Benjamín—, es el CÓDIGO ALIADO DE LA MARINA MERCANTE! ¡Un ejemplar de ESTE LIBRO se encuentra en TODOS LOS BUQUES DE TODOS LOS CONVOYES del Atlántico Norte! ¡Esos barcos lo usan para COMUNICAR SU POSICIÓN! ¿COMPRENDE lo que SUCEDERÁ si ESTE LIBRO cae en manos de LOS ALEMANES?

—Le he dado una orden —dice el teniente Monkberg.

Siguen así durante un par de minutos mientras Shaftoe busca restos médicos. Finalmente, ve lo que está buscando: ha caído bajo un armario y

parece estar milagrosamente entero.

—¡Sargento Shaftoe! —dice Root perentorio. Es lo más cerca que ha estado nunca de sonar como un oficial militar. Shaftoe se pone firme por reflejo.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

—La dosis de morfina del teniente Monkberg pasará pronto. Necesito que localice mi botella de morfina y me la traiga inmediatamente.

—¡Señor! ¡Sí, señor! —Shaftoe es un marine, lo que significa que es muy bueno siguiendo órdenes incluso cuando su cuerpo le dice que no lo haga. Aun así, sus dedos no quieren soltar la botella, y Root casi tiene que arrancársela.

Benjamín y Monkberg, enzarzados en su disputa, ignoran ese pequeño intercambio.

—Teniente Root —dice Benjamín, con una voz que es ahora aguda y temblorosa.

—Sí, cabo —dice Root como si no fuese con él.

—¡Tengo razones para creer que el teniente Monkberg es un espía alemán y debería ser apartado del mando y puesto bajo arresto!

—¡Hijo de puta! —grita Monkberg. Y bien que puede, porque Benjamín acaba de acusarle de traición, por lo que podría enfrentarse a un pelotón de ejecución. Pero Root tiene la pierna de Monkberg bien sujeta sobre la mesa y no puede moverse.

Root parece completamente sereno. Parece dar la bienvenida a esa acusación tan increíblemente seria. Es una oportunidad de hablar de algo con más sustancia que, por ejemplo, encontrar formas de sustituir la palabra «mierda» por «barco» en las expresiones náuticas.

—¡Le veré en una corte marcial por esto, cabrón! —aúlla Monkberg.

—Cabo Benjamín, ¿qué razones tiene para esa acusación? —dice Enoch Root con voz de nana.

—¡El teniente se ha negado a permitirme destruir los libros de códigos, cosa que he jurado hacer! —grita Benjamín. Ha perdido los nervios por completo.

—¡Tengo órdenes específicas y claras del coronel Chattan! —dice Monkberg, dirigiéndose a Root. Shaftoe se asombra. Monkberg parece reconocer la autoridad de Root en la cuestión. O quizás esté asustado y

busca un aliado. Los oficiales conjurándose frente a los soldados. Como siempre.

—¿Tiene una copia impresa de esas órdenes que pueda examinar? —pregunta Root.

—No creo que sea apropiado que tengamos esta discusión ahora y aquí —dice Monkberg, todavía a la defensiva.

—¿Cómo sugiere que manejemos este asunto? —dice Root, pasando un poco de seda por la carne de Monkberg—. Estamos en tierra. Los alemanes llegarán pronto. O dejamos los libros de códigos o no. Tenemos que decidirlo ahora.

Monkberg se relaja sobre la silla y se queda pasivo.

—¿Puede mostrarme órdenes por escrito? —pregunta Root.

—No. Se me dieron verbalmente —dice Monkberg.

—¿Y esas órdenes mencionaban específicamente los libros de código? —pregunta Root.

—Así es —dice Monkberg, como si fuese un testigo en el estrado.

—¿Y esas órdenes manifestaban que se debía permitir que los libros de códigos cayesen en manos de los alemanes?

—Así fue.

Se produce un silencio durante un momento mientras Root ata una sutura y comienza con otra. Luego dice:

—Un escéptico, como el cabo Benjamín, podría pensar que todo eso de los libros de código es invención suya.

—Si falsificase mis propias órdenes —dice Monkberg—, podrían fusilarme.

—Sólo si usted, y algunos testigos de los hechos, regresan a territorio amigo, y comparan notas con el coronel Chattan —dice Enoch Root, con tranquilidad y paciencia.

—¿Qué coño pasa? —dice uno de los individuos del SAS, entrando por una escotilla de abajo y subiendo por la escalerilla—. ¡Estamos esperando en los putos botes! —Entra en la habitación, con el rostro rojo por el frío y la ansiedad, y mira a su alrededor.

—Jódase —dice Shaftoe.

El individuo del SAS se detiene.

—¡Vale, sargento!

—Baje y dígale al resto de los hombres que se jodan también —dice Shaftoe.

—¡Muy bien, sargento! —dice el hombre del SAS y desaparece.

—Como atestiguan todos esos hombres ansiosos en los botes —sigue diciendo Enoch Root—, la probabilidad de que usted y varios testigos regresen a territorio amigo se reduce por minutos. Y el hecho de que usted acabe de sufrir una terrible herida en la pierna por su propia mano, no hace sino unos minutos, complica tremendamente nuestra huida. O nos capturan juntos, o usted se ofrecerá voluntario para que le dejemos atrás y que le capturen. En cualquier caso, se salva, asumiendo que sea un espía alemán, del consejo de guerra y el pelotón de fusilamiento.

Monkberg no puede dar crédito a sus oídos.

—¡Pero… pero fue un accidente, teniente Root! Me di en la pierna con una puta hacha… ¿cree que lo hice deliberadamente?

—Es difícil para nosotros saberlo —dice Root lamentándolo.

—¿Por qué no nos limitamos a destruir los libros de códigos? Es lo más seguro —dice Benjamín—. Me limitaría a cumplir mis órdenes… no hay nada malo en ello. Nada de consejos de guerra.

—¡Pero eso arruinaría la misión! —dice Monkberg.

Root lo medita un momento.

—¿Ha muerto alguna vez alguien —dice— porque el enemigo robase uno de nuestros códigos secretos y leyese nuestros mensajes?

—Con segundad —dice Shaftoe.

—¿Ha muerto alguna vez alguien de nuestro bando —sigue diciendo Root— porque el enemigo no tenía uno de nuestros códigos secretos?

Es todo un dilema. Benjamín es el primero en contestar, pero incluso él debe pensarlo:

—¡Claro que no! —dice.

—¿Sargento Shaftoe? ¿Tiene alguna opinión? —le pregunta Root mientras le dedica una mirada sombría y seria.

Shaftoe dice:

—El asunto de los códigos es muy complicado.

El turno de Monkberg.

—Creo… creo… creo que podría ocurrírseme una situación hipotética en la que alguien podría morir, sí.

—¿Y usted, teniente Root? —pregunta Shaftoe.

Root no dice nada durante un buen rato. Se limita a coser y coser. Parece que pasan varios minutos. Quizá no sea tanto tiempo. Todos están nerviosos por los alemanes.

—El teniente Monkberg me pide que crea que evitaremos que soldados aliados mueran si hoy entregamos los códigos de la marina mercante aliada a los aliados —dice Root al fin. Todos saltan nerviosos al oír su voz—. En realidad, ya que debemos emplear una especie de cálculo de muertes para esta situación, la pregunta real es ¿salvará eso más vidas de las que perderemos?

—Allí me he perdido, padre —dice Shaftoe—. Ni siquiera pude aprobar álgebra.

—Entonces empecemos con lo que sabemos: entregar los códigos sacrificará vidas porque permitirá a los alemanes saber dónde se encuentran nuestros convoyes y hundirlos. ¿No?

—Exacto —dice el cabo Benjamín. Root parece inclinarse por su posición.

—Eso sería cierto —sigue diciendo Root—, hasta que los aliados cambien su sistema de códigos… lo que probablemente sucederá lo antes posible. Por tanto, en el lado negativo del cálculo de muertes, tenemos algunos convoyes hundiéndose en el futuro próximo. ¿Qué hay del lado positivo? —pregunta Root encarnando las cejas en meditación mientras sigue contemplando la herida de Monkberg—. ¿Cómo podría entregar los códigos salvar algunas vidas? Bien, es un imponderable.

—¿Un qué? —pregunta Shaftoe.

—Supongamos, por ejemplo, que hay un convoy secreto que viene desde Nueva York, y contiene miles de tropas y algunas nuevas armas que cambiarán el rumbo de la guerra y salvarán miles de vidas. Y supongamos que emplea un sistema de código diferente, de forma que incluso después de que los alemanes consiguen nuestros libros de códigos hoy no sabrán de él. Los alemanes concentrarán sus energías en hundir los convoyes de los que sí saben… matando, quizás, a unos pocos cientos de hombres. Pero mientras atienden a esos convoyes, el convoy secreto pasará sin problemas y entregará su importante carga y salvará miles de vidas.

Otro silencio largo. Ahora pueden oír los gritos del resto del Destacamento 2702, en los botes, probablemente manteniendo una

detallada discusión propia: ¿se considera motín abandonar a todos los oficiales en un barco encallado?

—No es más que hipotético —dice Root—. Pero demuestra que es al menos teóricamente posible que haya un término positivo en el cálculo de muertes. Y ahora que lo pienso, es posible que no haya siquiera un término negativo.

—¿A qué se refiere? —dice Benjamín—. ¡Claro que hay un término negativo!

—Está asumiendo que los alemanes todavía no han roto ese código —dice Root, apuntando con un dedo ensangrentado y acusador al enorme tomo de galimatías de Benjamín—. Pero quizá sí lo han hecho. Han estado hundiendo nuestros convoyes por todas partes, ya lo sabe. En ese caso, no hay nada negativo en dejarlo caer en sus manos.

—¡Pero eso contradice la teoría del convoy secreto! —dice Benjamín.

—El convoy secreto no era más que un *Gedankenexperiment* —dice Root.

El cabo Benjamín pone los ojos eh blanco; aparentemente, sabe lo que significa ese término.

—Si ya lo han roto, entonces ¿por qué nos estamos tomando tanto trabajo, y arriesgando nuestras vidas, para DÁRSELOS?

Root lo medita durante un rato:

—No lo sé.

—Bien, ¿qué opina usted, teniente Root? —pregunta Bobby Shaftoe algunos minutos, atrozmente silenciosos, más tarde.

—Creo que a pesar de mi *Gedankenexperiment*, la explicación del cabo Benjamín, que el teniente Monkberg es un espía alemán, es la más plausible.

Benjamín lanza un suspiro de alivio. Monkberg, paralizado por el horror, mira el rostro de Root.

—Pero continuamente suceden cosas que parecen totalmente improbables —sigue diciendo Root.

—¡Oh, por el amor de dios! —grita Benjamín, y golpea el libro con la mano.

—¿Teniente Root? —dice Shaftoe.

—¿Sí, sargento Shaftoe?

—La herida del teniente Monkberg fue un accidente. Yo vi como se producía.

Root mira directamente a los ojos de Shaftoe. Le resulta interesante.

—¿De verdad?

—Sí, señor. Fue un total accidente.

Root abre un paquete de gasa estéril y comienza a enrollarla alrededor de la pierna de Monkberg; la sangre la empapa de inmediato, más rápido de lo que puede enrollarla. Pero gradualmente, Root comienza a ganar, y la gasa se queda blanca y limpia.

—Supongo que es hora de tomar una decisión de mando —dice—. Digo que dejemos los libros de códigos, justo como pide el teniente Monkberg.

—Pero si es un espía alemán… —empieza a decir Benjamín.

—Entonces acabará en un hoyo en cuanto regresemos a territorio amigo —dice Root.

—Pero usted mismo ha dicho que las posibilidades son remotas.

—No debí haber dicho tal cosa —dice Enoch Root disculpándose—. No fue un comentario sabio ni meditado. No reflejaba el verdadero espíritu del Destacamento 2702. Estoy convencido de que prevaleceremos frente a nuestro pequeño problema. Estoy convencido de que llegaremos a Suecia y que llevaremos al teniente Monkberg con nosotros.

—¡Ése es el espíritu! —dice Monkberg.

—Si en cualquier momento el teniente Monkberg muestra signos de fingirse enfermo o se ofrece para ser abandonado, o se comporta de cualquier forma que aumente el riesgo de que seamos capturados por los alemanes, podremos asumir con seguridad que es un espía alemán.

Monkberg parece imperturbable.

—Bien, ¡saquemos el culo de aquí! —suelta, se pone en pie, algo desequilibrado por la pérdida de sangre.

—¡Espere! —dice el sargento Shaftoe.

—¿Ahora qué, Shaftoe? —grita Monkberg, de vuelta al mando.

—¿Cómo vamos a saber que aumenta el riesgo de que seamos capturados?

—¿Qué quiere decir, sargento Shaftoe? —pregunta Root.

—Quizá no sea evidente —dice Shaftoe—. Quizás haya un destacamento alemán esperando a capturarnos en cierta posición del

bosque. Y quizás el teniente Monkberg nos lleve directamente a la trampa.

—¡Así se habla, sargento! —dice el cabo Benjamín.

—Teniente Monkberg —dice Enoch Root—, como lo más cercano a un médico que tenemos a bordo, le relevo del mando por razones médicas.

—¿Qué razones médicas? —grita Monkberg horrorizado.

—Le falta sangre, y la que le queda está llena de morfina —dice el teniente Enoch Root—. Así que el segundo al mando tendrá que ocuparse y tomar la decisión de en qué dirección movernos.

—¡Pero usted es el otro oficial! —dice Shaftoe—. Exceptuando al patrón, y no se puede ser patrón sin barco.

—¡Sargento Shaftoe! —ladra Root, realizando una imitación tan efectiva de un marine que tanto Shaftoe como Benjamín se cuadran.

—¡Señor! ¡Sí, señor! —responde Shaftoe.

—¡Sargento Shaftoe, lléveme a mí y al resto de esta unidad a Suecia!

—¡Señor! ¡Sí, señor! —aúlla Shaftoe, y sale de la cabina, prácticamente derribando a Monkberg. Los otros le siguen pronto, dejando los libros de código en su sitio.

Después de media hora de tratar con los botes, el Destacamento 2702 vuelve a encontrarse en tierra, en Noruega. La línea de nieve se encuentra como a unos cincuenta pies por encima del nivel del mar; es una suerte que Bobby Shaftoe sepa manejar un par de esquís. Los individuos del SAS también poseen esa habilidad en especial, y saben también cómo improvisar una especie de trineo que emplean para cargar con el teniente Monkberg. En unas horas, ya están en lo profundo del bosque, en dirección al este, sin haber visto ni a un solo ser humano, alemán o noruego, desde que bajaron a tierra. Comienza a nevar, ocultando el rastro. Monkberg está comportándose… sin exigir que lo dejen atrás o lanzando bengalas. Shaftoe comienza a pensar que llegar a Suecia podría ser la misión más fácil del Destacamento 2702. Lo único difícil, como es habitual, es comprender qué coño está pasando.

OceanofPDF.com

Diligencia

Los mapas del sureste asiático cubren las paredes, incluso las ventanas, lo que da un ambiente de bunker a la habitación de hotel de Avi. Epiphyte Corp. se ha reunido para su primera reunión completa de accionistas en dos meses. Avi Halaby, Randy Waterhouse, Lom Howard, Eberhard Fóhr, John Cantrell y Beryl Hagen atestan la habitación y saquean el minibar en buscar de aperitivos y refrescos. Algunos están sentados en la cama. Eberhard está sentado en el suelo, descalzo y con las piernas cruzadas, con el portátil sobre una banqueta para los pies. Avi está de pie. Cruza los brazos y se echa hacia atrás, con los ojos cerrados, apoyándose contra las puertas de madera de caoba en vías de extinción del centro de entretenimiento. Viste una camisa blanca reluciente y recién lavada, tan recién lavada y tan almidonada que todavía cruje cuando se mueve. Hasta hace quince minutos llevaba una camiseta que no se había quitado en cuarenta y ocho horas.

Randy piensa durante un minuto que Avi se ha quedado dormido en esa posición tan poco ortodoxa. Pero:

—Mirad el mapa —dice Avi de pronto con voz tranquila. Abre los ojos y los dirige al susodicho mapa, sin malgastar energía en volver la cabeza—. Singapur, el extremo sur de Taiwán y la punta más al norte de Australia forman un triángulo.

—Avi —dice Eb con solemnidad—, tres puntos cualesquiera forman un triángulo. —En general, no esperan que Eberhard aligere las reuniones con muestras de humor, pero la risa recorre la habitación, y Avi sonríe… no tanto porque tenga gracia sino porque demuestra buena moral.

—¿Qué hay en medio del triángulo?

Todos vuelven a mirar. La respuesta correcta es «un punto en medio del mar de Sulú», pero está claro a dónde quiere llegar Avi.

—Nosotros —dice Randy.

—Correcto —dice Avi—. Kinakuta es el lugar ideal para servir de encrucijada electrónica. El lugar perfecto para conectar grandes *routers*.

—Estás hablando en jerga para accionistas —le advierte Randy.

Avi le ignora.

—Realmente tiene más sentido de esta forma.

—¿De qué forma? —pregunta Eb bruscamente.

—He sabido que allí hay otra gente del cable. Hay un grupo de Singapur y un consorcio de Australia y Nueva Zelanda. En otras palabras: nosotros éramos los únicos con conexión a la Cripta. Hoy creo que seremos uno de tres.

Tom Howard sonríe triunfante: trabaja en la Cripta y probablemente lo sabía antes que nadie. Randy y John Cantrell intercambian miradas.

Eb se sienta envarado.

—¿Cuánto hace que lo sabéis? —pregunta.

Randy ve que un gesto de molestia atraviesa la cara de Beryl. No le gusta que la interroguen.

—¿Nos excusaríais, a Eb y a mí, durante un minuto? —dice Randy poniéndose en pie.

El doctor Eberhard Fóhr primero parece sorprendido, luego se pone en pie y sigue a Randy fuera de la habitación.

—¿A dónde vamos?

—Deja el portátil —le dice Randy, escoltándole al pasillo—. Ven aquí.

—¿Por qué?

—La cosa es así —dice Randy, cerrando la puerta pero sin dejar que salte el cierre—. La gente como Avi y Beryl, que llevan mucho tiempo en los negocios, muestran una evidente preferencia por las conversaciones entre dos personas; como la que tú y yo mantenemos ahora mismo. No sólo eso, sino que muy rara vez apuntan las cosas.

—Explícamelo.

—Es una especie de manifestación de la teoría de la información. Mira, si sucede lo peor, y se produce algún tipo de acción legal…

—¿Acción legal? ¿De qué hablas?

Eb proviene de una pequeña ciudad en la frontera con Dinamarca. Su padre era profesor de matemáticas en un instituto, su madre profesora de inglés. Su apariencia probablemente lo convirtió en un marginado en su ciudad natal, pero al igual que mucha gente que todavía vive allí, cree que las cosas deben hacerse de forma clara, abierta y lógica.

—No pretendo alarmarte —dice Randy—, no intento sugerir que nada de eso esté sucediendo, o vaya a pasar pronto. Pero tal como funcionan las cosas en América ahora mismo, te sorprendería descubrir con qué facilidad las empresas mercantiles acaban en demandas. Cuando eso sucede, todos los documentos se hacen públicos. Por tanto, la gente como Avi y Beryl nunca ponen nada por escrito que no quieran que se vea ante un tribunal. Más aún, se puede interrogar a cualquiera, bajo juramento, para que testifique sobre lo sucedido. De ahí que las conversaciones entre dos personas, como ésta, sean mejor.

—La palabra de una persona contra la de otra. Lo comprendo.

—Sé que sí.

—Pero en cualquier caso, se nos tendría que haber comunicado de forma discreta.

—La razón por la que Avi y Beryl no dijeron nada hasta ahora es que querían resolver el problema cara a cara, en conversaciones de dos personas. En otras palabras, lo hicieron para protegernos… no para ocultarnos nada. Ahora nos están comunicando la noticias formalmente.

Eberhard ya no se muestra receloso. Ahora está molesto, lo que es peor. Como muchos tecnólogos, puede volverse escandaloso cuando decide que los demás no están actuando con lógica. Randy levanta las manos, mostrando las palmas, en señal de rendición.

—Estipulo que no tiene ningún sentido —dice Randy.

Eb mira con furia a distancia, sin calmarse.

—¿Estarás de acuerdo conmigo en que el mundo está lleno de gente irracional y situaciones ridiculas?

—Jaaa… —dice Eb a la defensiva.

—Si tú y yo vamos a programar y la gente va a pagarnos por ello, deben contratarnos, ¿no?

Eb lo medita con cuidado.

—Sí.

—Eso significa lidiar con esas personas, por desagradable que pueda ser, a cierto nivel. Y aceptar un montón de tonterías, como abogados, relaciones públicas y personal de mercadotecnia. Y si tú y yo intentásemos hablar con ellos nos volveríamos locos. ¿Cierto?

—Es muy probable que sí.

—Por tanto, es bueno que gente como Avi y Beryl hayan llegado a existir, porque ellos son nuestro interfaz —a la cabeza de Randy viene una imagen de la Guerra Fría. Alarga ambas manos y agarra el aire—. Como esas cajas con guantes que usan para manejar el plutonio. ¿Comprendes?

Eberhard asiente. Una señal prometedora.

—Pero eso no implica que vaya a ser como programar ordenadores. Ellos sólo pueden filtrar y suavizar la naturaleza irracional del mundo que hay más allá, por lo que Avi y Beryl puede que sigan haciendo cosas que parecen un poco estúpidas.

Los ojos de Eb han ido adoptando un aire cada vez más remoto.

—Sería interesante estudiarlo como un problema en teoría de la información —anuncia—. ¿Cómo podrían fluir los datos entre los nodos internos de una red —Randy sabe que Eb quiere decir «personas en una pequeña corporación»— pero sin existir para las personas del exterior?

—¿Qué quieres decir sin existir?

—¿Cómo podría ordenar un juez que se presentase un documento que, desde su sistema de referencia, jamás ha existido?

—¿Hablas de cifrarlo?

Eb parece ligeramente dolorido por la simplicidad de Randy.

—Eso ya lo estamos haciendo. Pero aún así, alguien podría demostrar que un documento, de cierto tamaño, ha sido enviado a cierta hora, a cierta dirección.

—Análisis de tráfico.

—Sí. Pero ¿y si se satura? ¿Por qué no podríamos llenar el disco duro de bytes aleatorios de forma que un archivo individual fuese indiscernible? Su misma existencia estaría oculta en el ruido, como un tigre rayado entre la hierba alta. Y podríamos enviarnos flujos de ruido aleatorio de unos a otros.

—Sería muy caro.

Eberhard agita la mano para quitarle importancia.

—El ancho de banda es barato.

—Es más un artículo de fe que un hecho —dice Randy—, pero podría ser cierto en el futuro.

—Pero viviremos el resto de nuestras vidas en el futuro, Randy, por lo que bien podríamos iniciar el programa ahora.

—Bien —dice Randy—, ¿podemos seguir con esta conversación más tarde?

—Claro.

Vuelven a entrar en la habitación. Tom, que es el que lleva aquí más tiempo, está diciendo:

—Los de cinco pies de largo, con las manchas de un marrón amarillento sobre fondo azul verdoso son inofensivos y son geniales animales de compañía. Los de seis pies, con manchas de un amarillo marrón sobre fondo turquesa te matan de un mordisco, en diez minutos, a menos que te suicides antes para escapar al dolor intolerable.

Es la forma de hacer saber a Randy y Eb que no han estado hablando de negocios mientras estaban fuera.

—Vale —dice Avi—, el resultado es que la Cripta va a ser potencialmente mucho mayor de lo que habíamos pensado al principio, lo que es una buena noticia. Pero hay otro tema que debemos tratar. —Avi conoce a Randy de siempre, y sabe que no se molestará en realidad por lo que viene a continuación.

Todos los ojos se dirigen hacia Randy, y Beryl toma el hilo. Se ha asignado a sí misma el papel de preocuparse por los sentimientos de los demás, ya que el resto de las personas de la firma están claramente poco cualificadas para la tarea, y habla en tono de lamento.

—El trabajo que Randy ha estado realizando en Filipinas, un trabajo muy bueno, ya no tiene importancia crítica para las actividades de la compañía.

—Lo acepto —dice Randy—. Eh, al menos tengo mi primer bronceado en diez años.

Todos parecen sentirse aliviados de inmediato al comprobar que Randy no se cabrea. Tom, como es típico, llega pronto al fondo del asunto:

—¿Podemos romper nuestra relación con el Dentista? ¿Un corte limpio?

El ritmo de la conversación se pierde de pronto. Como un fallo eléctrico en una discoteca.

—No lo sabemos —dice al fin Avi—. Hemos mirado los contratos. Pero los escribieron los abogados del Dentista.

—¿No son abogados algunos de sus socios? —pregunta Cantrell.

Avi se encoge de hombros impaciente, como si eso no fuese todo.

—Sus socios. Sus inversores. Sus vecinos, amigos, compañeros de golf. Probablemente su fontanero también sea abogado.

—Lo importante es que es famoso por sus demandas —dice Randy.

—El otro problema potencial —dice Beryl— es que si encontrásemos una forma de deshacer el acuerdo con AVCLA, perderíamos entonces el flujo de capital a corto plazo que esperamos de la red filipina. Las ramificaciones de ese hecho podrían ser peores de lo esperado.

—¡Maldición! —dice Randy—, me lo temía.

—¿Cuáles son las ramificaciones? —dice Tom, centrándose, como siempre, en lo importante.

—Tendríamos que conseguir más dinero para cubrir la falta —dice Avi—. Lo que diluiría el valor de las acciones.

—¿Diluirlo en cuánto? —pregunta John.

—Por debajo del cincuenta por ciento.

Esa cifra mágica desencadena una epidemia de suspiros, gemidos y movimientos en los asientos por parte de los responsables de Epiphyte Corp., que colectivamente poseen el cincuenta por ciento de las acciones de la compañía. Mientras exploran las ramificaciones en sus cabezas, comienzan a mirar fijamente a Randy.

Al fin, Randy se pone en pie y despliega las manos como si quisiese contenerlos.

—Vale, vale, vale —dice—. ¿Dónde nos deja eso? El plan de negocios afirma, una y otra vez, que la red de Filipinas es razonable por sí misma… y que podemos convertirla en un negocio independiente en cualquier momento y ganar dinero. Por lo que sabemos, sigue siendo cierto, ¿no?

Avi lo medita antes de emitir el comunicado cuidadosamente preparado.

—Tan cierto como lo ha sido siempre.

Esa declaración obtiene una risita y una serie de aplausos sarcásticos por parte de los otros. ¡Qué listo eres Avi! ¿Qué haríamos sin ti?

—Vale —dice Randy—. Así que si nos quedamos con el Dentista, aunque ahora el proyecto para nosotros sea irrelevante, es de esperar que

ganemos dinero suficiente para no tener que vender más acciones. Podremos retener el control de la compañía. Por otra parte, si rompemos nuestra relación con AVCLA, los socios del Dentista nos cubrirán de demandas… lo que pueden hacer virtualmente sin coste, o riesgo. Nos enfangamos en los tribunales de Los Angeles. Tendremos que volver, testificar y hacer declaraciones. Gastaremos toneladas de dinero en abogados.

—E incluso podríamos perder —dice Avi.

Todos ríen.

—Así que debemos quedarnos —concluye Randy—. Tenemos que trabajar con el Dentista queramos o no.

Nadie dice nada.

No es que estén en desacuerdo con Randy; al contrario. Es que Randy ha sido el encargado de los asientos de Filipinas, y el que acabará manejando la desafortunada situación. Recibirá en persona toda la fuerza del impacto. Es mejor que se ofrezca voluntario a que se le tenga que obligar. Ahora se está ofreciendo voluntario, alto y claro, en toda una actuación. Los demás actores del conjunto son Avi, Beryl, Tom, John y Eb. La audiencia está compuesta por los accionistas minoritarios de Epiphyte Corp., el Dentista y los diversos jueces todavía por asignar. Es una actuación que nunca se hará pública a menos que se presente una demanda contra ellos y los suba a todos al estrado para que la cuenten bajo juramento.

John decide hundir un poco más la paleta.

—La financiación de AVCLA en Filipinas es especulativa, ¿no?

—Correcto —dice Avi con autoridad, actuando directamente para los hipotéticos jurados del futuro—. En los viejos días, los que tendían cable vendían primero la capacidad para conseguir el capital. AVCLA lo hace con su propio capital. Cuando esté terminado, lo poseerán en todo, y venderán la capacidad al mayor postor.

—No todo es dinero de AVCLA… no son tan ricos —dice Beryl—. Han conseguido mucha pasta de NOHGI.

—¿Qué es? —pregunta Eb.

—Nigata Overseas Holding Group Inc. —dicen al unísono tres personas.

Eb parece desconcertado.

—NOHGI tendió el cable profundo de Taiwán a Luzón —dice Randy.

—En todo caso —dice John—, lo que quiero decir es que el Dentista está cableando Filipinas como estaba previsto y se encuentra muy expuesto. Cualquier cosa que retrase la terminación de ese sistema va a causarle enormes problemas. Eso hace necesario que cumplamos con nuestras obligaciones.

John está diciendo al hipotético jurado en Dentista vs. Epiphyte Corp.: «Respetamos escrupulosamente los términos de nuestro contrato con AVCLA.»

Pero eso no va a sonar tan bien al hipotético jurado de la otra demanda hipotética por parte de los accionistas minoritarios, Springboard vs. Epiphyte Corp. Por tanto, Avi se apresura a añadir:

—Como creo que ya hemos establecido, después de una cuidadosa discusión de las cuestiones, cumplir nuestras obligaciones con el Dentista es parte ineludible de nuestra obligación para nuestros propios accionistas. Esos dos objetivos están interrelacionados.

Beryl pone los ojos en blanco y lanza un profundo suspiro de alivio.

—Por tanto, cableemos Filipinas —dice Randy.

Avi se dirige a él en tono formal, como si descansase las manos, en este mismo instante, sobre una Biblia de hotel:

—Randy, ¿crees que los recursos que se te han asignado son suficientes para cumplir nuestras obligaciones contractuales con el Dentista?

—Debemos reunimos para ese asunto —dice Randy.

—¿Puede esperar hasta pasado mañana? —pregunta Avi.

—Claro. ¿Por qué no?

—Tengo que ir al baño —dice Avi.

Es la señal que Avi y Randy han empleado muchas veces en el pasado. Avi se pone en pie y va al baño. Un momento más tarde, dice Randy:

—Ahora que lo pienso… —Y le sigue.

Se sorprende al encontrarse a Avi meando. Por impulso, Randy se baja la cremallera y comienza a mear a su lado. No se le ocurre lo excepcional del hecho hasta que ya lo está haciendo.

—¿Qué pasa? —pregunta Randy.

—Bajé al vestíbulo esta mañana para cambiar dinero —dice Avi—, ¿y adivina quién entró en el hotel, recién llegado del aeropuerto?

—Oh, mierda —dice Randy.

—El Dentista en persona.

—¿Sin yate?

—El yate viene siguiéndole.

—¿Venía alguien con él?

—No, pero puede que más tarde.

—¿Por qué está aquí?

—Puede que se haya enterado.

—Dios. Es la última persona a la que me gustaría encontrarme mañana.

—¿Por qué? ¿Hay algún problema?

—Nada que pueda indicar explícitamente —dice Randy—. Nada dramático.

—¿Nada que, si se hiciese público más tarde, te hiciese parecer negligente?

—No lo creo —dice Randy—. Simplemente el asunto de Filipinas es complicado y debemos hablar de ello.

—Bien, por el amor de Dios —dice Avi—, si te encuentras con el Dentista mañana, no digas nada sobre el trabajo. Que sea sólo una charla social.

—Muy bien —dice Randy, y se sube la cremallera. Pero en lo que realmente piensa es: ¿por qué malgasté todos esos años en el mundo académico cuando podía haber estado haciendo mierda genial como ésta

Que luego le recuerda algo:

—Oh, sí. Recibí un correo extraño.

Avi dice inmediatamente:

—¿De Andy?

—¿Cómo lo has adivinado?

—Has dicho que era extraño. ¿Realmente has recibido un correo suyo?

—Realmente no sé de quién era. Probablemente no sea de Andy. No era extraño en ese sentido.

—¿Respondiste?

—No. Pero sí lo hizo enano@tsiblings.net.

—¿Quién es ese? Siblings.net era el sistema que solías administrar, ¿no?

—Sí. Sigo conservando algunos privilegios. Creé una nueva cuenta, con el nombre enano, con la que no se me puede relacionar. Le envíe un correo anónimo al tipo diciéndole que hasta que él me demuestre lo contrario, asumo que es un antiguo enemigo mío.

—O uno nuevo.

OceanofPDF.com

Cabeza de lanza

El joven Lawrence Pritchard Waterhouse, de visita a sus padres en Dakota, sigue a un arado por el campo. La hoja hundida del arado saca la tierra negra de los surcos y la apila en crestas, bastas y desordenadas cuando se las mira desde cerca pero, cuando se las ve desde la distancia, están matemáticamente tan bien definidas y rectas como los surcos de un disco de fonógrafo. Un pequeño objeto en forma de tabla de surf sobresale proyectado de la cresta de una de esas olas de tierra. El joven Waterhouse se inclina y lo recoge. Es una punta de flecha india cuidadosamente tallada en pedernal.

El U—553 es una lanza de acero negro clavada en el aire a como unas diez millas al norte de Qwghlm. Las grandes olas grises lo elevan y lo dejan caer, pero aparte de eso, no se mueve; está varado en un saliente sumergido conocido para los habitantes de la zona como el arrecife de César, o la Pena de los Vikingos o el Martillo Holandés.

En la pradera, esas puntas de flecha de pedernal se pueden encontrar incrustadas en todo tipo de estructura natural: tierra, césped, el lodo de un río, el tronco de un árbol. Waterhouse tiene talento para encontrarlas. ¿Cómo puede recorrer un campo que, debido al retroceso del último glaciar, se halla salpicado de incontables piedras y encontrar las puntas de flechas? ¿Por qué el ojo humano puede detectar una pequeña forma artificial perdida en el cosmos rasgado y turbulento de la naturaleza, un aguja de datos en un pajar de ruido? Es una conexión súbita como un destello entre mentes, o eso supone. Las puntas de flechas son objetos humanos separados de la humanidad, sus partes orgánicas han perecido, pero las formas minerales permanecen; cristales de intención. No es la

forma sino la intención latente lo que exige la atención de una mente egoísta. Funcionó para el joven Waterhouse buscando puntas de flechas. Funcionó para los pilotos de los aeroplanos que esta mañana acosaron al U—553. Funciona para los oyentes del *Beobachtimg Dienst*, que han entrenado sus oídos para escuchar lo que dicen Churchill y FDR mediante lo que se supone que son teléfonos cifrados. Pero no funciona muy bien con la criptografía. Lo que es una lástima para todos menos para los británicos y americanos, que han inventado sistemas matemáticos para descubrir puntas de flechas entre los guijarros.

El arrecife de César abrió la parte inferior de la proa del U—553 mientras inclinaba todo el submarino y lo sacaba casi por completo del agua. El empuje casi lo impulsó por encima del montículo, pero quedó colgando en medio, varado, como un balancín golpeado por las olas. Ahora tiene la popa casi toda llena de agua, por lo que es la proa la que se proyecta sobre las crestas de los mares. Ha sido abandonado por la tripulación, lo que significa que según las tradiciones marítimas, es de quien lo encuentre. La Marina Real ha llamado a los científicos. Una pantalla de destructores patrulla la zona, para evitar que algún submarino hermano llegue a escondidas y torpedee los restos.

Waterhouse ha sido llamado al castillo con indecorosa rapidez. La oscuridad cae como un telón de plomo, y las jaurías de lobos cazan en la noche. Se encuentra en el puente de una corbeta, un diminuto barco de escolta que, en cualquier circunstancia, tiene exactamente la hidrodinámica de una lata vacía de aceite. Si baja, no dejará de vomitar, así que permanece en cubierta, con los pies bien firmes, las rodillas dobladas, sujetándose a la baranda.com ambas manos, viendo cómo se acercan los restos. El número 553 ha sido pintado en la torrecilla, bajo el dibujo de un oso polar levantando una jarra de cerveza.

—Interesante —le dice al coronel Chattan—. Cinco-cinco-tres es el producto de dos primos… siete y setenta y nueve.

Chattan se las arregla para emitir una sonrisa apreciativa, pero Waterhouse sabe perfectamente que no es más que una muestra espectacular de buena educación.

Mientras tanto, el resto del Destacamento 2702 está llegando. Acaban de terminar la exitosa misión de atravesar Noruega y se encontraban de camino a su nueva base de operaciones en Qwghlm cuando recibieron la noticia de que el U—553 había encallado. Se encontraron con Waterhouse

allí mismo, en el barco —no han tenido muchas oportunidades de sentarse, y menos de deshacer el equipaje. Waterhouse les ha dicho muchas veces lo mucho que les va a gustar Qwghlm y se le han acabado las cosas que decir — la tripulación de la corbeta no es Ultra Mega, y no hay nada que Waterhouse pudiese concebiblemente decir a Chattan y a los otros que no esté clasificado como nivel Ultra Mega. Así que lo intenta hablando de números primos.

Algunos de los miembros del destacamento —el teniente de marines y la mayor parte de los soldados— se han quedado en Qwghlm para instalarse en sus nuevos alojamientos. Únicamente el coronel Chattan y un suboficial, llamado sargento Robert Shaftoe, han acompañado a Waterhouse al submarino.

Shaftoe tiene manos y brazos fuertes y musculosos al estilo Alley Oop, y un pelo rubio que lleva con un corte militar que hace que sus grandes ojos azules parezcan aún mayores. Tiene una nariz grande y una gran nuez de Adán, grandes marcas de acné y algunas otras cicatrices alrededor de las órbitas de los ojos. Los rasgos acentuados y el cuerpo esbelto le dotan de una presencia intensa; es difícil no mirar continuamente en su dirección. Parece un hombre de poderosas emociones pero de una disciplina aún mayor que las mantiene bajo control. Mira directamente a los ojos a quienquiera con el que hable, sin parpadear. Cuando no habla con nadie, mira el horizonte y piensa. Cuando piensa, juguetea con los dedos incesantemente. Los demás están usando los dedos para agarrarse a algo, pero Shaftoe está plantado en cubierta como un viejo grueso que esperase su turno para comprar la entrada de una película. El, al igual que Waterhouse, aunque no Chattan, viste con ropas gruesas de invierno que ha tomado prestadas de los almacenes de la torpedera.

Se sabe, y ya se han enterado todos los presentes, que el capitán del submarino —el último hombre en abandonar la nave— tuvo la presencia de ánimo suficiente para llevarse con él la máquina Enigma. Los aviones de la RAF, todavía dando vueltas en lo alto, vieron como el capitán se arrodillaba precariamente en el bote salvavidas y lanzaba las ruedas de la máquina en diferentes direcciones contra las altas olas. Al final la propia máquina salió por la borda.

Los alemanes saben que los aliados nunca podrán recuperar la máquina. Lo que no saben es que no llegarán siquiera a buscarla, porque hay un lugar llamado Bletchley Park que ya sabe todo lo que se puede

saber sobre la Enigma naval de cuatro engranajes. En cualquier caso, los británicos fingirán que la buscan, por si alguien está mirando.

Waterhouse no viene en busca de máquinas Enigma. Viene en busca de puntas de flecha perdidas.

Al principio la torpedera se acerca al submarino de frente, se lo piensa mejor, y vira a popa del pecio, luego se dirige viento arriba hacia él. De esa forma, supone Waterhouse, el viento tenderá a alejarles de los arrecifes. Visto desde abajo, el submarino parece bastante rechoncho. La parte que se supone que queda sobre la superficie, cuando sale, está pintada de un gris neutral, y es tan delgada como un cuchillo. La parte que se supone va sumergida, cuando no ha chocado contra una enorme piedra, es ancha y negra. Hombres aventureros de la Marina Real lo han abordado y con descaro han izado una bandera blanca sobre la torrecilla. Aparentemente han llegado hasta él usando un ballenero de poco fondo que está atado a su lado, ligeramente unido al submarino por una dispersa red de líneas, y mantenido a distancia por neumáticos tendidos sobre la baranda. La torpedera que lleva a los miembros del Destacamento 2702 se acerca al submarino con sumo cuidado; cada ola casi los hace chocar.

—¡Ahora nos encontramos claramente en una geometría espacial no-euclidiana! —dice Waterhouse juguetón. Chattan se inclina y usa la mano para hacer bocina sobre la oreja—. No sólo eso, sino dependiente en tiempo real, ¡algo que definitivamente hay que tratar en cuatro dimensiones, no tres!

—¿Perdóneme?

Si se acercan más, ellos mismos quedarán varados en los arrecifes. Los marineros lanzan un cohete que tiende una línea entre las naves, y dedican algo de tiempo a establecer un sistema de transferencia barco a barco. Waterhouse se teme que le obligarán a utilizarlo. En realidad, siente más resentimiento que temor, porque tenía la impresión de que no le pondrían en más situaciones peligrosas durante el resto de la guerra. Intenta pasar el tiempo examinando la parte de abajo del submarino y mirando a los marineros. Han formado una especie de brigada de cubos para sacar libros y papeles del pecio hasta la torrecilla y de allí hasta el ballenero. La torrecilla es un lugar complicado debido a los cañones, periscopios y antenas que le salen por todas partes.

Ciertamente envían a Waterhouse y a Shaftoe al U—553, usando una especie de carrito sobre poleas que corre sobre un cable extendido. Primero

los marineros les obligan a ponerse chalecos salvavidas, como una especie de gesto simbólico e hilarante, de forma que si consiguen evitar que les golpeen hasta morir podrán morir de hipotermia en lugar de ahogarse.

Cuando Waterhouse está a medio camino, el punto más bajo de una ola pasa debajo de él, mira a la cavidad absorbente y ve la parte alta del arrecife César, momentáneamente expuesta, cubierta por un pelaje añil de mejillones. Podrías bajar y permanecer allí. Durante un instante. Luego, miles de toneladas de agua realmente fría caen en la cavidad, se elevan y le golpean en el culo.

Levanta la vista para mirar el U—553. Tiene demasiado submarino por encima de la cabeza. Tiene la impresión básica de que está hueco, más un colador que un buque de guerra. El casco está perforado por filas de ranuras oblongas dispuestas en una formación de remolino como líneas hidrodinámicas tatuadas sobre el metal. Parece ligero hasta lo imposible. Luego mira por las ranuras —la luz penetra hasta allí por las ranuras que hay en cubierta— y percibe la silueta del casco de presión metido en su interior, curvado y con aspecto de ser bastante más sólido que el casco externo. Dispone de dos hélices metálicas de tres aspas, de como una yarda de ancho, abolladas aquí y allá por el contacto con Dios sabe qué. Ahora mismo se encuentran en el aire y, mirándolas, Waterhouse siente la misma vergüenza absurda que sintió en Pearl Harbor al mirar a los muertos que tenían las partes íntimas expuestas. Los timones de inmersión sobresalen del casco tras las hélices, y a popa de ellos, cerca del ápice de popa, se encuentran dos bastas salidas de metal que tienen el aspecto de escotillas, y que Waterhouse comprende que es por donde deben salir los torpedos.

Se desliza durante los últimos veinte pies a una terrible velocidad y es recogido y sostenido, en diversos lugares, por ocho manos fuertes que lo levantan y lo llevan a lo que pretende ser un punto seguro: la cubierta del submarino, justo a popa de la torrecilla protegido bajo una ametralladora antiaérea. Muy a popa, hay un apoyo en forma de T con cables que sobresalen de la barra horizontal y corren tensos hasta la baranda de la torrecilla, al alcance de la mano. Siguiendo el ejemplo de un oficial de la Marina Real al que parecen que le han asignado el papel de guardián, Waterhouse trepa hacia arriba —es decir, hacia popa— usando uno de esos cables como pasamanos, y le sigue por una escotilla en la cubierta de popa hasta el interior de la nave. Shaftoe le sigue unos momentos después.

Es el peor lugar en el que Waterhouse se haya encontrado jamás. Como la corbeta en la que acaba de encontrarse, se eleva ligeramente con cada ola, pero al contrario que la corbeta, cae chocando contra las rocas, haciendo que casi pierda el equilibrio. Es como estar atrapado en un cubo de basura al que le están dando martillazos. El U—553 está lleno aproximadamente hasta la mitad de una mezcla rica de vino barato, combustible diesel, ácido de batería y aguas residuales. Por la forma en que está colocada, la sopa se hace más profunda a medida que avanzas, pero corre hacia popa formando un tsunami cada vez que la sección media golpea las rocas. Por suerte, Waterhouse se encuentra más allá de la náusea, en una especie de estado trascendente donde su mente se encuentra más divorciada de su cuerpo de lo que es habitual.

El oficial al mando espera a que se calme el ruido y luego dice, con voz asombrosamente baja:

—¿Hay algo en especial que le gustaría examinar, señor?

Waterhouse todavía está intentado hacerse una idea de dónde se encuentra por el procedimiento de mover el rayo de la linterna por todas partes, que es como mirar al mundo por una pajita. No puede obtener ninguna visión sinóptica de lo que le rodea, sólo visiones rápidas de cañerías y cables. Al final intenta mantener la cabeza muy quieta y mover la linterna muy, muy rápido. Una imagen se presenta: se encuentra en un espacio estrecho, evidentemente diseñado por y para ingenieros, con el fin de dar acceso a varias millas lineales de tuberías y cables que han sido obligados a pasar por una especie de cuello de botella.

—Buscamos los papeles del capitán —dice Waterhouse. El submarino vuelve a caer libre; Waterhouse se apoya en algo resbaladizo, se tapa los oídos con las manos, cierra los ojos y la boca, y exhala por la nariz para que la sopa no pueda entrar en su cuerpo. La cosa sobre la que se apoya es realmente dura, fría y redonda. Y grasienta. La ilumina; está hecha de cobre. El truco de mover el rayo produce la imagen de una especie de nave espacial, metida (a menos que esté confundido) bajo una litera. Está a punto de quedar como un completo idiota preguntando qué es cuando lo identifica como un torpedo.

En el siguiente interludio de preguntas, dice:

—¿Hay algo parecido a un camarote privado donde pudiese…?

—Hacia delante —dice el oficial. Hacia delante no es una visión muy prometedora.

—¡Mierda! —dice el sargento Shaftoe. Es lo primero que ha dicho en media hora. Comienza a avanzar y el oficial británico tiene que apresurarse para seguirle. El suelo vuelve a caer, por lo que se detienen y se dan la vuelta, para que la ola de desechos les pegue por detrás.

Se mueven hacia abajo. Cada paso es una vigorosa batalla contra la prudencia y el sentido común, y dan muchos pasos. Lo que Waterhouse ha considerado un cuello de botella es muy, muy largo, llegando, aparentemente, hasta proa. Al final encuentra algo que les ofrece una excusa para detenerse: un camarote, o quizá (de cuatro por seis pies) la esquina de un camarote. Hay una cama, una pequeña mesa plegable, y armarios de madera de verdad. Esos elementos en combinación con fotografías de familiares y amigos le dan un aire acogedor y doméstico completamente arruinado por la fotografía enmarcada de Adolf Hitler que cuelga del mamparo. A Waterhouse le parece de un asombroso mal gusto hasta que recuerda que es un submarino alemán. La terrible marea de residuos divide el camarote aproximadamente por la mitad. Por todas partes encuentran, flotando, papeles y otros detritus burocráticos escritos con la escritura gótica esotérica que Waterhouse asocia con Rudy.

—Recójanlo todo —dice Waterhouse, pero Shaftoe y los otros ya están pasando los brazos por la mezcla y los sacan cubiertos de papel maché chorreante. Lo meten todo en un saco de lona.

El camastro del capitán se encuentra a popa, o hacia arriba, del camarote. Shaftoe lo deshace, mira bajo la almohada y el colchón y no encuentra nada.

La mesa plegable se encuentra en el extremo totalmente sumergido. Waterhouse vadea con cuidado hacia ella, intentando no resbalar. Encuentra la mesa con el pie, mete las manos en el líquido y explora como un ciego. Encuentra un par de cajones que puede sacar y pasar a Shaftoe, que tira el contenido en el saco. Al poco tiempo está muy seguro de que no queda nada en el escritorio.

El submarino se levanta y vuelve a caer. Al desplazarse las aguas residuales, deja expuesto, sólo por un momento, algo en la esquina del camarote, algo unido al mamparo. Waterhouse vadea hacia él para identificarlo.

—¡Es una caja fuerte! —dice. Gira el dial. Está duro. Una buena caja fuerte. Alemana. Shaftoe y el oficial británico se miran unos a otros.

Un marinero británico aparece en la escotilla abierta.

—¡Señor! —anuncia—. Se ha detectado otro submarino en la zona.

—Me encantaría tener un estetoscopio —sugiere Waterhouse—. ¿Hay un área médica en esta cosa?

—No —dice el oficial británico—. Sólo una caja de material médico. Debería andar flotando por aquí.

—¡Señor! ¡Sí, señor! —dice Shaftoe y desaparece de la habitación. Regresa un minuto más tarde sosteniendo un estetoscopio alemán sobre la cabeza para mantenerlo limpio. Se lo lanza al otro lado del camarote a Waterhouse, quien lo atrapa en el aire, se lo pone en los oídos, y mete el extremo en el agua hacia la caja fuerte.

Ya lo ha hecho antes, como ejercicio. Los niños obsesionados con las cerraduras con frecuencia crecen para convertirse en adultos obsesionados con la criptografía. El jefe de la tienda de ultramarinos en Moorhead, Minnesota, dejaba que el joven Waterhouse jugase con la caja fuerte. Rompió la combinación, para gran sorpresa del jefe, y escribió sobre la experiencia para la escuela.

Esta caja fuerte es mucho mejor de lo que era la otra. Como de todas formas no puede ver el dial, cierra los ojos.

Es vagamente consciente de que los otros tipos en el submarino llevan un rato gritando y haciendo algo, como si hubiese llegado alguna noticia sensacional. Quizás haya terminado la guerra. Luego siente como le arrancan el estetoscopio. Abre los ojos para ver al sargento Shaftoe llevándoselo a la boca como si fuese un micrófono. Shaftoe le mira con frialdad y le habla al estetoscopio.

—Señor, torpedos en el agua, señor. —A continuación Shaftoe sale corriendo y deja a Waterhouse solo en el camarote.

Waterhouse está como a medio camino subiendo la escalerilla de la torrecilla, mirando un disco de cielo gris negruzco, cuando la nave entera se estremece y retumba. Un pistón de aguas residuales se levanta debajo de él y le envía hacia arriba, vomitándole sobre la cubierta del submarino, donde sus camaradas le agarran y con gran consideración le impiden caer rodando al agua.

El movimiento del U—553 con las olas ha cambiado. Ahora se mueve mucho más, como si estuviese a punto de escapar del arrecife.

Waterhouse precisa de un minuto para recuperar la compostura. Empieza a pensar que es posible que haya sufrido algún daño. Algo definitivamente va mal con su brazo izquierdo, sobre el que acaba de aterrizar.

Les barren unas luces potentes: un reflector de la torpedera británica que les ha traído aquí. Los marineros británicos lanzan una maldición. Waterhouse se apoya sobre el codo bueno y observa a lo largo del casco del submarino, siguiendo el rayo del reflector hasta ver algo grotesco. El submarino ha sido alcanzado justo bajo la línea de flotación, fragmentos del casco se despegan de la herida y salen disparados por el aire como metralla. El asqueroso contenido del casco fluye, tiñendo el Atlántico de negro.

—¡Mierda! —dice el sargento Shaftoe. Se libera de una mochila pequeña pero de aspecto pesado con la que ha estado cargando, y la abre. Esa actividad súbita llama la atención de los hombres de la Marina Real que le ayudan apuntando las linternas hacia sus manos frenéticas.

Waterhouse, que para entonces podría estar sufriendo de delirio, no puede creer lo que ve: Shaftoe acaba de sacar un haz de cilindros de un marrón amarillento, tan gruesos como un dedo y de unas seis pulgadas de largo. También saca algunos elementos pequeños, incluido un carrete de cordón grueso y rojo. Se pone en pie de forma tan decisiva que casi tira a alguien, corre hacia la torrecilla y baja la escalerilla.

—¡Jesús! —dice un oficial—, va a volarla. —El oficial lo medita durante un corto periodo de tiempo; el movimiento del submarino con las olas es aterrador y el sonido rasgado indica que podría estar saliéndose del arrecife—. ¡Abandonen la nave! —grita.

La mayoría pasan al ballenero. Waterhouse es enviado de nuevo por el carrito. Está a medio camino hacia el torpedero cuando siente, pero apenas oye, un estremecimiento agudo.

Durante el resto del camino realmente no puede ver nada, e incluso después de regresar a la corbeta, todo es confusión, y alguien llamado Enoch Root insiste en llevarle abajo y curarle la cabeza y el brazo. Waterhouse no sabía hasta ahora que se había hecho daño en la cabeza, lo

que no deja de ser razonable, en tu cabeza es donde conoces las cosas, y si sufre daños, ¿cómo vas a saberlo?

—Le darán por lo menos un Corazón Púrpura por esto —dice Enoch Root. Lo dice con una muy clara falta de entusiasmo, como si los Corazones Púrpura no pudiesen importarle menos, pero es bastante condescendiente pensar que eso animará a Waterhouse—. Y para el sargento Shaftoe probablemente venga otro adorno importante, maldito sea.

OceanofPDF.com

Morphium

Shaftoe sigue viendo la palabra cuando cierra los ojos. Sería mucho mejor si prestase atención al asunto que tiene entre manos: poner cargas de demolición alrededor de los escudetes que unen la caja fuerte al submarino.

MORPHIUM. Así está escrito en una etiqueta amarillenta de papel. La etiqueta está pegada a una botellita de vidrio. El color del vidrio es el mismo púrpura oscuro que ves cuando una luz potente te ha deslumhrado los ojos.

Harvey, el marinero que se ha ofrecido voluntario para ayudarle, ilumina continuamente los ojos de Shaftoe con la linterna. Es inevitable; Shaftoe está metido en una posición extremadamente delicada bajo la caja fuerte, trabajando con las cargas, intentado colocar los cebadores con dedos viscosos ya desprovistos de calor y fuerza. No sería siquiera posible si no hubiesen torpedeado el submarino; antes, el camarote estaba medio lleno de aguas malolientes y la caja fuerte estaba hundida. Ahora se ha vaciado convenientemente.

Harvey no está metido en nada; ha salido disparado por el paroxismo del submarino, que se comporta como un tiburón varado que intenta de forma estúpida pero violenta liberarse del arrecife. El rayo de la linterna se cruza continuamente sobre los ojos de Shaftoe. Shaftoe parpadea y ve un cosmos púrpura: diminutas botellitas púrpura que dicen MORPHIUM.

—¡Me cago en Dios! —grita.

—¿Va todo bien, sargento? —dice Harvey.

Harvey no lo entiende. Harvey cree que Shaftoe maldice a causa de algún problema con los explosivos.

Los explosivos son cojonudos. No hay nada de malo en los explosivos. El problema está en el cerebro de Bobby Shaftoe.

Estaba justo allí. Waterhouse le envió a buscar un estetoscopio, y Shaftoe recorrió el submarino hasta encontrar una caja de madera. La abrió y vio de inmediato que estaba llena de material médico. Rebuscó en ella, buscando lo que Waterhouse quería, y allí estaba la botella, evidente, justo frente a sus ojos. Por amor de Dios, la rozó con la mano. Vio la etiqueta a la luz de la linterna:

MORPHIUM

Pero no la cogió. Si hubiese dicho MORFINA la hubiese cogido de inmediato. Pero decía MORPHIUM. Y pasaron unos treinta segundos hasta que comprendió que se trataba de un barco alemán y que las palabras serían diferentes, y que había como un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que MORPHIUM fuese, de hecho, exactamente lo mismo que MORFINA. Al comprenderlo, plantó los pies en el pasillo del oscuro submarino y dejó salir un largo y potente grito desde las entrañas. Nadie le oyó por el ruido de las olas. Luego siguió adelante y cumplió su deber, entregando el estetoscopio a Waterhouse. Cumplió con su deber porque es un marine.

Volar la puta caja fuerte no es su deber. No es más que una idea que se le ha metido en la cabeza. Le han entrenado para usar esos explosivos; ¿por qué no ponerlo en práctica? Va a volar la caja no por ser un marine, sino porque es Bobby Shaftoe. Y también porque es una excusa genial para regresar en busca de ese morphium.

El submarino se zarandea y Harvey acaba tirado por el suelo. Shaftoe espera a que el movimiento aminore, luego se contorsiona para asirse a algo y sale de debajo de la caja. La mayor parte de su peso se apoya sobre las piernas, pero sería incorrecto decir que está de pie. En este lugar, lo mejor que puedes esperar es alcanzar el equilibrio más rápido de lo que te caes de culo. Harvey acaba de perder la carrera y por el momento, Shaftoe la gana.

—¡Está prendida! —grita Shaftoe.

¡Harvey se pone en pie! Shaftoe le ayuda con un empujón a llegar al pasillo. Harvey gira a la izquierda y corre hacia la torrecilla y la salida.

Shaftoe gira a la derecha. Va hacia abajo. Hacia proa. Hacia el fondo del océano. Hacia la caja con el MORPHIUM.

¿Dónde coño está la caja? La última vez se encontraba flotando en la sopa. Quizás —una idea horrible— se ha salido por el agujero practicado por el torpedo. Atraviesa un par de mamparas. El ángulo del submarino es cada vez más inclinado y acaba caminando hacia atrás, como si bajase por una escalera, sujetándose a las cañerías, a los cables eléctricos y a las cadenas que sostienen las literas del submarino. Es tan jodidamente largo.

Parece una forma muy extraña de matar gente. Shaftoe no está se guro de aprobar todo lo que implica este submarino. Shaftoe ha matado a bandidos chinos en las orillas del Yangtzé apuñalándoles en el pecho con la bayoneta. Cree que en una ocasión mató a uno con un solo golpe fuerte en la cabeza. En Guadalcanal mató a nipos disparándoles con armas diferentes, arrojándoles piedras, montando enormes hogueras en las entradas de las cuevas donde se escondían, acercándose por detrás y cortándoles la garganta, disparando mortero a sus posiciones, incluso levantando a uno de ellos y lanzándolo por un precipicio. Claro, hace mucho que sabe que esa forma de matar a los malos cara-a—cara es anticuada, pero no es como si hubiese invertido mucho tiempo pensando en ello. La demostración de la ametralladora Vickers que vio en Italia sí que le hizo pensar, y ahora está aquí, en el interior de la más famosa máquina de matar de toda la guerra, ¿y qué ve? Ve válvulas. O más bien las ruedas de hierro que se usan para abrirlas y cerrarlas. Hay mamparas enteras cubiertas de ruedas, con tamaños que van desde el par de pulgadas hasta el pie de diámetro, tan juntas como percebes sobre una roca, en lo que parece una disposición totalmente caótica e irregular. Están pintadas de rojo o de negro, y tan pulidas por el roce de las manos de los hombres que brillan. Y donde no hay válvulas, hay interruptores, enormes, como sacados de una película de Frankenstein. Hay un enorme interruptor rotatorio, medio verde y medio rojo, de unos buenos dos pies de diámetro. Y tampoco se puede decir que el submarino tenga muchas ventanas. No tiene ni una. Sólo un periscopio, cuyo uso está limitado a una sola persona. Por tanto, para esos tipos, la guerra se limita a estar encerrados en un barril hermético lleno de mierda, y a dar vueltas a válvulas-ruedas y apretar interruptores cuando se lo ordenen, y de vez en cuando se presenta algún oficial y les dice que acaban de matar a un montón de hombres.

Ahí está la caja… acabó en una litera. Shaftoe la acerca de un tirón y la abre. El contenido está todo revuelto, y hay más de una botella púrpura, y siente pánico durante un momento, pensando que tendrá que leerse todas las etiquetas escritas con esas escalofriantes letras germánicas, pero en unos segundos encuentra el morphium, lo coge y se lo mete en el bolsillo.

Está de camino hacia la torrecilla cuando una enorme ola golpea el exterior de la nave y le hace perder el equilibrio. Cae hacia abajo durante mucho, mucho tiempo, dando volteretas en medio del submarino antes de poder controlarse. Todo se ha vuelto negro; ha perdido la linterna.

Ahora está a punto de sufrir un ataque de pánico. No es que el pánico le llegue con facilidad, es que hace mucho que no toma morfina, y cuando se encuentra así, su cuerpo reacciona mal a los inconvenientes. Queda medio cegado por un potente destello azul que desaparece antes de que pueda parpadear. Abajo se oye un chisporroteo. Mueve la mano izquierda y siente un tirón en la muñeca: el cabo de la linterna, que tuvo presencia de menté suficiente para atarse. La luz rasga y resuena contra la reja sobre la que Shaftoe está extendido, como san Lorenzo sobre la parrilla. Se produce otro destello de luz azul, reticulada por líneas negras, acompañado de un crepitar. Shaftoe huele a electricidad. Golpea la linterna contra el enrejado un par de veces y vuelve a encenderse, parpadeando.

La rejilla está formada por varillas del grosor de un lápiz espaciadas a un par de pulgadas. Está boca abajo, mirando una bodega que si el submarino estuviese nivelado estaría justo debajo de él. La bodega es un desastre, todo su contenido cuidadosamente apilado y guardado en cajas está ahora machacado y mezclado como en un guiso de vidrios rotos, madera astillada, comida, explosivos potentes y minerales estratégicos, todo combinado con agua de mar que se agita de un lado a otro siguiendo los movimientos del submarino muerto. Un globo perfecto y tembloroso de plata cae a través de la rejilla muy cerca de su cabeza y desciende por el rayo de la linterna para chocar contra un resto. Luego otro. Mira hacia arriba y ve una lluvia de glóbulos plateados saltando y rodando por las mamparas hacia él: deben haberse roto las columnas de mercurio que servían para medir la presión. Se produce otro cegador destello azul: una chispa eléctrica con mucha potencia. Shaftoe vuelve a mirar por entre la rejilla y percibe que la bodega está llena de enormes armarios de metal de los que sobresalen gigantescos pernos. De vez en cuando, un resto húmedo hace de puente entre dos de esos pernos y una chispa ilumina el lugar: los

anuarios son baterías, son lo que permite moverse bajo el agua al submarino.

Mientras el sargento Robert Shaftoe permanece allí tendido con el rostro pegado a la fría rejilla, respirando profundamente un par de veces e intentando recuperar la calma, una ola enorme mueve la parte de atrás del submarino con tanta fuerza que teme que va a caerse y hundirse en la proa sumergida. La porquería en la bodega de baterías corre hacia abajo, ganando potencia y velocidad al caer, y golpea la mampara frontal de la bodega con una fuerza aterradora; puede oír cómo los remaches ceden bajo el impacto. Cuando sucede, la mayor parte de la bodega de baterías queda expuesta al rayo de la linterna de Bobby Shaftoe, hasta el mismo fondo. Y entonces es cuando ve las cajas rotas allá abajo: cajas de madera muy pequeñas, como las que podrían usarse para guardar suministros muy pesados. Se han abierto de golpe. Por entre los fragmentos, Shaftoe ve ladrillos de color amarillo, que en su momento estuvieron cuidadosamente apilados y ahora están dispersos. Tienen exactamente el aspecto que él imaginaba que tendrían los lingotes de oro. Lo único malo de esa teoría es que allá abajo hay demasiados para que sean lingotes de oro. Es como cuando en Wisconsin daba la vuelta a los troncos podridos y se encontraba miles de huevos de insecto idénticos sobre la tierra oscura, brillando prometedores.

Por un momento, siente la tentación. La cantidad de dinero allá abajo debe ser incalculable. Si pudiese ponerle la mano encima a uno de esos lingotes-La explosión debe haberse producido, porque Bobby Shaftoe acaba de quedarse sordo. Ésa es su señal para salir por pies de aquí. Se olvida del oro; la morfina es buen botín para un día. Sube con dificultad por la rejilla y llega al pasillo, sigue por el camarote del capitán; sale humo de su escotilla, y las mamparas han sido combadas de forma extraña por la onda de la explosión.

¡La caja fuerte se ha soltado! Y el cable que él y Harvey le pusieron, aunque dañado, sigue intacto. Alguien debe estar tirando de él desde arriba porque está tenso de forma terca e irritante. Ahora mismo, la caja está atrapada en una obstrucción. Shaftoe tiene que liberarla. La caja salta hacia delante y hacia arriba, tirada por el cable tenso, hasta que se queda atrapada en otro sitio. Shaftoe sale del camarote siguiendo a la caja, por el pasillo, sube por la escalera de la torrecilla, y finalmente sale del submarino y

penetra en la tormenta, para oír los gritos de júbilo de los marineros que esperan.

En menos de cinco minutos, el submarino desaparece. Shaftoe se lo imagina dando tumbos por el arrecife, directamente hacia un cañón submarino, desparramando lingotes de oro y glóbulos de mercurio a las aguas negras como si fuesen polvos mágicos. Shaftoe está de regreso en la corbeta y todos le dan palmadas en la espalda y le felicitan. Lo único que tiene que hacer es encontrar un lugar íntimo para abrir la botellita púrpura.

OceanofPDF.com

Traje

La postura de Randy es de rectitud y alerta: todo se debe al traje.

Es algo trillado comentar que a los *hackers* no les gustan las prendas elegantes. Avi ha descubierto que la ropa buena puede llegar a ser cómoda; los pantalones de los trajes de negocios son en realidad mucho más cómodos que los téjanos. Y ha pasado tiempo suficiente entre los *hackers* como para haber descubierto que no es a llevar trajes a lo que se oponen, sino a ponérselos. Lo que no sólo incluye el proceso de vestirse per se sino también elegirlos, mantenerlos y preocuparse de si todavía están a la moda; esto último es especialmente difícil para hombres que se ponen un traje una vez cada cinco años.

Así que la cosa se resuelve así: Avi tiene una hoja de cálculo en uno de sus ordenadores, en la que aparecen los cuellos, perneras y otras medidas vitales de cada uno de los hombres con los que trabaja. Un par de semanas antes de una reunión importante, se limita a enviar un fax a un sastre de Shanghai. Luego, en una demostración clásica del sistema de entrega justo-a—tiempo iniciado por Toyota, los trajes llegan por Federal Express veinticuatro horas antes de la reunión, de forma que puedan pasar automáticamente a la lavandería del hotel. Esa mañana, mientras salía de la ducha, Randy oyó una llamada a la puerta y la abrió para encontrarse a un ayuda de cámara sosteniendo un traje recién limpiado y planchado, acompañado de camisa y corbata. Se lo pone todo (se ha incluido convenientemente una fotocopia de décima generación que ilustra con un mal diagrama cómo hacerse el nudo medio Windsor). Le sienta a la perfección. Ahora se encuentra en el pasillo del Foote Mansión, viendo como van reduciéndose los números en los visores electrónicos de los

ascensores y mirándose ocasionalmente en un espejo enorme. La cabeza de Randy sobresaliendo de un traje es un chiste visual que al menos producirá sonrisas durante el almuerzo.

Medita sobre el correo de la mañana.

A: enano@siblings.net
De: root@eruditorum.org
Asunto: Re: ¿Por qué?
Estimado Randy,

Espero que no te moleste que te llame Randy, ya que es bastante evidente que eres tú, a pesar del uso de una fachada anónima. Por cierto, es buena idea. Aplaudo tu prudencia.

En cuanto a la posibilidad de que yo sea «un viejo enemigo», me consterna que alguien tan joven pueda tener ya viejos enemigos. ¿0 quizá te refieres a un enemigo recientemente adquirido pero de avanzada edad? Se me ocurren varios candidatos. Pero sospecho que te refieres a Andrew Loeb. No soy él. Eso te resultarla evidente si hubieses visitado recientemente su sitio web.

¿Por qué estáis construyendo la Cripta?
Firmado,

—COMIENZO DEL BLOQUE DE FIRMA ORDO—
(etc., etc.)
—FIN DEL BLOQUE DE FIRMA ORDO—

No es tan interesante mirar los números de los ascensores e intentar predecir cuál llegará primero, pero ciertamente es más interesante que limitarse a quedarse ahí plantado. Uno de ellos lleva al menos un minuto atascado en el piso justo por encima del de Randy; puede oírlo zumbar. En Asia, muchos hombres de negocios —especialmente algunos de los chinos en el extranjero— no vacilarían ni un segundo en requisar uno de los ascensores continuamente para su uso personal, estacionando lacayos, en

turnos de ocho horas, para mantener apretado el botón de ABRIR PUERTA, ignorando la petulante sirena de alarma.

Ding. Randy gira sobre sus zapatos (¡prueba a hacer eso con un par de zapatillas!). Una vez más ha apostado al caballo equivocado: el ganador es un ascensor que se encontraba en lo más alto del hotel la última vez que miró. Se trata de un ascensor con resolución, un ascensor de carreras. Se dirige hacia la luz verde. Las puertas se abren. Randy mira directamente el rostro del doctor Hubert (el Dentista) Kepler. Doctor en Cirugía Dental.

«¿O quizá se refiere a un enemigo recientemente adquirido pero de avanzada edad?»

—¡Buenos días, señor Waterhouse! Cuando se queda con la boca abierta, me recuerda a uno de mis pacientes.

—Buenos días, doctor Kepler. —Randy oye sus propias palabras como si saliesen de un tubo de papel higiénico de una milla de largo, y de inmediato las repasa en su mente para asegurarse de que no ha revelado ninguna información corporativa privada o le ha dado al doctor Kepler ninguna razón para presentar una demanda.

Las puertas empiezan a cerrarse y Randy tiene que abrirlas de un golpe con el maletín del portátil.

—¡Cuidado! Yo diría que ese equipo es muy caro —dice el Dentista.

Randy está a punto de decir «cambio de portátiles como un travestido cambia de medias» aunque quizá «como los dentistas cambian de taladros» sería más temáticamente apropiado, pero en lugar de eso se calla y no dice nada, ya que se encuentra en territorio peligroso: lleva información privada de AVCLA en el portátil y si el Dentista tiene la impresión de que Randy no tiene el suficiente cuidado, podría empezar a lanzar un torrente de demandas, como Linda Blair con el puré de guisantes.

—Es, eh, una agradable sorpresa verle en Kinakuta —dice Randy tartamudeando.

El doctor Kepler lleva gafas del tamaño del parabrisas de un Cadillac del 59. Son gafas especiales de dentista, tan pulidas como un espejo de Palomar, cubiertas de un material ultrarreflectante de forma que siempre puedes ver en ellas el reflejo de tu boca abierta, empalada en un asta de luz caliente. Los ojos del Dentista se limitan a existir de fondo como un recuerdo de infancia. Son ojos de color gris azulado bizqueantes, caídos en los bordes como si estuviesen cansados del mundo, con pupilas estigias. En

los labios secos siempre parece jugar el fantasma de una sonrisa. Es la sonrisa de un hombre que se preocupa de cómo realizar el próximo pago del seguro de negligencia médica mientras mueve pacientemente la punta de la palanca de acero quirúrgico bajo el borde de tu bicúspide muerto, pero que ha leído en una revista profesional que es más probable que los pacientes regresen, y es menos probable que le denuncies, si les sonríes.

—Una cosa —dice—, me preguntaba si podría tener un encuentro rápido con usted algo más tarde.

«Escupa, por favor.»

¡Salvado por la campana! Han llegado a la planta baja. Las puertas del ascensor se abren para mostrar el vestíbulo de mármol en peligro del Foote Mansión. Los botones, disfrazados de pasteles de boda, se deslizan de un lado a otro como si estuviesen montados sobre posavasos. A menos de diez pies se encuentra Avi, y acompañándoles se encuentran dos bonitos trajes de los que sobresalen las cabezas de Eb y John. Las tres cabezas se vuelven hacia él. Al ver al Dentista, Eb y John adoptan las expresiones faciales de actores de serie B cuyos personajes acabasen de recibir sendas balas en medio de la frente. Avi, al contrario, se endereza como un hombre que hubiese pisado un clavo oxidado hace una semana y ahora empezase a sentir los primeros síntomas del tétanos que con el tiempo le romperá la médula espinal.

—Tenemos por delante un día ajetreado —dice Randy—. Supongo que mi respuesta es sí, según disponibilidad.

—Bien. Me comunicaré con usted —dice el doctor Kepler, y sale del ascensor—. Buenos días, señor Halaby. Buenos días, doctor Fóhr. Buenos días, señor Cantrell. Me alegra verles con aspecto de caballeros.

«Me alegra verles actuar como tales.»

—El placer es nuestro —dice Avi—. Asumo que le veremos más tarde.

—Oh, sí —dice el Dentista—, me verá durante todo el día. —«Me temo que este procedimiento llevará todo el día.» Les da la espalda y atraviesa el vestíbulo sin más cumplidos. Se dirige hacia un grupo de sillones de cuero ocultos por una explosión de extrañas flores tropicales. Los ocupantes de esos sillones son en su mayoría jóvenes y van elegantemente vestidos. Se ponen en marcha cuando su jefe se acerca a ellos. Randy cuenta tres mujeres y dos hombres. Es evidente que uno de los

hombres es un gorila, pero las mujeres —a las que se las califica inevitablemente de parcas, furias, gracias, nornas o harpías— se rumorea que tienen entrenamiento de guardaespaldas y que también llevan armas.

—¿Quiénes son ésas? —pregunta Cantrell—. ¿Sus higienistas?

—No te rías —dice Avi—. Cuando practicaba la medicina, se acostumbró a tener un equipo de mujeres para hacer las tareas rutinarias. Dio forma a su paradigma.

—¿Estás de cofia? —pregunta Randy.

—Ya sabes cómo es —dice Avi—. Cuando vas al dentista, en realidad nunca ves al dentista, ¿no? Es otra persona la que te atiende. Luego está la élite de mujeres muy eficientes que raspan la placa, para que el dentista no tenga que encargarse de ella, y sacan las radiografías. El dentista en sí se sienta en algún otro sitio y mira las radiografías… trata contigo como si fueses una imagen de color gris abstracta sobre un pedacito de plástico. Si ve agujeros, se pone en marcha. Si no, sale y habla un ratito contigo antes de mandarte a casa.

—Ya, ¿y qué hace aquí? —exige saber Eberhard Fórh.

—¡Exacto! —dice Avi—. Cuando entra en la habitación, nunca sabes a qué viene… a hacerte un agujero en el cráneo, o sólo a hablar de sus vacaciones en Maui.

Todos los ojos se vuelven hacia Randy.

—¿Qué pasó en el ascensor?

—Yo… ¡nada! —suelta Randy.

—¿Hablasteis del proyecto de Filipinas?

—Se limitó a decir que quería hablarme de él.

—Bien, mierda —dice Avi—. Eso significa que nosotros tenemos que discutirlo primero.

—Eso ya lo sé —dice Randy—, así que le dije que podría hablar con él si tengo un momento libre.

—Bien, entonces será mejor que nos aseguremos de que hoy no tengas ni un momento libre —dice Avi. Piensa durante un momento y añade—: ¿En algún momento se metió la mano en el bolsillo?

—¿Por qué? ¿Esperas que saque un arma?

—No —dice Avi—, pero alguien me comentó en una ocasión que el Dentista lleva un micrófono.

—¿Cómo un informador policial? —pregunta John con incredulidad.

—Exacto —dice Avi, como si no tuviese importancia—. Tiene el hábito de llevar una grabadora digital diminuta, del tamaño de una caja de cerillas, en el bolsillo en todo momento. Quizá no. En todo caso, nunca sabes si te está grabando.

—¿No es ilegal o algo así? —pregunta Randy.

—No soy abogado —dice Avi—. Lo que es más importante, no soy un abogado de Kinakuta. Pero no tendría importancia en una demanda civil… si nos pusiese un litigio, podría presentar cualquier tipo de prueba.

Juntos atraviesan el vestíbulo. El Dentista está plantado en el mármol, con los brazos cruzados sobre el pecho, apuntando al suelo con la barbilla mientras absorbe la información de sus ayudantes.

—Puede que se llevase la mano al bolsillo. No lo recuerdo —dice Randy—. No importa. Fue extremadamente general. Y breve.

—Aún así, podría someter la narración a un análisis de estrés de voz, para descubrir si mentías —comenta John. Le encanta la paranoia de la situación. Se encuentra en su elemento.

—No hay nada de qué preocuparse —dice Randy—, la interferí.

—¿La interferiste? ¿Cómo? —pregunta Eb, sin apreciar la ironía en la voz de Randy. Eb parece sorprendido e interesado. Está claro por la expresión de su cara que Eb desea mantener una conversación que trate sobre algo esotérico y técnico.

—Es una broma —le explica Randy—. Si el Dentista analiza la grabación, sólo encontrará estrés en mi voz.

Avi y John ríen complacientes. Pero Eb parece abatido.

—Oh —dice éste—. Estaba pensando que podríamos interferir ese dispositivo si quisiésemos.

—Una grabadora no usa radio —dice John—. ¿Cómo podríamos interferiría?

—Phreaking van Eck —dice Eb.

En ese momento, Tom Howard sale del café con un ejemplar completamente destrozado de *South China Morning Posthajo* el brazo, y Beryl sale del ascensor, preparada para el combate con un vestido y maquillaje. Los hombres apartan la vista con timidez y fingen no darse cuenta. Se producen saludos y algo de charla intrascendente. Luego Avi mira la hora y dice:

—Vamos al palacio del sultán. —Como si les estuviese proponiendo tomarse unas patatas fritas en un McDonald's.

OceanofPDF.com

Cracker

Waterhouse tiene que mantener un ojo en esa caja fuerte; Shaftoe está deseando volarla con explosivos potentes, y Chattan (que se lo ha prohibido firmemente) tiene la intención de enviarla de vuelta a Londres para que la abran expertos de los Edificios Broadway. Waterhouse sólo desea que le den otra oportunidad de abrirla, sólo para comprobar si puede hacerlo.

La posición de Chattan es la correcta. El Destacamento 2702 tiene una misión clara y especializada que casi con total certidumbre no incluye abrir cajas fuertes sacadas de submarinos. Ya puestos, para empezar no incluye meterse en submarinos abandonados para recuperar cajas fuertes, o cualquier otro dato criptográfico. Lo hicieron únicamente porque eran los únicos con autorización Ultra que se encontraban cerca, y la posición precaria del U—553 no dio tiempo a Bletchley Park para enviar a sus propios expertos. '

Pero el deseo de Waterhouse de abrir la caja por sí mismo no tiene nada que ver con la misión del Destacamento 2702, o sus propios deberes personales, o incluso, en particular, con ganar la guerra. Es algo que Lawrence Pritchard Waterhouse se siente compelido a hacer. No hay porqué. Incluso cuando colgaba del cable tendido entre el U—553 y la torpedera, castigado por las olas, el viento y la lluvia, con un brazo roto y la cabeza magullada, sin saber si podría regresar al barco o se hundiría en el Atlántico, recordaba el temblor infinitesimal recogido por las neuronas medio congeladas mientras sus dedos giraban el dial sumergido de la caja fuerte. Incluso cuando Enoch Root le curaba, Waterhouse construía un modelo mental preliminar de cómo podrían estar dispuestos los seguros de

la caja, visualizándolos en su mente. E incluso mientras el resto del Destacamento 2702 se desmorona en las literas, hamacas y bolsas de dormir alrededor de la capilla del Castillo Qwghlm, el entablillado y vendado Waterhouse recorre los pasillos de las mejores esquinas de ese edificio, buscando un par de hojas de afeitar usadas y un trozo de carbono.

Las hojas las encuentra en el cubo de la basura y el carbono lo roba del armario donde Ghnxh guarda la Lucifer Galvánica. Se lo lleva, más un bloque del tamaño de un ladrillo de pegamento endurecido y un soplete, a la capilla, donde duermen todos los demás. Los soldados rasos están en la nave, como conviene a los marines que son básicamente una organización naval. Los oficiales están en el crucero: Chattan tiene el brazo sur para él solo, Waterhouse y Root y los tenientes SAS y USMC, Cuerpo de Marines de los Estados Unidos, tienen camas en el norte. Una pequeña porción del asombroso suministro de lona del Destacamento 2702 ha sido empleada para dividir el presbiterio, Bendito entre los Benditos, en el que en su época se guardaba el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Ahora contiene un receptor de radio superheterodino de quince válvulas Hallicrafters modelo S—27 que emplea avanzadas válvulas de vacío, capaces de sintonizar VHF desde los 27 a los 143 megahercios y recibir AM, FM, y OC y que incluye un indicador de potencia de la señal, lo que realmente les sería útil si aquí operase una estación de huffduff, que no opera.

Las luces están encendidas tras esas lonas y uno de los marines ronca sentado en una silla frente al altar. Waterhouse lo despierta y le envía a la cama. El marine está avergonzado; sabe que se supone que debía estar despierto, moviendo la antena de forma convincente.

La radio en sí casi no ha tenido uso; sólo la conectan cuando viene alguien de visita que no conoce el Secreto. Se queda aquí, en el altar, prístina, como si acabase de salir de la fábrica Hallicrafters en Chicago, Illinois. Todos los detalles elegantes del altar (si alguna vez los tuvo) hace tiempo que sucumbieron al fuego, a la podredumbre, al saqueo y a los colmillos afilados de los eskerries preocupados por construir sus nidos. Lo que queda es un monolito rectangular de basalto, sin rasgos externos excepto por las marcas de las herramientas que en su momento fueron empleadas para extraerlo y darle forma. Es la base perfecta para el experimento de esta noche.

Waterhouse sube la caja fuerte hasta allí a coste de los discos y ligamentos de la base de su espalda. Tiene forma tubular, como un trozo de

un cañón naval. La coloca sobre la parte trasera, de forma que la portezuela redondeada, con el disco en el centro, mire al cielo como un ojo ciego, las líneas radiales del disco aparentan ser las estilaciones del iris.

Tras el disco hay un montón de material mecánico que tiene completamente frustrado a Waterhouse, lo que le ha puesto en un estado frenético. Manipulando el disco de cierta forma, debería conseguir que el mecanismo se ajustase a una configuración que le permitiese abrir la puerta. Es así de simple. Que la puerta siga cerrada es ultrajante. ¿Por qué el pequeño volumen en el interior de esta caja fuerte —mucho menos que un pie cúbico— tendría que ser tan diferente del espacio en el que se mueve Waterhouse? ¿Qué coño hay en su interior?

El pegamento parece ámbar defectuoso, con fallos y burbujas, pero aun así hermoso. Enciende el pequeño soplete y pasa la llama por uno de sus extremos. El pegamento se ablanda, se derrite y gotea sobre la puerta de la caja, cerca del disco, formando un pequeño charco del tamaño de un dólar de plata.

Actuando con rapidez, Waterhouse sitúa en el charco dos hojas de afeitar, hojas que peligrosamente miran hacia arriba, paralelas y a algo menos de una pulgada de distancia. Las sostiene durante unos momentos mientras el metal helado de la caja fuerte absorbe el calor del pegamento y lo vuelve a endurecer. Ha usado un par de palillos de dientes para asegurarse de que los bordes romos de las hojas no tocan la puerta de la caja; no quiere que haya conexión eléctrica entre ellas.

Suelda un cable a cada una de las hojas de afeitar y lleva los cables hasta el altar, donde está la radio. Luego toma un pequeño fragmento de carbono y lo coloca sobre las hojas, formando un puente sobre ellas.

Abre la parte de atrás de la radio y cambia algunos cables. En su mayor parte, ya están configurados tal y como los necesita; básicamente busca algo que convierta impulsos eléctricos en sonido y que envíe el sonido a los auriculares» que es lo que hace una radio. Pero la fuente de la señal ya no es un transmisor a bordo de un submarino, sino la corriente que fluye por uno de los cables de Waterhouse, hasta la hoja de afeitar izquierda, atraviesa el puente de carbono, llega a la hoja derecha y regresa por el otro cable.

Le lleva algo de tiempo que todo esté tal y como quiere. Cuando se mete en un callejón sin salida y se frustra, va y mueve la antena durante un

rato, fingiendo seguir un submarino. Luego se le ocurre una idea y vuelve al trabajo.

En algún momento del alba oye un chillido por los auriculares: un par de cálices de baquelita conectados por algo parecido a un primitivo instrumento quirúrgico, unidos a la radio con un par trenzado de cables negros y rojos. Baja el volumen y se pone los auriculares.

Alarga la mano, toca la caja con la yema de un dedo y oye un ruido sordo y doloroso en los oídos. Desliza la yema sobre la superficie fría de metal y oye un sonido áspero. Cualquier vibración hace que el puente de carbono tiemble sobre las hojas de afeitar, abriendo y cerrando la conexión, modulando la corriente eléctrica. Las hojas y el carbono forman un micrófono, y el micrófono funciona, casi demasiado bien.

Aparta la mano de la caja y se sienta a escuchar durante un rato. Puede oír las pisadas de los eskerries recorriendo las raciones del destacamento. Puede oír el impacto de las olas en la costa, a millas de distancia, y el golpe de las ruedas lisas del Taxi en los baches de la Carretera. ¡Suena a que el Taxi tiene un pequeño problema de alineación! Puede oír el restregar, restregar de Margaret limpiando el suelo de la cocina, y unas ligeras arritmias en los latidos de los soldados, y el retumbar de los glaciares que se desmoronan en la costa de Islandia, y el zumbido de ardilla de las apresuradas hélices de los convoyes que se aproximan. Lawrence Pritchard Waterhouse está conectado al Universo de un modo que excede incluso lo que Bletchley Park puede ofrecer.

El centro de ese universo en particular es la Caja Fuerte del U—553, y su eje e atraviesa el centro del Disco, y ahora Waterhouse le ha puesto la mano encima. Pone el volumen al mínimo antes de tocar nada para no hacer estallar sus oídos. El Disco gira pesado pero con facilidad, como si estuviese montado sobre cojinetes de gas. Aun así, hay una fricción mecánica que no es perceptible para los dedos congelados de Waterhouse, pero que sale de los auriculares como un deslizamiento rocoso.

Cuando el seguro se mueve, parece como si Waterhouse estuviese dándole al cerrojo principal de la Puerta del Infierno. Le lleva un poco de tiempo, y algunos comienzos en falso, descubrir dónde está; no sabe cuántos números tiene la combinación, o en qué dirección debe girar el disco. Pero experimentando un poco, comienza a aparecer una estructura, y con el tiempo deduce la siguiente combinación: 23 derecha, 37 izquierda, 7 derecha, 31 izquierda, 13 derecha y luego se produce un chasquido

realmente potente y sabe hasta la médula que puede quitarse los auriculares. Da la vuelta a una ruedecilla montada cerca del disco. Eso retira los pestillos que han mantenido cerrada la puerta. La abre, con cuidado para no cortarse la mano con las hojas de afeitar, y mira al interior.

La sensación de decepción que acompaña a ese acto no tiene nada que ver con el contenido de la caja. Siente decepción porque ha resuelto el problema, y ha regresado al estado base de aburrimiento e irritación de bajo nivel que siempre le asalta cuando no está haciendo algo que es preciso hacer intrínsecamente, como abrir una combinación o romper un código.

Mete el brazo hasta el fondo de la caja y encuentra un objeto de metal como del tamaño de un panecillo de perrito caliente. Sabía que estaría allí, porque, como niños que investigasen un regalo envuelto los días previos a Navidad, han estado agitando la caja de un lado a otro, y al hacerlo oyeron algo deslizándose de un lado a otro —haciendo tin, ton, tin, ton— y se preguntaron qué sería.

El objeto está tan frío, y absorbe con tanta eficacia el calor de su mano, que le duele al tocarlo. Agita la mano para recuperar la circulación, luego agarra el objeto, lo saca con rapidez y lo tira sobre el altar. Rebota una vez, dos, con un movimiento oscilante, y tañe al hacerlo; lo más cercano a un sonido musical que ha agitado el aire de la capilla desde hace siglos. Reluce llamativamente bajo las luces eléctricas que han montado alrededor del presbiterio. La luz brillante llama la atención de Waterhouse, que ha estado viviendo en el gris y nublado Qwghlm durante semanas, vistiendo y durmiendo en cosas que son negras, caqui J verde oliva.

El objeto le hipnotiza, simplemente por su brillo y belleza frente al apagado y basto basalto, incluso antes de que su mente lo identifique como un lingote de oro sólido.

Es un pisapapeles cojonudo, lo que está bien, porque si la capilla tiene algo son corrientes de aire, y el contenido importante de la caja consiste en hojas de papel cebolla que salen volando bajo la brisa más tenue. Las páginas están pautadas con pálidas líneas horizontales y verticales, que dividen cada una de las hojas en una rejilla, y las rejillas están llenas de letras escritas a mano en grupos de a cinco.

—¡Bien, mira lo que ha encontrado! —dice una voz tranquila. Waterhouse levanta la vista para enfrentarse a la inquietante mirada de calma y tranquilidad de Enoch Root.

—Sí. Mensajes cifrados —dice Waterhouse—. No es Enigma.

—No —dice Root—. Me refería a la Raíz de Todos los Males, esto. —Intenta coger el lingote de oro, pero se le resbala entre los dedos. Lo coge con mayor firmeza y lo separa del altar. Algo le llama la atención y lo mueve bajo una de las luces eléctricas, frunciendo el ceño al mirarlo con la concentración crítica de un cortador de diamantes.

—Tiene grabados caracteres Hanzi —dice Root.

—¿Perdone?

—Chinos o japoneses. No, chinos, aquí está la marca de un banco en Shanghai. Y hay algunas cifras, la pureza y el número de serie. —Demuestra un inesperado conocimiento sobre esas cosas tratándose de un sacerdote misionero.

Hasta este momento, el lingote de oro no ha significado nada para Waterhouse; no es más que una muestra grande de un elemento químico, como una plomada o un frasco de mercurio. Pero el hecho de que pueda transmitir información es bastante interesante. Definitivamente tiene que ponerse en pie y echarle un vistazo. Root tiene razón: el lingote ha sido cuidadosamente marcado con pequeños caracteres orientales, aplicados con un sello. Las diminutas facetas de los ideogramas relucen bajo la luz, y hacen destellar el hueco entre las dos mitades del eje.

Root deja el lingote sobre el altar. Se dirige a la mesa donde tienen el papel y coge una hoja de papel cebolla y un lápiz. De nuevo en el altar, pone la frágil página sobre el lingote y luego le pasa por encima el lápiz, volviéndola completamente negra excepto allí donde hay números y caracteres. En unos momentos tiene una muestra perfecta de la inscripción en todo detalle. Dobla la hoja y se la mete en el bolsillo, devuelve el lápiz a la mesa.

Waterhouse hace tiempo que ha vuelto al examen de las hojas de la caja. Los números han sido escritos todos por la misma mano. Ahora bien, como sacaron muchos otros papeles de entre las aguas que anegaban el camarote del capitán del submarino, Waterhouse puede reconocer su letra con facilidad: otra persona escribió las hojas.

El formato del mensaje deja bien claro que no se cifró con una máquina Enigma. Los mensajes Enigma siempre se inician con dos grupos de tres letras cada uno, que le indican al receptor cómo situar los rotores de su máquina. Esos grupos faltan en todas las hojas, así que debe haberse

usado algún otro sistema de cifrado. Como cualquier otra nación moderna, Alemania dispone de una plétora de sistemas de cifrado diferentes, algunos basados en libros y otros en máquinas. Bletchlev Park ha roto la mayoría de ellos.

Aun así, parece un ejercicio interesante. Ahora que ha llegado el resto del Destacamento 2702, lo que hace imposible posteriores citas con Margaret, Waterhouse no tiene nada que hacer. Intentar romper el código empleado en esas hojas será el puzzle perfecto para llenar el amplio vacío abierto tan pronto como Waterhouse rompió la combinación de la caja. Roba un poco de papel para sí, se sienta frente al escritorio y se ocupa durante una o dos horas en copiar el texto cifrado de las páginas del capitán, comprobando por duplicado y triplicado cada uno de los grupos para asegurarse de que tiene una copia exacta.

Por una parte, es un verdadero incordio. Por otra, le da una oportunidad de repasar a mano el texto cifrado, en el nivel más bajo posible, lo que podría serle útil luego. El talento inefable de encontrar estructuras en el caos no puede actuar a menos que se sumerja primero en el caos. Si contiene ciertas estructuras, no las aprecia ahora mismo, por cualquier método racional. Pero puede que haya alguna parte subracional de su mente que se pueda poner a trabajar, ahora que las letras han pasado frente a sus ojos y a través del lápiz, y puede que, de pronto, le presente una pista envuelta para regalo —o incluso una solución— dentro de unas semanas cuando se esté afeitando o esté moviendo la antena.

Desde hace un rato es ligeramente consciente de que Chattan y los otros están despiertos. No se permite la entrada de soldados en el presbiterio, pero los oficiales se reúnen allí para admirar el lingote de oro.

—¿Rompiendo el código, Waterhouse? —dice Chattan, acercándose tranquilamente al escritorio mientras se calienta las manos con una taza de café.

—Haciendo una copia en limpio —dice Waterhouse y luego, porque no carece de algo de astucia, añade—: por si el original resulta destruido en el trayecto.

—Muy prudente —admite Chattan—. Dígame, no escondería un segundo lingote de oro, ¿verdad?

Waterhouse lleva el tiempo suficiente entre militares para no morder el anzuelo.

—La serie de sonidos emitidos cuando agitamos la caja de un lado a otro indicaba que no había más que un objeto pesado en su interior, señor.

Chattan ríe y toma un sorbo de café.

—Me interesará ver si puede romper el cifrado, teniente Waterhouse. Estoy tentado de apostar dinero.

—Se lo agradecería, pero sería una mala apuesta, señor —contesta

Waterhouse—. Es muy probable que Bletchley Park ya haya roto este código, sea cual sea.

—¿Qué le hace decir tal cosa? —pregunta Chattan con voz ausente.

La pregunta es tan tonta viniendo de un hombre en la posición de Chattan que Waterhouse se queda desorientado.

—Señor, Bletchley Park ha roto casi todos los códigos militares y gubernamentales de los alemanes.

Chattan adopta una expresión de decepción fingida.

—¡Waterhouse! Qué poco científico. Está haciendo suposiciones.

Waterhouse se lo piensa e intenta desentrañar el sentido de ese comentario.

—¿Cree que el cifrado podría no ser alemán? ¿O que podría no pertenecer al gobierno o los militares'?

—Simplemente le prevengo contra las suposiciones —dice Chattan.

Waterhouse sigue pensando en esto último cuando se les acerca el teniente Robson, el oficial al mando del pelotón SAS.

—Señor —dice—, para beneficio del personal en Londres, nos gustaría saber la combinación.

—¿La combinación? —pregunta Waterhouse en blanco. Esa palabra, fuera de contexto, podría significar casi cualquier cosa.

—Sí, señor —dice Robson con precisión—. La de la caja.

—¡Oh! —dice Waterhouse. Le irrita ligeramente que le planteen semejante pregunta. No parece tener demasiado sentido apuntar la combinación cuando el equipo necesario para romper la caja está justo allí. Es mucho más importante disponer de un algoritmo para romper cajas fuertes que disponer de una solución en particular al problema de abrir la caja—. No la sé —dice—. La olvidé.

—¿La olvidó? —dice Chattan. Lo dice en beneficio de Robson quien parece morderse la lengua de forma violenta—. ¿Por casualidad no la escribiría antes de olvidarla?

—No —dice Waterhouse—. Pero recuerdo que estaba compuesta por completo de números primos.

—¡Bien! ¡Eso restringe el problema! —dice Chattan con alegría. Pero Robson no parece aliviado.

—Y en total había cinco números, lo que es interesante porque…

—¡Porque cinco es un número primo! —dice Chattan. Una vez más, a Waterhouse le alegra ver que el oficial al mando muestra señales de una adecuada y cara educación.

—Muy bien —anuncia Robson por entre los dientes apretados—. Informaré a los destinatarios.

OceanofPDF.com

Sultán

El gran visir de Kinakuta les conduce a las oficinas de su jefe, el sultán, y les deja solos durante unos minutos en una esquina de la mesa de reuniones, que para su construcción requirió de la extinción de toda una especie de madera tropical. Después de eso, se produce una carrera entre los fundadores de Epiphyte Corp. para ver quién puede soltar el primer comentario ingenioso sobre el tamaño de la deducción fiscal por espacio de oficina en casa del sultán. Se encuentran en el Nuevo Palacio, tres alas del cual encierran los jardines exóticos del antiguo y magnífico Viejo Palacio. La sala de reuniones tiene un techo de diez metros de alto. Las paredes que dan al jardín están fabricadas por entero de vidrio, así que el efecto es como mirar a un terrario que contiene un modelo del palacio del sultán. Randy nunca ha sabido demasiado de arquitectura, y el vocabulario le falla vilmente. Lo mejor que podría decir es que se trata de una especie de cruce entre el Taj Mahal y Angkor Wat.

Para llegar aquí han tenido que recorrer un largo bulevar de palmeras, entrar por un vestíbulo de mármol abovedado, someterse a un detector de metales y cacheo, sentarse un rato en una antesala tomando té, quitarse los zapatos, dejar que un sirviente con turbante armado con una jarra decorada les vertiese agua de rosas tibia sobre las manos y. a continuación, recorrer como media milla de suelos de mármol y alfombras orientales. Tanto pronto como se cierra la puerta tras el culo del gran visir, Avi dice:

—Huelo a timo.

—¿Timo? —se mofa Randy—. ¿Crees que se trata de una proyección? ¿Crees que la mesa está hecha de fórmica?

—Todo es real —admite Avi con amargura—. Pero cuando alguien te dedica un trato semejante es que intentan impresionarte.

—Yo estoy impresionado —dice Randy—. Lo admito. Estoy impresionado.

—Eso no es más que un eufemismo para, «estoy a punto de hacer algo estúpido» —dice Avi.

—¿Qué vamos a hacer? Ésta no es la clase de reunión donde en realidad se hace algo, ¿no?

—Si te refieres a si vamos a firmar contratos, si vamos a intercambiar dinero, entonces no, no vamos a hacer nada. Pero van a pasar muchas cosas.

La puerta vuelve a abrirse y el gran visir guía al interior a un grupo de nipones. Avi baja la voz:

—Limítate a recordar que, al terminar el día, nosotros volveremos al hotel y el sultán se quedará aquí y que para nosotros esto no será más que un recuerdo. El hecho de que el sultán tenga un jardín muy grande no tiene la más mínima importancia.

Randy empieza a mosquearse: es tan evidente que resulta insultante mencionarlo. Pero parte del mosqueo se debe a que sabe que Avi le conoce perfectamente. Avi siempre le dice que no sea un romántico. Pero Randy no estaría aquí, haciendo esto, si no fuese un romántico.

Lo que lleva a la pregunta, ¿por qué lo hace Avi? Quizá tenga ilusiones románticas propias, cuidadosamente ocultas. Quizá sea por eso que los sentimientos de Randy le resulten tan evidentes. Quizás Avi esté advirtiéndose a sí mismo tanto como a los miembros de Epiphyte Corp.

En realidad, el grupo nuevo no es de nipones, sino de chinos, muy probablemente de Taiwán. El gran visir les muestra los sitios asignados, que están tan apartados que pueden intercambiar disparos espontáneos con Epiphyte Corp., pero no mantener una conversación sin emplear megáfonos. Pasan un minuto más o menos fingiendo que les importan los jardines y el Viejo Palacio. Luego, un hombre de constitución compacta y fuerte de unos cincuenta años pivota hacia Epiphyte Corp. y se acerca a ellos, trayéndose a rastras a una bandada de asistentes. A Randy le recuerda una simulación de ordenador que vio en una ocasión de un agujero negro atravesando una galaxia, transportando un séquito de estrellas. Randy reconoce vagamente la cara del hombre: ha aparecido impresa en revistas

de negocios más de una vez, pero no lo suficiente para que Randy recuerde su nombre.

Si Randy fuese algo más que un *hacker*, ahora tendría que dar un paso al frente y encargarse de los asuntos de protocolo. Sufriría mucho estrés y odiaría el proceso. Pero, gracias a Dios, toda esa mierda pasa directamente a Avi, que se adelanta para presentarse ante los taiwaneses. Se dan las manos y comienzan la rutina de intercambiar tarjetas. Pero el chino mira más allá de Avi, comprobando a los otros miembros de Epiphyte. Como Randy no le convence, se dirige a Eberhard Fóhr.

—¿Quién es Cantrell? —dice.

John está apoyado contra la ventana, muy probablemente intentando deducir la ecuación paramétrica que generó los pétalos de la planta carnívora de ocho pies de alto. Se gira para presentarse:

—John Cantrell.

—Harvard Li. ¿No recibió mis correos?

¡Harvard Li! Ahora Randy empieza a reconocerle. Fundador de la Harvard Computer Company, una empresa de tamaño medio, fabricante de clónicos de Taiwán.

John sonríe.

—Recibí como veinte mensajes de correo de un desconocido que decía ser Harvard Li.

—¡Eran míos! No comprendo qué quiere decir con que soy un desconocido. —Harvard Li es extremadamente enérgico, pero tampoco se muestra cabreado. Randy comprende que pertenece a esa raza de hombres que no tiene necesidad de recordarse que debe olvidar el romanticismo antes de un reunión.

—Odio el correo electrónico —dice John.

Harvard Li le mira a los ojos durante un rato.

—¿Qué quiere decir?

—La idea es buena. La ejecución muy pobre. La gente no mantiene ninguna medida de seguridad. Llega un mensaje que dice ser de Harvard Li y creen que realmente viene de Harvard Li. Pero el mensaje no es más que una estructura de puntos magnetizados en un disco duro. Cualquiera podría falsificarlo.

—Ah. Emplea el algoritmo de firma electrónica.

John lo medita con cuidado.

—No respondo a ningún mensaje de correo electrónico que no venga con firma digital. El algoritmo de firma digital se refiere a una técnica para firmarlos. Es una buena técnica, pero podría ser mejor.

Harvard Li comienza a asentir como a medio camino de la respuesta de John, reconociendo que tiene razón.

—¿Hay algún problema estructural? ¿O le preocupa la longitud de clave de quinientos doce bits? ¿Sería aceptable con una clave de mil veinticuatro bits?

Como tres frases después, la conversación entre Cantrell y Li pasa más allá del horizonte del conocimiento criptográfico de Randy, y su cerebro se desconecta. ¡Harvard Li es un loco de la criptografía! La ha estudiado personalmente; no sólo pagándole a los lacayos para que lean los libros y le pasen notas, sino recorriendo personalmente las ecuaciones, enfrentándose a las matemáticas.

La sonrisa de Lom Howard es amplia. Eberhard parece divertirse como nunca, y Beryl contiene una sonrisa. Randy intenta desesperadamente entender el chiste. A vi nota la confusión en el rostro de Randy, se pone de espaldas a los taiwaneses y frota el pulgar y los dedos: dinero.

Oh, sí. Tenía que ser algo relacionado con el dinero.

Harvard Li produjo algunos millones de PCs clónicos a principios de los noventa y los cargó con Windows, Word y Excel… pero de alguna forma consiguió olvidar firmarle un cheque a Microsoft. Hace como un año, Microsoft le dio una buena patada ante los tribunales y ganó una compensación inmensa. Harvard argumentó que estaba en la ruina: no tiene ni un penique a su nombre. Microsoft ha estado intentando demostrar que todavía tiene algunos millardos escondidos por ahí.

Está claro que Harvard Li ha estado pensando duramente sobre dónde meter dinero para que gente como Microsoft no pueda encontrarlo. Hay muchos métodos clásicos: la cuenta bancaria en Suiza, la corporación falsa, el gran proyecto inmobiliario en el interior de lo más profundo de China, barras de oro en una cámara acorazada. Esos trucos podrían salir bien con el gobierno medio, pero Microsoft es diez veces más inteligente, un centenar de veces más agresiva y no hay ninguna regla que la detenga. A Randy le produce algo de repelús imaginarse en la situación de Harvard Li:

perseguido a lo largo y ancho del planeta por los avanzadísimos perros de presa de Microsoft.

Harvard Li necesita dinero electrónico. No esa tontería que la gente usa para comprar camisetas en la red sin tener que dar números de tarjetas de crédito. Necesita algo realmente eficaz y cabrón, sostenido por una criptografía potente, almacenado en un refugio de datos fuera de las fronteras, y lo necesita para ayer. Así que no hay nada más lógico que el hecho de que envíe muchos mensajes de correo electrónico a John Cantrell.

Tom Howard se le acerca sigilosamente.

—La pregunta es: ¿es sólo Harvard Li o cree haber descubierto un nuevo mercado?

—Es muy probable que ambas cosas —es la suposición de Randy—. Probablemente conoce a algunas otras personas a las que les gustaría tener un banco privado.

—Los misiles —dice Tom.

—Sí. —China ha estado mandando últimamente algunos misiles balísticos a Taiwán, como en el Salvaje Oeste cuando el malo dispara a los pies del bueno para hacerle bailar—. Ha habido asedios de bancos en Taipei.

—En cierta forma —dice Tom—, esos tipos son miles de veces más inteligentes que nosotros, porque nunca han tenido una moneda de la que depender. —El y Randy miran a John Cantrell, que ya tiene los brazos cruzados sobre el pecho y ofrece una disquisición sobre la función Totient de Euler mientras Harvard Li asiente atentamente y sus empollones de servicio toman notas frenéticas en cuadernos. Avi está muy alejado, mirando el Viejo Palacio, mientras contempla en su mente las ramificaciones de todo esto: florecen, se extienden y se enroscan unas alrededor de otras como si se tratase de un jardín tropical enloquecido.

Otras delegaciones entran en la sala siguiendo al visir y reclaman porciones de la mesa. El Dentista viene con sus Nornas, Furias, Higienistas o como se llamen. Hay un grupo de blancos que hablan con acento australiano. Exceptuándolos, todos los demás son asiáticos. Algunos hablan entre ellos y otros levantan las cabeza y observan la conversación entre Harvard Li y John Cantrell. Randy los va repasando por turnos: Asiáticos de Malos Trajes y Asiáticos de Buenos Trajes. Los primeros exhiben cortes militares, piel manchada de nicotina y parecen asesinos. Visten trajes malos

no porque no puedan permitirse los buenos, sino porque no les importa un rábano. Vienen de China. Los Asiáticos de Buenos Trajes tienen cortes de pelo de mantenimiento elevado, gafas de París, piel limpia, sonrisas fáciles. En su mayoría vienen de Nipón.

—Quiero intercambiar claves, ahora mismo, para que podamos enviarnos correos —dice Li, y le hace un gesto a un ayudante, quien corre al borde de la mesa y abre un portátil—. Algo algo Ordo —dice Li en cantones. El asistente apunta y pulsa.

Cantrell mira sin expresión a la mesa. Se agacha para mirarla por debajo. Se acerca y palpa con la mano bajo el borde.

Randy se inclina para dar un vistazo. Se trata de una de esas mesas de reuniones de alta tecnología con líneas eléctricas y de comunicación integradas, de forma que los visitantes puedan conectar los portátiles sin tener que tender cables por todas partes y pelearse por los enchufes. La superficie debe estar llena de conductos. No hay ningún cable visible que la conecte con el mundo. Las conexiones deben viajar por las patas y meterse en el suelo hueco. John sonríe, se vuelve a Li y niega con la cabeza:

—Normalmente diría que bien —dice—, pero en el caso de un cliente con sus exigencias de seguridad, no estamos en un lugar aceptable para intercambiar claves.

—No planeo utilizar el teléfono —dice Li—, podemos intercambiarlas en floppies.

John golpea la mesa.

—No importa. Haga que alguien de su personal busque sobre Phreaking van Eck. Con «p-h», no «f» —le dice al asistente que está tomando nota. Luego, al sentir que Li precisa un resumen rápido, dice—: Pueden conocer el estado de su ordenador escuchando las ligeras emisiones de radio que salen de los chips.

—Ahhhhh —dice Li, e intercambia miradas cargadas de sentido con sus asistentes, como si' eso hubiese dado respuesta a algo que les hubiese estado dando la coña durante meses.

Alguien comienza a gritar a pleno pulmón al otro extremo de la sala, no por donde entraron los invitados, sino el otro. Es un tipo vestido de forma similar al gran visir, pero no tan recargada. En cierto momento cambia al inglés, el mismo dialecto del inglés empleado por los asistentes de vuelo de las líneas aéreas extranjeras, que les han dicho tantas veces a

los pasajeros que inserten la lengüeta de metal en la hebilla que les sale de la boca en una única confusión flemosa. Hombrecitos kinakutas vestidos con buenos trajes comienzan a entrar en la habitación. Toman asientos alrededor de la parte principal de la mesa, que es lo suficientemente amplia para servir como escenario de la Ultima Cena. En la posición de Jesús hay un sillón especialmente grande. Es lo que obtendrías si te dirigieses a un diseñador finés con la *cabeza*, afeitada y gafas sin montura y doble doctorado en semiótica e ingeniería civil, le firmases un cheque en blanco y le pidieses que te diseñase un trono. Detrás hay otra mesa para los lacayos. De fondo, toneladas de obras de arte sin precio: un friso erosionado, amputado de alguna ruina de la jungla.

Todos los invitados gravitan instintivamente hacia sus posiciones alrededor de la mesa, y se quedan de pie. El gran visir los mira fijamente por turnos. Un hombre pequeño se desliza en la habitación, mira con expresión vacía el suelo frente a él, aparentemente sin haberse dado cuenta de que hay más personas presentes. Tiene el pelo lacado contra el cráneo, y su apariencia corpulenta queda minimizada por la magia de Savile Row. Se acomoda sobre el trono, lo que parece una brutal violación de la etiqueta hasta que Randy comprende que se trata del sultán.

De pronto, todos se han sentado. Randy retira su silla y se sienta en ella. Las profundidades de cuero lo absorben como el guante de un receptor a la pelota. Está a punto de sacar el portátil, pero en este entorno tanto una bolsa de nylon como el ordenador de plástico quedan algo horteras. Además, debe resistirse a la tendencia estúpida de tomar notas continuamente. El mismo Avi ha dicho que no va a pasar nada en la reunión; todo lo importante va a ir en el subtexto. Además, está el asunto del phreaking Van Eck, que Cantrell probablemente mencionó sólo para volver paranoico a Harvard, pero que también ha afectado a Randy. Opta por un cuaderno de papel milimetrado —la respuesta de los ingenieros al cuaderno corriente— y un bonito bolígrafo desechable.

El sultán manifiesta un acento de Oxford con algunos rastros de ajo y pimienta roja entre los dientes. Habla durante unos quince minutos.

La sala contiene unas docenas de cuerpos vivos, cada uno de ellos un gran saco de intestinos y fluidos tan comprimidos que saltarían unos metros si los rajasen. Cada uno de ellos está construido alrededor de una armadura de 206 huesos conectados entre sí por uniones con tendencia a fallar, dadas a crujidos, chirridos y taponazos desagradables cuando ya no se encuentran

en sus mejores condiciones. La estructura está rodeadas de filetes que laten, inflados con sacos de aire apretados, y atravesados por un alcantarillado gordiano lleno de ácido burbujeante y gas comprimido y rebosando de enzimas y disolventes asquerosos producidos por muchas pepitas oscuras de carne programada genéticamente enhebradas a toda su longitud. Por todo ese dédalo descuidado se obliga a pasar, por medio de convulsiones en serie, a masas de comida en disolución, para que se transforme en gas, líquido y materia sólida que debe evacuarse periódicamente al exterior para evitar que su dueño muera por intoxicación. Cámaras esféricas llenas de gelatina giran en cuencas engrasadas con mucosidades. Falanges infinitas de cilios rechazan partículas invasoras, envolviéndolas en una sustancia viscosa para su posterior eliminación. En cada cuerpo, un músculo central se debate en un eterno torrente circular de salsa presurizada. Y sin embargo, a pesar de todo esto, ninguno de los cuerpos produce ni el más mínimo sonido durante el discurso del sultán. Es una maravilla que sólo puede explicarse por el poder del cerebro sobre el cuerpo y, a su vez, del condicionamiento cultural sobre el cerebro.

Su anfitrión intenta mostrarse apropiadamente sultánico: ofreciendo visión y dirección sin verse atrapado en las arenas movedizas de la administración. La visión básica (o eso parece al principio) es que Kinakuta ha sido siempre un cruce de caminos, un lugar de encuentro de culturas: los malayos originales. Foote y su dinastía de sultanes blancos. Los filipinos con sus gobernadores españoles, americanos y nipones al este. Musulmanes al oeste. Anglos al sur. Numerosas culturas del sureste asiático al norte. Los chinos por todas partes, como siempre. Los nipones cuando se encuentran de ánimo aventurero, y (por lo que pudiese valer) las tribus neolíticas que habitan el interior de la isla.

Por tanto, nada más natural que los kinakuteses del presente tiendan gruesos cables de fibra óptica en todas direcciones, se conecten a todas las compañías de telecomunicaciones internacionales más importantes a su alcance, y se conviertan en un bazar digital.

Todos los invitados asienten con seriedad ante la inteligencia del sultán, su magistral habilidad para combinar las tradiciones antiguas de su país con la tecnología moderna.

Pero no se trata más que de una analogía superficial, confiesa el sultán.

Todos asienten algo más vigorosamente que antes: es cierto, todo lo que el sultán acaba de decir no son más que gilipolleces. Varias personas toman notas, no sea que pierdan el hilo de lo que dice.

Después de todo, dice el sultán, la posición física ya no importa en un mundo digitalizado e interconectado. El ciberespacio no conoce fronteras.

Todos asienten con energía excepto, por un lado, John Cantrell, y, por el otro, los chinos de aspecto feroz.

Pero eh, sigue diciendo el sultán, ¡no son más que cantos de ciberanimadoras tontas! ¡Qué gilipollez! ¡Claro que importa la posición geográfica y las fronteras! En ese momento la habitación queda sumida en la penumbra a medida que la luz que penetra por las ventanas queda reducida por alguna especie de mecanismo en el mismo vidrio: persianas de cristal líquido, o algo similar. Bajan pantallas previamente ocultas en ranuras ingeniosamente colocadas en el techo. Esa diversión salva las vértebras cervicales de muchos presentes que están a punto de asentir aún con mayor fuerza ante el último giro del sultán. Mierda, ¿la situación física importa o no importa en el ciberespacio? ¿De qué estamos hablando? ¡No estamos en una asociación de debate de Oxford! ¡Al grano!

El sultán arremete con algunos gráficos: un mapa del mundo en una de esas proyecciones políticamente correctas que hacen que América y Europa parezcan arrecifes bloqueados por el hielo del gran Ártico. Superpuestas al mapa hay líneas rectas, cada una uniendo dos ciudades importantes. La red de líneas se vuelve más y más densa a medida que habla el sultán, obscureciendo casi por completo las masas terrestres y también los océanos.

Esa, les explica el sultán, es la visión convencional de Internet: una red descentralizada que conecta cada lugar con todos los demás, sin cuellos de botella o, si te parece mejor el término, embudos.

¡Siguen siendo gilipolleces! Aparece un nuevo gráfico: el mismo mapa, diferente estructura de líneas. Ahora tenemos redes entre países, en ocasiones entre continentes. Pero entre países, y especialmente entre continentes, sólo hay unas pocas líneas. No se parece en nada a una red.

Randy mira a Cantrell, que asiente ligeramente.

—Muchos partisanos de la Red están convencidos de que la Red es robusta porque sus líneas de comunicación están distribuidas por igual por todo el planeta. De hecho, como puede verse en ese gráfico, casi todo el tráfico web intercontinental pasa por un número pequeño de embudos. Normalmente esos embudos son controlados y vigilados por gobiernos locales. Por tanto, está claro que cualquier aplicación de Internet que desee mantenerse al margen de la interferencia gubernamental está condenada desde el principio por lo que es un problema estructural fundamental.

«… mantenerse al margen de la interferencia gubernamental.» Randy no puede creer lo que oye. Si el sultán fuese un *hacker* desaliñado que estuviese hablando a una sala llena de criptoanarquistas sería una cosa. Pero el sultán es el gobierno, por el amor de dios, y la sala está llena de miembros con carné del *establishment.*

¡Como esos chinos de aspecto temible! ¿Quién coño son? Nadie podría convencer a Randy de que de algún modo no están relacionados con el gobierno chino.

—Los cuellos de botella no son más que una de las barreras estructurales para la creación de un ciberespacio libre, soberano e independiente de la situación geográfica —sigue diciendo el sultán con total alegría.

«¿Soberano?»

—El otro es el conjunto heterogéneo de leyes, y en realidad de sistemas legales, para tratar la intimidad, la libre expresión y las telecomunicaciones.

Aparece otro gráfico. Cada país de un color, tono y dibujo según un esquema de complejidad amenazadora. Una compleja leyenda al fondo intenta bastante tontamente explicarla. Migraña instantánea. Ésa es, por supuesto, la idea.

—La política de cualquier sistema legal con respecto a la intimidad es, normalmente, el resultado de cambios pequeños producidos durante siglos por tribunales y cuerpos legislativos —dice el sultán—. Con todos los respetos, sólo una parte pequeña es relevante para las preocupaciones modernas de intimidad.

Vuelve la luz, el sol entra alegre por los ventanales, las pantallas desaparecen silenciosas en el techo y todos se sorprenden ligeramente al ver que el sultán está en pie. Se aproxima a un tablero de Go enorme y (por

supuesto) recargado y de aspecto caro, cubierto con una serie compleja de piedras blancas y negras.

—Quizá pueda hacer una analogía con el Go, aunque el ajedrez nos valdría igual. Dada nuestra historia, los kinakuteses estamos bien versados en ambos juegos. Al comienzo del juego, las piezas están dispuestas de una forma que es simple y fácil de comprender. Pero el juego progresa. Los jugadores toman pequeñas decisiones, turno a turno, cada decisión razonablemente simple por sí misma, y realizada por buenas razones que incluso un novato puede comprender. Pero después de muchos turnos, la estructura desarrolla tal complejidad que sólo las mejores mentes, o los mejores ordenadores, pueden comprenderla. —El sultán mira pensativo el tablero de Go mientras habla. Levanta la vista y comienza a establecer contacto visual por toda la sala—. La analogía está clara. Nuestras políticas relativas a la libertad de expresión, telecomunicaciones y criptografía han evolucionado a través de una serie de decisiones simples y racionales. Pero hoy en día son tan complejas que nadie puede comprenderlas, incluso en un único país, por no decir nada de todos los países en su conjunto.

El sultán hace una pausa y camina meditabundo alrededor del tablero de Go. A estas alturas los invitados han renunciado en su mayoría a los asentimientos obsequiosos y las notas. Ahora nadie es táctico, todos escuchan con genuino interés, preguntándose qué va a decir a continuación.

No dice nada. En lugar de eso, pasa un brazo sobre el tablero y, con un movimiento rápido, barre todas las piedras. Llueven sobre la alfombra, se deslizan sobre la piedra pulida, traquetean sobre la mesa.

Se produce un silencio de unos quince segundos. El sultán se muestra pétreo. Luego, de pronto, se alegra.

—Es hora de empezar de nuevo —dice—. Algo muy difícil de hacer en un gran país, donde las leyes las escriben cuerpos legislativos, las interpretan los jueces atados por viejos precedentes. Pero estamos en el sultanato de Kinakuta y yo soy el sultán y yo digo que aquí la ley debe ser muy simple: libertad total de información. Por la presente, abdico todos los poderes gubernamentales sobre el flujo de datos a través y dentro de mis fronteras. Bajo ninguna circunstancia ninguna parte de este gobierno fisgará en el flujo de información, o empleará su poder para restringir tal flujo. Esta es la nueva ley de Kinakuta. Les invito, caballeros, a hacer lo que puedan con ella. Gracias.

El sultán se da la vuelta y deja la sala entre una ovación solemne. Éstas son las reglas, chicos. Ahora, corred y jugad.

El doctor Mohammed Pragasu, el ministro de Información de Kinakuta, se levanta ahora de su silla (que, naturalmente, se encuentra a la derecha del trono del sultán) y toma la palabra. Su acento es casi tan americano como británico el del sultán; estudió en Berkeley y obtuvo el doctorado en Stanford. Randy conoce a varias personas que trabajaron y estudiaron con él durante esos años. Según ellos, Pragasu raramente se presentaba a trabajar vistiendo algo que no fuese una camiseta y unos vaqueros, y mostraba un gran apetito por la cerveza y la pizza como cualquier otro no Mohammed. Nadie tenía ni idea de que era primo segundo del sultán, ni de que, por sí mismo, valía algunos centenares de millones.

Pero eso fue hace diez años. En la historia reciente, en sus tratos con Epiphyte Corp., se ha presentado mejor vestido, con mejor comportamiento, pero estudiadamente informal: tuteo, por favor. Al doctor Pragasu le gusta que le llamen Prag. Todas las reuniones han comenzado con un intercambio desinhibido de los chistes más recientes. Luego Prag pregunta por sus antiguos compañeros de estudios, que en su mayoría ahora trabajan en Silicon Valley. Pide consejo sobre las últimas y más codiciadas acciones tecnológicas, rememora durante unos minutos la época salvaje que pasó en California, y luego a los negocios.

Hasta ahora, ninguno de ellos ha visto a Prag en su verdadero elemento. Es algo difícil mantener el rostro serio, como si un viejo compañero de colegio hubiese alquilado un traje, falsificado un carné de identidad y ahora estuviese bromeando en una estirada reunión de negocios. Pero el porte del doctor Pragasu es tan solemne que resulta impresionante, tendiendo a lo opresivo.

Los chinos al otro lado de la mesa parecen el monte Rushmore maoísta; es imposible imaginar que alguno de ellos haya sonreído alguna vez. Están recibiendo una traducción directa de lo que se dice a través de auriculares, conectados a través de la mesa misteriosa a una sala de calderas llena de intérpretes.

La atención de Randy vaga. La charla de Prag le resulta aburrida porque está repasando aspectos técnicos que él ya conoce al dedillo,

apoyadas en analogías simples pensadas para tener algo de sentido al ser traducidas al mandarín, cantones, nipones, o lo que sea. Randy comienza a mirar al resto de la mesa.

Hay una delegación de filipinos. Uno de ellos, un gordo de unos cincuenta años, le resulta terriblemente familiar. Como es habitual.

Randy no recuerda su nombre. Y hay otro tipo que llega tarde, solo, y es guiado hasta una silla solitaria en el extremo más alejado: puede que sea filipino con un montón de sangre española, pero es más probable que sea latinoamericano o europeo del sur o, simplemente, un norteamericano cuyos antepasados vinieren de esos lugares. En cualquier caso, apenas se ha sentado en la silla cuando saca un móvil, marca un número muy largo y comienza una conversación tensa en voz baja. Continuamente mira al resto de la mesa, examinando cada delegación, para lanzar luego breves descripciones al móvil. Parece perplejo de estar aquí. Ninguno de los que le ven puede dejar de notar su sigilo. Ninguno de los que lo notan pueden evitar preguntarse cómo adquirió ese sigilo. Pero al mismo tiempo, posee un aura hosca que Randy no nota hasta que sus ojos negros miran a los de Randy como los cañones gemelos de una *derringer.* Randy devuelve la mirada, demasiado perplejo y estúpido para apartar la vista, y una especie de información desconocida pasa del hombre del móvil hasta él por los rayos gemelos de luz negra que salen de los ojos del hombre.

Randy comprende que él y el resto de Epiphyte(2) Corp. han caído entre ladrones.

CONTINUARÁ…

OceanofPDF.com

Notas

[1] 1940 fue un buen año para empezar a experimentar con las enfermedades venéreas ya que la nueva penicilina inyectable empezaba a estar disponible.

[2] Que era como los marines, quienes nunca usaban una palabra de tres sílabas cuando bastaba con una de cuatro letras, llamaban invariablemente a los nipones.

[3] «Hypo» es la forma que tienen los militares para nombrar la letra H. Como es un chico brillante. Waterhouse infiere que debe haber al menos siete más: Alfa. Bravo. Charlie. etc.

[4] Dando por supuesto, evidentemente, que Alan se equivoque y que el cerebro humano no sea una máquina.

[5] Una paradoja clara, pero tampoco fuera de lo común; estar lejos de América ha hecho simplemente que esas cosas sean más evidentes para Randy.

[6] Término despectivo para los combatientes que no son lo suficientemente buenos para pertenecer al Cuerpo.

[7] Los hombres con experiencia en Asia usan la palabra «Hipo». El uso de «japo» por parte del coronel sugiere que ha pasado su carrera en el Atlántico yo el Caribe.

[8] No tiene datos reales para sostenerlo, pero le parece una idea genial.

[9] Ha decidido que empleará las palabras inglesas en lugar de convertirse en un espectáculo intentando pronunciar las qwghlmianas.

[10] Según la E.Q., se deriva de los líquenes.

[11] Productos alimentarios preparados de acuerdo a la ley islámica.

[12] Juego de palabras. Asdic suena de forma similar a «assdick» «culo y polla».

[13] Literalmente, «lápida sepulcral».

[14] Cantrell alude al hecho de que el Plan Uno les proporcionó mi par de millones de dólares de inversión uncial de una tuina de capital de inversiones de San Mateo llamada Springboard Group.

[15] Durante las últimas dos semanas Shaftoe no había tenido nada mejor que hacer que jugar a Corazones empleando cartas CONOCE A TU ENEMIGO, por lo que ahora podía citar los números de modelo de oscuros aviones de observación alemanes.

[16] Juego de palabras. En inglés, «sliit» y «ship» son palabras muy similares.

OceanofPDF.com